

La serie de magia más leída en Estados Unidos.

# JIM BUTCHER

«La serie se ha convertido en un fenómeno de masas en Estados Unidos, ha inspirado una serie de televisión y ya ha conquistado a millones de lectores en todo el mundo.»

—*Diario de Pontevedra*

## CULPABLE

Harry Dresden

Lectulandia

No existe una buena relación entre Harry Dresden, el único mago que se anuncia en el listín telefónico de Chicago, y el Consejo Blanco de magos, que lo considera un tipo impetuoso e indisciplinado. Sin embargo, el Consejo le ha enviado a indagar sobre ciertos rumores acerca de la presencia de magia negra en la ciudad. Cuando Harry empieza a investigar, se encuentra con otro problema en la forma de la hija tatuada y perforada de un viejo amigo: su novio es el único sospechoso de lo que parece ser un ataque sobrenatural propio de una película de terror. Además, entidades malévolas que se alimentan del miedo andan sueltas por Chicago..., pero todas esas cosas son casi normales en el día a día de este mago, su fiel perro y una calavera parlante llamada Bob.

**Lectulandia**

Jim Butcher

# **Culpable**

**Harry Dresden 08**

ePub r1.0

capitancebolleta 06.08.13

Título original: *Proven Guilty*  
Jim Butcher, 2007  
Traducción: David Luque Cantos  
Fecha Traducción: 02/2012

Editor digital: capitancebolleta  
ePub base r1.0

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

# Capítulo 1

La sangre no deja mancha en la capa gris de un centinela. No lo supe hasta el día que vi a Morgan, el segundo al mando de los centinelas del Consejo Blanco, alzar su espada sobre la figura arrodillada de un joven culpable de practicar magia negra. El chico, de dieciséis años como mucho, gritó y despotricó en coreano desde debajo de su capucha negra, derramando odio e ira por la boca; la juventud y su poder le hacían estar convencido de que era inmortal. Ni siquiera se dio cuenta cuando la hoja descendió hacia su cuello.

Lo cual fue una pequeña bendición. Una bendición microscópica, en realidad.

La sangre formó un arco escarlata en el aire. Yo no me encontraba ni a tres metros de la escena. Sentí las gotas calientes en una mejilla y el lado izquierdo de mi capa se vio rociado de manchas de un tono rojo furioso. La cabeza cayó al suelo. La tela que la cubría no dejó de moverse, como si la boca del muchacho continuara gritando maldiciones.

El cuerpo cayó de lado. Un músculo de la pantorrilla tembló espasmódicamente y luego se detuvo. Pasados unos cinco segundos, la cabeza también.

Morgan se quedó de pie durante un momento junto a la forma inmóvil. La brillante espada de plata del Consejo Blanco de Magos simbolizaba la justicia en sus manos. Además de él y yo, estaban presentes una docena de centinelas y dos miembros del Consejo de Veteranos: el merlín y el que una vez fuera mi mentor, Ebenezer McCoy.

La cabeza cubierta cesó sus débiles movimientos. Morgan miró al merlín y le hizo un gesto con la cabeza. El merlín lo imitó.

—Que encuentre la paz.

—Paz —corearon todos los centinelas al unísono.

Excepto yo. Les di la espalda y solo me dio tiempo de alejarme un par de pasos antes de vomitar en el suelo del almacén.

Me quedé allí temblando durante un momento hasta que estuve seguro de que había terminado, entonces me enderecé lentamente. Sentí una presencia que se acercaba a mí y al levantar la vista vi que se trataba de Ebenezer.

Era un hombre anciano, calvo excepto por unos pocos mechones de pelo blanco, de baja estatura, robusto, con la cara medio cubierta por una barba gris que le daba un aspecto feroz. La nariz, las mejillas y el cuero cabelludo eran rojizos, a excepción de una reciente cicatriz de color púrpura en la mollera.

A pesar de tener varios siglos de edad se desenvolvía con una vibrante energía y sus ojos parecían alertas y pensativos detrás de la montura de oro de sus gafas. Llevaba la vestimenta negra oficial propia de las reuniones del Consejo, rematada por la característica estola morada de los miembros del Consejo de Veteranos.

—Harry —dijo en voz baja—, ¿te encuentras bien?

—¿Después de una cosa así? —gruñí en un tono lo suficientemente alto para asegurarme de que todos me oyeran—. Ahora mismo nadie debería encontrarse bien en este condenado edificio.

Sentí una tensión repentina en el aire detrás de mí.

—No, no —dijo Ebenezer. Le vi mirar hacia atrás, a los otros magos allí presentes, con la mandíbula dispuesta en una mueca obstinada.

El merlín se acercó a nosotros, también ataviado con las ropas formales y la estola. Su aspecto era el propio de todo mago que se precie: alto, cabello y barba blancos y largos, unos penetrantes ojos azules y la edad y la sabiduría talladas en el rostro.

Bueno. Al menos la edad.

—Centinela Dresden —dijo. Tenía la voz sonora de un capacitado orador y hablaba con un acento británico de clase alta—. Si disponía de alguna evidencia que probara la inocencia del chico, debió haberla presentado durante el juicio.

—No la tenía y lo sabe —le contesté.

—Su culpabilidad fue demostrada —dijo el merlín—. Yo mismo vi su alma. Examiné a más de dos docenas de mortales cuyas mentes había alterado. Tal vez tres de ellos recuperen algún día la cordura. Obligó a otros cuatro a suicidarse, y además había escondido nueve cadáveres de las autoridades locales. Todos ellos tenían relación de sangre. —El merlín dio un paso hacia mí y el aire en la sala se tornó súbitamente cálido. Sus ojos brillaron con una ira azul y su voz retumbó con un poder profundo e inquebrantable—. Los poderes que usó ya le habían destrozado la mente. Hicimos lo que era necesario.

Me di la vuelta y me enfrenté al merlín. No alcé la mandíbula y traté de mantener la vista baja. No había nada beligerante o desafiante en mi postura. No mostraba enfado en mi cara ni se palpaba falta de respeto en mi tono cuando hablé. Los últimos meses me habían enseñado que el merlín no había conseguido su trabajo a través de un anuncio en el periódico. Era simplemente el mago más fuerte del planeta. Y tenía talento, habilidad y experiencia para acompañar aquella fuerza. Si alguna vez llegara a las manos mágicas con él, no quedaría suficiente de mí ni para llenar una bolsa de patatas fritas. No estaba buscando pelea.

Pero tampoco me amilané.

—Era solo un chico —le dije—. Todos lo hemos sido. Cometió un error. Igual que todo el mundo.

El merlín me miró con una expresión clasificable en algún lugar entre la irritación y el desprecio.

—Usted sabe bien lo que el uso de la magia negra puede hacerle a una persona —dijo. El maravilloso matiz de sutileza y énfasis en su elocución ilustró un

pensamiento tácito perfectamente claro: *Tú lo sabes porque lo has hecho. Tarde o temprano tendrás un desliz, y entonces será tu turno*—. Un uso conduce a otro. Y a otro.

—No dejo de oír eso, merlín —le contesté—. «Di no a la magia negra». Pero ese muchacho no tuvo a nadie que le explicara las normas, que le enseñara. Si alguien hubiera sabido de su don y hubiera hecho algo a tiempo.

Levantó una mano, y el simple gesto contenía una autoridad tan absoluta que me detuve para dejarle hablar.

—Se olvida de algo, centinela Dresden —comenzó—. El chico que cometió ese estúpido error murió mucho antes de que descubriésemos el daño que había causado. Lo que quedaba de él era ni más ni menos que un monstruo que hubiera pasado el resto de su vida infligiendo terror y muerte a cualquiera que se acercara a él.

—Lo sé —dije, y no pude esconder la ira y la frustración en mi voz—. Y sé que era lo que había que hacer. Sé que era la única medida que se podía tomar para detenerlo. —Creí que iba a vomitar otra vez y cerré los ojos y me apoyé en la madera maciza de roble de mi vara tallada. Logré controlar mi estómago y abrí los ojos para enfrentarme al merlín—. Pero eso no cambia el hecho de que acabamos de asesinar a un chico que probablemente nunca llegó a entender lo que le estaba pasando.

—Una acusación de asesinato no es una piedra que esté en posición de arrojar, centinela Dresden. —El merlín arqueó una ceja plateada—. ¿Acaso no vació un arma de fuego en la nuca de una mujer que creía que era el habitacadáveres a apenas unos pocos metros de distancia, hiriéndola mortalmente?

Tragué saliva. Claro que lo había hecho, el año pasado. Nunca antes en mi vida me la había jugado a cara o cruz de aquella manera. De haber juzgado mal que un mago metamorfo, conocido como el habitacadáveres, había ocupado el cuerpo original de la centinela Luccio, habría asesinado a una mujer inocente y a un agente de la ley miembro del Consejo Blanco.

No me equivoqué; sin embargo, nunca nunca antes había matado a nadie de esa forma. En el fragor de la batalla sí. Y he matado a gente de maneras menos directas. Pero la muerte del habitacadáveres fue íntima, calculada con frialdad y en absoluto indirecta. Solo yo, la pistola y el cadáver inerte. Todavía recordaba vívidamente haber tomado la decisión de disparar, la sensación del frío metal en mis manos, la resistencia del gatillo, la estruendosa respuesta del arma y la manera en la que el cuerpo cayó al suelo como un saco inerte, un movimiento demasiado simple comparado con la importancia de aquel horrible suceso.

Había matado. Deliberada y racionalmente, había acabado con la vida de otra persona.

Y aquello todavía me quitaba el sueño por las noches.

No tenía muchas opciones. Aun disponiendo de tan poco tiempo, el

habítacááveres podría haber invocado su magia letal y haberme matado con un hechizo de muerte mientras caía fulminado. Había pasado un par de días malos y el asunto estaba durando más tiempo del necesario. Incluso si no hubiera sido así, me daba la sensación de que el habitacááveres me hubiera vencido en una pelea justa. Así que no le di la oportunidad de una pelea justa y disparé al nigromante en la nuca; debía ser detenido, no me quedaba elección.

Lo había ejecutado simplemente bajo sospecha.

Sin juicio. Sin visión del alma. Sin el arbitraje de un juez imparcial. Caray, ni siquiera llegué a insultarle. Bang. Pum. Un mago vivo, un tipo malo muerto.

Lo había hecho para evitar un daño futuro para mí y para otros. No era la mejor solución, pero era la única posible. No lo dudé ni un instante. Lo hice sin vacilar y continué enfrentándome a los peligros de aquella noche.

Tal como tiene que hacer un centinela. Aquello me bajó de algún modo mis humos de justiciero.

Los insondables ojos azules del merlín se fijaron en mi rostro y asintió lentamente.

—La ejecutaste —dijo el merlín en voz baja—. Porque era necesario.

—Aquello fue diferente —le dije.

—En efecto. Tu acción requirió de un compromiso mucho más profundo. Te rodeaba la oscuridad, hacía frío y estabas solo. El sospechoso era mucho más fuerte que tú. Si hubieras fallado tu ataque, habrías perdido, estarías muerto. Sin embargo, hiciste lo que tenías que hacer.

—Lo necesario no es siempre lo correcto —le dije.

—Tal vez no —admitió—, pero las leyes de la magia son lo único que impide a los magos abusar de su poder sobre los mortales. No hay espacio para el compromiso. Ahora eres un centinela, Dresden. Debes concentrarte en tus obligaciones hacia los mortales y el Consejo.

—Y eso implica matar a niños. —Esta vez no oculté mi desprecio, pero no había mucha fuerza en él.

—Implica hacer cumplir las leyes —dijo el merlín, y sus ojos se clavaron en los míos, centellando con chispas de una tensa ira—. Es tu deber. Ahora más que nunca.

Fui el primero en apartar la vista, miré hacia otro lado antes de que sucediera algo desagradable.

Ebenazar permaneció todo el tiempo a un par de pasos de mí, estudiando mi expresión.

—Ha visto mucho para un hombre de su edad, Dresden —dijo el merlín, y su tono se ablandó un poco—. Pero no ha visto lo horribles que pueden llegar a ser estas cosas. Ni de lejos. Las leyes existen por una razón. Deben respetarse tal como están escritas.



Volví la cabeza y miré el pequeño charco escarlata en el suelo del almacén, junto al cadáver del chico. Nunca llegué a saber su nombre.

—De acuerdo —dije exhausto, y me pasé una esquina limpia de la capa gris por la cara salpicada de sangre—. Entiendo bien con qué están escritas.

## Capítulo 2

Les di la espalda y salí del almacén para sumirme en la mejor imitación de Miami que podía ofrecer Chicago. El mes de julio en la región central rara vez no es tórrido, pero aquel año el calor veraniego fue especialmente intenso y llovió con frecuencia. El almacén se encontraba en una zona de los muelles cercana a la orilla, e incluso las frías aguas del lago Michigan eran más cálidas de lo habitual. Llenaban el aire de un intenso hedor a agua embarrada, moho y pescado muerto.

Pasé junto a los centinelas de capa gris que vigilaban fuera e intercambié con ellos un movimiento de cabeza. Ambos eran más jóvenes que yo, recién incorporados a la organización mitad militar mitad policial que era el Consejo Blanco. Al dejarlos atrás, sentí un hormigueo causado por la presencia de un velo, el hechizo que conjuraban para ocultar el almacén de cualquier mirada indiscreta. No era un velo muy potente, al menos para los estándares de los centinelas, pero probablemente mejoraba el que yo mismo pudiera crear, y no es que sobraran muchos centinelas desde el exitoso ataque de la Corte Roja el otoño anterior. Menos da una piedra.

Me quité la túnica y la capa. Debajo llevaba unas zapatillas de deporte, pantalones cortos de color caqui y una camiseta roja. Quitarme el pesado atuendo no sirvió para refrescarme, solo me ayudó a sentirme un poco menos miserable. Caminé a toda prisa hacia mi coche, un viejo y maltratado Volkswagen Escarabajo cuyas ventanillas mantenía abiertas para impedir que el sol convirtiera el interior en un horno. La carrocería es una mezcla de varios colores debido a que mi mecánico ha sustituido las partes dañadas por otras procedentes de diferentes coches; sin embargo, al principio era de un tono azulado y por ello se ganó el sobrenombre de «Escarabajo azul».

Oí pasos firmes y rápidos detrás de mí.

—Harry —me llamó Ebenezar.

Arrojé la túnica y la capa en el asiento trasero del Escarabajo sin decir palabra.

Un par de años antes, el interior del coche había sido desmembrado hasta dejar solo su esqueleto de metal, y además yo le había hecho algunas reparaciones con madera barata y gran cantidad de cinta adhesiva. Después le pedí a un amigo que me rehiciera el interior. No era lo estándar y seguía sin ser bonito, pero los cómodos asientos de ahora eran mucho mejores que las cajas de madera que había estado usando hasta hacía poco. Y volvía a tener cinturones de seguridad decentes.

—Harry —dijo de nuevo Ebenezar—. Maldición, muchacho, detente.

Consideré entrar en el coche y marcharme, pero en lugar de eso me detuve a esperar a que el viejo mago se acercara y se zafara de sus propias ropas formales: la túnica y la estola. Llevaba una camiseta blanca, vaqueros Levi's y unas pesadas botas de montaña de cuero.

—He de hablarte sobre un asunto.

Hice una pausa y aspiré para recuperar el control de mis emociones.

Y de mi estómago. No quería pasar por la vergüenza de repetir el mal trago de antes.

—¿Qué pasa?

Se detuvo a unos metros de mí.

—La guerra no va bien.

Se refería a la guerra entre el Consejo Blanco y la Corte Roja de vampiros. Durante años la guerra se había basado en subterfugios y peleas en oscuros callejones, pero el año anterior los vampiros habían dado un paso más. El asalto fue programado para coincidir con la nociva actividad de un traidor en el Consejo y con el ataque de una serie de nigromantes, magos fuera de la ley que resucitaban a los muertos y los convertían en enrabiados espectros y zombis, además de en otras cosas menos agradables.

Los vampiros habían golpeado brutalmente al Consejo. Antes de que la batalla terminara, habían matado a cerca de doscientos magos, la mayoría centinelas. Por eso me habían dado a mí una capa gris. Necesitaban ayuda.

Antes de terminar, los vampiros habían matado a cerca de cuarenta y cinco mil hombres, mujeres y niños que se encontraban cerca.

Por eso tomé la capa de centinela. No era algo que pudiera pasar por alto.

—He leído los informes —le dije—. Dicen que el Venatori Umbrorum y la Hermandad de San Gil han colaborado bastante.

—Es más que eso. Si no hubieran puesto en marcha una ofensiva para frenar a los vampiros, la Corte Roja habría destruido al Consejo hace meses.

Parpadeé.

—¿Tanto están haciendo?

El Venatori Umbrorum y la Hermandad de San Gil eran los principales aliados del Consejo en la guerra contra la Corte Roja. Los venatori eran una antigua hermandad secreta formada para luchar contra fuerzas oscuras sobrenaturales cuando tenían oportunidad. Algo así como los masones, solo que con más lanzallamas. En general eran académicos y, aunque varios de los venatori poseían experiencia militar, su verdadera fuerza radicaba en su utilización de los sistemas jurídicos humanos y en el análisis de informaciones procedentes de las fuentes más diversas.

La hermandad, sin embargo, tenía una historia bien diferente. Eran menos numerosos que los venatori y pocos de ellos eran meros seres humanos. La mayoría, según tenía entendido, habían sido convertidos en medio vampiros, estaban infestados con los poderes oscuros que hacían de la Corte Roja una amenaza, pero hasta que no bebían sangre voluntariamente no dejaban de ser humanos. Tal poder les hacía más fuertes y rápidos; comparados con una persona normal, su resistencia a las heridas era enorme, además de concederles un aumento drástico de su esperanza de

vida. Suponiendo que no cayeran presa de su constante e inherente deseo de sangre o no fueran asesinados en las operaciones contra sus enemigos de la Corte Roja, claro.

Una mujer, que en otra época me importó mucho, fue raptada por un vampiro de la Corte Roja. De hecho, di inicio a la guerra cuando fui a recuperarla, para lo que usé los medios más violentos a mi disposición. La traje de vuelta, pero no la salvé. Había sido tocada por la oscuridad y su vida se había vuelto una batalla constante contra los vampiros que la habían infestado y contra la sed de sangre que le habían impuesto. Ella formaba ahora parte de la hermandad, cuyos miembros incluían a aquellos en su situación y, según había oído, a muchas otras personas, completas o a medias, sin hogar. San Gil, patrón de los leprosos y los marginados. Su hermandad, aunque no era un centro neurálgico como el Consejo o una de las Cortes Vampíricas, estaba demostrando ser un aliado formidable.

—Nuestros aliados no pueden enfrentarse a los vampiros cara a cara —dijo Ebenezer, asintiendo—. Pero están causando estragos en las cadenas de suministro, la inteligencia y los apoyos, atacando la parte mortal de la Corte Roja. Los miembros de la Corte Roja infiltrados en la sociedad humana son desenmascarados. Los seres humanos controlados por la Corte son arrestados, sometidos o asesinados o secuestrados para ser liberados de su adicción por la fuerza. La hermandad y los venatori continúan haciendo todo lo posible para proporcionar información al Consejo, lo que nos ha permitido organizar una serie de exitosos ataques contra los vampiros. Los venatori y la hermandad no han debilitado sensiblemente a los vampiros, sin embargo, han mermado a la Corte Roja. Tal vez lo suficiente para concedernos la oportunidad de luchar por recuperarnos.

—¿Cómo será el nuevo entrenamiento? —le pregunté.

—Luccio confía en acabar teniendo éxito en la sustitución de nuestras pérdidas —respondió Ebenezer.

—No creo que yo pueda hacer nada para ayudar —dije—. A menos que busques a alguien que engendre nuevos magos.

Se acercó a mí y echó un vistazo a su alrededor. Su expresión era casual; sin embargo, estaba comprobando si alguien andaba lo bastante cerca para oírnos.

—Hay algo que desconoces porque el merlín decidió que no era apropiado que lo supiera todo el mundo.

Me volví hacia él e incliné la cabeza.

—¿Recuerdas el ataque de la Corte Roja el año pasado? —dijo—. Invocaron a los intrusos y nos asaltaron dentro del reino de las hadas.

—Un mal movimiento, por lo que he oído. Las hadas van a salir de su escondite.

—Eso era lo que todos pensábamos —dijo el anciano—. De hecho, la Corte de Verano declaró la guerra a la Corte Roja y comenzaron a realizar algunos ataques preliminares contra ellos. Pero la Corte de Invierno no ha respondido y la de Verano

no ha hecho mucho más aparte de asegurar sus fronteras.

—¿La reina Mab no ha declarado la guerra?

—No.

Fruncí el ceño.

—Nunca hubiera imaginado que dejara pasar tal oportunidad. Le van las matanzas y el derramamiento de sangre.

—Nos sorprendió también a nosotros —dijo—. Por eso quiero pedirte un favor.

Lo miré sin decir nada.

—Descubre por qué —dijo—. Tienes contactos en las Cortes. Averigua lo que está pasando. Descubre por qué los sidhes no han ido a la guerra.

—¿Qué? —pregunté—. ¿Acaso el Consejo de Veteranos no lo sabe? ¿No tienen una embajada, conexiones de alto nivel y canales oficiales? ¿Tal vez un teléfono rojo brillante?

Ebenazar sonrió sin demasiada alegría.

—Las turbulencias causadas por la guerra han hecho disminuir la capacidad de todos para reunir inteligencia —respondió—. Incluso la de aquellos en los reinos espirituales. Hay otro nivel en esta guerra, uno en el que están implicados los espías espirituales y los emisarios de todas las partes involucradas. Y nuestro embajador en los sidhes ha sido —Encogió sus fuertes hombros—. Bueno. Tú los conoces mejor que nadie.

—Las hadas han sido educadas, sinceras, han hablado con total honestidad, pero no aportan una idea clara de lo que está pasando —deduje.

—Exactamente.

—Así que el Consejo de Veteranos me pide que lo averigüe.

Miró de nuevo a su alrededor.

—El Consejo de Veteranos no. Yo mismo. Algunos de los otros también.

—¿Quiénes? —le pregunté.

—Personas de mi confianza —dijo, y me miró fijamente por encima de la montura de sus gafas.

Yo lo miré a él de la misma manera durante un segundo.

—El traidor —dije en un susurro.

Los vampiros de la Corte Roja no se habían puesto tan por delante en el marcador de aquel partido solo por suerte. De alguna manera habían obtenido secretos vitales acerca de los planes y la disposición de las fuerzas del Consejo Blanco. Alguien había estado proporcionando tal información a los vampiros desde dentro y una gran cantidad de magos habían muerto a causa de ello, sobre todo en su ataque más salvaje, el año pasado, durante el cual violaron el territorio sidhe mientras seguían al Consejo en su huida.

—¿Crees que el traidor es alguien del Consejo de Veteranos?

—Creo que no podemos correr ningún riesgo —dijo sin perder la calma—. No es un asunto oficial. No puedo ordenarte que lo hagas, Harry. Entendería que no quisieras hacerlo. Sin embargo, no hay nadie mejor para este trabajo y nuestros aliados no podrán mantener mucho tiempo el ritmo actual de las operaciones. Su mejor arma ha sido siempre el secretismo, y sus acciones les han obligado a pagar un terrible precio en vidas para brindarnos su ayuda.

Me crucé de brazos.

—Tenemos que ayudarlos, claro. Pero cada vez que miro de reojo a las hadas, me meto en problemas más graves con ellos. Es lo último que necesito. Si hago esto, cómo

Ebenazar cambió de postura, con lo que trituró ruidosamente la grava del suelo. Al levantar la vista, divisé al merlín y a Morgan que salían del edificio, parecían hablar en voz baja de algo importante.

—Quería hablar contigo —dijo Ebenazar de tal modo que resultaba evidente que deseaba ser escuchado por cualquiera que anduviera cerca—. Asegúrate de que Morgan y los otros centinelas te tratan con justicia.

Le seguí la corriente.

—Apenas se dirigen a mí —le dije—. El único centinela al que veo a veces es a Ramírez. Un buen tipo. Me gusta.

—Eso dice mucho de él.

—¿Qué la bomba de relojería del Consejo tenga una buena opinión de él? —Esperé a que Morgan y el merlín se marcharan, pero se detuvieron algo más lejos de donde estaban antes, sin dejar de hablar. Me quedé mirando la grava durante un largo rato y luego, en voz mucho más baja, dije—: El chico de hoy podría haber sido yo.

—Fue hace mucho tiempo —dijo Ebenazar—. Eras apenas un niño.

—Igual que él.

La expresión de Ebenazar se tornó cauta.

—Siento que hayas tenido que presenciar esto.

—¿Por eso lo han hecho aquí? —pregunté—. ¿Por qué venir a Chicago para una ejecución si no?

Expulsó el aire lentamente.

—Es una de las grandes encrucijadas del mundo, Harry. Pasa más tráfico aéreo por aquí que por cualquier otra parte. Es una enorme ciudad-puerto para el envío de cualquier tipo de mercancía en camiones, trenes o barcos. Eso significa una gran cantidad de entradas y salidas, muchos viajeros de paso. Dificulta a los observadores de la Corte Roja vernos o informar de nuestros movimientos. —Me concedió una sonrisa triste—. Y además hay que tener en cuenta la forma en que Chicago afecta a la salud de cualquier vampiro que lo visita.

—Esa es una bonita historia de portada —le dije—. ¿Cuál es la verdad?

Ebenazar suspiró y levantó la mano en un gesto conciliador.

—No fue idea mía.

Lo miré durante un minuto y luego dije:

—El merlín convocó aquí la reunión.

Ebenazar asintió y arqueó una lanuda ceja gris.

—¿Lo que significa que?

Me mordí el labio inferior y arrugué los ojos. Aquel gesto nunca me ayudaba a pensar mejor, pero no había razón para no seguir intentándolo.

—Quería mandarme un mensaje. Matar dos pájaros de un tiro.

Ebenazar asintió.

—Quería despojarte de tu posición de centinela, pero Luccio sigue siendo la comandante técnico de los capas grises, aunque Morgan mande en el campo de batalla. Ella te apoyó y el resto del Consejo de Veteranos la desautorizó.

—Apuesto a que el merlín disfrutó de aquello —dije.

Ebenazar se rió entre dientes.

—Pensé que le estaba dando un derrame cerebral.

—Qué alegría —dije—. Yo ni siquiera quería el trabajo.

—Ya lo sé —dijo—. Solo encuentras dificultades y problemas, muchacho. Poco más.

—Así que el merlín imagina que si me muestra una ejecución, me asustaré y entraré en vereda. —Fruncí el ceño, pensando—. Supongo que no se ha dicho ni una palabra sobre el ataque del año pasado. ¿No encontraron a nadie a quien le ingresaran misteriosas y enormes sumas de dinero en su cuenta bancaria para poder acusarlo de traidor?

—Todavía no —reconoció Ebenazar.

—Con el traidor suelto, lo único que tiene que hacer el merlín es esperar a que yo la cague. Entonces podrá llamarlo traición y aplastarme.

Ebenazar asintió y noté la advertencia en sus ojos; era otra razón para aceptar el trabajo que me estaba ofreciendo.

—Él cree que eres una amenaza para el Consejo. Si tu comportamiento confirma su creencia, hará lo que sea necesario para detenerte.

Solté un bufido.

—Hubo otro tipo así. Se llamaba McCarthy. Si el merlín quiere encontrar a un traidor, lo hará exista o no. —Ebenazar frunció el ceño y habló con un vestigio de acento escocés en el arrastre de las erres, como le pasaba siempre que estaba enfadado. Miró de soslayo al merlín—. Sí. Pensé que debías saberlo.

Asentí, sin levantar todavía la vista hacia él. Odiaba que me intimidaran con la intención de que hiciera algo; sin embargo, no me daba la sensación de que Ebenazar me estuviera poniendo entre la espada y la pared. Me estaba pidiendo un favor.

Ayudarle era decisión mía, no iba a echármelo en cara si me negaba. No era su estilo.

Lo miré a los ojos y asentí.

—Está bien.

Soltó el aire despacio y me devolvió el movimiento de cabeza con un agradecimiento tácito en su expresión.

—Ah, otra cosa —dijo, y me tendió un sobre.

—¿Qué es esto?

—No sé —respondió—. El guardián de la puerta me pidió que te lo diera.

El guardián de la puerta. Era el mago más tranquilo de entre los miembros del Consejo de Veteranos, e incluso el merlín le mostraba un gran respeto. Era más alto que yo, que ya es decir, y solía quedarse al margen de la mayoría de las políticas fundamentalistas del Consejo de Veteranos, lo que decía más de él si cabe. Sabía cosas que no tenía por qué saber (más que la mayoría de magos, me refiero) y de momento podría decirse que había sido bastante sincero conmigo.

Abrí el sobre. Había dentro un pedazo de papel. La letra era precisa y fluida:

Dresden:

En los últimos diez días se han sucedido actos de magia negra en Chicago. Como centinela jefe de la región, te corresponde investigar y encontrar a los responsables. En mi opinión, es vital que lo hagas inmediatamente. Que yo sepa, nadie es consciente de la situación.

Rashid

Me froté los ojos. Genial. Más magia negra en Chicago. Si no era un tipo malvado, delirante y psicótico con un sombrero negro, probablemente se tratara de otro muchacho como el que había muerto hacía un rato. No había demasiadas posibilidades intermedias.

Tenía la esperanza de que fuera un asesino loco. Perdón, corrección política: una persona enferma mental. Podría hacerles frente a los de esa calaña. Tenía práctica.

No creía que pudiera lidiar con uno de los otros.

Devolví la carta al sobre, pensando. Probablemente aquello era algo entre el guardián de la puerta y yo. No me lo había comunicado públicamente ni le había dicho a Ebenezer lo que estaba pasando, lo cual significaba que yo era libre de decidir cómo manejaría la situación. Si el merlín tuviera conocimiento de aquello y me asignara oficialmente la tarea, se aseguraría de que no dispusiera de ninguna elección a la hora de enfrentarme a ella. Mis maniobras se mirarían con lupa.

El guardián de la puerta me había confiado personalmente la tarea de arreglar aquel desaguisado. Lo cual era casi peor. Vaya, hombre.



A veces me canso de ser el tipo designado por decreto para hacer frente a situaciones imposibles.

Al mirar hacia arriba, me encontré a Ebenezar con los ojos entrecerrados, mirándome. Aquella expresión convertía su rostro en una masa de arrugas.

—¿Qué? —le pregunté.

—¿Te has cortado el pelo o algo así, Hoss?

—Oh, nada nuevo. ¿Por qué?

—Te veo —La voz del viejo mago renqueó, pensativo—. Diferente.

El pulso se me aceleró un poco. Por lo que yo sabía, Ebenezar no tenía conocimiento de la entidad que se alojaba en la parte no utilizada de mi cerebro, y yo quería que siguiera sin tenerlo. A pesar de que su reputación era la de ser algo así como un camorrista mágico, al ser su especialidad la invocación de fuerzas primarias y destructivas, había mucho más mérito en él del que el Consejo le reconocía. Era muy posible que hubiera sentido la presencia del ángel caído dentro de mí.

—Sí, bueno. He estado usando la capa de la gente que he odiado la mayor parte de mi vida adulta —le dije—. Entre eso y ser un lisiado, he dormido poco en el último año.

—Eso debe de ser —afirmó Ebenezar, asintiendo—. ¿Cómo está tu mano? —Me mordí la lengua para no responderle que la tenía mutilada, llena de cicatrices y que las quemaduras hacían que pareciera una escultura de cera mal fundida. Un par de años atrás me había enfrentado a una chica mala, además de inteligente, que se había dado cuenta de que mi magia defensiva estaba diseñada para detener la energía cinética, no el calor. Lo averigüé de la peor manera posible, cuando un par de sus matones psicóticos me rociaron de napalm sin previo aviso. Mi escudo detuvo las llamas; sin embargo, el calor lo traspasó y me achicharró la mano en la que sostenía el brazalete.

Levanté la enguantada mano izquierda y agité con brusquedad el dedo pulgar y los dos adyacentes. Los restantes no se movían mucho, a menos que sus vecinos los impulsaran.

—No tengo mucha sensación en ellos, pero puedo sostener una cerveza. O el volante. El médico me ha ordenado tocar la guitarra para moverlos y usarlos más.

—Bien —dijo Ebenezar—. El ejercicio es bueno para el cuerpo, la música es buena para el alma.

—No la que yo toco —le dije.

Ebenezar sonrió irónico y extrajo un reloj del bolsillo delantero de su chaleco. Entornó los ojos para leer la hora.

—Es la hora del almuerzo —dijo—. ¿Tienes hambre?

No había nada en su tono que lo indicara, no obstante, pude entrever el subtexto.

Ebenezar fue mi mentor durante una época en la que necesitaba uno. Me había

enseñado casi todo lo que yo creía que merecía la pena saber. Había sido infaliblemente generoso, paciente, leal y amable conmigo.

Sin embargo, me había mentido todo aquel tiempo, hizo caso omiso de los principios que él mismo me había estado enseñando. Por un lado, me enseñó lo que significaba ser mago, que la magia de un mago procede de sus más profundas creencias, que hacer el mal con la magia era algo más que un crimen; era una burla de lo que significa la magia, una especie de sacrilegio. Por otro lado, era el Cayado Negro del Consejo Blanco: un mago con licencia para matar, para violar las leyes de la magia, para burlarse de todo lo noble y bueno que rodeaba el poder que ejercía, y todo ello en nombre de la necesidad política. Había hecho tales cosas. Y muchas veces.

En aquellos tiempos le di a Ebenezer una cantidad de confianza y fe que no le había dado a nadie. Construí los cimientos de mi vida sobre lo que él me había enseñado acerca del uso de la magia, sobre el bien y el mal. Pero me había defraudado. Estuve viviendo una mentira, y me resultó tremendamente doloroso saber que era así. Dos años más tarde, aquello todavía se revolvía en mi vientre como un malestar vago y nauseabundo.

Mi viejo maestro me estaba ofreciendo una rama de olivo, trataba de dejar de lado lo que se había interpuesto entre nosotros. Sabía que debía aceptarla. Sabía que era tan humano, tan falible como cualquier otra persona. Sabía que debía olvidarlo todo, superar nuestras rencillas, seguir con nuestras vidas. Era lo más inteligente que podía hacer. Lo más compasivo y responsable. Era lo correcto.

Pero no pude.

Todavía me dolía demasiado pensar en ello.

Levanté la vista hacia él.

—Las amenazas de muerte bajo la apariencia de una decapitación formal no hacen bien a mi apetito.

Hizo un gesto con la cabeza, aceptó la excusa con expresión paciente y relajada, aunque me pareció ver arrepentimiento en sus ojos. Levantó una mano a modo de despedida silenciosa y se dio la vuelta para acercarse a una vieja y destartalada camioneta Ford construida durante la Gran Depresión. Empecé a pensármelo mejor. Tal vez debería decir algo. Tal vez debería ir a comer con el anciano.

No obstante, mi excusa no había sido del todo gratuita. Sería incapaz de comer. Todavía sentía las gotas de sangre caliente en mi cara, aún veía en mi cabeza aquel cuerpo yaciendo de manera tan poco natural sobre el charco de sangre. Comenzaron a temblarme las manos y cerré los ojos para forzar a aquellos vívidos recuerdos a irse fuera de mi mente. Entré en el coche y traté de dejarlos atrás.

El Escarabajo azul no era un coche pesado, sin embargo, levantó una cantidad respetable de grava cuando me alejé del almacén.

Las calles no estaban tan mal como solían, pero hacía un calor infernal, así que bajé las ventanillas en el primer semáforo y traté de pensar con claridad.

Investigar a las hadas. Genial. Estaba garantizado que aquello se complicaría antes de que lograra reunir alguna información útil. Si había una cosa que las hadas odiaban, era dar una respuesta directa respecto a cualquier cosa. Sacarles algo era igual de difícil que extraer un diente. A uno mismo. Por la nariz.

Pero Ebenezer estaba en lo cierto. Era probablemente el único en el Consejo con conocidos en las Cortes de Invierno y de Verano de los sidhe. Si alguien del Consejo podía averiguar algo, ese era yo ¡Yupi!

Y para hacer las cosas más interesantes, tenía que encontrar algún tipo de práctica de magia negra sin especificar y ponerle fin. Era lo que los centinelas hacían todo el tiempo, cuando no estaban luchando en una guerra, y yo ya lo había hecho dos o tres veces, pero nunca era suficiente. La presencia de magia negra implicaba la presencia de alguien practicándola y aquella clase de personas tendían a matar sin remordimientos a cualquier mago que se interpusiera en su camino.

Hadas.

Magia negra.

Las desgracias nunca vienen solas.

## Capítulo 3

El asiento del copiloto del Escarabajo azul se ocupó de repente. Dejé escapar un grito y casi estampo el coche contra una furgoneta de reparto. Los neumáticos chirriaron a modo de protesta y comenzaron a deslizarse. Giré el volante y me recuperé, pero si hubiera tenido otra capa de pintura en el coche me hubiera chocado con el de al lado. Con el corazón en la garganta, logré estabilizar el movimiento del Escarabajo y me volví para mirar a la inesperada pasajera.

Lasciel, también conocida como la Tentadora o la Tejedora de Redes, supuestamente una especie de fotocopia de la personalidad de un ángel caído, se sentaba en el asiento del copiloto. Podía adoptar cualquier forma, pero la más común era la de una rubia alta y atlética vestida con una túnica blanca de estilo griego que le caía casi hasta las rodillas. Estaba sentada con las manos en el regazo, mirando hacia delante por el parabrisas y sonriendo ligeramente.

—¿Qué diablos crees que estás haciendo? —le gruñí—. ¿Tratas de que me maten?

—No seas niño —respondió ella en tono divertido—. Nadie ha resultado herido.

—No gracias a ti —gruñí—. Ponte el cinturón de seguridad.

Me miró directamente a los ojos.

—Mortal, no tengo forma física. No existo excepto en el interior de tu mente. Soy una imagen mental. Una ilusión. Un holograma que solo tú puedes ver. No hay ninguna razón para que me ponga el cinturón de seguridad.

—Es por principios —dije—. Mi coche, mi cerebro, mis reglas. Ponte el maldito cinturón de seguridad o márchate.

Dejó escapar un suspiro.

—Muy bien. —Se retorció en el asiento igual que haría cualquiera en su situación, tiró del cinturón hacia delante y se lo ajustó. Yo era consciente de que no había cogido el cinturón de seguridad físicamente ni se lo había puesto. Lo que estaba viendo era solo una ilusión, aunque muy convincente. Habría tenido que realizar un importante esfuerzo mental para percibir que el cinturón de seguridad real no se había movido de su sitio.

Lasciel me miró.

—¿Contento?

—Ligeramente —dije algo furioso. Lasciel, tal como la tenía ahora delante, era un mero fragmento de un auténtico ángel caído. El verdadero estaba atrapado en un antiguo denario de plata, una moneda romana enterrada bajo unos cincuenta centímetros de cemento en mi propio sótano. Al tocar la moneda creé algún tipo de vía de escape para la personalidad del demonio, que se encarnó en una discreta entidad mental dentro de mi cabeza, presumiblemente en el noventa por ciento de

cerebro que los humanos nunca usamos. O, en mi caso, tal vez el noventa y cinco. Lasciel podía aparecérseme, podía ver lo que yo veía y sentir lo que yo sentía, podía rebuscar entre mis recuerdos hasta cierto punto y, lo más inquietante de todo, era capaz de crear en mi mente ilusiones que debía esforzarme por discernir de la realidad, del mismo modo que ahora estaba creando la ilusión de su presencia física en mi coche. Su gran atractivo, su voluptuosa figura y la tan deseable presencia rubia no eran más que una mera ilusión. La muy zorra.

—Pensé que habíamos llegado a un acuerdo —gruñí—. No quiero que vengas a verme a no ser que te llame.

—Y he respetado nuestro acuerdo —dijo—. Simplemente he venido a recordarte que mis servicios y recursos están a tu disposición, si los necesitas, y que la totalidad de mi ser, que actualmente reside bajo el suelo de tu laboratorio, está igualmente preparada para ayudar.

—Te comportas como si quisiera que estuvieses aquí. Si supiera cómo borrarle de mi cabeza sin perder la vida, lo haría sin pensarlo —le contesté.

—La parte de mí que comparte tu mente no es otra cosa que la sombra de mi verdadero yo —dijo Lasciel—. Pero ten cuidado, mortal. Soy. Existo. Y deseo seguir haciéndolo.

—Como ya he dicho, si pudiera hacerlo sin perder la vida —gruñí—. Mientras tanto, a no ser que quieras que te encierre en un armario negro de dentro de mi cabeza, sal de mi vista.

Retorcí la boca, tal vez a causa de la irritación, pero nada más cambió en su rostro.

—Como quieras —dijo, inclinando la cabeza—. Pero si hay magia negra suelta por Chicago, vas a tener necesidad de toda la ayuda que tengas a mano. Y ya que debes sobrevivir para que yo sobreviva, tengo motivos para querer ayudarte.

—Una caja negra pequeña —le dije—. Sin agujeros en la tapa. Que huelga como mi taquilla en el vestuario del instituto.

Torcí la boca de nuevo expresando una cauta diversión.

—Como quieras, mi anfitrión.

Y se marchó, desapareciendo de nuevo en las bóvedas subdesarrolladas de mi mente o dondequiera que habitara. Me estremecí, asegurándome de que mis pensamientos estaban contenidos, protegidos de sus percepciones. No había nada que pudiera hacer para evitar que Lasciel viera y oyera todo lo que hacía o rebuscara azarosamente en mis recuerdos, pero aprendí que podía al menos ocultarle mis pensamientos activos. Lo hacía siempre, con el fin de impedir que supiera demasiadas cosas demasiado rápido.

Aquello solo la ayudaría a alcanzar su meta de convencerme para desenterrar la antigua moneda de plata sellada con hechizos y hormigón debajo de mi laboratorio.

En la moneda, que formaba parte de una colección de treinta viejos denarios romanos, habitaba la integridad del ángel caído, Lasciel.

Si decidiera aliarme con ella, conseguiría una fortaleza singular. El poder y el conocimiento de un ángel caído podían convertir a cualquiera en una amenaza mortífera y virtualmente inmortal con solo pagar el bajo, bajísimo precio de mi propia alma. Una vez que te unías a uno de los ángeles del infierno, literalmente, ya no eras el único que ocupaba la silla de mando. Si dejabas que te ayudaran, si rendías tu voluntad ante ellos, tarde o temprano el ángel caído sería el que tuviera la última palabra.

Cogí aquella moneda un instante antes de que el bebé de un amigo la tocara y, al hacerlo, se transfirió a mi cabeza una porción de la personalidad y el intelecto de Lasciel. El otoño anterior me ayudó a sobrevivir a varios malos días; su asistencia fue sin duda inestimable. Aquel era el problema. No podía permitirme seguir contando con su ayuda porque, tarde o temprano, me acostumbraría a ella. Y entonces la disfrutaría. Y en algún momento, el hecho de desenterrar aquella moneda de mi sótano no me parecería tan mala idea.

Todo aquello significaba que tenía que permanecer en guardia ante las sugerencias del ángel caído. El precio estaba oculto, pero todavía se encontraba allí. Lasciel, sin embargo, no se equivocaba respecto a lo peligrosas que podrían volverse las situaciones relacionadas con la verdadera magia negra. Tal vez pronto me viera en la necesidad de recibir ayuda.

Pensé en aquellos que habían luchado junto a mí antes. Pensé en mi amigo Michael, cuyo hijo había estado a punto de coger la moneda. No lo había visto desde entonces. Ni lo había llamado. Él sí lo había hecho un par de veces, me había invitado a las dos últimas cenas de Acción de Gracias y en un par de ocasiones se interesó por saber cómo estaba. Yo rechacé sus invitaciones y acorté las conversaciones a la mínima expresión. Michael no sabía que había cogido uno de los Denarios Negros, que tomé posesión de un objeto que posiblemente me convertía en miembro de facto de la Orden de los caballeros de los Denarios Negros. Que había luchado contra algunos de los denarios. Que maté a uno de ellos.

Aquellos caballeros eran monstruos de la peor calaña, Michael un caballero de la Cruz, una de las tres únicas personas sobre la faz de la tierra que habían sido elegidas para blandir una espada sagrada de las de verdad. Se suponía que cada una de ellas llevaba fundido en la hoja un clavo de la Cruz, con C mayúscula. Michael luchaba contra cosas oscuras y malvadas. Las vencía. Salvaba a niños e inocentes en peligro y se ponía delante de las más oscuras criaturas imaginables sin ni siquiera pestañear, tal era su fe en que el Todopoderoso le proporcionaría la fuerza suficiente para derrotar a los poderes de las Tinieblas que se cerniesen sobre él.

No sentía amor alguno por sus enemigos, los denarios, unos psicópatas sedientos

de poder y tan decididos a causar y extender el dolor y el sufrimiento como Michael a contenerlo.

Nunca le hablé de la moneda. No quería que supiera que compartía mi cerebro con un ser maligno. No quería que pensara mal de mí.

Michael tenía integridad. Durante la mayor parte de mi vida adulta, el Consejo Blanco se mostró seguro de que yo era una especie de monstruo esperando el momento adecuado para adoptar mi verdadera forma y arrasarlo todo lo que encontrara a mi paso. Pero Michael siempre se mantuvo firme a mi lado desde que nos conocimos. Su apoyo incondicional me había hecho sentirme muchísimo mejor respecto a mi vida.

No quería que me mirara de la misma forma que a los denarios contra los que habíamos luchado. Así que no iba a pedirle ayuda hasta que me deshiciera de los estúpidos hilos mentales con los que Lasciel me manejaba como un maestro de marionetas.

Me las arreglaría solo.

Estaba bastante seguro de que mi día no podía empeorar.

En cuanto tuve ese pensamiento, se produjo un crujido horrible y mi cabeza se estrelló con fuerza contra el reposacabezas de mi asiento. El Escarabajo se estremeció, se sacudió salvajemente y tuve que esforzarme para recuperar el control.

Lo normal sería que a estas alturas ya no fuera tan optimista.

## Capítulo 4

Me las arreglé para echar un furibundo vistazo a mi alrededor y vi un barco de guerra en la forma de un viejo Chrysler gris oscuro con los cristales tintados. Acto seguido se estrelló de nuevo contra el Escarabajo y casi le hace dar una mortal vuelta de campana. Mi cabeza dio un latigazo contra la ventana y me llegó a la nariz el olor de los neumáticos humeando al deslizarse simultáneamente hacia delante y hacia un lado. Sentí el coche chocar contra la acera y luego subirse encima. Me aferré al volante y los frenos, mi cuerpo respondía a cosas que mi aturrido cerebro no había captado de momento. Creo que impedí que fuera un desastre total, porque en lugar de girar hacia el tráfico o golpear la pared de lleno, me las arreglé para raspar con la puerta del copiloto el costado del edificio paralelo a la calle. Los ladrillos rayaron el acero hasta que diecisiete metros más adelante logré detenerme.

La visión se me llenó de estrellas y traté de que se esfumaran para poder ver la matrícula del Chrysler; me fue imposible, había desaparecido. O por lo menos eso creí. A decir verdad, mi cabeza daba tantas vueltas que el coche podría estar interpretando una danza delante de mí con un tutú lila puesto y ni siquiera me hubiera dado cuenta.

Quedarme allí sentado parecía una buena idea, así que eso hice. Pasado un rato tuve la vaga noción de que debería asegurarme de que todo el mundo estaba bien. Me eché un vistazo. No tenía sangre, lo que era positivo. Examiné el coche con la visión algo desenfocada. No se oían gritos. No se veían cadáveres por el espejo retrovisor. Nada estaba ardiendo. Eso sí, había cristales en la zona de la ventana del copiloto, aunque había sustituido la ventana trasera por una lámina de plástico traslúcido tiempo atrás.

El Escarabajo, un cruzado incondicional contra las fuerzas del mal y los combustibles alternativos, seguía en marcha, aunque el motor había adquirido un extraño y sibilante sonido distinto al habitual sonido hosco. Probé mi puerta. No se abrió. Bajé la ventanilla y salí poco a poco del coche. Si podía reunir la energía suficiente para deslizarme por el capó antes sin caerme hacia atrás, haría una audición para *El sheriff chiflado*.

—Aquí en el condado de Hazzard —musité para mis adentros— no nos gustan los que te pasan por encima y luego salen pitando.

Transcurrió un número indeterminado de minutos hasta que llegó el primer policía, un patrullero llamado Grayson al que reconocí nada más verlo. Grayson era un policía viejo, un hombretón con una gran nariz roja y una amplia barriga que parecía capaz de sacar a golpes de un bar a cualquier borracho o, si se lo proponía, vencerle en una competición de aguante con el alcohol. Salió de su coche y comenzó a hacerme preguntas en tono preocupado. Le respondí lo mejor que pude, pero algo



entre mi cerebro y mi boca hizo un cortocircuito y el patrullero me miró y luego echó un vistazo al interior del Escarabajo en busca de botellas abiertas antes de sentarme en el suelo y ponerse a dirigir el tráfico. Logré sentarme en el borde de la acera, me valía así. Mi ocupación consistió en ver cómo la acera giraba a mi alrededor, hasta que alguien me tocó el hombro.

Karrin Murphy, jefa del grupo de Investigaciones Especiales del Departamento de Policía de Chicago, era la típica hermana guapa de tu amigo. Medía poco más de metro y medio, era rubia, de ojos azules, nariz respingona y pecas casi invisibles. Estaba hecha de músculos elásticos, una constitución de gimnasta que no era contraria a las curvas femeninas. Aquel día llevaba una blusa blanca de algodón, vaqueros azules, una gorra de béisbol de los Cubs y unas gafas de sol reflectantes.

—¿Harry? —preguntó—. ¿Estás bien?

—El tío Jesse va a decepcionarse mucho cuando sepa que uno de los compinches de Boss Hogg se ha estampado contra el General Lee —contesté, señalando mi coche.

Ella me miró un momento y luego dijo:

—¿Sabes que tienes una herida en un lado de la cabeza?

—No —confesé. Me toqué con un dedo—. ¿Dónde?

Murphy suspiró y me empujó suavemente el dedo hacia abajo.

—Harry, en serio. Si estás tan atontado que ni siquiera eres capaz de hablar conmigo, tendré que llevarte a un hospital.

—Lo siento, Murph —le dije—. Ha sido un día largo. Estoy algo sonado. Estaré bien en un minuto.

Soltó un suspiro y luego asintió y se sentó en la acera conmigo.

—¿Te importa si le digo a uno de los técnicos de emergencias que te mire? Solo para estar seguros.

—Querrán llevarme a un hospital —le dije—. Es demasiado peligroso. Podría acortar la vida de alguien. Y los Rojos están vigilando los hospitales, atacando a nuestros heridos. Podría atraer fuego hacia los pacientes.

—Lo sé —dijo en voz baja—. No voy a dejar que te lleven.

—Oh. Bien entonces —dije. Un hombre me examinó. Me puso una luz delante de los ojos, tras lo cual le di una ligera patada en la espinilla. Me murmuró algo durante un minuto, me empujó aquí y allá, examinó, midió, contó y así sucesivamente. Luego sacudió la cabeza y se levantó.

—Tal vez una leve conmoción cerebral. Debería ver a un médico para quedarse tranquilo, teniente.

Murphy asintió, le dio las gracias al técnico e hizo un gesto con la cabeza hacia la ambulancia. Finalmente, el hombre se marchó con un gesto de desaprobación.

Murphy se sentó otra vez conmigo.

—Muy bien, escupe. ¿Qué ha pasado?

—Alguien en un Chrysler gris oscuro ha intentado aparcar en mi asiento trasero. —Hice un gesto con la mano en cuanto abrió la boca, molesto—. Y no, no vi la matrícula. Estaba demasiado ocupado actuando en el papel estelar de uno de esos monigotes que usan para probar los airbags.

—Lo de ser un monigote lo tienes ya dominado —bromeó—. ¿Estás metido en algo últimamente?

—Todavía no —me quejé—. Mierda, Murphy. Me han dicho hace media hora que hay brujería de la mala en algún lugar de Chicago. Ni siquiera he tenido tiempo para empezar a comprobarlo y alguien ya está tratando de convertirme en protagonista de un anuncio de cinturones de seguridad.

—¿Estás seguro de que fue deliberado?

—Sí. Pero quienquiera que fuese no era un profesional.

—¿Por qué dices eso?

—Si lo hubiera sido, me hubiera volcado fácilmente. No tenía ni idea de que estaba allí hasta que me golpeó. Podría haber hecho que diera un par de vueltas de campana antes de que tuviera tiempo de enderezarme. Me hubiera dejado seco. —Me froté la nuca. Un magnífico dolor se estaba extendiendo por todos los músculos de mi cuerpo—. Además, no era precisamente el mejor lugar para hacer una cosa así.

—Un ataque de oportunidad —dijo Murphy.

—¿Qué es eso?

Sonrió un poco.

—Cuando no estás esperando la ocasión, pero la ves y la aprovechas antes de que pase.

—Oh, sí, probablemente ha sido un ataque de esos.

Murphy negó con la cabeza.

—Oye, tal vez debería llevarte a un médico de todos modos.

—No —dije—. En serio, estoy bien. Pero quiero salir de la calle lo más pronto posible.

Murphy cogió aire lentamente y luego asintió.

—Te llevaré a casa.

—Gracias.

Grayson se acercó a nosotros.

—La grúa está de camino —dijo—. ¿Qué tenemos aquí?

—Colisión y fuga —dijo Murphy.

Grayson levantó las cejas y me miró.

—¿Sí? A mí me parece que te golpearon un par de veces. Y a propósito.

—Fue un accidente, según creo yo —le dije.

Grayson asintió.

—Hay algo de ropa en el asiento trasero. Parece que tiene manchas de sangre.

—Restos del pasado Halloween —dije—. Es parte de un disfraz. Una túnica y una capa con sangre falsa por encima. Era cursi de narices.

Grayson resopló.

—Eres peor que mi hijo. Todavía tiene camisetas de fútbol en el asiento trasero desde el otoño pasado.

—Probablemente su coche tenga mejor aspecto. —Levanté la vista hacia el Escarabajo. Era un verdadero desastre. Hice una mueca. No es que el Escarabajo fuera una antigüedad de valor incalculable, ya había conducido con él a muchas partes, pero a mí me encantaba—. De hecho, estoy seguro de que es más bonito.

Grayson dejó escapar una risita irónica.

—Tengo que hacer el papeleo. ¿Me ayudas a rellenar los espacios en blanco?

—Claro —le dije.

—Gracias por la llamada, sargento —dijo Murphy.

—De nada —respondió Grayson al tiempo que se tocaba la visera de su gorra con un dedo.

—Iré a buscar los formularios en cuanto llegue la grúa, Dresden.

—Bien —dije.

Grayson se alejó y Murphy se me quedó mirando un momento.

—¿Qué? —le pregunté con calma.

—Le has mentado —dijo—. Acerca de la ropa y la sangre.

Encogí un hombro.

—Y lo has hecho muy bien. Quiero decir, que si no te conociera. —Sacudió la cabeza—. Me sorprende de ti. Eso es todo. Siempre has sido un mentiroso terrible.

—Ajá —repliqué. No estaba seguro de cómo tomarme aquello—. ¿Gracias?

Dejó escapar una risita irónica.

—Bueno, ¿cuál es la verdadera historia?

—Aquí no —dije—. Hablaremos luego.

Murphy estudió mi rostro durante un segundo y el ceño se le frunció aún más.

—¿Harry? ¿Qué sucede?

El cuerpo sin vida y descabezado del joven sin nombre invadió mis pensamientos. Me trajo demasiadas emociones y sentí que se me formaba un nudo en la garganta tan grande que supe que sería incapaz de hablar. Así que sacudí un poco la cabeza y me encogí de hombros.

Ella asintió.

—¿Vas a estar bien?

Existía una peculiar dulzura en su voz. Murphy jugaba en una liga solo de hombres en el Departamento de Policía de Chicago, el aura de mujer dura la hacía parecer más formidable de lo que en realidad era. Aquel aspecto exterior casi nunca

variaba, al menos en la calle, con otros oficiales de policía cerca. Sin embargo, cuando me miró percibí una vulnerabilidad tranquila, clara y fresca en el tono de su voz.

Habíamos tenido nuestras diferencias en el pasado, pero Murphy era una gran amiga. Le ofrecí mi mejor sonrisa torcida.

—Siempre estoy bien. Más o menos.

Ella extendió la mano y me apartó un mechón de pelo de la frente.

—Eres una niña grande, Dresden. Un accidente de nada y te pones emotivo y patético. —Sus ojos se fijaron un momento en el Escarabajo y de repente ardió un fuego azul en ellos—. ¿Sabes quién te ha hecho esto?

—Todavía no —gruñí justo cuando llegaba la grúa—. Pero puedes apostar tu culo a que lo voy a averiguar.

## Capítulo 5

Cuando llegamos a mi casa, la cabeza me funcionaba ya a una velocidad normal y se ocupaba de informarme de cuánto me dolía. Además del cráneo magullado, tenía un agradable y profundo dolor por todo el cuerpo. La luz del sol de mediodía me apuñalaba los ojos de una manera jovialmente mezquina, y me alegré de subir arrastrando los pies por las escaleras de mi apartamento. Desarmé mis defensas mágicas, descorrí el cerrojo y empujé con fuerza la puerta.

No se abrió. El otoño anterior los zombis hicieron polvo mi supuestamente segura puerta de acero y destrozaron mi apartamento. A pesar de que ahora cobraba un modesto sueldo por mi trabajo con los centinelas, todavía no disponía de suficiente dinero para pagar todas las reparaciones, así que intenté arreglar la puerta yo mismo. No se me había dado muy bien, pero trataba de pensar en positivo: se podría decir que la puerta nueva era incluso más segura que la antigua, ahora era casi imposible abrir la maldita cosa incluso cuando no estaba cerrada con llave.

Mientras estaba inmerso en mi fase de renovaciones coloqué el suelo de la cocina, la moqueta del salón y del dormitorio y alicaté el baño; y después de aquello debo decir algo: no es tan fácil como los libros de bricolaje lo hacen ver.

Tuve que empujarla con el hombro tres o cuatro veces, pero finalmente la puerta gimió, rechinó y se abrió.

—Creía que ibas a contratar a alguien para que te arreglara esto —dijo Murphy.

—Cuando consiga el dinero.

—Creía que ahora te iban a pagar otro cheque.

Suspiré.

—Sí. Pero la tasa de remuneración se estableció en 1959 y el Consejo no la ha aumentado para adaptarla al coste de la vida desde entonces. Creo que toca que la revisen dentro de unos cuantos años.

—Vaya. Son más lentos que los del Ayuntamiento.

—Siempre pensando en positivo. —Entré en la casa y pasé por encima de la gran arruga que de alguna manera se había formado en la alfombra, justo delante de la puerta.

Mi apartamento no es muy grande. Tiene un salón bastante amplio, con una cocina en miniatura situada en un rincón, frente a la puerta. La entrada a mi pequeño dormitorio y al baño está a la derecha según se entra y tiene una chimenea de ladrillo rojo en la pared de al lado. Estanterías, tapices y carteles de películas se alinean en las frías paredes de piedra. Mi póster original de *La guerra de las galaxias* sobrevivió el ataque; sin embargo, mi colección de libros de bolsillo sufrió mucho. Los malditos zombis siempre doblan las páginas y rompen los lomos de los libros en cuanto terminan de rezumar estupidez y cargarse los muebles.

Tenía un par de sofás de segunda mano que no fueron muy complicados de sustituir por poco dinero. Un par de cómodos sillones viejos junto al fuego, una mesa de café y un gran montículo de pelo gris y negro completan el mobiliario. No hay electricidad y es un pequeño agujero oscuro, pero es un agujero oscuro y fresco, y escapar del sol abrasador suponía un alivio.

La pequeña montaña de pelo se sacudió y algo dio un golpe seco en la pared de al lado cuando irguió su gran y robusta figura perruna cubierta por una gruesa capa de pelo gris y coronada por una melena leonina de un tono algo más oscuro alrededor del cuello, la garganta, el pecho y los hombros. Acudió inmediatamente a saludar a Murphy, se sentó delante de ella y le ofreció la pata delantera derecha.

Ella se echó a reír y le agarró la pata brevemente a pesar de que no podía abarcar con los dedos la totalidad de la extremidad que le ofrecía.

—Hola, Ratón. —Le rascó detrás de las orejas—. ¿Cuándo le has enseñado a hacer esto, Harry?

—No le he enseñado —dije al tiempo que me inclinaba para acariciarle las orejas al perro cuando pasé junto a él para ir a la nevera.

—¿Dónde está Thomas? —Le pregunté a Ratón. Este hizo un sonido y miró hacia la puerta cerrada de mi dormitorio. Me detuve a escuchar un momento y oí un ligero murmullo de agua en las tuberías. Thomas estaba en la ducha. Cogí una Coca-Cola de la nevera y miré a Murphy, que asintió con la cabeza. Saqué una para ella y me acerqué a duras penas al sofá para sentarme lentamente y con cuidado, quejándome todo el tiempo de dolores y molestias. Abrí la Coca-Cola, bebí, y me eché hacia atrás con los ojos cerrados. Ratón se acercó pesadamente para sentarse en el sofá y apoyar su enorme cabeza en mi rodilla. Me acarició la pierna con la pezuña.

—Estoy bien —le dije.

Expulsó aire por la nariz con una mueca perruna algo escéptica y le rasqué las orejas para demostrarle que decía la verdad.

—Gracias por traerme, Murph.

—Sin problema —dijo. Sacó una bolsa de plástico y la arrojó al suelo. Dentro estaban mi túnica, la estola y la capa, las tres salpicadas de sangre. Se acercó al fregadero de la cocina y comenzó a llenarlo de agua fría—. Hablemos pues.

Asentí y le hablé del chico coreano. Mientras lo hacía, metió mi estola en el fregadero y comenzó a frotarla con fuerza en el agua fría.

—Ese chico era lo que los magos entienden como un hechicero —le dije—. Alguien que ha traicionado el propósito de la magia, que se ha torcido desde el principio.

Esperó un momento y luego habló en voz baja, en tono peligroso:

—¿Lo han matado aquí? ¿En Chicago?

—Sí —dije. Me sentí aún más cansado—. Este es uno de nuestros puntos de

reunión más seguros, al parecer.

—¿Tú lo presenciaste?

—Sí.

—¿Dejaste que lo hicieran?

—No podría haberlo evitado —dije—. Estaban presentes los pesos pesados, Murphy. Y... —Respiré profundamente—. No estoy seguro de que se estuvieran equivocando del todo.

—Y una mierda —gruñó ella—. Me importa bien poco lo que el Consejo Blanco haga en Inglaterra, América del Sur o donde quiera que vayan a mesarse la barba. Pero han venido aquí.

—No tenía nada que ver contigo —le dije—. Nada que ver con la ley, quiero decir. Eran asuntos internos. Le hubieran hecho lo mismo a ese chico en cualquier parte, eso no importaba.

Sus movimientos se tornaron bruscos durante un momento y el agua rebosó por el borde del fregadero. Entonces se obligó a relajarse, dejó la estola a un lado y se puso a trabajar en la túnica.

—¿Por qué piensas eso? —me preguntó.

—El chico se había metido a lo bestia en temas de magia negra —le dije—. Control mental y ese tipo de cosas. Robaba a las personas su voluntad.

Me miró con ojos fríos.

—No estoy segura de haberlo entendido.

—Es la cuarta ley de la magia —aclaré—. No está permitido controlar la mente de otro ser humano. Pero... demonios, es una de las primeras cosas que estos críos estúpidos intentan hacer, el viejo truco mental Jedi. A veces empiezan logrando que sus profesores no se den cuenta de que no han hecho los deberes o convenciendo a sus padres para que les compren un coche. Son conscientes de su magia cuando tienen quince años o así, y al alcanzar los diecisiete o dieciocho llegan a la madurez de su talento.

—¿Y eso es malo?

—En muchas ocasiones sí —le dije—. No olvides cómo son los chicos de esa edad. No pueden pasarse diez segundos sin pensar en el sexo. Tarde o temprano, si alguien no les enseña otra cosa, usan el control mental para meterse en la cabeza de la animadora y conseguir una cita. O más que una cita. Y después lo prueban con otras chicas, u otros chicos, si nos ponemos políticamente correctos. Alguien se acaba enfadando por haber perdido a su novia o porque han dejado preñada a su hija y el chico trata de corregir sus errores usando más magia.

—¿Pero por qué se ordena una ejecución? —preguntó Murphy.

—Es... —Yo fruncí el ceño—. Entrar en la mente de alguien de esa manera es complicado y peligroso. Tarde o temprano, mientras estás cambiando a la gente,

comienzas también a cambiarte a ti mismo. ¿Te acuerdas de Micky Malone?

Murphy no llegó a echarse a temblar, sin embargo, sus manos dejaron de moverse durante un momento. Micky Malone era un oficial retirado de la policía. A los pocos meses de haber dejado el cuerpo, una entidad espiritual encolerizada y perversa practicó un ataque psíquico contra él y le lanzó hechizos de tormento a mansalva. El ataque transformó a un policía jubilado con aspecto de abuelo respetable en un loco maniaco totalmente fuera de control. Hice todo lo que pude por el pobre tipo, pero el asunto fue bastante grave.

—Me acuerdo —dijo Murphy en voz baja.

—Cuando una persona se mete en la cabeza de otra le inflige varios tipos de daño, igual que le sucedió a Micky Malone. No obstante, la persona que lo hace también los sufre. Se hace más fácil doblegar a los demás a medida que tú te vas doblegando. Es un círculo vicioso. Es peligroso para la víctima, y no solo por las consecuencias directas de creer de repente que el hechicero es el dios-rey del universo. Crea tensión en la psique, y mientras más atípico sea el comportamiento y el sentimiento inducido, más daño les hace. La mayoría de las veces se convierte en una crisis total.

Murphy se estremeció.

—¿Cómo esos trabajadores de oficina a los que se lo hizo Mavra? ¿Y los Renfield?

Un destello fantasmagórico de dolor recorrió mi mano mutilada al recordarlo.

—Exactamente igual —le dije.

—¿Qué puede conseguirse con esa clase de magia? —preguntó con voz algo más apagada.

—Demasiado. Este chico había obligado a un grupo de personas a suicidarse y a otras cuantas a cometer asesinatos. Además, había convertido en sus esclavos personales a varias personas, la mayoría de ellas miembros de su familia.

—Dios mío —dijo Murphy en un susurro—. Eso es horrible.

Asentí.

—Así es la magia negra. Si dejas que entre en ti, te cambia. Te mancha.

—¿No hay otra cosa que el Consejo pueda hacer?

—Cuando el chico llega tan lejos, no hay nada que se pueda hacer. Lo han intentado todo —le dije—. A veces el brujo parece mejorar, pero al final todos vuelven a recaer. Y más gente acaba muriendo. Así que, a menos que alguien en el Consejo se haga responsable del brujo, lo acaban matando.

Murphy pensó por un momento en lo que acababa de oír.

—¿Podrías haberlo hecho tú? ¿Haber asumido la responsabilidad?

Me revolví incómodo.

—En teoría, supongo. Si hubiera creído que se le podía salvar.



Apretó los labios y no se apartó del fregadero.

—Murph —le dije tan suavemente como pude—. La ley no puede manejar algo así. No podrías detenerlos ni contenerlos sin usar una magia poderosa para neutralizar sus poderes. Si colocas a un hechicero enfadado delante de un abogado de oficio, la cosa se pondría fea. Peor que con los lupinos.

—Tiene que haber otra manera —insistió Murphy.

—Una vez que un perro se vuelve rabioso no hay manera de recuperarlo —le dije—. Lo único que se puede hacer es evitar que haga daño a los demás. La mejor solución es prevenir. Encontrar a los chicos que muestran un mayor talento y enseñarles lo correcto desde el primer momento. No obstante, la población mundial ha crecido tanto en este siglo pasado que el Consejo Blanco no puede identificarlos a todos o llegar hasta ellos. Sobre todo ahora, cuando hay una guerra en marcha. Es tan simple como que no somos suficientes.

Ella inclinó la cabeza, mirándome fijamente.

—¿Nosotros? Es la primera vez que te oigo referirte al Consejo Blanco incluyéndote en él.

No estaba seguro de qué contestar a aquello, así que me terminé el resto de mi Coca-Cola. Murphy devolvió la atención al lavado unos minutos, apartó la túnica a un lado y tomó la capa gris. La sumergió en el fregadero, frunció el ceño y luego la levantó.

—Fíjate en esto —dijo—. La sangre ha salido sola en cuanto ha tocado el agua.

—Es como si ese chico no hubiera muerto. Qué guay —dije con tranquilidad.

Murphy me miró un momento.

—Tal vez esto es lo que sienten los civiles cuando ven a los policías haciendo el trabajo sucio. Muchas veces no entienden lo que está pasando. Ven algo que no les gusta y se ponen nerviosos porque no tienen acceso a la historia completa, no se están enfrentando personalmente al problema, y no saben hasta qué punto es peor la alternativa.

—Tal vez —convine.

—Es una mierda.

—Lo siento.

Me dedicó una sonrisa fugaz, pero su expresión se tornó de nuevo seria cuando cruzó la sala de estar para sentarse a mi lado.

—¿De verdad crees que lo que hicieron era necesario?

Que Dios me perdone, pero asentí.

—¿Por eso fue tan duro contigo el Consejo durante tanto tiempo? ¿Pensaban que eras un hechicero a punto de recaer?

—Así es. Salvo la parte en la que usas el tiempo pasado. —Me incliné hacia delante, mordiéndome el labio—. Murph, esta es una de esas cosas en las que los

policías no pueden involucrarse. Ya te dije que habría situaciones como esta. Lo que ha sucedido me gusta tan poco como a ti. Pero, por favor, no fuerces nada. Eso no ayudaría a nadie.

—No puedo ignorar un cadáver.

—No encontrarán ninguno.

Ella negó con la cabeza y miró fijamente la Coca-Cola un rato más.

—Muy bien —concluyó—. Pero si el cuerpo aparece o alguien denuncia, no tendré otra elección.

—Lo entiendo. —Miré a mi alrededor para cambiar de tema—. En fin. Hay magia negra en marcha en Chicago, según una carta moleestamente escueta del guardián de la puerta.

—¿Quién es ese?

—Un mago demasiado misterioso.

—¿Le crees?

—Sí —dije—. Así que debemos estar atentos a posibles asesinatos, incidentes extraños y así sucesivamente. Lo de siempre.

—Bien —dijo Murphy—. Estaré atenta a los cadáveres, bichos raros y monstruos.

La puerta de la habitación se abrió y de ella salió mi medio hermano Thomas, recién duchado y oliendo ligeramente a colonia. Rondaba el metro ochenta de estatura y su constitución era la de un dios del gimnasio, todo músculos esculpidos y bien formados, algo que no era demasiado bueno. Llevaba un pantalón negro y zapatos también negros y se estaba poniendo una camiseta azul pálido sobre su duro abdomen cuando entró en la sala de estar.

Murphy lo observó con sus brillantes ojos azules. Thomas es muy agradable a la vista. También es un vampiro de la Corte Blanca. No les van tanto los colmillos y la sangre como la piel pálida y un sexo ardiente y sobrenatural, pero el hecho de que se alimenten de fuerza vital cruda no les hace menos peligrosos.

Thomas había trabajado duro para mantener sus ansias bajo control, de manera que cuando se alimentaba no hería gravemente a nadie; no obstante, yo sabía que había sido difícil para él y que llevaba el peso de aquella lucha interna siempre sobre sus hombros. Era patente en su expresión y asemejaba sus movimientos a los de un hambriento y delgado depredador.

—¿Monstruos? —preguntó al tiempo que se metía la camiseta por la cabeza. Sonrió con amabilidad y saludó—: Karrin, buenas tardes.

—Teniente Murphy para ti, guapito —replicó ella, pero en su rostro se formó una sonrisa agradecida.

Él le devolvió la sonrisa tocándose el pelo, que incluso cuando estaba mojado y despeinado lucía descuidadamente atractivo.

—Vaya, gracias por el cumplido —dijo. Se agachó para rascarle las orejas a

Ratón, me hizo un gesto con la cabeza y se apoderó de su gran bolsa negra de gimnasio.

—¿Tienes algún asunto pendiente en la ciudad, Harry?

—Eso se rumorea —dije—. No he tenido tiempo de investigarlo todavía.

Ladeó la cabeza y frunció el ceño.

—¿Qué diablos te ha pasado?

—Un pequeño problema con el coche.

—Ajá —dijo. Se colgó la correa de la bolsa en el hombro—. Oye, si necesitas ayuda, házmelo saber. —Miró el reloj y añadió—: Tengo que irme.

—Claro —le dije a su espalda. Cerró la puerta tras de sí.

Murphy arqueó una ceja.

—Eso ha sido algo brusco. ¿Seguís llevándoos bien?

Hice una mueca y asentí.

—Bueno... no sé, Murph. Ha estado muy distante conmigo últimamente. Y se pasa fuera casi todo el tiempo. Día y noche. Duerme y come aquí, pero sobre todo cuando estoy trabajando. Y cuando lo veo es siempre así, de pasada. Siempre va con prisa a alguna parte.

—¿Adónde? —preguntó.

Me encogí de hombros.

—Estás preocupado por él —sentenció.

—Sí. Solía estar mucho más tenso. Ya sabes, todo el rollo del hambre del incubo. Me preocupa que tal vez haya decidido que controlar el apetito ya no va con él.

—¿Crees que le está haciendo daño a alguien?

—No —dije enseguida, tal vez demasiado rápido. Me obligué a calmarme y luego añadí—: No, no tanto como eso. No lo sé. Me gustaría que hablara conmigo, pero desde el otoño pasado tiende a mantener las distancias.

—¿Le has preguntado? —quiso saber Murphy.

La miré.

—No.

—¿Por qué no?

—No se hace así —dije.

—¿Por qué no?

—Porque los tíos no lo hacemos así.

—Vamos a ver si lo entiendo —dijo Murphy—. ¿Quieres que hable contigo pero no se lo dices ni le preguntas nada? Te sientas con él en silencio y soportando la tensión pero ninguno de los dos decís nada.

—Así es —confirmé. Me miró fijamente—. Necesitas una próstata para entenderlo —dije.

Ella sacudió la cabeza.

—Entiendo lo suficiente. —Se levantó y dijo—: Sois idiotas. Deberías hablar con él.

—Tal vez —dije.

—Mientras tanto, voy a mantener los ojos abiertos. Si me topo con algo raro, me pondré en contacto contigo.

—Gracias.

—¿Qué vas a hacer?

—Esperar a la puesta de sol —dije.

—Y entonces, ¿qué? —me preguntó.

Me froté mi cabeza dolorida al tiempo que sentía unas repentinas ansias de pelearme contra el que me había echado de la carretera y el idiota que había decidido hacer trastadas en mi ciudad natal jugueteando con magia negra.

—Entonces me pondré mi sombrero de mago y comenzaré a averiguar lo que está pasando.

## Capítulo 6

Murphy se quedó conmigo hasta que estuvo segura de que no iba a caerme inconsciente en cualquier momento; no obstante, me hizo prometer que la llamaría en un par de horas para asegurarse. Ratón la acompañó hasta la puerta cuando se fue, y Murphy se volvió para cerrarla con las dos manos soltando un gruñido por el esfuerzo que suponía acomodarla en el marco. Arrancó el coche y se marchó.

Aticé mi cerebro con un palo imaginario para decidir mi próximo movimiento. Mi cerebro se apresuró a señalar que conocía al actual caballero del Verano de la Corte de Verano y que el tipo me debía algunos favores bastante grandes. Le salvé la vida cuando era solo un tráfugo aterrorizado tratando de no ser devorado por una incipiente guerra entre Invierno y Verano. Cuando todo quedó resuelto se convirtió en el nuevo caballero del Verano, el campeón mortal de la Corte de Verano. Se le concedió mucha influencia en la mitad del reino de los sidhes, y probablemente sabía más acerca de lo que ocurría allí que cualquier otra persona oriunda del mundo real. Mi cerebro pensaba que sería realmente maravilloso si pudiera hacer una llamada telefónica a Fix y obtener toda la información que necesitaba acerca de las Cortes sidhe en una bandeja de plata.

Mi cerebro es a veces demasiado optimista, pero le concedí la remota posibilidad de que saliera ganador de la lotería de la investigación.

Cogí el teléfono. Sonó once veces antes de que alguien respondiera.

—¿Sí?

—¿Fix? —pregunté.

—Eh... —contestó una voz ahogada que sonaba masculina—. ¿Quién es?

—Harry Dresden.

—¡Harry! —Su voz se iluminó de inmediato con una alegría un poco somnolienta que ya parecía mucho más propia del caballero del Verano de la corte sidhe que yo conocía—. Eh, ¿cómo estás? ¿Qué pasa?

—Esa es la pregunta del día —le dije—. Necesito hablar contigo acerca de los tejemanajes de Verano.

El sueño se desvaneció de su voz. Igual que la cordialidad.

—Oh.

—Mira, no es nada grave —comencé—. Solo necesito...

—Harry —dijo en tono cortante. Fix nunca me había cortado antes. De hecho, si me hubieran pedido mi opinión profesional un año antes, hubiera dicho que nunca había interrumpido a nadie en su vida.

—No podemos hablar de esto. La línea podría no ser segura.

—Vamos, hombre —le dije—. Nadie puede controlar la línea telefónica con un hechizo. Se quemaría en un segundo.

—Hay alguien que no está jugando con las viejas reglas, Harry —dijo—. Pinchar un teléfono no es demasiado difícil.

Fruncí el ceño.

—No te falta razón —concedí—. Entonces tenemos que hablar.

—¿Cuándo?

—Lo más pronto posible.

—En el territorio neutral de siempre —respondió.

Se refería al pub McAnally. El local de Mac siempre había sido un lugar de reunión para la comunidad sobrenatural de Chicago. Cuando estalló la guerra, alguien tuvo la brillante idea de colocarlo en una lista de territorios neutrales donde, por virtud de los Acuerdos Unseelie, todo el mundo respetaba la neutralidad de la propiedad y se esperaba que se comportase de manera civilizada. No sería un encuentro privado, pero era probablemente el lugar más seguro en la ciudad para discutir este tipo de cosas.

—Muy bien —dije—. ¿Cuándo?

—Tengo un asunto esta noche. Lo más pronto que puedo es mañana. ¿Almorzamos?

—Nos vemos al mediodía —contesté.

Hubo un murmullo somnoliento en el otro extremo de la línea, una voz de mujer.

—Shhhhh —siseó Fix—. Claro, Harry. Nos vemos allí.

Colgamos y me quedé mirando al teléfono con los labios fruncidos. ¿Fix durmiendo a estas horas? Y con una chica en la cama con él, nada menos. E interrumpiendo a un mago sin pensárselo dos veces. Quién le ha visto y quién le ve.

Por supuesto, había tenido una gran exposición a las hadas desde la última vez que lo vi. Y si poseía un poder parecido al que había visto desplegar a los campeones de los sidhes, ya le había dado tiempo a acostumbrarse a él. Nunca se sabe cómo alguien va a manejar el poder hasta que lo recibe y se ve lo que hace con él. Fix había cambiado, sin duda.

Algo en el estómago me decía que debería tener más cuidado del habitual cuando hablara con él. No me gustó aquella sensación. Antes de pensarlo mucho, me obligué a levantar el teléfono y seguir adelante con lo que mi cerebro me decía que era el siguiente paso razonable: preguntar si alguien había oído algo acerca de la presencia de magia negra en la ciudad.

Llamé a varias personas: el recién casado Billy el hombre lobo; a Mortimer Lindquist, el ectomante; a Waldo Butters, médico y compositor de la *Polka Quasimodo*; a una docena de tipos con poderes mágicos de poca monta y a mi antiguo editor en *Arcano*. Ninguno de ellos había oído hablar del tema, así que les advertí que pusieran un oído en tierra. Incluso llamé al Archivo. Recibí la respuesta de un contestador y nadie me devolvió la llamada.

Me senté y miré la base del teléfono mientras un tono de marcado zumbaba en mi enguantada mano izquierda.

No había llamado a Michael ni al padre Forthill. Si tenía presente el concepto básico de que a cuanta más gente llamara, más posibilidades de éxito tendría, probablemente debería haberlo hecho. Por otra parte, si el de arriba quería a Michael en el caso, no importaba quién lo llamara o el número de objetos inamovibles que se interpusieran en el camino.

Había visto a menudo cómo funcionaban estas cosas, confiaba en que siguiera siendo así.

Era un buen razonamiento, pero no engañaba a nadie. Ni siquiera a mí mismo. La verdad es que no quería hablar con ellos a menos que, de verdad, de verdad, de verdad tuviera que hacerlo.

El tono de llamada se convirtió en el molesto zumbido que indicaba que no se había podido establecer una conexión.

Colgué el teléfono con la mano temblorosa. Entonces me levanté, me agaché junto a la zona torpemente recortada de moqueta que cubría la trampa en el suelo del apartamento y la abrí revelando la escalera extensible de madera que bajaba a mi laboratorio.

El laboratorio se halla en el segundo sótano, que es un nombre mucho mejor que el sótano-sótano. Es poco más que una caja grande de hormigón con una escalera para salir. Las paredes están llenas de estantes de esos baratos que se pueden conseguir en las tiendas Wal-Mart. Allí almaceno contenedores de todo tipo, desde bolsas de plástico a una vajilla para microondas, cajas de madera e incluso una caja forrada de plomo y sellada donde guardo una pequeña cantidad de polvo de uranio empobrecido. Otras cosas como libros, cuadernos, sobres, bolsas de papel, lápices y objetos aparentemente inútiles de todo tipo luchan entre sí por un espacio en los estantes. En todos, menos en uno de madera con velas en los extremos, en el que solo había cuatro novelas románticas, el catálogo de Victoria's Secret y un cráneo humano blanqueado.

Una larga mesa ocupaba el centro de la habitación y dejaba libre de cualquier desorden una zona en el fondo del sótano, donde dispuse un círculo de plata en el suelo: mi círculo de invocación. Cuarenta y cinco centímetros de hormigón por debajo, y dentro de otra pesada caja de metal envuelta en su propio círculo de conjuros y hechizos, había una moneda de plata ennegrecida.

La palma de mi mano izquierda, que había sufrido graves quemaduras salvo en el dibujo con la forma del símbolo angelical de Lasciel grabado en mi piel, comenzó a picarme de repente.

Me la froté contra la pierna e ignoré la picazón.

Mi mesa de trabajo siempre había estado llena de material desde que la bajé al

laboratorio. Ahora ya no era así.

En aquel momento sentí que le debía una disculpa a alguien. Cuando Murphy me preguntó sobre el dinero del Consejo la respuesta que le di fue una verdad a medias. Era cierto que fijaron el sueldo de los centinelas en los años cincuenta, pero ni siquiera el Consejo era tan rígido como para ignorar cosas como la inflación estándar, por lo que el cheque para los centinelas había seguido el ritmo del coste de la vida a través de la discreta financiación de... Dios mío, estoy empezando a sonar como parte del sistema.

Resumiendo: los centinelas cuentan con formas fraudulentas de cobrar más y el dinero que recibía de ellos, sin ser una barbaridad, tampoco era nada despreciable. Sin embargo, no lo había gastado en arreglar mi apartamento.

Lo había gastado en lo que estaba en mi mesa de trabajo.

—Bob —dije—. Despierta.

Unas llamas anaranjadas cobraron vida en las cuencas de los ojos del cráneo.

—¡Oh, por el amor de Dios! —se quejó una voz desde el interior—. ¿No puedes tomarte una noche libre? Estará terminado cuando esté terminado, Harry.

—No hay descanso para los malvados, Bob —le dije alegremente—. Y eso significa que no podemos aflojar o se nos van a adelantar.

La voz del cráneo adquirió un tono quejumbroso.

—Pero hemos estado jugando con esta estupidez todas las noches durante seis meses. Por cierto, te está saliendo un remolino en el pelo y un diente nuevo. Si sigues así tendrás que retirarte a un asilo para majaretas y tarados mágicos.

—Monsergas —dije.

—No puedes decir que es una monserga —gruñó Bob—. Ni siquiera sabes lo que significa.

—Claro que sí. Significa que los espíritus del aire deben callarse y ayudar a su mago antes de que este los envíe otra vez en busca de demonios fúngicos.

—No recibo ningún respeto —suspiró Bob—. Está bien, está bien. ¿Qué es lo que quieres hacer ahora?

Hice un gesto hacia la mesa.

—¿Está listo?

—¿Listo? —dijo Bob—. Nunca va a estar listo, Harry. Tu sujeto fluye, es siempre cambiante. El modelo debe cambiar también. Si quieres que sea lo más preciso posible va a ser un dolor de cabeza mantenerlo al día.

—Sí, eso es lo que quiero, y ya lo sé —le dije—. Así que habla. ¿Dónde estamos? ¿Está listo para una prueba?

—Ponme en el lago —dijo Bob.

Alargué la mano hacia el estante, cogí el cráneo y lo coloqué en el borde oriental de la tabla.



El cráneo estaba junto a una maqueta de la ciudad de Chicago. La había construido en la mesa, con todo el detalle que mi nuevo sueldo me permitió. Los rascacielos se erigían a treinta centímetros de altura, cada edificio fabricado a partir de estaño fundido, algo bastante caro, ya que tenía que ser encargado individualmente. Las calles de asfalto real serpenteaban entre los edificios alineadas con farolas y buzones hechos con esmero y en total la ciudad se extendía tres kilómetros en todas las direcciones, desde Burnham Harbor. Los detalles fallaban a las afueras de la maqueta, pero realicé cada edificio, cada calle, cada canal, cada puente y cada árbol con toda la exactitud que me fue posible y de la que fui capaz.

Había pasado meses dando vueltas por la ciudad para recoger pedazos de todas las características del mapa. Cortezas de los árboles, sobre todo. También lascas de asfalto de las calles. Me llevaba un martillo, arrancaba un pedacito o dos de cada edificio que quería representar y luego insertaba las piezas de los originales en la estructura de sus homólogos modelados.

Si lo había hecho correctamente, la maqueta sería de gran valor para mi trabajo. Sería capaz de usar diversas técnicas para hacer todo tipo de cosas en la ciudad: localizar objetos perdidos, escuchar las conversaciones dentro del área representada por ella, seguir a gente por la ciudad desde la relativa seguridad de mi laboratorio... un montón de cosas interesantes. La maqueta me permitía enviar mi magia a través de Chicago con mayor facilidad y amplitud de aplicaciones de lo que lo hacía actualmente.

Por supuesto, si no lo hubiera hecho correctamente...

—Este mapa está muy bien —dijo Bob—. Diría que ya es hora de enseñárselo a alguien.

—No —dije—. Se trata de una maqueta diminuta de la ciudad en el laboratorio de mi sótano. Es un proyecto que se parece al lado malvado y psicótico de Lex Luthor más de lo que me gustaría.

—Bah —dijo Bob—. Ninguno de los genios del mal con los que he trabajado podría haber montado algo como esto. —Hizo una pausa—. Aunque algunos de los psicópatas sí, supongo.

—Si se supone a su vez que eso es un halago, necesitas algo de práctica.

—¿Acaso no soy bueno para tu ego, jefe? —El cráneo se giró lentamente, de izquierda a derecha, estudiando el modelo de la ciudad con las llamas titilando en las cuencas de sus ojos; no observaba su constitución física, sino el alineamiento mágico en miniatura que había construido en la superficie de la mesa, las trayectorias de energía mágica que fluían por la ciudad como la sangre a través del cuerpo humano.

—Parece... —Hizo un ruido similar a alguien exhalando una respiración con los dientes apretados—. Eh, no tiene mal aspecto, Harry. Tienes un don para este tipo de trabajo. Esa maqueta del museo ha convertido el flujo alrededor del estadio en algo

bastante exacto, hablando taumatúrgicamente.

—¿Existe de verdad esa palabra? —pregunté.

—Debería —respondió con aires de superioridad—. Ya se puede hacer algo con Pequeño Chicago, si quieres probar. —La calavera se giró para colocarse frente a mí—. Dime que esto no tiene nada que ver con las contusiones en tu cara.

—No estoy seguro —dije—. Hoy me enteré de que el guardián de la puerta — Bob se estremeció al oír el nombre— cree que hay magia negra en la ciudad y que tengo que hacer algo al respecto.

—Y quieres usar Pequeño Chicago para encontrarla.

—Tal vez —dije—. ¿Crees que funcionará?

—Creo que los hermanos Wright probaron su nuevo material en Kitty Hawk en lugar de en el Gran Cañón por una razón —dijo Bob—. En concreto, porque si el avión se rompía debido a un diseño defectuoso en Kitty Hawk podrían sobrevivir.

—O tal vez no podían permitirse el lujo de viajar —dije—. Además, ¿tan peligroso sería?

Bob me miró un momento.

—Has estado vertiendo energía en esto todas las noches durante seis meses, Harry, y en este momento contiene trescientas veces la capacidad de energía de tu anillo cinético.

Parpadeé. A plena potencia, aquel anillo podía volcar un coche.

Trescientas veces este tipo de energía trasladada a... bueno, era algo que sería mejor no experimentar dentro de los angostos límites del laboratorio.

—¿Tanta tiene?

—Sí, y no lo has probado todavía. Si te has equivocado en alguno de los armónicos, te podría explotar en la cara, en el peor de los casos. En el mejor, volarás el proyecto y volverías a la zona cero.

—Planta —le corregí—. Así se llama al comienzo de un proyecto. La zona cero es el área inmediatamente debajo de la explosión de una bomba.

—Las dos cosas tienden a parecerse —dijo Bob con amargura.

—Voy a tener que vivir con el riesgo —dije—. Esa es la apasionante vida de un mago profesional y su audaz asistente.

—Oh, por favor. A los asistentes se les paga.

En respuesta, metí la mano en una bolsa de papel que tenía debajo de la mesa y saqué dos novelas de bolsillo.

Bob dejó escapar un sonido chirriante y su cráneo traqueteó y castañeteó en la superficie azul pintada en la mesa que representaba el lago Michigan.

—¿Es eso? ¿Es eso? —chilló.

—Sí —dije—. Tienen la calificación de «muy caliente» por parte de algún tipo de sociedad romántica.

—¡Mucho sexo y guarradas! —canturreó Bob—. ¡Dame!

Los devolví a la bolsa y miré alternativamente a Bob y a Pequeño Chicago.

El cráneo se giró de nuevo.

—¿Sabes de qué tipo de magia negra se trata? —preguntó.

—No tengo ni idea. Solo negra.

—Una información vaga y sin embargo, inútil —dijo Bob.

—Es un fastidio.

—Oh, el guardián no lo hizo para fastidiarte —exclamó Bob—. Lo hizo para evitar cualquier posibilidad de una paradoja.

—Eh... —Parpadeé—. ¿Qué?

—Se enteró de este asunto por retrospección, no tiene más remedio que haber sido así —dijo Bob.

—Retrospección —murmuré—. ¿Quieres decir que viajó al futuro para esto?

—Bueno —dijo Bob a la defensiva—. Eso sería romper una de las leyes, así que probablemente lo hizo de otra forma. Podría haberse enviado un mensaje a sí mismo desde allí, o tal vez se procuró algún tipo de espíritu pronosticador. Incluso podría haber desarrollado cierta capacidad para ello él mismo. Algunos magos lo hacen.

—¿Y eso qué significa? —le pregunté.

—Significa que es posible que no haya sucedido nada, todavía. Sin embargo, quería ponerte en guardia respecto a algo que sucederá en un futuro inmediato.

—¿Por qué no me lo dijo? —pregunté.

Bob suspiró.

—Te cuesta entenderlo, ¿verdad?

—Supongo que sí.

—Está bien. Digamos que se entera de que alguien va a robarte el coche mañana.

—Oh —dije con amargura—. Bueno, digamos eso.

—Bueno, no puede simplemente llamarte y decirte que muevas el coche.

—¿Por qué no?

—Porque si altera de manera significativa los acontecimientos gracias a su conocimiento sobre el futuro, podría causar todo tipo de inestabilidades temporales. Podría provocar nuevas realidades paralelas que se separarían de la original en el punto mismo de la alteración, abrir un abanico de múltiples alteraciones imposibles de predecir o incitar una violenta reacción en su propia conciencia y volverse loco. —Bob me miró de nuevo—. Lo cual, como ya sabemos, no es algo que a ti te disuada en absoluto, pero otros magos se toman ese tipo de cosas en serio.

—Gracias, Bob —dije—. Pero todavía no entiendo por qué han de suceder algunas de esas cosas.

Bob suspiró.

—Está bien. Estudios temporales 101. Digamos que se entera de que van a

robarte el coche. Entonces vuelve para advertirte y como consecuencia de ello no te quedas sin coche.

—Suena bien hasta ahora.

—Pero si no te roban el coche —dijo Bob—, ¿cómo iba a saber él que debía regresar para advertirte?

Fruncí el ceño.

—Esa es la paradoja, y puede provocar todo tipo de reacciones desagradables. La teoría sostiene que incluso puede destruir nuestra realidad si sucediera en un punto lo bastante débil. Pero eso no se ha podido demostrar nunca ya que no ha llegado a pasar. Y lo sabemos porque seguimos aquí, claro.

—De acuerdo —dije—. Entonces, ¿qué sentido tiene enviar el mensaje si no puede cambiar nada?

—Oh, sí que puede —dijo Bob—. Si se hace sutilmente, de manera indirecta, puedes cambiar todo tipo de cosas. Sigamos con el ejemplo del robo del coche. Él te advierte de ello y tú lo aparcas en un garaje, donde en lugar de que te lo robe el drogadicto que iba a hacerlo en la calle después de dispararte lo hace un profesional que se lo lleva sin lastimarte. Al alterar el destino del coche, altera indirectamente el tuyo.

Fruncí el ceño.

—Es una línea muy fina.

—Sí, por esa misma razón alterar el tiempo va contra la ley —explicó Bob—. Es posible cambiar el pasado, pero, como te digo, hay que hacerlo indirectamente. Si metes la pata, se corre el riesgo de provocar el fin del mundo por paradoja.

—Entonces me estás diciendo que al advertirme está creando indirectamente un ángulo diferente de todo el asunto.

—Estoy diciendo que el guardián suele ser mucho más específico respecto a este tipo de cosas —dijo Bob—. Todos los miembros del Consejo de Veteranos se toman la magia negra muy en serio. Tiene que haber una razón para que te suministre semejante información de esta manera. Mi instinto dice que lo hace desde una perspectiva temporal.

—Tú no tienes instinto —dije amargo.

—Tus celos hacia mi intelecto son algo feo, muy feo, Harry —contraatacó Bob.

Fruncí el ceño.

—Ve al grano.

—Sí, jefe —continuó el cráneo—. Lo que sucede es que la magia negra es muy difícil de encontrar a no ser que la busques directamente. Si tratas de hacer aparecer ejemplos de magia negra en tu maqueta, como si Pequeño Chicago fuera una especie de radar de malas energías, es probable que te estalle en la cara.

—El guardián me advirtió sobre la magia negra —dije—. Pero tal vez su

intención era que me fijara en otra cosa. Algo relacionado con ella de manera indirecta.

—Lo que debería ser mucho más fácil de encontrar con la ayuda de tu maqueta —dijo Bob, alegre.

—Claro —dije—. Siempre y cuando tuviera la menor idea de qué buscar. —Arrugué la cara—. Así que en lugar de buscar magia negra, buscaremos cosas que suelen acompañarla.

—Bingo —dijo Bob—. Y mientras más normales, mejor.

Saqué mi taburete y me senté con gesto de concentración.

—¿Empezamos por buscar cadáveres? Sangre. Miedo. Accesorios bastante típicos de la magia negra.

—El dolor también —dijo Bob—. Les motiva el dolor.

—Así es la comunidad sadomaso —dije—. En una ciudad de ocho millones de habitantes hay decenas de miles de personas así.

—Oh. Buena idea —dijo Bob.

—Lo lógico es que hubieras sido tú el que pensara en ello —me enorgullecí—. No obstante, la gente a la que le va el sadomaso no teme el dolor. Así que en su lugar trata de buscar solamente miedo, miedo de verdad, no miedo del cine. Terror. No es posible que haya gran cantidad de sangre humana derramada en lugares sin actividad violenta, a menos que alguien se cuele en un hospital o algo así. Lo mismo pasa con los cadáveres. —Tamborileé con los dedos de mi mano buena sobre la mesa, cerca de Bob—. ¿Crees que Pequeño Chicago podrá soportarlo?

Lo consideró durante un largo rato.

—Tal vez solo alguna de esas cosas —comentó en un tono cauteloso—. Pero este hechizo va a ser muy difícil, largo y peligroso para ti, Harry. Eres bueno para tu edad, pero aún no posees el ajustado control que adquirirás con los años. Va a requerir de toda tu concentración y te drenará mucho; si es que puedes soportarlo.

Respiré hondo y asentí lentamente.

—Muy bien. Entonces haremos un ritual en toda regla para que salga como debe. Limpieza, meditación, incienso...

—Incluso si lo haces todo bien puede que no funcione —dijo Bob—. Y si Pequeño Chicago resulta ser defectuoso, acabarás mal.

Asentí de nuevo, lentamente, contemplando la maqueta de la urbe.

Había ocho millones de personas en mi ciudad y, de todas ellas, tal vez apenas dos o tres poseían la capacidad de hacer magia negra o el tipo de conocimiento y poder requerido para detener a un mago negro. No solo eso, existía la enorme posibilidad de que yo fuera el único que pudiera encontrar y contrarrestar al hechicero antes de que comenzaran los asesinatos. Yo era también, presumiblemente, el único que había sido advertido.

Tal vez sería mejor frenar esto un poco. Esperar el desarrollo de los acontecimientos, que mis amigos me informaran. Entonces podría obtener una mejor lectura de la amenaza y de cómo lidiar con ella. Quiero decir, ¿valía la pena jugarme la vida haciendo aquel hechizo cuando con paciencia obtendría informaciones igual de útiles?

Era probable que no mereciera la pena jugarme mi propia vida, pero no hacerlo le costaría a alguien la suya. La magia negra no es el tipo de cosa que deja gente indiferente a su paso y, en general, las víctimas que mueren son las afortunadas. Si no hacía uso de la maqueta, tendría que esperar a que los malos realizaran el primer movimiento.

Así que tenía que hacerlo.

Estaba cansado de ver cadáveres y víctimas.

—Reúne todo lo que sepas sobre este tipo de hechizo, Bob —le dije con calma—. Voy a comer algo y luego prepararemos el ritual. Empezaré la búsqueda del miedo cuando se ponga el sol.

—A la orden —dijo Bob, y por primera vez hablaba en serio y no me estaba haciendo burla.

Vaya.

Subí la escalera antes de que me diera tiempo a pensar mucho en aquello y cambiara de idea.

## Capítulo 7

La magia ritual no es lo que más me gusta en el mundo. No importa cuál sea el objetivo que esté tratando de lograr, todavía me siento tonto cuando llega el momento de bañarme y vestirme con una túnica blanca con capucha, encender velas e incienso, entonar cantos y colocar un pequeño arsenal de velas, varitas, palos, líquidos y otros objetos propios de la magia ritual.

No obstante, por vergonzosos que me resultaran, aquel proceso y los objetos que usaba en él me otorgaban una ventaja primordial a la hora de trabajar con magia importante; liberaban mi atención de las decenas de pequeños detalles que normalmente me veía obligado a tener muy en cuenta. La mayoría de las veces mantener una visualización correcta no requería de mí ningún esfuerzo. Llevaba haciéndolo durante tanto tiempo que era prácticamente automática. Aquello estaba bien para trabajos de corta duración, donde bastaba con mantener mis pensamientos en perfecto equilibrio durante apenas unos segundos, pero para un hechizo largo necesitaría una cantidad exponencialmente mayor de perspectiva y concentración. Hacía falta una persona con mucha mayor disciplina mental que yo para mantener un hechizo durante un ritual de media hora sin ayuda, y si bien probablemente existían magos con experiencia para poder hacerlo, pocos se molestaban en ello cuando la alternativa era generalmente más simple, más segura y tenía más probabilidades de funcionar.

Me rodeé de los objetos que necesitaría para el ritual. Primero los elementos. Una copa de plata en la que vertería vino para el agua. Una geoda del tamaño de mi puño con cristales internos de vibrantes tonos morados y verdes simbolizaba la tierra. El fuego estaría representado por una vela de cera con pelos de la melena de un unicornio trenzados en la mecha y fabricada por las hadas. El aire estaba encarnado por un par de plumas sacadas de las alas de un halcón y labradas en oro con un detalle y una precisión extremadamente minuciosos por una banda de svartalves cuyo contacto mortal vendía muestras de su artesanía en una tienda de Noruega. Y para el quinto elemento, el espíritu, usaría el amuleto de mi madre, un pentáculo de plata.

Otros objetos eran necesarios para estimular los sentidos, como el aroma del incienso para el olfato y las uvas para el gusto. Las fuerzas táctiles dependerían de un cojín que yo mismo había hecho; era cuadrado, de doble cara, una de terciopelo y la otra de papel de lija, y medía unos siete centímetros. Un conjunto bastante grande de ópalos de colores profundos incrustados en un marco de plata reflejaba los colores del arco iris y sustentaría la parte del hechizo relacionada con la vista. Y cuando el ritual estuviera en marcha pasaría mi viejo diapasón por el suelo para el sonido.

Mente, cuerpo y corazón venían al final. Para la mente utilizaría un viejo cuchillo militar que haría las veces de daga ritual, tal como tenía por costumbre. Varias gotas

frescas de mi sangre sobre un paño blanco limpio simbolizarían mi cuerpo físico. Para el corazón, puse varias fotos de mis seres queridos dentro de un saquito de seda blanca plateada. Mis padres, Susan, Murphy, Thomas, Ratón y Míster (mi gato macho gris de quince kilos, que ahora mismo andaba deambulando por ahí) y, después de una ligera vacilación, Michael y su familia.

Preparé el círculo ritual en el suelo de mi laboratorio, barriendo y fregando antes con cuidado. Después volví a barrer y limpiar el suelo con agua de lluvia recogida en una pequeña jarra de plata. Traje todos los objetos y los dispuse en su lugar, listo para empezar.

Entonces me preparé. Encendí en el cuarto de baño el incienso de sándalo y otras cuantas velas fabricadas por las hadas, abrí la ducha y seguí paso a paso la rutina de lavado mientras centraba mi mente en la tarea. El agua que surcaba mi cuerpo eliminó cualquier residuo de energía mágica de mi piel, algo importante para el hechizo pues la presencia de otras fuerzas sería incompatible con él.

Terminé de bañarme, me sequé y me puse la túnica blanca. Entonces me arrodillé junto a la escalera del laboratorio, cerré los ojos y comencé a meditar. Del mismo modo que no se podía permitir la presencia de otras energías en el ritual, mi concentración tenía que ser también pura. Cualquier pensamiento azaroso, preocupación, temor o emoción sabotearían el hechizo. Me concentré en mi respiración y en calmar mis pensamientos. Al hacerlo, sentí cómo se relajaban mis miembros a medida que mi ritmo cardíaco se hacía más lento. Las preocupaciones del día, los dolores, mis pensamientos de futuro, todo tenía que irse. Me llevó un tiempo llegar al estado mental adecuado y cuando terminé, hacía dos horas que había oscurecido y en alguna parte de mi subconsciente percibí el dolor en mis rodillas.

Abrí los ojos y todo lo que me rodeaba se sumió en una brillante y sutil abstracción que descartaba la existencia de cualquier cosa excepto de mí mismo, mi magia y el ritual que iba a llevar a cabo. Había sido una larga y agotadora preparación y no había comenzado aún con la magia, pero si aquel hechizo me ayudaba a atrapar antes a los malos, las horas de esfuerzo habrían valido la pena.

Me hallaba dominado por el silencio y la reflexión.

Estaba listo.

Y entonces sonó el putito teléfono a pocos centímetros de mi oído.

Es posible que cuando salté emitiera un sonido impropio de un hombre. Mis piernas, entumecidas por la postura, no respondieron tan rápidamente como necesitaba que lo hicieran y me tambaleé torpemente hacia un lado, casi cayéndome en el sofá más cercano.

—¡Maldita sea! —grité por pura frustración—. ¡Maldita sea, maldita sea, maldita sea!

Ratón levantó la vista de su perezosa somnolencia e inclinó la cabeza hacia un



lado, con las orejas empinadas hacia adelante.

—¿Qué estás mirando? —gruñí.

La mandíbula de Ratón se abrió en una sonrisa y movió la cola.

Me froté la cara con la mano mientras el teléfono seguía sonando. Había pasado algún tiempo desde la última vez que me concentré tan en serio para hacer magia y, bueno, no es que recibiera muchas llamadas, pero de todos modos me debería de haber acordado de desconectar el teléfono. Cuatro horas de preparación echadas a perder.

El teléfono seguía sonando y retumbaba en mi cabeza. Me dolía.

Estúpido aparato. Estúpido accidente de coche. Traté de pensar en positivo, porque había leído en alguna parte que es importante hacerlo en momentos de estrés y frustración.

El que escribió aquello probablemente trataba de vender algo, seguro.

Cogí el teléfono y le gruñí al auricular:

—A la mierda el pensamiento positivo.

—Eh —dijo una voz de mujer—. ¿Qué has dicho?

—¡A la mierda el pensamiento positivo! —repetí casi gritando—. ¿Qué demonios quiere?

—Bueno. Tal vez me haya equivocado de número. Llamaba para hablar con Harry Dresden.

Fruncí el ceño. Mi mente se fijó en los detalles a pesar de que mi temperamento quisiera apropiarse del espectáculo. La voz me era familiar; rica, suave, adulta, pero los patrones del habla poseían una vacilación extraña en ellos. Sus palabras tenían un deje extraño, espeso. ¿Un acento?

—Al habla —dije—. Muy molesto, pero al habla.

—Oh. ¿Es un mal momento?

Me froté los ojos y me tragué una respuesta ofensiva.

—¿Quién es?

—Oh —dijo ella, como si la pregunta la sorprendiera—. Harry, soy Molly. Molly Carpenter.

—Ah —dije. Me di una palmada en la frente. La hija mayor de mi amigo Michael. Eres un modelo a imitar, Harry. Seguro que das la impresión de ser un adulto calmado y responsable—. Molly, no te había reconocido.

—Lo siento —dijo.

El sonido de la letra ese era un poco denso. ¿Habría estado bebiendo?

—No es culpa tuya —dije. Y era verdad. Además, la interrupción bien podría haber sido un golpe de suerte. Si tenía demasiado lío en la cabeza a causa del accidente para siquiera acordarme de desconectar el teléfono, no tenía ningún sentido tratar de realizar el hechizo. Probablemente habría acabado reventando la maqueta.

—¿Qué necesitas, Molly?

—Eh... —respondió ella con una tensión nerviosa en su voz—. Necesito... necesito que vengas a pagar mi fianza.

—Tu fianza —repetí—. ¿Hablas literalmente?

—Sí.

—¿Estás en la cárcel?

—Sí —confirmó ella.

—Oh, Dios mío —dije—. Molly, no estoy seguro de que pueda hacer eso. Tienes solo dieciséis años.

—Diecisiete —me corrigió ella con un rastro de indignación y otra gruesa letra ese.

—Lo que sea —le dije—. Eres menor de edad. Deberías llamar a tus padres.

—¡No! —reaccionó, con algo cercano al pánico en la voz—. Harry, por favor. No puedo llamarlos.

—¿Por qué no?

—Porque solo me permiten una llamada y la he utilizado contigo.

—En realidad no creo que funcione exactamente así, Molly. —Suspiré—. De hecho, estoy sorprendido de que... —Me paré un momento a pensar—. Has mentido acerca de tu edad, ¿no es cierto?

—Si no lo hubiera hecho, mamá y papá ya estarían aquí —dijo—. Harry, por favor. Mira, hay... hay un montón de problemas en casa ahora mismo. No puedo explicártelo ahora, pero si vienes a buscarme, te juro que te lo contaré todo.

Suspiré de nuevo.

—No sé, Molly.

—Por favor —dijo—. Será solo esta vez y te devolveré el favor y nunca te volveré a pedir nada así, te lo prometo.

Hacía tiempo que Molly había obtenido su doctorado en zalamería. Se las arregló para sonar vulnerable, esperanzada, triste, desesperada y dulce a la vez. Estaba bastante seguro de que para tener a su padre en la palma de la mano no le hacía falta esforzarse ni la mitad. Su madre, Charity, probablemente sería otro cantar.

Suspiré.

—¿Por qué yo? —pregunté.

En realidad aquella pregunta no iba dirigida a Molly; sin embargo, me respondió.

—No se me ocurrió nadie más a quien llamar —contestó—. Necesito tu ayuda.

—Voy a llamar a tu padre. Iré con él.

—Por favor, no —dijo en voz baja, y dudo mucho que estuviera fingiendo la calmada desesperación en el tono de su voz—. Por favor. —¿Por qué luchar contra lo inevitable? Siempre había sido un tonto cuando de una doncella en apuros se trataba. Tal vez ya no tanto como en el pasado, pero la locura parecía no haber remitido

demasiado a pesar de los años.

—Muy bien —acepté—. ¿Dónde estás?

Me dio la ubicación de una comisaría no muy lejos de mi apartamento.

—Voy para allá —le dije—. Y este es el trato: voy a escuchar lo que tengas que decir. Si no me gusta, hablaré con tus padres.

—Pero no...

—Molly —dije, y mi voz se endureció de manera palpable—. No me siento cómodo con tu petición. Iré a por ti. Me dirás lo que te pasa. Después de eso, haré una llamada y te tendrás que aguantar.

—Pero...

—No es una negociación —le dije—. ¿Quieres que te ayude o no?

A aquello siguió una larga pausa, tras la cual la chica emitió un quejido de frustración.

—Muy bien —convino. Hizo otra pausa y se apresuró a añadir—: Y gracias.

—Sí —dije al tiempo que miraba lastimeramente las velas y el incienso y pensaba en todo el tiempo que había tirado a la basura—. Estaré ahí en menos de una hora.

Tendría que llamar a un taxi. No era la manera más heroica de ir al rescate, pero los peatones no pueden elegir. Me levanté para vestirme. Miré a Ratón.

—Soy un idiota cuando se me pone delante una cara bonita —le comenté resignado.

Cuando salí de la habitación, vestido ya con ropa limpia, Ratón estaba sentado en la puerta, esperanzado. Acarició con una pata la correa que colgaba del pomo de la puerta.

Solté un bufido y dije:

—No eres nada guapo, cara peluda. —Sin embargo, enganché la correa a su collar y llamé a un taxi.

## Capítulo 8

El taxista me llevó al distrito dieciocho del Departamento de Policía de Chicago, en Larrabee.

El barrio había visto días mejores y otros muchos peores. El otrora infame Cabrini Green no estaba lejos, pero la renovación urbana y los esfuerzos de los vigilantes de barrio, grupos comunitarios, congregaciones eclesiásticas de diferentes confesiones y la cooperación con el departamento local de policía habían convertido algunas de las calles más desagradables de Chicago en algo parecido a un lugar civilizado.

Lo desagradable no había abandonado la ciudad, por supuesto, pero había sido expulsado de lo que una vez fue un bastión de la decadencia y la desesperación. Lo que quedó atrás no era la zona más bonita de Chicago, pero ostentaba las señales de calma y estabilidad propias de un lugar que tenía un conocimiento superficial de la ley y el orden.

Por supuesto, el cínico recordaría que Cabrini Green estaba solamente a un corto paseo a pie de Gold Coast, una de las zonas más ricas de la ciudad, y que no era casual que desde allí hubieran llegado fondos enviados por los poderes fácticos a través de diversos programas municipales. El cínico estaría en lo cierto, pero eso no cambiaba el hecho de que la gente de la zona había trabajado y luchado por alejar de sus casas el miedo, el crimen y el caos. En un buen día, el barrio te hacía sentir que quedaba esperanza para nosotros como especie, que podríamos espantar a la oscuridad si contábamos con suficiente voluntad, fe y ayuda.

Aquella clase de pensamiento adquirió una dimensión totalmente nueva para mí en el último par de años.

La estación de policía no era reciente, pero estaba libre de pintadas, basura y personajes sombríos de cualquier tipo; al menos hasta que aparecí yo con mis pantalones vaqueros y mi camiseta roja, magullado y sin afeitarse. El taxista me miró raro, probablemente no hacía muchas carreras con tipos que olían a sándalo, y menos con destino a una comisaría de policía. Ratón presentó su cabeza al taxista mientras yo pagaba a través de la ventanilla del conductor, y recibió una sonrisa y una educada caricia detrás de las orejas como respuesta.

Ratón tiene mejores habilidades sociales que yo.

Me volví para caminar hacia la estación, guardando obstinado mi dinero en la cartera con la tesa mano izquierda mientras caminaba con mi mascota a mi lado.

De repente se me erizaron los pelos de la nuca al acercarme a las puertas de cristal y advertir un reflejo en ellas.

Un coche se había detenido al otro lado de la calle, detrás de mí, justo debajo de una señal de prohibido aparcar. Distinguí una vaga sombra en el interior del vehículo,

un sedán blanco que no conocía y que sin duda no era el coche gris oscuro que me había sacado de la carretera. Pero mi instinto me dijo que alguien me estaba siguiendo. No se aparca ilegalmente, frente a una comisaría de policía nada menos, solo porque estás aburrido.

Ratón dejó escapar un gruñido grave que aumentó mi alerta. Ratón rara vez hacía ruido. Yo había empezado a pensar que cuando lo hacía era porque había alguna presencia oscura cerca: magia maligna, vampiros hambrientos y mortíferos nigromantes se habían ganado gruñidos de advertencia. Pero al cartero no le decía ni pío.

Por lo tanto, considerando las pistas, alguien de la acera mala de mi calle sobrenatural me estaba siguiendo por toda la ciudad. Aquello no me gustaba. Normalmente suelo saber a quién estoy fastidiando y por qué. Cuando una investigación llega al punto en el que alguien me está siguiendo suele haber ya al menos una escena del crimen y tal vez un cadáver o incluso dos.

Ratón gruñó otra advertencia.

—Lo veo —lo tranquilicé en voz baja—. Calma. Sigue caminando.

Se calló, y no nos detuvimos hasta llegar a la puerta.

Enseguida apareció Molly Carpenter para abrirnos.

La última vez que vi a Molly era una torpe adolescente de piernas flacas y curiosos ojos brillantes cuyos movimientos vacilantes se compensaban con una atractiva confianza en sí misma que acompañaba de frecuentes sonrisas y carcajadas. Pero aquello había sido años atrás.

Desde entonces, Molly había crecido.

Había salido bastante a su madre, Charity. Ambas eran altas para la media femenina, a solo tres o cuatro centímetros del metro ochenta, ambas rubias, de piel clara y ojos azules, y ambas estaban construidas como la proverbial casa de ladrillo. Es decir, lograban combinar de alguna manera fuerza, gracia y belleza y mostrar tales cualidades tanto en su porte, expresión y movimiento como en su apariencia.

Charity era una rosa forjada de acero inoxidable. Molly podría haber sido su yo más joven.

Por supuesto, era dudoso que Charity hubiera llevado alguna vez un atuendo como el de Molly.

Consistía en una larga falda negra de gasa hecha jirones en varios lugares, supuestamente siguiendo un patrón artístico. Debajo llevaba unas medias de rejilla que mostraban más pierna y cadera de lo que le gustaría a cualquier madre. Las medias también estaban parcheadas artísticamente para mostrar la piel pálida y suave del muslo y la pantorrilla. En los pies calzaba botas de combate del ejército atadas con cordones de neón de color rosa y azul. Por arriba llevaba una apretada camiseta de tirantes de fina tela blanca estirada por la curva de sus pechos y una corta chaqueta

negra de bolero con el vistoso logo de algo llamado «¡SplatterCon!» en letras rojas. Guantes de cuero negro le cubrían las manos.

Pero, paciencia, aquello no era todo.

Se había teñido su pelo rubio de diferentes colores, una mitad rosa chicle, la otra azul cielo, y lo llevaba cortado a una longitud uniforme que terminaba justo por debajo de la barbilla y le dejaba el rostro cubierto por una cortina de pelo. Usaba un montón de maquillaje, demasiado lápiz de ojos y pintura de labios negra. Aros brillantes de oro relucían en ambas fosas nasales, el labio inferior y la ceja derecha, y lucía una tachuela dorada justo debajo del labio inferior. Se entreveían unas protuberancias en forma de barra en las puntas de sus pezones, donde el tejido fino ensalzaba en lugar de ocultar.

No quería saber qué más había sido perforado. Y sé que era así porque me lo repetí a mí mismo como un mantra. No quería saber, vale, pero demonios, no dejaba de ser intrigante.

Paciencia, todavía no he terminado.

Tenía en el lado izquierdo del cuello el tatuaje de una serpiente deslizante y pude ver las patillas y curvas de algún tipo de diseño tribal asomar por el escote de su camiseta. Otro diseño de bucles y espirales le cubría la parte de atrás de la mano derecha y desaparecía bajo la manga de la chaqueta.

Me miró con una ceja arqueada, esperando que reaccionara. Su postura y expresión se esforzaban por decirme que ella era demasiado guay para importarle lo que yo pensara, pero casi podía saborear la incertidumbre y la ansiedad que trataba de ocultarme.

—Qué de tiempo sin verte —dije finalmente.

—Hola, Harry —respondió ella. Las palabras le salieron un poco espesas y noté un brillo dorado cerca de la punta de su lengua.

Por supuesto.

—Es extraño —dije—. No veo que estés en la cárcel.

—Ya lo sé —admitió. Se las arregló para mantener un tono de voz estable, pero la cara y la garganta se le tiñeron de rosa por la culpa. Cambió de postura y un sonido extraño salió de su boca. Cielos.

Se daba golpecitos en los dientes con el *piercing* de la lengua cuando estaba nerviosa. Seguro que lo había convertido en un tic.

—Oh. Supongo que debo pedirte disculpas. Eh...

Se puso nerviosa. No hice nada para impedirlo. Un largo silencio aumentó aquellos nervios, pero no tenía intención de salir cortésmente en su ayuda.

Ratón se sentó entre Molly y yo, mirándola fijamente.

Molly le sonrió al perro y se agachó para acariciarlo.

Ratón se tensó, y un ruido bajo salió de su pecho. Molly acercó la mano de nuevo

y el pecho de mi perro de pronto retumbó con un gruñido profundo y alerta.

La última vez que Ratón le había gruñido a algo —en realidad casi la última vez que hizo ruido— fue cuando un hechicero loco avanzó hacia mí con la intención de destriparme y de paso convocó a una cobra demonio de seis metros de largo para matar a mi perro. Fue Ratón el que la mató a ella. Entonces, por orden mía, mató también al hechicero.

Y ahora estaba gruñéndole a Molly.

—Pórtate bien —le dije con firmeza—. Es una amiga.

Ratón me miró y guardó silencio. Se sentó tranquilamente cuando Molly le permitió olerle la mano y le acarició las orejas, sin embargo, su lenguaje corporal no cambió; seguía alerta.

—¿Desde cuándo tienes perro? —preguntó Molly.

Ratón estaba asustado, aunque no de la misma forma que cuando los malos de verdad estaban cerca. Interesante. Conservé la neutralidad en mi tono de voz.

—Desde hace un par de años. Se llama Ratón.

—¿De qué raza es?

—Es un dogosauro de las Highlands occidentales —dije.

—Es enorme.

No dije nada, y la chica se puso aún más nerviosa.

—Lo siento —dijo al fin—. Te mentí para conseguir que vinieras.

—¿En serio?

Hizo una mueca.

—Lo siento. Yo solo... de verdad que necesito de tu ayuda. Pensé que si hablaba contigo en persona, puede que... quiero decir...

Suspiré. Independientemente de lo curiosamente redondeada y apretada que lucía la camiseta no dejaba de ser una niña.

—Las cartas sobre la mesa —dije—. Supusiste que si conseguías hacerme venir aquí, agitarías las pestañas y lograrías de mí lo que realmente quieres que haga.

Apartó la mirada.

—No es así.

—Es exactamente así.

—No —comenzó—. No quiero que esto parezca algo malo...

—Me has manipulado. Te has aprovechado de mi amistad. ¿Cómo no va a ser algo malo? —Apareció de nuevo mi dolor de cabeza—. Dame una razón por la que no deba darme la vuelta y marcharme ahora mismo.

—Mi amigo está metido en problemas —dijo—. Yo no puedo ayudarle, pero tú sí.

—¿Qué amigo?

—Se llama Nelson.

—¿Está en la cárcel?

—Él no lo hizo —me aseguró.

Ellos nunca hacían nada.

—¿Es de tu edad? —pregunté.

—Casi. —Arqueé una ceja—. Dos años mayor. —Lo arregló.

—Entonces dile a ese Nelson en edad legal que debe llamar a un agente de fianzas.

—Ya lo hemos intentado. No pueden hacer nada antes de mañana.

—Entonces dile que haga de tripas corazón y pase una noche en la cárcel o bien que llame a sus padres. —Me volví para irme.

Molly me agarró de la muñeca.

—No puede —dijo con desesperación en la voz—. No tiene a nadie a quien llamar. Es huérfano, Harry.

Dejé de andar.

Maldita sea.

Yo también era huérfano. No había sido divertido. Os podría contar algunas historias, pero he convertido en una política personal no revisarlas a menudo. Fue una pesadilla que comenzó con la muerte de mi padre y a la que siguieron años y años con una aguda sensación de perpetua soledad. Sí, existe un sistema de atención para huérfanos, pero está lejos de ser perfecto y es, después de todo, un sistema. No es una persona que te cuida. Son formularios y fotocopias y gente con nombres que olvidas rápidamente. Los niños con suerte son colocados al azar con padres adoptivos que se preocupan por ellos. Sin embargo, para los cachorros que no son elegidos la vida se convierte en una gran lección sobre cómo cuidar de uno mismo, simplemente porque no hay nadie en este mundo que se preocupe lo suficiente para hacerlo por ti.

Es una sensación horrible. No quiero experimentar ni siquiera un vago recuerdo de aquello, pero si oigo la palabra «huérfano» en voz alta, el vacío asociado al miedo y al dolor silencioso que sentí aparece corriendo desde detrás de las esquinas más oscuras de mi mente. Durante mucho tiempo había sido tan estúpido como para creer que podía manejarlo todo por mi cuenta. Sin embargo, no era más que vanidad. Nadie puede con todo solo. A veces necesitas a alguien que te ayude, incluso si esa ayuda viene de alguien que no te entrega más que un poco de su tiempo y de su atención.

O te saca de la cárcel.

—¿En qué anda metido tu amigo Nelson?

—Asalto a mano armada y acción imprudente. —Se tomó un respiro y añadió—. Es una larga historia. Pero es un chico dulce, Harry.

No hay ni una fibra violenta en su ser.

Lo que me recordó lo joven que era Molly en realidad. Hay fibras violentas en el cuerpo de todo el mundo, si se les examina con suficiente profundidad. Alrededor de doscientos seis.



—¿Y tu padre? Él siempre está salvando gente.

Molly dudó un segundo. Las mejillas se le pusieron rosadas.

—Eh... A mis padres no les gusta mucho Nelson, sobre todo a papá.

—Ah —dije—. Nelson es de ese tipo de amigos. —Las cosas se empezaban a complicar. Hice la pregunta capciosa—. ¿Por qué es tan importante para él salir esta noche?

Aquí viene.

Molly me soltó la muñeca.

—Porque podría estar en peligro. En esa clase rara de peligro. Necesita de tu ayuda.

Y allí estaba.

A veces es casi como si fuera adivino.

## Capítulo 9

Nelson, el novio, había sido procesado dos horas antes. Su fianza se fijó en una cantidad lo bastante alta para que me alegrara de haber adquirido la costumbre, desde el año anterior, de llevar un fajo de dinero en efectivo por si acaso lo necesitaba con urgencia. Una enfermera de la oficina me examinó con cautela mientras contaba los billetes de veinte. Ella los contó también.

—Gracias —le dije—. Es una sensación maravillosa esta de sentir que confían en uno.

No pareció hacerle gracia mi comentario. Me tendió algunos papeles.

—Firme aquí, por favor. Y aquí.

Firmé, mientras Molly esperaba nerviosa en un discreto segundo plano, sujetando la correa de Ratón. Luego nos sentamos a esperar. Molly siguió inquieta hasta que trajeron a su cariñito para firmar el último par de papeles antes de ser puesto en libertad.

Nelson no resultó ser como yo esperaba. Era tres o cuatro centímetros más alto que Molly. Tenía un rostro largo y estrecho, y me lo hubiera pensado dos veces antes de tocar sus pómulos por temor a cortarme los dedos con ellos. Era delgado, pero no denotaba fragilidad, era más bien esbelto y fibroso. Se movía bien, y lo catalogué como un esgrimista o un artista marcial de algún tipo. El pelo oscuro le caía igualado por la cara. Llevaba unas gafas cuadradas con montura de plata, pantalones de algodón y una camiseta negra con otro logo de ¡SplatterCon! Se le veía cansado y necesitaba un afeitado.

En el momento justo en que estuvo libre, se apresuró hacia Molly y ambos se abrazaron y se susurraron algo al oído. No traté de escuchar. No me parecía correcto invadir su intimidad. Además, el lenguaje corporal me dijo suficiente. El abrazo se alargó uno o dos segundos más de lo que Molly quería. Entonces, cuando Nelson inclinó la cabeza para besarla, ella sonrió dulcemente e interpuso la mejilla entre sus labios. Después de aquello, él acabó por entenderlo. Se mordió un poco el labio inferior y dio un paso atrás, frotándose las manos en el pantalón como si no estuviera seguro de qué hacer con ellas.

—Sálvame de este incómodo melodrama —le murmuré a Ratón, y me acerqué a un teléfono público para llamar a un taxi. Al ser un sabio experto en hechicería, había descubierto la cura ante las complicaciones de las relaciones en una vida ordenada: no tener una relación. Era mejor así.

Si me lo repetía a mí mismo muchas veces, casi llegaba a creérmelo.

Molly y su novio Nelson se acercaron a mí un minuto después. Nelson no me miró cuando me ofreció su mano.

—Bueno, supongo que debo darte las gracias.

Le estreché la mano y apreté con fuerza suficiente para hacer un poco de daño. Yo macho alfa molesto, grrr.

—¿Cómo iba a rechazar una tan amable y sencilla petición de ayuda? —Le arrebaté a Molly la correa de Ratón. La chica miró hacia otro lado con el rostro de nuevo encarnado.

—No quiero parecer desagradecido —dijo Nelson—, pero he de irme enseguida.

—No, no vas a ninguna parte —ordené autoritario.

Él ya había comenzado a dar el primer paso, y me miró parpadeando.

—¿Perdona?

—Te acabo de sacar de la cárcel. Ahora viene la parte donde me dices lo que ha pasado. Entonces podrás irte.

Entornó los ojos y cambió de postura para centrar su equilibrio. No cabía duda de que era un estudiante de artes marciales.

—¿Me estás amenazando?

—Te estoy diciendo cómo funciona esto, muchacho. Así que habla.

—¿Y si no lo hago? —exigió saber.

Me encogí de hombros.

—Si no lo haces, tal vez tenga que darte una buena tunda.

—Me gustaría verte intentarlo. —Me provocó con evidente rabia en la voz.

—Como quieras —dije—. Nos está viendo el policía del mostrador de entrada. Probablemente no se dé cuenta de quién lanzó el primer puñetazo. Acabas de salir en libertad bajo fianza. Volverán a encerrarte, tal vez por asalto, un delito cometido a los dos minutos de ser liberado. No habrá un juez en la ciudad que consienta otra libertad bajo fianza.

La furia asomó a sus ojos cuando pensó en ello, y he de reconocer que aquello me impresionó. Muchos hombres de aquella edad no se molestarían en pararse a pensar en una situación semejante. Finalmente sacudió la cabeza.

—Estás mintiendo. Te detendrían a ti también.

—Ni por asomo, muchacho —dije—. ¿Cuándo te caíste del guindo? Me interrogarán. Les diré quién comenzó la pelea. ¿A quién piensas que van a creer? Estaré fuera en una hora.

Los nudillos de Nelson se hicieron visibles cuando apretó los puños. Me miró y, a continuación, al edificio detrás de él.

—Nelson —le instó Molly en voz baja—. Está tratando de ayudar.

—Tiene una manera muy particular de demostrarlo —escupió el chico.

—Solo estoy equilibrando un poco la balanza —dije mirando a Molly. Entonces suspiré. Nelson se estaba aferrando a su orgullo. No quería amilanarse delante de su novia.

Inseguridad, tu nombre es adolescente.

No me iba a matar ayudar a Nelson a salvar un poco de su orgullo.

—Vamos, muchacho. Dame cinco minutos para hablar contigo, te pagaré el transporte de vuelta a donde quiera que vayas luego. Vamos a por algo de comida rápida, yo invito.

El estómago de Nelson rugió y el chico se relamió los labios, al tiempo que miraba de reojo a Molly. Relajó su postura cautelosa y asintió mientras se pasaba la mano por el pelo. Dejó escapar un largo suspiro y dijo:

—Lo siento. Simplemente... ha sido un mal día...

—Yo también he tenido algunos de esos —afirmé—. Dime, ¿cómo has terminado en la cárcel?

Negó con la cabeza.

—No estoy seguro de lo que ocurrió realmente. Estaba en el cuarto de baño...

Levanté la mano, interrumpiéndole con el gesto. Chúpate esa, merlín.

—¿Qué cuarto de baño? ¿Dónde?

—En la convención —dijo.

—¿La convención? —le pregunté.

—¡SplatterCon! —intervino Molly. Se señaló su pecho con un gesto y luego hizo lo propio con la camiseta de Nelson—. Es una convención sobre películas de terror.

—¿Hay convenciones sobre eso?

—Hay convenciones sobre todo —dijo Nelson—. En esta ponen películas de terror, invitan a directores, a gente de efectos especiales, actores... También a escritores. Hay grupos de debate, concursos de disfraces y un mercadillo. Los fans acuden a la convención para reunirse y conocer a los invitados de la industria. De eso se trata.

—Ajá. Entonces eres un fan de esos temas.

—Soy miembro del personal —dijo—. Se supone que estoy a cargo de la seguridad.

—Bien —dijo—. Volvamos al cuarto de baño.

—De acuerdo —dijo—. Bueno, había tomado un montón de café, patatas, galletitas saladas y esas cosas, así que estaba sentado allí con la puerta del inodoro cerrada.

—¿Qué pasó?

—Escuché entrar a alguien —continuó—. La puerta chirriaba mucho. —Se lamió los labios nerviosamente—. Y entonces empezó a gritar.

Enarqué una ceja.

—¿Quién?

—Clark Pell —dijo—. Es el dueño de la vieja sala de cine junto al hotel. Nosotros se la alquilamos el fin de semana para proyectar las películas en pantalla grande. Un buen tipo el viejo. Siempre apoya a la convención.

—¿Por qué estaba gritando?

Nelson dudó un segundo, claramente incómodo.

—Él... tienes que entender que no vi nada en realidad.

—Claro —dije.

—Sonaba como una pelea. Se oían forcejeos. Le escuché emitir un sonido, ¿sabes? Como si alguien le hubiera sorprendido. —Sacudió la cabeza—. Entonces empezó a gritar.

—¿Qué pasó?

—Me levanté para ayudarle, pero... —Se le pusieron rojas las mejillas—. Ya sabes. Estaba en mitad de algo. Me tomó algo de tiempo salir del lavabo.

—¿Y?

—Y el señor Pell estaba allí —dijo—. Estaba inconsciente y sangrando. No mucho en realidad. Pero parecía que le habían dado una buena paliza. Tenía la nariz rota, y tal vez también la mandíbula. Lo llevaron al hospital.

Fruncí el ceño.

—¿Pudo entrar o salir alguien?

—No —dijo Nelson, y su voz sonó segura en aquel punto—. La maldita puerta chirría cada vez que se abre o se cierra.

—¿Pudo entrar alguien al mismo tiempo que Pell? —pregunté.

—Tal vez —dijo—. La primera vez que se abrió la puerta. Pero...

—Ya lo sé —dije—. Tuvo que abrir la puerta para salir. —Me froté la barbilla—. ¿Pudo alguien sostener la puerta?

—La sala estaba llena de gente. Se les podía escuchar cuando la puerta estaba abierta —dijo Nelson—. Y había un policía fuera. De hecho fue el primero en entrar.

Gruñí.

—Y sin ningún otro sospechoso obvio, te culparon a ti.

Nelson asintió.

—Sí.

Medité durante un momento.

—¿Qué crees que pasó? —le pregunté.

Sacudió la cabeza varias veces.

—No lo sé. Alguien debió de entrar y salir de alguna manera. Tal vez haya un conducto de ventilación o algo.

—Sí —dije—. Tal vez fuera eso.

Nelson miró su reloj y tragó saliva.

—Oh, Dios mío, tengo que ir al aeropuerto. Debo recoger a Darby en treinta minutos y llevarlo al hotel.

—¿Darby? —pregunté.

—Darby Crane —intervino Molly—. El productor y director de películas de

terror. Es el invitado de honor de la ¡SplatterCon!

—¿Ha hecho algo que pueda haber visto? —pregunté.

Molly asintió.

—Tal vez. ¿Has visto *La cosecha*, la del espantapájaros?

—Ah —dije al tiempo que hacía memoria—. ¿Uno que entra por la pared de un convento y se come a las monjas y luego un bibliotecario prende fuego a la biblioteca y el malo arde con los libros?

—Esa es.

—Ah —dije—. No está mal. Pero me quedo antes con cualquier película de Corman, sin dudar.

—Lo siento —dijo Nelson—, pero de verdad que debo irme.

Mientras hablaba, el taxi que había llamado se detuvo junto a la acera. Comprobé si el tipo que me vigilaba seguía en su lugar, detrás de mí, y así era, paciente e inmóvil.

Ratón soltó otro gruñido casi inaudible.

Mi sombra no se estaba esforzando mucho para no ser descubierto, lo que significaba que casi con total seguridad no era un asesino a sueldo. Un asesino haría todo lo posible para permanecer invisible, preferiblemente hasta varias horas después de que yo estuviera muerto y frío. Claro que podría estar practicando la psicología inversa. Sin embargo, aquel tipo de razonamiento circular podría desembocar en un orgasmo paranoico e inducirme a un comportamiento descabellado.

Lo más probable era que su misión, fuera quien fuese, consistiera en echarme un ojo. Era mejor, pues, tenerlo a la vista que tratar de darle caza. Era más feliz sabiendo dónde estaba que preocupándome por no saber dónde estaba. Jugaría bien las cartas, le concedería un poco de tiempo mientras trataba de descubrir qué se proponía. Asentí para mí mismo y salí a la acera con Ratón a mi lado.

—Muy bien, chicos —dije por encima del hombro—. Entrad en el taxi. —Ratón y yo nos sentamos detrás. Molly no le dio a Nelson la oportunidad de elegir. Entró por la puerta del copiloto y su novio se instaló junto a mí en el asiento trasero.

—¿A qué aeropuerto? —pregunté.

—O'Hare.

Se lo repetí al conductor, que arrancó el coche para ponerse en camino. Vi a mi sombra a través de vagos reflejos en las ventanas. Las luces del coche nos siguieron todo el camino hasta O'Hare. Llevamos a Nelson a tiempo para encontrarse con su magnate de la serie B y prácticamente salió del coche de un salto. Molly abrió la puerta para seguirlo.

—Espera —le dije—. Tú no.

Ella me lanzó una mirada por encima del hombro, con el ceño fruncido.

—¿Qué?

—Nelson está fuera de la cárcel, me ha contado lo sucedido y ha llegado a tiempo para recoger a Darby Crane. Creo que más o menos he cumplido con lo que dije que iba a hacer.

Arrugó su carita mona.

—Sí. ¿Y qué?

—Así que ahora es tu turno. Cierra la puerta.

Sacudió la cabeza.

—Harry, ¿no ves que está metido en un problema? Y él no cree en... —Miró al taxista y de nuevo a mí—. Ya sabes.

—Tal vez sea así —dije—. Tal vez no. Voy a pasarme por la convención esta noche para ver si hay algo de sobrenatural en el asalto al señor Pell. Inmediatamente después de que hablemos con tus padres.

Molly se puso pálida.

—¿Qué?

—Teníamos un acuerdo —dije—. Y a mi juicio, Molly, tenemos que ir a verlos.

—Pero... —farfulló—. No es que te haya pedido que me pagaras a mí la fianza.

—Deberías haber pensado en eso antes de llegar conmigo a aquel acuerdo —dije.

—No voy a ir allí —dijo, y se cruzó de brazos—. No quiero.

Sentí el frío pétreo que invadía mi semblante y el timbre de mi voz.

—Señorita Carpenter. ¿Existe alguna duda en su mente, la más mínima, de que puedo llevarla a su casa quiera o no quiera?

El cambio de tono le pegó duro. Parpadeó sorprendida ante mi reacción, con los labios entreabiertos pero vacíos de sonido.

—Te voy a llevar a verlos —le dije—. Porque es lo más inteligente. Lo legal. Lo que hay que hacer. Estuviste de acuerdo antes y, por todas las estrellas del cielo, si intentas escabullirte de mí te envolveré en cinta adhesiva, te meteré en una caja y te enviaré por UPS.

Ella me miró en un estado de *shock* total.

—No soy ni tu madre ni tu padre, Molly. Y estos días no estoy siendo una persona muy agradable. Ya has abusado de mi amistad esta noche y has desviado mi atención de un trabajo que podría haber salvado vidas. Gente que realmente necesita de mi ayuda puede resultar herida o morir a causa de este truco estúpido. —Me incliné hacia ella con la mirada fría, y ella se apartó para rehuir el contacto visual—. Ahora ponte el puto cinturón.

Lo hizo.

Le di al taxista la dirección y cerré los ojos. No había visto a Michael en... casi dos años. Lamentaba aquello. Por supuesto, no ver a Michael implicaba no ver tampoco a Charity, cosa que no lamentaba. Y ahora iba a llegar a su casa en un taxi con su hija. A Charity le iba a gustar tanto esto como a mí limpiar la mierda de Ratón

en nuestros paseos. En sus ojos, mi mera presencia cerca de su hija me haría culpable de innumerables (si bien imaginarias) transgresiones.

El sello angelical en mi palma izquierda ardió y picó con ganas. Me rasqué a través del guante de cuero, pero no sirvió de mucho. Tendría que dejarme el guante puesto. Si Michael veía el sello o sentía la sombra de Lasciel recorriendo mi cabeza reaccionaría de una manera similar a la de su mujer; y eso sin tener en cuenta el deseo paternal de proteger a su... físicamente madura hija de cualquiera que deseara... eh... invadirla.

Preveía fuegos artificiales de una u otra clase. Diversión, ¡viva!

Si sobrevivía a aquel reencuentro, iría a una convención de películas de terror donde puede que hubiera ocurrido un ataque sobrenatural mientras me seguía un misterioso extraño y un desconocido asesino en ciernes andaba suelto por ahí, probablemente practicando sus habilidades automovilísticas para quitarme de en medio la próxima vez que nos encontráramos.

Corrían buenos tiempos.



## Capítulo 10

Le pedí al taxista que no subiera la bandera y me encaminé hacia la puerta principal de los Carpenter. Molly permaneció fría, distante y sumida en un silencio imperturbable durante el trayecto por el pequeño jardín. Subió los escalones con calma... y comenzó a sudar en cuanto toqué el timbre.

Era agradable saber que no era el único. No estaba ansioso por hablar con Michael. Si la conversación era breve y no me acercaba mucho a él, puede que no sintiera la presencia del demonio dentro de mí. Las cosas podían salir bien.

Sentí en mi cabeza, que ya me dolía desde antes, los latidos de mi corazón.

A mi lado, Molly contorsionó los hombros espasmódicamente y se atusó el pelo como si le estuvieran dando pequeños ataques. Se alisó la andrajosa falda e hizo una mueca al ver las botas.

—¿Están manchadas de barro?

Me detuve un segundo a considerar la pregunta. Entonces dije:

—Tienes dos tatuajes a la vista y probablemente usaste un carnet falso para que te los hicieran. Tus *piercings* harían saltar cualquier detector de metales que se preciara de serlo y además los llevas en partes de tu cuerpo que tus padres preferirían que no supieras aún que existen. Vas vestida como una prostituta gótica y te has teñido el pelo de colores que hasta ahora pensaba que solo se usaban para el algodón de azúcar. —Me giré para ponerme delante de la puerta—. No perdería el tiempo preocupándome por un poco de barro en las botas.

Por el rabillo del ojo vi a Molly tragar saliva nerviosa, sin apartar los ojos de mí hasta que la puerta se abrió.

—¡Molly! —chilló la aguda voz de una niña. La estela de un pijama rosa de algodón surcó el aire, se oyó un grito de felicidad y una de las hermanas pequeñas de Molly se abrazó a ella.

—Hola, hobbit —dijo Molly al tiempo que cogía a la niña por un tobillo y la dejaba colgando en el aire, lo que causó gritos de placer por parte de la chiquilla. Molly la devolvió a su posición vertical.

—¿Cómo te va?

—Daniel es ahora el niño jefe, pero no es tan bueno como tú —dijo la niña—. Grita mucho. ¿Por qué tienes el pelo azul?

—Eh, que también es rosa.

La niña, una cría de seis o siete años y cabellos dorados, advirtió mi presencia y enterró enseguida su rostro en el cuello de Molly.

—Recordarás a Hope —me dijo Molly—. Dile hola al señor Dresden.

—¡Me llamo hobbit! —declaró imperiosa la pequeña antes de volver a bajar el rostro hacia la curva del cuello de Molly para esconderse de mí. Entretanto, surgieron

ruidos de pasos y gritos en la casa. Se encendieron algunas luces en la planta de arriba y las escaleras temblaron a medida que los hermanos y hermanas bajaban corriendo hacia la puerta principal.

Un par de chicas fueron las primeras en llegar, las dos mayores que Hope. Ambas asaltaron a Molly con gritos y abrazos voladores.

—Bill —me saludó la más pequeña de la pareja, y añadió—: Has venido de visita.

—En realidad me llamo Harry —dije—. Y me acuerdo de ti. Amanda, ¿verdad?

—Soy Amanda —admitió con cautela—. Pero ya tenemos a un Harry. Por eso tú eres Bill.

—Y esta es Alicia —dijo Molly de la otra, una niña tan desgarrada y canija como era la propia Molly cuando la conocí a su edad. Su cabello era más oscuro que el de las otras, corto, y llevaba unas gafas de montura negra sobre su rostro serio—. Es la segunda chica por edad. Recuerdas al señor Dresden, ¿verdad, Sanguijuela?

—No me llames Sanguijuela —dijo en el tono paciente de alguien que ha dicho algo millones de veces y cuenta con que tendrá que hacerlo millones de veces más—. Hola, señor —me dijo.

—Alicia —respondí con un movimiento de cabeza.

Evidentemente, el uso de su verdadero nombre constituyó un gesto partidista. Me sonrió aliviada y cómplice.

Aparecieron un par de chicos. El mayor estaría a punto de poder sacarse el carnet de conducir, el otro se debatía precariamente entre la educación básica y el acné. Ambos tenían el cabello oscuro de Michael y su sobria expresión. El más joven parecía a punto de lanzarse sobre Molly en cuanto la vio, pero se contuvo y se conformó con un hola y un abrazo. El mayor se cruzó de brazos y frunció el ceño.

—Mi hermano Matthew —dijo Molly del menor. Lo saludé con un gesto de cabeza.

—¿Dónde has estado? —dijo el chico mayor mirando a Molly con gesto serio durante un momento.

—Me alegro de verte, Daniel —respondió ella—. Ya conoces al señor Dresden. Me saludó con la cabeza y devolvió la atención hacia su hermana.

—No estoy de broma. Te fuiste sin más. ¿Tienes idea de cómo se han complicado las cosas aquí a causa de eso?

La boca de Molly formó una línea.

—No pensarías que iba a quedarme para siempre, ¿no?

—¿Es Halloween en el lugar de donde vienes? —quiso saber Daniel—. Mírate, mamá se va a poner como loca.

Molly entró en la casa y prácticamente lanzó a Hope a los brazos de Daniel.

—¿Y cuando hace otra cosa? ¿No deberían estar estas dos ya en la cama?

Daniel hizo una mueca mientras cogía a Hope, y dijo:

—Es lo que estaba intentando hacer hasta que alguien interrumpió la hora de dormir. —Tomó a Amanda de la mano y entre algunas débiles protestas volvió a meter a las chicas en la casa.

Se escuchó un crujido en el piso de arriba y Alicia le dio un firme codazo a Matthew. Los dos desaparecieron a medida que unos fuertes pasos bajaron por las escaleras.

Michael Carpenter era casi tan alto como yo y bastante más musculoso. Ostentaba la clase de rostro que le decía a cualquiera que lo mirara que era un hombre honesto y bueno que podría hacerte pedazos si te atrevías a usar la violencia contra él. No estaba seguro de cómo se las apañaba para conseguirlo. Algo en su fuerte mandíbula, quizás, albergaba el poder de su cuerpo y de su mente. En lo que respecta a la bondad, eso iba asociado al alma. Se percibía en la calidez de sus ojos grises.

Llevaba unos pantalones kaki y una camiseta azul claro. Una vaina de plástico duro, sin duda la que usaba para transportar su espada, colgaba de un agarre sobre uno de sus hombros. Una bolsa de viaje colgaba del otro y llevaba el pelo húmedo de la ducha. Bajó por las escaleras al paso de un hombre que se dirige a algún sitio, hasta que nos vio a Molly y a mí de pie en la puerta.

Se quedó clavado donde estaba y su rostro se iluminó con una sonrisa al ver a Molly. La bolsa de viaje cayó al suelo con estrépito cuando la soltó para cubrir en varias largas zancadas la distancia que le separaba de su hija mayor. La abrazó con fuerza contra su pecho.

—Papá —protestó.

—Calla, déjame abrazarte.

Los ojos de Molly repararon en la vaina que todavía pendía del hombro de su padre y su expresión se tiñó de una repentina preocupación.

—¿Cuándo te vas?

—Me has pillado por poco —respondió él—. Me alegro.

Le devolvió a su padre el abrazo y cerró los ojos.

—Es solo una visita —dijo.

Él se separó del abrazo unos instantes después, estudiando el rostro de su hija con preocupación en sus ojos. Entonces asintió, sonrió, y dijo:

—De todas formas me alegro. —Entonces echó la cabeza hacia atrás como si no hubiera sido consciente de la apariencia de su hija hasta aquel momento y entornó los ojos—. Margaret Katherine Amanda Carpenter —dijo con voz rasposa—. Por la sangre de Cristo, ¿qué has hecho con tu...? —La miró de arriba abajo con una gentil consternación—. ¿Con tu...?

—Contigo —sugerí—. Qué has hecho contigo.

—Contigo —susurró Michael. Miró de nuevo a Molly de arriba abajo. Ella estaba

tratando de ostentar aquella expresión que dejaba a las claras lo poco que le importaba lo que su padre pensara sobre su apariencia, sin embargo, quedó dolorosamente claro que le importaba muchísimo—. Eso son tatuajes. El pelo no está tan mal, pero... —Negó con la cabeza y me ofreció su mano—. Dime, Harry. ¿Soy demasiado viejo?

No quería darle la mano a Michael. La presencia de Lasciel, aunque no fuera en su forma completa, era algo que notaría si tenía contacto físico conmigo. Durante los dos últimos años lo había estado evitando con cualquier excusa, guardando la esperanza de deshacerme de mi pequeño demonio sin tener que molestarlo con el asunto.

Para ser exactos, me avergonzaba demasiado la idea de que supiera lo que había sucedido. Michael era probablemente el ser humano más honesto y decente que había tenido el privilegio de conocer. Siempre había pensado bien de mí, algo que me había proporcionado un gran alivio durante un bache o dos, y odiaba la idea de perder su confianza y amistad. La presencia de Lasciel, la colaboración de, literalmente, un ángel caído, destruiría aquello.

Pero la amistad no es una calle de sentido único. Había traído a su hija de vuelta porque pensé que era lo correcto y porque pensaba que él haría lo mismo por otra persona en una circunstancia similar. Le respetaba lo bastante para hacerlo. Y le respetaba demasiado para mentirle. Ya llevaba evitando enfrentarme a él demasiado tiempo.

Le estreché la mano.

Y ni sus formas ni su expresión cambiaron. Ni un ápice.

No había detectado la presencia de Lasciel ni su marca.

—¿Y bien? —me preguntó con una sonrisa.

—Si piensas que tiene aspecto de idiota, eres demasiado viejo —le dije después de un momento—. Soy moderadamente arcaico para los estándares de las jóvenes generaciones y creo que solo se ha pasado un poco de rosca.

Molly puso los ojos en blanco, con las mejillas rosadas de nuevo.

—Supongo que un buen cristiano debe estar dispuesto a poner la otra mejilla cuando se trata de asuntos de moda —dijo Michael.

—El que no haya llevado unos vaqueros gastados que tire la primera piedra —dije asintiendo.

Michael se echó a reír y me apretó brevemente el hombro.

—Me alegro de verte, Harry.

—Y yo de verte a ti —le dije, intentando sonreír. Le eché un vistazo a la vaina de plástico en su hombro—. ¿Viaje de negocios?

—Sí —dijo.

—¿Adónde?

Sonrió.

—Lo sabré cuando llegue.

Negué con la cabeza. Michael se encargaba de blandir una de las espadas de los caballeros de la Cruz. Era uno de los dos únicos hombres en el mundo que portaban aquellas armas tan poderosas. Como tal, tenía mucho mundo que cubrir. Yo no tenía claro cuál era su itinerario exactamente, pero a menudo debía viajar lejos de su hogar y su familia, convocado donde su poder era necesario.

No estoy metido en religión, pero creo en el Todopoderoso. He presenciado cómo un gran poder ayudaba a las acciones de Michael. La coincidencia era a veces demasiado grande, tanto que le aseguraba estar siempre en el lugar adecuado para ayudar a alguien en peligro. Había visto a aquel poder herir gravemente a algunos malvados enemigos solo con que Michael alzara la voz. Tal poder, tal fe, lo habían llevado a través de peligros y batallas de las que era imposible salir vivo, y mucho menos ganar.

Sin embargo, nunca me había parado a pensar en lo duro que debía de ser para él dejar su casa cuando los arcángeles o Dios o quien fuera lanzaran una bengala para que acudiera a remediar una crisis.

Miré de reojo a Molly. Estaba sonriendo, pero podía ver la tensión y la preocupación bajo la superficie.

Era también duro para su familia.

—¿No te habías ido? —dijo una voz de mujer desde las escaleras. La casa chirrió de nuevo y la esposa de Michael apareció por las escaleras—. Vas a llegar...

Se quedó de repente sin palabras. No había visto nunca a Charity con un kimono de seda roja. Como Michael, tenía el pelo húmedo de la ducha. Incluso mojado parecía rubio. Charity tenía unas bonitas piernas y unos músculos bien definidos en las pantorrillas que avanzaron a lo largo de la parte superior de las escaleras, y lo que pude ver del resto era más o menos igual: fuerte, en forma, saludable. Llevaba en brazos a un niño dormido, el menor de la camada, llamado Harry en mi honor. Llevaba los brazos y piernas despatarrados sobre su madre, sumido en una total relajación, y usaba su hombro como almohada. Tenía las mejillas rosadas y ese aspecto tan particular que tienen los niños pequeños cuando están dormidos.

Los ojos azules de Charity se abrieron de par en par a causa de la sorpresa y durante un momento se quedó helada mirando a Molly fijamente. Abrió la boca medio segundo, con las palabras dudando en la punta de su lengua. Entonces los ojos se fijaron a mí y la sorpresa se tornó en reconocimiento, seguida de una mezcla de rabia, preocupación y miedo. Se ajustó el kimono un poco, mientras su boca seguía buscando qué decir.

—Disculpad un momento —dijo finalmente.

Se esfumó, y reapareció un momento después sin el pequeño Harry, enfundada en

una larga bata de rizo y con los pies dentro de unas zapatillas peludas.

—Molly —dijo en voz baja, y bajó las escaleras.

La chica apartó la vista.

—Madre.

—Y el mago —dijo al tiempo que la boca se le convertía en una fina línea—. Por supuesto. —Ladeó la cabeza hacia un lado mientras que su expresión se endurecía por momentos—. ¿Es con él con quien has estado, Molly?

La densidad del aire de la habitación se cuadruplicó y el rostro de Molly se oscureció, pasando del rosa al escarlata.

—¿Y qué si es así? —preguntó con el desafío resonando en la voz—. No es asunto tuyo.

Abrí la boca para asegurarle a Charity que yo no tenía nada que ver con nada, y no es que eso fuera a alterar la naturaleza de la conversación, pero Michael me miró y negó con la cabeza. Cerré la boca y esperé acontecimientos.

—Estás equivocada —dijo Charity con mirada beligerante e inamovible—. Eres una niña y yo soy tu madre. Es asunto mío, de quién si no.

—Pero es mi vida —respondió Molly.

—Claramente careces de la disciplina y la inteligencia para saber llevarla.

—Ya empezamos otra vez —dijo Molly—. Adelante, maniaca controladora.

—No uses ese tono de voz conmigo, jovencita.

—Jovencita —remedó Molly poniendo el tono nasal de la voz de su madre y con los puños en las caderas—. ¿Qué sentido tiene? He sido estúpida al creer que podrías querer hablar conmigo de verdad en lugar de decirme cómo debo vivir cada segundo de mi existencia.

—No veo qué tiene eso de malo ya que no tienes ni idea de lo que estás haciendo, jovencita. Mírate. Pareces una... una salvaje.

Mi boca se abrió en un acto reflejo.

—Oh, sí, una salvaje de la famosa tribu de los Pelopintados Cahokianos Góticos.

Michael hizo una mueca.

La mirada que me dedicó Charity podría haber dejado seco a un pequeño animal o haber marchitado la planta de una maceta.

—Disculpe, señor Dresden —dijo afilando las sílabas—. No recuerdo haber hablado con usted.

—Perdone —dije, y le concedí la más dulce de mis sonrisas—. No me lo tenga en cuenta. Solo pensaba en voz alta.

Molly se giró para mirarme con odio, pero su tentativa se quedó en apenas una pálida imitación de la de su madre.

—No necesito que me defiendas.

La atención de Charity retornó a su hija.

—No le hablarás a un adulto en ese tono mientras estés en esta casa, jovencita.

—Eso no es problema —disparó Molly, y entonces giró sobre sí misma y abrió la puerta.

Michael extendió una mano, sin esfuerzo aparente, y la puerta se cerró con un golpe sonoro y seco.

Un repentino silencio invadió la residencia de los Carpenter. Tanto Molly como Charity miraron a Michael con sendas expresiones de sorpresa total.

Este respiró hondo y luego dijo:

—Señoras, trato de no inmiscuirme en estas discusiones. Sin embargo, resulta obvio que la conversación de esta noche es poco probable que resuelva las diferencias que habéis tenido. —Las miró a las dos alternativamente y su voz, aunque seguía siendo amable, se convirtió en algo tan inamovible como una montaña de huesos—. No tengo la sensación de que mi viaje vaya a ser largo —dijo—, pero nunca sabemos lo que Él tiene planeado para nosotros. O cuánto tiempo nos queda. El disgusto en esta casa ya ha durado bastante. Esta disputa está haciéndonos daño a todos. Encontrad una manera de resolver vuestras diferencias antes de que regrese.

—Pero... —comenzó a decir la chica.

—Molly —interrumpió Michael, su tono de voz inexorable—. Se trata de tu madre. Merece tu respeto y cortesía. Se los mostrarás durante una conversación civilizada.

Molly apretó los labios, pero apartó la mirada de su padre. Él la miró fijamente durante un momento, hasta que vio que asentía brevemente.

—Gracias —dijo—. Quiero que ambas hagáis un esfuerzo por hablar apartando a un lado la rabia. Por Dios, señoras, no me voy lejos de mi casa en respuesta a la llamada para volver luego a ella y encontrarme con más conflictos y disputas. Bastante tengo de eso cuando estoy fuera.

Charity lo miró otro momento, y luego dijo:

—Pero Michael... no vas a irte ahora. Ahora que... —Hizo un gesto vago en mi dirección—. Habrá problemas.

Michael se acercó a su mujer y la besó con dulzura.

—¿Estás seguro?

—Se requiere de mis servicios —dijo con una tranquila certeza. Le tocó la cara a su esposa con una mano y añadió—: Harry, ¿me acompañas al coche?

Lo hice.

—Gracias —dije una vez que estuvimos fuera—. Me alegro de haber salido de ahí. La tensión se cortaba con un cuchillo.

Michael asintió.

—Ha sido un año largo.

—¿Qué les ha pasado? —pregunté.

Michael tiró la vaina y la bolsa de viaje en la parte de atrás de su camioneta blanca.

—Molly fue arrestada. Por posesión.

Parpadeé.

—¿Estaba poseída?

Michael suspiró y me miró.

—Posesión de estupefacientes. Marihuana y éxtasis. Estaba en una fiesta y la policía hizo una redada. La cogieron con eso encima.

—Vaya —dije en un tono comedido—. ¿Qué pasó?

—Servicios a la comunidad —dijo—. Hablamos sobre ello. Se arrepentía. Pensé que la humillación y la sentencia serían suficientes para dar carpetazo al asunto, pero Charity creía que estábamos siendo demasiado blandos con ella. Trató de restringirle a Molly la gente a la que podía ver.

Hice una mueca.

—Ah, ahora entiendo lo que ha pasado.

Michael asintió, entró en su camioneta y se apoyó sobre la ventanilla abierta, mirándome.

—Sí. Ambas son orgullosas y obstinadas. Las fricciones aumentaron hasta que acabaron por explotar en primavera. Molly se fue de casa, dejó el instituto. Ha sido... difícil.

—Ya lo veo —dije, y suspiré—. Quizás deberías discutirlo con Charity. Tal vez los dos podáis controlarla hasta que vuelva al camino correcto.

Michael sonrió un poco.

—Es la hija de Charity. Ni cien padres y madres podrían hacer que se sometiera. —Sacudió la cabeza—. La autoridad de un padre solo puede llegar hasta cierto punto. Molly tiene que empezar a pensar y elegir por sí misma. En este punto, obligarla a dar su brazo a torcer no va a ayudarla a conseguirlo.

—No parece que Charity esté de acuerdo contigo —dije.

Michael asintió.

—Quiere mucho a Molly. Le aterrorizan las cosas que podrían pasarle a su niña. —Lanzó una mirada fugaz hacia la casa—. Lo cual me hace plantearte una pregunta.

—¿Sí?

—¿Se está desarrollando algún acontecimiento peligroso?

Me mordí el labio y luego asentí.

—Parece probable, pero no tengo todavía nada específico.

—¿Tiene mi hija algo que ver?

—No que yo sepa —le dije—. Esta noche han arrestado a su novio. Me convenció para que le pagara la fianza.

Los ojos de Michael se entrecerraron, pero enseguida se controló y vi cómo



espantaba la expresión de enfado de su rostro.

—Ya veo. ¿Cómo demonios la convenciste para venir aquí?

—Era mi precio por la ayuda —dije—. Trató de echarse atrás. Sin embargo, la convencí de que no lo hiciera.

Michael soltó un gruñido.

—¿La amenazaste?

—Educadamente —dije—. Nunca le haría daño.

—Lo sé —dijo Michael, en un tono amablemente reprobatorio. Detrás de nosotros, se abrió la puerta principal. Molly salió al porche, abrazándose a sí misma. Permaneció así unos momentos, ignorándonos. Unos segundos después se encendió una luz en el segundo piso. Seguramente Charity había vuelto arriba.

Michael observó a su hija durante unos momentos, se notaba el dolor en sus ojos. Entonces respiró hondo y dijo:

—¿Puedo pedirte un favor?

—Sí.

—Habla con ella —me pidió Michael—. Le gustas. Te respeta. Unas pocas palabras tuyas harían más que cualquier cosa que yo pueda decirle en estos momentos.

—Vaya —dije—. No lo sé.

—No tienes que negociar un tratado —dijo Michael, sonriendo—. Solo pídele que hable con su madre. Que ceda un poco.

—El compromiso ha de funcionar por las dos partes —dije—. ¿Qué pasa con Charity?

—Cambiará de actitud.

—¿Soy el único que se da cuenta de que Charity no me trata con lo que la mayoría de la gente considera justicia o simplemente amabilidad? Soy la última persona en el mundo capaz de convencerla de que se siente a tener una charla conciliadora.

Sonrió.

—Ten un poco de fe.

—Oh, por favor —suspiré, pero en realidad no estaba enfadado.

—¿Intentarás ayudar? —me preguntó Michael.

—Sí —casi le espeté.

Me sonrió, sobre todo con los ojos.

—Gracias. Siento que esta noche hayas tenido que pasar entre el fuego cruzado.

—Molly me dijo que había problemas en casa. Traerla aquí me pareció lo correcto.

—Te lo agradezco. —Michael arrugó la cara con la mirada distante durante unos momentos y después añadió—: Debería irme ya.

—Claro —dije.

Me miró a los ojos y dijo:

—Si algo sucede, ¿cuidarás de ellas en mi ausencia? Me sentiría mejor sabiendo que están a tu cargo hasta que regrese.

Miré en dirección a la casa.

—¿Qué ha pasado con la fe?

Sonrió.

—Es un poco anodino esperar que el Señor haga todo el trabajo, ¿no es cierto? — Recuperó el gesto serio—. Además, sí que tengo fe, Harry. En Él. Y en ti.

Mi ser infestado por un demonio se arrugó, agitado por una incómoda culpabilidad.

—Cuidaré de ellos, por supuesto.

—Gracias —dijo Michael, y metió primera—. Cuando vuelva, quiero hablar de negocios contigo, si tienes tiempo.

—Claro. Buena caza.

—Que Dios te acompañe —respondió con un solemne movimiento de cabeza, y entonces arrancó y se marchó con su espada. ¡Arre, Silver, adelante!

Hacer que Molly y Charity se sentaran a hablar las cosas. De acuerdo. Tenía tantas posibilidades de conseguirlo como de subir al monte Rushmore con mi coche a cuestas. Tenía la sombría certeza de que incluso si me las arreglaba para reunir las, solo lograría que las cosas se volvieran espectacularmente peores. Era probable que la casa explotara entera en el momento en que el ego de la madre y el de la hija chocaran.

Ningún bien saldría de aquello. ¿Por qué demonios accedí a intentarlo?

Porque Michael era mi amigo y porque, en general, era demasiado estúpido para dejar en la cuneta a la gente que necesitaba ayuda. Y tal vez por algo más.

La casa de Michael siempre había estado llena de una actividad frenética, pero también de diálogo, calidez, risas y buena comida. Los feos gritos y quejidos de la disputa de Molly y Charity la habían manchado. No pertenecían a aquel lugar.

Nunca tuve una casa así cuando era pequeño. Incluso ahora que me había encontrado con Thomas, al pensar en una familia lo primero que se me venía a la cabeza era la residencia de los Carpenter. Nunca disfruté de aquella clase de intimidad, de cercanía. Las personas que pertenecían a familias así rara vez se daban cuenta de lo raro y precioso que era. Era algo que merecía la pena conservar. Quería ayudar a que siguiera siendo así.

Y Michael estaba en lo cierto. Puede que tuviera ocasión de hacer entrar en razón a Molly. Aquello era solo la mitad de la batalla, por decirlo de alguna manera, pero probablemente era más de lo que él podía lograr desde su posición.

No obstante, el gran poder que manejaba los hilos tenía un demencial sentido de

la oportunidad, teniendo en cuenta todo lo que tenía ya encima. Maldición.

Molly se acercó a mí cuando la camioneta de Michael desapareció. Se quedó a mi lado en silencio, bajo aquella noche tranquila de verano.

—Supongo que necesitas que te lleve a casa —dije.

—No tengo dinero —contestó en voz baja.

—De acuerdo —dije—. ¿Adónde tienes que ir?

—A la convención —respondió—. Tengo amigos allí y una habitación para el fin de semana. —Miró hacia la casa por encima del hombro.

—Los mocosos parecían contentos de verte —observé.

Sonrió momentáneamente y su voz ganó en calidez:

—No me había dado cuenta de lo mucho que echaba de menos a los pequeños jawas.

Consideré darle un empujoncito hacia su madre con algún comentario, pero decidí no hacerlo. Puede que lograra avanzar algo sin presiones, pero en cuanto se diera cuenta de que estaba intentando obligarla, se volvería inamovible.

—Son unos chicos adorables —fue todo lo que dije.

—Sí —dijo casi inaudiblemente.

—Yo también iba a la convención de todos modos —le dije—. Sube al taxi.

—Gracias —dijo.

—De nada —contesté.

## Capítulo 11

Cuando la gente dice la palabra «convención» normalmente se refiere a grandes encuentros de empleados de compañías y corporaciones que acuden a una multitudinaria asamblea. Por lo general, estas suelen tener lugar en un gran hotel, donde los presentes fingen que están aprendiendo cosas cuando lo que en realidad hacen es disfrutar de un viaje gratis, unos días sin trabajar y la oportunidad de flirtear con extraños, beber y aprovechar unas jornadas de indulgencia.

La primera gran diferencia entre una convención de negocios y una de fans es que estos no se molestan en fingir nada. Han venido a pasarlo bien. La segunda diferencia es la etiqueta; los asistentes a una convención de fans tienden a ser considerablemente más originales.

¡SplatterCon! (al parecer, el nombre de la convención estaba mal si se le quitaban los signos de exclamación) había congregado en el hotel a todo tipo de fans disfrazados, a menos que aquellos atuendos fueran en realidad parte de una moda. De vez en cuando era difícil distinguir entre un disfraz y la moda de vanguardia. El hotel tenía un atrio de entrada, dividido a su vez en un par de largos y anchos corredores que conducían a una combinación de salones y comedores. En estas estancias se disponían largas particiones desmontables que dividían las grandes salas en varias más pequeñas para celebrar seminarios, mesas redondas, etcétera. Había un par de cientos de personas a la vista, y vi a más entrando y saliendo de varias salas.

—Esperaba que hubiera más gente —le dije a Molly. Habíamos parado en mi apartamento para coger mis cosas y dejar a Ratón.

—Es jueves por la noche —dijo, como si eso significara algo—. Y ya es tarde, al menos para un día entre semana. Tenemos a más de tres mil personas registradas.

—¿Eso es mucho?

—¿Para una convención de primer año? Es una horda mongólica. —Detecté orgullo en su voz—. Y tenemos una plantilla muy joven para empezar, pero son gente con experiencia en organizar convenciones. —Continuó así un rato, diciendo nombres y citando su experiencia como si esperara que sacara un manual de licencias o algo para asegurarme de que la convención se regía de acuerdo a los cánones.

Dos chicas, ambas demasiado jóvenes para que pudiera tener pensamientos adultos sobre ellas, pasaron a nuestro lado maquilladas y vestidas en tonos negros y púrpuras y llevando demasiada carne al descubierto. Sus rostros eran pálidos, con algo de sangre falsa en las esquinas de la boca. Una de las dos me sonrió; tenía colmillos.

Eché mano de mi bastón y el repentino e inequívoco olor a humo procedente de la madera invadió mi nariz antes de que me controlara y desencadenara un instantáneo, violento y ruidosamente pirotécnico asalto al vampiro a menos de dos metros de mí.

Las chicas habían fabricado los colmillos con sus propias manos, eran de plástico. Deje escapar el aire con normalidad y volví a relajarme, liberando el poder que había comenzado a reunir en mi bastón.

Relájate, Harry. Maldita sea, aquello hubiera sido una gran historia para los periódicos. Mago profesional incinera a una vampira novata. En las noticias de las diez.

Las dos chicas siguieron adelante, sin tener ni idea de nada, e incluso Molly hizo una mueca en su dirección y luego me miró, con el rostro ladeado a modo de silencioso interrogante.

Sacudí la cabeza.

—Lo siento, lo siento. Ha sido un día largo. Mira. Tengo que ir a echarle un vistazo al baño donde atacaron al propietario del cine.

—De acuerdo —dijo Molly—. Pero primero vamos a que te den una identificación en el registro.

—¿Sí? —pregunté—. ¿Para qué?

—Porque se supone que no puedes tener acceso a la convención si no te has registrado —dijo—. La seguridad de la convención y la del hotel podrían confundirse. No sería muy conveniente para ti.

—De acuerdo —dije—. Bien pensado. No estoy seguro de cómo reaccionaría ante otra inconveniencia.

La seguí hasta un conjunto de mesas dispuestas para recibir a docenas o incluso cientos de personas al mismo tiempo, cada una de ellas marcada con carteles de papel con las letras «A-D», «E-J», y así todo el alfabeto. Una mujer de mediana edad, cabello castaño y aspecto cansado se sentaba tras la primera mesa, ocupada con algún tipo de papeleo.

—Molly —dijo, y su voz adquirió un tono de verdadera alegría—. ¿Quién es tu amigo?

—Harry Dresden —me presentó Molly—. Ella es Sandra Marling. Es la presidenta de la convención.

—¿Eres fan del terror? —me preguntó Sandra Marling.

—En mi vida no hay otra cosa estos días.

—Aquí encontrarás entretenimiento de sobra —me aseguró—. Estamos proyectando películas en varias salas además de en el cine, y también está la tienda, y mañana habrá firmas de autógrafos, y por supuesto hay varias fiestas ya activas, y los concursos de disfraces son siempre divertidos de ver.

—¿No es fantástico? —dije, e intenté que el entusiasmo no me desbordara.

—Sandy —dijo Molly, salvándome de paso—. Quiero usar mi entrada gratis para Harry, aquí tienes.

Sandra asintió.

—Oh, Rosanna estaba buscándote hace un rato. ¿Has hablado con ella?

—No desde este mediodía —dijo Molly frotándose el labio inferior—. ¿Se acordó de tomarse las vitaminas?

—Tranquila, chica. Se lo recordé por ti.

Molly parecía visiblemente aliviada.

—Gracias.

Entretanto Sandra me hizo rellenar un formulario que garabateé bastante rápido. Al final, me pasó una tarjeta plastificada en la que decía: «¡SplatterCon! Hola, soy...». Me dio un rotulador negro y dijo:

—Lo siento, la impresora no ha funcionado en todo el día. Escribe tu nombre y ya está.

Enseguida escribí las palabras «un testigo inocente» en la tarjeta, la metí de nuevo en el plástico y me la puse en la camisa.

—Espero que disfrutes de ¡SplatterCon!, Harry —me deseó Sandra.

Cogí un programa y le eché un vistazo. «Crea tu propia sangre y colmillos» a las diez de la mañana, seguido de «Cómo gritar como un profesional».

—Es imposible que no me divierta.

Molly me miró rencorosa cuando seguimos adelante.

—No te rías de esto.

—Sí —dije—. Me río de casi todo.

—Es malvado —dijo—. Sandra ha dedicado todo el último año a poner en marcha la convención y no quiero que hieras sus sentimientos.

—¿De qué la conoces? —pregunté—. De la iglesia no, supongo.

Molly me miró de reojo durante un segundo y luego dijo:

—Es voluntaria a tiempo parcial en uno de los refugios donde hago servicios a la comunidad. Ayudó a Nelson cuando era más joven. A Rosie también, y a su novio.

Levanté una mano conciliadora.

—Vale, vale, me portaré bien.

—Gracias —dijo en un tono todavía remilgado—. Es muy adulto por tu parte.

Empecé a sentirme molesto, pero me sacudió el inquietante pensamiento de que si seguía por aquel camino me colocaría en el mismo bando que Charity, lo cual sería uno de los signos del advenimiento del Apocalipsis.

Molly me condujo al final del pasillo de una de las largas salas de conferencias, donde se encontraban las habituales puertas de los servicios. Una de ellas había sido cerrada con tres capas de adhesivo de la policía, y un policía uniformado estaba sentado en una silla junto a la puerta.

El policía era un hombretón negro con mechones grises en las sienes. Apoyaba la silla solo en las dos patas traseras para poder descansar la cabeza en la pared. Llevaba puesto el uniforme pero con el añadido de una identificación de ¡SplatterCon! Había

escrito su nombre en la tarjeta con un rotulador, aunque en las letras de molde se podía leer: «Persona con autoridad». En la identificación del uniforme figuraba el nombre de Rawlins.

—Vaya —dijo el policía cuando me acerqué a él. Abrió sus ojos casi cerrados y me ofreció una sonrisa cauta. Leyó mi identificación y soltó un gruñido—. Es el asesor. El que se cree mago.

—Rawlins —dije sonriendo, y le ofrecí mi mano. La tomó, su agarre fue perezoso pero fuerte.

—Entonces eres uno de esos fanáticos de las películas de terror —bramó.

—Oh, sí —dije.

Soltó otro gruñido.

—Tenía la esperanza de poder entrar en este baño.

Rawlins arrugó los labios.

—Hay otros dos en esta misma planta. Uno está cerca de la entrada y el otro al final de la otra sala de conferencias.

—Me gusta este —dije.

Rawlins entrecerró los ojos para escudriñarme bien.

—Tal vez no sepas leer. ¿Ves la cinta adhesiva de ahí, la que dice que es la escena de un crimen y todo eso?

—¿Esa cosa brillante blanca y negra? —pregunté.

—Esa precisamente.

—Sí.

—Bueno, pues eso es lo que nosotros los de la policía usamos cuando nos encontramos en la escena de un crimen y no queremos a ningún investigador privado entrometido pisoteando por todas partes con sus grandes botas y contaminando la escena —dijo arrastrando las palabras.

—¿Y si prometo andar de puntillas?

—Entonces yo te prometo que dejaré de golpearte contra las paredes en cuanto tenga claro que no te estás resistiendo al arresto —dijo en tono alegre—. Es la escena de un crimen. No.

—Molly —dije con calma—. ¿Te importaría si hablo con el oficial a solas?

—Claro —dijo—. Tengo cosas que hacer de todas maneras. Disculpe. —Se marchó sin mirar atrás.

—¿Te importa si hablamos de ello? —le pregunté a Rawlins.

—No —dijo—. Mira, no pareces un mal tipo, Dresden. Hablaremos. Pero no voy a dejarte entrar ahí.

—¿Por qué no? —pregunté.

—Porque podría ponerle las cosas más difíciles al chico que hemos cogido por esto.

Arrugué la cara y ladeé la cabeza.

—¿Sí?

Rawlins asintió.

—El chico no lo hizo —dijo—. Pero las cámaras de seguridad del hotel lo muestran entrando aquí antes que la víctima; a él y a nadie más. Yo mismo estuve sentado en este mismo lugar durante todo el tiempo. Estoy seguro de que nadie entró ni salió.

—¿Entonces cómo sabes que el chico no atacó al viejo? —pregunté.

Rawlins se encogió de hombros.

—No cuadra. No estaba respirando con dificultad, y dar una paliza lo deja a uno sin aliento. No tenía la mano ni los nudillos magullados. No tenía manchas de sangre.

—¿Entonces por qué lo arrestaron? —pregunté.

—Porque las grabaciones muestran que no hay nadie más que pudiera haberlo hecho —dijo Rawlins—. Y porque el viejo estaba demasiado fuera de sí para hablar en su favor. El chico no le dio la paliza al viejo, pero eso no quiere decir que no estuviera de acuerdo con el que lo hizo. Imaginé que quizá sabía cómo entró y salió el atacante sin ser visto, así que lo reduje y lo detuve. Supuse que si era cómplice de esto, optaría por hablar en lugar de cargar con toda la culpa. —Rawlins hizo una mueca—. Pero no habló. No sabía nada de nada.

—¿Entonces por qué lo encerraron? —pregunté.

—No sabía que tenía antecedentes hasta que no empezamos con el papeleo. Un delincuente reincidente las pasa canutas siendo un sospechoso. Su pasado le hace parecer malo. Puede que tenga que cargar con la culpa aunque sea inocente.

Sacudí la cabeza.

—¿Estás seguro de que nadie pudo entrar o salir?

—Estaba justo aquí —dijo—. Si alguien pasó a mi lado sin que me diera cuenta, era un caballero Jedi o algo así.

—O algo así —murmuré, mirando a la puerta.

—Su novia —dijo Rawlins señalando con la cabeza a la ausente Molly—. ¿Te ha metido ella en esto?

—Es la hija de un amigo —dije asintiendo—. Le pagué la fianza.

Rawlins gruñó.

—Debería darle vergüenza a ese chico. Seguí el procedimiento con él, pero... —Negó con la cabeza—. A veces el procedimiento no es suficiente.

—La chica piensa que es inocente —dije.

—Las chicas siempre piensan que sus novios son inocentes, Dresden —dijo Rawlins sin malicia—. El problema es que hay pruebas claras de que no lo es. Suficientes para enviar a un reincidente al norte del Estado, a no ser que las ratas de laboratorio encuentren algo dentro o que el viejo lo exculpe. Lo que me recuerda por



qué no puedes entrar.

Asentí, frunciendo el ceño.

—¿Y si te dijera que puede haber algo extraño?

Se encogió de hombros.

—¿Qué pasaría entonces?

—Podría ser algo que yo sería capaz de reconocer si pudiera echarle un vistazo al baño. Podría ayudar al chico.

Me escudriñó.

—¿Crees que hay algo terrorífico implicado en esto?

—Le dije a la chica que lo comprobaría.

Rawlins hizo una mueca, pero luego sacudió la cabeza.

—No puedo dejarte entrar.

—¿Puedo al menos mirar? —pregunté—. Abres la puerta y yo no entro. Solo miro. Eso no puede hacer daño, ¿verdad? Y tú ya has estado dentro, y también los de la ambulancia, quizás algún detective. ¿Me equivoco? No voy a contaminar mucho si solo observo desde la puerta.

Rawlins me miró un largo rato a los ojos y luego suspiró. Soltó un gruñido y las patas delanteras de la silla cayeron al suelo. Se levantó y dijo:

—De acuerdo. Ni un paso hacia dentro.

—Eres un oficial y un caballero —le dije. Abrió la puerta del baño con el codo. Chirrió salvajemente. Al meter la cabeza rocé con mi mandíbula la cinta adhesiva superior. Examiné el baño.

Un baño estándar. Azulejos blancos. Retretes, urinarios, lavabos, un espejo grande.

La sangre no era estándar, por supuesto.

Había una mancha grande en el suelo y se había extendido hasta volver los azulejos resbaladizos. Había un par de huellas diferentes en el suelo, perfiladas por la sangre, y más manchas en uno de los lavabos, donde la víctima seguramente intentó levantarse del suelo. Su aspecto era bastante desagradable, algo que no era realmente una sorpresa.

No había tanta sangre como, digamos, en un asesinato, pero de todos modos era mucha. Alguien la había tomado con la víctima, se había ensañado con ese Clark Pell. Descubrí pequeñas salpicaduras de sangre en el espejo, en la parte alta de la pared y en un punto en el techo.

—Jesús —murmuré—. ¿Fue un asalto sin armas? ¿Sin cuchillos ni nada?

Rawlins gruñó.

—El viejo tenía algunas costillas rotas, contusiones y moratones por los golpes aquí y allá. Sin embargo, nada de cortes ni pinchazos.

—Esto no es obra de ningún chico —dije.

—Tampoco de un profesional. Un lugar atestado de gente como este. Un testigo dentro del baño. Un poli a seis metros de distancia. Ni el matón más tonto de Chicago armaría todo esto en un lugar donde podía ser visto y capturado.

—Una persona fuerte —murmuré—. Y muy, muy desalmada. Golpeó al viejo un par de veces después de que cayera al suelo.

Rawlins volvió a gruñir.

—¿Te suena a alguien que conozcas?

Negué con la cabeza. Me quedé mirando la estancia un momento y luego me mordí el labio inferior, decidiéndome. Cerré los ojos, dejé la mente en blanco.

—Ya es suficiente —dijo Rawlins—. Cierra la puerta antes de que la gente empiece a mirar.

—Un segundo —murmuré. Luego, con un esfuerzo de concentración y voluntad y una leve sensación de presión ilusoria en la frente, activé mi vista de mago.

La vista es algo que tiene cualquiera que haya nacido con talento suficiente. Es un sentido extra, aunque cuando se usa, casi todo el mundo la experimenta como una especie de visión aumentada. Te muestra la naturaleza primitiva de las cosas, el núcleo emocional de lo que son en realidad. También muestra la presencia de las energías mágicas que recorren casi todas las cosas del planeta, revelando cómo esa energía fluye, palpita y se arremolina a través del mundo. La visión era especialmente útil para buscar cualquier actividad mágica —hechizos, para el principiante— y para entrever ilusiones y conjuros que tienen la intención de ocultar lo que es cierto.

Activé la vista y esta me enseñó lo que mis ojos físicos no podían ver. Se me mostró algo que, a pesar de tantas cosas malas como había visto en mi vida, me hizo apretar los puños y luchar para no perder el control de mi estómago.

El lugar del ataque, la sangre, la brutalidad y el dolor infligido a la víctima no habían sido una simple cuestión de deseo, conflicto y violencia.

Se trataba de una deliberada y alegre obra de arte.

Vi patrones en la mancha de sangre, patrones que me mostraban el rostro aterrorizado de un hombre golpeado hasta convertirse en una masa grumosa e irreconocible por unos puños como martillos, cada uno de ellos un retrato en miniatura coloreado con la pintura del terror y el dolor. Cuando miré las manchas en el lavabo escuché una corta serie de gruñidos, pretendidos gritos desesperados de ayuda. Luego, el viejo fue devuelto al suelo para darle otra ronda de retratos salpicados de dolor.

Durante un único segundo vi una sombra en la pared, un breve vistazo, una forma, una figura, algo que dejó un esbozo de sí mismo en el muro que había absorbido la energía agónica del sufrimiento del anciano.

Luché por separar la vista de mis percepciones y me tambaleé. Aquella era la desventaja de usar la vista. Te podía mostrar muchas cosas, pero todo lo que veías

con ella se quedaba contigo para siempre. Lo que percibías se escribía con tinta indeleble en tu memoria y aquellos recuerdos permanecerían allí para siempre, frescos, duros e imborrables pese al paso del tiempo, que no los hacía más fáciles de soportar. El pequeño diorama demoníaco repleto de malas vibraciones pintado en los azulejos blancos de aquel baño iba a volver a aparecer en mis sueños más sombríos.

Parecía que había encontrado la magia negra sobre la que me advirtió el guardián de la puerta. Menos mal que al final no realicé el peligroso hechizo sobre Pequeño Chicago.

Di un par de pasos atrás, sacudiéndome los colores y los destellos de luz que permanecieron en mis ojos un tiempo después de que desactivara la vista. Rawlins tenía la mano debajo de uno de mis codos.

—¿Estás bien, tío? —retumbó su voz tranquila un momento después.

—Sí —dije—. Sí. Gracias.

Me miró a mí y luego a la puerta cerrada.

—¿Qué has visto ahí dentro?

—No estoy seguro todavía —le dije. Mi voz sonaba temblorosa—. Algo malo.

—Esto no ha sido obra de un simple matón, ¿verdad? —me preguntó en un tono casi inaudible.

Se me revolvió de nuevo el estómago. Con el ojo de mi mente vi una sonrisa maliciosa reflejada en los ojos del viejo; el recuerdo era absolutamente cristalino.

—Tal vez no —murmuré—. Pudo ser una persona, creo. Alguien muy enfermo... O tal vez no. No lo sé. —Más palabras lucharon por salir de mi boca y mantuve los labios firmemente sellados hasta que recuperé el control de mis pensamientos.

Miré a mi alrededor y me di cuenta de que los pelos de mi nuca estaban encrespados por el recuerdo de la energía que había percibido apenas de pasada.

Estaban reaccionando ante una porción de aquella misma energía, que fluía a la deriva por el aire en aquel mismo momento. Cerca.

—Rawlins —dije—. ¿Cuántos policías más hay aquí?

—Solo yo —dijo en voz baja. Vio la expresión en mi cara y acto seguido echó un vistazo a su alrededor con sus ojos de gruesos párpados alerta, con la mano en la pistola—. ¿Tenemos problemas?

—Tenemos problemas —dije en voz baja, cambiándome el bastón a la mano derecha.

Todas las luces se apagaron al mismo tiempo, sumiendo al hotel en una total negrura.

Y los gritos comenzaron.

## Capítulo 12

No pasaron más de dos o tres segundos antes de que Rawlins sacara la linterna y la encendiera. La luz brilló blanca y limpia durante apenas medio segundo, pero enseguida se atenuó, como si algún tipo de hollín grasiento la hubiera cubierto, de tal modo que la luz, aunque todavía brillante, se tornó tan vaga y velada que lograba poco más que emitir un débil resplandor a tal vez tres palmos de distancia de Rawlins.

—¿Qué demonios? —dijo, y sacudió la linterna un par de veces. Tenía la mano en el arma, con la correa de sujeción quitada, pero no lo había sacado todavía. Era un buen hombre. Sabía tan bien como yo que en el hotel habría muchos más asistentes dominados por el pánico que amenazas potenciales.

—Intentémoslo con la mía —le dije, y me quité de alrededor del cuello el pentáculo de plata sin separarlo de su cadena. Un susurro suave y un esfuerzo de voluntad bastaron para que el amuleto comenzara a emitir una luz pura azul plateada, que hendió la oscuridad a nuestro alrededor y la destruyó tan rápido como había llegado. Ahora podíamos ver en un radio de cinco metros. Más allá de eso solo había una tenue indeterminación, no tanto una nube o una neblina como una simple falta de luz.

Agarré mi bastón con la mano derecha y canalicé gran parte de mi voluntad a través de él, surcando con los dedos las espirales de las runas y sellos a lo largo de su longitud para iluminar el entorno con una luz suave y anaranjada.

Rawlins me miró un momento.

—¿Qué diablos está pasando? —me preguntó.

Se oían pasos a la carrera y gritos y llantos en la oscuridad. Sonaban ahogados, amortiguados de alguna manera. Una de los dos «vampirás» adolescentes penetró en mi círculo de luz azulada de mago, sollozando. Varios jóvenes hicieron lo propio de manera atropellada un momento después, tan cegados que casi la pisotean. Rawlins agarró a la chica con un gruñido.

—Disculpe, señorita.

Y la apartó del paso. La levantó a base de fuerza bruta y la empujó suavemente contra la pared. La obligó a mirarlo y le dijo:

—Siga la pared por este lado de la puerta. Manténgase pegada a ella hasta que salga.

Ella asintió, las lágrimas habían convertido su maquillaje en un alud de rímel. Se alejó a trompicones, siguiendo las instrucciones de Rawlins.

—¿Fuego? —espetó Rawlins volviéndose hacia mí—. ¿Es eso humo?

—No —dije—. Créeme. Sé lo que es un edificio en llamas.

Me miró de manera extraña, agarró a una mujer mayor que pasaba por allí a

ciegas y le indicó que siguiera la pared hacia la puerta de salida. Entonces se estremeció y cuando expulsó aire, este salió de su boca en forma de una larga columna helada de vapor. La temperatura había bajado tal vez cuatro o cinco grados en el espacio de un minuto.

Luché por ignorar los sonidos de la gente asustada en la oscuridad y me centré en mis sentidos mágicos. Al acercarme al frío y la oscuridad, me topé con un tipo de hechizo vagamente familiar, aunque no lograba recordar con exactitud dónde me lo había encontrado antes.

Giré sobre mí mismo con los ojos cerrados, formando un lento círculo, y sentí la oscuridad tornándose más profunda, más negra a medida que me ponía de frente al pasillo que conducía a la recepción del hotel. Di un paso hacia allá y la oscuridad se espesó ligeramente. La fuente del hechizo debía de estar en aquella dirección. Apreté los dientes y avancé.

—Eh —dijo Rawlins—. ¿Adónde vas?

—El malo de la película se encuentra en esta dirección —le dije—. O al menos hay algo. Tal vez sea mejor que te quedes aquí para ayudar a la gente a salir de forma segura.

—Tal vez sea mejor que cierres tu estúpida boca —respondió Rawlins con un forzado buen humor. Parecía asustado, pero sacó su arma y mantuvo el cañón bajo, cerca del costado mientras sostenía la inútil linterna en la otra mano—. Te cubriré.

Le hice un gesto con la cabeza, di media vuelta y me interné en la oscuridad con Rawlins a la zaga. Los gritos estallaban a nuestro alrededor, a veces acompañados por la visión de gente aterrorizada y perdida. Rawlins les empujaba hacia las paredes, les ladraba en un tono de pura autoridad paternal que permanecieran cerca de ellas para desplazarse con cuidado hacia las salidas. La oscuridad comenzó a ejercer una gran presión cerca de mí y me suponía un enorme esfuerzo de voluntad sostener la luz de mi amuleto contra ella. Al avanzar otros cuantos pasos, el aire se tornó aún más frío. Caminar hacia delante se convirtió de repente en un esfuerzo sublime, igual que caminar con el agua hasta la cintura. Había que empujar. Oí un gruñido de esfuerzo salir de mi boca.

—¿Qué sucede? —preguntó Rawlins con voz tensa.

Pasamos bajo una de las luces de emergencia del hotel. Los focos apenas proyectaban unos anillos de luz naranja contra las tinieblas, hasta que la luminosidad de mi amuleto disolvió las sombras.

—Magia negra —gruñí entre dientes—. Es una especie de hechizo para evitar nuestro avance.

Rawlins soltó un suspiro y murmuró:

—Dios mío. Magia. Esto no puede ser real.

Me detuve y lo miré fijamente por encima del hombro.

—¿Estás conmigo o no?

Tragó saliva mientras miraba unos tenues círculos de luz, lo único visible de otra serie de luces de emergencia.

—Mierda —murmuró, secándose una repentina perla de sudor que había asomado a su frente a pesar del aire frío—. ¿Es necesario que te dé un empujón o algo así?

Solté un ladrido de risa tensa y obligué a mi poder a arremeter con dureza contra la oscuridad, a cortar con el machete de mi voluntad hasta que empecé a crear una ruta a través de la negrura y a ganar velocidad. Mientras lo hacía, el sentido del hechizo me quedó mucho más claro.

—Esto viene de delante de nosotros —me aventuré a decir—. De la primera sala de conferencias del pasillo.

—La tienen preparada para las películas —dijo Rawlins. Cogió a un hombre maduro, sollozante y aterrorizado y lo desvió hacia la pared al tiempo que le espetaba las mismas órdenes de siempre—. Dios, estaba llena hasta los topes. Si ha cundido el pánico entre la multitud...

No terminó la frase, y no era necesario. En Chicago se había dado más de una muerte a causa de un pánico repentino en una sala de cine. Redoblé mis esfuerzos y eché a correr con dificultad hasta llegar a un par de puertas que conducían a la primera sala de conferencias. Una de ellas estaba cerrada y la otra había sido abierta con tanta fuerza que se había desencajado de una de las bisagras.

Desde el interior de la sala llegó un repentino estallido de gritos de terror, y no se trataba de los gritos enlatados de las películas de terror. Eran gritos reales. Gritos primitivos de una intensidad tan salvaje que era difícil creer que provinieran de una garganta humana. Gritos que en realidad solo oyes cuando están sucediendo cosas terribles.

Rawlins sabía lo que significaban. Escupió una maldición por lo bajo, poniendo el arma en posición de ataque, y nos precipitamos hacia el interior de la sala hombro con hombro.

La oscuridad se apoderó de mí en cuanto entré. El aire pareció cuajarse en una especie de gelatina, de tal modo que mover las piernas hacia delante se convirtió de repente en una lucha. Bufé de pura frustración y transformé aquel sentimiento en una renovada dosis de voluntad para mi amuleto de plata. El suave resplandor que emanaba del símbolo se convirtió en un intenso foco blanco y cobalto que hacía retroceder a las tinieblas, apartándolas de mi camino. La gran sala estaba cubierta de sombras; sin embargo, ya no existía aquella agobiante oscuridad mágica.

Era una sala larga, de alrededor de veinte metros y tal vez la mitad de ancho. En el otro extremo se encontraba la gran pantalla de proyección con dos columnas de sillas frente a ella. En un punto del pasillo entre los asientos, un proyector funcionaba a una velocidad tan frenética que de los rollos de celuloide se elevaba una columna de

humo. La película proyectada todavía aparecía claramente en la pantalla, un frenético montaje desenfocado de caras e imágenes de una película de terror clásico de principios de los años ochenta. La banda sonora se oía como un solo aullido largo y penetrante.

Aún había una veintena de personas en la sala. Una anciana estaba justo al lado de la puerta, acurrucada de costado en el suelo, llorando de dolor. Cerca, una silla de ruedas yacía volcada y un hombre con unos agarres de algún tipo en las piernas y las caderas había caído en una posición incómoda y dolorosa de la que no se podía levantar. Uno de sus brazos estaba visiblemente roto, el hueso asomaba entre la piel. Otras personas buscaban el amparo de las paredes o se metían debajo de las sillas. Cuando mi luz de mago inundó el lugar, se levantaron y comenzaron a salir como podían, todavía gritando de terror.

Justo delante de mí había cuerpos y sangre.

No se podía ver mucho. Eran tres personas rodeadas de gran cantidad de sangre. Una cuarta, una mujer joven, se arrastraba hacia la puerta emitiendo gemidos desesperados.

Un hombre se acercó a ella. Medía más de dos metros y estaba tan musculado que parecía deforme; no eran músculos de culturista, sino la tosca forma que se adquiere con un trabajo físico incansable. Llevaba un mono, una camisa azul y una máscara de hockey, y portaba una larga y curvada hoz en la mano derecha. Ante mis ojos, dio un par de largas zancadas hacia adelante, cogió a la chica por los cabellos y colocó su cuerpo en un arco extraño. Acto seguido levantó la hoz que portaba en la mano derecha.

Rawlins no se molestó en ofrecerle la oportunidad de rendirse. Adoptó la posición de disparo a apenas tres metros de él y disparó tres veces en la cabeza del loco enmascarado.

El hombre se sacudió y se dobló un poco. Soltó los cabellos de la chica con brusquedad y la lanzó a un lado con una fuerza terrible y casual. La chica cayó sobre una fila de sillas y dejó escapar un grito de dolor.

Entonces el loco se volvió hacia Rawlins y, a pesar de la máscara que ocultaba sus facciones, la inclinación de su cabeza y la tensión de su postura evidenciaban que estaba furioso. Se dirigió hacia el policía. Este le disparó otras cuatro veces más. Unos destellos de color blanco brillante iluminaron al loco y a toda la sala.

El gigante bajó la hoz contra Rawlins. Por pura inercia, el policía la interceptó con su larga linterna. Saltaron chispas de la carcasa de acero, pero la luz siguió encendida. El maniaco retorció la hoz, de modo que la punta abrió un surco en el antebrazo de Rawlins. El policía gruñó. La linterna cayó al suelo. El loco alzó de nuevo la hoz.

Me preparé, levanté mi bastón y mi voluntad y grité:

—¡Forzare!

Un poder invisible surgió de mi bastón, pura energía cinética que arrasó el aire y golpeó al loco como una bola de demolición. El golpe lo lanzó volando hacia el pasillo derribando el proyector en su caída. Se hizo pedazos. El loco lo golpeó sin disminuir la velocidad. El vuelo continuó hasta la pantalla de proyección, la cual atravesó desgarrando la tela, y el maníaco acabó golpeándose contra la pared del fondo con un impacto estruendoso.

Me sumí en un agotamiento repentino, el esfuerzo del hechizo drenó de manera enorme mi energía y tuve que plantar mi bastón en el suelo para no caerme. Mi dolor de cabeza retornó vengativo y las luces de mi amuleto y del bastón se desvanecieron.

Se oyeron unos cuantos gritos más, además del sonido rápido y ligero de varios pies asustados, y me di la vuelta. Vi a alguien huir de la sala con el rabillo del ojo, pero no logré ver quién era. Un segundo más tarde, todo regresó a la normalidad y las luces volvieron a encenderse. El proyector roto seguía haciendo girar el rollo a velocidad reducida mientras una lengua suelta de película azotaba la cubierta rota.

Rawlins avanzó hacia la pantalla con los ojos muy abiertos, pistola en mano, la mirada fija en el otro extremo de la habitación. Al llegar junto a la pantalla miró detrás de ella con el arma en posición. Echó un vistazo a su alrededor durante un segundo y luego me buscó con la mirada, desconcertado.

—No está aquí —dijo Rawlins—. ¿Lo has visto irse en aquella dirección?

No me quedaban fuerzas para hablar en aquel momento. Sacudí la cabeza.

—Hay un hueco en la pared —informó—. Está cubierto de... no sé, de una especie de baba.

—Se ha ido —gruñí. Entonces me acerqué a las personas heridas. Dos de ellos eran hombres jóvenes, la tercera era una mujer—. Ayúdame.

Rawlins enfundó su arma y me ayudó a incorporarme. Uno de los jóvenes estaba muerto. Tenía en el muslo un corte en forma de medialuna que había seccionado una arteria. Otro estaba felizmente inconsciente, con un golpe en la cabeza y varios horribles centímetros de tripas asomando sanguinolentos de su vientre. Temí que si lo movíamos se le saldrían las vísceras. La chica estaba viva pero la punta de la hoz había dibujado un par de largas líneas en su espalda, a lo largo de la columna vertebral, y los cortes eran crueles y profundos. Se veían pedacitos de hueso y estaba tendida sobre su vientre, con los ojos abiertos y parpadeantes, pero totalmente desenfocados. O no quería o no podía moverse.

Hicimos lo que pudimos por ellos, que no fue mucho más que quitar los manteles de las mesas con vasos de agua de la esquina e improvisar suaves almohadillas para colocarlas debajo de las heridas abiertas. La segunda chica estaba tendida de lado, no muy lejos, sollozando histéricamente. Examiné a la anciana, que acababa de perder el sentido. Acomodé al hombre que había caído de su silla de ruedas en una posición



ligeramente más confortable y me dio las gracias con un movimiento de cabeza.

—Ocúpate de la otra víctima —dijo Rawlins. Colocó el mantel doblado bajo el abdomen abierto del muchacho, ejerciendo una presión suave sobre él al tiempo que sacaba su radio. Un caos de sonidos chirriantes mezclados con comentarios y estática salieron de ella, pero se las arregló para conseguir pedir ayuda.

Acudí junto a la muchacha que lloraba, una morena pequeñita que llevaba una vestimenta parecida a la de Molly. Había sido golpeada con saña, y teniendo en cuenta la forma en la que estaba tendida en el suelo era evidente que no podía moverse sin sentir un dolor agónico. Me acerqué a ella y me apoyé con suavidad en su hombro izquierdo.

—Estate quieta —le dije en voz baja—. Es la clavícula, creo. Sé que duele como mil demonios, pero te vas a poner bien.

—Me duele, me duele, me duele, me... —jadeó.

Busqué su mano y la apreté firmemente. Ella respondió con una desesperada presión.

—Vas a estar bien —le dije.

—No me deje —gimió ella. Su mano casi aplastaba la mía—. No me deje.

—Está bien —le dije—. Estoy aquí mismo.

—¿Qué diablos es esto? —dijo Rawlins jadeando. Miró a su alrededor, al cadáver, a la pantalla de cine, al hueco en la pared de más allá—. Ese era el segador, el maldito segador. De las películas de *Suburban Slasher*. ¿Qué psicópata se viste como el segador y empieza a...? —Su rostro se retorció a causa de unas repentinas náuseas—. ¿Qué diablos es esto?

—Rawlins —dije elevando el tono para llamar su atención.

Sus ojos asustados se quedaron fijos en los míos.

—Llama a Murphy —le pedí.

Me miró fijamente durante un segundo y luego dijo:

—Mi capitán es el que tiene que realizar esa llamada. Lo decidirá él.

—Tú verás —le dije—. Sin embargo, Murphy y sus chicos podrían hacer algo al respecto. Tu capitán no. —Hice un gesto con la cabeza hacia el cadáver—. Y no podemos andarnos con chiquitas.

Rawlins me miró. Acto seguido miró al chico muerto. Entonces asintió una sola vez y tomó de nuevo su radio.

—Duele —gimió la chica, casi sin aliento por el dolor—. Duele, duele, duele...

La cogí de la mano y le di varios torpes golpecitos con mi mano enguantada, la izquierda. Se oían sirenas aproximándose.

—Dios mío —dijo Rawlins de nuevo. Sacudió la cabeza—. Dios mío, Dresden. ¿Qué ha pasado aquí?

Me quedé mirando el enorme desgarrón en la pantalla de cine y la mella en forma

de segador sobre los paneles de madera de la pared de detrás. Una gelatina transparente, la forma física del ectoplasma, la materia del mundo de los espíritus, resplandecía contra la madera rota. En cuestión de minutos se evaporaría y no dejaría nada atrás.

—Dios mío —susurró Rawlins de nuevo, el aturdimiento reflejado aún en su voz—. ¿Qué ha pasado aquí?

Sí.

Buena pregunta.

## Capítulo 13

Las autoridades llegaron y sustituyeron crisis por emergencias. Los paramédicos se apresuraron a llevar a urgencias a la chica herida de gravedad y al joven eviscerado, mientras que los policías que arribaron al lugar hacían lo que les era posible para cuidar a los asistentes heridos hasta que aparecieran otros equipos médicos. Me quedé con la chica herida, sosteniendo su mano. Uno de los paramédicos la examinó brevemente, vio que aunque su dolor era considerable no estaba en peligro inmediato, y me ordenó que me quedara con ella e impidiera que nadie la moviera hasta que llegara el siguiente equipo.

Aquello me venía bien. La idea de levantarme me parecía una tarea de enormes proporciones.

Me quedé sentado con la chica hasta que llegaron más efectivos de la policía. Ella se fue volviendo silenciosa y apática a medida que el miedo desapareció y su cuerpo produjo endorfinas para calmar el dolor. Oí un jadeo y el sonido repentino de unos pies en el suelo. Cuando levanté la vista, Molly pasaba junto a un patrullero y se arrojó junto a la chica.

—¡Rosie! —exclamó con el rostro muy pálido—. ¡Oh, Dios mío!

—Tranquila, tranquila —dije al tiempo que ponía una mano en el hombro a Molly para prevenir que abrazara a la chica herida—. No la muevas.

—Está herida —protestó Molly—. ¿Por qué no la han metido en una ambulancia?

—No se encuentra en peligro inmediato —le dije—. Otras dos personas sí. La ambulancia se las ha llevado primero. Ella irá en la siguiente.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Molly.

Sacudí la cabeza.

—Todavía no estoy seguro. No vi mucho. Los atacaron.

La chica en el suelo se agitó de repente y abrió los ojos.

—¿Molly? —dijo.

—Estoy aquí, Rosie —la tranquilizó Molly. Le tocó la mejilla a la chica herida—. Estoy aquí mismo.

—Dios mío —dijo la chica con lágrimas en los ojos—. Él los mató. Él los mató. —Su respiración empezó a acelerarse al recordar el pánico.

—Shhh —dijo Molly, y le acarició el pelo a su amiga y se lo apartó de la frente como hubiera hecho con una niña asustada—. Ahora estás a salvo. Todo está bien.

—El bebé —dijo Rosie. Apartó su mano de la mía y se la puso sobre el vientre—. ¿Está bien el bebé?

Molly se mordió el labio y me miró.

—¿Está embarazada? —le pregunté.

—De tres meses —confirmó Molly—. Se ha enterado hace poco.

—El bebé —insistió Rosie—. ¿Se encuentra bien el bebé?

—Harán todo lo posible para asegurarse de que los dos estéis bien —dije inmediatamente—. Trata de no preocuparte demasiado.

Rosie cerró los ojos, con las lágrimas todavía resbalando por sus mejillas.

—Muy bien.

—Rosie —preguntó Molly—. ¿Puedes decirme qué pasó?

—No estoy segura —susurró—. Estaba sentada con Ken y Drea. Ya habíamos visto nuestra escena favorita de la película y decidimos irnos. Me agaché para coger el bolso, Drea estaba revisando su maquillaje y entonces las luces se apagaron y ella empezó a gritar... Y luego, cuando fui capaz de ver algo, él estaba allí. —Se estremeció—. Él estaba allí.

—¿Quién? —la presionó Molly.

Los ojos de Rosie se abrieron demasiado, tanto que casi los puso en blanco. Su voz se redujo a un susurro.

—El segador.

Molly frunció el ceño.

—¿Cómo en la película? Una persona disfrazada.

—No, no —dijo Rosie, su temblor aumentaba cada vez que pronunciaba una palabra—. Era él. Era realmente él.

El equipo médico llegó y se dirigió directamente hacia nosotros. En cuanto los vio, Rosie pareció tener otro ataque de pánico, y comenzó a revolverse. Molly se inclinó sobre ella, susurrándole continuamente y tocándole la cabeza hasta que los paramédicos se pusieron a trabajar.

Me aparté. Colocaron a Rosie en una camilla. Cuando le pusieron el brazo en el costado noté en él varias contusiones irregulares, marcas pequeñas y redondas, y los capilares dañados justo bajo la superficie de la piel de la curvatura del brazo.

Molly me miró un segundo con los ojos abiertos de par en par. Luego ayudó a los paramédicos a tapar a Rosie con una manta. Los paramédicos contaron hasta tres y levantaron la camilla, sacaron las ruedas de debajo y rodaron hacia las puertas. La muchacha se movía y se agitaba débilmente mientras lo hacían, dejando escapar pequeños gemidos.

—Está asustada —le dijo Molly a los paramédicos—. Déjenme ir con ella para ayudarla a calmarse.

Los hombres intercambiaron una mirada y luego uno de ellos asintió. Molly dejó escapar un suspiro de alivio y caminó junto a la cabecera de la camilla, donde Rosie podía verla.

—No se preocupe —dijo el otro paramédico—. Volveremos a por usted, señor.

—¿Qué, esto? —pregunté, y agité la mano vagamente delante de mi cabeza—. No, no me lo he hecho aquí. Es una herida anterior. Estoy bien.

El hombre se mostró dubitativo.

—¿Está seguro?

—Sí.

Se llevaron a la muchacha. Me arrastré hasta la pared y apoyé la espalda contra ella. Un minuto después, un hombre con un traje de *tweed* entró y fue directamente hacia Rawlins. Habló un momento con el oficial, me miró mientras lo hacían y luego se vino directamente hacia mí. Era un hombre de estatura media, cercano a la cincuentena, con quince kilos de sobrepeso, incipiente calvicie y vidriosos ojos azules. Hizo un gesto de cabeza a modo de saludo, agarró una silla y se sentó en ella, mirándome.

—¿Es usted Dresden?

—Casi todos los días —le dije.

—Soy el detective sargento Greene. De homicidios.

—Un trabajo duro —apunté.

—Casi todos los días. —Estuvo de acuerdo—. Bien. Rawlins me ha dicho ahí atrás que usted ha sido testigo ocular de lo sucedido. ¿Es eso correcto?

—En parte —le dije—. Solo vi lo que pasó al final.

—Ajá —dijo. Parpadeó con sus ojos vidriosos y sacó del bolsillo una pluma y una pequeña libreta. Detrás de él, los policías estaban rodeando la zona donde las víctimas habían yacido con un círculo de sillas y cinta adhesiva de escena criminal—. ¿Puede contarme qué pasó?

—Las luces se apagaron —dijo—. Cundió el pánico entre la gente. Oímos gritos. Rawlins fue a ayudar y yo lo acompañé.

—¿Por qué? —preguntó.

—¿Qué?

—¿Por qué? —dijo Greene con un tono de voz suave—. Usted es un civil, señor Dresden. Es responsabilidad de Rawlins ayudar a personas en situaciones de emergencia. ¿Por qué no se limitó a salir por la puerta?

—Era una emergencia —le dije—. Quería ayudar.

—Es usted un héroe —dijo Greene—. ¿Se trata de eso?

Me encogí de hombros.

—Estaba allí. La gente necesitaba ayuda. Intenté serlo.

—Claro, claro —dijo Greene, parpadeando—. Entonces, ¿qué hizo usted para ayudar?

—Sostener la luz —dije.

—¿No tenía Rawlins su propia linterna?

—Nunca hay suficientes linternas —respondí.

—Claro —dijo Greene escribiendo algo en la libreta—. Entonces le sostuvo la luz a Rawlins. ¿Después qué?

—Oímos gritos aquí dentro. Entramos. Vi al atacante junto a aquella chica que acaban de llevarse.

—¿Puede describirlo? —preguntó Greene.

—Más de dos metros de alto —dije—. Era como un tanque, ciento cincuenta o ciento sesenta kilos. Máscara de hockey. Hoz.

Greene asintió.

—¿Qué ocurrió?

—Atacó a la chica. Había otras personas detrás de él, ya caídas. Estaba a punto de cortarle el cuello con la hoz. Rawlins le disparó.

—¿Le disparó? —preguntó Greene—. ¿Entonces por qué no tenemos a un tipo muerto yaciendo en el suelo?

—Le disparó —lo arreglé—. No sé si lo alcanzó. El tipo soltó a la chica y atacó a Rawlins con la hoz. Rawlins la bloqueó con la linterna.

—¿Después qué?

—Después golpeé al tipo —dije.

—¿Cómo lo hizo? —preguntó Greene.

—Usé magia. Lo hice volar nueve metros por el pasillo, a través del proyector y la pantalla de cine.

Greene soltó la pluma sobre la libreta y me miró fijamente.

—Eh —dije—. Usted ha sido el que ha preguntado.

—O quizás se dio la vuelta para salir corriendo —dijo Greene—. Tiró el proyector al suelo y saltó por la pantalla para llegar a la parte trasera de la sala.

—Si eso le hace sentirse mejor... —dije.

Me miró con gesto pétreo.

—¿Y entonces qué? —continuó.

—Entonces desapareció.

—¿Salió corriendo por la puerta?

—No —dije—. Nosotros estábamos casi junto a la puerta. Atravesó la pantalla, golpeó la pared de detrás y puf. Desapareció. No sé cómo.

Greene escribió aquello.

—¿Sabe dónde está Nelson Lenhardt?

Parpadeé.

—No, ¿por qué debería saberlo?

—Al parecer ha atacado salvajemente a una persona en esta convención hoy mismo. Usted ha pagado su fianza de la cárcel. Tal vez sea su amigo.

—En realidad no —dije.

—Entonces parece un poco extraño que soltara dos mil dólares para pagar la fianza de un tipo que no es su amigo.

—Sí.

—¿Por qué lo hizo?

Comencé a sentirme molesto.

—Tenía motivos personales.

—¿De qué índole?

—Personales —repetí.

Greene me miró en silencio con sus vidriosos ojos azules durante un largo minuto.

—No estoy seguro de entender todo esto. Le agradecería que me ayudara. ¿Podría contarme de nuevo lo que pasó? Desde que se apagaron las luces —dijo entonces con paciencia y educación.

Suspiré.

Comenzamos de nuevo.

Cuatro veces más.

Greene no perdió la educación conmigo en ningún momento y su voz tersa y los ojos vidriosos le hacían parecer un oficinista compungido más que un detective. Sin embargo, mis tripas me decían que había un hombre peligroso y con nervios de acero bajo el camuflaje del traje de *tweed*, y que estaba empeñado en considerarme cómplice de todo aquello, o al menos alguien que sabía más de lo que decía.

Algo que, por otra parte, supongo que era cierto. No obstante, hablar de magia negra, ectoplasma y hombres del saco que desaparecían a voluntad no iba a ayudarme a caerle mejor. Era lo habitual con los polis. Algunos de ellos, como Rawlins, se habían topado con algo extraño en algún punto de sus carreras. No hablaban mucho de ello con nadie; los otros polis se preocupaban cuando uno de sus compañeros empezaba a hablar de monstruos, así que todo tipo de consejos bienintencionados y de evaluaciones psicológicas eran el siguiente paso.

Entonces, si un policía se encontraba cara a cara con un vampiro o un necrófago y sobrevivía a ello, su mera existencia se afianzaba en su memoria. El tiempo tenía su modo de limar aquellas cosas, y es fácil evitar pensar en monstruos terroríficos y en sus más que terribles implicaciones y volver a una rutina diaria. Pasado un tiempo prudencial, muchos policías se convencían a sí mismos de que lo que les pasó fue producto de una exageración de sus mentes, simples malos recuerdos amplificados por la oscuridad y el miedo, y que ya que todo el mundo a su alrededor sabía que los monstruos no existían, lo que habían visto no tenía otro remedio que ser algo normal, explicable.

Sin embargo, en el fragor de la batalla aquellos policías cambian. En el fondo saben que es de verdad, y cuando se topan de nuevo con algo sobrenatural, están dispuestos, al menos el tiempo que dure, a olvidarse de todo excepto de sobrevivir y proteger vidas, incluso si, pensando en retrospectiva, todo aquello no llegara a parecerles más que una locura total. Puede que Rawlins bromeara con que por mi

parte «fingiera» ser un mago en medio de una convención de fans, pero cuando todo aquello comenzó, estuvo dispuesto a trabajar conmigo.

Entonces estaba aquella otra clase de policía; tipos como Greene, que nunca habían visto nada remotamente sobrenatural, que cada noche volvían a casas con dos o tres hijos y un perro, que cortaban el césped los sábados, veían Nova y Discovery Channel, estaban suscritos a *National Geographic* y guardaban cada número ordenadamente en el sótano.

Tipos como él tenían la total certeza de que todo era lógico, todo era explicable y nada existía fuera del prisma de la razón y la lógica. Tipos así tendían a ser muy buenos detectives. Greene era así.

—Muy bien, señor Dresden —dijo el hombre—. Todavía no tengo claros algunos puntos. Entonces, cuando se apagaron las luces, ¿qué hizo?

Me froté los ojos. Me dolía la cabeza, quería dormir.

—Ya se lo he dicho. Cinco veces.

—Lo sé, lo sé —dijo Greene, y me ofreció una pequeña sonrisa—. Pero a veces repetir las cosas puede hacer que se recuerden pequeños detalles. Así que, si no le importa, ¿me dice qué pasó cuando se fue la luz?

Cerré los ojos y luché contra una repentina y acuciante tentación de hacer levitar a Greene hasta el techo y dejarlo allí un rato.

Alguien me tocó el hombro, y al abrir los ojos me encontré a Murphy de pie a mi lado ofreciéndome un vaso de plástico.

—Buenas tardes, Harry.

—Oh, gracias a Dios —murmuré, y cogí el vaso. Café. Le di un sorbo. Caliente y dulce. Gemí de placer—. El ángel de la compasión: Murph.

—Esa soy yo —convino. Llevaba unos vaqueros, una camiseta y una chaqueta ligera de algodón. Tenía un cerco oscuro alrededor de los ojos y el cabello rubio enmarañado. Alguien debía de haberla sacado de la cama.

—Detective Greene —dijo.

—Teniente —respondió Greene, todo cortesía superficial—. No recuerdo haber llamado a Investigaciones Especiales para pedir ayuda. Quizá alguien le haya dado al marcado rápido de mi teléfono. —Metió la mano en el bolsillo y sacó un móvil.

Lo miró con gesto intenso durante un momento y luego añadió:

—Oh, un momento. Fallo mío. No la tengo en marcación rápida. Debí caer en algún tipo de estado catatónico cuando no estaba mirando.

—No se preocupe, sargento —dijo Murphy con una dulce sonrisa—. Si averiguo quién lo hizo, se lo diré para que lo coja del cuello de la camisa.

Greene sacudió la cabeza.

—Bastante lío tenemos ya —dijo—. Un payaso disfrazado de un personaje de una peli de terror corta a pedacitos a una panda de fanáticos del género. La prensa se va a



lanzar como pirañas sobre esto.

—Sí —asintió Murphy—. Me parece a mí que le va a hacer falta toda la ayuda que pueda encontrar. No querrá fastidiarla delante de tantas cámaras.

La miró contrariado y luego sacudió la cabeza.

—No es usted exactamente famosa por su espíritu cooperativo con sus compañeros oficiales, teniente.

—Hago mi trabajo —dijo Murphy sin pestañear—. Puedo ayudarlo. O puedo encargarme de que la prensa sepa que está negándose a recibir ayuda para cazar a un asesino por una mera rivalidad entre departamentos. Es cosa suya.

Greene la miró fijamente durante otro largo minuto y luego dijo:

—¿Llamar a alguien zorra insoportable y egoísta constituye un delito de acoso sexual?

La sonrisa de Murphy se ensanchó.

—Venga al gimnasio alguna vez y lo discutiremos.

Greene gruñó y se levantó, al tiempo que se guardaba la libreta y la pluma en el bolsillo.

—Dresden, no abandone la ciudad. Puede que necesite hablar otra vez con usted.

—Sería un placer —musité, y le di otro sorbo al café.

Greene le tendió una tarjeta a Murphy.

—Ahí está mi número. Por si acaso quiere cooperar de verdad.

Murphy le dio la suya.

—Ídem.

Greene sacudió la cabeza, hizo una inclinación de cabeza que pretendía ser educada y se alejó para charlar con los oficiales situados cerca de la zona rodeada por la cinta.

—Creo que le gustas —le dije a Murphy.

Refunfuñó.

—Te ha hecho darle muchas vueltas, ¿verdad?

—Durante una hora. —Traté de no sonar demasiado disgustado.

—Es molesto —dijo—. Pero es verdad que funciona. Greene es probablemente el mejor detective de homicidios del Estado. Si tuviera personalidad ya le hubieran hecho capitán.

—No creo que vaya a ser de mucha ayuda en este homicidio en concreto.

Murphy asintió y se sentó en la silla que Greene había dejado vacante.

—Bueno, ¿vas a contarme lo que ha pasado?

—Ni siquiera me he terminado el café —me quejé. Pero se lo conté, empezando desde que le pagué la fianza a Nelson y saltándome el detalle de la visita a casa de Michael. Le hablé del ataque y de cómo Rawlins y yo lo habíamos cortado en seco.

Soltó un breve suspiro.

—Entonces esta cosa debe de haber venido desde el mundo espiritual, ¿verdad? Si lo llenaron de balas, no murió y luego se esfumó en la nada...

—Es una conclusión razonable —dije—. Sin embargo, no me dio tiempo de hacer un examen minucioso. Pudo haber sido cualquier cosa.

—¿Existe alguna posibilidad de que lo hayas matado?

—No le di tan fuerte. Debía de tener algún sistema de autodestrucción.

—Maldita sea —dijo Murphy sin darse cuenta de la referencia. Ya nadie adora los clásicos—. ¿Volverá?

—Cualquier suposición tuya es tan buena como una mía.

—No me basta.

Suspiré y asentí.

—Veré lo que puedo hacer. ¿Cómo está Rawlins?

—En el hospital —informó—. Necesitará un puñado de puntos para ese corte que le hicieron.

Gruñí y me levanté. Me supuso un esfuerzo, me tambaleé un poco, pero en cuanto recuperé el equilibrio, caminé hacia los restos del proyector. Me agaché y cogí la gran carcasa de hojalata donde se guardaba la película. Le di la vuelta y leí la etiqueta.

—Uh —dije.

Murphy se acercó y arrugó la cara al ver la caja.

—*Suburban Slasher III*.

Asentí.

—Esto significa algo.

—¿Aparte de la muerte del cine clásico?

—Fascista cinematográfica —dije—. El tipo tenía el mismo aspecto que el segador.

Murphy me miró atónita.

—El segador —continué—. Vamos, no me digas que nunca has visto al segador. El asesino de las pelis de *Suburban Slasher*. Es imposible matarlo y trae la muerte a los malvados; lo que al parecer incluye a cualquiera que esté practicando sexo o bebiendo alcohol. Si eso no es cine clásico, no sé qué lo es.

—Supongo que esa me la he perdido —dijo Murphy.

—El segador ha salido en once películas, de momento —respondí.

—Entonces supongo que me he perdido las once —lo arregló Murphy—. ¿Crees que se trata de alguien tratando de imitar al segador?

—Alguien —murmuré con un misterio exagerado—. O algo.

Me miró con sarcasmo.

—¿Cuánto tiempo llevas queriendo decir eso?

—Años —dije—. La oportunidad no se presenta tan a menudo como crees.

Murphy sonrió, pero ambos sabíamos que de manera algo forzada. Las bromas no

cambiaban los hechos. Algo había matado a un joven a pocos metros de donde estábamos, y las vidas de al menos dos de los heridos dependían de la habilidad de los doctores que los atendieran.

—Murph —dije—. Hay un cine en esta misma calle. Lo lleva un tipo llamado Clark Pell. ¿Puedes averiguar qué película estaban poniendo este mediodía?

Murphy volvió unas páginas atrás en su libreta y dijo:

—Ya lo hice. Algo llamado Manomartillo.

—Antigua pero buena —dije—. Unos rufianes empujan a un granjero a una vía y el tren le corta las manos por las muñecas. Lo dan por muerto, pero sobrevive, se vuelve loco y se ata unos martillos a los muñones y los va cazando uno a uno.

—Y Clark Pell fue la víctima a la que le dieron la paliza hoy mismo —dijo Murphy—. Una paliza con un instrumento macizo.

—Quizás sea una coincidencia —dije.

Frunció el ceño.

—¿Hay alguien que pueda hacer eso? ¿Convertir a personajes de las películas en seres reales?

—Eso parece —dije.

—¿Cómo los detenemos? —preguntó.

Saqué los horarios de la convención de mi bolsillo y los hojeé.

—La pregunta es: ¿cómo los detenemos antes de mañana por la noche?

—¿Qué pasa mañana por la noche?

—Un maratón de películas —dije sosteniendo en alto la cartelera—. Ponen media docena aquí, otra media docena en el cine de Pell. Y la mayoría de estos monstruos no son tan amigables como Manomartillo y el segador.

—Dios todopoderoso —suspiró Murphy—. ¿Hay alguna posibilidad de que se trate de tipos normales disfrazados?

—Lo dudo. Pero es posible.

Asintió.

—Dejaremos a Greene cubrir ese ángulo entonces. Considérate a sueldo del departamento, Harry. ¿Cuál es el siguiente paso?

—Hablar con las víctimas supervivientes —dije—. Intentaré averiguar cuántas maneras hay de hacer una locura semejante.

Asintió, y luego hizo una mueca.

—Primero duerme un poco, tienes un aspecto horrible.

—Gracias —dije—. Me siento como si estuviera a punto de caerme redondo al suelo.

Asintió.

—Veré si puedo hablar con Pell, si es que está consciente. Dudo que podamos interrogar a los otros antes de mañana. Suponiendo que sobrevivan.

—Correcto —dije—. Volveré aquí mañana para husmear un poco. Con suerte podremos cercar al malo antes de que otra cosa salte de la pantalla de cine.

Ella asintió y se puso en pie. Me ofreció su mano, la tomé y me ayudó a levantarme. Murphy es mucho más fuerte de lo que parece.

—¿Puedes llevarme a casa? —pregunté.

Ya tenía las llaves en la mano.

—¿Tengo pinta de ser tu chófer?

—Gracias, Murph.

Nos dirigimos a la puerta. Normalmente tengo que dar pasos cortos para no dejar atrás a Murphy, pero aquella noche estaba tan cansado que se cambiaron las tornas.

—Harry —dijo—. ¿Qué pasará si no averiguamos a tiempo quién está haciendo esto?

—Los encontraremos —dije.

—¿Pero y si no?

—Entonces lucharemos contra los monstruos.

Murphy respiró hondo y asintió. Salimos afuera, a la cálida noche de verano.

—Eso haremos, maldita sea.

## Capítulo 14

Murphy me llevó a casa y se detuvo en el aparcamiento cercano a la residencia reformada de un siglo de antigüedad donde estaba mi piso. Detuvo el motor del coche, que dejó escapar unos cuantos sonidos característicos. Nos quedamos sentados un rato con las ventanillas bajadas. Una fresca brisa procedente del lago entraba en el coche, un alivio tras el incansable calor del día.

Murphy comprobó el espejo retrovisor y luego la calle.

—¿A quién buscabas?

—¿Qué? —dije—. ¿Qué quieres decir?

—Has mirado hacia atrás muchas veces de camino hacia aquí. Me sorprende que no te hayas hecho daño en los hombros con las orejas.

Hice una mueca.

—Oh, eso. Alguien me ha estado siguiendo esta noche.

—¿Y me lo dices ahora?

Me encogí de hombros.

—No tenía sentido preocuparte por nada. Quienquiera que sea ahora no está cerca. —Le describí la silueta del hombre en el coche.

—¿Crees que es el mismo que te echó de la carretera?

—Algo me dice que no —dije—. No se estaba esforzando por evitar que lo viera. Por lo que sé, puede ser un investigador privado reuniendo información sobre mí para la demanda.

—Dios santo —dijo Murphy—. ¿Todavía no ha terminado ese asunto?

Hice una mueca.

—Para ser presentador, Larry Fowler no aguanta ni una. No para de hacerme una tras otra.

—Quizás no debiste haber quemado su estudio y dispararle a su coche.

—¡No fue culpa mía!

—Eso se decidirá en los juzgados —dijo Murphy en tono santurrón—. ¿Tienes abogado?

—Ayudé a un tipo a que encontrara el perro perdido de su hija hace cinco o seis años. Es abogado. Me está echando una mano con el proceso legal, al menos no me está dejando en bancarrota. Pero esto sigue y sigue.

Ninguno de los dos salió del coche.

Cerré los ojos y escuché los sonidos de la noche de verano. Sonaba música en alguna parte. De vez en cuando se oía un motor de coche pasando.

—¿Harry? —preguntó Murph pasado un rato—. ¿Estás bien?

—Hambriento. Algo cansado.

—Parece que te duele —dijo.

—Quizás un poco —dije.

—No me refiero a ese tipo de dolor.

Abrí los ojos y la miré.

—Ah, eso.

—Eso —convino—. Parece que estás sangrando, de algún modo.

—Lo superaré —le dije.

—¿Tiene que ver con el Halloween pasado?

Encogí un solo hombro.

Ella se quedó callada durante un momento. Entonces dijo:

—Hubo mucha confusión durante el apagón y justo después. Encontraron un cuerpo en el Field Museum que había sido devorado por un animal. En el laboratorio dijeron que fue un perro grande. Encontraron también tres tipos de sangre diferentes en el suelo.

—¿De verdad? —pregunté.

—Y en Kent College. Encontraron ocho cadáveres allí. Seis de ellos no tenían señales evidentes que explicaran su muerte. Uno tenía la cabeza partida en dos por un bisturí quirúrgico. El otro tenía una bala del 44 en la nuca.

Asentí.

Se me quedó mirando un rato, ceñuda, esperando que dijera algo. Entonces habló ella, con voz tranquila y llena de certeza.

—Tú los mataste.

Mi memoria reprodujo algunas feas escenas en mi cabeza. Sentí un pellizco en el estómago.

—El tipo sin cabeza no fue cosa mía.

Sus fríos ojos azules permanecieron impasibles y asintió.

—Los mataste. Te está comiendo por dentro.

—No debería. He matado muchas cosas.

—Cierto —dijo Murphy—. Pero esta vez no eran hadas o vampiros o monstruos. Eran personas. Y no estabas en el fragor de la batalla cuando murieron. Elegiste con frialdad.

Por alguna razón no pude levantar la vista. Sin embargo, asentí y suspiré.

—Más o menos.

Esperó a que dijera algo más, pero no lo hice.

—Harry —dijo—. Te estás destrozando por ello. Tienes que hablar con alguien. No tengo por qué ser yo, no tiene que ser ahora mismo, pero tienes que hacerlo. No es una vergüenza sentirse mal por haber matado a alguien, sea cual sea la razón.

Solté una risa corta. Me supo amarga.

—Eres la última persona de la que hubiera esperado oír que no debería sentirme mal por cometer un asesinato.

Se retorció en su asiento, incómoda.

—A mí también me sorprende —dijo—. Pero maldita sea, Harry. ¿Recuerdas cuando disparé al agente Denton?

—Sí.

—Me llevó algún tiempo sobrellevarlo. Bueno, sabía que estaba perdido e iba a matarte si no lo hacía yo primero. Pero me sentí... —Apartó la mirada hacia la ventanilla, hacia la noche de Chicago—. Manchada. Arrancar una vida es... —Tragó saliva—. Y aquella pobre gente a la que los vampiros habían controlado en el refugio. Eso fue incluso peor.

—Aquella gente estaba intentando matarte, Murph. Tuviste que hacerlo. No tuviste elección. Pensaste en ello. Lo sabías cuando apretaste el gatillo.

—¿Crees que tenías alguna otra posibilidad? —preguntó.

Me encogí de hombros y dije:

—Tal vez. Tal vez no. —Tragué saliva—. Lo que cuenta es que no me paré a considerarlo. No dudé. Los quería muertos, simplemente.

Se quedó callada un largo rato.

—¿Y si el Consejo tiene razón sobre mí? —le pregunté a Murphy en voz baja—. ¿Y si me acabo convirtiendo en una especie de monstruo? Un ser capaz de quitar una vida sin pensar en otra cosa que su propio capricho, al que le importa más el fin que los medios, el poder que la razón. ¿Y si aquel solo fue el primer paso?

—¿Crees que es así?

—Yo no...

—Porque si lo piensas, Harry, entonces probablemente es así. Y si decides que no es así, probablemente no lo sea.

—¿El poder del pensamiento positivo? —pregunté.

—No. El libre albedrío —me corrigió—. No puedes cambiar lo que ya ha ocurrido. Pero eliges lo que harás después. Lo que significa que solo cruzas al lado oscuro si eliges hacerlo.

—¿Qué te hace pensar que no voy a hacerlo?

Murphy refunfuñó y extendió una mano para tocarme ligeramente la barbilla con los dedos.

—Porque no soy idiota. Algo que no puedo decir de otras personas de este coche.

Levanté el brazo y apreté sus dedos con mi mano derecha. La suya estaba caliente y tenía el pulso firme.

—Cuidado. Eso es casi un cumplido.

—Eres un hombre decente —dijo Murphy, al tiempo que bajaba la mano sin apartarla de mis dedos—. Dolorosamente inconsciente a veces. Pero tienes un buen corazón, por eso eres tan duro contigo mismo. Estás cansado, hambriento y dolido, y viste a unos tipos malvados hacer algo que no pudiste evitar. Tienes la moral baja, eso

es todo.

Sus palabras fueron simples, francas y directas. No había rastro de falsos ánimos ni de lástima indulgente en su tono. Hace tiempo que conozco a Murphy. Estaba seguro de que sentía cada una de sus palabras. Saber que contaba con su apoyo incluso cuando estaba violando las leyes que ella se encargaba de hacer cumplir fue un repentino y enorme alivio.

Lo he dicho antes y lo volveré a decir: Murphy es buena gente.

—Quizás tengas razón —dije—. Demonios, debo dejar de lamentarme y volver al trabajo.

—Empieza por comer y descansar —me aconsejó—. Si no tienes noticias mías antes, es que voy a recogerte por la mañana.

—De acuerdo —dije.

Nos quedamos sentados allí durante un rato, cogidos de la mano.

—¿Karrin? —pregunté.

Me miró. Sus ojos parecían muy grandes, muy azules. No pude sostenerlos demasiado tiempo.

—¿Has pensado alguna vez en... ya sabes, nosotros?

—A veces —admitió.

—Yo también —dije—. Pero... nunca parece ser el momento adecuado, por un motivo u otro.

Sonrió un poco.

—Me he dado cuenta.

—¿Crees que alguna vez lo será?

Me apretó la mano con suavidad y luego la retiró.

—No lo sé. Quizás alguna vez. —Hizo una mueca sin mirarme, y luego añadió—: Cambiaría muchas cosas.

—Sin duda —dije.

—Eres mi amigo, Harry —dijo Murphy—. No importa lo que pase. Alguna vez... no te he tratado bien.

—¿Cómo cuando me esposaste en tu oficina? —dije.

—Por ejemplo.

—¿Y cuando me partiste un diente al arrestarme?

Parpadeó.

—¿Te partí un diente?

—Y cuando...

—Sí, bueno, vale —dijo. Me miró con un rencor amable y las mejillas sonrosadas.

—La cuestión es que debí darme cuenta de que eras uno de los buenos mucho antes de lo que lo hice. Y...



Parpadeé ingenuo y esperé a que lo dijera.

—Y lo siento —masculló—. Idiota.

Le había costado decirlo. Murphy tiene más orgullo del recomendable. Y sí, conozco el proverbio de las casas de cristal y las piedras. Así que no dilaté la situación más tiempo:

—No te me pongas romántica, Murph.

Sonrió un poco y puso los ojos en blanco.

—Si alguna vez acabáramos juntos te mataría en una semana. Ahora ve a descansar. No me sirves de nada en este estado.

Asentí y salí del coche.

—Por la mañana entonces.

—Sobre las ocho —dijo, y arrancó el coche y volvió a la calzada—. ¡Ten cuidado! —gritó mientras se alejaba.

Observé al coche alejarse y suspiré. Mis sentimientos hacia Murphy seguían siendo un complicado embrollo. Quizás debería haberle dicho algo antes. Debí compartir con ella lo que sentía, actuar con mayor decisión, tomar la iniciativa.

Me había dicho que tuviera cuidado.

¿Por qué sentía que en realidad estaba teniendo demasiado cuidado?

## Capítulo 15

Mi reloj despertador del ratón Mickey sonó a las siete y traqueteó testarudo hasta que me desenrollé de entre las sábanas, me levanté y lo apagué. Me dolía todo y tenía el cuerpo agarrotado, pero la abrumadora sensación de cansancio se había esfumado y ya que estaba de pie me puse en movimiento.

Me metí en la ducha e intenté no saltar demasiado cuando el primer chorro de agua helada me cayó encima. Tenía algo de práctica. Nunca había tenido un calentador de agua que me durara más de una semana sin darme problemas y ese es el tipo de cosas que no quieres dejar al azar cuando el calentador es de gas. Así que mis duchas eran siempre frías o gélidas. Teniendo en cuenta mi vida amorosa y los encantos inhumanos de los seres con los que a veces me enfrentaba, casi era mejor así.

Sin embargo, cuando tenía contusiones o heridas y los músculos doloridos, deseaba tener una ducha abrasadora como todo el mundo.

De repente el agua pasó de estar congelada a hirviendo. Fue una sorpresa. Dejé escapar un gritito y bailé alrededor de la ducha hasta que pude redirigir el cabezal para que no me abrasara. Tras la sorpresa inicial del cambio de temperatura, metí la cabeza debajo del chorro durante un momento y dejé escapar un largo gemido.

—Maldita sea, te dije que dejaras de hacer esto —refunfuñé.

La voz de Lasciel era apenas un murmullo bajo el sonido del agua. Sentí unos dedos fantasmagóricos que se hundían en los tensos músculos de la base de mi cuello, aliviando el dolor.

—Deberías usar la técnica que te enseñé el otoño pasado para evitar tales incomodidades.

—No lo necesito —dije tratando de sonar gruñón; sin embargo, el agua caliente y los dedos que me masajearan, por ilusorios que fueran, eran simplemente deliciosos—. Estaré bien.

—Tu incomodidad es la mía, mi anfitrión —dijo, y suspiré—. Literalmente, ya que mis percepciones solo pasan a través de ti.

—Esto no es real —dije en voz baja—. El agua no está caliente. Nadie me está masajearando el cuello. Es una ilusión que has montado en mis sentidos.

—¿Acaso no te relaja? —preguntó su voz incorpórea—. ¿No te alivia la tensión?

—Sí —suspiré.

—¿Qué tiene de malo entonces? Es lo suficientemente real.

Agité una mano como si quisiera espantar una mosca molesta de mi cuello, y el tacto de aquellos firmes y fuertes dedos desapareció.

—Venga —dije—. Las manos fuera. No quiero empezar mi día con un combate de energía psíquica, pero si me obligas lo haré.

—Como desees —dijo la voz, y la sensación de su presencia se desvaneció. A aquello siguió una pausa—. Mi anfitrión, percibo que no haces mención alguna del agua caliente.

Gruñí y murmuré algo por lo bajo, metí la cabeza durante unos cuantos segundos en el agua aparentemente hirviendo.

—¿Te enteraste de lo que pasó anoche? —dije luego.

—Ciertamente —respondió el ángel caído.

—¿Cuál es tu lectura?

Se produjo un momento de pensativo silencio.

—Esa Karrin cree que una cierta distancia entre vosotros dos es una necesidad profesional —respondió Lasciel—. No obstante, considera que el tiempo y las circunstancias podrían algún día convertir ese hecho en algo irrelevante.

Suspiré.

—No —dije—. Eso no. Rayos y centellas, no quiero consejos amorosos de un maldito ser demoníaco. Me refería a las cosas que atacaron a la gente en la convención.

—Ah —dijo Lasciel, sin rastro de ofensa en su tono—. Fue obviamente el ataque de un depredador espiritual.

*Le dijo la sartén al cazo*, pensé. Coloqué uno de mis tensos hombros bajo el agua caliente.

—Si eso es cierto, los ataques no han sido meros actos violentos —razoné—. Lo que explica lo que vi en el baño donde fue atacado el viejo. El propósito del que lo hizo era causar miedo. Causar dolor. Con la intención de luego devorar... ¿el qué? ¿La energía psíquica que generaran las víctimas?

—Es una descripción algo simple —consideró—, pero teniendo en cuenta lo que se puede esperar de un mortal, es aceptable.

—¿Qué pasa, ahora no toleras a los mortales?

—Ni ahora ni nunca —contestó—. No pretendo insultar, pero deberías saber que tu habilidad para comprender el entorno está fuertemente definida por tu creencia en ciertas ilusiones. Tiempo. Verdad. Amor. Esa clase de cosas. No es culpa tuya, por supuesto. Sin embargo, te impone límites a la hora de percibir y entender algunos asuntos.

—Soy un simple ser humano —dije—. Ilumíname.

—Para ello, tendrías que desligarte de la mortalidad.

Parpadeé.

—¿Tendría que morir? —dije.

Suspiró.

—De nuevo tu comprensión es solo parcial. Pero, por pura cuestión de síntesis, digamos que sí. Deberías dejar de vivir.

—Entonces, no te molestes en iluminarme —espeté—. Ya tengo demasiados pretendidos profesores. —Me enjuagué y me eché champú para oler a Irish Spring—. Así que los supervivientes de los ataques padecerán las secuelas de las heridas espirituales, ¿verdad?

—Siempre que mi teoría sea correcta —respondió la voz de Lasciel—. Si de verdad tienen dañado el espíritu, sería concluyente.

Me estremecí. Este tipo de daño se manifiesta de varias maneras y ninguna de ellas era agradable. He visto a hombres desencajados por la locura a causa de un ataque espiritual. Murphy se vio afectada por un ataque semejante y pasó años aprendiendo a sobrellevar los terrores nocturnos que engendró en ella hasta que las heridas espirituales y psicológicas acabaron por sanar. Había visto a gente que tras sufrir un torbellino psíquico por parte de los vampiros de la Corte Negra terminaron convirtiéndose en cuerpos prácticamente desprovistos de mente que se limitaban a obedecer órdenes. También a otros de la misma calaña que se habían tornado máquinas psicóticas de matar al servicio de sus maestros.

Lo peor de todo es que la única manera posible de percibir tales cosas era usando la vista. Lo que significaba que todas las psiques machacadas con las que me había topado permanecían frescas y claras en mi recuerdo. Para siempre.

La balda superior de mi estante de trofeos se estaba llenando de recuerdos horriblos.

El agua, que en realidad estaba fría, caía sobre mí a la temperatura perfecta; era un lujo pequeño pero repentinamente significativo.

—Márchate —le ordené a Lasciel—. Déjame el agua caliente. Solo por esta vez.

—Como desees —respondió la voz del ángel caído con una educada satisfacción en el tono. La sensación de su presencia se desvaneció por completo.

Me quedé en la ducha hasta que se me arrugaron los dedos. O, para ser exactos, hasta que los de mi mano derecha se arrugaron. La piel quemada de mi mano izquierda ya llevaba un tiempo arrugada y marchita. Al momento de cerrar el agua, la sensación de frío regresó, y temblé violentamente cuando me quité la toalla de encima para vestirme.

Me ocupé de las varias necesidades de Ratón y Míster, cogí unas cuantas galletas del frigorífico para desayunar y abrí una lata de Coca-Cola. Tras pensarlo un momento, bajé al laboratorio y cogí la calavera de Bob del estante.

Unas tenues luces anaranjadas se encendieron en los huecos.

—Eh —murmuró Bob soñoliento—. ¿Adónde vamos?

—A investigar —dije. Subí cargando con la calavera y la metí en mi mochila de nailon—. Puede que te necesite hoy, pero va a haber gente normal cerca así que mantén la boca cerrada a no ser que abra la mochila.

—De acuerdo —dijo Bob bostezando, y las luces en los huecos de los ojos de la

calavera se apagaron.

Me coloqué mi arsenal mágico: el brazalete escudo, el anillo de energía y mi amuleto pentáculo de plata. Me metí la recién tallada vara en el bolsillo lateral de la mochila, dejando el mango fuera, junto a mi oreja derecha, para poder sacarla rápido. Cogí el bastón y miré mi guardapolvos de cuero, que colgaba del perchero de la puerta. Estaba provisto de una capa de encantamientos para protegerme contra todo tipo de colmillos, garras, balas y ese tipo de cosas, por tanto prácticamente se lo podía considerar una cota de malla.

Pero como a la mayoría de las cotas de malla, le faltaba el sistema de aire acondicionado, y si la llevaba con estas temperaturas veraniegas, probablemente moriría de un golpe de calor antes de que alguien tuviera la oportunidad de morderme, desgarrarme o dispararme. Demonios, incluso los vaqueros azules me resultarían pesados mucho antes del mediodía. El abrigo se quedó en su gancho.

Aquello me inquietó un poco. Estoy acostumbrado a él, y los encantamientos entretejidos en el cuero me han salvado la vida en alguna ocasión. Me sentía vulnerable ante la idea de enfrentarme a algún tipo de conflicto sobrenatural sin su protección. Entonces cogí la correa de Ratón, que meneó la cola para demostrarme su aprobación, y se la puse en el collar.

—Hoy te vienes conmigo —le dije—. Necesito a alguien que me cubra las espaldas. Y tal vez para que después me ayude a comerme un perrito caliente.

La cola de Ratón se meneó más si cabe ante la mención de los perritos. Soltó un suspiro, restregó la cabeza por mi cadera en un gesto de afecto y ambos salimos al encuentro de Murphy.

Aparcó y miró a Ratón con cautela cuando abrí la puerta de atrás y el perro saltó al asiento trasero. El coche se balanceó adelante y atrás por su peso y se hundió un poco.

—Esto es allanamiento.

Ratón meneó la cola y le dedicó a Murphy una vacua sonrisa perruna al tiempo que ladeaba la cabeza interrogante. Era fácil para mi imaginación subtitular la mirada: *¿Allanamiento? ¿Eso qué es?*

—Listillo —le murmuré al perro, y me senté en el asiento del copiloto.

—No te preocupes, Murph. Ambos realizamos un trabajo exhaustivo para controlar el asunto de las funciones corporales en cuanto me di cuenta de lo grande que se iba a poner. Irá bien. —Lancé una intensa mirada hacia el asiento trasero—. ¿Verdad?

Ratón siguió sonriendo de la misma manera y volvió a ladear la cabeza. Fruncí el ceño. Se echó hacia delante para frotarme el hombro con el hocico y se acomodó en el asiento trasero.

Murphy suspiró.

—Si fuera cualquier otro perro, lo metería en el maletero.

—Es verdad —dije—. Tienes un problema con los perros.

—Tengo un problema con los perros grandes —me corrigió Murphy—. Solo con los grandes.

—Ratón no es grande. Tiene problemas de comprensión.

Me miró con las cejas enarcadas al tiempo que arrancaba.

—Tú también cabrías en el maletero, Harry. —Entonces me miró e hizo una mueca—. Tienes los labios azules.

—Una ducha larga —dije.

Me dedicó una sonrisa pícaro.

—¿Querías mantener la mente ocupada? Me lo tomaré como un cumplido hacia mi atractivo sexual.

Gruñí y cambié de tema.

—¿Alguna noticia del hospital?

La sonrisa de Murphy se desvaneció y fijó los ojos en la carretera. Asintió sin mirarme, su rostro imposible de leer.

—Malas noticias, ¿verdad?

—El joven que se llevaron los paramédicos murió. La chica que estaba en el suelo cuando entraste va a sobrevivir, pero está en *shock*. Catatónica. No centra los ojos en nada. Se queda tendida y nada más.

—Sí —dije en voz baja—. Eso me lo esperaba. ¿Y la otra chica? ¿Rosie?

—Sus heridas eran graves pero no suponían un riesgo para su vida. Cerraron los cortes y colocaron los huesos en su lugar, pero cuando se enteraron de que estaba embarazada la dejaron en observación en el hospital. Parece que va a salir adelante sin perder el bebé. Está despierta y habla.

—Algo es algo —dije—. ¿Y Pell?

—Sigue en la uci. Es una persona anciana, las heridas eran severas. Creen que seguirá bien mientras no se presenten complicaciones. Está aturdido, pero consciente.

—Uci —dijo—. ¿Hay alguna posibilidad de que podamos hablar con él en otro lado?

—Los médicos suelen ser bastante tiquismiquis respecto a que alguien en situación crítica salga a dar un paseo a las máquinas expendedoras —ironizó.

Gruñí.

—Tendrás que hacerlo sola entonces. No me arriesgaré a entrar allí con todo ese equipamiento médico cerca.

—¿Ni siquiera unos minutos? —me preguntó.

Me encogí de hombros.

—No tengo ningún control cuando se trata de romper cosas. —Hice una pausa y añadí—: Bueno, no exactamente. Podría hacer volar por los aires la planta entera, si

quisiera hacerlo, pero no hay mucho que pueda hacer para evitar que las máquinas se rompan. Existe la posibilidad de que no pase nada si me quedo solo un rato. Sin embargo, a veces las cosas se vuelven locas en cuanto entro. No puedo arriesgarme habiendo gente cuya vida depende de las máquinas.

Murphy me miró con una ceja arqueada y asintió, comprensiva.

—Quizás te pueda poner en un teléfono con altavoz o algo así.

—O algo así. —Me froté los ojos—. Creo que se avecina un día duro.

## Capítulo 16

Cuando te acostumbras a ellos, todos los hospitales suelen ser parecidos. Excepto el Mercy, donde llevaron a las víctimas del ataque, y que de alguna manera se desmarcaba de la esterilidad, la desinfección y la silenciosa desesperanza características de muchos otros. Era el hospital más antiguo de Chicago, fue fundado por las hermanas del convento de Mercy y seguía siendo una institución católica. Aunque cuando se construyó era ridículamente grande, los famosos incendios de Chicago de finales del siglo diecinueve llevaron al Mercy al límite de su capacidad. Los doctores trataron a seis o siete veces más pacientes que cualquier otro hospital durante la emergencia, y todo el mundo dejó de quejarse sobre lo inútilmente grande que era aquel lugar.

Había un policía de guardia en el pasillo donde se encontraban las habitaciones de las víctimas, por si acaso el asesino loco disfrazado venía a por ellos. Puede que también estuviera allí para espantar a la prensa, que siempre acudía en pos del frenesí de la sangre. No me sorprendió en absoluto comprobar que el policía era Rawlins. Estaba sin afeitar y todavía tenía colgada la tarjeta de ¡SplatterCon! en la pechera. Llevaba vendado el antebrazo con gasas limpias y bien ajustadas, pero aparte de eso transmitía la apariencia de estar totalmente alerta a pesar de haber resultado herido y apenas haber descansado desde la noche anterior. O quizá sus facciones recias lo disimulaban bien.

—Dresden —dijo Rawlins desde su asiento. Había arrastrado una silla a la mitad del pasillo. Era un hombre diligente, no un loco—. Tienes mejor aspecto. Salvo por los moratones.

—Los mejores salen al día siguiente —apostillé.

—Gran verdad —convino.

Murphy nos miraba alternativamente.

—Veo que no tienes muchos escrúpulos a la hora de elegir con quién trabajas, Harry.

—Anda —dijo Rawlins arrastrando las vocales y sonriendo—. ¿Es esta la pequeña Karrin Murphy? Hoy no me he traído los prismáticos.

Ella también sonrió.

—¿Qué estás haciendo aquí? ¿No encontraron a un poli de verdad para vigilar el pasillo?

Soltó un gruñido, estiró las piernas y las cruzó. Noté que a pesar de la postura indolente, su arma enfundada permanecía cerca de la mano derecha. Miró a Ratón con los labios fruncidos.

—No creo que se permitan perros aquí.

—El perro está conmigo —dije.



—El mago está conmigo —dijo Murphy.

—Eso lo convierte en un perro policía, entonces —convino Rawlins. Hizo un gesto de cabeza hacia el pasillo—. La señorita Marcella está ahí. Tienen a Pell y a la señorita Becton en la uci. El otro chico que trajeron no sobrevivió.

Murphy hizo una mueca.

—Gracias, Rawlins.

—De nada, pequeña —respondió Rawlins y su voz grave adquirió un matiz paternal.

Murphy lo miró con sorna un momento y acto seguido emprendimos camino por el pasillo para visitar a la primera de las víctimas.

Era una habitación individual. Molly estaba allí, en una silla junto a la cama, donde era evidente que había dormido un poco tras pasar la noche en vela. Cuando entré en la habitación y cerré la puerta me la encontré mirando a su alrededor y frotándose la boca con la manga. En la cama estaba Rosie, pequeña y pálida.

Molly tocó el brazo de la chica y la ayudó con cuidado a incorporarse. Rosie levantó la vista y parpadeó varias veces.

—Buenos días —dijo Murphy—. Espero que haya podido descansar.

—U...un poco —dijo la chica con voz rasposa. Miró a su alrededor, pero Molly ya le estaba pasando un vaso de agua con una pajita. Rosie dio un sorbo y luego echó la cabeza hacia atrás, cansada. Murmuró una palabra de agradecimiento para su amiga.

—Un poco —dijo de nuevo, esta vez más fuerte—. ¿Quiénes son ustedes?

—Me llamo Karrin Murphy. Soy detective del Departamento de Policía de Chicago. —Hizo un gesto hacia mí y sacó un bolígrafo y una libreta del bolsillo de la cadera—. Este es Harry Dresden. Está trabajando con nosotros en el caso. ¿Le importa que esté aquí?

—¿Qué estás haciendo aquí? —me preguntó Molly entre dientes.

—Investigar —respondí en el mismo tono—. Está pasando algo extraño.

Molly se mordió el labio.

—¿Estás seguro?

—Del todo —dije—. No te preocupes. Averiguaré qué es lo que le ha hecho daño a tu amiga.

—Amigos —dijo Molly, enfatizando el plural—. ¿Sabes algo de Ken? Es el novio de Rosie. Nadie nos dice nada.

—¿Es el chico que trajeron?

Molly asintió ansiosa.

—Sí.

Me quedé mirando la espalda de Murphy sin decir palabra.

Molly lo captó. Se puso pálida.

—Oh, Dios. Cuando se entere... —Se cruzó de brazos y negó con la cabeza varias veces. Entonces dijo—: Tengo que... —Miró alrededor de la habitación y dijo en voz alta—: Mataría por un café. ¿Alguien quiere?

Nadie quería. Molly cogió su bolso y se giró para dirigirse a la puerta. Al hacerlo, pasó a unos centímetros de Ratón. En lugar de gruñir, Ratón frotó su cabeza afectuosamente contra su pierna cuando pasó y se llevó como recompensa un par de caricias en la oreja antes de que la chica saliera.

Le dediqué una mirada ceñuda a Ratón en cuanto Molly se fue.

—¿Te me vas a poner bipolar?

Se tranquilizó enseguida. Murphy comenzó a hacerle a Rosie preguntas predecibles sobre el ataque.

El reloj estaba en marcha. Olvidé durante un momento el motivo del extraño comportamiento de Ratón y dejé que vigilara la puerta mientras yo usaba la vista.

Suponía un ligero esfuerzo de concentración apartar las preocupaciones del mundo material, como por ejemplo, mis dolores, los moratones y la razón por la que mi perro le había gruñido a Molly la noche anterior. No obstante, las luces, sombras y colores del mundo se fundieron en una cascada de energía, luminosidad y poder que yacía bajo la superficie.

Murphy tenía el mismo aspecto siempre que la analizaba con mi vista. Era ella misma, o casi, su aspecto era en cierto modo más claro; le brillaban los ojos y estaba ataviada con una túnica blanca, casi angelical, manchada en algunas zonas de la sangre y el barro de la batalla. Una corta y recta espada con la hoja forjada en un color tan blanco que hacía daño a la vista le pendía debajo del brazo izquierdo, donde sabía que llevaba la pistola en la cartuchera bajo la chaqueta de algodón. La miré y vi su rostro físico como una sombra vaga bajo la superficie del que ahora tenía delante. Su sonrisa era como la luz del sol, aunque el rostro de su cuerpo físico seguía siendo una máscara neutral. Estaba presenciando la vida, la emoción detrás de su semblante.

Me contuve para no mirarla tanto tiempo seguido, pero al menos aquella sonrisa era algo que no me importaría recordar. Rosie era otra historia.

La Rosie física era una joven pequeña, pálida, de frágiles y delgadas facciones. La Rosie que me revelaba la vista era completamente diferente. La piel blanca se convertía en un recubrimiento pálido, sucio y de textura parecida al cuero. Los grandes ojos parecían si cabe más grandes y miraban hacia todas direcciones temblando nerviosos como los de un pajarillo asustado. Eran ojos furtivos, le daban el aspecto peligroso de un perro perdido o tal vez de algún tipo de rata; los ojos de una superviviente cobarde, desesperada.

Unas venas sinuosas por las que fluía una energía verde y negra de alguna clase latían bajo su piel, en particular alrededor de la cara interior del codo izquierdo. Los hilos de energía se retorcían y terminaban en la superficie de su piel, en decenas de

pequeñas bocas que se abrían y cerraban; las marcas de pinchazos que vi la noche anterior. Su brazo derecho no paraba de lanzarse hacia el izquierdo como si tratara de rascarse un persistente picor. Pero los dedos no llegaban. Había una especie de película de motas que chisporroteaban entre sus manos casi como unos guantes de boxeo y no podía llegar a tocarse aquellas bocas terriblemente hambrientas. Peor, tenía lo que parecían marcas de quemaduras en las sienes; pequeños agujeros negros, bien formados, como si alguien le hubiera introducido una aguja caliente en la piel y atravesado el cráneo. Había una especie de sangre fantasmagórica alrededor de las heridas; sin embargo, sus ojos estaban abiertos aunque idos, como si no las notara. ¿Qué demonios? Había visto víctimas de ataques espirituales antes y nunca era agradable. A menudo parecían las víctimas del ataque de un tiburón o alguien atacado por un oso. Nunca había visto a nadie con unos daños como los de Rosie. Parecía que una especie de cirujano demente hubiera ido a por ella con un bisturí láser. El nivel de locura había superado el récord anterior en dos puntos.

Empezó a latirme muy fuerte el corazón, así que dejé de usar la vista. Me apoyé un momento contra la pared y me froté las sienes hasta que las pulsaciones se relajaron y estuve seguro de que mi vista normal había regresado.

—Rosie —dije, cortando a la mitad una de las preguntas de Murphy—, ¿cuándo fue la última vez que te pinchaste?

Murphy me miró por encima del hombro, con el ceño fruncido. Tras ella, la chica me miró culpable y luego giró la cabeza hacia un lado.

—¿Qué quiere decir? —me preguntó Rosie.

—Me imagino que es heroína —dije. Mantuve la voz en el tono más bajo y a la vez audible que pude—. Vi las marcas anoche.

—Soy diabé... —comenzó a decir.

—Oh, por favor —dije, y dejé que se me notara el fastidio en la voz—. ¿Crees que soy tan estúpido?

—Harry —comenzó Murphy. Había una nota de advertencia en su tono, pero me dolía demasiado la cabeza para que aquello me detuviera.

—Rosie, estoy tratando de ayudarte. Responde a la pregunta.

Se quedó callada un largo momento.

—Dos semanas —reconoció al romper su silencio.

Murphy enarcó una ceja y su mirada volvió a centrarse en la chica.

—Lo dejé —dijo—. De verdad, me refiero, en cuanto me enteré de que estaba embarazada... Ya no puedo hacerlo.

—¿De verdad? —pregunté.

Levantó la vista, sus ojos eran directos, aunque no había confianza en ellos.

—Sí, he acabado con eso. Ni siquiera lo echo de menos. El bebé es más importante.

Apreté los labios y luego asentí.

—De acuerdo.

—Señorita Marcella —dijo Murphy—, gracias por su tiempo.

—Espere —dijo cuando Murphy se dio la vuelta—. Por favor. Nadie nos dice nada sobre Ken. ¿Saben cómo está? ¿En qué habitación lo tienen?

—¿Ken es su novio? —preguntó Murphy con cautela.

—Sí. Vi cómo lo metían en la ambulancia anoche. Sé que está aquí... —Rosie miró fijamente a Murphy un segundo, y entonces se puso más pálida si cabe—. Oh, no. Oh, no, no, no.

Me alegré de haber usado la vista en ella antes de que supiera lo de su novio. Mi imaginación me proporcionó una bonita imagen de las heridas emocionales abriéndose como si una espada invisible empezara a cortarla desde dentro de su ser; al menos me había librado de aquel recuerdo.

—Lo siento mucho —dijo Murphy en voz baja. Su tono era firme, había compasión en sus ojos.

Molly eligió aquel momento para regresar con un vaso de café. Miró a Rosie, soltó el café y se apresuró a consolarla. Rosie lloraba y temblaba. Molly se sentó inmediatamente en la cama, a su lado, y la abrazó mientras lloraba.

—Estaremos en contacto —dijo Murphy en voz baja—. Vamos, Harry.

Ratón miró a Rosie con expresión triste y tuve que tirarle de la correa un par de veces para que se moviera. Nos marchamos y nos acercamos a la escalera más cercana. Murphy se dirigió a la uci, que estaba en el edificio colindante.

—No le vi anoche las marcas del brazo —dijo pasado un minuto—. La presionaste demasiado.

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque podría significar algo. Todavía no sé el qué. Sin embargo, no podíamos perder el tiempo escuchando sus negaciones.

—No ha sido honesta contigo —dijo Murphy—. Nadie se quita de la heroína tan rápido. Si hace solo dos semanas, debería seguir teniendo el mono.

—Sí —dije. Salimos para ir al otro edificio. La brillante luz de la mañana intensificó mi dolor de cabeza, y el suelo comenzó a darme vueltas. Me detuve a esperar que se me acostumbraran los ojos a la luz.

—¿Estás bien? —me preguntó Murphy.

—Es duro. Ver a alguien así —dije en voz baja—. Y probablemente ella sea la menos tocada de los tres.

Frunció el ceño.

—¿Qué viste?

Traté de describirle el aspecto de Rosie. Me sonó irreal y atropellado. No creo que

lograra transmitirlo muy bien.

—Tienes un aspecto terrible —dijo cuando terminé.

—Pasará. Solo es este maldito dolor de cabeza. —Sacudí la cabeza y me centré en controlar mi respiración hasta que pudiera obligar al dolor a remitir—. De acuerdo. Estoy bien.

—¿Averiguaste lo que querías? —preguntó Murphy.

—Todavía no —dije—. Necesito ver también a los otros. Comprobar si hay algún tipo de patrón en sus heridas.

—Están en la uci.

—Sí. Necesito encontrar una manera de acercarme sin pasar cerca de nadie con respiración asistida. No puedo quedarme a hablar con ellos. Tal vez me baste con un minuto o noventa segundos para verlos a los dos. Entonces me marcharé y te dejaré hablar a ti.

Murphy respiró hondo y dijo:

—¿Estás seguro de esto?

—No —le dije—. Pero no puedo ayudarte si no los veo, no hay otra manera de hacerlo. Si logro permanecer en calma y relajado, no le haré daño a nada ni a nadie por estar allí un minuto o dos.

—Pero no hay forma de que estés seguro.

—¿Y cuándo la hay?

Dudó, pero asintió.

—Déjame ir a mí delante —dijo—. Espera aquí.

Busqué una silla y la llevé al pasillo para sentarme con Ratón y Rawlins. Nos hicimos compañía en silencio. Apoyé la cabeza en la pared y cerré los ojos.

Mi dolor de cabeza empezó a desaparecer justo cuando regresó Murphy.

—De acuerdo —dijo con calma—. Tenemos que bajar un piso y luego tomar unas escaleras traseras. Una enfermera nos va a dejar entrar. No pasarás cerca de ninguna de las otras habitaciones para llegar hasta nuestros testigos.

—De acuerdo —dije, y me puse en pie—. Acabemos con esto.

## Capítulo 17

No perdí ni un segundo. Cuando íbamos subiendo por las escaleras, ya estaba preparando la vista. Una enfermera abrió la puerta y me limité a entrar por la primera habitación de la izquierda, la de la chica catatónica, la señorita Becton. Usé la vista en cuanto entré.

Era una chica joven, tal vez en los últimos años de la adolescencia, con el pelo de un color sorprendentemente rojo que por algún motivo no me pareció teñido. Estaba tendida bocarriba, con la cabeza hacia un lado y los ojos marrones abiertos e idos. Tenía la espalda cubierta de vendajes.

A medida que mi vista se iba centrando en ella logré ver más. La psique de la chica había sido agredida salvajemente y, mientras la miraba, unos moratones fantasmagóricos oscurecieron las pocas zonas de piel que le quedaban sanas; sangre y un fluido acuoso supuraban del resto de su piel destrozada. La boca estaba dispuesta en un continuo y silencioso aullido y, bajo la imagen del mundo real, sus ojos estaban abiertos de par en par de puro miedo. Si quedara todavía algo de la señorita Becton tras aquellos ojos, estaría gritando a pleno pulmón.

Me dio un vuelco el estómago y apenas tuve tiempo de encontrar una papelera para vomitar en ella.

Murphy se agachó a mi lado y me puso la mano en la espalda.

—¿Harry? ¿Estás bien?

La rabia, la empatía y la pena se disputaron el primer lugar entre mis pensamientos. Fui vagamente consciente de la presencia al otro lado de la habitación de un reloj con radio que cobraba vida para morir enseguida en una nube de humo. Las luces fluorescentes de la habitación comenzaron a parpadear a medida que las violentas emociones batallaban con el aura de magia que me rodeaba.

—No —dije, casi gruñendo como un animal ahogado—. No estoy bien.

Murphy me miró un momento y luego miró a la chica.

—¿Está...?

—No va a volver —dije.

Escupí varias veces en la papelera y me puse de pie. El dolor de cabeza comenzó a regresar. Los ojos aterrorizados de la chica permanecieron brillantes y claros en mi imaginación. Había salido a pasarlo bien, a ver una de sus películas favoritas, quizás después tenía intención de tomarse un café o cenar con los amigos. Estaba claro que el día anterior no se había despertado preguntándose si una especie de criatura de pesadilla le iba a robar la cordura.

—Maldita sea —dije con amargura. Murphy me apretó la mano derecha con la suya y entrelacé mis dedos con los de ella en medio de una silenciosa desesperación—. Maldita sea, Murph. Voy a encontrar a esa cosa y matarla.

Su mano era firme y fuerte, como su voz.

—Te ayudaré.

Asentí y me aferré a su mano durante un minuto. No había ninguna tensión en aquel contacto, ninguna temblorosa sensación de excitación. Murphy era humana y estaba viva. Me sostuvo la mano para recordarme que yo también lo estaba. Me las arreglé de alguna manera para apartar de mis pensamientos la sensación de horror visceral que había visto envolviendo a la chica, hasta que me sentí más entero. Apreté la mano de Murphy una vez más y se la solté.

—Vamos —dije con voz ronca—. Pell.

—¿Estás seguro de que no necesitas descansar un momento?

—No servirá de nada —dije haciendo un gesto hacia la radio y las luces—. Tengo que acabar con esto e irme enseguida.

Se mordió el labio, pero asintió y me condujo a la puerta al otro lado del pasillo. En realidad no quería hacerlo, pero activé de nuevo mi vista y me armé de valor. Seguí a Murphy y miré a Clark Pell.

Pell era un viejo amargado con una piel cartilaginosa y de una textura parecida al cuero. Tenía un brazo y ambas piernas enyesadas y en tracción. Uno de los lados de su rostro estaba hinchado por las magulladuras. Un tubo de plástico para el oxígeno le pasaba por debajo de la nariz.

Tenía la cabeza envuelta en vendas, aunque le asomaban algunos mechones de espeso pelo gris. Un ojo estaba tan hinchado que apenas parecía abierto. El otro sí, oscuro y brillante.

Más allá de la superficie física, sus heridas eran casi tan terribles como las que había sufrido la chica. Había sido brutalmente golpeado. Contusiones fantasma se propagaban por su piel arrugada, y las formas de los huesos dislocados asomaban inquietantes en la superficie. También vi otra cosa en el viejo. Debajo del cuero y el cartílago, había más cuero y cartílago. Y hierro. El viejo había sido golpeado salvajemente, pero no era la primera vez, ni física ni espiritualmente. Era un luchador, un superviviente. Estaba asustado, pero también estaba enfadado y su actitud era desafiante.

Lo que quiera que hubiese hecho esto no había conseguido lo que pretendía de él, no del mismo modo que con la muchacha. Tuvo que conformarse con una paliza física, ya que el ataque no había provocado el terror y la angustia que había esperado. El viejo le había hecho frente sin tener ningún poder propio más allá de toda una vida de voluntariosa obstinación. Si aquel anciano había hecho tal cosa, tan dolorosa y espantosa como debió de haber sido la experiencia, yo debía ser lo bastante fuerte para observar las consecuencias.

Desconecté mi vista y respiré hondo. Murphy, preparada junto a mí como si esperara que me derrumbara de un momento a otro, inclinó la cabeza y me miró.

—Estoy bien —dije en voz baja.

Pell emitió un sonido débil, pero grosero.

—Maldito quejica, si ni siquiera lleva un yeso.

Me puse delante del viejo.

—¿Quién le hizo esto? —le pregunté.

Sacudió la cabeza. Fue un movimiento débil.

—Un loco.

Murphy empezó a decir algo, pero levanté la mano y sacudí la cabeza para que no me interrumpiera. Ella guardó silencio, esperando.

—Señor —le dije a Pell—. Se lo juro. No soy policía. No soy médico. Creo que vio algo extraño.

Me miró fijamente, su único ojo se abrió de par en par.

—¿Me equivoco? —le pregunté en voz baja.

—Ma... m... —trató de decir, pero la palabra se quebró en una tos.

Alcé una mano y esperé a que se recuperara. Entonces acabé por él:

—Manomartillo.

Pell levantó el labio en una vaga sonrisa. Su mano buena se movió ligeramente, y di un paso para acercarme más a él.

—Le dijo a Greene que fue alguien vestido como Manomartillo —supuse.

Pell cerró los ojos, cansado.

—Más o menos.

Asentí.

—Pero no era solo un disfraz —dije sin perder la calma—. Era algo más.

Pell tembló ligeramente antes de abrir otra vez el ojo, atontado por la fatiga.

—Era él —susurró el viejo—. No sé cómo. No tiene sentido. Pero... sentía que era él.

—Le creo —dije.

Me observó durante un segundo y luego asintió, cerrando un ojo.

—La cosa es que esa es la única maldita película que me da miedo, y eso que ni siquiera era tan buena. —Negó con la cabeza, débil—. Lárguense.

—Gracias —dije en voz baja. Entonces me di la vuelta y caminé hacia la puerta.

Murphy me siguió, a mi lado, y bajamos por las escaleras.

—¿Harry? —me preguntó—. ¿Qué ha sido eso?

—Pell —dije—. Nos ha dicho lo que necesitábamos saber.

—¿De verdad?

—Sí —dije—. Creo que ahora lo entiendo. Esa cosa tiene que ser una especie de fobófago.

—¿Un qué?

—Una entidad espiritual que se alimenta del miedo. Ataca para asustar a la gente



y se alimenta de sus emociones.

—No le rompió a Pell los huesos diciendo «¡Bu!» —dijo Murphy.

—Claro que no. Tiene que manifestarse en un cuerpo físico para poder llegar al mundo real. Es el estándar para ese tipo de demonios.

—¿Cómo se le vence?

Sacudí la cabeza.

—Aún no lo sé. Primero tengo que averiguar qué clase de fobófago es. Al menos ahora tengo una pista desde donde empezar. Hay muchos seres que pueden haber cruzado a Chicago desde el Más Allá para hacer lo que hizo este.

Salimos al exterior y me detuve un minuto, levantando la vista hacia la luz.

El horror y la miseria que había visto en las víctimas permanecía en su lugar, una imagen clara y terrible, pero la luz del sol y el igualmente claro recuerdo del desafío del viejo Pell eran un rayo de esperanza.

—¿Estarás bien? —preguntó Murphy.

—Eso creo —dije con calma.

—¿Puedes contarme lo que viste?

Lo hice, en tan pocas palabras como me fue posible.

Ella escuchó, y luego asintió lentamente.

—Lo que les pasó a ellos se parece poco a lo que le pasó a Rosie.

—Tal vez Rawlins y yo llegamos a tiempo —dije—. Tal vez solo pudo ocuparse de los prolegómenos.

—O tal vez exista otra razón —aventuró Murphy.

—Recuérdame que te dé una lección sobre la tasa de interés en el préstamo de problemas —dije—. La explicación más simple es la que sirve hasta que encontremos algo que la desmienta.

Ella asintió.

—Si esta criatura va a la convención otra vez, probablemente actúe de nuevo. Me parece que deberíamos aconsejarles que la cierren. Sin convención no hay ataques, ¿verdad?

—Es demasiado tarde para eso —dije.

Ladeó la cabeza.

—¿Qué quieres decir?

—La criatura se alimenta del miedo. Eso la atrae —dije—. Si cierran la convención, mucha gente se asustará.

—Los informativos también se encargarán de crear miedo.

—No de la misma manera —dije—. Puede que un informativo deje intranquila a cierta gente. No obstante, a los asistentes de la convención, que conocían a las víctimas y estuvieron en el mismo edificio... a ellos les afectará más. Convertirá lo que sucedió en algo peligroso. En algo real.

—Si el atacante es tan peligroso, es normal que estén asustados —opinó Murphy.

—Salvo por el detalle de que la intensidad de ese miedo atraerá de nuevo al atacante —apostillé—. De hecho, podría atraer a otros depredadores de naturaleza similar.

—¿Más? —dijo Murphy, alarmada.

—Como la sangre en el agua atrae a los tiburones —dije—. Salvo que en lugar de en la convención, los objetivos estarían desperdigados por todo Chicago. Ahora mismo, la única ventaja que tenemos es que sabemos dónde atacaría de nuevo. Si la convención cierra, perdemos esa ventaja.

—Y la siguiente oportunidad que tendremos de recuperar el rastro es cuando aparezca otro cadáver. —Murphy negó con la cabeza—. ¿Qué necesitas que haga yo?

—De momento que me llesves a casa —dije—. Tengo que consultar algunas cosas, y... —De repente recordé algo—. Maldita sea, casi lo olvido.

—¿Qué?

—Tengo una cita para almorzar que no me puedo perder.

—¿Más importante que esto?

—No puedo dejar de ir —dije—. Asuntos del Consejo. Quizás importantes.

Negó con la cabeza.

—Te echas demasiadas responsabilidades sobre las espaldas, Harry. Solo eres un hombre. Un buen hombre, pero humano.

—Es lo que pasa cuando no llevo puesto el guardapolvos —opiné—. La gente empieza a pensar que no soy un superhéroe.

Soltó un gruñido y comenzó a caminar hacia el coche.

—Hablo en serio —dijo—. No puedes estar en todas partes a la vez. No puedes evitar que sucedan cosas malas.

—¿Eso significa que nadie debería intentarlo? —dije.

—Tal vez. Pero lo consideras algo personal. Te lo tomas muy a pecho. Como ahora con la chica. —Sacudió la cabeza—. Odio verte así. Bastantes problemas tienes como para preocuparte por cosas que no has hecho tú.

Me encogí de hombros y no dije nada hasta que llegamos al coche.

—No puedo soportarlo. No aguanto ver a gente así de herida. Lo odio.

Me miró fijamente y asintió.

—Yo tampoco.

Ratón colocó la cabeza en mi pierna y se apoyó en mí para que pudiera sentir su calor.

Decidido aquello, me subí al coche de Murphy para ir en busca de no sabía qué; eso sí, en cuanto acabara de abrir una nueva caja de truenos con el caballero del Verano.

## Capítulo 18

A petición mía, Murphy me dejó a un par de manzanas de casa para darle a Ratón la oportunidad de estirar un poco las patas. Él pareció agradecerlo y caminó el trayecto husmeando por todas partes y meneando la cola. Mientras tanto, yo vigilaba mi espalda, pero mi perseguidor no hizo acto de presencia. Eché un ojo por si veía a otras personas o vehículos que pudieran estar siguiéndome, tal vez trabajaba en equipo, pero no vi a nadie sospechoso. Aquello no me impidió que mirara constantemente por encima de mi hombro como un paranoico hasta que llegamos a la vieja casa de huéspedes y subí las escaleras de mi apartamento.

Murmuré las palabras para neutralizar los conjuros de protección, las poderosas magias temporales que había urdido alrededor de mi apartamento poco antes del comienzo de la guerra con la Corte Roja. Abrí el cerrojo roto de la puerta de acero, giré el picaporte y luego la empujé con el hombro empleando toda la fuerza que pude.

La puerta se abrió unos diez o doce centímetros. La pateé varias veces para abrirla del todo y entré con Ratón; al levantar la vista me encontré con el cañón de una escopeta recortada a pocos centímetros de mi cara.

—Esas cosas son ilegales, ya lo sabes —dije.

Thomas me gruñó desde el otro lado del arma y bajó la escopeta. Oí un chasquido metálico cuando colocó de nuevo el seguro.

—Tienes que arreglar esa puerta. Cada vez que entras parece un equipo de asalto.

—Chico —respondí al tiempo que le quitaba la correa a Ratón—, un pequeño asedio y te pones paranoico.

—Qué quieres que te diga. —Se dio la vuelta y metió la escopeta en su abultada bolsa de deporte, que descansaba en el suelo junto a la puerta—. Nunca quise protagonizar mi propia película de zombis.

—No te engañes —dije. Mister llegó disparado desde el otro lado de la habitación y me abrazó amistoso posando sus quince kilos entre mis piernas—. Era mi película. Tú eras solo un escudero. Un actor secundario, nada más.

—Claro.

Thomas se acercó a paso lento a la nevera. Llevaba vaqueros, zapatillas y una camiseta blanca de algodón. Fruncí el ceño al mirar la bolsa de deporte. Su maleta, un viejo baúl excedente del ejército reposaba en el suelo junto a la bolsa, cerrado con un candado. Me di cuenta de que entre el baúl y la bolsa se encontraban casi todas sus posesiones materiales. Junto a la puerta. Volvió donde yo estaba con un frío par de botellas marrones de la cerveza de Mac en la mano y abrió los dos tapones al mismo tiempo con ambos pulgares.

—Mac te mataría si supiera que las estabas enfriando.

Cogí mi botella a la vez que estudiaba su rostro, pero su expresión no revelaba

demasiado.

—Si Mac quiere que me las beba calientes en pleno verano que venga aquí e instale un aire acondicionado.

Thomas se rió. Brindamos y bebimos.

—Te vas —dije un minuto después.

Dio otro sorbo y no dijo nada.

—No ibas a decírmelo —añadí.

Se encogió de hombros. Luego señaló con la cabeza una carta sobre el estante de la chimenea.

—Mi nueva dirección y número de teléfono. También hay algo de dinero para ti.

—Thomas... —dije.

Agitó su cerveza y sacudió la cabeza.

—No, quédatelo. Te ofreciste a hacerme un hueco en tu casa hasta que pudiera apañármelas solo. He estado aquí casi dos años, te lo debo.

—No —dije.

Frunció el ceño.

—Harry, por favor.

Me lo quedé mirando un minuto, y luché contra un puñado de emociones en conflicto. Una parte de mí se aliviaba infantilmente de recuperar el pequeño apartamento para mí solo. Un pedazo mucho más grande de mi ser se sintió de repente vacío y preocupado. Por otra parte, me sentía contento y feliz por Thomas. Todo el tiempo que había estado durmiendo en mi sofá estuvo recuperándose de sus heridas. Durante una época temí que la desesperación y el desprecio que sentía hacia sí mismo fuesen a hacerle explotar, y supe que aquel renovado deseo de volver a caminar por su propio pie era un signo de recuperación. Estaba seguro de que parte de aquella recuperación se debía a que había recobrado parte del orgullo y la confianza en sí mismo. Por eso había dejado el dinero en la repisa. Por orgullo. No podía rechazar aquel dinero sin arrebatárselo.

Salvo por los escasos recuerdos que conservaba de mi padre, Thomas era el único pariente que había tenido. Se había enfrentado junto a mí al peligro y a la muerte sin dudarle ni un momento, me había vigilado mientras dormía, me atendió cuando estuve herido... y de vez en cuando incluso cocinaba. A veces nos sacábamos de quicio, claro, pero aquello no había alterado jamás el hecho fundamental de qué significábamos el uno para el otro en nuestras vidas.

Éramos hermanos.

Todo lo demás era temporal.

Lo miré a los ojos.

—¿Vas a estar bien? —le pregunté.

Sonrió un poco y se encogió de hombros.

—Creo que sí.

Lo miré con la cabeza ladeada.

—¿De dónde sale el dinero?

—De mi trabajo.

Levanté las cejas.

—¿Has sido capaz de mantener un trabajo? —Hizo una pequeña mueca—. Lo siento —me disculpé—. Pero... sé que has tenido muchos problemas. —En concreto, había sido víctima de las intenciones amorosas de varias de sus compañeras de trabajo, que se veían atraídas hacia él en tal medida que prácticamente lo asaltaban. Ser un íncubo debía de resultar más fácil en clubes nocturnos y fiestas de famosos que en una hamburguesería o tras una caja registradora—. ¿Has encontrado algo?

—Algo sin gente cerca —añadió. Sonreía con facilidad cuando hablaba, pero percibí un trasfondo de mentira. No estaba contando toda la verdad—. Llevo allí un tiempo.

—¿Sí? —pregunté—. ¿Dónde?

Evadió la pregunta sin esfuerzo.

—Cerca de Lake View. Al fin he logrado ganar algo de dinero. Quería pagarte, eso es todo.

—Debes de estar haciendo muchas horas extra —dije—. Según mis cálculos echas unas ochenta o noventa horas a la semana.

Se encogió de hombros, su sonrisa era una máscara.

—Trabajo duro.

Le di otro sorbo a la cerveza, que era excelente incluso fría, y pensé sobre el asunto. Si no quería hablar sobre ello no iba a hacerlo.

Forzarle no serviría de nada. No sentía que estuviera metido en problemas, y aunque ostentaba una fabulosa cara de póquer, llevaba viviendo con él bastante tiempo para saber cómo interpretarla la mayoría de las veces. Thomas nunca se había mantenido a sí mismo. Ahora que estaba seguro de poder hacerlo, aquella capacidad se había convertido en una circunstancia que valoraba.

Vivir por su cuenta era algo que necesitaba hacer. No le haría ningún favor si me interponía en su camino.

—¿Seguro que vas a estar bien? —le pregunté.

Algo se filtró a través de la máscara. Vergüenza.

—Estaré bien. Ya es hora de que viva por mi cuenta.

—No si no estás preparado —dije.

—Harry, vamos. De momento hemos tenido suerte. El Consejo no se ha percatado de que estoy aquí. Pero teniendo en cuenta tu cargo de centinela, tarde o temprano alguien se va a presentar y se va a encontrar con que tienes un compañero de piso de la Corte Blanca.

Hice una mueca.

—Eso sería un embrollo —convine—. Pero no me importa arriesgarme si necesitas tiempo.

—Y a mí no me importa irme a vivir solo para evitar meterte en problemas con el Consejo —dijo—. Además, me estoy cubriendo el culo. Yo tampoco quiero cruzarme con ellos.

—No dejaría que te...

Thomas se echó a reír con ganas.

—Dios mío. Harry. Eres mi hermano, no mi madre. Estaré bien. Ahora que no estaré aquí para hacerte parecer feo podrás empezar a traer de nuevo a chicas.

—Que te den, guapito —dije—. ¿Necesitas que te ayude a mudarte o algo?

—No. —Se terminó la cerveza—. Solo tengo un baúl y una bolsa. El taxi viene de camino. —Hizo una pausa—. A no ser que necesites de mi ayuda para resolver un caso o algo así. Tengo hasta el lunes para mudarme.

Negué con la cabeza.

—Estoy trabajando con Investigaciones Especiales en este, así que tengo mucha ayuda. Creo que podré tenerlo solucionado esta noche.

Thomas me miró, serio.

—Lo has vuelto a hacer.

—¿Qué? —pregunté.

—Has previsto una victoria rápida. Ahora el asunto se va a poner lastimosamente complicado. Dios, ¿no has aprendido nada a estas alturas?

Le sonreí.

—En realidad debería, tú lo sabes bien.

Me terminé la cerveza y le tendí la mano. Él la estrechó.

—Si necesitas algo, llámame —me dijo.

—Ídem.

—Gracias, hermanito —dijo en voz baja.

Parpadeé un par de veces.

—Sí. Mi sofá está siempre disponible. A no ser que una chica pase la noche.

Fuera, unas ruedas de coche derraparon en el asfalto y sonó el claxon de un coche.

—Me reclaman —dijo—. Oh. ¿Te importa si me llevo prestada la escopeta? Solo hasta que consiga una.

—Adelante —le dije—. Sigo teniendo mi 44.

—Gracias. —Se agachó y se acomodó el pesado baúl al hombro sin aparente esfuerzo. Cogió la bolsa de deporte, se puso la cinta en el otro hombro y abrió la puerta fácilmente con una sola mano. Miró atrás, me guiñó un ojo y cerró la puerta.

Me quedé mirando la puerta cerrada durante un minuto. Las puertas de un coche

se abrieron y se cerraron, las ruedas gimieron cuando se alejó y mi apartamento de repente pareció un par de tallas más grande. Ratón dejó escapar un largo suspiro y se acercó a pasarme la cabeza por la mano. Le rasqué las orejas un rato y lo tranquilicé:

—Estará bien. No te preocupes por él.

Ratón suspiró de nuevo.

—Yo también lo echaré de menos —le dije al perro. Luego sacudí la cabeza y añadí—: No te pongas cómodo. Vamos a visitar a Mac. Vas a conocer al caballero del Verano.

Di vueltas por el apartamento para coger todo lo que necesitaba para una reunión formal con el caballero del Verano, llamé a otro taxi y me senté en mi demasiado tranquilo apartamento preguntándome qué estaría escondiendo mi hermano.

## Capítulo 19

El pub McAnally se encuentra en la planta baja de un edificio no demasiado lejos de mi oficina. Siendo Chicago lo que es, básicamente un enorme pantano con una ciudad flotando en medio, el edificio se había hundido con el paso de los años, y en la entrada al pub era necesario bajar un par de escalones tras pasar la puerta. Se trata de una sala de techos bajos, o al menos a mí siempre me lo ha parecido, y ofrece la atracción añadida de varios ventiladores de techo. Al entrar por la puerta los tengo a la altura de mi cabeza, cuando bajo los escalones siguen estando incómodamente cerca.

Hay un cartel que Mac hizo colgar en la pared que dice «Territorio neutral acordado». Se suponía que el pub era una zona exenta de combates según los términos dispuestos en los Acuerdos de Unseelie, un reciente e influyente conjunto de principios convenido hace diez o doce años entre la mayoría de las naciones de lo sobrenatural. Los términos de los Acuerdos estipulan que no se permiten peleas entre miembros de naciones en conflicto dentro del bar, y se supone que tampoco podemos intentar provocar a nadie allí. Si las cosas se ponían hostiles, los Acuerdos decían que había que salir del local o arriesgarse a ser censurado por las naciones firmantes.

Y lo más importante, al menos para mí, es que Mac era un amigo. Cuando venía a comer a este lugar me consideraba un invitado y él era mi anfitrión. Aceptaba su declarada neutralidad por puro respeto, pero era bueno saber que el trasfondo de los Acuerdos la avalaba. No todos los miembros de la comunidad sobrenatural son tan educados y buenos vecinos como yo.

El local de Mac consiste básicamente en un gran salón con trece gruesas columnas de madera repartidas por toda la estancia, cada una de ellas tallada con imágenes referentes a viejos cuentos del Viejo Mundo. Hay una barra con trece taburetes y trece mesas dispuestas irregularmente por la sala. En general, el local tiene un aire informal, confortable y asimétrico.

Entré al local armado hasta los dientes y proyectando una actitud desafiante. Portaba mi bastón en la mano izquierda y me había sacado del cinturón mi nueva vara: un palo de madera de sesenta centímetros de largo y tan ancho como mis dos dedos pulgares juntos. El brazalete escudo se ajustaba a mi mano izquierda, el anillo de fuerza a la diestra y Ratón caminaba a mi derecha con la correa al cuello, enorme, sobrio y alerta.

Un par de personas me miraron de pleno y acto seguido trataron de aparentar que no les interesaba lo más mínimo. No estaba de mal humor, pero quería que lo pareciera. Desde que empezó la guerra con la Corte Roja, aprendí por las malas que los depredadores, ya fueran humanos o de otra índole, sentían el miedo y buscaban la debilidad. Así que entré en el local como si tuviera la esperanza de poder pisarle el



cuello a alguien, porque era muchísimo más fácil desalentar a los depredadores potenciales desde el primer momento que quitármelos luego de encima cuando me seguían.

Crucé la sala hasta el bar y Mac me saludó con la cabeza. Era un hombre esbelto entre los treinta y los cuarenta años. Llevaba su atuendo habitual de prendas oscuras y un delantal blanco inmaculado, ya que mientras atendía el bar, alimentaba el gran fogón de leña donde cocinaba varios platos para los clientes. El calor veraniego se disimulaba bien por la sombra, los ventiladores y la naturaleza parcialmente subterránea del lugar; sin embargo, Mac tenía varias manchas de sudor en la ropa y en su calva coronilla.

Mac sabía de qué iba aquello de mi entrada con cara de tipo duro y estaba claro que no le importaba. Me hizo un gesto con la cabeza cuando me senté en el taburete.

—Mac, ¿tienes alguna cerveza fría por ahí detrás?

Me miró sin diversión en sus ojos.

Apoyé mi bastón en la barra y alcé las dos manos para aplacarlo.

—Bromeaba. Pero dime que tienes una limonada bien fría —le rogué—. Hace trillones de grados ahí fuera.

Su respuesta fue un vaso de limonada enfriado con sus patentados cubitos de hielo extraídos a partir de la propia limonada, de tal modo que podías bebértela fría y que además no se aguara, todo a la vez. Mac es un completo genio en lo que se refiere a las bebidas. Y sus sándwiches de carne deberían ser considerados un bien nacional.

—¿Negocios? —me preguntó.

Asentí.

—He quedado con Fix.

Mac soltó un gruñido y se acercó a una mesa esquinada con una clara perspectiva de la puerta. La apartó un poco de la pared, la limpió con un trapo y puso rectas las sillas que la rodeaban. Asentí para darle las gracias y me senté en la mesa con mi limonada.

No tuve que esperar mucho. Un par de minutos antes del mediodía, el caballero del Verano apareció por la puerta y entró.

Fix había crecido, y lo digo literalmente. Antes medía un metro cincuenta y ocho aproximadamente. Ahora casi llegaba al metro ochenta. Antes era un tipo pequeño y delgado con el pelo tan rubio que parecía blanco, ahora solo parte de aquello seguía siendo verdad. La delgadez pasó a ser esbeltez y el alambre de espinos que solía llevar como peinado había evolucionado y ahora el cabello le llegaba por los hombros, en un corte más típico de los nobles de las hadas. Fix nunca fue guapo y la altura y el músculo añadido no hicieron nada para remediar aquello. Lo que había

cambiado era su talante, antes nervioso y risueño a partes iguales. El caballero del Verano transmitía confianza y fuerza, ambas cosas emanaban de él igual que la luz de una estrella. Cuando abrió la puerta, las tenues sombras del local retrocedieron de alguna forma y una susurrante brisa que olía a pino y madreselva invadió la estancia. El aura en torno a él provocaba algún efecto en la luz, la devolvía limpia, más pura, más fiera de lo que era antes de que él la tocara.

Fix no estaba tratando de aparentar nada, como hiciese yo. Sencillamente se había convertido en lo que tenía ante mí, en el caballero del Verano, campeón mortal de la Corte Seelie —las hadas buenas, en teoría—, una tempestad ataviada con pantalones vaqueros y camiseta verde de algodón. Sus ojos fueron a parar primero a Mac, y le dedicó al barman una pequeña y educada reverencia como señal de respeto. Luego se volvió hacia mí, sonrió e inclinó la cabeza.

—Harry.

—Fix —dije—. Ha pasado mucho tiempo. Has crecido.

Se echó una mirada a sí mismo y por un momento me recordó al jovencito atolondrado que conocí en su día.

—Me pilló por sorpresa.

—La vida tiene sus maneras de hacerlo —convine.

—Espero que no te importe. Alguien quería también hablar contigo.

Giró la cabeza sin decir nada, y un momento después la señora del Verano entró en el pub.

Lily nunca había sido difícil de mirar. Siendo hija de una sidhe y un mortal su apariencia era la normalmente reservada a las estrellas del cine y las chicas de portada de revista. Por si fuera poco, al igual que Fix, había crecido. No me refiero a un crecimiento físico, aunque un ojo avisado habría hecho ciertas comparaciones con el pasado y encontraría algunas nuevas y atractivas novedades. Lo que había cambiado era la tímida incertidumbre que caracterizaba sus palabras y movimientos. La vieja Lily apenas era capaz de cuidar de sí misma; esta de ahora era la señora del Verano, la más joven de las reinas Seelie, y cuando entró en el local de repente todo pareció cobrar vida. El sabor de la limonada se volvió más intenso, al tiempo amargo y dulce en mi lengua. Cada suspiro de aire alrededor de los ventiladores girando holgazanes era audible, como el murmullo de una suave música. Lily llevaba un simple vestido verde que contrastaba de manera drástica con el blanco puro de sus cabellos, que le caían en cascada hasta la cintura.

No solo eso. Transmitía una sensación de propósito, una especie de calma, una suave fortaleza, algo tan firme y acogedor y poderoso como la luz de un sol de verano. Su rostro también había ganado en carácter. La extraña timidez en sus ojos se había visto reemplazada por una especie de amable percepción; una continua, leve sonrisa tocada por una vaga tristeza. Al pasar entre dos de las columnas talladas, las

flores esculpidas en la madera se encogieron para luego de repente florecer y explotar en vivos colores.

Todos los que estábamos allí, yo incluido, dejamos de respirar durante un segundo.

Mac fue el primero en recuperarse.

—Lily —la saludó al tiempo que inclinaba la cabeza—. Me alegro de verte.

Ella sonrió cálidamente cuando mencionó su nombre.

—Mac —contestó—. ¿Sigues haciendo esos cubitos de hielo de limonada?

—Que sean dos —dijo Fix con una amplia sonrisa. Le ofreció su brazo a Lily y ella posó su mano en él, era un gesto tan familiar para ellos que lo hacían prácticamente sin pensar. Se acercaron a la mesa y me levanté educadamente hasta que Fix le retiró la silla a Lily y ella se sentó. Entonces los hombres hicimos lo propio. Mac trajo las bebidas y se volvió a marchar.

—Bueno —dijo Fix—. ¿Qué pasa, Harry?

Lily sorbió la limonada con una pajita. Traté de no mirarla fijamente para que no se me cayera la baba.

—Eh... se me ha pedido que me ponga en contacto contigo —dije—. Tras el ataque de la Corte Roja, cuando se internaron en territorio de las hadas el año pasado, esperábamos una respuesta por vuestra parte. Nos estamos preguntando por qué no hubo ninguna.

—¿«Nos» quiere decir el Consejo? —preguntó Lily en voz baja. Su voz era calmada, pero algo bajo la superficie me advirtió de que mi respuesta podría ser importante.

—Yo y algunas personas que conozco. Esto no es exactamente, eh... oficial.

Fix y Lily intercambiaron una mirada. Ella asintió una sola vez y Fix dejó escapar el aire contenido.

—Bueno, bueno. Esperaba que ese fuera el caso —comentó aliviado.

—No se me permite hablar con el Consejo Blanco en representación de la Corte de Verano —explicó Lily—. Sin embargo, en tu caso particular, cuentas con la ventaja de mi amistad y la de mi caballero. Nada me impide hablar con un viejo amigo de los difíciles tiempos que corren.

Los miré a los dos alternativamente durante un momento antes de decir nada.

—Entonces, cuéntame, ¿por qué los sidhe no le han dado una paliza a la Corte Roja?

Lily suspiró.

—Es un asunto complicado.

—Pues empieza por el principio y explícamelo —sugerí.

—¿Qué principio? —preguntó—. ¿Y de quién?

Sentí mis cejas enarcarse.

—Demonios, Lily. No esperaba de ti los típicos juegos de palabras sidhe.

Una calmada y remota belleza cubrió su rostro como una máscara.

—Lo sé.

—Me parece que estás un par de puntos rojos por debajo en el marcador de favores dados y recibidos —dije—. Entre aquel lío de Oklahoma y lo de tu predecesora...

—Lo sé —dijo de nuevo mientras su expresión decía menos que nada.

Me recosté en la silla un segundo, sin dejar de mirarla con intensidad, sintiendo aquella vieja frustración subiendo de nuevo por mi espina dorsal. Maldita sea, odiaba tratar con los sidhe. Verano o Invierno, los dos eran un coñazo.

—Harry —dijo Fix con un gentil énfasis—, Lily no siempre dispone de libertad para hablar.

—Y un cuerno —dije—. Es la señora del Verano.

—Pero Titania es la reina del Verano —apostilló Fix—. Y si me perdonas que te recuerde algo tan obvio, no hace mucho asesinaste a su hija.

—¿Qué tiene que ver eso con nada? —comencé, pero cerré la boca al decir la última palabra. Por supuesto. Cuando Lily se convirtió en la señora del Verano obtuvo el paquete completo, y consistía en algo más complicado que aquella cabellera blanca. Tenía que seguir el extraño conjunto de límites y reglas a los que todas las reinas de las hadas parecían ligadas. Y, lo más importante, significaba que tendría que obedecer a las reinas de Verano más poderosas: Titania y la Madre Verano.

—¿Me estás diciendo que Titania os ha ordenado a ambos que no me ayudéis?

Los dos me miraron con aquellas caras de póquer que no expresaban nada, tan propias de las hadas.

Asentí, comenzaba a entender.

—No se os permite hablar oficialmente de parte de Verano. Y Titania os ha impuesto alguna clase de obligación a los dos para impedir que me ayudéis a mí a título personal —dije—. ¿Verdad?

Si hubiera habido grillos cerca, los hubiera oído claramente. Si mis compañeros de mesa fueran estatuas, hubieran reaccionado de alguna manera.

—No podéis prestarme ayuda. No podéis contarme lo de la obligación. —Continué la cadena lógica un paso más—. Sin embargo, queréis arrimar el hombro, así que aquí estáis. Lo que significa que el único modo de conseguir información de vosotros es de manera indirecta, de otro modo la obligación os forzaría a callar. ¿Ando cerca?

Si seguía hablando corrían el peligro de que una paloma se les posara encima.

Fruncí el ceño y pensé en ello durante un minuto.

—Hablando en teoría —pregunté entonces—, ¿qué tipo de cosas podrían impedir

que Invierno y Verano reaccionaran ante la incursión de otra nación?

Los ojos de Lily centellearon e hizo un gesto con la cabeza hacia Fix. El otrora pequeño se giró hacia mí.

—En teoría, solo unas pocas circunstancias imposibilitarían semejante cosa —explicó—. La más simple sería el escaso respeto hacia la fuerza de la nación entrante. Si las reinas no la consideraran una amenaza, no habría necesidad de actuar.

—Ajá —dije—. Continúa.

—Una razón mucho más seria es el equilibrio de poderes entre las Cortes de Verano e Invierno. Cualquier reacción ante una invasión alteraría los recursos que una de ellas tuviera a mano. Si una Corte no actuara de acuerdo con la otra, la contraria se encontraría con una oportunidad ideal para un ataque sorpresa mientras su rival tuviera la retaguardia baja.

Me froté las manos contra los muslos y cerré un ojo.

—Veamos si lo he entendido bien. Verano está lista para atacar. Sin embargo, Invierno no va a ayudaros, porque aparentemente prefieren meteros el dedo en el ojo mientras estáis centrados en otra amenaza.

Tomé el silencio de Fix como una respuesta afirmativa.

—Eso es de locos —dije—. Si tal cosa sucede, ambas cortes sufrirían. Ambas os veríais debilitadas. La que sobreviviera, no importa cuál, sería una presa fácil para los Rojos. Hablando en teoría.

—Un desequilibrio entre el Invierno y el Verano no es nada nuevo —dijo Lily—. Ha existido desde los tiempos en que te conocimos, Harry. Hoy en día continúa debido al destino del actual caballero blanco.

Hice una mueca.

—Dios mío. ¿Sigue vivo? Después de... ¿cuánto? ¿Cuatro años?

Fix se estremeció.

—Lo vi una vez. El hombre era un psicópata, un drogadicto y un asesino...

—Y un violador —añadió Lily en voz baja y triste.

—Eso también —convino Fix con expresión sombría—. Le rompería el cuello y no me quitaría el sueño. Pero nadie merece... —Tragó saliva, se puso pálido—. Eso.

—El imbécil traicionó a Mab —dije con calma—. Conocía los riesgos cuando lo hizo.

—No —dijo Fix estremeciéndose de nuevo—. Créeme, Harry. No sabía lo que le pasaría. No podía haberlo sabido.

La evidente incomodidad de Fix creó cierta impresión en mí, especialmente debido a que Mab había demostrado un insistente interés hacia mi persona, y a que todavía le debía un par de favores. Me agité nervioso en mi silla y traté de espantar mis pensamientos.

—Sea como sea, hay un caballero del Verano y un caballero del Invierno. ¿Qué

tiene eso de desequilibrio?

—El de Invierno no está ejerciendo su poder —respondió Fix—. Es un prisionero y todo el mundo lo sabe. No tiene libertad ni voluntad. No puede permanecer del lado de Invierno como su campeón. En lo que respecta a la tensión entre las Cortes, el caballero del Invierno no existe.

—De acuerdo —murmuré—. Mab tiene a un hombre en el área de penalti y quiere ir al ataque antes de que Verano haga una jugada, así que está buscando maneras de igualar las fuerzas. Si Verano se apresura a atacar a los Rojos, eso le dará a ella una oportunidad de atacar a su vez. —Sacudí la cabeza—. No voy a dármelas de que conozco muy bien a Mab, pero sé que no es una suicida. Si el desequilibrio es tan peligroso, ¿entonces por qué mantiene con vida al caballero del Invierno? Y estoy seguro de que se imagina cuáles serían las consecuencias de otra guerra Invierno-Verano. —Los miré a los dos—. ¿No?

—Por desgracia —dijo Lily en voz baja—, nuestra inteligencia respecto a la política interna de Invierno es muy limitada, y Mab no es de las que revela sus pensamientos a nadie. No sé si se da cuenta del peligro potencial. Sus últimas acciones han sido... —Cerró los ojos un momento y luego, con un obvio esfuerzo, dijo—: Han sido erráticas.

Apoyé la barbilla en la palma de mi mano, pensando.

—Mab será cualquier cosa —dije pensativo—, menos errática, demonios. Es fría como un maldito glaciar gigante. No se puede hacer nada para detenerla, pero al menos siempre sabes cuál es su próximo movimiento. ¿Cómo dice el bardo? Tan constante como la estrella del norte.

Fix frunció el ceño, como si luchara un rato contra una decisión interna, entonces dejó escapar un suspiro exasperado y dijo:

—Creo que muchos de los que conocen a los sidhe estarían de acuerdo contigo.

Lo cual no confirmaba ni desmentía nada, ni técnicamente ni de ninguna manera. Pero por otro lado, la magia y los lazos de los sidhe tendían a apoyarse en detalles técnicos.

Me eché de nuevo lentamente hacia atrás. Mis pensamientos fluían entre docenas de ideas e informaciones que al juntarse formaban una gran imagen. Y no era agradable. La última vez que una de las reinas de las hadas se había vuelto un poco desequilibrada, la situación había degenerado en una potencial catástrofe global de igual magnitud que el impacto de un meteorito mediano o un moderado intercambio nuclear. Y aquello fue culpa de la más joven de las reinas de la amable y razonable estirpe de Verano. La predecesora de Lily, Aurora. La recientemente fallecida Aurora, supongo.

Si Mab se enfadaba las cosas no serían así de graves.

Serían peores.

Mucho peores.

—Necesito saber más sobre este asunto —les dije en voz baja.

—Lo sé —dijo Lily. Se llevó una mano hasta la sien y cerró los ojos como si le doliera la cabeza—. Pero... —Negó con la cabeza y cayó en silencio cuando el nexo con Titania selló sus labios.

Miré a Fix, que solo fue capaz de suspirar:

—Lo siento, Harry —dijo antes de cerrar también los ojos y adoptar un aspecto vagamente enfermizo.

—Necesito respuestas —murmuré pensando en voz alta—. Pero no podéis dárme las. Y no puede haber tanta gente que sepa lo que está pasando.

Silencio y vagas sensaciones de dolor. Pasados unos segundos, Fix pudo hablar:

—Creo que hemos hecho todo lo que hemos podido.

Sacudí la cabeza unos segundos.

—No, no lo habéis hecho —sentencié.

Lily abrió los ojos y me miró, arqueando una perfecta y plateada ceja.

—Necesito a alguien que conozca tal información y no se encuentre bajo la obligación de no ayudarme. Y solo se me ocurre una persona que cumpla tal premisa.

Los ojos de Lily se abrieron de par en par en cuanto terminé de hablar.

—¿Puedes hacerlo? —pregunté—. ¿Ahora mismo?

Se mordió el labio inferior durante un segundo, luego asintió.

—Llámalas —dije.

Fix nos miró de tope en tope.

—No lo entiendo. ¿Qué estáis haciendo?

—Algo estúpido, probablemente —dije—. Pero se trata de algo grande. Necesito más información.

Lily cerró los ojos y colocó los brazos sobre su regazo mientras relajaba su expresión hasta adoptar una de profunda concentración. Pude sentir la sutil agitación de energía a su alrededor.

Mi estómago rugió. Le pedí a Mac que me pusiera un sándwich de carne y me senté a esperar.

No tardó mucho. Mi sándwich estaba aún a medio hacer cuando Ratón soltó un repentino gruñido de advertencia y la temperatura del bar bajó tres o cuatro grados. Los ventiladores dejaron escapar gemidos de protesta y giraron más deprisa. Entonces la puerta se abrió y dejó entrar la luz solar, languidecida por un parche de nubes grises. La luz formó una larga silueta negra.

Fix entornó los ojos. Sus manos se deslizaron disimuladamente fuera de la vista, bajo la mesa.

—Oh. Ella —dijo.

La joven que entró en el bar podría ser la hermana de Lily. Ambas tenían la

misma belleza exótica, los mismos ojos oblicuos y felinos, la misma pálida e inmaculada piel. Sin embargo, el cabello de esta caía en largos y desordenados bucles; cada uno de ellos lucía un tono ligeramente diferente de azul pálido y verde, como si cada mechón hubiera tomado prestado el color de un glaciar distinto. Sus ojos eran de una fría y brillante tonalidad verde, casi enteramente oscurecidos por unas pupilas que parecían dilatadas por el consumo de drogas o por mera excitación. Un aro alargado centelleaba a un lado de la nariz y un collar de cuero negro moteado con copos de nieve plateados rodeaba la graciosa esbeltez de su garganta. Llevaba sandalias y unos vaqueros azules cortados, muy cortos. Y muy ajustados. En la camiseta blanca, también muy ajustada a su pecho, en unas letras azul pálido alargadas y con intrigantes curvas, se leía: «Tu novio me desea».

Surcó la sala en nuestra dirección haciendo ostentación de sus caderas, sus labios y sus fascinantes ojos. Parecía demasiado joven para moverse con tan licenciosa sensualidad, pero a mí no me engañaba. Bien podría tener más de cien años. Eligió tener aquel aspecto por ser quien era: la señora del Invierno, la más joven reina de la Corte de las hadas malditas, la suplente de Mab en malevolencia y poder. Cuando pasó junto a las flores que habían cobrado vida en presencia de Lily, estas se congelaron, se marchitaron y murieron. No les dedicó más atención que la propia Lily.

—Harry Dresden —me saludó en voz baja, como una dulce nana.

—Hola, Maeve —respondí yo.



## Capítulo 20

Maeve me miró fijamente un largo rato y se relamió los labios.

—Mírate —dijo casi ronroneando—, tan reprimido. ¿No has probado a una mujer en mucho tiempo, verdad?

Así era, sin duda. Así era. No obstante, aquel no era el tipo de pensamiento que un investigador profesional permitía que bloqueara los engranajes de su cerebro. Podría haber respondido, pero decidí que si ignoraba la tarascada quizás se aburriera y me dejara en paz. En lugar de entrar en una disputa verbal, me levanté y dispuse educadamente una silla para ella.

—¿Te sientas con nosotros, Maeve?

Su cabeza se ladeó casi hasta tocarle el hombro. Me miró con aquellos intensos ojos verdes.

—Estás que ardes. Tal vez tú y yo debamos tener una charla privada. Solos los dos.

Mi libido secundó la moción con todas sus fuerzas.

Mi libido y yo no solemos vernos cara a cara. Maldita sea.

—Preferiría sentarme y tener una agradable conversación —dije.

—Mentiroso —dijo Maeve sonriendo.

Suspiré.

—De acuerdo. Hay muchas cosas que me gustaría hacer. Pero la única que va a suceder ahora es una agradable conversación, así que mejor será que te sientes y dejes que te traiga algo de beber.

Ladeó la cabeza hacia el otro lado. Sus caderas hicieron una especie de contrapunto que atraería cualquier mirada.

—¿Cuánto hace, mago? ¿Cuándo fue la última vez que te saciaste?

La respuesta era deprimente.

—La última vez que vi a Susan, supongo.

Maeve emitió un sonido disgustado.

—No, amor no, mago. Necesidad. Carne.

—Los dos no son mutuamente exclusivos —dije.

Agitó la mano con una expresión de desprecio.

—Quiero una respuesta.

—Me parece que hay muchas cosas que quieres y no vas a conseguir —le dije. Miré a Fix y a Lily buscando su apoyo tácito.

Fix se encogió de hombros a modo de disculpa y Lily suspiró.

—Puede que sea mejor que cedas, Harry. Es tan tozuda como nosotros, es la única que puede darte las respuestas que necesitas y lo sabe.

Volví a mirar a Maeve, que me dedicó aquella misma escalofriante e intensa

sonrisa sensual.

—Dime, mortal. ¿Cuándo fue la última vez que una carne nueva y extraña a tus manos yació temblorosa a tu lado? Dime. —Se incorporó hacia delante hasta que sus ojos estuvieron a pocos centímetros de los míos. Su aliento olía a menta de invierno y a algo exuberante y corrupto, flores podridas quizá—. ¿Cuándo fue la última vez que pudiste saborear y sentir los gritos de una mujercita?

La miré sin expresión alguna.

—¿Técnicamente? Cuando maté a Aurora —dije en un tono suave.

La expresión de Maeve cambió enseguida a una de incertidumbre.

—¿Recuerdas a Aurora? —le dije con calma—. La anterior señora del Verano. Tu colega. Tu igual. Cuando murió tenía una docena de cortes de hierro frío en el cuerpo. Se estaba desangrando. A pesar de ello, seguía tratando de clavarle un cuchillo a Lily, así que la agarré. Siguió luchando hasta que perdió demasiada sangre. Y entonces murió sobre la hierba de la colina de la Mesa de Piedra.

Un silencio mortal se apropió del local.

—Me sorprendió —continué sin dotar mi voz de ninguna emoción particular—. Lo rápido que ocurrió. A ella también le sorprendió. Cuando murió estaba confusa.

Maeve se limitaba a mirarme.

—No quise matarla. Pero no me dejó otra elección. —Dejé que el silencio inundara la estancia un momento y luego miré fijamente a Maeve.

La señora del Invierno tragó saliva y se alejó un poco de mí.

Entonces hice un gesto con la mano hacia la silla que seguía sosteniendo para ella y dije:

—Seamos educados el uno con el otro, Maeve. Por favor.

Soltó un corto suspiro, sin apartar sus desalmados e inhumanos ojos de los míos, y luego dijo:

—Ahora sé por qué Mab quiere atraparte. —Se puso derecha y me hizo una pequeña y extraña reverencia que hubiera parecido más cortesana si llevara el atuendo adecuado. Se sentó por fin.

—¿Todavía sirve el barman esos pequeños trozos helados de limón dulce?

—Por supuesto —dije—. Mac, otra limonada para la señora, por favor.

Mac cumplió la orden con su acostumbrado silencio. Las pocas personas que había en el local se apartaron a su paso. La mayor parte de la comunidad mágica de Chicago conocía a las señoras por su reputación, aunque no las hubieran visto nunca, y no querían tener nada que ver con cualquier tipo de incidente entre Invierno y Verano. Estaban a salvo si no reparaban en su presencia.

Demonios, si pudiera escaparme de allí, no lo dudaría. Derroté a Aurora por pura suerte. Le di un golpe a traición. Si hubiera estado concentrada en eliminarme en lugar de en cumplir sus planes, aquella noche mi suerte hubiera sido muy distinta.

Vale, había conseguido que Maeve agachara la cabeza, pero en realidad estaba yendo de farol, tratando de engañar al tiburón para que creyera que podía morderle. Si el tiburón se decidiera darme un mordisco, las cosas se pondrían desagradables para mí.

Sin embargo, al menos esta vez, el tiburón no lo sabía.

Maeve aceptó la limonada, rodeó distraídamente la pajita con su boca y sorbió. Luego se echó hacia atrás en su asiento, masticando. De su boca surgían sonidos crujientes. El líquido se había congelado al pasar entre sus labios.

De repente, me sentí un tipo jodidamente inteligente por haber evitado el tema de la tentación sexual.

Maeve miraba a Lily mientras mascaba, y entonces me dijo:

—¿Sabes?, mi último caballero se traía a menudo a esta a la Corte para hacer representaciones. Toda clase de representaciones. Algunas eran dolorosas. Y otras no. A pesar de todo gritaba de maravilla. —Sonrió, su tono era educado y casual—. ¿Recuerdas aquella noche que te hizo bailar con los zapatos rojos, Lily?

Los ojos verdes de Lily se fijaron en Maeve, calmados y plácidos como una laguna en mitad de un bosque.

La sonrisa de Maeve se acentuó.

—¿Recuerdas lo que te hice después?

Lily sonrió con un pequeño gesto cansado y negó con la cabeza.

—Lo siento, Maeve. Sé el placer que te da regodearte, pero ya no puedes hacerme daño recordándome aquello. Aquella Lily ya no existe.

Maeve entornó los ojos y luego su mirada giró hacia Fix.

—Y este. He visto a este pequeñajo llorar como un niño. Suplicando piedad.

Fix sorbió de su limonada.

—Por el amor de Dios, Maeve. ¿Puedes parar ya con ese rollo de la mala malísima un rato? Se hace cansino —espetó.

La señora del Invierno suspiró exasperada, soltó la bebida y se cruzó de brazos, de mal humor.

—Muy bien —dijo Maeve en tono petulante—. ¿Qué es lo que quieres saber, mago?

—Me gustaría saber por qué Mab no ha contraatacado a la Corte Roja después de que allanaran el territorio sidhe durante la batalla del año pasado.

Maeve arqueó una ceja.

—Eso es conocimiento, y por lo tanto poder. ¿Qué estás dispuesto a darme a cambio?

—Olvido —dije.

Maeve ladeó la cabeza.

—No se me ocurre nada en particular que me gustaría olvidar.

—A mí sí se me ocurre algo que querrías olvidar, Maeve.

—¿De verdad?

Sonreí mostrando los dientes.

—Estoy dispuesto a olvidar lo que hiciste en la boda de Billy y Georgia.

—¿Perdona? —dijo Maeve—. No recuerdo haber estado presente.

Ella sabía de qué iba la historia. Sabía que yo lo sabía. Su negación me mosqueó.

—Por supuesto —respondí—. No estabas allí. No obstante, tu doncella sí, Jenny Dientesverdes.

Los labios de Maeve se separaron por la repentina sorpresa.

—Vi a través de su encantamiento. ¿Acaso no sabes quién la neutralizó? —le pregunté, alzando mis propias cejas en falsa inocencia—. Intentar arruinar su matrimonio fue un acto de crueldad gratuita, Maeve, incluso viniendo de ti.

—Tus lobeznos me hicieron una trastada —replicó Maeve—. Mataron a uno de los mercenarios favoritos de la Corte de Invierno.

—Debían lealtad a Dresden cuando mataron a Tigresa —murmuró Lily—. Igual que las pequeñas hadas que él usó contra Aurora. Actuaron con su consentimiento y por propia voluntad, Maeve. Conoces nuestras leyes.

Maeve le dedicó a Lily una mirada salvaje que casi parecía humana.

—Aquella noche ofendiste a los míos con lo que pasó. —Puse las manos en la mesa y me incorporé un poco hacia delante, hablando con toda la calmada intensidad que fui capaz de reunir—. Y yo protejo lo que es mío. Ya deberías saberlo. Tengo razones de peso para sostener una disputa contigo.

La atención de Maeve regresó a mí y su expresión se tornó remota y lejana.

—¿Cuál es tu propósito?

—Estoy dispuesto a dejar estar las cosas y las cuentas saldadas a cambio de una honesta respuesta a mi pregunta. —Me eché hacia atrás en la silla y pregunté—: ¿Por qué Invierno no ha hecho ningún movimiento contra la Corte Roja?

Maeve me miró con un extraño brillo en sus ojos, luego asintió.

—Mab no lo ha permitido —dijo.

Fix y Lily intercambiaron una rápida mirada sorprendida.

—Calma —dijo Maeve, era evidente que disfrutaba de tal reacción—. La reina ha preparado sus fuerzas para atacar a Verano, y además ha dado órdenes específicas a sus capitanes para evitar que conduzcan operaciones contra la Corte Roja.

—Eso es una locura —dijo Lily en voz baja.

Maeve puso las manos en la mesa, con la mente en algo muy lejos de allí.

—Bien puede que lo sea. Cosas oscuras se agitan en el corazón de Invierno. Cosas que ni siquiera yo he visto antes. Cosas peligrosas. Creo que son un portento —aseguró.

Ladeé la cabeza un poco y no aparté la vista de ella.

—¿Cómo es eso?

—Lo que Aurora intentó era una locura. Incluso entre los sidhe —respondió Maeve—. Sus acciones podrían haber roto el equilibrio entre unas fuerzas enormes, hubiera sido la ruina de todos.

—Actuó con el corazón —dijo Fix en un tono vagamente defensivo.

—Tal vez —le dije con toda la delicadeza que pude—. Pero las buenas intenciones no sirven de mucho cuando las consecuencias son tan épicamente jodidas.

Maeve negó con la cabeza.

—Corazones. Bien. Mal. Los mortales siempre os preocupáis por tales tonterías. —Se levantó bruscamente, era obvio que su cabeza estaba en otra parte.

Algo en su expresión o en su postura me dio la súbita impresión de que estaba preocupada. Profunda y verdaderamente preocupada. La señorita mandamás estaba asustada.

—Estas nociones mortales —dijo Maeve—. El bien, el mal, el amor. Todos esos asuntos que le importan a tu especie. ¿Son tal vez contagiosos?

Me levanté cuando lo hizo ella, educado.

—Algunos dirían que sí —contesté.

Hizo una mueca.

—Desde la muerte de Aurora he pensado que tal vez estuviera afectada por alguna locura de índole mortal. Creo que la reina del Aire y la Oscuridad ha sido también contagiada. —De repente se estremeció y, en tono seco, dijo—: Te he respondido con la verdad y he revelado más de lo necesario. ¿Saldo con eso la cuenta, mortal?

—Sí —dije asintiendo—. A mí me vale.

—Entonces me marchó. —Se dio la vuelta, dio medio paso y se produjo un repentino relente de aire frío que tiró la mayor parte del contenido del vaso de su limonada al suelo. El líquido se congeló en un charco grumoso. Maeve desapareció.

Los tres nos quedamos sentados en silencio un momento.

—Estaba mintiendo —dijo Fix.

—No puede mentir —dijimos Lily y yo al mismo tiempo. Lily me cedió el asunto con un gesto de la mano y continué—: No puede decir una mentira consciente. Ninguno de los sidhe puede. Ya lo sabes, Fix.

Frunció el ceño e hizo un pequeño gesto de impotencia con la mano.

—Pero... ¿Mab loca?

—Se ajusta a nuestras preocupaciones —le dijo Lily con calma.

Fix estaba un poco verde aún.

—La amaba como a una hermana, pero la locura de Aurora era bastante pronunciada. Si Mab se propone precipitar al mundo a una caída en espiral... vaya, no puedo ni imaginar la clase de cosas que podría hacer.

—Yo puedo —dije con calma—. Sugeriría que le contaras el asunto a Titania, señora. Y esto tómatelo como una preocupación oficial del Consejo. Por favor, transmite también el mensaje de que este está naturalmente interesado en preservar el equilibrio en el reino de las hadas. Sería valioso para todos nosotros cooperar para averiguar más.

Lily asintió una sola vez.

—Ciertamente, lo haré. —Se estremeció y cerró los ojos un segundo con una expresión de pura ansiedad—. Harry, lo siento mucho, pero mis obligaciones... Estoy abusando de mi posición.

Fix asintió firme, y se levantó. Tomó a Lily del brazo.

—Ojalá hubiéramos podido hacer algo más para ayudarte.

—No te preocupes —dije poniéndome de nuevo en pie cortésmente—. Habéis hecho todo lo posible. Os lo agradezco.

Lily me brindó una sonrisa tensa. Fix y ella se marcharon con calma pero rápidamente. La puerta no llegó a abrirse, desaparecieron sin más. Ratón estaba sentado junto a la mesa moviendo la cabeza de un lado a otro con las orejas hacia delante, como si intentara entender todo aquello.

Me senté en la mesa y me bebí la limonada sin mucho entusiasmo. Más problemas en el reino de las hadas. Un gran problema en el reino de las hadas. Y apostaría lo que fuera a que sabía exactamente a qué estúpido hijo de puta le iba a encargar el Consejo que metiera la nariz en el asunto.

Solté la limonada. De repente me supo muy amarga.

Mac vino a llevársela y la sustituyó por una cerveza, le quité la espuma con el pulgar y me la bebí de un largo trago. Estaba templada y el sabor era demasiado intenso; no obstante, el regusto de alcohol era lo bastante agradable para hacerme querer otra.

Mac apareció con ella.

A veces Mac es un auténtico ángel.

—Han cambiado —le dije—. Fix y Lily. Es como si ya no fueran las mismas personas.

Mac gruñó.

—Han crecido —dijo.

—Tal vez se trate de eso. —Me sumí en un profundo silencio y Mac lo respetó. Terminé la segunda cerveza más lentamente, si bien no tenía demasiado tiempo que perder. Le di las gracias a Mac, dejé algo de dinero en la mesa y tomé la correa de Ratón. Nos dirigimos a la puerta.

Debía encargarme de otros asuntos. Estas nebulosas amenazas tendrían que esperar, antes habría que lidiar con los monstruos que, estaba seguro de ello, se iban a presentar en unas pocas horas. Al menos había escapado de aquella situación sin que

nadie tratara de matarme o declarara la guerra al Consejo. Había mantenido una cívica conversación con las señoras de Invierno y de Verano y había salido ileso de ella.

De camino a la puerta, sin embargo, me corroía una vaga idea.  
Había sido demasiado sencillo.

## Capítulo 21

A media tarde regresé a la ¡SplatterCon!, esta vez con mi mochila llena de utensilios de mago: mi bastón, mi vara, mi perro, mi pistola... y la chistera y el conejo. No contaba con un permiso para llevar oculta la 44, pero aplicando la teoría de que era mejor llevar el arma y no necesitarla que no llevarla, la puse igualmente en la mochila.

No obstante, cuando llegué a la convención pensé que hubiera sido mejor no traer la maldita arma. Había mucha presencia policial.

Dos coches patrulla estaban aparcados a plena vista en la puerta del hotel y un sudoroso policía de uniforme con aspecto cansado guardaba la puerta. Al pagar el taxi, noté la presencia de dos merodeadores de paisano que prestaban demasiada atención a quién y qué se aproximaba al edificio como para que fueran transeúntes casuales que paseaban por el hotel para aprovechar su sombra. Me coloqué mi identificación de la ¡SplatterCon!

Los ojos del policía me recorrieron de arriba abajo e hizo inventario: tipo alto, demacrado, pelo alborotado, perro grande, palos, mochila, una mano con un guante de cuero... y una identificación de una convención de películas de terror. Era evidente que, en la cabeza de aquel tipo, una tarjeta con tu nombre te daba carta blanca para tener aspecto extraño sin resultar amenazante, porque cuando sus ojos se fijaron en ella me hizo un gesto con la cabeza y una señal para que entrara.

Dentro, la convención estaba en todo su apogeo y además habían añadido una sala de prensa para darle impulso. En el ala de conferencias situada en el exterior de la sala donde había actuado el asesino, se congregaba un semicírculo de reporteros y fotógrafos, mientras un ocupado personal de comunicación sostenía luces e incluso un par de micrófonos con pértiga. Entre los policías, la conferencia y los curiosos, aquella zona del hotel estaba plagada de gente ruidosa. El aire acondicionado funcionaba a toda pastilla y el ambiente estaba cargado y olía igual que la mayoría de los edificios abarrotados.

Ratón estornudó y parecía tener ganas de llorar. Estuve de acuerdo con él.

Murphy apareció de entre la multitud y se abrió paso hacia mí. Me saludó con la cabeza y se agachó a hablar con Ratón y a rascarle detrás de las orejas.

—¿Cómo fue tu reunión? —preguntó.

—He sobrevivido. Se avecina tormenta. —Recorrí la estancia con la mirada un minuto más y espeté—: Esto es para ponerse a gritar, es un zoo.

—La cosa mejora —dijo Murphy—. He estado hablando con los empleados de la convención y dicen que desde que la noticia salió en los informativos de la televisión y la radio, este mediodía el número de visitantes casi se ha doblado.

—Mierda —suspiré.



—Hay más. Greene ha llamado a los federales —dijo.

Arrugué la frente.

—La última vez que aparecieron no fue muy divertido.

—Y que lo digas. —Dudó un momento y luego dijo—: Rick está con ellos.

Parpadeé un segundo antes de recordar.

—Oh, de acuerdo. El ex.

—Exmarido —dijo Murphy con un tono amargo. Tenía la espalda rígida y recta, y en sus ojos se vislumbraba una tormenta de emociones—. Actualmente mi cuñado.

—Lo cual es asqueroso —dije.

—Y no me gusta que esté aquí —dijo Murphy—. Pero no depende de mí. No es agradable, espero no tener problemas con eso.

Solté un gruñido.

Me sonrió fugazmente.

—Esto ha sido tan sonado que viene de camino una de las mayores unidades forenses de la Costa Este.

Fruncí el ceño.

—Tal vez también debería haber dado un toque con algunas trompetas. O traído una banda de música. Creo que si se apresura, probablemente pueda alquilar uno de esos focos gigantes giratorios antes de que anochezca.

Puso los ojos en blanco.

—Lo pillo, Harry. No te gusta todo este ruido.

—No me gustan todas las víctimas potenciales —dije—. Te apuesto cincuenta pavos a que la mayoría de los nuevos asistentes son menores de edad.

—No voy a apostar —respondió—. ¿Importa?

—Quizás. En general, la gente joven, especialmente los adolescentes, sienten las emociones con mayor intensidad. Por aquello de las hormonas. Los convierte en objetivos fáciles, son fuentes de energía más ricas.

—¿Entonces por qué atacó primero a un viejo como Pell?

Abrí la boca y luego la volví a cerrar.

—Buena pregunta.

—Además —continuó—, ¿acaso no es bueno que haya mucha gente pendiente? Por lo que me has contado siempre, a los de la acera oscura de la calle no les gustan las multitudes.

—En general no —dije—. Pero esto no era precisamente una ciudad fantasma cuando el fobófago apareció.

—¿Crees que se presentaría delante de toda esta gente? —me preguntó.

—Creo que las multitudes no van a impedirselo. Creo que si pasa algo malo, mientras más gente haya, más miedo se va a generar y entonces el asesino podrá darse un festín. Un pánico con mucha gente implicada supone un mayor número de

heridos.

Las cejas doradas de Murphy se arrugaron.

—Entonces, ¿qué opciones me dejas?

—No hay ninguna garantía, pero creo que tenemos margen hasta la caída de la noche.

—¿Por qué?

—Porque será más fuerte al anochecer.

Murphy frunció el ceño.

—¿Crees que por eso Pell sobrevivió al ataque? —murmuró—. Era todavía de día.

—Lo has pillado a la primera —dije—. Suponiendo que tengamos hasta la puesta de sol, no nos queda mucho margen para trabajar.

—¿En qué?

—Preparando conjuros de protección —dije.

—¿Cómo en tu casa?

Negué con la cabeza.

—Nada tan complejo. No hay tiempo. No puedo construir un foso alrededor de este lugar pero creo que puedo crear una especie de telaraña que nos indique cuándo entra algo desde el Más Allá. Tendré que dar varias vueltas por el edificio para cubrirlo entero.

Asintió.

—Eso no soluciona el asunto de la gente.

Hice una mueca.

—¿Conoces a alguien en el departamento de bomberos?

—Un primo —dijo.

—Este lugar se encuentra al límite de su máxima ocupación. Tal vez si el jefe de bomberos supiera la cantidad de gente que hay, obligarían a unos pocos a irse. Solo necesitamos a un grupo de personas moderadamente grande para atraer al asesino.

Asintió.

—Me encargaré de ello.

—Y ya sé que es pedir demasiado, pero ¿han dicho algo de la autopsia el Departamento de Policía de Chicago o el médico forense?

—No han encontrado nada raro al hacerla. No se la dieron a Butters. Brioche se ocupó de ella y no vio nada fuera de lo normal.

—Naturalmente. —Suspiré—. ¿Greene?

—Teorías. Alberga la vaga sospecha de que el ataque pudo haber sido una especie de acto publicitario para dar a conocer la convención.

—Eso es un poco cínico —dije.

—Greene no es creyente —dijo Murphy—. Y es un investigador entrenado para

buscar motivaciones sólidas. Si se limita a aceptar que el asesino era un simple lunático, no tiene nada sobre lo que trabajar, así que se está agarrando a un clavo ardiendo con la esperanza de toparse con algo que le permita atrapar rápidamente al asesino.

Gruñí.

—Supongo que lo entiendo.

—No le envidio —dijo Murphy—. No me cae muy bien, pero no deja de ser un poli, y está en una situación compleja. Es muy probable que no haya una maldita cosa que pueda hacer. Y ni siquiera lo sabe.

Puso algo de énfasis en la última frase. Contenía un poco de dolor personal.

Murphy se había enfrentado más o menos a las mismas situaciones que Greene. De buenas a primeras sucedía algo descabellado y nada tenía sentido. Ella tuvo su primer encuentro con lo sobrenatural cuando todavía era una policía de patrulla. Aquello le dio ventaja cuando llegó a detective, porque al menos era consciente de lo mucho que no sabía. Greene ni siquiera contaba con eso. Odiaba verla así, incapaz de hacer nada. Dolida. Aunque solo fuera a causa de sus recuerdos.

—¿Y qué me dices de ti? —pregunté—. ¿Hay algo que creas digno de mención?

—Todavía no. Seguro que alguien de por aquí sabe algo, aunque no sea consciente de ello. —Ladeó la cabeza y frunció el ceño—. Espera. ¿Me preguntas a mí?

Encogí un hombro.

—Murph, has visto tantas cosas extrañas como cualquier mago. Creo que eres más capaz de lo que crees.

Estudió mi rostro un largo rato.

—¿Qué quieres decir?

Me encogí de nuevo de hombros.

—Me refiero a que has pasado por esto varias veces. Sabes cómo funciona cuando hay algo extraño rondando. Son lugares comunes. Lo sabrás cuando lo sientas.

—¿Qué? ¿Se supone que ahora soy maga?

Sonreí.

—Solo una pibita que también resulta ser poli.

—¿Una pibita poli? —preguntó con un tono de amenaza en la voz.

—Lo siento —dije—. Una pibita policía.

Gruñó.

—Eso es mejor.

—No ignores tus instintos —dije—. Están ahí por una razón.

Murphy no oyó aquella última parte, había girado la cabeza hacia un lado con sus ojos azules fijos en un hombre que salió de la sala de conferencias hacia el pasillo.

Y Ratón soltó un gruñido.

—¿Quién es ese? —pregunté a Murphy.

—Darby Crane —contestó.

—Ah —dije—. El director de películas de terror.

Ratón gruñó de nuevo. Murphy y él fueron tras Crane.

¿Por qué luchar contra lo inevitable? Comencé a andar antes de que Ratón me arrancara los brazos de su sitio.

—Oye, ¿y si vamos a hablar con él?

—¿Tú crees? —dijo Murphy.

—Te ayudaré a alcanzarle.

Asintió, sin darse la vuelta.

—Disculpen —le dijo a unos pocos asistentes a la convención que tenía delante—. Tenemos que pasar, por favor.

Tratamos de apresurar el paso entre la gente, pero era como intentar correr con el agua hasta el pecho. Mientras más rápido tratas de moverte, más resistencia encuentras. Crane, un hombre corriente de mediana altura con pantalones y chaqueta oscuros, se escurría entre ellos como una anguila. Murphy me despejaba el camino mientras yo daba buen uso de mi altura para seguir al director con la mirada.

Llegó antes que nosotros a un pasillo casi vacío en comparación con el lugar de donde veníamos y que conducía a las habitaciones de la planta baja y a los ascensores. Cuando llegamos, la puerta del ascensor estaba abierta. Murphy aceleró, me miró por encima del hombro e hizo un gesto con la barbilla hacia el ascensor.

Sonreí. Hay momentos en los que odio que la tecnología tenga tantos problemas para funcionar cerca de los magos. Y otras veces me encanta que sea así.

Hice un leve esfuerzo de voluntad, concentré mis pensamientos en los ascensores y murmuré:

—*Hexus*.

Una energía nebulosa e invisible surcó el pasillo y cuando el hechizo impactó en el ascensor se produjo un repentino chisporroteo en el panel del botón de llamada y apareció un espeso humo. Comenzó a sonar una campana y las puertas se cerraron para acto seguido abrirse de nuevo de par en par. Aquel proceso se repitió un par de veces antes de que Murphy alcanzara a Darby Crane junto al ascensor.

Aminoré el paso al tiempo que sostenía a Ratón y me quedé merodeando a varios metros de distancia mientras trataba de pasar desapercibido leyendo una pared llena de anuncios de fiestas que tendrían lugar durante la convención.

Crane era un hombre sorprendentemente atractivo, esbelto, de marcados pómulos y un aire más propio de un actor que de alguien que está al otro lado de las cámaras. Su pelo oscuro estaba cortado al ras, los ojos también oscuros eran opacos y profundos, y su pose revelaba una relajada falta de agresividad.

Antes de terminar de examinarlo, ya estaba seguro de que todo era una calculada mentira. Existía crueldad tras el sosiego de sus rasgos, desprecio escondido en la modesta postura de su cuerpo. Cuando Murphy se aproximó, salió del ascensor mirando confuso al humo. Reparó en ella y luego sus ojos examinaron el resto del pasillo. Había otras personas no muy lejos, en el exterior de una habitación con la puerta abierta.

Las juzgó, luego hizo lo propio con Murphy, y solo entonces se dio la vuelta para enfrentarse a ella con la boca dispuesta en una educada y pequeña sonrisa que rezumaba falsedad.

—Es difícil confiar en la tecnología estos días —dijo, su mirada pasando sobre mí sin que me tomara por otra cosa que parte del paisaje de fondo. O eso creo. Tenía una voz sorprendentemente profunda y resonante.

—¿Puedo ayudarla, oficial?

—Teniente, en realidad —lo corrigió sin rencor—. Me llamo Karrin Murphy. Soy del...

—Departamento de policía de Chicago, Investigaciones Especiales —dijo Crane—. Lo sé.

Las alarmas se encendieron en mi cabeza. Dudo que Crane lo reconociera, pero la actitud de Murphy cambió sutilmente, se volvió más cauta.

—¿Nos conocemos, señor Crane?

—En cierto modo. He visto copias de segunda mano de una grabación suya de hace algunos años disparando a un loco y a una especie de animal. Impresionante, teniente. ¿Ha considerado la idea de trabajar en el cine?

Negó con la cabeza.

—Me han dicho que la cámara te engorda cinco kilos. Bastantes problemas tengo ya. ¿Podría dedicarme unos minutos de su tiempo, señor Crane?

Entonces Crane le sonrió con un gesto que dejaba a las claras su intención de flirtear y resultar juvenil. Comadreja.

—Eso depende de lo que quiera hacer con ellos.

Murphy estudió su rostro durante un momento con una especie de cauta diversión.

—Tengo algunas preguntas que hacerle y espero que pueda respondérmelas.

—No se me ocurre nada en lo que yo pueda ayudarla —respondió Crane. Miró las puertas inmóviles del ascensor y suspiró—. Qué contrariedad. —Sacó un pequeño teléfono móvil negro del bolsillo de su chaqueta, apretó un botón sin mirar y se lo llevó a la oreja. Luego lo bajó de nuevo y lo miró enojado sin decir nada.

¡Ajá! Chúpate esa, comadreja.

—No le voy a quitar mucho tiempo —dijo Murphy—. Estoy seguro de que entenderá lo importante que es para nosotros ser meticulosos en nuestra

investigación. Detestaríamos que alguien más resultara herido.

—Estoy seguro de no saber nada importante, teniente —dijo Crane ahora con un rastro de impaciencia en la voz—. Estuve presente durante el apagón de anoche, pero ya estaba descansando en mi habitación. Ni siquiera he bajado hasta esta mañana.

—Entiendo. ¿Lo vio alguien durante ese periodo de tiempo?

Crane soltó una risilla.

—¿Soy un sospechoso que necesite una coartada?

—Al tratarse usted de un invitado célebre es totalmente plausible que la persona o personas responsables del ataque pudiesen tener un interés enfermizo por usted —respondió Murphy, igualando la falsa sonrisa de él con otra educadamente profesional—. Es evidente que no estoy insinuando ninguna clase de acusación, es solo que nos preocupa su seguridad.

Se abrió una puerta tras la que había unas escaleras y un hombre pequeño con un caro traje gris salió de ella. Tenía rostro de sapo, su boca bien podría pertenecer a alguien mucho más grande que él, tan gruesa, ancha y grotesca como era. Su cabello era negro y fino, lanoso, y estaba cortado al viejo pero eficaz estilo de la taza. Sus ojos eran saltones y vidriosos, por lo que requerían de unas gafas anchas y de montura extralarga para cubrirlos del todo.

—Ah, señor Crane —dijo el recién llegado. Su voz era nasal y sibilante—. Recibí su llamada, pero se cortó en cuanto respondí.

Crane sacó el teléfono y se lo dio con cierto misterio al recién llegado.

—Me parece que ha sufrido una repentina muerte, Lucius. Igual que este ascensor.

El hombre cogió el teléfono y lo miró con fastidio, luego sus ojos saltones fueron a parar a Murphy con parecida desaprobación.

—Ya veo.

—Teniente Murphy, le presento a Lucius Glau, mi consejero personal y asistente legal.

Ratón se puso tenso cuando Glau miró a Murphy con sus ojos de rana. El abogado tragó saliva, o al menos sonó como tal.

—¿Está arrestado mi cliente? —quiso saber.

—No —dijo Murphy—. Naturalmente que...

—Entonces debo insistir en que esta conversación termine —la interrumpió Glau. Para ser un pequeñajo tenía bastante confianza en sí mismo. Se puso delante de Murphy, junto a Crane. Los brazos de Murph se relajaron a ambos lados de su cuerpo y vi su mirada bajar al suelo y luego volver a subir, midiendo las distancias. Los niveles de tensión aumentaron.

—Solo estábamos hablando —le dijo Murphy a Glau. Había visto esa mirada antes, más de una vez, de hecho, justo antes de que echara mano de la pistola—. De

manera amigable y cooperativa.

—Tal como informé al FBI y al investigador del Departamento de Policía de Chicago al cargo de la escena del crimen, mi cliente estuvo en sus habitaciones toda la noche y ni fue testigo de lo ocurrido ni supo de los acontecimientos hasta que bajó a desayunar esta mañana. —La voz de Glau era monocorde, sus ojos saltones imposibles de leer. Me dio la sensación de que esa era la expresión que tenía para todo, ya fuera comerse un helado o ahogar cachorritos—. El contacto continuado bien podría ser considerado acoso.

—Lucius, Lucius —dijo Crane con voz tranquilizadora al tiempo que interponía una mano entre ellos—, de verdad, reaccionas con demasiado ímpetu a cosas muy pequeñas. —Le brindó a Murphy su arrebatadora sonrisa y se disculpó—: Lo siento. Lucius trabaja conmigo desde hace mucho tiempo y ha visto a mucha gente poco razonable acercarse a mí. Yo no creo que las atenciones de una mujer tan increíble supongan un acoso.

Los ojos de Murphy abandonaron a Glau y levantó sus cejas rubias en dirección a Crane.

—¿En serio?

—En serio —dijo Crane, un modelo de galantería moderna—. Sin duda Lucius está preocupado por el horario de mi jornada de hoy, y no me agradecería en absoluto tener que decepcionar a los fans que han venido a conocerme llegando tarde a mi cita.

Miró al sapo mientras hablaba y este se apartó de Murphy dando un paso pequeñito.

Crane asintió y continuó hablando.

—Pero, si me lo permite, ¿accedería tal vez a que la invitara a una copa esta noche, a modo de disculpa?

Murphy dudó, lo que no era muy propio de ella.

—No lo sé... —dijo.

Crane extendió la mano para que ella se la estrechara, sin dejar de sonreír.

—Si sigue teniendo preguntas que hacerme, me alegrará contestárselas entonces. Por favor, como muestra de mis buenas intenciones, insisto. No me gustaría que se llevara una mala impresión de mí.

Murphy lo miró de nuevo con aquella cauta diversión y alzó una mano.

No estoy seguro de cómo crucé la sala tan rápido, el caso es que le puse la mano a Murphy en el hombro y tiré de ella ligeramente antes de que Crane llegara a tocarla. Se quedó petrificada, sintió la advertencia del gesto y apartó la mano.

Los ojos de Crane me escudriñaron y su mano aún colgaba en el aire, esperando a medio camino.

—¿Y quién es este?

—Harry Dresden —dije.

Crane se quedó quieto. No quieto como la gente que se queda quieta y les ves parpadear y moviéndose levemente para mantener el equilibrio, no. Se quedó quieto como los cadáveres y los maniqués de plástico. Y no dijo nada.

Como soy un investigador muy experimentado, llegué a la conclusión de que reconocía mi nombre.

El sapo hizo un ruido raro con la garganta al tiempo que sus ojos saltones se giraron hacia mí. Me pareció ver que se encogía un poco, como si de repente perdiera unos centímetros de altura. O se estuviera preparando para saltarme encima.

Él también me reconoció. Me sentí famoso.

Los gruñidos de Ratón eran como una sierra cortando madera, pero tan bajos que apenas se oían.

Los ojos del sapo fueron a parar al perro y los abrió de par en par. Luego miró a Crane.

Todo el mundo se quedó congelado en aquella imagen durante un momento. Crane y Murphy con sus sonrisas profesionales petrificadas en el rostro. El sapo con su aspecto de sapo. Yo opté por parecer aburrido. Sin embargo, sentí que mi corazón se aceleraba a medida que mis instintos me decían que la violencia estaba mucho más cerca de salir a la superficie de lo que parecía.

—Aquí hay testigos, Dresden —dijo Crane—. No puedes hacerme nada. Te verían.

Ladeé la cabeza y fruncí los labios, pensativo.

—Tienes razón. Y eres una figura pública. Lo que significa que esta es una gran oportunidad para obtener publicidad. No he estado en la tele desde la última vez que fui al *show* de Larry Fowler.

Su expresión cambió entonces, una fría mueca retorció sus labios.

—No te atreverás a revelarte al mundo.

Solté un bufido y dije:

—Sube a mirar en las páginas amarillas de tu habitación. Estoy en el apartado de «Magos».

El sapito tragó saliva de nuevo.

—Estás loco —dijo Crane.

—Los magos estamos todos chalados —confirmé—. Y a ti no te pega llamarte Darby.

Crane alzó la mandíbula. Tenía los ojos brillantes y transmitía una especie de repentina aprobación. No tenía ni idea de por qué. Maldita sea. Detesto cuando alguien sabe mejor que yo lo hondo que es el hoyo que estoy cavando bajo mis pies.

—¿No? ¿Y qué aspecto tiene un Darby?

—Confieso que al único que conozco es al tipo que sale en esa película de Sean Connery con el duende —dije—. Llámalo instinto.



Frunció de nuevo los labios y guardó silencio. Todos disfrutamos de otros dos minutos de tensión creciente y sin palabras.

—Entonces, ¿digamos a las diez para esa copa, Darby? ¿En el vestíbulo del hotel? No nos gustaría retrasarle de su apretada agenda —sugirió Murphy con el semblante totalmente inexpresivo.

El hombre miró a Murphy, luego me miró a mí y se decidió a bajar la mano. Incluyó ligeramente la cabeza para despedirse de Murphy, se dio la vuelta y volvió a mezclarse entre la multitud.

El sapito nos observó otros tres segundos, se dio la vuelta y se apresuró a alcanzar a su jefe sin dejar de echar la vista atrás.

Solté el aire lentamente y acto seguido me apoyé en la pared. La adrenalina no liberada es una cosa curiosa. Los largos músculos de mi pierna temblaron y se flexionaron sin que les dijera nada y las luces del pasillo me parecieron de repente muy brillantes. Mi cabeza magullada palpitó un poco más.

Murphy se quedó allí, sin moverse, pero pude oír como trataba de controlar la respiración y mantenerla estable.

Ratón se sentó, parecía aburrido, pero sus orejas seguían apuntando en la dirección por donde se había ido la pareja.

—Bueno —dijo Murphy en voz baja pasado un segundo—. ¿De qué ha ido esto?

—Hemos estado a punto de empezar una pelea —dije.

—Me he dado cuenta —admitió Murphy en un tono paciente—. ¿Pero por qué?

—El tipo me da escalofríos —murmuré.

Arrugó la frente, mirándome por encima del hombro.

—¿Qué es?

—Te lo he dicho, es un tipo escalofriante. —Sacudí la cabeza—. Aparte de eso, no lo sé.

Parpadeó.

—¿Qué quieres decir con que no lo sabes?

—Que no lo sé —repetí—. Hubo algo en él que no me gustó. Cuando te ofreció su mano, me pareció... fuera de lugar. Peligroso.

Murphy negó con la cabeza.

—Supongo que iba a cogerla y acariciármela —dijo—. Es un poco insultante, pero no es tan peligroso.

—A no ser que lo sea —objeté.

—¿Estás seguro de que es de los tuyos? —preguntó.

—Sí. Me reconoció. Empezó a sacar las razones estándar del Viejo Mundo para evitar una confrontación pública. Y a Ratón no le gustó ni él, ni su abogado tampoco.

—¿Vampiro? —preguntó.

—Podría ser —dije mordiéndome el labio—. Podría ser muchas cosas. Demonios,

hasta puede que sea humano. No deberíamos hacer elucubraciones sin tener más datos.

—¿Entonces tiene algo que ver con los ataques?

—Tiene sentido —dije—. Si tuviera que decidirlo, yo solo diría que este capullo es nuestro hombre. Tiene todas las papeletas.

—Si es así, el tipo está fuera de mi alcance —se lamentó—. Tiene un abogado avisado y ya ha sido interrogado por Greene y Rick. Cualquier presión policial sobre él sería considerada acoso. Además, Greene no hará nada respecto a mis sospechas.

—Bueno —dije—. Lo mejor es que yo no soy Greene.

## Capítulo 22

Mientras Murphy y yo caminábamos por el hotel, abrí un bote de plastilina azul. Pegué varios trocitos en las esquinas de las intersecciones y en las salidas exteriores, sobre las molduras de las puertas, dentro de las macetas, en los receptáculos de los extintores y en cualquier lugar donde no fuera fácil de detectar o rápidamente visible. Me aseguré de poner mucha en pequeños recovecos de los pasillos más usados de la convención, en especial en las salas donde estaba programada la emisión de películas aquella noche.

—¿Me explicas otra vez qué estamos haciendo? —preguntó Murphy.

—Preparando un hechizo —dije.

—Con plastilina.

—Sí.

Me miró de soslayo.

Agité el bote con la mayoría del material original todavía dentro y se lo mostré.

—Los pequeños pedazos que he ido dejando por todas partes son partes de esta pieza. ¿Lo ves?

—Todavía no —dijo.

—Solían ser una pieza única. Por eso, incluso cuando están separados, siguen teniendo una conexión taumatúrgica con el original —le dije—. Significa que podré usar la pieza grande para conectar con las pequeñas.

—¿A esto te referías con una red?

—Sí. Podré... —Giré la cara, buscando las palabras para explicarlo—. Puedo extender la energía a las piezas pequeñas. Lo prepararé de tal modo que si uno de los pequeños pedazos detecta una alteración de las energías, seré capaz de sentirlo a través del pedazo grande.

—Como un... sismógrafo, más o menos —dijo Murphy.

—Sí —dije—. Y usamos plastilina azul porque es el color apropiado para la defensa.

Arqueó una ceja.

—¿El color importa realmente?

—Sí —afirmé, luego pensé en ello un segundo—. Bueno, es probable que no. Pero para mí sí.

—¿Eh?

—Gran parte del uso de la magia está ligado a tus emociones, a lo que crees verdadero. Cuando era joven aprendí muchas cosas, por ejemplo el papel de los colores en los hechizos. El verde para la prosperidad y la fertilidad, el rojo para la pasión y la energía, el blanco para la pureza, el negro para la venganza y así sucesivamente. Pudiera ser que el color no importara en absoluto, pero si deseo que el

hechizo funcione por el mero hecho de usar tal o cual color, entonces se convierte en una circunstancia importante. Si no creo en ello el hechizo nunca funcionará.

—¿Cómo la pluma mágica de Dumbo? —preguntó Murphy—. Lo que importaba realmente era la confianza que tenía en ella.

—Sí —dije—. La pluma era solo un símbolo, pero era un símbolo importante. Levanté el bote.

—Entonces uso el azul, porque así no tengo que hacer mucha introspección y no introduzco nuevas dudas en una situación de crisis. Y porque era barato en el Wal-Mart.

Murphy se echó a reír.

—¿Wal-Mart, eh?

—No se gana mucho siendo mago —dije—. Te sorprendería la de cosas que compro en Wal-Mart. —Comprobé la hora en un reloj de la pared—. Nos quedan dos horas hasta que pongan la primera película.

Asintió.

—¿Qué necesitas?

—Un espacio tranquilo para trabajar —dije—. De al menos dos metros de largo. Mientras más privado y seguro, mejor. Debo asumir que el malo sabe que estoy por aquí, en alguna parte. No quiero que me claven un machete en la espalda mientras estoy ocupado con el hechizo.

—¿Cuánto tiempo necesitas para prepararlo?

Me encogí de hombros.

—Veinte minutos, más o menos. Lo que realmente me preocupa es...

—¡Señor Dresden! —gritó una voz desde el otro lado del concurrido pasillo de la convención. Al levantar la vista vi a Sandra Marling abriéndose paso a toda velocidad entre la gente para llegar hasta mí. La presidenta de la convención parecía exhausta y demasiado nerviosa para estar despierta, y menos aún para seguir en pie y abriéndose camino educadamente entre la multitud. Sin embargo, eso era lo que estaba haciendo. Llevaba la misma camiseta negra con el logo rojo de ¡SplatterCon!, y me jugaría el cuello a que era la misma de la noche antes.

—Señorita Marling —dije saludando con la cabeza cuando se aproximó—. Buenas tardes.

Sacudió la cabeza preocupada.

—Soy un... esto es un... no sé a quién acudir... —Le fallaron las palabras y comenzó a temblar por los nervios y la preocupación.

Murphy y yo nos miramos extrañados.

—Sandra, ¿qué sucede?

—Se trata de Molly —dijo.

Me estremecí.

—¿Qué le pasa?

—Vino desde el hospital hace un par de horas. La policía se puso a hablar con ella y creo que no se la ha vuelto a ver desde entonces, ninguno de los oficiales con los que he hablado sabe dónde está. Creo...

—Sandra —le dije—. Respire hondo. Cálmese. ¿Sabe dónde está Molly?

La mujer cerró los ojos y negó con la cabeza, mientras trataba de controlarse, bajando la voz varios tonos.

—Siguen... interrogándola... ¿no? ¿No es eso lo que dicen cuándo tratan de asustarte y no paran de hacerte preguntas?

Entorné los ojos.

—Sí —dije—. ¿Estaba arrestada?

Sandra negó bruscamente con la cabeza.

—No lo creo. No la esposaron ni le leyeron la tarjetita esa ni nada. ¿Pueden hacer esas cosas? ¿Arrastrarla a una habitación así como así?

—Ya lo veremos —dije—. ¿Qué habitación?

—Está en la otra ala, es la segunda puerta de la derecha —dijo.

Asentí, me quité la mochila de la espalda y saqué un pequeño cuaderno. Escribí algunos números de teléfono y nombres en una hoja y se la di a Sandra.

—Llame a estas dos personas.

Se quedó mirando el papel.

—¿Y qué les digo?

—La verdad. Dígales lo que pasa y que Harry Dresden ha dicho que tienen que venir aquí inmediatamente.

Sandra siguió mirando el papel.

—¿Qué va a hacer usted?

—Oh, ya sabe. Lo de siempre —dije—. Haga esas llamadas.

—Te alcanzaré en un minuto —dijo Murphy.

Asentí, me volví a poner la mochila, le hice un gesto a Ratón y eché a andar con largos pasos decididos hacia el grupo de reporteros que había empezado a disolverse al terminar las declaraciones oficiales a la prensa. Mi perro se adaptó a mi paso justo en el momento en el que vi a Lydia Stern rezagada entre la multitud.

Lydia Stern era una mujer formidable, reportera de *Arcano*, un periódico amarillista con sede fuera de Chicago que trataba de informar sobre el mundo de lo sobrenatural. A veces se las apañaban para acercarse a la verdad, pero muy a menudo publicaban historias con titulares como: «Nace bebé lagarto en un parque de caravanas» o «Bigfoot y el Chupacabras, la alianza diabólica». En general, las historias eran divertidas y bastante inofensivas, pero de vez en cuando alguien se tropezaba con algo extraño a la vez que real y lo publicaba en el periódico. Susan Rodríguez fue una reportera puntera de *Arcano* hasta que se topó con la historia

equivocada. Ahora vivía en algún lugar de Sudamérica, donde luchaba por impedir que una infección en su alma la convirtiera en miembro de la Corte Roja. Ella y sus colegas medio vampiros batallaban allí contra los vampiros que trataban de reclutarles.

Cuando Lydia Stern sustituyó a Susan en su trabajo hace un par de años, el modo de informar del periódico cambió de ángulo. Lydia había investigado sucesos extraños que luego quiso saber por qué las instituciones adecuadas habían ignorado. La mujer tenía un mordaz intelecto y un penetrante ingenio que empleaba con libertad y considerable garbo en sus escritos. No tenía miedo de desafiar a nadie en sus artículos, desde una unidad de control de animales de una ciudad pequeña hasta el propio FBI.

Era una lástima que trabajara en un periodicucho como *Arcano* en lugar de en uno respetable de Washington o Nueva York. La nominarían al Pulitzer en menos de cinco años. Los oficiales de la ciudad que tenían que lidiar con los casos en los que me metía habían desarrollado una habilidad casi sobrenatural para desaparecer cuando ella estaba cerca. Ninguno de ellos quería ser la siguiente persona a la que Lydia Stern destripara en sus artículos. Se estaba ganando una reputación de investigadora terrorífica.

—Señorita Stern —dije en voz baja y grave—. Me preguntaba si podría dedicarme unos minutos.

El terror de *Arcano* se giró para ponerse delante de mí, y su cara se partió en una sonrisa de querubín. Medía poco más de metro y medio, tenía una constitución saludable y antepasados asiáticos. Su sonrisa era brillante, las gafas gruesas, el pelo negro y rizado y llevaba una chaqueta vaquera sobre una camiseta del grupo Queensryche. Sus zapatillas de tenis llevaban lazos rosas.

—Harry Dresden —dijo. Su tono era burbujeante, como si se quedara sin aliento por momentos. Era una de esas personas que parecen estar siempre a punto de echarse a reír a carcajadas—. Ajá. Sabía que esto olía bien.

—Podría ser —dije. Nunca había sido muy directo con Lydia. No funcionó muy bien con otros periodistas en el pasado. Cada vez que hablaba con ella, pequeñas dagas de culpabilidad se clavaban en mí, recordatorios de que cualquier palabra descuidada podría meterla en problemas. A pesar de ello, nos llevábamos bien y nunca le había mentado. No me había molestado siquiera en intentarlo—. ¿Está ocupada?

Señaló con un gesto la bolsa que le colgaba del hombro.

—He hecho grabaciones y quiero pasar algunas notas. —Ladeó un poco la cabeza—. ¿Por qué lo pregunta?

—Necesito de su ayuda para asustar a unos tipos —dijo.

Los hoyuelos en sus mejillas se ahondaron.

—¿Eh?

—Sí —dije—. Hágalo por mí. Le concederé diez minutos para comentarle algo de este tema. —Giré la mano en el aire señalando el hotel—. En cuanto tenga algo de tiempo libre.

Se le pusieron los ojos brillantes.

—Hecho —dijo—. ¿Qué tengo que hacer?

—Merodear por una puerta y... —sonreí— ser usted misma.

—Bien, eso puedo hacerlo. —Asintió, sus rizos se agitaron y me siguió a la sala donde estaban interrogando a la hija de mi amigo.

Abrí la puerta como si el lugar me perteneciera y entré.

La sala no era grande, quizás del tamaño de una clase de primaria. Al fondo había una plataforma de unos treinta centímetros de alto con varias sillas detrás de una larga mesa y más sillas de cara a ella. Un cartel, ahora tirado en el suelo detrás de la puerta, anunciaba que en la sala tendría lugar algo llamado «filking» entre el mediodía y las cinco de la tarde de hoy. Esa palabra sonaba sospechosamente a alguna actividad relacionada con huevas de salmones o a una discusión sobre la reproducción de los mamíferos. Decidí que probablemente era una de esas muchas cosas que era más feliz no sabiendo.

Greene se hallaba de pie sobre la plataforma con los brazos cruzados y una expresión amarga en la cara. Molly estaba sentada en la primera fila de sillas, con la misma ropa de la noche anterior. Parecía cansada. Había estado llorando.

A su lado había un hombre de constitución y estatura normales, con el pelo castaño peinado lo justo para estar a la moda. Llevaba un traje gris y su importancia perdía enteros por culpa de la corbata negra con la imagen de Marvin el marciano que le colgaba del cuello. Lo reconocí. Era Rick, el ex de Murphy. Estaba de pie delante de Molly dándole un vaso de agua: el poli bueno en la habitual ecuación de los interrogatorios. Lo cual significaba que estaba allí desempeñando su trabajo. El agente Rick.

—Disculpe —dijo Greene sin mirarme—. Esta sala no está abierta al público.

—¿Ah, no? —dije, pasándome de listo—. Tío, yo también he venido en busca de una buena tarde de filking.

Molly levantó la vista y sus ojos se abrieron como platos al sentir una repentina esperanza al reconocermelo.

—¡Harry!

—Hola, pequeña —le dije, y caminé hacia el fondo de la sala con Ratón a la zaga. El perro fue directo hacia Molly, meneando la cola y pidiendo afecto sutilmente colocando su ancho hocico debajo de sus manos cruzadas. A Molly se le escapó una risilla y se agachó a abrazar al perro y hablarle del mismo modo que a sus hermanos pequeños.

Greene se giró para dedicarme una mirada reprobatoria. Pasado un momento el agente Rick lo imitó.

—Dresden —dijo Greene en tono perentorio—. Está interfiriendo en una investigación. Salga.

Lo ignoré para seguir hablando con Molly.

—¿Cómo está Rosie?

Dejó la mejilla sobre la cabezota de Ratón y dijo:

—Inconsciente. Estaba muy nerviosa por la noticia y los médicos le dieron algo para dormir. Tenían miedo de que perdiera los nervios y le hiciera daño al bebé.

—Dresden —bufó Greene.

—Es lo mejor para ella en estos momentos —le dije a Molly—. Se lo tomará mejor cuando descanse un poco.

Asintió.

—Eso espero —dijo.

Greene escupió una maldición y echó mano de la radio, seguramente para llamar a sus matones.

Greene era un capullo.

Tal vez me estaba pasando con los hechizos, pero murmuré algo por lo bajo y, con un leve esfuerzo de voluntad, la radio comenzó a echar chispas y luego una pequeña columna de humo. Greene comenzó a maldecir mientras intentaba hacer funcionar aquella cosa.

—Maldita sea, Dresden —bufó—. Salga antes de que lo haga mandar a comisaría.

Continué ignorándolo.

—Hola, Rick. ¿Qué tal fue la boda?

—Se acabó —dijo Greene.

Rick frunció los labios y extendió una mano hacia Greene en un gesto para aplacarlo.

—Todo el mundo sobrevivió —respondió el agente Rick estudiándome con una expresión uniforme al tiempo que su mirada fluctuaba entre Molly y yo—. Harry, estamos trabajando. Deberías irte.

—¿Sí? —pregunté. Me dejé caer en la silla junto a Molly y le sonreí—. Creo que tal vez no. Es decir, yo también estoy trabajando. Soy asesor.

—Está obstruyendo una investigación, Dresden —bramó Greene—. Haré que pierda su trabajo en la ciudad y su licencia de investigador. Demonios, incluso voy a hacer que lo encierren un mes o dos.

—No hará tal cosa.

—Lo que tú digas, tipo duro —dijo Greene, y se dirigió a la puerta.

Molly lo tomó como una señal para levantarse.



—Siéntate —dijo Greene sin andarse con chiquitas—. No has terminado todavía.

Molly vaciló un momento y luego se volvió a sentar.

—Greene, Greene, Greene —dije—. Se te escapa algo.

Hizo una pausa. El agente Rick me observaba atento.

—Verá, la señorita Carpenter puede ir a donde le dé la real gana.

—No hasta que haya respondido a algunas preguntas —dijo.

Imité el sonido propio de una respuesta incorrecta en un concurso.

—Mal. Este es un país libre. Puede irse y no hay nada que pueda hacer al respecto. A no ser que quiera arrestarla. —Le sonreí un poco más—. No la ha arrestado, ¿verdad?

Molly observaba la conversación con el rabillo del ojo, muy quieta y con la cabeza gacha.

—La estamos interrogando sobre una investigación en curso —dijo Rick.

—¿Sí? Entonces, ¿quién de los dos tiene la citación a mano?

Ninguno la tenía, por supuesto. No dijeron nada.

—¿Ve? Es usted quien se ha pillado los dedos, Greene. No tiene nada de qué acusar a la joven. No tiene una orden judicial. No la ha arrestado. Así que lo que decida contarle es un asunto que le concierne solo a ella.

Molly parpadeó.

—¿Es así?

Me puse una mano en el pecho e imité una expresión de sorpresa.

—¡Greene! No me lo puedo creer. ¿Le ha mentido a esta joven para asustarla y hacerle creer que estaba arrestada?

—No le he mentado —bufó el sargento.

—Dejó que lo creyera —dije asintiendo—. Claro, claro. No es culpa de usted si ella lo interpretó mal. Bueno, rebobinemos la cinta y veamos dónde está el error. —Hice una pausa—. ¿Estáis grabando esto, verdad? Estará todo grabado y bajo control...

Greene me miró como si quisiera darme una patada en las pelotas y sacármelas por la garganta.

—Son solo especulaciones. Salga de aquí o como investigador jefe haré que lo echen del hotel.

—¿Eso es una amenaza? —le pregunté.

—Créame.

Hice el teatrillo de que me frotaba la boca.

—Estoy teniendo un dilema moral. Porque si me hace eso, entonces... demonios, tal vez la prensa averigüe que está echando a asesores profesionales con un historial positivo para la ciudad. —Me incorporé hacia delante para quitarle importancia—. Oh. Y podrían enterarse de que está interrogando ilegalmente a una menor.

Greene se me quedó mirando, sorprendido. Incluso el agente Rick arqueó una ceja.

—¿Qué?

—Una menor —repetí—. Es decir, alguien que no puede dar consentimiento legal por su propia cuenta. Me tomé la libertad de hacer llamar a sus padres. Estoy seguro de que ellos y su abogado tendrán muchas preguntas que hacerle.

—Eso es chantaje —dijo Greene.

—No, es seguir un proceso —contesté—. Ha sido usted el que ha intentado dar un rodeo por el sendero de la ley.

Greene me gruñó y dijo:

—Puede decir todo lo que quiera, pero no tiene pruebas.

Las mejillas me dolían de tanto sonreír, así que solté una carcajada.

La puerta, que no había estado nunca cerrada del todo, se abrió en el momento oportuno. Lydia Stern estaba detrás, con su identificación de la prensa alrededor del cuello y una grabadora de cintas pequeñas en la mano, sostenida en alto para que Greene la viera claramente.

—Entonces, detective —preguntó la mujer—, ¿puede explicar por qué para realizar su investigación está interrogando a una menor sin el consentimiento de sus padres? ¿Es sospechosa del crimen? ¿O testigo de alguno de los sucesos? ¿Y qué hay de esos rumores de no cooperación entre departamentos que aminoran el ritmo de la investigación?

Greene miró fijamente a la reportera y luego al agente Rick.

Rick se encogió de hombros.

—Le he pillado. Se ha arriesgado. No ha salido bien.

Greene escupió una palabra que una figura de la autoridad no debería decir delante de una menor y salió de allí como una exhalación. Lydia Stern me guiñó un ojo, luego se giró sobre sus tobillos y lo siguió con la grabadora en ristre, ametrallándolo con una serie de preguntas cuyas respuestas solo servirían para hacerle parecer un idiota.

Rick lo vio irse y negó con la cabeza.

—¿De qué va esto? —me preguntó.

—La chica es hija de un amigo —dije—. Solo estoy cuidándola.

Asintió ligeramente.

—Entiendo. Greene está bajo mucha presión. Siento que te tratara así.

—Rick —dije en un tono paciente—. No soy una adolescente. No trates de dártelas de poli bueno conmigo.

Su educada e interesada expresión se desvaneció enseguida para pasar en un segundo a una rápida e infantil sonrisa. Entonces se encogió de hombros y dijo:

—Merecía la pena intentarlo.

Bufé.

—Sabes que va a conseguir la citación. Es cuestión de pasar por los diferentes canales.

Me levanté.

—Ese no es mi problema. Se lo dejaré al abogado de los Carpenter.

—Ya veo —dijo—. Es verdad que estás interfiriendo en la investigación. Greene va a probarlo.

—Vamos, agente. Estoy protegiendo a una menor. La unión de libertades civiles se tragaría este asunto sin masticar. —Negué con la cabeza—. Además, lo que hacéis está mal. Asustar a una niña... demonios, tío, eso es rastrero.

Una pizca de rabia se paseó por la expresión del agente Rick.

—Dresden, sé que no tienes permiso para llevar un arma oculta. ¿Quieres que te convierta en sospechoso de llevar una y te registre?

Ups. Me puse nervioso al pensar en el revólver de mi mochila. Si el agente Rick quisiera convertirlo en un problema, podría meterme en un lío, pero no quería que él lo supiera. Traté de espantar la sospecha con un encogimiento de hombros.

—¿Y cómo va a ayudar eso a detener al asesino antes de que vuelva a actuar?

Rick echó la cabeza hacia un lado y se puso ceñudo. Maldita sea. Tengo que mejorar mi cara de póquer. Me miró de arriba abajo buscando lugares posibles donde podría haber guardado el arma.

—Es irrelevante —contestó—. Si estás incumpliendo la ley, estás incumpliendo la ley.

Desde la puerta se oyó un suspiro impaciente, y entonces Murphy dijo:

—¿Te mataría dejar de ser un gilipollas durante cinco minutos, Rick?

No me había dado cuenta de su llegada, y a juzgar por la expresión de Rick, él tampoco.

—Dresden es un asesor de Investigaciones Especiales que también está trabajando en el caso. No tenemos tiempo de meternos en un debate sobre quién fastidia a quién. Hay gente en peligro. Tenemos que trabajar juntos.

Rick la miró con rabia, luego dominó su temperamento y se encogió de hombros.

—Puede que tengas razón. Pero Dresden, quiero que consideres la idea de marcharte por tu propia voluntad. Si sigues interfiriendo, te arrestaré y te arrojaré a un calabozo al menos veinticuatro horas.

—No —dijo Murphy entrando en la sala—. No vas a hacer tal cosa.

Su ex la miró con los ojos entornados.

—Maldita sea, Karrin. ¿No sabes cuándo parar, verdad?

—Por supuesto que lo sé —dijo echando la mandíbula hacia delante—: Nunca.

El agente Rick sacudió la cabeza. Murphy suspiró.

—¿Está usted bien, señorita? —le preguntó a Molly.

La chica asintió algo atontada.

—Sí. Solo cansada.

Un momento después, Sandra Marling se apresuró a entrar, nos miró a todos y se acercó a darle un abrazo a Molly. La chica le devolvió con fuerza el abrazo.

—¿Ha contactado con ellos? —le pregunté a Sandra.

—Sí, la señora Carpenter viene de camino.

Molly se estremeció.

—Bien —dije—. ¿Puede quedarse con Molly hasta que llegue?

—Por supuesto.

Asentí.

—Pequeña, las cosas se están poniendo muy complicadas. Quiero que vayas con tu madre, ¿de acuerdo? —le dije a Molly.

Ella asintió, lentamente, sin alzar la vista.

Suspiré y me levanté de la silla.

—Bien.

Regresé al pasillo del hotel, flanqueado por Murphy y Ratón.

—Un buen tipo, Rick —comenté—. Tal vez algo manipulador.

—Solo un pelín —dijo Murphy—. ¿Qué ha pasado?

Se lo conté.

Soltó una carcajada maliciosa.

—Ojalá hubiera visto la cara que pusieron.

—La próxima vez haré fotos.

Asintió.

—¿Entonces qué hacemos ahora?

—Eh, estamos en un hotel —bromeé levantando las cejas—. Cojamos una habitación.

En circunstancias apacibles, estoy seguro de que no habría habitaciones disponibles. Sin embargo, era obvio que las circunstancias distaban de ser apacibles. Se había producido una pequeña avalancha de cancelaciones y salidas tempranas del hotel, lo que demostraba que la gente a veces tenía buen juicio. La convención había doblado el número de asistentes; sin embargo, aquello no significaba que quisieran quedarse allí a dormir.

Había una habitación disponible en la quinta planta. Pagué una tarifa adicional para que dejaran quedarse a Ratón e hicimos el check-in.

No había nadie más en el ascensor y subimos en mitad de un silencio que acabó por resultar tenso. Cambié el peso de una pierna a otra y jugueteé con una de las dos tarjetas de plástico que nos había dado el recepcionista. Me aclaré la garganta.

—Aquí estamos —dije—. Subiendo a una habitación de hotel.

Las mejillas de Murphy se pusieron rosadas.

—Eres un cerdo, Dresden.

—Eh, no te he insinuado nada. Lo has pensado tú solita.

Puso los ojos en blanco y sonrió un poco.

Vi cómo los números iban cambiando en el panel del ascensor. Tosí.

—Sí señor, solos los dos.

—Es un poco extraño —admitió.

—Un poco extraño —convine.

—¿Debería serlo? —preguntó—. Quiero decir que ya hemos trabajado juntos. Lo hemos hecho antes.

—No en una habitación de hotel.

—Sí que lo hemos hecho —dijo Murphy.

—Pero en esa había cadáveres, no cuenta.

—Sí, es verdad.

—Esta vez no hay cadáveres —dije.

—Eh —dijo Murphy—. La noche es joven.

Recordar los peligros que nos aguardaban aquella noche acabó con la conversación. Su sonrisa se desvaneció y sus mejillas recuperaron el tono normal. Continuamos el resto de la subida en silencio, hasta que la puerta del ascensor se abrió. Ninguno de los dos se movió para salir. Casi parecía que había una línea invisible en el suelo.

El silencio se alargó. Las puertas trataron de cerrarse y Murphy pulsó el botón con el pulgar para que se volvieran a abrir.

—Harry —dijo al fin, en voz muy baja y con los ojos azules perdidos en la distancia—. He estado pensando en... ya sabes, nosotros.

—¿Sí?

—Sí.

—¿Has pensado mucho?

Sonrió un poco.

—No estoy segura. No creo que quiera admitir que... ya sabes.

—¿Qué las cosas podrían cambiar entre nosotros?

—Sí. —Frunció el ceño—. No creo que sea algo que desees de verdad.

—Entre tú y yo, Murph —dije—, creo que sé mejor que tú lo que quiero.

Hizo una mueca.

—¿Cómo sabes que es lo que quieres?

—El Halloween pasado hubiera matado a Kincaid —dije.

Murphy bajó la vista al suelo al tiempo que sus mejillas se volvían a sonrojar.

—Oh.

—No literalmente —dije, luego hice una pausa—. Bueno, supongo que literalmente, pero la necesidad se fue apagando poco a poco.

—Ya veo.

—¿Estáis él y tú...? —pregunté dejando la pregunta sin terminar.

—Lo vi en Nochevieja —dijo—. Pero no tenemos nada serio. Ninguno de los dos lo quiere. Somos amigos. Disfrutamos de nuestra compañía. Eso es todo.

Arrugué la frente.

—Nosotros también somos amigos —dije—. Pero nunca te he quitado la ropa.

—Lo nuestro es diferente —dijo, renovando su sonrojo. Me miró de soslayo desde detrás de sus pestañas claras—. ¿Eso es lo que tú quieres?

Mi corazón se aceleró un poco.

—Oh. Quitarte la ropa...

Arqueó una ceja y ladeó la cabeza, esperando una respuesta.

—Murph, no he estado con una mujer desde... —Negué con la cabeza—. Mira, si le preguntas a cualquier tío si quiere sexo va a decir que sí. Hablando en general. Está en el manual de instrucciones del gremio.

Una chispa se encendió en sus ojos.

—¿Tú incluido? —presionó.

—Soy un tío —dije—. Así que sí. —Fruncí el ceño al pensar en ello—. Y... y no. Me sonrió y asintió.

—Lo sé. No podrías hacerlo a la ligera. Te comprometes demasiado profundamente. Te importa demasiado. No podríamos tener nada simple. Nunca te conformarías con eso.

Probablemente tuviera razón. Asentí.

—No sé si podría darte lo que quieres, Harry. —Entonces respiró hondo y dijo—: Y hay otras razones. Trabajamos juntos.

—Me he dado cuenta.

No llegó a sonreír.

—Lo que quiero decir es... que no puedo dejar que las relaciones afecten a mi trabajo. No es bueno para ninguno de los dos.

No dije nada.

—Soy policía, Harry.

Mi estómago dio un vuelvo al notar el rechazo y la falta de espacio para el compromiso en sus palabras.

—Sé que lo eres.

—Protejo la ley.

—Lo haces —dije—. Siempre lo has hecho.

—No puedo rehuir esa responsabilidad. No voy a hacerlo.

—Eso también lo sé.

—Y... somos diferentes. Nuestros mundos...

—En realidad no —dije—. Pasamos la mayor parte del tiempo en el mismo.

—Por trabajo —dijo en voz baja—. Mi trabajo no es todo lo que soy. O no debería serlo. Intenté una vez construir una relación teniendo eso en común.

—Rick —dije.

Asintió. El dolor asomó brevemente a sus ojos. Nunca me hubiera dado cuenta de aquello años atrás. Sin embargo, había visto a Murphy en buenos y malos momentos, sobre todo en malos. Nunca lo dijo, nunca quiso que yo dijera nada al respecto, pero yo sabía que sus matrimonios fallidos la habían herido más profundamente de lo que era capaz de admitir. De alguna manera sospechaba que aquello explicaba parte de su actitud profesional y su ambición. Estaba decidida a hacer que su carrera funcionara. Tenía que hacerlo.

Y tal vez la habían herido más profundamente de lo que parecía. Quizá lo bastante para no querer volver a abrirse. Las relaciones largas tienen un gran potencial para causar dolor a largo plazo. Quizás no quería pasar de nuevo por aquello.

—¿Y si no fueras policía?

Sonrió vagamente.

—¿Y si no fueras mago?

—*Touché*. Pero sígueme la corriente.

Ladeó la cabeza y me estudió un minuto.

—¿Qué pasará cuando vuelva Susan? —dijo entonces.

Sacudí la cabeza.

—No va a volver.

Su tono se volvió seco.

—Sígueme la corriente.

Fruncí el ceño.

—No lo sé —dijo en voz baja—. Decidimos romper. Y... sospecho que ahora veríamos muchas cosas de manera diferente.

—Pero ¿y si quisiera intentarlo de nuevo? —preguntó Murphy.

Me encogí de hombros.

—No lo sé.

—Digamos que acabamos juntos —dijo Murphy—. ¿Cuántos niños quieres?

Parpadeé.

—¿Qué?

—Me has oído.

—Yo no... —Parpadeé varias veces más—. No lo había pensado. —Así que lo hice. Pensé en el alegre caos de la residencia Carpenter. Dios, hubiera dado cualquier cosa por tener aquello cuando era pequeño.

Pero cualquier hijo mío heredaría algo más que mis ojos y mi barbilla arrebatadora. Había mucha gente a la que yo no le gustaba, y también otro tipo de

criaturas. Cualquier hijo mío heredaría algunos de mis enemigos, y lo que es peor, alguno de mis aliados. Mi propia madre me dejó un legado de perpetua sospecha y duda, además de pequeñas sorpresas desagradables que de vez en cuando aparecían desde vetustos tiempos pasados.

Murphy me observó con los ojos azules quietos y serios.

—Es una pregunta importante —dijo en voz baja.

Asentí, lentamente.

—Tal vez estás pensando demasiado en esto, Murph —dije—. En la lógica y la razón y los planes de futuro. Lo que hay en tu corazón no necesita de eso.

—Yo también solía pensar así. —Sacudió la cabeza—. Estaba equivocada. El amor no es lo único que hace falta. Y no nos veo juntos, Harry. Te tengo cariño, no podría pedir tener un amigo al que quisiera más, caminaría sobre el fuego por ti.

—De hecho ya lo hiciste —dije.

—Pero no creo que pudiera ser el tipo de novia que quieres. No nos llevaríamos bien.

—¿Por qué no?

—Al fin y al cabo —dijo con calma—, somos muy diferentes. Vas a vivir mucho tiempo, si es que no te matan. Siglos. Yo seguiré por aquí otros cuarenta o cincuenta años como máximo.

—Sí —dije. Era una de esas cosas que trataba con todas mis fuerzas de no pensar.

Siguió hablando, incluso más bajo:

—No sé si volveré a tener algo serio con un hombre. Pero yo... quiero que sea alguien que construya una familia conmigo. —Levantó la mano y me tocó la mejilla con sus cálidos dedos—. Eres un buen hombre, Harry, pero no eres lo que necesito.

Murphy quitó el pulgar del botón y abandonó el ascensor.

No la seguí de inmediato.

Ella no miró atrás.

Puñalada.

Vuelco.

Dios, me encanta ser mago.



## Capítulo 23

Era la típica habitación de mis experiencias anteriores en hoteles: limpia, sencilla y vacía. Me aseguré de que las persianas estaban echadas y empujé la pequeña mesa redonda contra una pared para tener espacio libre en el centro de la habitación. Solté mi mochila en la cama.

—¿Necesitas algo? —preguntó Murphy. Estaba de pie en el umbral de la puerta. No quería entrar.

—Creo que lo tengo todo. Necesito tranquilidad para prepararlo. —No había necesidad para no darle a Murphy una vía de escape a la incomodidad causada por la conversación de un momento antes—. Hay algo por lo que siento curiosidad. Tal vez puedas comprobarlo.

—El cine de Pell —supuso Murphy. Percibí el alivio en su voz.

—Sí. Tal vez puedas pasarte por allí y ver qué se cuece.

Frunció el ceño.

—¿Crees que podría haber algo?

—No sé lo bastante para creer nada todavía, pero es posible —dije—. Si algo te da mala espina no te quedes por allí, te largas y punto.

—No te preocupes —dijo—. Esa era mi intención. —Se dio la vuelta para irse—. No voy a tardar mucho. Te llamo en media hora, ¿de acuerdo?

—Claro —dije. Ninguno de los dos dijo en voz alta lo que estábamos pensando: que si no me llamaba probablemente significaría que estaba muerta, muriéndose o algo peor—. Media hora.

Asintió y se marchó, cerrando la puerta tras de sí. Ratón se acercó a la puerta, la husmeó un momento, dio tres vueltas sobre sí mismo y se tumbó en el suelo a dormir. Lo miré con expresión de fastidio y abrí la mochila. No podía hacer un círculo de tiza en aquel tipo de moqueta. Tendría que usar el viejo truco de la arena fina y blanca. A las camareras de planta les costaría limpiarlo, pero la vida puede ser dura a veces. Saqué una botella de cristal que contenía una arena especial y la puse en la mesa, junto al bloque principal de plastilina y la calavera de Bob.

Las luces naranjas se encendieron en los huecos de sus ojos.

—¿Puedo hablar ya?

—Sí —dije—. ¿Has estado escuchando?

—Sí —dijo Bob deprimido—. No vas a mojar nunca. —Miré a la calavera con odio—. No digo nada —continuó a la defensiva—. No es culpa mía, Harry. Es probable que pudieras tirártela si no te lo tomaras tan jodidamente en serio.

—El tema. Cámbialo —sugerí en un tono seco—. Ahora estamos trabajando.

—De acuerdo —dijo Bob—. Entonces estás planeando un conjuro estándar de protección usando una telaraña para cubrir todo el edificio.

—Sí —le confirmé.

—No va a servir de mucho —dijo Bob—. Quiero decir que cuando algo se manifieste y active la telaraña será porque ya esté en el mundo real. Mientras bajas corriendo por las escaleras hará pedazos a cualquiera que ande cerca.

—No es perfecto —dije—. Pero es lo único que tengo, a no ser que se te ocurra una idea mejor.

—Lo malo de contar con siglos de experiencia y conocimiento a mi disposición es que no me sirven de nada a menos que sepa contra qué quieres que te ayude a luchar —dijo Bob—. De momento, lo único que sabes es que tienes un fobófago intruso.

—¿No es lo bastante específico?

—¡No! —dijo Bob—. Se me ocurren doscientas clases diferentes de fobófagos, así sin pensar, y se me ocurrirían otras doscientas más si me parara a considerarlo.

—¿Tantas que puedan hacer lo que hizo esta cosa, adquirir una forma sólida y atacar?

Bob me miró como si fuera un idiota.

—Lo creas o no, la vieja rutina de adquirir la forma del peor miedo de la víctima es el movimiento más básico en el manual del fobófago.

—Oh. De acuerdo. —Negué con la cabeza—. No obstante, estamos en territorio abierto. No hay ningún umbral de donde se pueda colgar algo más pesado que una telaraña. Al menos si hago esto, tal vez pueda colocarme lo bastante deprisa en posición para intervenir directamente cuando la cosa se presente.

—Cosas —me corrigió Bob—. Plural. Los fagos son como hormigas. Primero se presenta uno, luego dos y al final cien.

Solté aire por la boca.

—Mierda —dije—. Quizás podamos aproximarnos a esto desde otro ángulo. ¿Hay alguna forma de redireccionarlos mientras estén cruzando, de hacerles más difícil la entrada?

Las luces de los ojos de Bob titilaron.

—Tal vez. Tal vez, sí. Podrías levantar un velo sobre el hotel, pero desde el otro lado.

—Vaya —dije—. ¿Me estás diciendo que puedo esconder el hotel de los fagos pero solo desde el Más Allá?

—Eso digo, sí —dijo Bob—. Incluso entonces, sería un riesgo calculado.

—¿Y eso?

—Todo depende de cómo lleguen aquí —dijo Bob—. Quiero decir, si son fagos que han encontrado aquí su particular coto de caza, un velo no va a detenerlos. Puede que los aminore, pero no los detendrá.

—Asumamos que no es una coincidencia —dije.

—De acuerdo. Asumiendo tal cosa, la siguiente variable es averiguar si han sido invocados o enviados.

Fruncí el ceño.

—¿Existe alguien con bastante poder para enviar a tales cosas desde el otro lado? No creía que eso siguiera pasando. De ahí la popularidad de los invocadores mortales.

—Oh, se puede hacer —me aseguró Bob—. Simplemente se requiere un endiablado montón de energía para abrir el camino al mundo mortal desde el otro lado.

Instalé un gesto preocupado en mi rostro.

—¿De cuánto poder estamos hablando?

—De uno grande —me aseguró Bob—. Del nivel del rey duende, de un arcángel o de uno de los viejos dioses.

Se me hizo un nudo en el estómago.

—O de una reina de las hadas.

—Oh, claro, supongo. —Se puso ceñudo—. ¿Crees que es trabajo de las hadas?

—Algo va mal en el mundo de las hadas —dije—. Peor de lo normal, quiero decir.

Bob tragó saliva, o al menos hizo un sonido similar.

—Eh, ¿no vamos a ir a visitar a las hadas ni nada parecido, verdad?

—No si puedo evitarlo —dije—. Si llegara el caso, no te llevaría conmigo, descuida.

—Ah —suspiró aliviado—. Bien.

—Un día de estos vas a tener que contarme qué le hiciste a Mab para que tenga tanto interés en matarte.

—Sí, claro —dijo Bob, con ese tono que uno usa cuando está barriendo hacia debajo de la alfombra—. Pero deberíamos considerar también la tercera posibilidad.

—Un invocador —dije—. Teniendo en cuenta que alguien me lanzó un conjuro la última vez que apareció el fago, puede que sea la posibilidad más plausible de las tres.

—Pienso lo mismo —dijo Bob—. En tal caso, tienes un problema.

Gruñí y comencé a desembalar velas, cerillas y mi vieja navaja del ejército.

—¿Por qué?

—Sin un umbral donde construir no puedes montar una defensa adecuada. E incluso si cruzas al Más Allá e invocas un velo para evitar que los fagos lleguen desde el otro lado...

—Su invocador los va a atraer hasta aquí —terminé, siguiendo el razonamiento—. Es como... bueno, podría recubrir la zona de niebla, pero si tienen a alguien a este lado los fagos cuentan con un faro que pueden seguir para llegar al hotel.

—Claro —convino Bob—. Y el invocador abre la puerta desde este lado y entran.

Fruncí el ceño.

—Entonces lo importante es encontrar al invocador —dije.

—No puedes hacer tal cosa hasta que no invoque a algo —me informó Bob.

—Demonios —me quejé—, tiene que haber una forma de evitarlo.

—No existe ninguna en particular —dijo Bob—. Lo siento, jefe. Hasta que no sepas más no puedes hacer otra cosa que no sea reaccionar a los acontecimientos.

Gruñí.

—Maldita sea. Entonces es la telaraña o nada. Al menos así tendré la posibilidad de identificar al invocador. —Al bajo, bajo coste de que los fagos le dieran una paliza a alguien o lo mataran. A no ser que...

—Bob —continué, madurando la idea—, ¿y si no intentara esconder el hotel ni evitar que esas cosas vengan? ¿Y si... eh... les pusiera una pequeña trampa a los fagos en la entrada?

Los ojos de Bob centellearon más aún.

—Oooooooh. La clásica doctrina del Consejo Blanco. Cuando los fagos entren, los conducirás directamente al tipo que los invocó. Le darás una dosis de su propia medicina.

—Por el culo —confirmé.

—Esa es la imagen —dijo Bob—. Un supositorio para el invocador.

—¿Se puede hacer, verdad?

—Claro —dijo Bob—. Cuentas con todo lo necesario para hacerlo. Sabes que los fagos buscan el miedo y que probablemente usen el poder del invocador como faro. Tu telaraña te dirá que algo se cuece. Conjuras una gran bola de fuego, la apuntas al faro hacia el que se dirigen los fagos y ¡a volar por los aires!

—Será como colgarle un filete al cuello y echarlo a los leones —dije sonriendo.

—Ave César —confirmó Bob—. Los fagos irán a por él.

—Y en cuanto esté fuera de juego conjuraré un velo sobre el hotel. No más asistentes a la convención resultarán heridos y el malo recibe una dosis letal de ironía dramática.

—¡Los buenos ganan! —clamó Bob—. O al menos tú. ¿Sigues siendo un buen tipo, verdad? Ya sabes lo confuso que es para mí todo ese concepto del bien y el mal.

—Estoy pensando que estaría bien cambiarlo por «ellos» y «nosotros» para simplificarlo —dije—. Me gusta el plan. Así que tiene que haber algo que se nos escape.

—Cierto —admitió Bob—. Va a ser un poco problemático respecto a los tiempos. No percibirás la presencia del faro hasta que los fagos entren desde el Más Allá y adopten forma material. Si para entonces no los has redireccionado, ya será demasiado tarde.

Asentí, pensativo.

—¿Eso cuánto me da? ¿Veinte segundos?

—Solo si son tímidos —dijo Bob—. Es probable que diez. Quizás incluso menos.

—Maldita sea, es muy poco margen. —Consideré otro problema—. No solo eso, sino que estaré disparando a ciegas. No hay manera de saber contra quién estoy mandando a los fagos. ¿Y si está en mitad de una multitud?

—Va a invocar seres malvados del inframundo para causar terror y muerte en el populacho —apuntó Bob paciente—. Partiendo de ahí, no se va a colocar entre la multitud.

—Bien apuntado. Seguro que lo hará desde un lugar privado y tranquilo. —Sacudí la cabeza—. En cualquier caso, sería mucho más feliz si esto dependiera menos del azar, pero no veo otro modo de evitar que esas cosas le hagan daño a alguien.

—Hasta que no tengamos más información no hay otra cosa que se pueda hacer, jefe.

Gruñí.

—Entonces será mejor que ponga en funcionamiento la telaraña.

La medalla identificativa de Ratón tintineó contra el collar y miré hacia atrás. El perro había levantado la cabeza del suelo para mirar hacia la puerta. Un segundo más tarde, alguien llamó con los nudillos.

Ratón no gruñó, y su cola golpeó la pared varias veces antes de que yo llegara a la puerta, lo cual me indicaba que todo iba bien.

—Ha sido rápido —dije abriendo la puerta—. Pensé que ibas a tardar media hora, Murph.

Molly estaba de pie en el umbral con una mochila a los hombros. Parecía pocha, del mismo modo que solían estarlo mis plantas cuando era lo bastante optimista para seguir comprando una nueva al morir la anterior. El pelo rosa y azul le colgaba lánguido sobre la cara y tenía las mejillas manchadas de restos de lágrimas de rímel. Estaba ajada, exhausta, confusa y sola.

—Hola —dijo. Su voz era poco más que un suspiro.

—Eh —le dije—. Pensé que estabas esperando a tu madre.

—Lo estaba —dijo—. Y sigo esperando... pero estoy hecha un desastre. —Se señaló a sí misma agitando la mano sin querer ni tocarse—. Quería asearme un poco, pero no me dejan usar el baño de la habitación de Nelson. Tenía la esperanza de que me dejaras el tuyo. Será un minuto.

Hubiera sido más fácil darle una patada a un cachorrillo que rechazar a aquella chica.

—Claro —dije—. Pero no hagas ruido, ¿de acuerdo?

Molly me siguió al interior de la habitación, deteniéndose para rascarle las orejas a Ratón. Me miró a mí y luego al suelo y los objetos que había sacado.

—¿Qué estás haciendo? —me preguntó.

—Magia —dije—. ¿Qué te parece que estoy haciendo?

Sonrió un poco.

—Oh. De acuerdo.

Señalé mis materiales con un gesto.

—Voy a intentar prevenir que otro ataque cause heridos.

—¿Puedes hacer eso? —me preguntó.

—Tal vez —dije—. O eso espero.

—No me lo puedo creer... Quiero decir que... sabía que había cosas ahí fuera, pero mis amigos... Rosie. —Su labio inferior tembló y los ojos se le llenaron de lágrimas que no llegaron a caer.

No había mucho que pudiera decir para consolarla.

—Voy a tratar de evitar que vuelva a pasar —dije con calma—. Siento no haber actuado con rapidez la primera vez.

Bajó de nuevo la vista y asintió sin decir nada. Tragó saliva varias veces.

—Escucha —le dije en voz baja—. Esto es algo serio. Tienes que hablar sobre ello. Y no conmigo —añadí cuando alzó la vista—. Con tu madre.

Molly negó con la cabeza.

—Ella no...

—Molly —suspiré—. La vida puede ser corta. Y cruel. Ya viste lo que pasó anoche. ¿Tienes una ligera idea de las cosas con las que tu padre tiene que lidiar todo el tiempo?

No respondió.

Seguí hablando en voz baja.

—Hasta los caballeros mueren, Molly. Shiro murió. Podría pasarle también a Michael.

Levantó la cabeza con brusquedad, mirándome sorprendida.

—¿Cómo te hace sentir eso? —pregunté.

Se mordió el labio.

—Asustada.

—A tu madre también le asusta. Le asusta mucho. Sobrevive a ese miedo aferrándose con fuerza a la gente que tiene a su alrededor. A veces con demasiada fuerza. Por eso tienes la sensación de que todavía pretende tratarte como a una niña pequeña. Probablemente sea así. Pero no es porque sea una controladora obsesiva, sino porque os quiere a todos mucho, a ti, a tu padre, a su familia, y tiene miedo de que algo malo pueda sucederos. Está desesperada por hacer todo lo que pueda para manteneros a salvo.

Molly no levantó la vista ni respondió.

—La vida es corta —continué—. Demasiado corta para malgastarla en

discusiones estúpidas. No estoy diciendo que tu madre sea perfecta, porque Dios sabe que no lo es. Pero por todos los santos, Molly, tienes el tipo de familia por el que gente como yo mataría. Crees que siempre van a estar ahí, pero podría ser que no. La vida no te ofrece muchas garantías.

Dejé que aquello cuajara, y luego añadí:

—Le prometí a tu padre que te pediría que hablaras con ella. Le dije que intentaría que las dos arreglarais las cosas.

Me miró llorando en silencio. El maquillaje oscuro siguió recorriendo sus mejillas.

—¿Vas a sentarte con ella, Molly? ¿Hablaréis?

Suspiró temblorosa y dijo:

—No sé si va a ser bueno. Nos hemos dicho tantas cosas...

—No puedo forzarte a hacerlo. Nadie puede excepto tú misma.

Inspiró aire por la nariz.

—No va salir nada bueno.

—No espero milagros. Solo intenta hablar con ella. Por favor.

Respiró hondo y asintió, una sola vez.

—Gracias —dije.

Trató de sonreír y se quedó parada en la puerta del baño un momento.

—¿Molly? —pregunté—. ¿Estás bien?

Asintió, pero no se movió.

Me puse ceñudo.

—¿Hay algo que quieras decirme?

Me miró un momento.

—No —dijo sacudiendo la cabeza—. No, no es nada, de verdad. Gracias. No tardaré mucho. —Entró en el baño, cerró la puerta y echó el pestillo. El agua de la ducha corrió un momento después.

—Vaya —dijo Bob desde detrás de mí, insertando un tono lascivo en la palabra—. No sabía que te gustaran tan... frescas, Harry.

Lo miré con resentimiento.

—¿Qué?

—¿Has visto el cuerpo que tiene? Una jaca magnífica. Una rubia nórdica jovencita toda llena de *piercings* y vestida de negro, lo que significa que al menos le va alguna guarrada. Y toda tierna y emocional y vulnerable además. Se está quitando la ropa aquí mismo, en el baño de tu habitación.

—¿Alguna guarrada? No... mira, no pienses que... —espeté—. No, Bob. No. Por todos los santos. Tiene diecisiete años.

—Entonces muévete rápido —dijo Bob—. Antes de que empiece a marchitarse. Saborea la perfección mientras puedes, es lo que siempre digo.

—¡Bob!

—¿Qué? —dijo.

—Las cosas no son así.

—Ahora no —dijo Bob—. Pero si te metes en esa ducha con ella harás realidad tu propia película erótica de canal de pago.

Me pasé el dedo por el puente de la nariz.

—Demonios. Esa idea es una equivocación, Bob. Es... una equivocación.

—Harry, hasta un pardillo sabe que no es una coincidencia cuando una chica se presenta en la habitación de hotel de un hombre. Sabes que lo que realmente quiere es...

—Bob —espeté para cortarle—. Incluso si lo quisiera, que no es el caso, no va a pasar nada con la chica. Estoy intentando trabajar. No me estás ayudando.

—Detestaría alterar tu intento más reciente de cortejar a la muerte y la agonía —dijo poniéndose poético—. Deberías dejarme en otra parte, donde no pueda distraerte. En la repisa del baño, por ejemplo.

En lugar de eso abrí bruscamente uno de los cajones vacíos del armario y metí la calavera dentro. Bob escupió algunas amortiguadas maldiciones en griego clásico, algo sobre ovejas y erupciones en la piel.

Al mirarme en el espejo sobre la mesa me topé con el reflejo de Lasciel en lugar del mío. Era una imagen angelical, adorable y serena.

—El pequeño pervertido tiene parte de razón, mi anfitrión —dijo.

Puse un dedo en el espejo.

—Bob es mi pequeño pervertido y el único que puede insultarle soy yo. Ahora vete.

—Ah —dijo Lasciel y la imagen se fue desvaneciendo, sustituida por mi propio reflejo.

—Es fascinante, sin embargo —añadió justo antes de desaparecer—, que su novio Nelson tenga un parecido físico asombroso contigo.

Entonces se fue de verdad. Maldita sea. Estúpidos demonios. Siempre tienen que dar la puntilla.

Y lo que es peor: tenía cierta razón. Miré hacia la puerta del baño y repasé mentalmente los acontecimientos del último día y mis interacciones con la chica antes de eso. Siempre fui alguien a quien su padre respetaba y su madre no aprobaba. Aparecía de tarde en tarde en su casa con aquel gran abrigo negro y el aspecto desaliñado de un tipo peligroso, y ella era joven e impresionable. Demonios, si uno se paraba a pensarlo, bastaba con la desaprobación de Charity para hacerme parecer interesante a ojos de aquella adolescente rebelde.

Llegué reticente a la conclusión de que era posible que Molly tuviera ciertas ideas en la cabeza. Explicarían muy bien los recientes silencios extraños y las pausas



dramáticas. Yo siempre le había gustado, y no era descabellado pensar que aquello hubiera desembocado en algo más profundo. Sería un completo bastardo si hiciera cualquier cosa para alentarla, incluso sin querer. Podría ser también que Bob y Lasciel estuvieran equivocados y en realidad no sucediera nada de esto, pero las pasiones de juventud, sus atracciones y deseos, eran como un campo de minas que si se tomaban a la ligera suponían un peligro.

Por muy buena percha que tuviera, Molly era todavía una niña a todos los efectos importantes. La guinda del pastel es que era la hija de mi amigo. La chica lo estaba pasando mal, lo cual me afectaba, quería ayudarla. No obstante, debía ser consciente de que mi simpatía podría ser malinterpretada. La cría tenía problemas y necesitaba de alguien que la ayudara a levantarse, no que la confundiera todavía más.

Salía vapor por debajo de la puerta del baño. Se estaba dando una ducha caliente de verdad. No una ilusoria.

Sacudí la cabeza y volví mi atención a la telaraña detectora.

En la escala de hechizos este estaba entre los grandes, pero no por ello era complicado. Había creado una versión a gran escala y a largo plazo de aquello mismo en mi vecindario, con el fin de detectar a cualquier presencia mística que merodeara por los alrededores de mi apartamento. Quería lo mismo para el hotel; sin embargo, no tenía que molestarme en mantenerlo activo mucho tiempo. Un amanecer, dos a lo sumo, bastarían para debilitar el hechizo, pero, con un poco de suerte, ya no lo necesitaría para entonces.

Dejé la plastilina a mano, cogí tres velas provistas de sus propios candeleros de madera, eché la arena formando un círculo a mi alrededor y empecé a reunir mi poder creando imágenes mentales de la telaraña de energía que necesitaba tejer entre los puntos del hotel donde había colocado los trozos de plastilina. No tardé demasiado en tenerlo preparado. Cualquiera con habilidades básicas y la suficiente voluntad sería capaz de hacer algo como esto, o al menos en una escala menor. Tejer una red en un edificio entero suponía levantar mucho peso, mágicamente hablando, pero no era complicado. Quince minutos después, consolidé las imágenes de los patrones energéticos en mi mente y susurré:

—*Magius, orbius, spiritus oculus.*

Al decir aquellas palabras vertí mi voluntad y mi magia en ellas. Mi cuerpo se encendió con un fogonazo, un torrente de energía recorrió mis miembros, descendió hacia el pedazo de plastilina y revoloteó en espiral alrededor de las tres velas que serían las llamas del conjuro. La energía del hechizo centelleó y provocó una pequeña sucesión de vagos parpadeos parecidos a destellos de electricidad estática que encendieron las velas con pequeñas llamas nacidas de su poder. Rompí el círculo de arena sin dejar de decir las palabras y la energía floreció en el hotel tal como había imaginado. Unos lazos invisibles se entrelazaron de manera instantánea, igual que

pedazos de hielo que se solidificaran en un mero suspiro, extendiendo uniones invisibles por todo el interior del hotel.

Cuando terminé el hechizo me falló un poco el equilibrio y el drenaje energético me dejó sumido en una fatiga temporal. Me senté con la cabeza gacha, respirando aceleradamente durante unos momentos.

—Uau —dijo Murphy, no muy impresionada. Al levantar la vista me la encontré cerrando la puerta—. ¿Qué has hecho?

Hice un círculo en el aire con la mano.

—Si las malas energías se presentan en el hotel, el hechizo lo detectará. —Hice un gesto hacia las tres velas—. Coge una. Si ves que se enciende, significa que llega algo.

Murphy frunció el ceño, pero asintió.

—¿Con cuánto tiempo de margen nos advierten?

—No mucho —dije—. Un par de minutos, tal vez menos. Tal vez mucho menos.

—Tres velas —dijo—. Una para ti, otra para mí y...

—He pensado que deberíamos ver si Rawlins quiere una.

—¿Está aquí? —dijo Murphy.

—Tengo un pálpito —dije—. Me pareció del tipo de persona que no deja las cosas a medias.

—También es un tipo de persona que ha resultado herido. No es probable que le den un servicio activo aquí.

—Tampoco lo era en el hospital —apunté.

—Cierto —reconoció Murphy.

Contuve un poco el aliento y pregunté:

—¿Algo en el cine de Pell?

Murphy asintió y cruzó la habitación para coger dos de las velas.

—Nada. El local estaba cerrado con cadenas en la puerta delantera y con llave en la trasera. Ponía en un cartel que permanecería cerrado hasta nueva orden.

Gruñí.

—Lo lógico es que Pell no lo cerrara, al fin y al cabo la convención le deja unos ingresos considerables... aunque esté en una cama de hospital. Demonios, especialmente si está en una cama de hospital.

—Puede que no tenga nadie a quien confiárselo.

—¿Y si sí tiene a alguien de confianza para cerrarlo? —dije—. No tiene sentido. Seguro que Pell no tuvo ocasión de cerrarlo después del ataque.

Murphy arrugó la frente, pero no se mostró en desacuerdo conmigo.

—He tratado de llamarle para preguntárselo, pero la enfermera me dijo que estaba dormido.

Me pasé los dedos por el pelo, cavilando sobre la situación.

—Esto se va poniendo curioso —mascullé—. Nos estamos saltando algo.

—¿Qué? —preguntó Murphy.

—Otro jugador —dije—. Alguien a quien no hemos visto aún.

Murphy emitió un sonido, igualmente pensativa.

—Tal vez. Pero imaginar a perpetradores invisibles o conspiraciones escondidas se acerca bastante a la paranoia.

—Entonces quizás no sea otro sospechoso —elucubré—. Tal vez se trate de otro motivo.

—¿Qué? —preguntó, aunque pude ver los mecanismos girando en su cabeza mientras seguía la cadena lógica de la idea.

—Estos ataques de fagos parecen muy simples a primera vista. Como... no sé, los ataques de un tiburón. Algo hambriento se presenta para comer y luego se va. Son las típicas apariciones de la naturaleza. O mejor dicho, las típicas apariciones de lo sobrenatural.

—Pero no son casuales —dijo Murphy—. Alguien está enviando a estos seres a un lugar específico. Alguien que trató de detenerte usando magia cuando te enfrentaste a uno de los fagos.

—Lo que saca a colación la pregunta obvia... —comencé.

Murphy asintió y finalizó el pensamiento.

—¿Por qué lo hace?

Coloqué la mano izquierda a un lado de mi cuerpo.

—Mira aquí. —Entonces hice un corto movimiento en el aire con la mano.

—Es una distracción —dijo Murphy—. ¿Pero de qué?

—Algo peor que unos depredadores homicidas, metamorfos y sobrenaturales —musité—. Algo que querríamos detener con más empeño si cabe.

—¿El qué?

Sacudí la cabeza y me encogí de hombros.

—No lo sé. Al menos todavía no.

Murphy hizo una mueca.

—Te dejo a ti la labor de lograr que la paranoia suene plausible.

—Solo será una paranoia si estoy equivocado —dije.

Murphy miró hacia atrás y se estremeció un poco.

—Sí. —Volvió su atención hacia mí, se puso derecha y respiró hondo para tranquilizarse—. De acuerdo. ¿Qué jugada hacemos ahora? Supongo que tienes algo en mente aparte de un minuto o dos de advertencia.

—Sí —dije.

—¿Qué? —preguntó.

—La cosa se pone técnica —dije.

—Trataré de llevar el ritmo —afirmó.

Asentí.

—Siempre que algo del mundo espiritual quiere cruzar al mundo mortal tiene que hacer varias cosas para atravesar la frontera. Debe existir un punto de origen, un punto de destino y bastante energía para abrir un sendero. Entonces tiene que cruzar, invocar ectoplasma del Más Allá e infundirle energía para otorgarle un cuerpo físico.

—¿A qué te refieres cuando hablas de puntos de origen y destino?

—Enlaces —le dije—. Como los puntos de referencia. En general, la criatura a la que estás llamando puede servir de punto de origen. Quienquiera que abra el camino para pasar es generalmente el destino.

—¿Puede alguien ser un destino? —preguntó.

—No —dije—. No puedes invocar a nada que no... —Fruncí el ceño, buscando las palabras—. No puedes invocar a algo que no tenga algún tipo de reflejo dentro de ti, una especie de punto de referencia para el ser espiritual. Si quieres seres malvados, crueles y hambrientos, debe haber crueldad y hambre en tu interior.

Asintió.

—¿Siempre se tiene que abrir el sendero desde este lado?

—En general sí —dije—. Requiere un esfuerzo supremo hacerlo desde el otro.

Asintió.

—Continúa.

Le conté mi plan para rebelar a los fagos contra su invocador.

—Me gusta —dijo—. Es buena idea usar sus propios monstruos contra ellos... pero ¿qué labor me deja eso a mí?

—Concédeme tiempo —dije—. Habrá un momento, cuando crucen la frontera, en el que el fago o fagos serán vulnerables. Si logras ver a uno y distraerlo, dispondré de un poco más de tiempo para apuntarlos a todos hacia su invocador. También es posible que mi hechizo no funcione. Si se tuerce, al menos estarás lo bastante cerca para quitar a la gente de en medio. Al menos servirá de algo.

Murphy comenzó a hablar, luego hizo una pausa y se dio la vuelta.

—Harry, ¿hay alguien en la ducha? —me preguntó.

—Ah, sí —dije frotándome la nuca.

Enarcó una ceja y esperó una explicación que no le di. Quizás era mi forma de vengarme tras su brutal honestidad en el ascensor.

—De acuerdo entonces —dijo, y se llevó las velas—. Voy a bajar a buscar a Rawlins. Si no, usaré a uno de mis chicos de Investigaciones Especiales.

—Suená bien —dije.

Murphy se marchó y yo comencé a planear mi hechizo de redirección. No me llevó mucho tiempo.

Ratón levantó la cabeza de repente y un segundo después alguien llamó a la puerta. Me acerqué a abrir.

Charity estaba al otro lado, ataviada con unos vaqueros, una camiseta sin mangas y una ligera blusa azul de algodón. El estrés se percibía en sus rasgos, en los hombros echados hacia delante por la inconsciente tensión. Al verme, su gesto se tornó remoto y neutral, muy controlado.

—Hola, señor Dresden.

Es probable que fuera el saludo más amigable que podía esperar de ella.

—¿Qué tal? —dije.

A su lado había un hombre mayor un poco más bajo de lo normal. El poco pelo gris que le quedaba lo llevaba cortado con cuidado. Tenía los ojos del mismo color que los huevos de petirrojo, gafas, una constitución saludable e iba vestido con pantalones de traje y una camisa negra. El cuadrado blanco de su cuello de clérigo destacaba sobre la camisa. Sonrió al verme y me ofreció su mano.

Se la estreché con una sonrisa que no tuve necesidad de fingir.

—Padre Forthill. ¿Qué está haciendo aquí?

—Hola, Harry —dijo amigable—. Prestando algo de apoyo moral, básicamente.

—Es mi abogado —añadió Charity.

Parpadeé.

—¿En serio?

—En serio —dijo Forthill sonriendo—. Hice la carrera antes de tomar los votos. A veces he echado una mano a mis parroquianos y en la diócesis. También hago trabajos pro bono de vez en cuando.

—Es abogado —dije—. Y sacerdote. No es compatible.

La barriga de Forthill tembló al compás de su risa.

—Oxímoron.

—Eh, ¿le he insultado yo? —Sonreí—. ¿Qué puedo hacer por ustedes?

—Se supone que Molly nos estaba esperando abajo —dijo Charity—. Sin embargo, no la hemos encontrado. ¿Sabe dónde está?

El universo conspiró contra mí. Si Charity hubiera hecho aquella pregunta diez segundos antes no hubiera pasado nada. No obstante, en aquel mismo momento se abrió la puerta del baño y Molly apareció entre una nube de vapor. Tenía una adorable toalla enrollada en el pelo y sostenía otra sobre su torso. Siendo las toallas de hotel como son y el torso de Molly como era, la toalla no llegaba a envolverla del todo y apenas guardaba la modestia.

—Harry —dijo—, me he dejado el bolso en... —Se calló de repente, mirando a Charity.

—Esto no es lo que parece —farfullé girándome hacia Charity.

Sus ojos eran como el hielo, pura rabia. Un viejo axioma de Kipling respecto a que la hembra de la especie era más mortal que el macho pasó por mi mente justo cuando Charity le presentó mi barbilla a su puño derecho.

Una luz resplandeció detrás de mis ojos y me encontré tumbado en el suelo mientras el techo me daba vueltas.

—¡Madre! —dijo Molly sorprendida.

Al mirar hacia arriba vi a Forthill agarrar con una mano firme a Charity para evitar que siguiera dándome golpes. Miró al sacerdote como un salvaje, pero los dedos del viejo se hundieron en su bíceps hasta que finalmente asintió y dio un pequeño paso de vuelta al pasillo.

—Vístete —le dijo a Molly con una implacable autoridad en su tono—. Nos vamos.

La chica parecía que iba a derrumbarse allí mismo. Cogió el bolso, entró en el baño y se vistió en menos de un minuto.

—No ha pasado nada —murmuré. Lo que sonó fue algo parecido a esto: «Noapanaa»

—Es posible que no pueda apartarle de mi marido —dijo Charity, su tono frío, su dicción precisa—. Pero si se acerca a alguno de mis hijos de nuevo, lo mataré. Gracias por llamar.

Se marchó, y la cansada Molly la siguió.

—No ha pasado nada —le dije de nuevo a Forthill. Esta vez mis palabras sí se parecieron al lenguaje humano.

Suspiró, mirando a la pareja alejarse.

—Te creo —dijo, me brindó una sonrisa que era una parte diversión y cuatro disculpa y las siguió.

A Murphy no le había dado tiempo de llegar a los ascensores antes de que Charity y Forthill se presentaran en mi puerta. Apareció en el umbral, miró dentro y luego en la dirección por la que Charity y compañía se habían ido.

—Oh —dijo—, ¿estás bien?

—Supongo —suspiré.

Hizo una mueca con la boca, pero no llegó a sonreír o reírse de mí.

—Sabes que esto era de esperar.

—No te rías de mí —dije—. Duele.

—Te han dado más fuerte —dijo sin rastro de pena—. Y te sirve de lección por dejar entrar a una chica en tu habitación de hotel. Ahora levántate. Estaré abajo.

Ella también se marchó.

Ratón se acercó y comenzó a acariciarme pacientemente la barbilla con el hocico y a darme besos húmedos de perro en el moratón que sentía que se me estaba formando ya en la zona.

—Las mujeres me confunden —le dije.

Ratón se sentó con la mandíbula abierta a modo de sonrisa perruna. Gemí, me puse en pie y me dispuse a preparar el hechizo de redirección al tiempo que en el

exterior de mi ventana el sol se apresuraba hacia su encuentro con el horizonte de occidente.

## Capítulo 24

Cerré la puerta y me apresuré a preparar el hechizo para el fago. Cada segundo contaba. Solo tendría una oportunidad para distraer a los fagos, así que finalicé los preparativos con una prisa febril.

No ocurrió nada.

El sol se puso, dejándome casi a oscuras, ya que no me había molestado en encender las luces.

Siguió sin ocurrir nada.

Me arrodillé en mi círculo de arena hasta que me dolieron las piernas y luego se me durmieron. Mis rodillas parecían estar fundidas en cemento.

Y siguió sin pasar nada.

—Vamos —me quejé—, que se desencadene ya el infierno.

Desde su lugar junto a la puerta, Ratón dejó escapar un suspiro.

—Oh, calla —le dije. No me atrevía a tomarme un descanso. Si los malos se ponían en movimiento y yo no estaba preparado alguna gente resultaría herida. Así que me quedé allí de rodillas, manteniendo el hechizo preparado en mi mente, incómodo, y maldiciendo por lo bajo, sulfurado. Estúpido invocador. ¿A qué demonios estaba esperando? Cualquier villano medio competente tendría a sus monstruos causando el terror por los pasillos desde hacía horas.

La cola de Ratón golpeó la pared, y un momento después la cerradura de la puerta dio un chasquido y Rawlins la abrió. Iba con vaqueros, una camisa de manga larga que ocultaba los vendajes de su brazo herido y portaba en la mano una de las velas del conjuro. El corpulento oficial negro se agachó a acariciar a Ratón, que olisqueó a Rawlins al estilo de cualquier perro y meneó la cola un poco más.

Rawlins se quedó en el umbral.

—¿Hola? ¿Dresden?

—Aquí —murmuré.

Rawlins buscó a tientas el interruptor de la luz en la pared y lo encendió. Me miró un momento, levantando levemente las cejas.

—Ajá. Esto es algo que no veo todos los días.

Hice una mueca.

—Veo que Murphy te ha encontrado.

—Cualquiera diría que es una detective —dijo Rawlins, sonriendo.

—¿Sabe tu jefe que estás aquí? —pregunté.

—De momento no —contestó—. Pero sospecho que alguien lo notará y se lo dirá en algún momento.

—No se pondrá muy contento —dije.

—Espero poder vivir con ello cuando eso suceda. —Agitó su pequeña vela—.



Murphy me ha hecho subir para comprobar si seguías vivo.

—Voy a necesitar cirugía en la rodilla —suspiré—. No esperaba que tardara tanto.

—Ajá —dijo de nuevo Rawlins—. ¿No eres uno de esos adoradores de Satán, verdad?

—No —dije—. Más bien de Pitágoras.

—¿Pi qué?

—El tipo que inventó los triángulos.

—Ah —dijo Rawlins, como si aquello lo explicara todo—. ¿Entonces qué estás haciendo aquí?

Se lo conté, aunque parecía que tenía problemas para aceptar mis palabras. Tal vez era yo el que carecía de credibilidad.

—Sin embargo, esperaba que ya hubiera actuado a estas alturas.

—Los desviados son así de graciosos —convino—. No respetan nada.

Arrugué la cara para pensar. Tenía hambre, sed, estaba cansado, me dolía todo y tenía que usar el baño en su versión larga. Ninguna de esas cosas iba a ser más soportable a medida que avanzara la noche, y necesitaba toda la concentración que pudiera reunir.

—De acuerdo —dije—. Sé inteligente. Tómate un descanso. —Me agaché y rompí el círculo metiendo algo de arena dentro con la mano, dejando que la energía del hechizo se consumiera poco a poco. Al menos ya lo había hecho una vez. Volver a la misma posición no me llevaría tanto tiempo como en la primera ocasión.

Traté de levantarme, pero mis piernas estaban inutilizables. Hice una mueca en dirección a Rawlins.

—¿Me echas una mano? —le rogué.

Dejó la vela y me ayudó. Trastabillé ridículamente un par de segundos, pero logré llegar al baño para hacer lo que tenía que hacer.

—¿Estás bien? —me preguntó.

—Estoy bien. Dile a Murphy que siga preparada.

Rawlins asintió.

—Estaremos abajo. —Hizo una pausa y dijo—: Espero que esto suceda pronto. Hay una especie de concurso de disfraces.

—¿Es grave?

—Hay muchos modelitos con muy poca tela, y alguna de esa gente no debería llevar cosas así.

—Llama a la policía de la moda —dije.

Rawlins asintió, grave.

—Se han pasado.

—¿Me haces un favor? —le pedí—. Lleva a Ratón a dar un paseo. —Saqué un

par de billetes de mi bolsillo trasero y se los di a Rawlins—. Tal vez un perrito caliente.

—Claro —convino Rawlins—. Me gustan los perros.

La cola de Ratón golpeó rápidamente la pared.

—Hagas lo que hagas no le des nachos. No me he traído la máscara de gas.

Rawlins asintió.

—Sin problema.

—Mantén los ojos abiertos —dije—. Dile a Murph que estaré de nuevo listo en dos minutos.

Rawlins gruñó un asentimiento y se marchó.

Tenía un arsenal de zumos de frutas en la mochila, además de algo de carne y chocolate. Me acerqué a ella y comencé a devorar las tres cosas al tiempo que andaba de un lado a otro para estirar las piernas. Prepararme para atacar era algo más que una simple tensión física. Sentía la cabeza como envuelta en lana, mis sentidos parecían algo distorsionados; los bordes eran más afilados, las curvas más ambiguas. Aquello contribuía a que la habitación me pareciera una pintura de Escher venida a menos. No podía evitarlo. El uso de la magia era una cuestión principalmente mental y mantener en la mente un hechizo durante tanto tiempo a veces desencadenaba desconcertantes efectos secundarios.

Acabé con la comida lo que tardé en tragarla, reservé algo de bebida por si estaba allí algunas horas más y volví a mi círculo, dispuesto a cerrarlo de nuevo.

Entonces sonó el teléfono de la habitación.

—*Déjà vu* —le comenté a la habitación vacía. Al ponerme en pie me crujieron las rodillas. Cogí el teléfono.

—Taxidermia Dresden —dije—. Tú la diñas, nosotros te disecamos.

Se produjo un breve silencio sorprendido al otro lado del aparato, y entonces me habló la voz de un joven:

—Eh... ¿es usted Harry Dresden?

Reconocí la voz, era el novio Nelson. Se me irguieron las orejas, metafóricamente.

—Sí, soy yo —dije.

—Soy...

—Sé quién eres —le dije—. ¿Cómo has sabido dónde estoy?

—Sandra —dijo—. Llamé a su móvil. Me dijo que había cogido una habitación.

—Ajá. ¿Por qué me llamas?

—Molly me dijo... dijo que ayudaba a la gente. —Hizo una pausa para respirar, y luego añadió—: Necesito su ayuda. Otra vez.

—¿Por qué? —pregunté. Deja las preguntas abiertas, pensé. No hagas nunca una con una respuesta simple—. ¿Qué está pasando?

—Anoche, durante los ataques. Creo que vi algo.

Suspiré.

—Sí, había algo dando vueltas por aquí —convine—. Si viste algo, eres testigo de un crimen, chico. Tienes que presentarte ante la policía y trabajar con ellos. Son poco razonables con la gente que se pone evasiva cuando le preguntan sobre un asesinato.

—Pero creo que alguna... cosa me estaba siguiendo —dijo. La voz de Nelson tembló de miedo—. Mire, los policías son solo policías, tío. Tienen pistolas. No creo que puedan ayudarme. Espero que usted pueda.

—¿Por qué? —le pregunté—. ¿Qué es lo que viste?

—No —dijo—. Por teléfono no. Quiero reunirme con usted. Quiero que me prometa que va a ayudarme. Se lo diré entonces.

De acuerdo. Porque no tenía otra cosa mejor que hacer.

—Mira, chaval...

La voz de Nelson parecía de repente dominada por un terror inenarrable.

—Oh, Dios. No puedo quedarme aquí. Por favor. Por favor.

—Vale, vale —dije intentando mantener el tono de mi voz fuerte y tranquilo. El chico estaba asustado, hasta la última fibra de su ser, estaba de fango hasta las rodillas, medio loco de miedo, era imposible que pensara racionalmente.

—Escúchame. Ten gente cerca, tanta como puedas. Ve a la iglesia de Santa María de los Ángeles. Es campo sagrado, allí estarás a salvo. Pregunta por el padre Forthill. Es un tipo pequeño, casi calvo, con gafas y brillantes ojos azules. Cuéntaselo todo y dile que iré a recogerte en cuanto pueda.

—Sí, de acuerdo, gracias —dijo Nelson con las palabras atropelladas por la histeria. Escuché un breve clic y luego pasos que se alejaban. No había siquiera colgado el teléfono antes de salir corriendo a toda velocidad.

Me mordí el labio. El chico tenía problemas, o al menos estaba convencido de tenerlos. Si era así, eso significaba que había visto algo la noche anterior, algo que alguien consideraba lo bastante importante como para querer quitarlo de en medio; es decir, una maldita prueba que me ayudaría a averiguar qué demonios estaba pasando. Sentí una punzada de ansiedad. Un campo sagrado era un poderoso repelente de las cosas que aparecían en la noche —o en este caso, de las cosas que apuñalaban y destripaban en la noche—, pero no era invulnerable. Si algo con el suficiente poder sobrenatural andaba tras aquel chico, podía entrar por la fuerza en la iglesia si quisiera.

Maldita sea, pero ¿qué opción me quedaba? Si abandonaba mi posición, cualquier nuevo ataque haría que lo de anoche pareciera un agradable paseo por un parque de atracciones. ¿Qué pudo haber visto para que quisieran matarlo? ¿Por qué demonios lo estaban siguiendo? Me sentí como si anduviera a tientas dentro de la casa de alguien, sin saber a ciencia cierta cuál era la decisión correcta, moviéndome inseguro. Si no

empezaba pronto a encontrar piezas del puzle y a juntarlas, moriría más gente.

Solo podía estar en un sitio a la vez. Si el chico estaba metido en un verdadero problema estaría tan a salvo en la iglesia con Forthill como en otra parte de la ciudad, excepto en mi apartamento poderosamente blindado. Entretanto, aquí había un puñado de otros chicos que se disponían a ser la cena de los fobófagos. Tenía que actuar donde pudiera hacer un bien mayor. Era una ecuación fría, el cálculo de la supervivencia, pero innegable. Acudiría en ayuda de Nelson cuando acabara de ocuparme del asunto en el hotel.

Me puse otra vez de rodillas, con cuidado, cerré el círculo y comencé a reunir las piezas del hechizo de redirección una vez más.

La vela del conjuro en la mesa de la habitación se encendió de repente con una brillante luz roja. Al mismo tiempo noté un zumbido en el aire, donde los hilos de mi tela de araña se habían topado con el movimiento de una magia poderosa. Mis pensamientos y mi atención fueron a parar a un pasillo trasero del hotel, no muy lejos de las cocinas, al fondo del vestíbulo exterior del gimnasio y otro de los baños del hotel, de donde provenía un zumbido doble.

Cuatro atacantes esta vez. Como mínimo.

Nueve.

Tal vez menos.

Ocho.

Me volqué en el hechizo.

Siete.

Tenía que ser rápido.

Seis.

Tenía que ser perfecto al primer intento.

Cinco.

Si la cagaba alguien pagaría los platos rotos.

Cuatro.

Lo pagaría con sangre.

Tres.

Dos.

Uno.

## Capítulo 25

Preparé el hechizo, aterrado de que fuera ya demasiado tarde, de que hubiera cometido un error fatal, de que más inocentes tuvieran que enfrentarse a una terrible agonía y muerte.

Así era como tenía que ser. Si quería evitar una escalada de terror por parte de los fagos dirigiéndolos contra una mayor fuente de miedo, este tenía que venir de alguna parte; en concreto, de mí. No funcionaría si trataba de usar emociones falsas, sería como querer darle un plátano de plástico a un gorila. El miedo debía de ser auténtico.

Por supuesto, no tenía previsto tener tanto miedo. El hecho de haberme pillado con la guardia baja y tan ajustado de tiempo había añadido un toque de pánico e histeria a la enorme ansiedad que ya sentía.

El hechizo se ensambló y el tiempo se detuvo bruscamente.

En aquel estado ilusorio, mis sentidos se hallaban a flor de piel. La presencia de las peligrosas entidades que estaban entrando en el mundo material formaba una onda de energía en mi telaraña detectora, una oscilante y temblorosa sensación. La energía del hechizo ardió como una estrella invisible ante mis manos extendidas y mi miedo penetró en ella y se fusionó con el hechizo. De mi anzuelo brotaron ráfagas de poder que recorrieron la telaraña de detección, acariciando a las entidades espirituales, atrayendo su atención, anunciándoles la promesa de un rico banquete.

Y en algún lugar en mitad de todo aquello, sentí un pulso único, silencioso, tembloroso, una presencia viva que solo podría ser la del invocador de los fagos y a su vez el faro que iluminaba su llegada.

—Te tengo —siseé, y con un gran esfuerzo de voluntad rompí el círculo y envié el hechizo en su dirección.

El tiempo volvió a su curso normal. La energía que potenciaba el hechizo salió despedida de mí con otra acometida y me dejó tendido de lado en el suelo, luchando por recuperar algo de aliento. Sentí el conjuro chisporroteando por la red de poder en busca del invocador y un instante después la sensación de un impacto cuando logró dar en el blanco. Al ocurrir aquello, las entidades a las que mi telaraña tocó se pararon en seco, la red dejó de temblar y se pusieron en movimiento enseguida, desapareciendo de la red, en teoría a la caza del anzuelo.

Todos menos uno.

A los pocos instantes de que las entidades se marcharan, mi red se volvió a estremecer. Aquel movimiento produjo una presión subliminal en mis pensamientos.

Me había dejado uno. Mi hechizo había arrancado a tiempo para afectar a los otros, sin embargo, la red había fallado o el fago que quedaba había sido más rápido que sus compañeros del Más Allá. Pude sentir sus movimientos desde la cocina del hotel hasta los vestíbulos de la convención.

Quería acurrucarme en posición fetal y entrar en coma, pero en vez de hacer eso me puse de pie como pude, cogí la mochila y abrí el cajón para sacar a Bob.

—¿Ha funcionado? —gorjeó.

—Casi —dije—. Queda uno. Agacha la cabeza.

—Oh, muy gracioso... —comenzó a decir.

Cerré la cremallera de la mochila, cogí el bastón y la vara y me tambaleé hacia la puerta con la intención de encontrar al fago que quedaba antes de que alguien se topara con él.

Mis piernas casi cedieron solo de pensar que tendría que bajar por las escaleras, así que usé el ascensor hasta la primera planta. El indicador decía que íbamos por la segunda cuando comencé a oír gritos ahogados de terror. El ascensor llegó al primer piso y las puertas acababan de empezar a abrirse cuando se fue la luz.

La negrura cubrió el hotel. Los gritos se redoblaron. Saqué mi amuleto pentáculo y utilicé parte de mi voluntad para hacer que brillara una tenue luz azul de mago. Introduje el bastón entre las puertas ligeramente abiertas del ascensor e hice palanca para salir.

Aunque el sol se había puesto casi una hora antes, el multitudinario vestíbulo de la convención seguía con el ambiente cargado. El aire acondicionado no hacía mucho por remediarlo. Me armé de valor y me dirigí a la cocina. De camino hacia allí la temperatura del aire se desplomó, el hotel pasó de ser una sauna a una nevera en pocos segundos. El aire enfriado de repente no pudo contener una humedad tan opresiva, así que una repentina y espesa niebla apareció de la nada y me impedía la visibilidad a tres o cuatro pasos de distancia.

Maldita sea. Los fagos que habían aparecido hasta ahora parecían especializados en la violencia cuerpo a cuerpo, al contrario que los magos sibilinos como yo, que preferíamos hacer nuestras cosas desde el otro lado de la calle, de la manzana o tal vez desde una dimensión vecina. Lo más lejos posible, a poder ser. La capacidad de curación de un mago bien puede ser mayor que la del resto de humanos, no obstante, es una ventaja útil solo a largo plazo. En una pelea de bar no me serviría de mucho, por ejemplo. Demonios, ni siquiera llevaba mi guardapolvos, y ahora que hacía tanto frío en el hotel lo echaba de menos por múltiples razones.

Me puse el amuleto, agité el brazo de mi escudo y creé una segunda fuente de brillante energía azul procedente del brazalete, si bien no lo pretendía. El brazalete plateado que usaba para centrar la magia en un plano tangible de fuerza se dañó en el mismo fuego que casi me dejó sin mano izquierda. Una de las consecuencias de los daños es que solían salir chispas de luz azul despedidas de él cada vez que movía el brazo.

Tenía que estar preparado para usar el escudo sin apenas tiempo de reacción, ya que sería la única cosa entre yo y lo que apareciera a toda prisa de entre la niebla.

Portaba el bastón en mi mano derecha. Para hacer picadillo a los monstruos que me atacaban prefería la vara, pero ya me había visto envuelto en un par de incidentes que acabaron con edificios ardiendo. Si empezaba a lanzarle fuego a la cosa y hacía arder un hotel lleno de gente, mataría a más inocentes que el ataque en sí. El bastón era una herramienta sutil. Como arma no era tan potente como la vara, pero su versatilidad en términos mágicos era mayor.

Además, en un apuro, podría darle un cachiporrazo a quien fuera, lo cual no era muy sutil pero sí bastante tranquilizador.

Las luces de emergencia no se habían encendido, alguien las había saboteado o una cantidad importante de energía mágica bruta las había apagado. Sin embargo, al encaminarme hacia las cocinas no sentí en el ambiente una energía lo bastante poderosa ni para hacer explotar algo tan simple como una linterna alimentada a pilas. Aquello significaba que alguien había desconectado las luces de emergencia, por métodos mágicos o de otro tipo, y no era difícil suponer por qué razón.

Se oyeron varios disparos extrañamente enmudecidos por la acústica del edificio y una serie de sonidos secos, como si alguien golpeará un bate de béisbol contra un cubo metálico de basura. Gritos y sonidos de confusión, miedo, preocupación e incluso dolor continuaban desarrollándose a mi alrededor a medida que la gente caminaba a tientas entre la oscuridad, se tropezaba, caía o chocaba contra el mobiliario o los unos con los otros. El edificio se estaba vaciando, al menos la primera planta, pero la repentina oscuridad había causado una estampida de pánico y mucha gente había resultado herida en el envite. La oscuridad creó confusión, aminoró la huida de las presas y dejó heridos rezagados que no podían defenderse ni huir del edificio. Su desesperación los estaría volviendo locos de miedo.

Los convertiría en jugosos objetivos para el fago.

Un chillido metálico y penetrante llegó a mis oídos como una onda repentina y aturdidora, y mis piernas pararon de moverse. No fue elección mía. El sonido afectó a algo primitivo en el tronco de mi cerebro, algo que hizo que mis instintos me gritaran que me detuviera, que no me dejara ver. Clavé una rodilla en el suelo, el terror se había posado sobre mis hombros como un peso físico. En los estertores del chillido oí gritos de terror cerca de mí y distinguí formas humanas moviéndose a mi alrededor, sombras saltarinas ante la tenue luz de mi brazaletes escudo.

Una pequeña llama apareció de repente delante de mí y vi a una joven agazapada. Sostenía un mechero en la mano que temblaba con tal fuerza que era un milagro que permaneciera encendido.

—¡No! —le grité, me puse en pie y corrí hacia ella—. ¡Apaga el mechero!

Su rostro se giró hacia mí, fantasmal bajo la luz de la diminuta llama, su boca se movió sin articular sonido... y entonces algo del tamaño de un puma se abalanzó sobre sus hombros y la tiró al suelo. El mechero le salió despedido de las manos y la

pequeña lengua de fuego me reveló algo negro y resplandeciente cubierto de sangre escarlata.

La mujer gritó. El oscuro vestíbulo se convirtió en un río de gente aterrorizada que se adentraba en la oscuridad. Alguien cayó sobre mí y al apartarme trastabillando me topé en la oscuridad con los dedos de otra persona y tropecé cuando traté de zafarme de ellos.

Resollé, me golpeé la espalda contra la pared, alcé mi bastón e invoqué fuego infernal.

El poder fluyó por el roble tallado, sus sellos y runas se iluminaron con un fuego rojo y blanco que recorrió el bastón desde la base hasta la cabeza en un torrente de energía. La limpia esencia del humo de la madera inundó el aire corrupto con un vago aroma a azufre, y una luz brillante llenó el vestíbulo.

Vi a gente corriendo, gritando y llorando. Se estaban apartando, aprovechando la ventaja de la luz ahora que disponían de ella. El vestíbulo a mi alrededor se despejó rápidamente. Quedaba la mujer con el mechero. Estaba tendida de lado en posición fetal, con las manos en la cabeza... la cosa estaba a punto de atacarla.

Era un monstruo mitad felino y mitad insecto de patas largas, delgadas y poderosas y con una cola de punta serrada que se agitaba sin descanso. De piel negra y caparazón brillante, tenía una cabeza alargada que acababa en una mandíbula babosa y llena de dientes. Aunque no tenía ojos, sintió de alguna manera la luz de mi poderoso bastón y me encaró siseando, al tiempo que el cuerpo se le tensionaba con una gracia sinuosa, abría la mandíbula y las babas le caían entre los dientes con un lento y enrabiado sonido silbante que salía de su garganta.

Lo miré durante un segundo, sorprendido al reconocerlo. Entonces apreté los dientes, me asenté en mi posición, apunté mi bastón a la criatura y espeté:

—Apártate de ella, zorra.

El fago cambió la posición de los miembros extrañamente hilvanados de su cuerpo con un movimiento sinuoso y aterrador, olvidando a la chica herida. Siseó de nuevo, más alto. Una segunda mandíbula salió de la primera y las dos sisearon y se abrieron y chorrearon desafiantes.

—¿Vamos a pelear de verdad o solo vas a lucir palmito? —provoqué.

El fago saltó hacia mí, más rápido de lo que hubiera creído posible, pero así funciona siempre la velocidad. Muchas personas y criaturas son más rápidas que yo y había aprendido ya hace tiempo a estar prevenido ante tal caso. Mucha gente piensa que durante una pelea la velocidad es lo único que importa. No es verdad. Claro, es una enorme ventaja ser más veloz, pero un oponente listo puede contrarrestarlo con un buen juego de pies, calculando las distancias para sacar ventaja de su economía de movimientos. El fago era rápido, pero necesitaba recorrer unos tres metros para llegar hasta mí. Yo solo tenía que extender la mano hacia delante unos veinticinco



centímetros y levantar el escudo de la mano izquierda con mi voluntad. El fago no era tan rápido.

Al impactar en mi escudo se creó una cúpula de un azul fantasmal y una cascada de chispas azules a mi alrededor. Me volví en el último segundo y giré el escudo para rechazar el empuje de la criatura. Salió despedida y rodó por el pasillo a unos seis metros de mí.

—¿Quieres un poco de esto? —Me coloqué en el centro de la sala para ponerme entre el fago y la chica herida. El fago se levantó con la intención de huir. Antes de que pudiera ponerse en movimiento apunté el bastón en su dirección y grité:

—*¡Forzare!*

Nunca antes había usado tal cantidad de fuego infernal.

El poder no cesaba de salir de mi bastón. Por lo general, cuando lo empleaba de aquella manera, la fuerza que se desataba era invisible. Esta vez parecía un cometa escarlata, una bala de cañón en llamas. El poder se acrecentó en el último segundo e impactó entonces en el fago. El golpe lo arrojó contra el techo con una fuerza brutal y al menos el doble de la energía que yo hubiera deseado. El fago se derrumbó, golpeó violentamente el suelo con sus extremidades, se arrastró y se revolcó frenéticamente como un insecto medio aplastado.

Lo golpeé de nuevo. Las runas de mi bastón se encendían bañando la sala con una luz roja mientras golpeaba al fago contra una pared provocando un escalofriante sonido de huesos rotos. De la criatura emanaba un líquido amarillento cuyo olor era absolutamente terrible. La pared y el suelo donde caía la sangre, pues eso era, se llenó repentinamente de agujeros.

Volví a invocar mi luz infernal gritando como un poseso y esta impactó de nuevo en el fago. Y otra vez. Y otra. Hice rebotar al fago asesino por todo aquel pasillo hasta que el ácido formó cientos de agujeros en las paredes, el techo y el suelo. Mi sangre palpitaba con fuerza, caliente a causa de la batalla, el poder y el triunfo.

Perdí la noción de varios segundos. Lo siguiente que recuerdo es estar de pie delante del fago aplastado y convulsionante.

—Es la única manera de estar seguro —le dije. Y acto seguido, armado de una fría determinación, incrusté la punta de mi bastón en el cráneo sin ojos de la criatura. Fue un golpe impulsado a partes iguales por la fuerza de mis músculos y mi magia. La cabeza crujió y se deshizo como la envoltura de un taco. De repente el fago dejó de existir, solo quedó el destrozado pasillo, el olor corrupto e infernal a humo de leña y un montículo de ectoplasma que se disolvía rápidamente.

Me temblaron las rodillas y me senté en el pasillo. Cerré los ojos. La luz roja del fuego infernal continuaba palpitando en mi bastón, iluminando la sala y mis párpados.

Lo próximo que supe es que Ratón estaba apoyado en mí, una enorme y cálida

presencia silenciosa. Unas luces brillantes me apuntaron. Linternas. Pasos. La gente gritaba mucho.

—Jesús —musitó Rawlins.

Murphy se agachó junto a mí y me tocó el hombro.

—¿Harry?

—Estoy bien —dije—. La chica. Detrás de mí. Está herida.

Rawlins enderezó su linterna para apuntar a una zona sangrienta del pasillo.

—Cristo bendito.

El fago había matado a tres personas antes de que yo llegara. No los llegué a ver durante la pelea. Era una escena horrorosa, peor que una carnicería. El fago se había llevado por delante a un policía, vi un pedazo de camisa con una placa del Departamento de Policía de Chicago manchada de sangre. La segunda víctima debía de ser una mujer de mediana edad, a juzgar por el zapato ortopédico ensangrentado que llevaba todavía puesto. Unos seis o siete centímetros de hueso sobresalían por encima del zapato.

La tercera era una de las pequeñas chicas vampiro que me asustaron la noche anterior. La reconocí enseguida al ver la cabeza que había aterrizado cerca de donde me encontraba. El resto de ella estaba entremezclado con los otros dos cuerpos.

Necesitarían a alguien bueno con los puzles para armarlos.

Murphy se acercó a la chica del mechero y se arrodilló junto a ella.

—¿Cómo está? —dije.

—No... —respondió Murphy.

Parpadeé.

—¿Qué?

—Está muerta.

—No —dije. Estaba demasiado cansado para sentir gran parte de la frustración que recorrió mi ser—. Demonios, se estaba moviendo hace apenas un segundo. Llegué a tiempo.

Murphy hizo una mueca.

—Se ha desangrado.

—Espera —dije al tiempo que me ponía de pie como pude—. No es... ella no será...

Sentí un repentino nudo en el estómago.

¿Seguía viva cuando el fago se dio la vuelta para salir huyendo? ¿Podría haber parado o aminorado la hemorragia si hubiera dejado a la cosa retirarse al Más Allá?

Pensé de nuevo en la pelea. Pensé en la satisfacción de convertir al cazador en presa, de vengarme de aquellos a los que había matado. Pensé en el poder que fluyó a través de mí, en la precisa fuerza del ataque asistido por fuego infernal y en lo bien que me había sentido al usarlo contra algo que se lo merecía. Ni siquiera pensé en el

estado de la chica.

¿La había dejado morir?

Dios mío. Debería haber dejado huir al fago.

Debería haberla ayudado.

El cuerpo de la chica yacía hecho un ovillo, parecía una niña dormida. Sus ojos muertos estaban abiertos y vidriosos.

Me acerqué a una maceta y vomité.

—No tienes buen aspecto —comentó Rawlins al presenciar aquello.

—No —suspiré. Las palabras me supieron amargas—. No lo tengo.

Ratón dejó escapar uno de sus suspiros y me puso la barbilla en el hombro. Mis ojos no podían apartarse de los muertos, ni siquiera al cerrarlos. La luz infernal de mi bastón se apagó poco a poco y se perdió en la oscuridad.

—Tengo que organizar este cúmulo de despropósitos —suspiró Murphy—. Rawlins, échale un ojo a Harry.

—Sí.

Murph asintió y se levantó, alejándose a toda prisa, escupiendo órdenes.

—Tú, tú —dijo Murphy señalando a dos policías cercanos—. Id allí y ayudad a los heridos. Respiración, sangrado, latidos. Moveos. —Alzó la voz y gritó—: ¡Stallings! ¿Dónde demonios está mi ambulancia?

—¡Dos minutos! —gritó un hombre desde el fondo de la sala tenuemente iluminada que conducía al vestíbulo. Parecía como si alguien hubiera puesto dos o tres coches patrulla delante del hotel para iluminar con los faros el oscuro interior del edificio.

—Despéjales el camino y llama a más —ladró Murphy. Cogió la radio de su cinturón y empezó a dar más órdenes.

Rawlins miró los restos, las paredes destrozadas por el ácido y las enormes zonas de pared y techo que parecían haber sido golpeadas por una bola de demolición. Sacudió la cabeza.

—¿Qué demonios ha pasado aquí?

—Uno de los malos —dije—. Me lo cargué. No lo bastante rápido.

Rawlins gruñó.

—Vamos. Será mejor que vayamos a la entrada. Hasta que no enciendan las luces puede que no sea seguro estar aquí.

—¿Qué sucedió en tu lado? —pregunté.

—La maldita vela se encendió delante de mi cara. Entonces se fue la luz. Durante un momento pensé que me había quedado ciego.

Gruñí.

—Lo siento.

—Algunos de los civiles iban armados. Esa cosa salió aullando de la oscuridad y

cundió el pánico. Hubo una estampida en la oscuridad. La gente se apelotonó asustada. Los civiles abrieron fuego, los policías dispararon. Tenemos a un muerto y a un par de docenas de heridos por una cosa u otra.

Llegamos a la entrada y vimos cómo llegaban más policías con el personal de emergencias. Los paramédicos montaron una improvisada zona de triaje en el lugar adonde Murphy había llevado a la mayoría de los heridos. Comenzaron a estabilizar, evaluar y resucitar a las víctimas. Metieron a los que estaban peor en las ambulancias y en seis o siete minutos estaban ya camino del hospital.

El torrente perentorio de órdenes de Murphy se detuvo y se quedó parada cerca de la zona de triaje. Me acerqué a ver qué se cocía. Ratón le puso la cabeza debajo de la mano, pero Murphy solo le dio unos golpecitos ausentes. Seguí la mirada preocupada de sus ojos azules. Los paramédicos estaban trabajando en Rick.

Greene estaba sentado en una silla cercana. Se había secado la cara con una toalla, pero no lo bastante para que las manchas de sangre desaparecieran de sus arrugas. Sus rasgos eran una máscara sanguinolenta. Sostenía la toalla contra su cabeza con la mano izquierda.

Murphy no dijo nada durante un rato.

—¿Funcionó el hechizo? —preguntó después.

—Casi del todo —dije—. Me faltó uno.

Se puso tensa.

—¿Todavía...?

—No, no queda nada.

Apretó los labios con fuerza y cerró los ojos.

—Cuando se encendió la vela hice saltar la alarma de incendios. Quería desalojar rápido el edificio. Sin embargo, alguien la había roto. Al igual que la electricidad y las luces de emergencia. Algo pasó a mi lado y le atizó a Greene justo al principio de todo. Ahora estoy al mando de este embrollo.

—¿Qué le ha pasado a Rick?

—Un disparo causado por el pánico. En el estómago. No sé cómo de grave —contestó sin pasión alguna.

—Estará bien —le dije—. Los paramédicos se lo habrían llevado primero si estuviera en verdadero peligro.

Observó cómo un par de ellos trabajaban en Rick.

—Sí —dijo—. Estará bien. Se pondrá bien.

Se obligó a apartar la vista de su exmarido con un visible esfuerzo.

—Tengo que dejar las cosas bajo control hasta que la cadena de mando se recupere, además de asegurarme de que se cuida a los heridos y se notifica a las familias. Dios mío. —Negó con la cabeza y observó a los paramédicos levantar a Rick en una camilla y llevárselo. Una disculpa tácita se entreveía en su tono.

—Después de esto habrá preguntas y mucho papeleo.

—Lo entiendo —dije en voz baja—. Es tu trabajo.

—Es mi trabajo. —Fijó sus ojos en la distancia y pude sentir una tensión trémula. Conocía a Murphy desde hace tiempo, la había visto así antes, cuando quería derrumbarse, pero no se molestaba en hacerlo. Era mejor lidiando con ello que yo. No había nada en su expresión que no fuera calma y confianza.

—Haré todo lo que pueda y hablaré contigo lo antes posible. Mañana a alguna hora.

—No te preocupes por mí, Murph —le dije—. Y no seas demasiado dura contigo misma. Si no te hubieras impuesto a Greene para quedarte aquí mucha gente estaría muerta en estos momentos.

—Mucha gente está muerta en estos momentos —dijo—. ¿Qué ha pasado con nuestro maligno invocador?

En mi boca se formó una sonrisa lobuna.

—Está entreteniéndolo a unos invitados inesperados.

—¿Entonces va a sobrevivir?

—Lo dudo —dije alegremente—. Si una de esas cosas hubiera saltado sobre mí en lugar de al revés, me hubiera dejado seco. Tres me hubieran hecho filetes.

La atención de Murphy se centró en el suelo. Varios hombres con trajes arrugados entraron y se pusieron a mirar hacia todas partes. Murphy se arregló la ropa.

—¿Y qué hay de los daños colaterales?

—No creo que sea un problema. Los rastrearé para asegurarme.

Murphy asintió.

—¡Rawlins! —gritó.

El veterano policía estaba merodeando por allí, fingiendo desinterés.

Murphy me señaló con el pulgar.

—¿Me haces de niñera?

—Claro —dijo Rawlins arrastrando las palabras—. Como si no tuviera nada mejor que hacer.

—Sufre —espetó con una sonrisa. Me puso la mano en el brazo y lo apretujó con fuerza, dejando escapar a través del contacto algo de la presión que se escondía tras su fachada de calma. Entonces se acercó a grandes zancadas a los trajeados entrometidos.

Rawlins la vio marcharse con los labios fruncidos.

—Es una fiera de hierro fundido —dijo. Su tono revelaba un sereno respeto—. De hierro fundido.

—Una gran policía —dije.

Rawlins gruñó.

—El problema del hierro fundido es que es quebradizo. Si le das un golpe en el

punto exacto se hace pedazos. —Miró a su alrededor en el vestíbulo y negó con la cabeza—. Esto no va a acabar bien para ella.

—¿Qué? —dije.

—El departamento va a crucificar a alguien por esto —aseguró Rawlins—. Tienen que hacerlo.

Dejé escapar una risa amarga, como un ladrido.

—Después de todo es probable que haya salvado muchas vidas esta noche.

—Ninguna buena obra acaba sin castigo —convino Rawlins.

Greene nos miró con ojos acuosos desde su silla.

—¿Rawlins? ¿Qué demonios estás haciendo aquí? Te mandé a casa. —Su expresión vaga se tornó rabiosa—. Hijo de puta. Estás desafiando una orden directa. Pondré tu culo en una bandeja.

Rawlins suspiró.

—¿Ves lo que quiero decir?

Levanté una mano extendiendo el pulgar y los dos dedos siguientes y pegando los otros contra la palma e hice un movimiento lateral de izquierda a derecha acompañado de un gesto vagamente místico.

—Este no es Rawlins.

Greene parpadeó y sus ojos se desenfocaron un instante. La distracción descarriló el tren de pensamientos que había estado montando laboriosamente. Aquello no era magia, a mí me lo habían hecho. Yo lo llamaba el tiro en la cabeza. Se tarda un rato en que el cerebro comience a echar a andar de nuevo y las confusiones más sencillas lo convierten todo en una gran mancha borrosa.

Repetí el gesto.

—Este no es Rawlins. Métete en tus asuntos. A otra cosa.

Greene farfulló un par de palabras, luego negó con la cabeza, cerró los ojos y volvió a sostener la toalla contra su cabeza.

Rawlins arqueó una ceja.

—¿Podrías encargarte de la negociación de mi divorcio?

Le hice un gesto con la cabeza a Ratón.

—Vamos. Antes de que su cerebro se desembrolle —dije.

Rawlins me siguió.

—¿Adónde vamos?

Le conté la versión corta de lo que había hecho con los otros tres fagos.

—Así que ahora he de seguirles la pista para asegurarme de que el tipo que los llamó está fuera de juego.

—Dios bendito —dijo Rawlins—. Magos... —Negó con la cabeza.

—Mira, tío...

Alzó una mano.

—No. Si pienso demasiado en esto no seré de mucha utilidad. No me lo expliques. No hables sobre ello. Cuando pase esta noche ya me calentarás la cabeza todo lo que quieras.

—Guay —dije—. ¿Tienes coche?

—Sí.

—Vamos.

Salimos y bajamos la calle camino de un parking cercano. El perro echó su peso contra mi muslo y me empujó hacia la ranchera de Rawlins. Desde mi visión periférica vi venir una furgoneta disparada hacia mí, demasiado rápido para tratar siquiera de esquivarla. No me alcanzó por diez centímetros.

A Ratón sí. Se produjo un sonido carnoso. El perro dejó escapar un aullido de dolor. Los frenos chirriaron.

Me giré, furioso y aterrado, y las runas de mi bastón hirvieron con un repentino amago de fuego infernal.

Apenas tuve una décima de segundo para ver a Darby Crane elevar en el aire una llanta de hierro y para que explotaran estrellas delante de mis ojos. El garaje rotó noventa grados. Vi a Ratón, tendido inerte en el arcén a diez metros de mí. Glau, el abogado de Crane, estaba junto a la puerta abierta de la furgoneta con una pistola en la mano, apuntando a Rawlins.

¿Veis lo que quiero decir con lo del tiro en la cabeza?

Fundido a negro.

## Capítulo 26

Al recuperar la conciencia tenía un terrible dolor de cabeza, y mi estómago hizo el amago de escapárseme por la boca. Su intento de fuga fue bloqueado por una especie de náusea, la boca me sabía a metal y mi mandíbula estaba abierta de manera incómoda. La venda en mi rostro suponía casi un alivio para mi dolor de cabeza. Estaba bastante seguro de que cualquier luz que me diera en el rostro me aumentaría horrores el dolor.

Mi nariz estaba repleta de olores. Aceite de motor, vapores de gasolina, polvo y algo metálico y familiar que no acertaba a recordar aunque me resultaba reconocible.

Estaba postrado en una superficie dura y fría, cemento supongo. Tenía los brazos sobre la cabeza y las muñecas atadas a algo frío que me agujijoneaba en sus múltiples pequeños puntos. Unas esposas de espino. Su función, al igual que la de la mordaza y la venda, era evitar que usara mi magia. Si trataba de comenzar a enfocar mi voluntad, me morderían y me detendrían. No sabía de dónde provenía la maldita cosa, pero Crane no era el primer malo que tenía unas. Quizás las vendían por ahí.

Una vez oí a alguien decir que las inventó un lunático de dos mil años llamado Nicodemus; otros aseguraban que las fabricaban las hadas. Personalmente, yo creía que lo más probable es que fueran una creación de la Corte Roja, material para su guerra contra el Consejo. Supondría una ventaja para ellos asegurarse de que mucha gente dispusiera de un artilugio cuya única utilidad es neutralizar los poderes de un mago.

Demonios, si yo perteneciera a la Corte Roja, repartiría aquellas cosas como caramelos entre mis colegas. Era una idea aterradora, y por más de una razón.

Estaba metido en problemas, hasta las cejas, pero mis náuseas eran tan severas que me hicieron falta unos minutos para que comenzara a importarme. *Vamos, Harry. No estás luchando para solucionar esto. Usa la cabeza.*

Para empezar, seguía con vida, y aquello me venía a decir una cosa a las claras: si Crane me hubiera querido muerto había tenido tiempo de sobra para hacer los honores. No se hubiera tenido ni que preocupar de la maldición mortal que un mago era capaz de lanzar a sus enemigos de camino a la otra vida. Los magos inconscientes no pueden lanzar maldiciones. Estaba respirando, lo que significaba...

Tragué saliva. Lo que significaba que tenía otros planes para mí. No parecía una perspectiva muy prometedora para empezar a pensar con claridad.

Traté de decir el nombre de Rawlins, pero algo retenía mi lengua.

—Ooii. —Eso fue lo que sonó.

—Aquí —respondió Rawlins, su tono muy tranquilo—. ¿Cómo estás?

—Eaea satae eouu.

—Me tienen esposado a una pared con mis propias esposas —dijo—. Y me han



quitado las llaves. No puedo llegar hasta ti, tío. Lo siento.

—Oee aaooo.

—¿Dónde? ¿Dónde estamos? —preguntó.

Asentí.

—Ji.

—Parece un viejo taller de coches —respondió—. Abandonado. Paredes de metal. Ventanas pintadas. Puertas cerradas con cadenas. Muchas telarañas.

—¿Euau?

—¿Si hay luz? Una vieja lámpara grande.

—¿Aie i?

—¿Si hay alguien aquí? —preguntó Rawlins.

—Ji.

—Un tipo pequeño con labios de pez. No me dice nada, ni siquiera cuando se lo pido por favor. Está sentado a un metro de ti haciendo de perro guardián.

La rabia regresó a mí con todas sus fuerzas y mi cabeza latió con mayor intensidad. Glau. Glau iba conduciendo la furgoneta. Glau había matado a mi perro. Sin hacer un esfuerzo consciente, intenté usar mi magia, quería fuego suficiente para cremar al pequeño sapo. Los grilletes se convirtieron en una fría agonía que borró cualquier cosa parecida al pensamiento de mi cabeza.

Apreté los dientes contra la mordaza y me obligué a relajar mi voluntad. No podía dejar que mis impulsos me controlaran, sino nunca saldría de esta. Llegaría el momento en el que no tendría que tragarme mis emociones, pero ese momento no había llegado aún.

*Espera*, le prometí a mi rabia. *Ahora tengo que pensar para escapar de mis captores.*

Y en cuanto lo hiciera, Glau iba a tener un mal día.

Relajé mi voluntad y el dolor de los grilletes se fue difuminando. *Paciencia, Harry, paciencia.*

Una puerta se abrió emitiendo un chirrido y se oyó ruido de pasos aproximándose.

—Estás despierto por lo que veo, Dresden. Tu cabeza debe de ser tan dura como todo el mundo dice —murmuró Crane un momento después—. Señor Glau, si me hace el favor.

Alguien tocó la capucha sobre mi cabeza y la retiró junto a la mordaza de tal modo que comprobé que ambas cosas eran una sola pieza. Encantador. La mordaza se agarraba a mi lengua con dos pequeñas tenazas. Escupí el sabor metálico de mi boca junto a algo de sangre. La capucha y la mordaza me habían abierto las encías por un par de sitios.

Estaba tumbado, mirando un techo de metal corrugado; al echar un vistazo a mi

alrededor, me encontré con un tenue y feo taller abandonado. La molesta sensación de familiaridad aumentó. Las únicas puertas hacia fuera estaban cerradas con una cadena y cerrojos desde dentro, y no se veía ninguna llave.

Crane estaba de pie a mi lado, mirándome desde las alturas, sonriendo, tan alto, moreno y atractivo como le daba la gana. Mis ojos fueron a parar a Rawlins. El policía negro estaba apoyado contra la pared, de pie, con una muñeca enganchada a un anillo de metal en un soporte de acero. Una herida lo bastante grave como para destacar sobre su piel oscura le cubría enteramente una mejilla. Rawlins parecía tranquilo, ausente, sin miedo. Tuve la casi completa seguridad de que se sentía asustado, pero si estaba fingiendo lo hacía muy bien.

—Crane —dije—, ¿qué quieres?

Sonrió malicioso.

—Construir el futuro —contestó—. Las redes son muy importantes en mi negocio.

—Déjate de monsergas y habla —dije con un tono seco.

La sonrisa desapareció.

—Ten la sabiduría de no enfadarme, mago. No estás en posición de exigir nada.

—Si quisieras matarme, ya lo habrías hecho.

Crane se echó a reír, compungido.

—Supongo que eso es verdad. Iba a acabar contigo y tirarte al lago, pero imagina mi sorpresa cuando hice unas llamadas y resultó que eras...

—¿Infame? —sugerí—. ¿Duro? ¿Un buen bailarín?

Crane me enseñó los dientes.

—Comercializable. Para ser un joven insignificante te las has arreglado muy bien para irritar a mucha gente.

Un leve escalofrío me recorrió el cuerpo. Logré que no se me notara en la cara.

A pesar de todo, los ojos de Crane resplandecieron.

—Ah. Sí. Miedo. —Respiró hondo, su sonrisa ahora petulante—. Al menos eres lo bastante inteligente para saber cuándo estás indefenso. Según mi experiencia, la mayoría de los magos son algo cobardes a la hora de la verdad.

Sentí el impulso de una respuesta acalorada, pero de nuevo dejé mi rabia a un lado... temporalmente.

Crane estaba tratando de apretar las teclas adecuadas. Solo podría conseguirlo si yo se lo permitía. Me enfrenté a sus ojos oscuros y dejé que una de las esquinas de mi boca se torciera en una sonrisa.

—Según mi experiencia —respondí sin apartar la mirada—, las personas que me han subestimado lo han acabado lamentando.

No tenía intención de caer en una visión del alma con Crane, pero tenía poco que perder. En el peor de los casos me proporcionaría un valioso análisis de su carácter.

Crane se apartó primero. Se dio la vuelta para alejarse de mí, fingiendo haber recibido una llamada en su teléfono móvil; ya tenía uno nuevo. Se quedó de pie entre las sombras al otro lado de la habitación.

Escupí más regusto a metal de mi boca y deseé poder beberme un vaso de agua. Glau se sentaba en una silla cercana, observándome. El hombrecillo tenía una pistola en su regazo, a mano, lista para la acción. Un maletín descansaba en el suelo a su lado.

—Tú —dije. Glau me miró con una expresión ilegible—. Has matado a mi perro —dije—. Ve haciendo testamento.

Algo feo se asomó a sus ojos.

—Una amenaza vana. No verás la luz del amanecer.

—Más te vale que no sea así —dije—. Porque si caigo, ya sé para quién irá mi hechizo de muerte.

Los labios de Glau se pegaron a sus dientes, y juro por Dios que estaban afilados; no como los colmillos de un vampiro o un necrófago, sino triángulos sólidos y serrados como los de un tiburón. Se levantó, la pistola temblorosa en su mano.

—¡Glau! —espetó Crane.

Glau se quedó quieto un segundo, y luego se relajó y dejó que la mano de la pistola le cayera a un lado del cuerpo.

El director se guardó el teléfono en el bolsillo y se abalanzó sobre mí.

—Mantén la boca cerrada, mago.

—¿O qué? —pregunté—. ¿Me matarás? Por lo que veo no es eso lo peor que me puede pasar.

—Cierto —murmuró Crane. Sacó una pequeña pistola del bolsillo y sin apenas parpadear disparó a Rawlins en el pie.

El corpulento policía se sacudió contra las esposas que lo mantenían de pie. Su rostro se contorsionó por la sorpresa del dolor y cayó. Las esposas, arrastradas por la cadena al nivel de los hombros, presionaron cruelmente las muñecas. Rawlins barrió el suelo con las piernas y soltó una retahíla de maldiciones.

Crane miró a Rawlins un momento, sonrió, y luego apuntó la pistola a la cabeza del policía.

—¡No! —grité.

—Depende totalmente de ti, mago, que un hijo pierda a su padre. Pórtate bien. —Sonrió de nuevo—. Todos seremos más felices.

De nuevo la rabia amenazó con ahogar todo pensamiento racional de mi cabeza. Amenazarme a mí era una cosa. Amenazar a otro para conseguir algo de mí es otra bien distinta. Estoy cansado de ver sufrir a personas decentes. Estoy harto de verlas morir.

Paciencia, Harry. Calma. Racionalidad. Iba a tener que disuadir a Crane de su

táctica con extrema violencia, a modo de advertencia a posibles comadreas futuras. Pero todavía no. Que siguiera hablando.

—¿Me entiendes? —dijo Crane.

Moví la mandíbula a modo de asentimiento.

Sonrió con suficiencia.

—Quiero oírte decirlo.

Apreté la mandíbula y dije:

—Lo entiendo.

—Me alegro mucho de que tengamos esta charla —dijo. Se produjo un sonido bajo, un zumbido, el tono de llamada casi silencioso del móvil, supongo, y volvió a apartarse de mí al tiempo que se lo sacaba del bolsillo y se lo llevaba a la oreja.

—¿Cuánto tiempo llevamos aquí? —le pregunté a Rawlins.

—Una hora —musitó—. Hora y media.

Asentí.

—¿Estás bien?

Soltó un gruñido de dolor.

—Se me han abierto los puntos del brazo —farfulló—. El pie no lo sé, no lo siento. No parece que esté sangrando mucho.

—Aguanta —dije—. Saldremos de esta.

Los grimosos labios de Glau formaron una pequeña sonrisa, aunque no nos miró a ninguno de los dos.

—Oye —dijo Rawlins—. Si puedes irte deberías hacerlo. Una vez que consiga lo que quiere va a matarme de todas formas. No te quedes por mí.

—Estás coartando mis ínfulas de héroe —le dije—. Detente de inmediato o te demandaré.

Rawlins trató de sonreír y se recostó contra la pared para no apoyar el peso en el pie herido. La zona inferior de la manga derecha de su camisa estaba empapada de sangre.

Crane regresó un momento después, sonriendo satisfecho.

—Empieza a buscar más paraísos fiscales, Glau. Esto va a ir bien.

—¿Sí? —pregunté—. ¿Entonces quién va a apoquinar por un Harry Dresden usado?

Crane me mostró toda su dentadura.

—Estoy haciendo una subasta en estos momentos. Una bastante enérgica.

—¿Sí? —pregunté—. ¿Quién va ganando?

Su sonrisa se ensanchó.

—La viuda de Paolo Ortega, la duquesa Arianna de la Corte Roja.

De repente me entró frío por todo el cuerpo.

La Corte Roja me capturó una vez. Estuve retenido en la oscuridad por un grupo

de seseantes y monstruosas criaturas.

Me hicieron cosas.

No pude hacer nada al respecto.

Todavía tengo pesadillas que me lo recuerdan. Tal vez no todas las noches, pero a menudo. Bastante a menudo.

Crane cerró los ojos y respiró hondo con gesto de satisfacción.

—Se pondrá muy creativa a la hora de vengar la ruina de su esposo. No te culpo por sentirte aterrorizado. ¿Quién no lo estaría?

—Eh —le dije, apurando mis opciones—. Llama al Consejo Blanco. En el peor de los casos se encargarán ellos de la subasta.

Crane se echó a reír.

—Ya lo he hecho —dijo.

Se encendió una llama de esperanza dentro de mí. Si el Consejo sabía que estaba en problemas tal vez fueran capaces de hacer algo. Podrían estar ya de camino. Tenía que distraer a Crane, mantenerlo ocupado.

—¿Sí? ¿Qué te dijeron?

Su sonrisa se ensanchó.

—Que la incuestionable política del Consejo Blanco es la de no negociar con terroristas.

Mi esperanza era ya cadáver.

Su teléfono zumbó de nuevo. Se apartó y habló en voz baja, a espaldas de nosotros. Pasado un momento chasqueó los dedos y dijo:

—Glau, entra en el ordenador. La subasta se cierra en cinco minutos y siempre hay prisa en el último segundo. Tenemos que verificar una cuenta. —Volvió su atención al teléfono—. No, inaceptable. Solo cuentas numeradas. No confío en esa gente de PayPal.

—¡Eh! —protesté—. ¿Me estás vendiendo por eBay?

Crane me guiñó un ojo.

—¿Irónico, verdad? Aunque confieso que me sorprendes. ¿Cómo sabes lo que es?

—Sé leer —repliqué.

—Ahh —dijo—. Glau. Ordenador.

Este asintió.

—No deberían quedarse sin vigilancia —opinó el sapo.

—Los veo desde aquí —respondió Crane con irritación en la voz—. Muévete.

A tenor de su expresión, estaba claro que Glau no estaba de acuerdo con Crane, pero hizo lo que le decía.

Me relamí los labios, esforzándome por cavilar una solución a pesar del dolor de cabeza y la ansiedad y el nudo causado en mi estómago por la desesperación. Tenía que haber una manera de salir de esta. Siempre la había. Había encontrado maneras

de salir de otros apuros peores.

Claro que entonces tenía la magia a mi disposición. Malditos grilletes. Mientras tuvieran mi poder constreñido nunca podría liberar a Rawlins ni a mí mismo.

*Entonces, idiota, pensé para mí, deshazte de los grilletes. Líbrate de ellos. Haz algo. Es tu única oportunidad.*

—¿Cómo? —murmuré en alto—. No sé nada sobre ellos.

Rawlins me miró. Hice una mueca, agité la cabeza en su dirección y cerré los ojos. Anulé mis distracciones y torné mi atención hacia dentro. Era fácil imaginar un lugar vacío, simple, una planta iluminada desde arriba por una única luz que brillaba sin origen aparente. Me imaginé debajo de ella.

—Lasciel —dijo en voz baja la imagen de mí mismo—. Requiero consejo.

Se apareció de inmediato, entrando en el círculo de luz. Ostentaba su forma más familiar, la funcional túnica blanca, la alta y adorable figura, pero su pelo dorado aparecía ahora como un manto castaño rojizo hasta la cintura. Hizo una profunda reverencia y murmuró:

—Estoy aquí, mi anfitrión.

—Te has cambiado el pelo —dije.

Su boca flirteó con una sonrisa.

—Hay demasiadas rubias en tu vida, mi anfitrión. Temí ser una más entre ellas.

Suspiré.

—Los grilletes —dije—. ¿Los conoces?

Hizo otra reverencia.

—Ciertamente, mi anfitrión. Son de antigua creación, forjados por los herreros troll de la Corte Unseelie y empleados contra aquellos con tus talentos desde hace más de mil años.

Parpadeé.

—¿Las hadas hicieron esto?

Fui vagamente consciente de que, debido a la sorpresa, dije aquellas palabras en voz alta. Cerré con fuerza mis mandíbulas físicas y me centré en la imagen de mí mismo. Me pregunté vagamente hasta qué punto se me iba a fastidiar el cerebro por intentar controlar mi realidad interna al mismo tiempo que la externa y amenazante realidad en la cual Rawlins y yo estábamos metidos en un terrible problema. Demonios, por lo que sabía, era enteramente posible que ya se me hubiera ido la cabeza. No es que nadie aparte de mí hubiera visto nunca a Lasciel. Tal vez, además de existir solo en mi cabeza, solo era cosa de mi imaginación, una especie de sueño.

Pensé durante un minuto en abandonar el negocio de la magia y dedicarme a una carrera que me permitiera esconderme entre las rocas, hablando profesionalmente, sin llamar la atención.

—No hace falta que intentes mantener tu yo interior separado del físico —dijo

Lasciel en un tono razonable—. Estaré encantada de aconsejarte desde fuera, por decirlo de alguna forma.

—Oh, no —dije manteniendo la conversación para mis adentros—. Ya tengo bastantes problemas para añadir una alucinación a la mezcla.

—Como deseas —respondió Lasciel—. Entiendo que estás buscando una manera de liberarte de los grilletes de espino.

—Es obvio, ¿se puede hacer?

—Todo es posible —me aseguró Lasciel—. Aunque algunas cosas son muy poco probables.

—¿Cómo? —dije interrogante—. No es el momento de ponerse tímida conmigo. Si muero tú te vienes conmigo.

—Soy consciente de ello —respondió arqueando una ceja—. Son obra de las hadas, mi anfitrión. Busca algo que sea la perdición de aquellos que la hicieron.

—El hierro —dije enseguida, asintiendo—. Y la luz del sol. Los trolls no soportan esas dos cosas. —Abrí mis ojos físicos y miré alrededor del interior del garaje—. La luz del sol no llegará a la ciudad hasta dentro de unas horas, pero tenemos mucho hierro. Rawlins tiene una mano libre. Si le consigo una herramienta quizás pueda desgajar un eslabón de la cadena. Entonces podría romper las esposas o algo.

—Tiene su lógica —apuntó el ángel caído—. Dado que no eres libre para conseguir una herramienta, dársela a Rawlins es problemático.

—Sí, pero...

—Además —continuó—, estás exhausto y es razonable pensar que Crane terminará pronto sus negociaciones y te entregará a uno de tus enemigos. No tienes tiempo suficiente para recuperar las fuerzas.

—Supongo...

Continuó hablando en el tono firme de una maestra de escuela dirigiéndose a un niño testarudo:

—En el pasado has expresado tu frustración y tus dudas respecto a que tu control de las fuerzas físicas fuera lo bastante preciso para romper las esposas sin romper también a la persona que las llevara puestas.

Suspiré.

—Cierto, pero...

—La única salida de este lugar está cerrada con una cadena y no tienes la llave.

—No es...

—Y finalmente... —concluyó—, a no ser que lo olvides, estás siendo vigilado por al menos un ser sobrenatural que no se va a quedar embobado viendo cómo intentas escapar.

Le lancé una mirada fulminante.

—¿Nunca te ha dicho nadie que tienes una actitud muy negativa?

Arqueó una ceja, una invitación a continuar con aquel pensamiento.

Me mordió el labio y ató dos nuevos cabos en mi cabeza pensante.

—Lo cual no sirve de demasiada ayuda. No obstante, tu culo está tan rodeado de cocodrilos como el mío y quieres ayudarme. Así que... —El estómago me dio un pequeño vuelco—. Puedes ofrecerme otra opción.

Sonrió, contenta.

—Muy bien.

—No la quiero.

—¿Cómo es eso?

—Porque es un maldito ángel caído el que la ofrece, por eso. Eres veneno, señora. No te creas que no lo sé.

Alzó una mano de largos dedos hacia mí, con la palma hacia fuera.

—Solo pido que me escuches. Si lo que te ofrezco no es de tu agrado, por supuesto apoyaré tus esfuerzos para elaborar un plan alternativo.

Cambié la mirada fulminante a una asesina. Ella me miraba a mí con total calma.

Maldita sea. La mejor manera de no hacer algo estúpidamente autodestructivo era evitar la tentación de hacerlo. Por ejemplo, es mucho más fácil evitar deseos amorosos inapropiados si uno sale corriendo de la habitación cada vez que entra una chica guapa. Suena a tontería, lo sé, pero el mismo principio se puede aplicar a todo lo demás.

Si dejaba que me hablara, Lasciel propondría algo tranquilo, prudente, razonable y efectivo. Requeriría de un pequeño precio por mi parte, en el mejor de los casos convertirme en un poco más dependiente de su consejo y ayuda. Pasara lo que pasara, ganaría un poco más de influencia sobre mí.

Otro pequeño paso en el camino hasta el infierno. Lasciel era inmortal. Podía permitirse tener paciencia, yo no podía permitirme ceder ante la tentación.

Todo se resumía en que si no la escuchaba y no salía de aquel embrollo, la sangre de Rawlins estaría en mis manos. Y quien fuera que anduviera detrás de la carnicería de la convención seguiría con la escalada de asesinatos. Moriría más gente.

Ah, y yo acabaría teniendo unas vacaciones al estilo Torquemada junto al enemigo con más dinero y más velocidad en su conexión a internet.

Cuando un concepto como aquel era lo último que considerar, uno sabe que la cosa está muy mal.

Lasciel me observaba con pacientes ojos azules.

—De acuerdo —dije—. Te escucho.



## Capítulo 27

El ángel caído y yo trazamos planes. Fue rápido. Resulta que tener una conversación con la mente va, literalmente, a la velocidad del pensamiento, sin todos esos molestos fonemas estorbando.

Apenas pasó un minuto hasta que volví a abrir los ojos y le dije en voz muy baja a Rawlins:

—Tienes razón. Te matarán. Tenemos que salir de aquí.

El policía hizo una mueca de dolor y asintió.

—¿Cómo?

Me esforcé para incorporarme. Moví un poco los hombros para activar el flujo de sangre hacia mis brazos, que estaban esposados debajo de mí. Probé la cadena. Estaba anclada al suelo de cemento por un enganche en forma de u. Los eslabones tintinearón al deslizarse hacia delante y hacia atrás.

Comprobé si Crane reaccionaba al ruido. El tipo no paraba de hablar por el móvil y no pareció darse cuenta del movimiento.

—Voy a sacarme uno de los grilletos por la muñeca —le dije, y señalé con la cabeza a un viejo mueble rotatorio con herramientas—. Tiene que haber algo ahí dentro que nos sirva. Nos liberaré a los dos.

Rawlins negó con la cabeza.

—¿Estos dos se van a quedar ahí mirando mientras hacemos eso?

—Lo haré rápido —dije.

—¿Luego qué?

—Apago las luces y salimos.

—La puerta tiene una cadena —dijo Rawlins.

—Deja que yo me preocupe de eso.

Rawlins arrugó los ojos. Parecía muy cansado.

—¿Por qué no? —dijo asintiendo—. ¿Por qué no?

Asentí y cerré los ojos, aminorando la respiración para empezar a concentrarme.

—Eh —dijo Rawlins—. ¿Cómo vas a sacarte las esposas?

—¿Has oído hablar de los yoguis orientales?

—De Yogui Berra —dijo enseguida—. Y del oso Yogui.

—Esos yoguis no. Me refiero a los encantadores de serpientes.

—Ah, vale.

—Se pasan la vida aprendiendo a controlar sus cuerpos. Pueden hacer cosas bastante impresionantes.

Rawlins asintió.

—Como doblarse a sí mismos para caber en una bolsa de gimnasio y quedarse sentados en el fondo de una piscina durante media hora.

—De acuerdo —dijo. Seguí las instrucciones de Lasciel, concentrándome poco a poco a un ritmo creciente—. Algunos de ellos pueden romperse los músculos de las manos. Usan los músculos y tendones para alterar la tensión, cambiar la forma. —Me centré en mi mano izquierda, y por un momento estuve agradecido de que estuviera tan atontada y entumecida. Lo que estaba a punto de hacer, incluso con la ayuda de Lasciel, iba a doler como mil demonios—. Estate atento y preparado.

Asintió y se quedó quieto, sin girar la cabeza hacia Crane o Glau.

Me olvidé de él, del almacén, de mi dolor de cabeza y de todo lo que no fuera mi mano; toda mi percepción estaba en ella. Tenía la idea general de lo que iba a suceder, pero no tenía ningún conocimiento práctico y al detalle. Era una sensación terriblemente rara, como si fuera un consumado pianista que de repente ha dejado de estar familiarizado con las teclas.

—No demasiado rápido —murmuró la voz de Lasciel en mi cabeza—. Tus músculos y articulaciones no han sido entrenados para esto. —Notaba una sensación extraña en mis pensamientos, como recordar de repente la manera de hacer algo que hasta aquel momento hacía sin pensar y con suma familiaridad—. Así —susurró la presencia de Lasciel, y aquella misma familiaridad de repente pasó a mi brazo.

Flexioné el pulgar, hice un movimiento ondulante con los dedos y estiré todos los músculos de mi mano en un repentino movimiento. Me disloqué el pulgar con un enfermizo pequeño chasquido de la carne.

Durante un momento pensé que acabaría inconsciente por el dolor.

—No —dijo la voz de Lasciel—. Debes controlar esto. Debes escapar.

—Lo sé —le espeté en mi mente—. Al parecer los nervios dañados por las quemaduras no evitan que sientas cómo alguien te saca un dedo de su sitio.

—¿Alguien? —dijo Lasciel—. Te lo has hecho tú mismo, mi anfitrión.

—¿Puedes apartarte y dejarme espacio para trabajar?

—Eso es ridículo —replicó Lasciel. Pero la sensación de su presencia se retiró abruptamente.

Respiré bocanadas largas y profundas y giré la mano izquierda. Mi piel gritó a modo de protesta, pero me aferré a mi dolor y continué moviéndome, lento y firme. Conseguí que los dedos de mi mano derecha agarraran ligeramente el grillete de mi muñeca izquierda y comencé a pasar mi mano por el frío círculo de metal. La mano se dobló de una manera que me produjo sensaciones nunca experimentadas. El acuciante dolor me dejó casi sin respiración.

Sin embargo, logré deslizarla unos centímetros por debajo del aro de metal.

Giré de nuevo la cabeza, en exactamente la misma posición, sin soltar la presión, trabajando para acompañar el dolor de manera que fuera una ayuda en lugar de una distracción.

Estaba unos centímetros más cerca de liberarme. El dolor se hizo más y más

intenso a pesar de mis esfuerzos por apartarlo de mi mente, como un resplandeciente sol del mediodía que brilla sobre los ojos a pesar de tenerlos cerrados. Solo un momento más. Bastaba con seguir en silencio y centrarme en mi labor unos pocos segundos más.

Soporté el dolor. Aumenté la presión y sentí el frío metal del grillete pasar por el exterior de mi pulgar, uno de los pocos puntos de mis dedos donde quedaba sensación táctil. Mi mano se liberó y sostuve con firmeza la esposa libre con la mano derecha para evitar que tintineara.

Abrí los ojos y miré a mi alrededor en el taller. Crane andaba de un lado para otro, hablando por teléfono. Esperé a que estuviera casi de espaldas para moverme. Entonces me levanté y arrastré la cadena contra el perno del suelo hasta que la circunferencia de las esposas chocó contra él. Aún seguía atado a una cadena de unos treinta centímetros, pero me moví lo más silenciosamente que pude y alargué la palpitante mano izquierda hacia el armario rodante de herramientas.

Tuve problemas para hacer cooperar a mis dedos, pero pese a todo conseguí abrir el armario. Las herramientas de dentro llevaban allí mucho tiempo, años cuando menos. Estaban manchadas de óxido. Desde donde estaba agazapado solo podía ver la mitad del armario, y no había nada en él que me pudiera servir. Odiaba tener que hacerlo, pero tanteé con mis torpes dedos la zona invisible del armario. Me aterraba la posibilidad de no sentir la presencia de una herramienta aunque mis dedos la tocaran, y me inquietaba todavía más la idea de tirar algo y llamar la atención.

Me tembló la mano, pero tanteé el armario con toda la celeridad que pude, comenzando desde arriba y bajando.

En el suelo del armario sentí un objeto, el mango de una especie de herramienta. Lo saqué con el mayor cuidado que pude y comprobé que se trataba de una sierra para metales. Mi corazón dio un salto de alegría. Regresé a mi posición original, más o menos, sin que mis captos se dieran cuenta de nada, y con la sierra bien agarrada en la mano. Mi pulgar dislocado dolía abominablemente, así que me puse la sierra en la mano derecha, respiré hondo y comencé a serrar el eslabón inmediatamente debajo del grillete en la cadena.

Solo podía cortar con breves serradas porque la cadena seguía unida a mi muñeca derecha y producía un sonido bajo y vibrante que no podría ser confundido con otra cosa que no fuera una sierra. Estaba seguro de que no me daría tiempo a cortar la cadena; sin embargo, el acero de la sierra cortó el metal plateado como si fuera madera. Tres, cuatro, cinco serradas y el eslabón se desprendió. Tiré con fuerza con la mano derecha y la cadena se deslizó por el enganche en forma de u y el eslabón roto chasqueó cuando las esposas chocaron contra él.

Me levanté, libre.

Crane soltó un repentino aullido de sorpresa, tiró el móvil y echó mano de su

pistola. No había tiempo de liberar a Rawlins, así que le tiré la sierra y me tiré hacia un lado para esquivar el disparo de Crane. Saltaron chispas de la superficie del armario y una descarga de adrenalina hizo desaparecer los dolores de mi cuerpo. Mantuve la cabeza lo más baja que pude y me escurrí hacia un lado, con la intención de poner una vieja camioneta oxidada entre el director y yo. Busqué mi magia, pero la esposa aún unida a mi brazo reaccionó con la misma ráfaga de dolor, destrozando mi concentración.

Vi movimiento con el rabillo del ojo. Crane quería rodearme desde el otro lado, buscando una línea de fuego clara. Me desplacé como una ardilla, siempre con la camioneta de por medio y agachado para evitar un tiro limpio. Me acerqué a la puerta del pasajero con la esperanza de encontrar algo dentro de la camioneta, cualquier cosa, que pudiera ayudarme a defenderme.

Cerrada.

—¡Glau! —gritó Crane. Su segundo disparo rompió el cristal de la puerta del pasajero y la bala pasó a pocos centímetros de mi cabeza.

Metí la mano, desbloqueé la puerta y la abrí. La cabina estaba llena de paquetes de cigarrillos vacíos, envases de comida rápida y latas de cerveza aplastadas, además de un martillo grande y tres o cuatro botellas de cristal.

Perfecto.

Agarré el mango de acero del martillo con los dientes, cogí las botellas y lancé una al otro lado del taller. Se rompió con un estruendo. Me levanté enseguida, con otra botella lista y la lancé con tanta fuerza como fui capaz.

La primera botella había provocado que Crane girara la cabeza a un lado, en busca de la fuente del sonido. Apartó la vista de mí solo un segundo, pero fue suficiente distracción para que pudiera tirar la otra.

La botella cayó de punta y se estrelló contra la lámpara de trabajo con un escándalo de cristales rotos. Se produjo una lluvia de chispas y una breve nube de indignada electricidad y entonces reinó la oscuridad sobre nosotros.

—Ahora —le dije a Lasciel mentalmente.

La oscuridad desapareció, sustituida por líneas y planos de luz plateada que perfilaban el garaje, el camión, los armarios de herramientas y los bancos de trabajo, así como las puertas y ventanas y el enganche en la pared donde estaba encadenado Rawlins.

En realidad no estaba viendo el garaje, por supuesto, no había luz física para que mis ojos lo vieran. Lo que había ante mí era una mera ilusión.

La parte de Lasciel en mi cabeza era capaz de crear sensaciones ilusorias de casi cualquier tipo, aunque si sospechaba de cualquier alteración podría defenderme contra ella con bastante facilidad. Aquella ilusión, sin embargo, no tenía la intención de engañarme, sino de ayudarme, resaltando las precisas dimensiones y disposición

del taller en mis propios sentidos y proyectándolas en mis ojos para permitirme moverme en la oscuridad.

No era una ilusión perfecta, por supuesto. Era simplemente un modelo. No me proporcionaba un seguimiento de los objetos animados y si algo se movía en mi entorno, no me enteraría hasta que me dejara inconsciente. En cualquier caso, no requeriría de ella mucho tiempo. Corrí hacia Rawlins.

—¡Glau! —gritó Crane, a no más de tres o cuatro metros de distancia—. ¡Cubre la puerta!

Lancé la tercera botella al suelo, a mis pies. Fue una sensación extremadamente rara, la botella se esbozó en la luz plateada hasta el justo momento que salió de mi mano. Desapareció en la oscuridad y se hizo añicos en el suelo cerca de mí.

Siguió un momento de quietud silenciosa, solo roto por el roce de la sierra contra las esposas del policía. Crane dio un par de pasos hacia mí, luego vaciló, y aunque no podía verle percibí sus dudas. Luego se movió de nuevo, volviendo sobre sus pasos, probablemente creía que yo planeaba otra distracción. Mis labios se estiraron en una sonrisa lobuna cuando caminé con cuidado hacia Rawlins con paso seguro y estable a pesar de la oscuridad total.

Llegué al enganche de la viga de acero y me lo encontré de pie debajo, respirando con dificultad, aserrando tan rápido como podía. Saltó cuando le toqué el hombro, pero le puse el martillo en la mano y susurré:

—Soy Harry. Baja la cabeza.

Lo hizo. Miré la plateada ilusión del perno, establecí mi respiración y levanté el martillo muy lentamente, centrándome solo en aquel movimiento. Entonces solté un suspiro y golpeé el enganche con toda la fuerza física que pude reunir.

No soy levantador de pesas, pero nunca me acusaron de ser un marica. Más importante aún, años y años de estudios y práctica de la metafísica me habían proporcionado una gran capacidad de concentración. El martillo golpeó el enganche que sujetaba el otro anillo de grilletes de Rawlins. Saltaron chispas. El enganche, tan oxidado y ruinoso como el resto del edificio, se rompió.

Mi compañero me arrastró hasta el suelo un instante antes de que la pistola de Crane tronara de nuevo desde el otro lado del garaje. Una bala rebotó en la viga de metal con un feo y estruendoso quejido.

—Vamos —susurré. Cogí a Rawlins de la camisa. El policía gruñó y avanzó ciegamente detrás de mí tratando de permanecer tranquilo, aunque dadas sus lesiones no podía hacer mucho. Tendría que recurrir a la velocidad ya que el sigilo no era posible. Atravesamos el taller de lado a lado, rodeando un nicho mecánico y varias pilas de neumáticos viejos.

—¿Adónde vamos? —me preguntó sin aliento—. ¿Dónde está la puerta?

—No vamos a salir por la puerta —dije en voz baja, lo cual era cierto. No estaba

muy seguro de cómo saldríamos del garaje, pero ciertamente no sería por la puerta.

El taller Luna Llena había permanecido abandonado desde la desaparición de sus anteriores propietarios, un grupo de licántropos con una notable falta de sentido común a la hora de elegir a sus enemigos. No era una coincidencia tan grande como parecía que Crane estuviera usando el mismo edificio. Era viejo, estaba abandonado, no tenía ventanas, se encontraba cerca del centro de convenciones y era fácil entrar y salir. Para ser más concretos, era un lugar donde habían sucedido cosas bastante horribles y la fea energía generada por aquella causa permanecía aún en el aire. No estaba seguro de qué eran Crane y Glau, exactamente, pero un lugar como aquel resultaría cómodo y familiar para muchos habitantes del lado oscuro.

Estuve cautivo en aquel edificio en otra ocasión y mi medio de salida todavía existía: un agujero debajo del borde del muro de metal corrugado barato, excavado en la tierra por una manada de lobos para salir fácilmente hacia el estacionamiento de grava. Llegué a la pared y me arrodillé para cotejar el modelo mental de Lasciel con la realidad que representaba. El agujero estaba todavía allí. Si acaso, los años lo habían vuelto más amplio y profundo.

Tiré de las manos de Rawlins hacia abajo para que lo sintiera.

—Vamos —le susurré—. Hay que bajar para salir.

Gruñó un asentimiento y empezó a desplazarse por el túnel. La constitución del policía era mucho más grande que la mía, pero cabía sin problemas en el agujero ampliado por el paso del tiempo. Me agaché para seguirlo, cuando escuché pasos apresurados detrás de mí.

Me eché hacia un lado, mis ojos ya estaban lo bastante ajustados a la oscuridad como para permitirme ver la débil luz ambiental de la ciudad colándose a través del agujero. Detecté una forma vaga en la oscuridad, y entonces las manos de Glau agarraron a Rawlins por el pie herido. Este gritó.

Me lancé hacia delante y golpeé el antebrazo de Glau con el martillo. Lo alcancé con una fuerza brutal y se oyó un sonido inequívoco de fractura ósea.

Glau dejó escapar un falsete salvaje, un grito ululante, como el de algún tipo de guerrero primitivo. El martillo se agitó en mis manos. Oí un zumbido en el aire y me agaché a tiempo para evitar que el abogado me devolviera el favor. Me retorcí, balanceando en el aire la cadena todavía ligada al grillete, hacia la zona donde estimaba que estaban los ojos del sapo. La cadena golpeó a Glau, que dejó escapar otro chillido lastimero y cayó hacia atrás.

Me lancé al hoyo y me retorcí por él como una comadreja engrasada. Crane disparó de nuevo, perforando un agujero en la pared a pocos metros de distancia. Los pasos se retiraron y algo de metal tintineó. Me oí a mí mismo lloriqueando y tuve el recuerdo de incontables pesadillas en las que no podía moverme con la rapidez suficiente para escapar del peligro. Temí recibir un balazo en cualquier momento o

que Glau me atacara con el martillo o me mordiera con sus dientes de tiburón.

Rawlins me agarró de la muñeca y tiró de mí. Al ponerme en pie miré a mi alrededor con los ojos abiertos de par en par como un loco, buscando en el pequeño aparcamiento un lugar para cubrirme; había varias pilas de ruedas viejas. No tuve que señalárselas a Rawlins para que captara la idea. Corrimos hacia allí directamente. La pierna herida de Rawlins casi dijo «basta», y aminoré el paso para ayudarlo, sin dejar de mirar hacia atrás por si aparecían nuestros perseguidores.

Glau se retorció para salir del agujero del mismo modo que nosotros acabábamos de hacerlo. Al salir se quedó agazapado y me arrojó el martillo. Voló tan rápido como una pelota de béisbol y me alcanzó en el culo.

El *shock* del impacto me recorrió todo el cuerpo, y mi equilibrio vaciló cuando la mitad de mi tren inferior quedó entumecida. Traté de agarrarme a Rawlins para mantener el equilibrio, pero la mano que me había dislocado no era lo bastante fuerte como para sostener nada y la fuerza del golpe me tiró al suelo. El impacto arrancó de cuajo todas las defensas que había urdido en mi cabeza para contrarrestar los diversos dolores de mi cuerpo, y por un segundo no puede apenas moverme y mucho menos huir.

Glau sacó una hoja larga y curva de su cintura, algo vagamente árabe en su origen. Saltó a por nosotros. No había esperanza, pero Rawlins y yo tratamos de correr de todos modos.

Distinguí un par de pasos ligeros, una figura borrosa corriendo demasiado para ser humana. Y entonces Crane me pateó la pierna funcional. Caí. También golpeó feroz el vientre de Rawlins. El policía también cayó.

—Te advertí que te comportaras, mago —gruñó Crane con el rostro pálido y furioso.

Levantó el arma y apuntó a la cabeza de Rawlins.

—Acabas de matar a este hombre.

## Capítulo 28

Una figura oscura irrumpió desde las oscuras profundidades de detrás de las pilas de neumáticos y apuntó una escopeta recortada hacia Glau.

—¿Cómo va eso? —dijo.

El abogado se giró para encarar al recién llegado, alzando el cuchillo con la mano. El entrometido apretó el gatillo. Un estruendo inflamó el aire. El impacto lanzó a Glau a la grava como un enorme pez saltarín.

El reconocible rostro de Thomas apareció bajo la luz macilenta de un farol lejano. Iba vestido con ropa suelta negra de la cabeza a los pies y sobre ella mi guardapolvos de cuero le caía hasta los tobillos. Llevaba el pelo alborotado por el viento, y sus ojos grises permanecieron fríos cuando apretó el gatillo de la escopeta, extrajo el casquillo vacío y metió otro nuevo en la recámara. El cañón de la escopeta giró hacia Crane.

Qué hijo de puta.

Ahora sabía quién me había estado siguiendo por toda la ciudad.

—Tú —dijo Crane con una voz que sonó hueca, sin apartar los ojos de Thomas.

—Yo —convino Thomas con una espesa indiferencia—. Suelta la pistola, Madrigal.

El labio de Crane se alzó en una sonrisa maliciosa, pero bajó la pistola y la tiró al suelo.

—Tírala hacia aquí de una patada —dijo Thomas.

Crane lo hizo, ignorándome completamente.

—Pensaba que ya estarías muerto a estas alturas, primo. Dios sabe que hiciste bastantes enemigos en la Casa, muchos menos que en el resto de la Corte.

—Me las apaño —dijo Thomas, desganado. Entonces usó un dedo del pie para pasarme el arma.

Los ojos de Crane se abrieron de par en par por la sorpresa, luego los arrugó.

Cogí el revólver y comprobé el cilindro. Mi mano izquierda dislocada funcionaba, aunque estaba débil y dolía como mil demonios y seguiría haciéndolo hasta que lograra disponer de tranquilidad y concentración para devolver las cosas a su lugar. Mi dolor de cabeza se intensificó hasta llegar a ser una agradable agonía que distraía mi atención, pero ignoré aquello también. Aunque camine por el valle de las sombras y el trauma, no temeré ninguna conmoción.

Examiné el revólver de Crane, que estaba recién cargado con seis balas. Miré a ver cómo estaba Rawlins. Entre el dolor de sus heridas recientes y la tensión de nuestra huida y recaptura, el corpulento policía no tenía buen aspecto.

—No estoy tan mal —dijo con calma—. Duele. Estoy cansado.

—Quédate sentado —le dije—. Te sacaremos de aquí.

Asintió y se quedó donde estaba, observando el desarrollo de los acontecimientos



aunque solo atento a medias.

Me aseguré de que no estuviera sangrando demasiado, luego me levanté, apunté a Crane con el arma y me posicioné entre él y Rawlins.

—¿Cómo va, Dresden? —preguntó Thomas.

—Has tardado mucho —dije.

Thomas sonrió sin que afectara a sus ojos. Su mirada nunca abandonó a Crane.

—¿Conoces a mi primo, Madrigal Raith?

—Sabía que no tenía pinta de llamarse Darby —dije.

Thomas asintió.

—¿No era eso una película con Janet Munro?

—Y Sean Connery.

—Eso pensaba —dijo Thomas.

Madrigal Raith observó la charla con los ojos entornados. Tal vez era efecto de la luz, pero parecía más pálido y sus rasgos tenían una delicadeza casi fantasmagórica. O tal vez ahora que Thomas lo había identificado como un vampiro de la Corte Blanca, podía interpretar correctamente las advertencias enviadas por mis instintos cuando hablé con él por primera vez. Solo había desprecio en los ojos de Madrigal cuando miraba a mi hermano.

—No tienes ni idea de en qué te estás metiendo, primito. No voy a entregarte este premio.

—Oh, sí lo vas a hacer —dijo Thomas con su mejor voz de villano de dibujo animado.

En los ojos de Crane destelló algo hirviente y furioso.

—No me provoques, primito. Te haré lamentarlo.

La risa de Thomas estaba llena de burla y confianza.

—No puedes hacer lo que te venga en gana. Márchate ahora que aún puedes.

—No seas estúpido —contestó Madrigal—. ¿Sabes cuánto dinero vale?

—¿Podrás gastarlo en el infierno? —preguntó Thomas—. Porque si sigues con esto, allí es donde acabarás.

Madrigal sonrió, malicioso.

—¿Matarías a alguien de tu familia a sangre fría, Thomas? ¿Tú?

Hay estatuas que no ponen una cara de póquer tan buena como la de Thomas.

—Tal vez no lo has entendido todavía, Madrigal. Estoy exiliado, ¿recuerdas? No eres de mi familia.

Madrigal miró a Thomas un largo momento antes de decir:

—Es un farol.

Thomas me miró, inquiriéndome con su expresión.

—Cree que es un farol —dijo.

—Asegúrate de que hable —dije.

—Bien —dijo Thomas, y le disparó en los pies.

La luz y el estruendo del disparo de escopeta mandaron los huesos de Madrigal al suelo siseando entre gritos de agonía. Se hizo un ovillo para aferrarse al sanguinolento desastre que eran sus tobillos y pies. Una sangre varios tonos más pálida que la humana manchaba el suelo.

—*Touché* —musitó Rawlins con cierta satisfacción.

A Madrigal le hizo falta un rato para controlarse y encontrar su voz.

—Estás muerto —susurró con palabras temblorosas a causa del dolor—. Pequeño cerdo sin agallas. Estás muerto. El tío te matará por esto.

Mi medio hermano sonrió y volvió a disparar la escopeta.

—Dudo que a mi padre le afecte —respondió—. No le importará perder a un sobrino. Especialmente a uno que ha estado mezclándose con escoria de la Casa Malvora.

—Ajá —dije en voz baja, atando cabos—. Ahora lo entiendo. Él es como ellos.

—¿Cómo quiénes? —preguntó Thomas.

—Un fobófago —dije con calma—. Se alimenta del miedo del mismo modo que tú te alimentas de la lujuria.

Por su expresión, parecía que Thomas estaba a punto de vomitar.

—Sí. Muchos de los Malvora lo hacen.

El rostro pálido y tensionado de Madrigal se retorció en una feroz sonrisa.

—Deberías intentarlo alguna noche, primito.

—Es enfermizo. Una locura —dijo Thomas. Había una emoción etérea en su tono, algo entre la tristeza y la pena, tan sutil que no la hubiera notado antes de vivir con él. Demonios, dudo que él mismo la percibiera—. Es enfermizo. Y te pone enfermo.

—Tú te alimentas de los deseos de los mortales, de la pequeña muerte —dijo Madrigal entrecerrando los ojos—. Yo me alimento de su atracción hacia la verdadera. Los dos nos alimentamos. Al fin y al cabo los dos matamos. No hay diferencia.

—La diferencia es que una vez que has empezado con ellos ya no pueden ir corriendo a denunciarte a las autoridades —dijo Thomas—. Los retienes hasta que mueren.

Madrigal dejó escapar una risa inquietante dada la situación en la que se encontraba. Tenía la inquietante sospecha de que el vampiro estaba demasiado contento.

—Thomas, Thomas —murmuró Madrigal—. Siempre el mismo moralista sentimental. Tan preocupado por los débiles, como si no hubieras probado nunca a ninguno. Como si no hubieras matado nunca.

La expresión de mi medio hermano se tornó de nuevo opaca, pero en sus ojos

despertó una repentina rabia.

La sonrisa de Madrigal se ensanchó por la respuesta. Sus dientes brillaron blancos en la oscuridad de la noche.

—Me he estado alimentando bien. Mientras que tú... bueno. Sin tu putita de ojos oscuros...

Sin previo aviso, sin que ningún músculo del rostro de Thomas se moviera, la escopeta rugió de nuevo y la ráfaga alcanzó a Madrigal en las rodillas. Más sangre clara salpicó la grava.

Maldita sea.

El vampiro acabó de nuevo bocabajo, arqueando el cuerpo por la agonía, el dolor ahogando sus gritos hasta formar el anémico eco de un pequeño chillido.

Thomas plantó la bota en el cuello de Madrigal con expresión fría y calmada, salvo por la rabia centelleante en sus ojos. Metió otro cartucho y sostuvo la escopeta en una mano, presionando el cañón contra la mejilla de Madrigal.

Este se quedó quieto, temblando de agonía, con los ojos abiertos y desesperados.

—Nunca —murmuró Thomas en un tono muy bajo—, jamás, hables de Justine.

Madrigal no dijo nada, pero mis instintos me advirtieron de nuevo. Algo en su pose, en sus ojos, me decía que estaba actuando. Había llevado la conversación hacia Justine deliberadamente. Estaba jugando con los sentimientos de Thomas por Justine, lo estaba distraendo.

Al girarme vi a Glau allí de pie, como si no le acabaran de pegar un tiro mortal en el pecho a solo tres metros de distancia. Cruzó el aparcamiento a la carrera, en pos de la furgoneta que había a cinco metros de allí. Corría en completo silencio, la grava no crujía y los zapatos no chirriaban, y por un momento creí ver unos centímetros de aire entre sus pies y el suelo donde debería estar pisando.

—Thomas —dije—. Glau se escapa.

—Relájate —dijo Thomas, y sus ojos nunca abandonaron a Madrigal.

Oí unas garras pisando grava y luego vi a Ratón salir disparado de entre las mismas sombras donde había estado escondido Thomas. Pasó como un rayo por mi lado, a una velocidad que para él era un paseo relajado, pero a medida que Glau se acercaba a la camioneta, Ratón aceleró a fondo. En el último par de pasos antes de que el hombre llegara a la camioneta creí ver algo rodeando los cuartos delanteros del enorme perro, como pequeños brillos de colores pálidos parecidos al fuego de San Telmo. Entonces Ratón dio un salto. Vi la expresión de Glau reflejada en el parabrisas de la camioneta, sus anchos ojos muy abiertos por la sorpresa total. Entonces Ratón estrelló su pecho y hombro en la espalda de Glau como un ariete.

La intensidad del golpe desequilibró por completo al hombre y este impactó con tal fuerza contra el parachoques abollado de la camioneta que oí la fractura de huesos desde quince metros de distancia. Su cabeza latigueó hacia abajo contra el capó de tal

modo que el cuello rebotó con una fuerza brutal.

Glau dio tumbos en el parachoques delantero y en la capota de la camioneta y aterrizó inmóvil en el suelo, como un saco de huesos.

Ratón aterrizó de su salto, derrapó en la grava y se giró para enfrentarse a Glau. Observó algunos segundos al hombre caído, con las patas rígidas. Sus patas traseras se hundieron dos veces en la grava, desafiantes, levantando polvo y rocas.

Glau no se movió.

Ratón olfateó y luego dejó escapar una exhalación que casi se podría traducir por las palabras: «Ahí te quedas».

Entonces el perro se volvió y corrió derecho hacia mí, cojeando ligeramente de una pata y ostentando una orgullosa sonrisa canina. Me empujó la mano con su ancha cabeza, era su demanda habitual para que le rascara la oreja. Lo hice, al tiempo que algo se liberó en mi pecho con una pequeña sensación dolorosa. Mi perro estaba bien. Tal vez mis ojos se empañaron un poco. Me hincé sobre una rodilla y deslicé un brazo alrededor del cuello del chuchó.

—Buen perro —le dije.

La cola de Ratón se meneó orgullosa por el piropo y se apoyó contra mí.

Me aseguré de que mis ojos estaban despejados, luego alcé la vista para encontrar a Madrigal mirando al perro con cara de asombro y miedo.

—Eso no es un perro —susurró el vampiro.

—Pero haría cualquier cosa por una galleta, como Scooby-Doo —dije—. Escupe, Madrigal. ¿Qué estás haciendo en la ciudad? ¿Qué relación tienes con los ataques?

Se relamió los labios y negó con la cabeza.

—No voy a hablar contigo —dijo—. Y no tienes tiempo de obligarme. Los disparos... Incluso tratándose de este vecindario, la policía estará aquí pronto.

—Cierto —dije—. Entonces lo haremos así. Thomas, cuando oigas una sirena, aprieta el gatillo.

Madrigal emitió un sonido ahogado.

Sonreí.

—Quiero respuestas. Eso es todo. Dámelas y nos vamos. Si no... —Me encogí de hombros e hice un gesto vago hacia Thomas.

Ratón lo miraba fijamente, con un constante gruñido burbujeante en la garganta.

Madrigal miró un momento al caído Glau, quien, Dios bendito, estaba moviendo los brazos y piernas espasmódicamente, aturdido. El gruñido de Ratón subió de volumen y el vampiro intentó arrastrarse fuera del alcance de mi perro.

—Si lo hiciera, ¿qué te impedirá matarme después?

—Madrigal —dijo Thomas en voz baja—. Eres una rata asquerosa, pero sigues siendo de la familia. Preferiría no matarte. Dejamos vivo a tu jann, quedamos todos felices y os largáis.

—¿Vas a ponerte de lado de los débiles mortales en contra de tu propia especie, Thomas?

—Mi propia especie me expulsó —respondió Thomas—. Trabajo donde me lo encargan.

—Un vampiro paria y un mago paria —murmuró Madrigal—. Supongo que entiendo las ventajas, independientemente de cómo acabe la guerra. —Fijó su mirada en Thomas un momento y luego se giró hacia mí—. Quiero un juramento.

—Lo tienes —dije—. Respóndeme con honestidad y te dejaré marcharte ileso de Chicago.

Tragó saliva y sus ojos fueron a parar a la escopeta que seguía presionada contra su mejilla.

—Yo también me presto al juramento —dijo—. Diré la verdad.

Y con eso bastaba. Casi todo en el lado sobrenatural de la calle se regía por un código rígido de conducta tradicional que respetaba cosas como los deberes de cada uno en su papel de anfitrión o de invitado y la integridad de un juramento. Podía confiar en el de Madrigal, ya que lo había expresado abiertamente.

O tal vez no.

Thomas me miró. Asentí. Apartó la bota del cuello del vampiro y dio un paso atrás, apoyando la escopeta a un lado de su cuerpo aunque sin distraerse ni un momento.

Madrigal se incorporó, mirando sus piernas con una mueca. Un ruido bajo y estridente procedía de ellas. La hemorragia había parado. Vi partes de su gemelo donde se le habían roto los pantalones. La piel de la zona burbujeaba y se movía, y ante mis ojos un bulto del tamaño de un guisante se formó en la piel y reventó despidiendo un proyectil que cayó al suelo del aparcamiento.

—Empecemos por lo fácil —dije—. ¿Dónde está la llave de los grilletes?

—En la furgoneta —contesto en tono calmado.

—¿Mi bastón?

—Furgoneta.

—Llaves. —Tendí una mano.

Madrigal se sacó del bolsillo unas llaves de una empresa de alquiler y me las lanzó.

—Thomas —dije sosteniéndolas en alto.

—¿Estás seguro? —preguntó.

—Ratón puede vigilarlo. Quiero esta jodida cosa fuera de mi brazo.

Thomas cogió las llaves y se encamino hacia la furgoneta. Hizo una pausa para mirarse el pelo en el reflejo del parabrisas antes de abrir la furgoneta. Vanidad, tu nombre es vampiro.

—Ahora la pregunta de verdad —le dije a Madrigal—. ¿Qué relación tienes con

los ataques?

—No tengo nada que ver —dijo en voz baja—. Ni en el plan ni en la ejecución. Llevo asignado aquí desde hace un año.

—No suena muy bien como coartada —dije.

—No tengo nada que ver —insistió—. Por supuesto he pensado que era entretenido. Y sí, el... —Sus párpados bajaron un poco y su voz se volvió de repente ronca—. El... alboroto. El horror. El vacío de la noche, tan dulce, todas esas almas aterradas...

—Deja el rollo de horripilante vampiro psíquico —dije—. Responde a la pregunta.

Me ofreció una fea sonrisa e hizo un gesto hacia sus piernas, que ya estaban sanando.

—Ves. Me he alimentado, y muy bien. Esta noche en particular. Pero tienes mi palabra, mago, de que sean lo que sean esas criaturas no son creación mía. He sido un mero espectador.

—Si eso es cierto —dije—. ¿Por qué demonios me has arrastrado hasta aquí?

—Para buscar mi propio beneficio —dijo—. Y por disfrute. No permito que ningún humano me hable de esa manera. De todas maneras tenía planeado responder a tu arrogancia, pensé que de paso podría sacar algo de dinero.

—Dios bendiga a América —dije. Thomas regresó con mi equipo mágico: bastón, mochila, una bolsa de papel con varias linternas dentro y una anticuada llave de grandes dientes. La metí torpemente en los grilletes, los dedos de mi mano izquierda no cooperaban demasiado, y me quité la cosa del brazo. La piel me tembló un momento y traté de usar mi magia. El experimento funcionó. No hubo dolor. Era un mago de nuevo.

Me puse mi amuleto, el brazalete y el anillo. Palpé la mochila para asegurarme de que la calavera de Bob seguía allí. Estaba, y suspiré aliviado mentalmente. El conocimiento arcano de Bob rayaba al mismo nivel que su incapacidad para distinguir entre el bien y el mal moral. Su conocimiento, en las manos equivocadas, podría ser muy peligroso.

—No —dije en voz baja—. No fue una coincidencia que estuvieras allí, Madrigal.

—Te acabo de decir...

—Te creo —dije—. Pero no creo que fuera una coincidencia. Creo que estabas allí por una razón. Tal vez una que tú mismo desconoces.

Madrigal frunció el ceño y por un momento pareció un poco preocupado.

Arrugué los labios y pensé en voz alta.

—Eres de perfil alto. Se sabe que te alimentas del miedo. Estás en guerra con el Consejo Blanco. —Dos y dos son cuatro. Cuatro y cuatro son ocho. Levanté la vista hacia Thomas y dije—: Quienquiera que esté detrás de los ataques de los fagos quería

que yo creyera que Darby era el responsable.

Thomas arqueó las cejas, entendiendo de repente.

—Madrigal iba a pagar los platos rotos.

El rostro de Madrigal se puso más pálido si cabe.

—¿Qué quieres de...?

No terminó la pregunta.

Glau gritó. Era un grito de puro y espeluznante terror, tan agudo como el de una mujer.

Todos nos giramos sorprendidos y tuvimos tiempo de ver a algo arrastrar a Glau fuera de la vista, al otro lado de la furgoneta. El aire se salpicó de rojo. Una parte de él, tal vez un brazo o una pierna, salió disparada desde detrás de la furgoneta y voló varios metros antes de caer pesadamente en el suelo. Su voz cesó bruscamente.

Algo sobrevoló la camioneta y cayó rodando hasta botar sobre la grava y detenerse.

La cabeza de Glau.

Se la habían arrancado físicamente del cuerpo. La piel y el hueso estaban destrozados por la fuerza bruta que había usado el atacante. Su rostro estaba congestionado por un grito, con sus dientes de tiburón fuera y los ojos abiertos y quietos, muertos.

Una luz naranja apareció detrás de la furgoneta. Una criatura de tres o cuatro metros de alto se alzó y se dio la vuelta para encararnos. Iba vestida con harapos, como una especie de enorme mendigo, y era inhumanamente delgada. Su cabeza era una cosa bulbosa y tardé un segundo en darme cuenta de que se trataba de una calabaza con unos maliciosos ojos tallados en ella. Los ojos brillaban con una hosca llama roja y resplandecieron en el momento que nos vieron. Entonces dio un paso pisando el capó de la furgoneta y vino hacia nosotros con unas zancadas que parecían lentas, pero ganaban terreno a cada paso.

—Dios santo —musitó Rawlins.

Ratón gruñó.

—¿Harry? —dijo Thomas.

—Otro fago vestido con un disfraz de película de terror. El espantapájaros esta vez —murmuré—. Puse el bastón delante de mi cuerpo y di un paso al frente para ir al encuentro del fago. Invoqué de nuevo fuego infernal, tal como hice con el otro fago, hasta que mi piel pareció a punto de desprenderse de mis huesos. Reuní todas mis fuerzas para atacar con un golpe tan mortal como el que había usado antes aquella misma noche. Entonces grité y desencadené mi voluntad contra la criatura, dándole tan duro como pude.

La bala de cañón resultante impactó de lleno en la cabeza del espantapájaros con una fuerza ardiente, explotando en una columna de llamas rojas y ardientes a seis

metros de distancia. Se trataba de un infierno de calor y luz con poder suficiente para lograr lanzar a aquella cosa a la mitad del lago Michigan.

Imaginad mi sorpresa cuando el espantapájaros siguió hacia delante ignorando mi hechizo, como si no existiera. Sus ojos me miraban con demasiado consciencia y sus brazos se movían con la rapidez de una serpiente al ataque.

Dedos tan gruesos y duros como las vides de calabaza se cerraron alrededor de mi garganta, y en una ráfaga de comprensión repentina, terrible, me di cuenta de que este fago era más fuerte que el pequeño al que había vencido en el hotel. Esta criatura era mucho más antigua, más grande, más fuerte y más peligrosa.

La visión se me oscureció poco a poco hasta convertirse en un túnel plagado de estrellas al tiempo que el espantapájaros colocaba su otra mano alrededor de mi muslo izquierdo, me levantaba sobre su cabeza y comenzaba a partirme por la mitad.



## Capítulo 29

—¿Harry? —gritó Thomas. Oí el roce del acero y vi a Thomas blandiendo un viejo sable de la caballería americana sacado de mi guardapolvos. Le lanzó la escopeta al herido Rawlins y se precipitó hacia delante.

Ratón le ganó la carrera. El gran perro bramó y se lanzó contra el espantapájaros obligándolo a soltarme la pierna para arquear el delgado brazo y darle un puñetazo a mi perro.

El fago era fuerte. Golpeó a Ratón en mitad del salto y lo bateó contra la pared de acero corrugado del taller de la Luna Llena como si fuera una pelota de tenis. Se oyó el estruendo del choque y el perro rebotó contra la pared y aterrizó pesadamente sobre un costado, dejando el acero abollado. Se las arregló para ponerse en pie con las patas temblorosas.

Ratón le había dado a Thomas una oportunidad y mi hermano hizo trampolín con un viejo cubo metálico de basura y se elevó cuatro metros en el aire bajando la espada hacia la muñeca del brazo que me estaba estrangulando. Thomas nunca fue débil, sin embargo, estaba recurriendo a sus poderes de vampiro de la Corte Blanca para atacar. La piel le brillaba con un blanco luminoso y sus ojos tenían un metálico tono plateado. El sablazo separó la mano del espantapájaros de su brazo y me hizo caer desde dos metros de alto.

Mientras iba cayendo pensaba que tenía que alejarme de la criatura, y rápido. Logré mantener más o menos el equilibrio cuando impacté contra el suelo y eché a rodar, aprovechando el impulso para empezar a correr. No obstante, surgió un problema.

La maldita mano del fago no había dejado de asfixiarme y no había perdido un ápice de su fuerza. Mi frenética retirada se convirtió en algo parecido a la carrera de un borracho a medida que el aire se me iba acabando y me aferraba a los duros dedos que me aplastaban y me cerraban la tráquea. Caí de rodillas, apoyado sobre una mano. Por el rabillo del ojo vi a Rawlins levantar la escopeta y comenzar a disparar desde el suelo cuando el espantapájaros se dirigió hacia él. Los cartuchos aminoraron la marcha de la criatura, pero no le hicieron daño alguno.

Me ardía la garganta y sabía que me quedaban apenas unos segundos de consciencia. Por pura desesperación, tomé mi bastón y con un gesto mareado lo arrastré formando un círculo completo alrededor de la grava a mis pies. Toqué el círculo con la mano para infundirle poder y sentí el campo de magia envolverse de abajo a arriba como una silenciosa e invisible columna.

El poder del círculo desarraigó la mano cortada del espantapájaros del cuerpo de la criatura y se transformó bruscamente en gelatina transparente al igual que el fago del pasillo del hotel. El ectoplasma salpicó la grava bajo mis pies y me empapó la

camisa de aquella sustancia pegajosa.

Respiré hondo, henchido por la euforia y, aunque estaba de rodillas, me volví hacia el espantapájaros y no retrocedí. Mientras el círculo a mi alrededor mantuviera su integridad, no había manera de que los fagos llegaran hasta mí. Debía ganar un poco de tiempo para respirar algo de aire fresco por mis pulmones y poder trabajar en la elaboración de mi próximo ataque.

El espantapájaros dejó escapar un silbido furioso y bajó el tronco que era su brazo hacia Rawlins. El veterano policía lo vio venir y rodó a un lado como si aún fuera joven y ágil, evitando el golpe por poco. Thomas utilizó un viejo tanque metálico de aceite como plataforma para otro salto, esta vez conduciendo sus talones hacia la espalda del espantapájaros, a lo que habría sido la base de la columna vertebral en un ser humano. El impacto envió a la criatura al suelo, pero al aterrizar estiró su larga pierna en dirección a Thomas y golpeó el brazo que sostenía el sable rompiendo el hueso con un chasquido húmedo.

Thomas gritó, sin dejar de luchar, dejando su espada caída en el suelo. El espantapájaros se volvió de nuevo hacia mí con ojos ardientes, con una rabia ajena, y podría jurar que vi reconocimiento en ellos. Su atención fluctuó entre mí y Rawlins, y luego con un silbido parecido a una carcajada fue a por el policía.

Maldita sea. Esperé hasta el último segundo y luego rompí el círculo barriéndolo con el pie. Cogí la espada de Thomas y cargué.

El espantapájaros se volvió hacia mí en el momento en que el círculo se vino abajo, soltando un puñetazo que podría haberme roto el cuello, sin embargo, no esperaba mi carga y antes de que se diera cuenta de mi acción me encontraba ya muy cerca de él. Solté un grito y asesté un sablazo a una de las piernas del espantapájaros, pero era más rápido de lo que pensaba y la hoja del sable apenas rasgó la gruesa, robusta y dura extremidad. El fago dejó escapar un fuerte silbido lo bastante agudo para hacerme daño en los oídos y trató de darme una patada, no obstante, me aparté a un lado justo a tiempo y el golpe que iba destinado a mí tiró varias pilas de neumáticos por el suelo.

Madrigal Raith se levantó de entre los neumáticos caídos a un metro de mí, gritando de miedo. Los ojos del espantapájaros ardieron con unas llamas dolorosamente brillantes cuando lo vio, y se abalanzó sobre él.

—¡A la camioneta! —grité, saltando de nuevo para ponerme al lado de Madrigal—. Necesitamos un vehículo si queremos salir de esta.

Sin siquiera dudarlo un segundo, Madrigal me empujó con una mano para tirarme directamente a los pies del espantapájaros, entre él y el monstruo, mientras se daba la vuelta para huir en dirección contraria. Antes de tocar el suelo, invoqué la energía de mi brazalete escudo y me retorcí para aterrizar sobre el costado derecho al tiempo que levantaba la mano izquierda y el escudo. Si hubiera tardado medio segundo más, el

espantapájaros me hubiera pisoteado el cráneo. En su lugar, acertó de pleno en mitad de la esfera de mi escudo de hechicero con tanta fuerza que este envió un destello de luz y calor sobre mí, semejante a un enorme cuenco azul y blanco.

Furioso, el horrible ser cogió un barril vacío y lo lanzó hacia mi escudo. Endurecí mi voluntad cuando lo hizo y revertí la fuerza del lanzamiento para enviar el barril rebotando por la grava; esta vez se acercó más que con el primer golpe. Un segundo después bajó su puño como un martillo y acto seguido encontró una escalera de aluminio plegada entre un montón de basura y trató de golpearme con ella.

Me las arreglé para bloquear los ataques, pero cada uno de ellos se iba acercando más y más a su objetivo. No me atreví a abandonar mi concentración ni un momento, ni siquiera para moverme. La maldita cosa era muy fuerte. No sobreviviría si cometía un error. Un solo golpe de una de sus extremidades o armas improvisadas me mataría. No obstante, si no me alejaba, la criatura rompería la protección del escudo tarde o temprano.

Ratón cargó de nuevo sobre tres de sus patas y soltó un rugido de batalla casi leonino. El espantapájaros lanzó un golpe hacia él, pero el ataque de perro había sido solo una finta y lo evitó al tiempo que se mantenía fuera del alcance del espantapájaros. El monstruo se volvió hacia mí, pero Ratón corrió de nuevo, obligando al fago a abandonar su ataque para que el perro no se le acercara por la espalda.

Me di la vuelta para ponerme fuera del alcance del espantapájaros y recuperé la verticalidad con la espada en la mano derecha y el brillante escudo azul resplandeciendo en la izquierda. Había utilizado una gran cantidad de magia aquella noche y estaba comenzando a sentirlo. Me temblaban las piernas y no estaba seguro de cuánto tiempo más podría aguantar.

Ratón y yo rodeamos al monstruo, uno frente al otro, jugando a ser una manada de lobos acechando a un oso, en este caso el espantapájaros. Amenazábamos por turnos los flancos de la criatura en el momento que esta se volvía hacia el otro. Aguantamos tal vez un minuto, pero era una apuesta perdedora a largo plazo. Ratón se desplazaba sobre tres patas y se estaba cansando rápidamente. Yo no estaba mucho mejor. Cuando uno de los dos se resbalara o se moviera con demasiada lentitud, el espantapájaros lo tiraría al suelo como un palito roto. Un palito húmedo, rojo y blanducho.

Una luz brilló bruscamente a mi espalda, un motor rugió y sonó una bocina. Salté a un lado. La furgoneta alquilada de Madrigal pasó por mi lado a toda velocidad y se estrelló contra el espantapájaros. Propulsó a la criatura por los aires y el monstruo cruzó el aparcamiento hasta el borde de la calle.

Thomas sacó la cabeza por la ventana y gritó:

—¡Entra!

Me apresuré a complacerlo, cogiendo de paso mi bastón con Ratón pisándome los talones. Nos subimos a la camioneta. Encontré a Rawlins inconsciente en la parte posterior. Cerré la puerta lateral. Thomas levantó una nube de grava al girar la camioneta, llegó a la mediana de hormigón entre el montón de grava y la calle y aceleró como un cohete.

Un aullante grito de rabia y frustración partió en dos el aire detrás de nosotros. Miré por la ventana y vi al espantapájaros perseguirnos. Cuando Thomas llegó a una intersección y giró, el espantapájaros acertó por una esquina, saltó con facilidad sobre una cabina de teléfono y se estrelló contra la parte posterior de la camioneta. El estruendo fue horrible y la camioneta se tambaleó, los neumáticos chirriaron y derraparon mientras Thomas luchaba por recuperar el control.

El espantapájaros gritó y golpeó la camioneta de nuevo. El herido Ratón agregó su rugido de batalla al alboroto.

—¡Haz algo! —gritó Thomas.

—¿Cómo qué? —grité—. ¡Es inmune a mi fuego!

Otra crujido aporreó mis oídos, sacudió la camioneta y me hizo caer encima de Rawlins.

—¡Vamos a encontrarnos con tráfico dentro de nada! —exclamó Thomas—. ¡Piensa algo!

Busqué frenético en el interior de la furgoneta, tratando de pensar en algo. Había poca cosa allí: el maletín de Glau, una bolsa de viaje que contenía, presumiblemente, el gel de ducha y el polvo para el olor de pies de Glau, y dos botellas de agua mineral de la cara en sendas botellas de plástico.

Oía los pesados pasos del espantapájaros en el exterior de la camioneta, y un movimiento en el rabillo de mi ojo me hizo girar la vista y encontrarme con sus ojos ardientes y terroríficos mirándome a través de la ventana de la camioneta.

—¡Izquierda! Le aullé a Thomas. La camioneta se sacudió y los neumáticos protestaron. El espantapájaros metió el brazo por la ventanilla lateral y sus largos dedos no me rozaron por un centímetro.

Tenía que hacer algo. El fuego no dañaba a aquella cosa. Podría invocar viento, pero el monstruo era lo suficientemente grande como para resistir cualquier envite, a no ser que le atizara con todo mi poder, algo que en aquel momento, agotado como estaba, no tenía suficiente músculo mágico para hacer. Tendría que ser algo pequeño. Algo limitado. Algo inteligente.

Me quedé mirando el agua embotellada, entonces pensé algo y grité:

—¡Prepárate para hacer un cambio de sentido! —grité.

—¿Qué? —gritó a su vez Thomas.

Cogí las dos botellas y las tiré por la ventana rota.

Desaparecieron, y al mirar por la ventana trasera comprobé que caían detrás de

nosotros, todavía unidas por el grueso envoltorio de plástico. Tomé mi vara, apunté a las botellas, e invoqué el más pequeño e intenso foco de calor que conocía liberándolo con un susurro:

—Fuego.

El cristal de la ventana trasera se iluminó y enseguida apareció un agujero del tamaño de un cacahuete. El cristal goteó hacia abajo, fundido. Las botellas explotaron en cuanto su contenido entró en ebullición, en menos de un segundo, salpicando toda aquella zona de la carretera de agua.

—¡Ahora! —grité—. Gira en redondo.

Thomas realizó una maniobra que provocó un aullido de neumáticos y casi me hace caer por la ventana rota. Pasé cerca del espantapájaros cuando la furgoneta viró. El monstruo alargó la mano hacia mí, pero sus garras solo rastrillaron la carrocería de la furgoneta, chillando, arañando la pintura con un sonido chirriante. El monstruo, aunque rápido y muy fuerte, también era alto y desgarrado, y dimos la vuelta más rápido de lo que él podía, lo que nos proporcionó un par de segundos de ventaja.

Agarré mi vara con tanta fuerza que se me pusieron blancos los nudillos. Me esforcé por elaborar una evocación sobre la marcha. No soy muy buen evocador.

Por esa razón uso herramientas como el bastón y la vara para que me ayuden a controlar y enfocar mi energía. La sola idea de tratar de hacer una evocación espontánea era suficiente para que una perla de sudor me apareciera en la frente y traté de recordarme a mí mismo que no se trataba de una nueva evocación. Era solo una muy, muy, muy sesgada aplicación de una vieja.

Me asomé a la ventana rota vara en mano para mirar atrás hasta que los pasos del espantapájaros llegaron al grupo de botellas de plástico vacías junto a un charco poco profundo.

Entonces apreté los dientes, apunté mi vara al cielo y extendí la mano hacia el fuego. En vez de extraer todo el poder de mi interior, eché mano del medio que me rodeaba; de la atmósfera opresiva del aire de verano, del calor del motor de la furgoneta, de Ratón, de Rawlins y del brillante alumbrado público.

Y del agua que había derramado delante del espantapájaros.

—¡Fuego! —grité.

Una llama subió disparada hacia el cielo de Chicago como un géiser y la explosión de repentino calor rompió algunas ventanas en el edificio más cercano. El motor de la camioneta tartamudeó en señal de protesta y la temperatura bajó drásticamente en su interior. Las luces parpadeaban en la calle, el abrupto cambio de temperatura destruía sus frágiles filamentos a medida que mi hechizo chupaba el calor de todo lo que había en cien metros a la redonda.

Y el caro charco de agua se congeló al instante formando un brillante manto de hielo.

Un pie del espantapájaros pisó el hielo y el cuerpo se le deslizó hacia delante. Sus extremidades, demasiado largas, se zarandearon salvajemente y el fago se tambaleó agitando sus torpes miembros. Su velocidad y tamaño iban ahora en su contra. Se deslizó por la carretera como una planta rodante hasta que se dio un duro golpe con una cercana parada de autobuses municipales.

—¡Vamos, vamos! —grité.

Thomas le dio caña al motor para recuperar su potencia y aceleró a todo gas calle arriba. Cuando giró en la siguiente esquina el espantapájaros apenas había comenzado a desenmarañar sus miembros tras el impacto. Thomas no ralentizó la marcha. Giró otro par de veces y luego se metió por una rampa de la autopista.

Miré detrás de nosotros. Nadie nos seguía.

Me hundí en el asiento respirando con dificultad y cerré los ojos.

—¿Harry? —me llamó Thomas con voz preocupada—. ¿Estás bien?

Gruñí. Incluso aquello era un esfuerzo. Me tomó un minuto lograr decir:

—Solo estoy cansado. —Me recuperé de aquella hazaña y añadí—: Madrigal me empujó a los pies de esa cosa y se largó.

Thomas hizo una mueca.

—Siento no haber llegado antes —dijo—. Fui a recoger a Rawlins. Imaginaba que me lo ibas a decir de todos modos.

—Lo hubiera hecho —le dije.

Me miró por el espejo retrovisor con ojos pálidos y preocupados.

—¿Seguro que estás bien?

—Todos seguimos con vida. Es lo que cuenta.

Thomas no dijo nada más hasta que salió de la carretera y empezó a frenar la furgoneta. Mientras, yo me preocupé por el estado de Rawlins. El policía había seguido adelante a pesar del intenso dolor y de toparse con cosas cada vez más extrañas. Tuvo un comportamiento condenadamente heroico, sin duda. Pero incluso los héroes son humanos y los cuerpos humanos tienen límites que no pueden superar. Al final, todo aquello había desbordado a Rawlins. Su respiración era constante y el pie herido se le había hinchado tanto que su propio zapato contenía la hemorragia, pero no creo que una guerra nuclear pudiera haberle despertado.

Apreté los dientes por lo que tenía que hacer a continuación. Coloqué mi deformada mano izquierda en el suelo de la furgoneta, en el ángulo que me había instruido Lasciel, y dejé que mi peso cayera repentinamente sobre ella. Un feo chasquido, más dolor y enseguida la agonía disminuyó un poco. Sufrí una sensación de vértigo; sin embargo, mi mano parecía otra vez humana por golpeada e hinchada que estuviera.

—Entonces —dije después de haber recuperado algo de energía—, eras tú el que me seguía por toda la ciudad.

—No quería ser visto abiertamente contigo —dijo—. Pensé que el Consejo se lo tomaría a mal si se enteraba de que había un vampiro de la Corte Blanca haciendo de guardaespaldas de un centinela.

—Probablemente —dije—. ¿Los seguiste desde el aparcamiento de la convención?

—En realidad no —dijo Thomas—. Lo intenté, pero los perdí. Ratón no. Lo seguí a él. ¿Cómo diablos lo mantuvieron apartado de ti cuando te cogieron?

—Lo atropellaron con esta camioneta —le dije.

Thomas levantó las cejas y miró a Ratón.

—¿En serio? —Negó con la cabeza—. Ratón me llevó a ti. Estaba tratando de averiguar cómo entrar en el taller sin que nos dispararan. Entonces tú hiciste tu jugada.

—Me has robado mi abrigo —le dije.

—Solo lo tomé prestado —me corrigió él.

—Nunca mencionan este tipo de basura cuando hablan de las relaciones entre hermanos.

—No lo llevabas puesto —señaló—. Demonios, ¿crees que voy a entrar en uno de los patentados «anarcogasmos» de Harry Dresden sin toda la protección que pudiera conseguir?

Gruñí.

—Tienes buen aspecto esta noche.

—Siempre tengo buen aspecto —dijo.

—Ya sabes lo que quiero decir —repliqué en voz baja—. Mejor. Más fuerte. Más rápido.

—Como el hombre del millón de dólares —dijo él.

—Deja de hacer bromas, Thomas —le dije en un tono neutral—. Has usado un montón de energía esta noche. Te estás alimentando de nuevo.

Siguió conduciendo, con ojos vigilantes y una expresión vacua.

Me mordí el labio.

—¿Quieres hablar de ello?

No me hizo caso, así que lo tomé como un no.

—¿Cuánto tiempo llevas activo?

Estuve seguro de que me estaba dando evasivas cuando contestó en voz muy baja:

—Desde el pasado Halloween.

Fruncí el ceño.

—Cuando nos cargamos a los nigromantes.

—Sí —dijo—. Hay... mira, hay algo que no te conté sobre aquella noche.

Incliné la cabeza para mirarle los ojos en el espejo retrovisor.

—¿Recuerdas que te dije que la moto de Murphy se había averiado?

Lo recordaba. Asentí con la cabeza.

—No fue la moto —dijo Thomas. Respiró hondo—. Fue la Caza Salvaje. Se tropezaron conmigo mientras estaba tratando de alcanzarte. Aquello ocupó el resto de mi noche.

Arqueé las cejas.

—No tienes que mentir sobre algo como eso, tío. Quiero decir: todos los que no se unen a la Caza se convierten en su presa. Así que no tienes la culpa de que te persiguieran por ahí. —Me rasqué la barbilla. Barba de tres días. Necesitaba un afeitado—. Demonios, tío, deberías estar condenadamente orgulloso. No me cabe duda de que solo cinco o seis personas en la historia han escapado a la Caza.

Guardó silencio durante un minuto y luego dijo:

—No escapé, Harry.

Mis hombros temblaron a causa de la tensión repentina.

—Me uní a ellos —dijo.

—Thomas... —comencé.

Levantó la vista hacia el espejo.

—No quería morir, tío. Y al fin y al cabo soy un depredador. Un asesino. Una parte de mí quería ir con ellos. Parte de mí se lo pasaba bien. No me gusta demasiado esa faceta mía, pero existe.

—Demonios —dije en voz baja.

—No recuerdo mucho de ello —dijo. Se encogió de hombros—. Te defraudé aquella noche. Me defraudé a mí mismo. Así que pensé que tal vez podría ayudarte, ya que me dijiste que tenías un nuevo trabajo.

—Ahora también tienes coche —dije en voz baja.

—Sí.

—Estás ganando dinero y alimentándote de personas.

—Sí.

Fruncí el ceño. No sabía qué decir. Thomas había intentado encajar en el mundo. Trató de conseguir un trabajo honesto. Lo intentó durante más de dos años, pero siempre acababa mal por culpa de qué y quién era. Me estaba empezando a preguntar si había algún lugar en Chicago donde no lo hubieran despedido.

No obstante, ahora conservaba un trabajo, fuera cual fuera, desde hacía un tiempo.

—¿Hay algo que deba saber? —le pregunté.

Negó con la cabeza, un diminuto gesto. Su reticencia me preocupó. A pesar de haber sido humillado repetidas veces, Thomas nunca había tenido problemas para hablar, o más bien quejarse, sobre los varios trabajos que había tratado de mantener. En una o dos ocasiones me había abierto el corazón respecto a sus dificultades para pasar sin la intensa alimentación que le proporcionaba Justine. E incluso así, ahora



estaba cerrado en banda.

Un alma menos caritativa hubiera albergado sospechas, habría pensado que probablemente Thomas estaba participando en algo sin duda ilegal e inmoral para ganarse la vida, hubiera insistido en la idea de que, al ser una especie de íncubo, sería una tarea sencilla para él seducir y controlar a cualquier mujer rica de su elección para conseguir sustento y comodidad financiera en un solo paquete.

Menos mal que no soy uno de esos tipos poco caritativos.

Suspiré. Si no iba a hablar, no iba a hablar. Era hora de cambiar de tema.

—Glau —dije en voz baja—. El secuaz de Madrigal. Dijiste que era un jann.

Thomas asintió.

—Vástago de un demonio djinn y un mortal. Trabajaba para el padre de Madrigal. Entonces mi padre dispuso que el padre de Madrigal hiciera paracaidismo sin paracaídas. Glau se quedó con Madrigal después de aquello.

—¿Era peligroso? —pregunté.

Thomas pensó en ello un momento y luego dijo:

—Era meticuloso. No se le pasaba ni un detalle. Podía manejar a un tribunal como una especie de maestro de orquesta. Nunca terminaba con algo hasta que estuviera disecado, etiquetado, documentado y almacenado en algún lugar.

—Pero no era una amenaza en una pelea.

—No tanto como otros. Podía matarte si se lo proponía, pero no mejor que cualquier otra cosa.

—Es curioso, entonces —dije—. El espantapájaros fue a por él en primer lugar.

Thomas me miró arqueando una ceja.

—Piensa en ello —dije—. Se supone que esa cosa es un fobófago, ¿no? Siempre busca la mayor fuente de miedo.

—Claro.

—Glau estaba apenas consciente cuando lo atrapó —dije—. Probablemente Madrigal o yo éramos los que sufríamos una mayor tensión pero fue específicamente a por él.

—¿Crees que alguien lo envió contra Glau?

—Creo que es una conclusión razonable.

Thomas frunció el ceño.

—¿Por qué haría nadie una cosa así?

—Para acallarlos —dije—. Creo que Madrigal debía caer en desgracia por causar estos ataques, a menos a ojos de la comunidad sobrenatural. Tal vez Glau estaba metido en esto. Tal vez Glau lo arregló para que Madrigal estuviese aquí.

—O tal vez el espantapájaros fue tras Glau porque estaba herido y separado del resto de nosotros. Pudo haber sido una coincidencia.

—Es posible —concedí—. Pero mi instinto me dice que no lo ha sido. Glau era su

hombre. Lo mataron para cubrir el rastro.

—¿Quién crees que son «ellos»?

—Uhhhhhh. —Me froté la cara, esperando que el estímulo removiera algo de sangre en mi cerebro y diera rienda suelta a algunas ideas.

—No estoy seguro. Me duele la cabeza. Se me están escapando algunos detalles en alguna parte. Debe de haber suficientes para poder juntar las piezas, pero no los veo, maldita sea. —Sacudí la cabeza y me quedé tranquilo.

—¿Adónde vamos? —preguntó Thomas.

—Al hospital —le dije—. Dejaremos a Rawlins.

—¿Después qué?

—Después recuperamos el rastro de los fagos y veré si puedo averiguar quién los invocó. —Le conté brevemente los acontecimientos de aquella tarde, ya noche—. Si estamos de suerte, lo único que encontraremos será el cadáver de un loco con una expresión de sorpresa en la cara.

—¿Qué pasa si no estamos de suerte? —preguntó.

—Entonces significará que el invocador es endemoniadamente mejor que yo, si es capaz de luchar contra tres de esas cosas y salir indemne. —Me froté un ojo—. Y vamos a tener que eliminarlo antes de que le haga daño a nadie más.

—La diversión nunca termina —dijo Thomas—. Está bien, vamos al hospital.

—Luego da la vuelta a la manzana que rodea el hotel. El hechizo que utilicé para desviar a los fagos dispone de un elemento de seguimiento. La salida del sol lo va a desvelar y desconozco cuánto tiempo se puede tardar en seguir el rastro.

Le di indicaciones a Thomas para llegar al hospital más cercano. Dejó al inconsciente Rawlins en el mostrador de urgencias y regresó un minuto más tarde.

—Están en ello —anunció.

—Vámonos entonces. De lo contrario alguien querrá hacernos preguntas sobre las heridas de bala.

Thomas había pensado en ello antes que yo y la furgoneta ya iba de regreso al hotel.

Preparé el hechizo. No era un trabajo difícil en condiciones normales, pero me sentía como un trapo usado. Necesité tres intentos para ponerlo en marcha y hacerlo funcionar, sin embargo, al final lo logré. Entonces me subí al asiento del pasajero, desde donde pude ver pruebas del paso del fago, un rastro de vapor rizado de color verde pálido en el aire. Le di instrucciones a Thomas. Seguimos el rastro y este nos condujo hacia Wrigley.

En mi cabeza dolorida no había lo que se dijera una gran actividad, pero a los pocos minutos algo empezó a rondarme. Miré ensimismado a mi alrededor, el barrio me sonaba. Seguimos el rastro. El barrio me iba resultando cada vez más familiar. El vapor se hacía más brillante a medida que nos acercábamos.

Dimos la vuelta a una última esquina.

Mi estómago se retorció en un espasmo de horrosas náuseas.

La estela de vapor verde conducía a una casa blanca de dos pisos, un lugar con encanto al estilo de los típicos hogares de los suburbios aun encontrándose en mitad de la tercera ciudad más grande de América. El césped era verde a pesar del calor. Una cerca blanca. Juguetes infantiles a la vista.

El vapor cruzaba primero la valla. Había tres grandes agujeros separados en ella, donde una enorme fuerza había destrozado la valla hasta hacerla astillas. Unas pesadas huellas horadaban el césped. Paralela al suelo, una imitación de un farol de hierro forjado de estilo antiguo yacía retorcida un metro y medio detrás de la valla. La puerta había sido arrancada de sus goznes y arrojada al patio. La furgoneta aparcada en la entrada estaba aplastada, como si hubiera sido golpeada por una bola de demolición.

No estaba seguro, pero me pareció ver sangre en la puerta.

En el buzón decorativo a un metro de mí, con alegres letras pintadas, ponía: «Los Carpenter».

Oh, Dios.

Oh, Dios.

Oh, Dios.

Había enviado a los fagos a la caza de Molly.

## Capítulo 30

Salí de la furgoneta demasiado aturdido para ver nada que no fuera destrucción. No tenía sentido. No tenía ningún sentido. ¿Cómo demonios podía haber pasado esto? ¿Cómo es que mi hechizo había mandado aquí a los fagos?

Me quedé de pie en la acera de fuera de la casa con la boca abierta. Las farolas estaban apagadas. Solo las luces de la furgoneta iluminaban los daños, y Thomas las apagó pasado un momento. No había presencia policial ni nada extraño en la calle. Alguien había tomado medidas para evitar que lo que quiera que pasara molestara a los vecinos.

No sé cuánto tiempo estuve allí de pie. Sentí la presencia de Ratón a un lado. Luego la de Thomas al otro.

—¿Harry? —me llamó Thomas. No era la primera vez que lo hacía—. ¿Qué es este lugar?

—Es la casa de Michael —susurré—. El hogar de su familia.

Thomas se encogió. Echó un vistazo delante y atrás.

—¿Esas cosas han venido aquí?

Asentí. Me sentí inestable.

Estaba tan jodidamente cansado.

Lo que quiera que hubiese pasado allí ya había terminado. No había nada que pudiera hacer llegado este punto, excepto ver quién había resultado herido. Y no quería hacerlo. Así que me quedé quieto allí, mirando a la casa.

—Me quedaré aquí vigilando —dijo Thomas al fin—. Rodea la casa, comprueba si hay algo que ver.

—De acuerdo —susurré. Tragué saliva y mi estómago se sintió como si me hubiera tragado un kilo de chinchetas. Solo quería huir de aquel lugar.

En lugar de hacerlo, arrastré mi cansado culo por el césped y el umbral roto de la puerta. Ratón me seguía, caminando a tres patas.

Había restos de sangre ya seca en el vestíbulo.

Entré en la casa por el pasillo y llegué a la sala de estar. Los muebles estaban volcados por el suelo, destrozados. La televisión estaba tumbada de lado con estática en la pantalla y un sonido bajo de interferencias eléctricas llenaba la sala.

Aparte de aquello reinaba el silencio.

—¿Hola? —probé suerte.

Nadie respondió.

Fui a la cocina.

Había exámenes escolares pegados en el frigorífico, la mayoría de ellos escritos por manos exageradas e infantiles. También había dibujos de colores. En uno de ellos se veía a una sonriente figura parecida a un palo y debajo, en un renglón torcido,

ponía: «Te kiero, mamá».

Oh, Dios.

Las chinchetas de mi estómago se convirtieron en cuchillas. Si les había causado algún daño... no sé lo que haría.

—¡Harry! —me llamó Thomas desde fuera—. ¡Harry, ven aquí!

Su voz era tensa, excitada. Salí al jardín por la puerta de atrás de la cocina y me encontré a Thomas bajando de una casita de árbol con un aspecto más acogedor que mi propio apartamento construida entre las ramas de un viejo roble, en la parte de atrás de la casa de los Carpenter. Una figura inmóvil estaba echada sobre el hombro de Thomas.

Saqué mi amuleto e invoqué la luz de mago al tiempo que Thomas tendía a Daniel, el hijo mayor, en el césped del jardín. Respiraba, pero parecía pálido. Llevaba unos pantalones de pijama de franela y una camiseta blanca manchada de sangre. Lucía un corte en el brazo, no demasiado profundo, pero muy aparatoso. Tenía arañazos en la cara, en un brazo y en los nudillos de ambas manos.

El hijo de Michael había estado repartiendo puñetazos. No le sirvió de nada, pero al menos había luchado.

—Dame el abrigo —dije con suavidad—. Tiene frío.

Thomas se quitó de inmediato mi guardapolvos y se lo puso encima al chico. Le coloqué los pies sobre mi mochila.

—Quédate aquí —le dije. Entré en la casa, cogí un vaso de agua y lo llevé fuera. Me arrodillé e intenté despertar al chico para que bebiera un poco. Tosió, luego bebió y finalmente abrió los ojos. No podía centrarlos.

—Daniel —dije en voz baja—. Daniel. Soy Harry Dresden.

—¿D-Dresden? —dijo.

—Sí. El amigo de tu padre, Harry.

—Harry —dijo. Entonces sus ojos se abrieron de par en par y luchó para ponerse de pie—. ¡Molly!

—Tranquilo, tranquilo —le dije—. Estás herido. No sabemos de cuánta gravedad. Quédate quieto.

—No puedo —murmuró—. Se la llevaron. Estábamos... ¿está bien mamá? ¿Están bien los pequeños?

Me mordí el labio.

—No lo sé. ¿Sabes dónde están?

Parpadeó varias veces.

—En la habitación del pánico —dijo entonces.

Fruncí el ceño.

—¿Qué?

—En la segunda planta. Una habitación segura. Papá la construyó. Por si acaso.

Intercambié una mirada con Thomas.

—¿Dónde está?

Daniel señaló vagamente con la mano.

—Mamá tiene a los pequeños arriba. Molly y yo no pudimos llegar a tiempo. Estaban aquí. Tratamos de espantarlos.

—¿A quiénes, Daniel? ¿Quiénes eran ellos?

—Los monstruos de película. El segador. Manomartillo. —Se echó a temblar—. El espantapájaros.

Bramé una furiosa maldición.

—Thomas, quédate con él. Ratón, vigila. —Me levanté, volví a la casa y subí por las escaleras. En el pasillo había varias habitaciones; las de los mayores quedaban al otro lado del pasillo del dormitorio principal, de tal manera que los pequeños estaban progresivamente más cerca de mamá y papá. Miré en cada una de las estancias. Todas se hallaban vacías, aunque las dos más cercanas al comienzo de las escaleras aparecían destrozadas. Solo se veían juguetes rotos y pequeños muebles hechos un desastre.

Si no hubiera estado buscando algo no hubiera reparado en el excesivo espacio entre el armario de las sábanas y el dormitorio principal. Comprobé el armario del dormitorio sin encontrar nada especial. Entonces volví al pasillo para abrir el armario de las sábanas y vi que la ropa de cama, las toallas y las mantas estaban desordenadas. Me agaché sosteniendo el amuleto de mi madre para echar un vistazo de cerca y entonces me encontré una zona de la pared trasera del armario ligeramente desalineada de la esquina con la que se unía. Extendí la mano y toqué esa zona, luego cerré los ojos para hacer extensivos mis sentidos a las puntas de los dedos.

Sentí un poder allí. No era un conjuro de protección, o al menos no se parecía a ninguno que me hubiera encontrado. Era más bien un constante murmullo de poder similar al que había sentido agitarse por la casa de Michael en varias ocasiones: el poder de la fe. Había alguna forma de magia protegiendo el panel de madera.

—Lasciel —murmuré en voz baja—, ¿sientes esto?

No se apareció ante mí, pero su voz resonó en mis pensamientos.

—Sí, mi anfitrión. Obra de los ángeles.

Solté aire.

—¿Ángeles de verdad?

—Sí. Rafael o uno de sus tenientes, por lo que parece.

—¿Peligroso?

Se produjo una pausa incierta.

—Es posible. Tú estás tocado por más oscuridad que yo. Su intención es ocultar la habitación de atrás, no atacar a los intrusos.

Respiré hondo.

—De acuerdo —dije. Entonces extendí la mano y golpeé fuertemente con los nudillos en el panel, tres veces.

Creí escuchar un movimiento, algo cambiando de posición en el suelo de madera. Llamé de nuevo.

—¿Charity? —dije—. ¡Soy Harry Dresden!

Esta vez el movimiento fue claro. El panel crujió y se deslizó suavemente hacia un lado. Una escopeta de doble cañón asomó por el hueco apuntando directa a mi mandíbula. Tragué saliva y miré el cañón. Los fríos ojos azules de Charity me miraban desafiantes desde el otro lado del arma.

—Podrías no ser el verdadero Dresden —dijo.

—Claro que lo soy.

—Pruébalo —dijo. Su tono era tranquilo, equilibrado, mortal.

—Charity, no hay tiempo para esto. ¿Quieres que te enseñe mi carnet de conducir?

—Sangra —propuso en lugar de aquello.

Era una buena idea. La mayoría de las cosas que podían hacer de dobles de alguien no poseían cañerías humanas, es decir, sangre. No era una prueba infalible bajo ningún concepto, pero era lo más sólido que alguien que no fuera mago podía usar para verificarlo. Así que saqué mi navaja y me hice un pequeño corte en mi ya maltrecha mano izquierda. Ni lo sentí. Sangré rojo y se lo enseñé.

Me miró durante un largo momento y entonces bajó el percutor de la escopeta, apartó el arma y se encogió para salir por el estrecho espacio de detrás del panel. Vi una vela allí detrás. El resto de los niños Carpenter, salvo Molly, estaban dentro. Alicia estaba sentada, despierta, con evidente preocupación en sus ojos. Los demás estaban dormidos.

—Molly —dijo una vez que recuperó el equilibrio—. Daniel.

—Lo encontré escondido en la casa del árbol —dije—. Está herido.

Asintió una sola vez.

—¿Grave?

—Bastante magullado, aturdido, pero no creo que en peligro inmediato. Ratón y un amigo mío están con él.

Charity volvió a asentir, sus rasgos calmados y remotos, los ojos fríos y calculadores. Tenía montando un teatrillo de frialdad bastante decente, pero no perfecto. Sus manos temblaban mucho, apretaba y desapretaba los puños.

—¿Y Molly?

—No la he encontrado todavía —dije en voz baja—. Puede que Daniel sepa qué le pasó.

—¿Eran denarios? —preguntó.

Negué con la cabeza.

—Seguro que no.

—¿Es probable que regresen?

Me encogí de hombros.

—No es probable.

—¿Pero es posible?

—Sí.

Asintió, y su voz adquirió la cualidad de alguien pensando en voz alta.

—Entonces lo próximo que hay que hacer es llevar a los niños a la iglesia. Nos ocuparemos de que traten a Daniel. Intentaré llamar a Michael. Después encontraremos a Molly.

—Charity —dije—. Espera.

Charity me puso la mano en el pecho con firmeza y me empujó los hombros contra la pared de enfrente.

—Mis hijos son vulnerables. Voy a ponerlos a salvo. Ayúdame o hazte a un lado. —Su voz era baja y precisa.

Entonces se dio la vuelta y empezó a sacar a los niños. Alicia ayudó en todo lo que pudo, sus estudiosos rasgos se mostraban cansados y preocupados, pero los más pequeños estaban dormidos, casi hibernados, y eran apenas sacos inertes. Arrimé el hombro. Cogí a Harry y a Hope, uno en cada brazo. La expresión de Charity parpadeó entre la preocupación y el agradecimiento y noté que el control se le escapaba de las manos. Se le formaron lágrimas en los ojos. Los cerró de nuevo, apretó la mandíbula y cuando levantó la vista, ya había recuperado la compostura.

—Gracias —dijo.

—Movámonos —contesté haciendo precisamente eso.

Era una mujer dura. Muy dura. Habíamos tenido nuestras diferencias, pero tenía que respetar su orgulloso corazón. Era de la clase de madres sobre las que se habla en los periódicos, de las que son capaces de levantar un coche para salvar a sus críos.

Era enteramente posible que yo acabara de matar a su hija mayor. Si Charity supiera eso, si supiera que había puesto a sus niños en peligro, me mataría.

Si Molly había resultado herida por mi culpa, ayudaría en todo lo que pudiera.

Santa María de los Ángeles es más que una iglesia. Es un monumento. Es enorme, con una cúpula de diecisiete pisos de alto y cubierta de todo tipo de adornos que incluyen estatuas angelicales desperdigadas por el tejado y los alféizares. Supongo que mucha gente podría discutir sobre exactamente a quién va dedicado este monumento, pero uno no puede mirar la iglesia sin quedar impresionado por su tamaño y su belleza. En una ciudad de maestría arquitectónica, Santa María de los Ángeles no se inclina ante nadie.

Dicho esto, la parte de atrás, las puertas de servicio, tenían un aspecto bastante modesto y funcional. Allí fuimos, Charity en la minivan familiar, Thomas, Ratón y



yo en la furgoneta destartalada de Madrigal. Ratón y yo salimos, Thomas no. Arrugué la frente.

—Voy a buscar alguna parte donde aparcar esto —dijo—. Por si Madrigal decide denunciar que se la han robado o algo.

—¿Crees que va a causarnos problemas? —pregunté.

—Cara a cara no —dijo Thomas, su tono confiado—. Es más chacal que lobo.

—Mira el lado positivo —dije—. Tal vez el espantapájaros se diese la vuelta y lo atrapase.

Thomas suspiró.

—Sigue soñando. Es una rata escurridiza, sabe sobrevivir. —Miró a la iglesia y dijo—: Vigilaré las cosas desde fuera. Sal cuando termines.

Le entendí. Thomas no quería entrar en territorio sagrado. Como vampiro de la Corte Blanca era tan humano como cualquier vampiro y por lo que yo sabía, los objetos sagrados nunca le habían molestado. Así que esto no iba de alergias sobrenaturales. Iba sobre percepciones.

Thomas no quería entrar en la iglesia porque no era optimista respecto a que el Todopoderoso y sus instituciones le sonrieran. Como yo, prefería no llamar la atención en asuntos de carácter temporal. Y si había regresado a las viejas costumbres, a hacer lo que emanaba de su naturaleza de depredador, se sentía inclinado a apartarse del radar teológico. Peor, entrar en un lugar como la iglesia podría forzarle a enfrentarse a sus elecciones, a cuestionarlas, a darse de bruces con el hecho de que el camino que había tomado se iba poniendo cada vez más oscuro y se alejaba poco a poco de la luz.

Sabía cómo se sentía.

No había entrado en una iglesia desde que puse la mano en la vieja moneda de plata de Lasciel. Demonios, tenía a un maldito ángel caído en la cabeza... o al menos al facsímil de uno. Si eso no era un chorro de zumo de limón en los ojos de Dios no sé qué podía serlo.

Pero tenía trabajo que hacer.

—Ten cuidado —le dije en voz baja—. Llama a Murphy. Cuéntale lo que pasa.

—Será mejor que descanses pronto, Harry —contestó—. No tienes buen aspecto.

—Nunca lo tengo —dije. Le ofrecí mi puño y él lo frotó suavemente con el suyo.

Hice un gesto con la cabeza y me alejé de él. Llamé a la puerta de servicio mientras mi hermano se marchaba en la furgoneta. Había recuperado mi guardapolvos cuando tapamos a Daniel con una manta. A la mierda el calor, quería la protección. El familiar peso sobre los hombros y el movimiento contra mis piernas era reconfortante.

Forthill respondió a mi llamada. Estaba completamente vestido, el blanco del cuello clerical era fácilmente visible en la noche. Sus brillantes ojos azules

inspeccionaron el aparcamiento y enseguida se acercó a la furgoneta a paso vivo sin decir palabra. Lo seguí. Descargamos la furgoneta. Alicia condujo dentro a los chicos capaces de moverse por sí mismos mientras que él y Charity transportaron a Daniel. Yo los seguí cargando con los otros dos pequeños sacos húmedos, tratando de evitar que el temblor de mis músculos cansados fuera demasiado obvio.

Forthill nos condujo al almacén que en ocasiones hacía las veces de refugio. Había media docena de camas plegadas contra una pared y otra ya abierta y ocupada por un bulto debajo de una manta. Forthill y Charity pusieron al herido Daniel en un camastro y luego abrieron el resto. Depositamos a los exhaustos niños en ellos.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Forthill, con voz calmada y baja.

No quería oír a Charity hablar de ello.

—Me ha dado un calambre —dije—. Voy a andar para que se me quite. Id a buscarme cuando Daniel vuelva a ser capaz de expresarse con coherencia.

—Muy bien —dijo Charity.

Forthill nos miró a los dos alternativamente, frunciendo el ceño.

Ratón se levantó para seguirme, cojeando y con un gruñido esforzado.

—No, chico. Quédate y cuida de los niños.

Ratón se recostó de nuevo, casi agradecido.

Me largué. Eché a andar, no importaba adónde. Había demasiadas cosas merodeando en mi cabeza. Solo anduve. El movimiento no era una cura, pero estaba tan cansado que al menos evitaba que los pensamientos y las emociones me ahogaran. Crucé pasillos y habitaciones vacías.

Acabé en la capilla en sí. Había estado en estadios más pequeños. Los suelos de madera brillaban en toda la planta. Bancas de madera se alineaban, fila tras fila, y el altar y la nave estaban decorados con preciosismo. Cabían más de mil personas, incluyendo el balcón de detrás de la capilla, y cada domingo tenían que dar ocho misas distintas en cuatro idiomas diferentes para que cupiera todo el mundo.

Algo que no es ni el tamaño ni la artesanía hace de este lugar más que un edificio. Se siente allí dentro un poder tácito, profundo, cálido y reconfortante. Hay paz. Me quedé un momento en la vasta y vacía sala y cerré los ojos. En aquel momento necesitaba toda la paz que pudiera conseguir. Di vueltas por la sala, admirándola, y acabé en el balcón, arriba del todo, en un rincón oscuro.

Apoyé la cabeza contra una pared.

La voz de Lasciel vino a mí, muy baja, y sonaba extraña. Triste.

—Es muy bonito.

No me molesté en darle la razón. No le dije que se fuera a paseo. Volví a echar la cabeza hacia atrás, contra la pared, y cerré los ojos.

Me desperté cuando los pasos de Forthill se acercaron. Dejé los ojos cerrados, medio esperando que si me veía dormido se marchara.

En lugar de eso, se acomodó a medio metro de mí en la banca y esperó tranquilo y paciente.

El teatrillo no estaba funcionando. Abrí los ojos y lo miré.

—¿Qué ha ocurrido? —me preguntó en voz baja.

Apreté los labios y aparté la vista.

—Está bien —dijo Forthill—. Si deseas decírmelo sabes que no se lo contaré a nadie.

—Tal vez no quiera hablar con usted —dije.

—Por supuesto —dijo asintiendo—. Pero mi oferta sigue en pie en caso de que decidas hacerlo. A veces la única manera de llevar una pesada carga es compartirla con otros. Es decisión tuya.

Decisiones.

A veces pensaba que podría estar bien no tomar decisiones. Si no las tomaba no podía cagarla.

—Hay cosas que no quiero compartir con un sacerdote —le dije pensando en voz alta.

Asintió. Se quitó el alzacuello y lo dejó a un lado. Se echó hacia atrás en la banca, introdujo la mano en su chaqueta y sacó una delgada petaca plateada. La desenroscó, dio un sorbo y me la ofreció.

—Entonces compártelas con tu barman.

Aquello me arrancó una leve sonrisa. Negué con la cabeza, tomé la petaca y di un sorbo. Un Scotch suave y excelente. Di otro sorbo y le conté lo que había pasado en la convención y cómo había llegado a salpicar el hogar de los Carpenter. Me escuchó mientras nos íbamos pasando la petaca.

—Envié a aquellas cosas a su hogar. Nunca quise que fuera así —dije para terminar.

—Por supuesto que no —convino.

—Eso no me hace sentirme mejor.

—No tiene porqué —dijo—. Pero deberías saber que eres un hombre con poder.

—¿Y eso?

—Poder —dijo, agitando una mano en el aire que lo englobaba todo—. Todos los poderes son el mismo. La magia. La fuerza física. El poder económico. El poder político. Todos sirven a un único propósito, le dan a su poseedor un espectro de elecciones más amplio. Crean caminos alternativos de acción.

—Supongo —reflexioné—. ¿Entonces?

—Entonces —dijo—. Tienes más elecciones. Lo que implica que tienes más posibilidades de cometer errores. Eres humano. De vez en cuando vas a fastidiarla.

—Eso no me preocupa —expliqué—. Mientras yo sea el único que pague por ello.

—Es algo que no puedes controlar —dijo—. No puedes prever todos los desenlaces posibles. No podías saber que esas criaturas acabarían en casa de los Carpenter.

Apreté los dientes.

—¿Y qué? Daniel sigue herido. Molly podría estar muerta.

—Pero su condición no dependía de ti —dijo Forthill—. Todo poder tiene sus limitaciones.

—¿Entonces qué sentido tiene? —gruñí furioso de repente. Mi voz rebotó en la capilla como un eco rasgado—. ¿Qué tiene de bueno poseer el poder para matar a la familia de mi amigo pero no para protegerla? ¿Qué demonios se espera de mí? Tengo que tomar estas estúpidas decisiones. ¿Qué demonios debo hacer con ellas?

—A veces —respondió serio—, solo tienes que tener fe.

Solté una risa alta y amarga. Sus ecos burlones recorrieron la vasta cámara.

—Fe —dije—. ¿Fe en qué?

—En que todo se desarrolle como debe —dijo Forthill—. En que incluso cuando las cosas se ponen feas, la resolución sea algo maravilloso.

—Muéstrémelo —escupí—. Dígame qué tiene esto de maravilloso. ¿Dónde está aquí el jodido reborde de plata? Dígamelo.

Apreté los labios y musitó algo.

—Conozco una cita del fundador de mi orden: «Hay algo sagrado, algo divino, escondido en las situaciones más corrientes, y depende de cada uno de vosotros descubrirlo».

—¿Qué se supone que significa eso? —pregunté.

—Que el bien que venga no siempre será obvio ni fácil de ver. Ni procederá del lugar del que esperemos encontrarlo ni será lo que deseemos a título personal. Deberías considerar que el bien creado por los acontecimientos de esta noche puede no tener nada que ver con derrotar maléficos seres sobrenaturales o con las vidas que se han puesto en peligro. Puede tratarse de algo apacible, algo muy corriente.

Fruncí el ceño.

—¿Cómo qué?

Apuré la pequeña petaca y se levantó. La dejó a un lado y se volvió a poner el alzacuello en su lugar.

—Me temo que no soy el adecuado para responder a esa pregunta. —Me puso una mano en el hombro e hizo un gesto hacia el altar—. Pero te diré lo siguiente. He estado en esta tierra cierto tiempo y, de una manera u otra, sé que esto también pasará. He visto cosas peores dar un giro de ciento ochenta grados. Continúa habiendo esperanza para Molly, Harry. Debemos luchar por hacer todo el bien posible y actuar con sabiduría y compasión. Pero también debemos tener fe en que las cosas fuera de nuestro control no lo estén del Suyo.

Me quedé sentado en silencio un minuto.

—Casi me hace creer —dije entonces.

Arqueó una ceja.

—¿Pero?

—No sé si puedo hacerlo. No sé si me es posible.

Se le arrugaron las esquinas de los ojos.

—Entonces tal vez deberías intentar tener fe en que algún día tengas fe. —Sus dedos me apretaron el hombro y luego lo soltaron. Se dio la vuelta para marcharse.

—Padre —dije.

Se detuvo.

—No... no se lo diré a Charity, ¿verdad?

Giró la cabeza y vi tristeza en su perfil.

—No. Tú no eres el único demasiado asustado para creer.

Unos pasos acelerados resonaron en la capilla y Alicia apareció a toda prisa acompañada de Ratón. El gran perro gris se sentó y miró hacia arriba, al balcón. Alicia, sin aliento, hizo lo propio.

—Aquí —dijo Forthill.

—Venid rápido —dijo—. Mamá me ha dicho que os diga que Daniel está despierto.

## Capítulo 31

Escuchamos el relato de los hechos de boca de Daniel. Era bastante simple. Estando en la casa, oyó a Molly abajo y fue a hablar con su hermana. Llamaron a la puerta. Molly fue a contestar, se produjo un intercambio de palabras y luego Molly gritó y cerró la puerta de golpe.

—Vino corriendo al salón —dijo Daniel—. Y ellos rompieron la puerta y la siguieron. —Se echó a temblar—. Iban a subir, así que Molly dijo que teníamos que distraerlos; cogí el atizador de la chimenea y los espanté. —Negó con la cabeza—. Pensé que eran disfraces. Ya sabéis. Como... unos ladrones muy estúpidos. Pero el segador me agarró. Iba a... bueno, eso. Cortarme con ese cuchillo curvado. —Hizo un gesto vago a su brazo herido—. Molly le golpeó y entonces me soltó.

—¿Con qué? —le pregunté.

Negó con la cabeza. Sus delgados y extraños rasgos adolescentes estaban hundidos por el dolor, la preocupación y una especie de duradera incredulidad. Sus palabras eran ligeramente planas, como si estuviera contando una película no muy buena en lugar de sus propias experiencias.

—No pude verlo. Creo que debió de ser con un bate o algo.

—¿Luego qué? —le pregunté.

Tragó saliva.

—Me caí y me di un golpe en la cabeza con el suelo, y ellos la cogieron. El segador y el espantapájaros se la llevaron por la puerta. Ella gritaba... —Se mordió el labio—. Traté de detenerlos, pero Manomartillo me persiguió. Salí corriendo por la parte de atrás y me subí a la casa del árbol porque imaginé que era lo mejor que podía hacer. No tiene manos, solo martillos. ¿Cómo iba a subir a por mí?

Miró a Charity.

—Lo siento, mamá. Quise detenerlos. Pero eran... demasiado grandes —dijo avergonzado. Las lágrimas se acumularon en sus ojos y su delgado pecho hipó. Charity lo abrazó ferozmente, apretándolo con fuerza y susurrándole. Daniel se vino abajo, sollozando.

Me levanté y caminé hacia el otro lado de la habitación. Forthill se reunió allí conmigo.

—Esas criaturas —le dije en voz baja— infligen más que un simple dolor físico. Entran en la psique de aquellos a los que atacan.

—¿Le ha sucedido eso a Daniel? —preguntó Forthill.

—Tendría que mirar mejor para asegurarme, pero es probable. El chico lo va a pasar mal un tiempo —dije—. Es como sufrir un trauma emocional, que muera alguien cercano o algo parecido. Destroza a la gente de la misma manera. No se recuperan rápido.

—Yo también lo he presenciado —dijo Forthill—. No te lo dije antes, sin embargo, creo que debes saber que Nelson vino a verme esta misma noche.

Señalé con la cabeza hacia la cama que estaba ocupada cuando llegamos.

—¿Es él?

—Sí.

—¿Qué pinta tenía?

Forthill frunció los labios.

—Si no hubiera sabido que lo mandabas tú, habría pensado que estaba teniendo una mala reacción a las drogas. Su habla era casi incoherente. Estaba muy agitado. Aterrorizado, de hecho, aunque no quiso o no pudo explicarme por qué. Me las arreglé para calmarlo y prácticamente se desmayó.

Fruncí el ceño y me pasé los dedos de la mano derecha por el pelo.

—¿Le pareció que lo estaba siguiendo alguien?

—En absoluto. Aunque tal vez se me escapara algo. —Ensayó una sonrisa cansada—. Es tarde. No soy tan activo como solía, bajo el pistón a partir de las diez o así.

—Gracias por ayudarlo —dije.

—Por supuesto. ¿Quién es?

—El novio de Molly —dije. Miré al otro lado de la habitación, a la madre que sostenía a su hijo—. Quizás Charity tampoco necesite saber eso.

Parpadeó y luego suspiró.

—Oh, vaya.

—Sí, sí —dijo.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —me dijo el sacerdote.

—Claro.

—Esas criaturas, esos fagos. Si son lo que dices que son, seres del mundo espiritual, ¿cómo lograron cruzar el umbral de la puerta?

—De la manera tradicional —dije—. Los invitaron a entrar.

—¿Quién?

—Molly, probablemente —dije.

Frunció el ceño.

—Me cuesta creer que hiciera tal cosa.

Sentí cómo mi boca se tensionaba.

—Probablemente no sabía que eran monstruos. Pueden cambiar de forma. Lo probable es que aparecieran bajo la de alguien que conocía e invitaría a entrar sin dudarlo.

—Ah, ya entiendo. Alguien como por ejemplo tú, quizás.

—Tal vez —dije con calma—. Sería la segunda vez que alguien usa mi rostro para llegar hasta la familia de Michael.

Forthill no dijo nada durante un momento.

—Me parece que esas criaturas mataron sin escrúpulos las otras veces que te topaste con ellos. ¿Por qué se llevaron a Molly a cuestras en lugar de simplemente matarla?

—No lo sé aún —dije—. No sé por qué mi hechizo las atrajo hasta Molly. No sé qué son exactamente esas cosas o de dónde proceden, lo que significa que no puedo saber por qué se presentan o dónde pueden haber llevado a la chica. —Agité una mano como señal de frustración—. Me estoy volviendo loco. Tengo docenas de hechos a mi disposición y ninguno tiene sentido.

—Estás cansado —dijo Forthill—. Tal vez con unas horas de sueño...

Negué con la cabeza.

—No, padre. Las cosas que se la llevaron no van a descansar. Mientras más tiempo pase en sus manos, menos probable será que volvamos a verla. —Me froté los ojos—. Tengo que reconsiderar todo esto.

Forthill me hizo un gesto con la cabeza. Al otro lado de la sala, Charity estaba cubriendo con una manta a su agotado hijo. Alicia se había rendido a la fatiga y ahora solo los adultos estábamos despiertos.

—Te dejaré con ello entonces. ¿Has comido últimamente?

—En algún momento de la era mesozoica —dije.

—¿Un sándwich?

Mi estómago rugió.

—Solo si insistes.

—Me encargaré de ello —dijo Forthill—. Disculpa.

Se acercó a Charity y la tomó del brazo para conducirla fuera, al tiempo que hablaba con ella en voz baja. Ahora que sus hijos estaban a salvo, sus costuras parecían a punto de deshacerse. Se marcharon juntos de la habitación, dejándome a mí en la penumbra en compañía de Ratón y un montón de niños dormidos.

Pensé. Volví a pensar. Recuperé todos los hechos que conocía y les di la vuelta de todas las maneras posibles para tratar de sacar algo en claro, cualquier cosa que pudiera permitirme detener esta locura.

Los fagos. La respuesta estaba en los fagos. Una vez supiera su identidad podría empezar a relacionar quién podría estar usándolos y qué podría hacer para averiguar más sobre ellos. En alguna parte tenía que existir algo común entre los seres, algo que los uniera, algún hecho que pudiera proporcionarme un contexto en el cual juzgar sus motivaciones e intenciones.

¿Pero qué demonios podían tener en común, aparte de ser monstruos que se alimentaban del miedo? Se habían presentado en unos servicios, una cocina, un aparcamiento y una sala de conferencias. Sus víctimas fueron dispares, aparentemente seleccionadas al azar. Habían aparecido bajo la forma de personajes de



películas de terror, pero aquel hecho parecía bastante poco importante en términos relativos. Por mucho que lo intentaba, no daba con nada que pudiera unirlos entre sí y que me permitiera reconocerlos.

Frustrado, me levanté y me acerqué al camastro de Daniel. Usé mi vista. Me llevó más tiempo de lo normal. Saqué fuerzas de flaqueza y miré al chico.

Tenía razón. Le habían dado una paliza psíquica. El fago se había ocupado de su alma y de su espíritu al igual que de su carne. En mi vista eran heridas largas y sangrantes en la piel. Pobre chaval. Aquello le perseguiría un tiempo. Esperaba que pudiera descansar un poco antes de que las pesadillas lo despertaran.

Lo miré un largo rato para asegurarme de que su sufrimiento se grababa de manera indeleble en mi cabeza. Quería recordar cuáles podrían ser las consecuencias de mi mala pata.

Sentí un ruido a un lado y levanté la vista sin pensar, girándola hacia la fuente del sonido, un Nelson que se agitaba inquieto.

Si el pequeño Daniel había sido víctima de una paliza salvaje, el espíritu de Nelson había visitado el mismísimo infierno. Su tronco superior completo aparecía desfigurado bajo mi vista, cubierto de una horrible piel hervida, enconada y con sanguinolentas quemaduras. El daño era peor alrededor de la cabeza y se desvanecía gradualmente a medida que descendía al torso.

En cada una de sus sienes había unos diminutos agujeros, hondos y cauterizados, como hechos con un bisturí láser.

Igual que Rosie.

Cadenas lógicas bajaron en cascada por mi cerebro. Se me inundó la cabeza. Desactivé la vista y me caí al suelo de culo.

Lo supe entonces.

Supe por qué mi hechizo había enviado a los fagos a por los Carpenter.

Supe por qué se habían llevado a Molly. Albergaba pocas dudas de hacia qué destino.

Supe qué era lo que tenían todos los fagos en común.

Supe quién los había mandado. La epifanía me infundió un terror tan frío e intenso que literalmente me paralizó. Apenas tuve tiempo de ponerme la mano en la boca para no gemir de desesperación.

Tardé un rato en forzarme a mantener la calma. Para cuando lo hice, Forthill había regresado con sándwiches. Se echó en un camastro, claramente exhausto, y se durmió.

Me comí mis sándwiches y luego fui a buscar a Charity.

La encontré en la capilla, sentada en las filas superiores de la galería. Miraba el altar y no reaccionó cuando subí los peldaños hacia ella y me senté en un banco a su lado. Me quedé en silencio junto a ella un minuto.

—Charity —susurré luego—, tengo que preguntarle algo.

Se quedó quieta, guardando un silencio sepulcral. Su mandíbula se movió un milímetro de arriba abajo.

—¿Desde cuándo? —murmuré.

—¿Desde cuándo qué? —me preguntó.

Respiré muy hondo.

—¿Desde cuándo no usa su magia?

## Capítulo 32

Si le hubiera pegado un tiro, no habría obtenido una reacción peor. El rostro de Charity se puso pálido como el papel, la sangre huyó instantáneamente de él. Se quedó muy quieta donde estaba, sosteniendo el respaldo de la banca de delante con las dos manos. Los nudillos se le pusieron blancos y la madera crujió. Le rechinaron los dientes y bajó la cabeza.

No la presioné. Esperé.

Abrió los ojos de nuevo y no fue difícil leer su expresión. Sus pensamientos y emociones aparecían claros en su rostro. Pánico. Desesperación. Desprecio hacia sí misma. Sus ojos pasaron de una posibilidad a otra. Consideró la idea de negarlo. Consideró la idea de mentirme. Consideró la idea de simplemente marcharse.

—Charity —le dije—, dígame la verdad.

Se le aceleró la respiración, vi como crecía su desesperación.

Alargué una mano y le giré el rostro hacia mí.

—Su hija la necesita. Si no la ayudamos, va a morir.

Charity se encogió y se apartó de mí. Sus hombros temblaron acompañados de un sollozo silencioso. Luchaba por controlar la respiración y la voz.

—Toda una vida —susurró.

Sentí que la tensión se relajaba un poco. Su reacción me confirmó que estaba en el camino correcto.

—¿Cómo lo ha sabido? —me preguntó.

—Uniendo muchos pequeños puntos —dije—. Por favor, Charity. Dígamelo.

Su voz era tosca, medio estrangulada, como si su aliento estuviera cargado de algo podrido.

—Tenía algo de talento. Se hizo patente antes de mi decimosexto cumpleaños. Ya sabe lo extraño que puede llegar a ser una cosa como esa.

—Sí —dije—. ¿Cómo se lo tomó su familia?

Torció la boca.

—Mis padres eran ricos. Respetables. Cuando tenían tiempo de notar que yo existía, esperaban de mí que fuese normal, tan respetable como ellos. Les fue más fácil creer que era una drogadicta, una persona emocionalmente desequilibrada.

Hice una mueca. Eran muchas las situaciones con las que podía toparse alguien con un floreciente talento mágico, la de Charity era una de las peores.

—Me mandaron a colegios —dijo—. Y a hospitales disfrazados de colegios. —Agitó una mano—. Al final los acabé dejando. Los dejé y ya está. Me fui por mi cuenta.

—Y acabó rodeada de mala gente —dije en voz baja.

Me sonrió con amargura.

—Ya ha oído esta historia antes.

—No es poco corriente —dije en voz baja—. ¿Quiénes eran?

—Una... secta de algún tipo, supongo —dijo—. Más un culto. Un joven la lideraba. Gregor. Tenía poder. Él y los otros eran todos jóvenes, de religiones, misticismo y filosofía dispares y... bueno. Probablemente ha sido testigo de ese tipo de cosas antes.

Asentí. Así era: un líder carismático, seguidores entregados y una colección de niños perdidos y escapados sin hogar. Rara vez acababa en algo positivo.

—Yo no estaba muy dotada —dijo—. No tanto como usted. Pero aprendí algo de lo que sucede en el mundo, por ejemplo la función del Consejo Blanco. —La sonrisa amarga regresó—. A todos les daba pavor. Un centinela nos visitó una vez para lanzarle una advertencia a Gregor. Había estado jugueteando con algún tipo de hechizo de invocación y los centinelas se enteraron. Nos entrevistaron a todos. Nos hablaron de las leyes de la magia y nos dejaron claro que, si queríamos vivir, no debíamos romperlas.

Asentí y escuché. Ahora hablaba más rápido, las palabras salían de su boca con una prisa creciente. Habían estado encerradas demasiado tiempo.

—Gregor se resintió de aquello. Se volvió más distante. Comenzó a practicar una magia que bordeaba los límites de las leyes del Consejo. Nos obligó a todos a practicarla.

Sus ojos eran ahora fríos.

—Los otros comenzaron a desaparecer. Uno a uno. Nadie sabía adónde habían ido. No obstante, yo entendí lo que estaba pasando. Vi como el poder de Gregor crecía.

—Los estaba vendiendo —dije.

Asintió.

—Vio mi rostro cuando me di cuenta. Yo era la siguiente. Vino a por mí y luché. Traté de matarlo. Quería matarlo. Pero me venció. Solo recuerdo partes de aquello, como haber estado encadenada a un poste de hierro.

—El dragón —dije.

Asintió. Una parte de la amargura se desvaneció de la sonrisa.

—Y entonces llegó Michael, destruyó al monstruo y me salvó. —Me miró. Sus ojos estaban bañados en lágrimas que le corrían por las mejillas, pero no parpadeó—. Me juré a mí misma que dejaría aquello atrás. La magia. El poder. Tenía... necesidades. —Tragó saliva—. De hacer cosas que solo... solo haría un monstruo. Cuando murió Siriothrax, Gregor se volvió loco. Completamente loco. No obstante, yo quería utilizar mi poder contra él. No pensaba en otra cosa.

—Algo difícil —dije con calma—. Era solo una niña sin un entrenamiento adecuado y expuesta a malos usos del poder.

—Sí —afirmó—. Sin Michael no hubiera sido capaz de dejar atrás todo aquello. Nunca lo supo. Sigue sin saberlo. Se quedó a mi lado, en mi vida, para asegurarse de que estaba bien. Y... era un alma muy buena. Cuando me sonreía era como si toda la luz del mundo brillara sobre mí. Quería ser merecedora de aquella sonrisa.

»Mi marido me salvó la vida, señor Dresden, y no solo del dragón. Me salvó de mí misma. —Sacudió con la cabeza—. Nunca volví a tocar mi poder tras la noche que conocí a Michael. Nos casamos poco después, y con el tiempo el poder se marchitó. Y mejor que mejor.

—Cuando el talento de Molly comenzó a manifestarse trató de hacer que ella también lo abandonara.

—Tenía muy claro lo peligroso que era —dijo—. Lo inocente que podía parecer. —Negó con la cabeza—. No quería que se viera expuesta a las cosas que casi destruyeron mi vida.

—Pero ella lo hizo de todas formas —supuse—. Eso fue lo que realmente os enfrentó. Por eso huyó de casa.

La voz de Charity se tornó seca.

—Sí. No pude transmitirle lo peligroso que era, lo que podría estar sacrificando. —No hizo ningún esfuerzo por contener o esconder sus lágrimas—. Y usted estaba allí. Un héroe que combatió junto a su padre, que usaba el poder para ayudar a la gente. —Dejó escapar una sonrisa cansada—. Por el amor de Dios, me salvó la vida. Le pusimos su nombre a un hijo nuestro. Cuando ella se dio cuenta de que tenía el don, nada pudo apartarla de él.

Dios santo. No era de extrañar que yo no le gustara a Charity. No solo apartaba a su marido de su lado para que luchara contra enemigos mortíferos aquí y allá, sino que era también un ejemplo que a ojos de Molly convertía en lícito lo que Charity quería evitarle.

—No lo sabía —dije.

Sacudió la cabeza.

—No he sido honesta con usted. Nadie sabe lo que usted sabe ahora. Ni siquiera Michael. Ni Molly. Nadie. —Se sacó un pañuelo del bolsillo y se secó los ojos—. ¿Qué le ha pasado a mi hija?

Solté el aire.

—Estoy trabajando básicamente con suposiciones —dije—. Pero mi intuición me dice que todo encaja.

—Entiendo —dijo.

Asentí, y le conté a Charity todo lo referente a los ataques de la convención y cómo Molly me había implicado.

—Examiné a las víctimas de los primeros dos ataques —dije en voz baja—. Una de ellas, una chica llamada Rosie, mostraba un trauma psíquico. En aquel momento

se lo atribuí al ataque fago.

Charity frunció el ceño.

—¿No era así?

Sacudí la cabeza.

—He visto un trauma idéntico en Nelson. —Respiré hondo y dije—: Molly es el vínculo entre ellos. Ambos son amigos suyos. Creo que fue ella la que les causó el daño. Creo que usó magia para invadir sus mentes.

Charity me miró fijamente, su expresión era enfermiza.

—¿Qué? No... —Negó con la cabeza—. No. Molly no... —Se puso más pálida si cabe—. Oh, Dios. Ha roto una de las leyes del Consejo. —Sacudió la cabeza con violencia—. No, no, no. Ella no haría tal cosa.

Hice una mueca y dije:

—Creo que sé lo que hizo y por qué lo hizo.

—Dígamelo.

Respiré hondo.

—Rosie está embarazada. Mostraba evidencias físicas de ser una drogadicta, pero ninguna de los síntomas psicológicos del mono. Creo que Molly tomó medidas para apartar a su amiga de las drogas cuando se enteró de que estaba embarazada. Supongo que lo hizo para proteger al bebé. Y creo que le hizo lo mismo a Nelson, pero algo fue mal y lo que le hizo rompió algo dentro de su mente. —Sacudí la cabeza—. Se volvió paranoico, errático.

Charity miró al altar de debajo, negando.

—¿Se la ha llevado el Consejo entonces?

—No —dije—. No. Lo que les hizo a Rosie y a Nelson dejó una marca en ella, una mancha. Creo que forzó a Rosie y a Nelson a sentir miedo cuando se acercaban a las drogas. El miedo es un gran motivador y es fácil de explotar. Ella quería que temieran a las drogas. Su intención era buena; sin embargo, quería que sus amigos estuvieran asustados.

—No lo entiendo.

—Quienquiera que llamó a esos fagos —expliqué— necesitaba una manera de guiarlos desde el Más Allá al mundo físico. Necesitaban un faro, alguien que transmitiera simpatías hacia ellos. Alguien que, como los fagos, quisiera que la gente sintiera miedo.

—Y usaron a mi Molly —susurró Charity. Entonces me miró fijamente—: Usted lo hizo —dijo en voz baja—. Trató de volver a los fagos contra su invocador. Los envió contra mi hija.

—No lo sé —dije—. Dios mío, Charity. Le juro que no lo sabía. Había muerto gente y no quería que nadie más resultara herido.

La banca de madera crujió por la fuerza de su agarre.

—¿Quién hizo esto? —dijo con una voz mortíferamente calmada—. ¿Quién es responsable del daño a mis hijos? ¿Quién invocó a las cosas que invadieron mi casa?

—No creo que nadie las invocara —le dije—. Creo que fueron enviadas.

Me miró con los ojos entrecerrados.

—¿Enviadas?

Asentí.

—No había considerado esa posibilidad hasta que no me di cuenta de lo que todos los ataques tenían en común. Espejos.

—¿Espejos? —preguntó Charity—. No lo entiendo.

—Ese era el elemento común —dije—. Espejos. El baño. El espejo de maquillaje de Rosie en la sala de conferencias. Hay muchas superficies reflectantes en una sala de conferencias. Y el parabrisas de la furgoneta alquilada de Madrigal reflejaba imágenes con total claridad.

Sacudió la cabeza confundida.

—Sigo sin entender.

—Hay muchas criaturas que usan los espejos como ventana o puerta para entrar desde el mundo espiritual al nuestro —dije—. Pero solo hay una que se alimente del miedo y use espejos como sendero hacia y desde el Más Allá. Se llaman traedores.

—Traedores. —Charity ladeó la cabeza, sus ojos vagos, como si buscaran entre viejos recuerdos—. He oído hablar de ellos. Son... ¿acaso no son criaturas de las hadas?

—Sí —dije—. Para ser concretos, son criaturas del profundo y oscuro Invierno. —Tragué saliva—. Siendo incluso más concretos, son los espías y asesinos de élite de la reina Mab. Metamorfo de mucho poder.

—¿Mab? —susurró—. ¿La auténtica Mab?

Asentí lentamente.

—Y se han llevado a mi hija al reino de las hadas —dijo.

Asentí de nuevo.

—Será una rica fuente de recursos para ellos. Una joven mortal con talento mágico, energía compatible y sin experiencia para defenderse a sí misma. Pueden alimentarse de ella y de su magia durante horas. Tal vez días. Por eso no la mataron ni acabaron con ella a la primera.

Charity tragó saliva.

—¿Qué podemos hacer?

—No estoy seguro —dije—. Sería bueno tener a su marido en esto, claro.

Se mordió el labio y miró hacia el altar con algo parecido a odio en sus ojos.

—No se puede llegar hasta él. He enviado mensajes, pero...

—Estamos solos —mascullé.

—Debemos hacer algo —exhortó.

—Sí —convine—. El problema es que no sabemos dónde hacerlo.

—Acaba de decir que se la han llevado al reino de las hadas.

—Sí —dije—. Pero solo con decir que Ayer's Rock está en Australia no quiere decir que sea fácil encontrar la maldita cosa. Australia es grande. Y Australia en comparación con el Más Allá es solo un islote.

Charity apretó la mandíbula.

—Tiene que haber algo.

—Estoy trabajando en ello —dijo.

—¿Qué...? —Hizo una pausa y se aclaró la garganta—. ¿Cuánto tiempo le queda?

—Es difícil de decir —le dije—. El tiempo funciona de distinta manera en ambos mundos. Un día aquí puede ser una hora allí. O al revés.

Charity me miraba muy fijamente.

Aparté la vista.

—No mucho. Depende de cuánto sea capaz de aguantar. Le sacarán todo el miedo que puedan y entonces... —Negué con la cabeza—. Un día. Como mucho.

Sacudió la cabeza.

—No —dijo con calma—. No dejaré que eso suceda. Tiene que haber un modo de traerla de vuelta.

—Puedo ir al reino de las hadas —dije—. No obstante, tiene que entender algo. Estamos hablando de abrir un sendero a las profundidades de Invierno. Aunque sea lo bastante fuerte para abrir un camino y mantenerlo abierto, mientras al mismo tiempo llevo una operación de rescate contra al menos un traedor antiguo que esta misma noche se ha alimentado de mi magia como si fuera un caramelo, todavía estamos hablando de desafiar la voluntad de la reina Mab. Si ella está allí, no habrá una maldita cosa que se pueda hacer. No tengo poder suficiente para desafiarla en las entrañas de sus dominios. Ni todo el maldito Consejo Blanco tiene poder suficiente. Además de eso, tendría que saber exactamente desde dónde cruzar al reino de las hadas, ya que solo dispondría de unos minutos para cogerla y salir. Y no tengo ni idea de dónde puede ser.

—¿Qué me está diciendo? —me preguntó.

—Que no puedo hacerlo —le dije—. Es un suicidio.

Charity se puso muy erguida en su asiento.

—¿Entonces va a dejarla allí?

—No —dije—. Significa que voy a tener que buscar ayuda donde pueda. Tal vez de gente y cosas que a usted no le gustarán. —Sacudí la cabeza—. Y es posible que me haga matar antes de que pueda llegar siquiera a intentarlo. E incluso si la saco de allí... puede que haya que pagar un precio.

—Yo lo pagaré —dijo. Su voz era plana, fuerte, llena de certeza—. Por Molly lo



pagaré.

Asentí. No expresé en voz alta mi siguiente pensamiento, que aunque trajéramos de vuelta a la chica no quedaría mucho de su mente. Eso sin contar que Molly había roto una de las leyes de la magia. Podría acabar arrodillada en el suelo de algún almacén solitario con una bolsa negra en la cabeza. Hasta que la espada de Morgan se la quitara de los hombros. O aún peor, quizá el poder que había usado la hubiera trastornado y desviado.

Incluso si encontraba a Molly y la traía de vuelta a casa podría ser ya tarde para salvarla.

Quemaría aquel puente cuando llegara a él. Primero tenía que encontrarla. El único modo era averiguar por qué camino se la habían llevado los traedores al Más Allá. La geografía de aquel lugar no es como la del mundo normal. El Más Allá toca al nuestro solo en ciertos puntos de energía simpática. La zona del Más Allá que tocaba un almacén vacío y abandonado podría no estar cerca de la zona del mundo espiritual que tocaba la abarrotada guardería al otro lado de la calle física del almacén. Para empeorar las cosas, las conexiones entre el mundo mortal y el Más Allá cambiaban lentamente con el tiempo, a medida que el mundo se iba transformando.

Existían un millar de lugares en Chicago desde donde los traedores podrían haber arrastrado a Molly a su guarida. Tenía que encontrar el correcto antes del amanecer, antes de que el sol naciente desperdigara y dispersara los rasgos residuales de la presencia que me facilitaba mi única pista.

Disponía de unas dos horas, a lo sumo, para volver a mi apartamento, bañarme y prepararme para un hechizo que sería peligroso incluso estando descansado y a tope de fuerzas. Con el cuerpo dolorido y cansado y tan presionado y preocupado como estaba, la primera prueba de Pequeño Chicago terminaría por matarme.

Mi otra opción sería hacerme a un lado y dejar a la chica en manos de criaturas que podrían hacer que una pesadilla tuviera miedo de la oscuridad.

—Necesito algo suyo —dije al tiempo que me levantaba—. Pelo o un trozo de una uña serían la mejor opción.

—Tengo un mechón suyo en su libro de bebé —dijo Charity.

—Perfecto —dije—. Lo recogeré de la casa. ¿Dónde está el libro?

Se levantó.

—Vamos a por él.

Dudé.

—No sé si eso es una idea inteligente.

—Es mi hija, señor Dresden —insistió Charity—. Voy a ir con usted.

Estaba demasiado cansado para discutir, así que me limité a asentir. Al levantarme para bajar de la galería se me torció el tobillo, me tambaleé y casi caigo

desde lo alto.

Charity me agarró.

## Capítulo 33

—Este es Thomas —le dije a Charity señalando con una mano a mi hermano, que había salido a mi encuentro cuando salimos de la iglesia—. Es más peligroso de lo que parece.

—Soy cinturón negro —explicó Thomas.

Charity arqueó una ceja y miró a Thomas un solo segundo.

—Es usted el vampiro de la Corte Blanca que llevó a mi marido a ese bar de *striptease*.

Thomas le brindó a Charity una sonrisa en la que mostró sus dientes.

—Eh, es agradable que te recuerden. Y trabajar con alguien que tiene idea de lo que está haciendo. —Me señaló con el pulgar y añadió, *sotto voce*—: Para variar.

La mirada de Charity no cambió. No era fría ni amigable, no tenía ninguna emoción. Era sencillamente una mirada remota y continuada, la que uno reserva para un perro grande que pasa cerca. Una observación cauta y deliberada.

—Agradezco que haya luchado junto a mi marido. Pero también quiero que entienda que me ha dado usted razones para contemplarle con cautela. Por favor, no haga nada que aumente tal sentimiento. No soy pasiva ante las amenazas.

Thomas arrugó los labios, casi esperé que sus ojos mostraran algo de rabia, pero no fue así. Se limitó a asentir.

—Entendido, señora —dijo.

—Bien —dijo cuando nos acercábamos a su minivan—. Irá en el último asiento de atrás.

Comencé a protestar, pero Thomas me puso la mano en el hombro y negó con la cabeza.

—Su vehículo, sus reglas —me murmuró al pasar—. Yo lo respeto. Tú también debes hacerlo.

Así que los tres nos subimos y nos dirigimos a la casa de los Carpenter.

—¿Cómo está Ratón? —preguntó Thomas.

—Tiene una pata herida —informé.

—Le dieron bien fuerte —apostilló.

—Por eso lo he dejado ahí —expliqué—. Puede que esté forzando la máquina. Además, ayudará a Forthill a vigilar a los niños.

—Ajá —dijo Thomas—. ¿Soy el único que piensa que tal vez Ratón sea algo especial?

—Yo siempre lo he pensado —dije.

—Me pregunto si es de alguna raza concreta.

Charity miró por encima de su hombro y dijo:

—Creo que se parece a un caucásico.

—Imposible —dije—. Tiene ritmo y sabe bailar.

Charity sacudió la cabeza.

—Es un perro criado en la Unión Soviética, en las montañas del Cáucaso para su uso en las instalaciones militares. Es una de las pocas razas que se ponen tan grandes. Pero tienden a ser bastante más agresivos que su perro.

—Oh, Ratón es todo lo agresivo que tiene que ser cuanto tiene que serlo —dije.

Thomas entabló una educada conversación con Charity sobre perros y razas. Mientras, apoyé la cabeza contra la ventana y me quedé dormido. Me desperté un momento después cuando la furgoneta se detuvo. Charity y Thomas hablaron entre ellos y yo dormité mientras cargaban algunas cosas en la furgoneta. No me volví a despertar hasta que Thomas me tocó el hombro y dijo:

—Estamos en tu apartamento, Harry.

—Sí —musité—. De acuerdo. —Parpadeé un par de veces y bajé de la furgoneta de un salto—. Thomas —dije—, contacta con Murphy y dile que la necesito en mi casa, ahora. Y... toma... —Rebusqué en los bolsillos de mi abrigo y encontré una servilleta blanca y un rotulador. Escribí otro número—. Llama a este número. Diles que quiero cobrarme el favor que me deben.

Thomas cogió la servilleta y arqueó una ceja.

—¿Podrías ser un poco más concreto?

—No hace falta —dije—. Ellos sabrán por qué los necesito. Esto solo les indicará que es el momento de aunar fuerzas conmigo.

—¿Por qué yo? —preguntó Thomas.

—Porque no tengo tiempo —dije—. Así que a no ser que quieras jugar con peligrosas adivinanzas mágicas, llama al maldito número y para de hacerme gastar mis energías explicándome.

—*Heil*, Harry —dijo Thomas un poco resentido. Sin embargo, supe que haría lo que le había pedido.

—¿El pelo? —le pregunté a Charity.

Me pasó un sobre blanco sin marcas. Su expresión era una máscara.

—Gracias. —Lo cogí y me dirigí a mi apartamento seguido por mis dos acompañantes—. Estaré trabajando abajo. Ambos debéis quedaros en la sala de estar. Por favor, haced el menor ruido posible y no andéis demasiado de un lado a otro.

—¿Por qué? —preguntó Charity.

Sacudí la cabeza, cansado, y agité una mano.

—No, nada de preguntas ahora mismo. Necesitaré todas mis energías para averiguar dónde se han llevado a Molly, y ya estoy apresurando demasiado las cosas. Dejad que me concentre. Os lo explicaré luego. —*Si sobrevivo*, pensé.

Sentí los ojos de Charity clavados en mí y me volví para mirarla. Obligó a su cabeza a asentir breve y toscamente. Desactivé los sortilegios y entramos. Míster se

acercó y me pasó los hombros por la pierna, luego se enrolló entre las piernas de mi medio hermano, aceptando de paso un par de palmaditas de compromiso por parte de Thomas. Entonces me sorprendió ver que le ofrecía a Charity el mismo tratamiento.

Sacudí la cabeza. Gatos. No tienen ningún gusto.

Charity le echó un vistazo a mi apartamento, con gesto adusto.

—Está muy ordenado. Esperaba más... restos —reconoció.

—Hace trampas —dijo Thomas, y fue directo al frigorífico.

Los ignoré. No había tiempo para el ritual completo de limpieza y meditación, pero mi día me había expuesto a toda clase de manchas, externas y de otro tipo, y consideré que una ducha era la parte más indispensable de la preparación. Fui a mi habitación, me desnudé, encendí una vela y me puse bajo la ducha. El agua fresca cayó sobre mí como si hubiera abierto una presa. Me froté la piel hasta que quedó rosa y me lavé el pelo hasta que se me irritó el cuero cabelludo.

Todo aquel tiempo anduve buscando un lugar tranquilo en mi cabeza, uno ajeno al dolor y la culpa, al miedo y la rabia. Aparté de mi mente todas las sensaciones salvo la del agua y sin un esfuerzo consciente mis movimientos adquirieron el ritmo constante de un ritual, algo normal transformado en un acto artístico y de meditación, como una ceremonia japonesa del té.

Deseaba estar en mi cama. Deseaba dormir. Calidez. Risas. Cogí esos deseos uno a uno y los crucifiqué, los suspendí hasta que llegara el momento de que mi mundo fuera un lugar que pudiera ser partícipe de tales lujos. No obstante, una última emoción era demasiado grande para mí. La importancia del desvirgue de Pequeño Chicago era de una cuantía enorme y desconocida. Si lo había hecho bien, dispondría de una magnífica herramienta para rastrear cosas en la ciudad.

Si había cometido aunque fuera un leve fallo, Molly estaría muerta. O peor que muerta. Y al fin averiguaría qué era aquella luz al final de largo túnel.

No podía escapar del miedo. Era inherente a la situación. Así que, en lugar de eso, traté de llevarme bien con él. El miedo, manejado de manera apropiada, puede resultar útil. Por lo tanto, hice un pequeño hueco en mi cabeza para su uso, una especie de papelera psíquica, y esperé que el miedo no empezara a dar saltos por ahí en el peor momento posible.

Salí de la ducha, me sequé y me puse de nuevo mi túnica blanca. Me mantuve centrado en mis pensamientos, cogí la mochila y el sobre blanco y bajé al laboratorio del sótano. Cerré la puerta. Si Pequeño Chicago decidía explotar los hechizos preventivos que había dispuesto para evitar que las energías escaparan del laboratorio, deberían mitigar sensiblemente los daños. No era un plan perfecto, de ninguna manera, pero solo soy un ser humano.

Lo cual era un pensamiento inquietante una vez delante de la maqueta. Incluso un diminuto error... solo soy humano.

Puse el sobre en el borde de la mesa y la mochila en el estante y di vueltas por el sótano encendiendo velas con una cerilla. Un hechizo hubiera sido más rápido y ordenado, pero quería guardar cada gota de poder para la adivinación. Así que hice del rito de encendido de velas un ritual en sí mismo, centrándome en mis movimientos, en la precisión, en la inmediata interacción entre calor y frío, luz y oscuridad, fuego y sombra.

Encendí la última vela y volví junto a la maqueta de la ciudad.

Los edificios tenían un brillo plateado a la luz de las velas y el aire se removía por el poder que había imbuido en la maqueta. Una voz diminuta me dijo de parte del sentido común que aquella era una idea horriblemente mala. Me dijo que estaba tomando decisiones equivocadas porque estaba dolorido y exhausto y que sería mucho más inteligente dormir un poco e intentar el hechizo cuando tuviera una posibilidad razonable de sacarlo adelante.

También crucifiqué a aquella pequeña voz. No había lugar para la duda. Entonces volví mi atención a la mesa y al alargado círculo plateado que había construido en su superficie.

Lasciel apareció entre la mesa y yo con su habitual túnica blanca y el pelo rojo recogido atrás en un apretado moño. Levantó ambas manos.

—No puedo permitirte hacer esto —dijo en voz baja.

—Tú otra vez —respondí en un tono distante e igual de bajo—. Eres casi tan molesta como una llamada inoportuna.

—Esto no tiene sentido —dijo—. Mi anfitrión, te suplico que lo reconsideres.

—No tengo tiempo para ti —dije—. Tengo trabajo que hacer.

—¿Trabajo? —preguntó—. ¿Te refieres a evadir tus responsabilidades?

Incliné un poco la cabeza. En mi estado mental actual las emociones que sentía parecían perdidas en el infinito y poco sustanciales.

—¿Cómo es eso?

—Mírate —contestó con el tono bajo, tranquilo y razonable que uno usa con los locos y los borrachos—. Escúchate. Estás cansado. Estás herido. Estás devastado por la culpa. Estás asustado. Vas a destruirte a ti mismo.

—¿Y a ti conmigo? —pregunté.

—Correcto —contestó—. No temo el fin de mi existencia, mi anfitrión, pero me niego a perecer a manos de alguien demasiado engañado para entender lo que estaba haciendo.

—No estoy engañado —me defendí.

—Claro que lo estás. Sabes que este esfuerzo es probable que te mate. Y una vez lo haya hecho, estarás libre de toda responsabilidad por lo que le pasó a la chica. Después de todo, moriste heroicamente haciendo el esfuerzo de encontrarla y recuperarla. No tendrás que ir a su funeral. No tendrás que explicarle nada a Michael.

No tendrás que decirles a sus padres que su hija está muerta debido a tu incompetencia.

No respondí. Las emociones se hicieron patentes.

—Esto no es más que una elaborada forma de suicidio elegida durante un momento de debilidad —dijo Lasciel—. No deseo presenciar cómo te destruyes a ti mismo, mi anfitrión.

La miré fijamente.

Pensé en ello.

Puede que tuviera razón.

No importaba.

—Muévete —murmuré—. Antes de que te mueva yo. —Entonces hice una pausa y dije—: Espera un minuto. ¿En qué estoy pensando? No es que puedas detenerme. —Entonces atravesé la imagen de Lasciel camino de la mesa y alargué la mano para coger el sobre blanco.

El sobre comenzó a girar donde estaba y de repente se convirtió en docenas de sobres idénticos, todos girando como las aspas de un molino.

—Claro que puedo —dijo Lasciel con suavidad. Al levantar la vista la encontré al otro lado de la mesa—. Fui testigo del nacimiento de los tiempos. Contemple cómo a partir de la completa oscuridad nacía la espiral mortal. Contemplé la formación de las estrellas, contemplé la alineación de este mundo, contemplé cómo le fue insuflada la vida y tu especie se alzó para dominarlo. —Puso ambas manos en la mesa y se inclinó hacia mí con sus fríos y duros ojos azules—. Hasta ahora me he comportado como debe hacerlo un invitado. Pero no confundas educación con debilidad, mortal. Te suplico que no me obligues a tomar medidas adicionales.

Entorné los ojos y busqué mi vista.

Antes de que pudiera usarla, mi mano izquierda comenzó a arder en llamas.

Dolor, dolor. ¡Dolor! Fuego, abrasión, inicio de cocción de mi mano al tiempo que trataba de agarrármela con mi brazalete protector. El recuerdo de mi herida en aquel sótano encantado por los vampiros volvió a mí en 3D y sin gafas, y las terminaciones de mis nervios eran los espectadores.

Luché para no gritar, respiré, mis dientes se cerraron unos contra otros tan repentina y bruscamente que uno de mis molares se astilló.

*Es una ilusión, me dije. Un recuerdo. Es un fantasma, nada más. No puede hacerte daño si no se lo permites.* Empujé lejos de mí aquel recuerdo volviendo contra él el foco de mi voluntad.

Sentí como el recuerdo-ilusión se tambaleaba, y entonces el dolor desapareció y el fuego también. Mi cuerpo inyectó endorfinas en mi flujo sanguíneo un momento después y me aferré a ellas a medida que mi concentración comenzaba a derrumbarse. Me apoyé con fuerza contra la mesa; mi mano izquierda se pegó a mi

pecho en un puro acto reflejo mientras la derecha soportaba mi peso. Devolví mi atención a los sobres yforcé mi voluntad contra ellos hasta que las ilusiones se tornaron translúcidas. Cogí el auténtico.

Lasciel me miró sin inmutarse, su bellissimo rostro era impenetrable, decidido.

—Tarde o temprano rechazaré todo lo que me envíes —dije medio asfixiado—. Lo sabes.

—Sí —dijo—, pero no podrás centrarte en la adivinación hasta que no te deshagas de mí. Si tienes que resistirte a mí, te cansarás y no intentarás hacer la adivinación. Incluso si solo te retraso hasta el amanecer, para entonces no habrá necesidad de que lo intentes. —Alzó la barbilla—. Pase lo que pase, la adivinación no tendrá éxito.

Solté una pequeña carcajada que arrugó el ceño de Lasciel.

—Se te escapa algo.

—¿Qué se me escapa?

—El agujero argumental. Puedo morir en mitad del proceso, mientras tú tratas de estorbarme. De todos modos, este ejercicio no es otra cosa que un intento de suicidio, se mire como se mire. ¿Por qué no seguir adelante? ¿Qué más da?

Apretó los dientes.

—¿Te matarías antes de someterte a la razón?

—Sería más un homicidio que un asesinato, diría yo.

—Estás loco —dijo el ángel caído.

—Consígueme un Alka-Seltzer y echaré también espuma por la boca. —Esta vez miré a Lasciel con mala cara—. Hay una niña ahí fuera que me necesita. Prefiero morir a dejarla tirada. Voy a hacer el hechizo, punto. Así que vete a la mierda.

Sacudió la cabeza, frustrada y hosca.

—Es muy probable que mueras.

—¿Eres un disco rayado? —pregunté. Saqué el mechón de fino pelo de bebé, solté mi cuchillo en la mesa y encendí las velas ceremoniales. El ángel caído tenía razón, maldita sea. El miedo se removió peligrosamente en mi interior y mis dedos temblaron con fuerza suficiente para romper la primera cerilla en lugar de encenderla.

—Si vas a hacer esto —dijo Lasciel—, al menos trata de sobrevivir. Deja que te ayude.

—Me ayudarás si te callas la puta boca y te vas —dije—. Fuego infernal no va a serme de ninguna ayuda en esto.

—Tal vez no —dijo Lasciel—, pero hay otra manera.

Distinguí un resplandor de luz por el rabillo del ojo y me giré para ver un palpitante brillo plateado sobre el suelo, en mitad de mi círculo de invocación. Pocos centímetros por debajo descansaba el Denario Negro donde el resto de Lasciel estaba aprisionada.



—Toma la moneda —me urgió—. Al menos puedo protegerte de una reacción violenta. Te suplico que no tires tu vida a la basura.

Me mordí el labio.

No quería morir, maldita sea, y la idea de fracasar en el intento de salvar a Molly era casi peor que la muerte. El poseedor de una de las treinta antiguas monedas de plata tenía acceso a un tremendo poder. Con aquel empujón era probable que pudiera arrancar el hechizo, e incluso si las cosas se torcían, lograría sobrevivir bajo la protección de Lasciel. Era consciente de que si me decidía a hacerlo, podía sacar la moneda de debajo del cemento en apenas un momento.

Contemplé un momento el brillo plateado.

Luego puse los ojos en blanco y dije:

—¿Sigues aquí?

El rostro de Lasciel formó una máscara carente de emoción alguna, pero existía un sutil y feo tono de amenaza en su voz.

—Es mucho más fácil hablar contigo cuando estás dormido, mi anfitrión.

Y desapareció.

El miedo recorrió todo mi fuero interno. Traté de calmarme, pero no pude recuperar mi anterior estado mental; hasta que pensé en el joven Daniel hecho un desastre bajo mi vista de mago, herido tras defender a su familia de algo que yo les había enviado.

Pensé en los hermanos y hermanas de Molly. Pensé en su madre, en su padre. Pensé en la risa, en la pura, alegre y ruidosa vida de la familia de Michael.

Entonces me pinché en la yema del dedo con el cuchillo ritual, toqué el mechón de pelo de bebé con él y lo posé sobre Pequeño Chicago. Utilicé una segunda gota de sangre y un esfuerzo de voluntad para tocar el círculo en lo alto de la mesa y así activarlo y comenzar el hechizo. Cerré los ojos, concentrándome, murmurando un torrente de falso latín a medida que iba acercando la mano a la maqueta y la traía a la vida.

Mis sentidos se empañaron y de repente me vi de pie delante de la mesa, en la maqueta de mi propia casa. Al principio pensé que la maqueta entera se había vuelto gigante, luego me di cuenta de que lo contrario era lo correcto. Yo había encogido a la escala de Pequeño Chicago, mi consciencia ahora estaba en el hechizo y no en mi propio cuerpo, que se encontraba de pie junto a la mesa como Godzilla, murmurando las palabras mágicas.

Cerré los ojos y pensé en Molly, mi sangre tocó el mechón de pelo y para mi total sorpresa salí disparado calle abajo con menos esfuerzo del que requería pedalear una bicicleta. Las calles y los edificios a mi alrededor brillaban con una energía blanca, de hecho todo el lugar resonaba como una hilera de líneas de alta tensión.

Rayos y centellas. Pequeño Chicago funcionaba. Funcionaba bien. Un acceso de

alegría me invadió y mi velocidad aumentó de manera proporcional. Recorría las calles como un resplandor, viendo vagas imágenes de gente, como fantasmas, los inestables reflejos de aquellos que se movían a mi alrededor por el Chicago real. Pero entonces el hechizo se tambaleó y comencé a moverme en círculos como un perro atontado tratando de morderse la cola.

No funcionaba.

Hice un esfuerzo y regresé a mi cuerpo. Miré la maqueta. Estaba exhausto.

Eché mano de la mochila, me senté y me puse a Bob en el regazo.

Sus ojos se encendieron enseguida.

—No te confundas, hombretón. Me gustas, pero no de esta manera.

—Cállate —le rugí—. Acabo de intentar usar Pequeño Chicago para encontrar el rastro de Molly. He fracasado.

Bob parpadeó.

—¿Ha funcionado? ¿La maqueta ha funcionado de verdad? ¿No ha explotado?

—Obviamente —dije—. Ha funcionado bien. Pero usé un simple hechizo de seguimiento y no pude encontrar su rastro. ¿Qué tiene de malo la maldita cosa?

—Ponme en la mesa —dijo Bob.

Me levanté y lo hice. Estuvo callado un minuto.

—La maqueta está bien, Harry. Quiero decir que funciona bien.

—Y una mierda —bramé—. He hecho ese hechizo de seguimiento cientos de veces. Debe de ser la maqueta.

—Te lo estoy diciendo. Está perfecta —dijo Bob—. Tengo la maldita cosa delante de mí. Si no ha sido el hechizo y tampoco la maqueta... eh, ¿qué has usado para apuntar el hechizo de seguimiento?

—Un mechón de pelo.

—¿Eso es pelo de bebé, Harry?

—¿Sí, y qué?

Bob emitió un quejido disgustado.

—Que no funciona, Harry, los bebés son como un enorme papel en blanco. Molly ha cambiado bastante desde que le cortaron ese mechón. No tiene mucho que ver con aquel bebé, es natural que el hechizo no funcione.

—¡Maldita sea! —gruñí. No había pensado en eso, pero tenía sentido. No había usado un mechón de pelo de bebé para este hechizo más que una vez: para encontrar a un bebé—. Maldita sea, maldita sea, maldita sea.

Un error diminuto.

Era humano.

Y le había fallado a Molly.

## Capítulo 34

Dejé la mesa a mi espalda y subí por las escaleras como pude hasta la sala de estar.

Charity estaba sentada en el sofá con la cabeza agachada, moviendo los labios. Cuando aparecí, se levantó y se puso frente a mí. La tensión la recorría como un escalofrío. Thomas, que tenía una tetera hirviendo en mi pequeño hornillo de madera, me miró por encima del hombro.

Negué con la cabeza.

El rostro de Charity se puso blanco, y ella se volvió a sentar lentamente.

Fui a la cocina, busqué las aspirinas y me tomé tres, haciendo una mueca por el mal sabor. Luego me bebí un vaso de agua.

—¿Has hecho esas llamadas? —le pregunté a Thomas.

—Sí —dijo—. De hecho, Murphy debe de estar al llegar.

Hice un gesto con la cabeza y me senté en una silla junto a la chimenea con mi vaso de agua.

—Creí que podría encontrarla. Lo siento. Yo... —Sacudí la cabeza y caí en un profundo silencio.

—Gracias por intentarlo, señor Dresden —dijo en voz baja. No levantó la vista.

—Ha sido el pelo de bebé —le dije a Charity—. No ha funcionado. Era demasiado antiguo. No he podido... —Suspiré—. Tal vez estaba demasiado cansado para pensar con claridad —dije—. Lo siento.

Charity me miró. Esperaba miedo, rabia, tal vez un poco de desprecio en su expresión. Sin embargo, no vi nada de aquello. En su lugar encontré algo que había visto en Michael cuando la situación era realmente mala. Era una especie de calma silenciosa, una seguridad desligada de la situación y de la que no podía comprender su origen o sustancia.

—La encontraremos —dijo—. La llevaremos a casa. —Su voz portaba la sólida confianza de alguien enunciando un hecho tan simple y obvio como que dos más dos son cuatro.

No me eché a reír amargamente, estaba demasiado cansado para hacerlo. Sacudí la cabeza y miré la chimenea apagada.

—Señor Dresden —dijo con calma—, no pretendo saber más de magia que usted. Estoy segura de que tiene mucho poder.

—No el suficiente para hacer algún bien —dije.

Por el rabillo del ojo vi a Charity sonreír.

—Le es difícil darse cuenta de que a veces está tan desvalido como nosotros.

Probablemente tenía razón, pero no lo dije en voz alta.

—Cometí un error y Molly puede estar herida por mi culpa. No sé cómo podré

vivir con eso.

—Usted es humano —dijo, y había un rastro de reflexión meditabunda en su voz—. A pesar de todo su poder.

—Esa respuesta no es lo bastante buena —dije en voz baja. La miré y noté que ella me miraba con sus intensos ojos oscuros—. No es lo bastante buena para Molly.

—¿Ha hecho todo lo posible para ayudarla? —me preguntó Charity.

Me estrujé el cerebro inútilmente durante un momento.

—Sí —dije.

Extendió las manos.

—Entonces no puedo pedir más.

Parpadeé.

—¿Qué?

Volvió a sonreír.

—Sí. También me sorprende oírme a mí misma decir eso. No he sido tolerante con usted. No he sido agradable.

Agité una mano en el aire espantando aquel pensamiento.

—Sí, pero entiendo por qué no lo ha sido.

—Ahora me doy cuenta —dijo—. Usted lo percibía. Ha hecho falta que pase todo esto para que lo hiciera yo.

—¿Qué percibía yo?

—Que mucha de la rabia que he arrojado contra usted no le pertenecía. Tenía miedo. Permití que mi miedo me controlara, que hiciera daño a otros. A usted. —Agachó la cabeza—. Y permití que las cosas con Molly empeoraran. Temía tanto por su seguridad que comencé una guerra contra ella. La conduje hacia la posición que quería que eludiera. Todo a causa de mi miedo. He estado asustada y me avergüenzo de ello.

—Todo el mundo se asusta alguna vez —dijo.

—Pero yo permití que el miedo me dominara. Debería haber sido más fuerte, señor Dresden. Más sabia. Todos deberíamos haberlo sido. Dios no nos concedió un alma temerosa, sino una llena de amor, poder y autocontrol.

Absorbí todo aquello durante un momento.

—¿Me está pidiendo disculpas? —pregunté.

Enarcó una ceja.

—Todavía no he llegado a ser tan sabia —dijo burlona.

Aquello me arrancó una escueta risa.

—Señor Dresden —dijo—, hemos hecho todo lo que podemos hacer. Ahora es hora de rezar. De tener fe.

—¿Fe? —pregunté.

Me miró sin perder la sonrisa, con unos ojos tranquilos y confiados.

—En que una mano más poderosa que la suya o la mía proteja a mi hija. En que se nos muestre un camino. En que Él no abandone a los que le tienen fe cuando le necesitan.

—No tengo tanta fe —dije.

Volvió a sonreír, cansada pero inamovible.

—Yo tengo bastante para los dos. —No apartó sus ojos de los míos—. Hay otros poderes aparte del que emana de su magia o de aquellos provenientes de las fuerzas oscuras que se oponen a ella. No estamos solos en esta lucha, señor Dresden. No hace falta tener miedo.

Aparté los ojos antes de sufrir una visión del alma; y de que ella me viera llorar. Charity, a pesar de cómo me había tratado en el pasado, había estado siempre presente en los malos momentos. Se preocupó por mí cuando estuve herido y me apoyó cuando no tenía necesidad de hacerlo. Tan abrasiva, acusatoria y dura como era, nunca dudé ni por un instante del amor que sentía hacia su marido y sus hijos o de la sinceridad de su fe. Nunca me agradó demasiado, para qué negarlo, pero siempre la había respetado.

Ahora más que nunca.

Esperaba que estuviese en lo cierto cuando decía que no estábamos solos en esto. En el fondo no estaba muy seguro de creerlo. No os equivoquéis, no es que tenga nada en contra de Dios, salvo el deseo de que fuera algo menos ambiguo y tuviera mejor gusto respecto a la ayuda contratada. Gente como Michael y Charity y en menor medida Murphy me habían hecho considerar cierto tipo de fe de vez en cuando. Pero yo no era la clase de tipo que se llevara bien con las creencias. Y tampoco de los que pensaba que Dios quisiera de verdad pasar tiempo en mi casa o con mi gente.

Demonios, había un ángel caído en mi cerebro. Me consideraba afortunado de no haberme topado nunca con la punta de una de las espadas, empuñada ya fuera por Michael o por cualquiera de los otros caballeros.

Miré el cubo de palomitas junto a la puerta, donde mi bastón y mi vara reposaban junto a mi bastón de entrenamiento (un doble inofensivo de mi herramienta de mago), la vaina de mi espada, un paraguas y la vaina de madera de *Fidelacchius*, una de las tres espadas blandidas por Michael y sus hermanos de armas.

El último poseedor de la espada me dijo que debía conservarla y pasársela al próximo caballero. Me dijo que sabría quién y cuándo, pero la espada llevaba en mi cubo de palomitas años y años. Los tipos malos que habían invadido mi casa nunca se fijaron en ella. Thomas, que había vivido conmigo casi dos años, nunca la tocó ni comentó nada sobre ella. No estaba seguro de que siquiera hubiera reparado en su existencia. Solo estaba allí, esperando.

Eché un vistazo a la espada y luego alcé los ojos al techo. Si Dios tenía intención

de mandarnos un poco de ayuda, ahora sería un buen momento para que por lo menos llegara aquella información tan dilatada en el tiempo sobre a quién darle la espada. No es que fuera a hacernos mucho bien, en realidad. Con o sin *Fidelacchius* disponíamos de una buena cantidad de músculo. Lo que necesitábamos era conocimiento. Sin el conocimiento, toda la fuerza bruta del mundo no serviría de nada.

Miré la espada un momento, por si acaso.

No hubo un espectáculo de luces. Ni efectos de sonido. Ni siquiera una explosión de vaga intuición. Supongo que no era el tipo de ayuda que el cielo estaba repartiendo en aquel momento.

Me acomodé en mi silla. Charity había regresado a sus oraciones silenciosas. Traté de pensar en cosas inofensivas y deseé que Dios no utilizara en contra de Molly el hecho de que yo estuviese de su lado.

Miré por encima de mi hombro. Thomas lo había escuchado todo con una habilidad casi sobrenatural para pasar inadvertido. Estaba mirando a Charity con ojos preocupados. Intercambió una mirada conmigo en la que se reflejaba la mayor parte de lo que yo mismo estaba sintiendo. Entonces nos sirvió una taza de té e inmediatamente volvió a desaparecer en la cocina mientras que Charity seguía orando.

Habían transcurrido tal vez diez minutos cuando Murphy llamó a la puerta y la abrió. Además de Thomas, era la única persona a la que había confiado un amuleto que le permitía entrar superando mis conjuros sin sufrir daño. Llevaba su habitual atuendo de trabajo: chaqueta negra, camisa blanca, pantalones oscuros y zapatos cómodos. La grisura previa al amanecer la iluminaba desde su espalda. Echó un vistazo a su alrededor con el ceño fruncido antes de cerrar la puerta.

—¿Qué ha pasado?

La puse al día, contando al final mi fracaso para encontrar el rastro de la muchacha.

—¿Así que estás tratando de encontrar a Molly? —preguntó Murphy—. ¿Con un hechizo?

—Sí —confirmé.

—Pensé que eso era bastante habitual para ti —comentó—. Quiero decir que me acuerdo de otras cuatro o cinco veces que has hecho eso.

Negué con la cabeza.

—Eso era localizar dónde estaba algo. Ahora estoy buscando dónde estuvo Molly. Es harina de otro costal.

—¿Por qué? —preguntó Murphy—. ¿Por qué no ir directamente a ella?

—Porque los traedores se la han llevado de vuelta a su guarida —le dije—. Está en el Más Allá. No puedo hacer nada si ya está allí. La mejor opción es tratar de

averiguar dónde cruzó, ir tras ella y utilizar un hechizo de seguimiento estándar una vez en el otro lado.

—Oh. —Frunció el ceño y se acercó a mí—. ¿Y para eso necesitas pelo suyo?

—Sí —dije—. Y no tenemos. Así que estamos atrapados.

Se mordió el labio.

—¿No se puede usar otra cosa?

—Pedazos de uñas —dije—. O sangre, si es lo suficientemente fresca.

—Ajá —dijo Murphy. Señaló con la cabeza a Charity—. ¿Y qué tal su sangre?

—¿Qué? —pregunté confundido.

—Ella es la madre de la chica —dijo Murphy—. Sangre de su sangre. ¿No funciona?

—No —dije.

—Oh —dijo Murphy—. ¿Por qué no?

—Porque... —Fruncí el ceño—. Eh... —Miré a Charity un momento.

En realidad existía una conexión mágica entre padres e hijos. Una fuerte conexión. Mi madre había puesto en marcha un hechizo que la vinculaba con Thomas para confirmar que éramos hermanos. La conexión se había establecido, a pesar de que ella era lo único común entre nosotros al provenir cada uno de un padre distinto. La conexión sanguínea era la más profunda que se conocía en la magia.

—Puede que funcione —dije en voz baja. Lo pensé un poco más y respiré—. Rayos y centellas, no solo puede que funcione, en realidad es posible que para este hechizo en concreto sea incluso mejor.

Charity no dijo nada, pero sus ojos brillaron con aquella constante e inamovible fuerza. *Este es el aspecto de la fe*, me dije.

Le hice un gesto con la cabeza en señal de reconocimiento.

Entonces me volví hacia Murphy y le di un jovial beso en la boca.

Ella parpadeó, pillada totalmente por sorpresa.

—¡Sí! —grité riendo—. ¡Murphy, eres la mejor! ¡Vamos, equipo Dresden!

—Eh, si la mejor soy yo... ¡Vamos, equipo Murphy! —me corrigió.

Thomas soltó un bufido. Incluso Charity tenía una leve sonrisa dibujada en el rostro, aunque tenía los ojos cerrados y la cabeza de nuevo inclinada murmurando un agradecimiento, presumiblemente al Todopoderoso.

Murphy había hecho la pregunta exacta que necesitaba escuchar y cuya respuesta me facilitó la pista para dar con la respuesta. ¿Ayuda desde arriba? Si era así, no iba ni mucho menos a rechazarla. Teniendo en cuenta de quién era hija la chica en peligro, era muy posible que una intervención divina fuera precisamente lo que había sucedido. Toqué el ala de mi sombrero mental y envié mi gratitud hacia el cielo. Luego me di la vuelta para regresar rápidamente al laboratorio.

—Charity, supongo que estás dispuesta a donar sangre para la causa.

—Por supuesto —dijo.

—Entonces, manos a la obra. Preparaos para la acción, gente. Esto solo va a llevarme un minuto.

Me detuve y le puse una mano sobre el hombro a Charity.

—Y entonces vamos a traer a su hija de vuelta.

—Sí —murmuró ella, mirándome con fuego en sus ojos—. Sí, vamos a hacerlo.

Esta vez el hechizo funcionó. Debería haber sabido de antemano dónde iban a encontrar los traedores el pasaje más rápido para llegar a su reino desde Chicago. Era una de aquellas cosas que resultan evidentes al pensarlas en retrospectiva.

La minivan de Charity se detuvo en el aparcamiento de detrás del destartado cine de Clark Pell, apartado de la vista de la calle. El sol había salido cuando íbamos de camino, aunque las nubes y los quejumbrosos truenos prometían un tiempo excepcionalmente malo para una hora tan temprana del día. Lo cual tampoco debería haberme sorprendido tanto. Cuando las reinas de las hadas se movían por la parte de atrás del escenario, el tiempo parecía reflejar su presencia.

Murphy detuvo su coche justo detrás de la camioneta y aparcó al lado.

—Muy bien, Murph. Thomas —le dije, saliendo de la furgoneta—, Introducción a la lucha contra las hadas.

—Me lo sé, Harry —dijo Thomas.

—Sí, pero yo voy a repararlo de todos modos, así que escucha. Nos dirigimos al Más Allá. Tenemos algunas hadas perversas con las que lidiar, lo que significa que hay que estar preparado para las ilusiones. —Hurgué en mi mochila y saqué un frasco pequeño—. Este es un ungüento que nos debe permitir ver a través de la mayor parte de la mierda que urdan contra nosotros. —Me acerqué a Thomas y le puse un poco, a continuación, hice lo propio en los ojos de Murphy y después en los míos. El ungüento era de elaboración propia, basado en el que usaba el guardián de la puerta. El mío olía mejor, pero manchaba la piel de un tono marrón negruzco. Me dispuse a guardar el frasco.

—Después de que...

Charity me quitó el frasco de las manos con total tranquilidad, lo abrió y se echó el ungüento en los ojos.

—¿Qué está haciendo? —le pregunté.

—Me estoy preparando para recuperar a mi hija —dijo.

—Usted no va a venir con nosotros —dije.

—Sí, voy a ir.

—No, no va a venir. Charity, esto es muy peligroso. No podemos permitirnos el lujo de cuidar de usted.

Charity puso la tapa en el frasco y lo dejó caer en mi mochila. A continuación, abrió la puerta corrediza de la furgoneta y sacó un par de pesados cubos de



almacenamiento. Abrió el primero, y se quitó con calma su jersey.

Reparé en un par de cosas. En primer lugar, que Charity había ganado algún tipo de lotería cromosómica con su cuerpo. Llevaba un sujetador deportivo bajo el suéter y pensé que podía haber sido modelo si hubiese querido. Sin duda, Molly había heredado su aspecto de su madre.

La segunda cosa en la que reparé fue en sus brazos. Tenía los hombros anchos para una mujer, pero sus brazos estaban bien tonificados y cargados de músculo. Los antebrazos, sobre todo, lucían músculos magros y duros, fáciles de ver en movimiento bajo la piel apretada. Intercambié una mirada con Murphy, que parecía impresionada. Me limité a observar a Charity un minuto con el ceño fruncido.

Charity sacó una chaqueta-armadura del primer recipiente. No era una vieja reliquia ni mucho menos. Era una prenda acolchada de grueso algodón negro que contaba con un añadido de lo que se parecía mucho a un pedazo de tela balística Kevlar. Se lo puso ajustando los cierres en su lugar y luego sacó del recipiente una auténtica cota de malla. Se la colocó y se amarró una media docena de cierres con la rápida habilidad que otorga la larga práctica. Un cinturón para asegurar la cota de malla y del que colgar la vaina de una espada pesada fue lo siguiente. Luego se puso una gorra ajustada del mismo material de la chaqueta, no sin antes entremeter su pelo trenzado debajo, y a continuación se puso en la cabeza un casco de acero estriado.

Abrió el segundo recipiente y sacó una espada recta con la empuñadura en forma de cruz. El arma era solo un poco más delgada y corta que la bendita hoja de Michael pero, después de inspeccionar la hoja en busca de muescas u oxidación, Charity la agitó un par de veces con la ligereza que sacudiría un periódico enrollado y la deslizó en la vaina. Metió un par de gruesos guantes de cadena en el cinturón. Por último sacó del gran recipiente un martillo. Tenía un mango de acero de cerca de metro y medio de largo y la cabeza casi tan grande como un martillo pilón, además de un clavo añadido que le daba un aspecto malvado.

Se colocó el martillo sobre el hombro equilibrando su peso con el cuerpo y se volvió hacia mí. Su aspecto era feroz con tantas armas y aquella armadura. La mancha negra que le rodeaba los ojos no ayudaba a suavizar su imagen.

¿Feroz? ¡Qué demonios! Daba impresión de competente y peligrosa.

Todos nos la quedamos mirando.

Ella arqueó una ceja dorada.

—Yo misma fabrico las armaduras de mi esposo —dijo—, así como su armamento de repuesto. A mano.

—Oh —dije. No es de extrañar que fuera tan entusiasta—. ¿También sabe luchar? Me miró como si fuera un niño de pocas luces.

—Mi marido no se ha convertido en un maestro con la espada por ósmosis. Trabaja duro para ello. ¿Con quién supone que ha practicado los últimos veinte años?

—Sus ojos ardieron de nuevo, desafiándome directamente—. Esas criaturas se han llevado a mi Molly. Y no voy a quedarme aquí sentada mientras ella está en peligro.

—Señora —dijo Murphy en voz baja—, la práctica es muy diferente a la realidad. Charity asintió.

—Esta no va a ser mi primera pelea.

La teniente frunció el ceño durante un momento y luego se volvió hacia mí con gesto preocupado. Miré a Thomas, que estaba de espaldas, un poco apartado del resto de nosotros para mantenerse al margen del proceso de toma de decisiones.

Charity se quedó allí de pie con aquel martillo de guerra sobre un hombro, su peso plantado, los ojos decididos.

—Demonios —suspiré—. De acuerdo, John Henry, estás en el equipo. —Hice un gesto con la mano y seguí explicando—. Las hadas odian y temen el contacto con el hierro, y eso incluye el acero. Les quema y neutraliza su magia.

—Hay más armas en el recipiente y también otras cotas de malla —ofreció Charity—. Aunque puede que no le queden demasiado bien, teniente Murphy.

Charity había pensado. Estaba contento de que alguno de nosotros lo hubiera hecho.

—La cota de malla es solo para desalentar a las bestias repugnantes y con garras del reino de las hadas.

Murphy me miró escéptica.

—No tengo nada en contra del rollo Batalla de Hastings, Harry, pero creo que las armas de fuego son en general más útiles que las espadas. ¿Vas en serio con esto?

—Es posible que no puedas confiar en tus armas —le dije—. La realidad no funciona de la misma manera en el Más Allá y no siempre te advierten cuando se están cambiando las reglas. Es común encontrar zonas de las hadas donde la pólvora no es combustible.

—Estás de broma —dijo.

—No. Lleva algo de acero encima. No hay nada que las hadas puedan hacer al respecto. Es la mayor ventaja que los mortales tienen sobre ellas.

—La única ventaja —me corrigió Charity. Me pasó una cota de malla sin mangas, probablemente la única que me cabría. Me quité un momento mi abrigo de cuero, me coloqué la cota de malla y luego me lo volví a poner encima. Murphy sacudió la cabeza antes de que Thomas y ella cogieran armamento y protección de los envases.

—Un par de cosas más —dije—. Una vez que estemos dentro no comáis ni bebáis nada. No aceptéis ningún regalo ni ofertas de cualquier hada interesada en hacer un trato. No querréis andar debiéndole favores a uno de los sidhe, creedme. —Fruncí el ceño, pensando. Entonces respiré hondo y dije—: Otra cosa. Cada uno de nosotros debe hacer todo lo posible para controlar su miedo.

Murphy frunció el ceño delante de mí.

—¿Qué quieres decir?

—No podemos permitirnos el lujo de llevar demasiado miedo dentro de nosotros. Los traedores se alimentan de él. Les hace más fuertes. Si vamos allí sin tener el miedo bajo control les dará la impresión de que llega la cena. Todos tenemos miedo, pero no podemos dejar que controle nuestros pensamientos, acciones o decisiones. Tratad de mantener una respiración constante y permaneced tan calmados como os sea posible.

Murphy asintió, frunciendo el ceño ligeramente.

—Muy bien entonces. Todo el mundo con la cabeza alta. Cuando estéis listos para partir, decídmelo.

Observé cómo Murphy se colocaba el equipo y Charity la ayudaba a ajustarse la armadura. Su cota de malla era de manga corta, tal vez una de las de repuesto de la madre de Molly. Había compensado el tamaño sobrante de la armadura amarrándola con más fuerza, pero las mangas le caían hasta los codos y el dobladillo le llegaba casi hasta las rodillas. Murphy parecía una niña vestida con las ropas de un adulto.

Calmó su expresión y se mantuvo distante mientras trabajaba, como cuando estaba concentrada en los disparos o en mitad de uno de sus millones ejercicios de *kata*. Cerré los ojos y usé mis sentidos mágicos en ella. Pude captar la energía, la vida, palpitante y constante. Había temblores aquí y allá, pero no un apabullante faro de violento terror que pudiera anunciar nuestra llegada a los malos.

No es que pensara que iba a ver lo contrario en ella. Lo que le faltaba de altura lo compensaba de sobra con agallas. Por otro lado, Murphy nunca había estado en el Más Allá y aunque el reino de las hadas era un lugar tan normal como cualquier otro, a veces podía llegar a ser bastante raro. A pesar de la formación, la disciplina y la determinación, los buzos novatos nunca pueden estar seguros de que se van a librar de la aparición del mal de la presión. El Más Allá era lo mismo. No se puede saber cómo alguien va a reaccionar la primera vez que cae en la madriguera del conejo.

Thomas, siendo Thomas, convirtió la cota de malla en una declaración de moda. Iba totalmente de negro y las botas negras de combate, la chaqueta de Kevlar y la cota de malla se las arreglaban de alguna manera para ir bien con el resto de su guardarropa. Llevaba su sable en el lado izquierdo del cinturón, la escopeta en la mano derecha y en conjunto parecía una versión mejorada de *El guerrero de la carretera*.

Examiné también a Thomas con mis sentidos de mago. Su presencia nunca fue totalmente humana pero, al igual que en los demás miembros de la Corte Blanca, el aspecto vampírico no era evidente para el observador casual, ni siquiera para los magos. Poseía un enorme poder en perfecto equilibrio y había algo de felino en su aura, la misma cualidad que se puede esperar de un leopardo hambriento esperando pacientemente a que se aproximara el siguiente almuerzo. Albergaba también un tono

más oscuro en él, la parte que yo había asociado siempre con la demoníaca presencia que lo convirtió en vampiro: un negro y amargo pozo de energía, lujuria, hambre y desprecio hacia sí mismo, todo eso a partes iguales. Sin duda, Thomas no era tonto y tenía miedo. Pero bajo aquella oscura superficie el miedo era indetectable.

Después de terminar de ayudar a Murphy, Charity dio un paso atrás y se puso de rodillas en el aparcamiento. Cruzó las manos sobre el regazo, inclinó la cabeza y retomó sus oraciones. Sentí alrededor de ella una especie de calor ambiental, como si estuviera arrodillada sobre su propio rayo de sol. Era el mismo tipo de energía que siempre había caracterizado la presencia de su marido. La fe, supongo. Ella también tenía miedo, pero no el primitivo miedo por la supervivencia que buscaban los traedores. Temía por la seguridad de su hija, por su futuro y su felicidad. Y mientras la miraba, vi formarse en sus labios mi nombre, el de Thomas y el de Murphy.

Charity tenía más miedo por nosotros que por ella.

Allí mismo, me prometí que iba a traerla de vuelta a casa junto a su hija. Las reuniría de nuevo con su familia y su esposo, sanas y salvas. No dudaría ni por un instante, lo juraba por Dios, en hacer lo que fuera necesario para cumplir mi promesa.

Me examiné, haciendo inventario. Guardapolvos de cuero, cota de malla mal ajustada, bastón y vara, presentes. Brazaletes escudo y amuleto, presentes. Mi dañada mano izquierda me dolía un poco y lo único que sentía en ella era rigidez, aunque al menos podía mover los dedos. Me dolía la cabeza. Mis miembros estaban un poco inestables a causa de la fatiga. Tenía la esperanza de que la adrenalina entrara en juego e hiciera desaparecer aquel problema cuando fuera necesario.

—¿Todo el mundo listo para partir? —pregunté.

Murphy asintió. Thomas dijo que sí arrastrando la vocal.

Charity se levantó y dijo:

—Lista.

—Dejadme primero limpiar el exterior del edificio —dije—. Esta es su puerta de entrada a casa. Es posible que la tengan controlada o que hayan dispuesto varios conjuros de protección. Una vez que la despeje, entraremos.

Caminé lentamente alrededor del cine de Pell. Pasé las puntas de los dedos a lo largo del costado del edificio, con los ojos cerrados casi todo el camino, y desplegué mis sentidos de mago por la estructura. No fue un proceso rápido, pero traté de no perder el tiempo. Mientras caminaba, sentí una especie de energía sofocada rebotando dentro del edificio, probablemente una gotera del Más Allá procedente del lugar donde los traedores cruzaron con Molly. No obstante, sentí en varias ocasiones diminutas y malévolas oleadas de energía, demasiado azarosas y móviles para tratarse de conjuros o hechizos. Su presencia era inquietantemente similar a la del traedor al que había vencido en el hotel.

Regresé al punto de partida unos diez minutos más tarde.

—¿Algo? —preguntó Thomas.

—No hay conjuros ni minas místicas —anuncié—. Pero creo que hay algo dentro.

—¿El qué?

—Traedores —dije—. Son más pequeños que los grandes que estamos buscando, probablemente los han colocado ahí para proteger el portal entre este lado y el Más Allá.

—Van a tratar de tendernos una emboscada cuando entremos —dijo Murphy.

—Probablemente —supuse—. Pero ya que lo sabemos de antemano podemos volverlo en su contra. Cuando aparezcan, golpeadles rápido y duro, aunque parezca un exceso. No podemos permitirnos resultar heridos.

Murphy asintió.

—¿Qué estamos esperando? —preguntó Thomas.

—Más ayuda —le contesté.

—¿Por qué?

—Porque yo no soy lo suficientemente fuerte para abrir un paso estable a la profundidad del reino de las hadas —dije—. Incluso si no estuviera cansado y consiguiera abrirlo, no creo que durara más de unos segundos.

—¿Y eso sería malo? —preguntó Murphy.

—Sí.

—¿Qué pasaría? —preguntó en voz baja Charity.

—Moriríamos —le dije—. Nos quedaríamos atrapados en el reino de las hadas, cerca del origen de multitud de problemas y sin forma de escapar salvo tratando de encontrar el camino a las zonas del reino de las hadas que están cerca de la Tierra. Los lugareños nos comerían y escupirían nuestros huesos antes de que siquiera tuviéramos alguna posibilidad de escapar.

Thomas puso los ojos en blanco y dijo:

—Eso no ayuda demasiado a apartar el miedo de mi mente, tío.

—Cállate —espeté—. O pasaré a mi segunda iniciativa y empezaré a contar chistes.

—Harry —dijo Murphy—, si ya sabías que no podías abrir la puerta el tiempo suficiente para llegar hasta la chica, ¿cómo tenías pensado arreglártelas?

—Conozco a alguien que puede ayudar, lo que sucede es que es totalmente imposible para ella hacerlo.

Murphy frunció el ceño y luego dijo:

—Estás disfrutando de esto. Te encanta danzar alrededor de las preguntas y sacarte sorpresas de la manga cuando sabes algo que el resto de nosotros no sabe.

—Para los magos es como la heroína —confirmé.

Un motor vibró cerca y unos neumáticos susurraron en el asfalto. Una moto rodeó el cine y se adentró en el aparcamiento de atrás. Encima iban dos personas con sus

respectivos cascos. La de detrás era una mujer bien formada vestida con pantalones de cuero y una chaqueta vaquera. Al bajarse de la moto levantó la mano, se quitó el casco verde y sacudió su pelo blanco como la nieve. Le cayó enseguida sobre la espalda como una sábana de seda sin la ayuda de un cepillo o un peine. La señora del Verano, Lily, hizo una pausa para saludarme con una ligera inclinación de cabeza y me sonrió; sus ojos verdes me resultaron particularmente luminosos.

El conductor de la moto resultó ser Fix. El caballero del Verano llevaba un ceñido pantalón negro y una ondulante camisa de seda verde. De su cadera pendía un estoque en una vaina robusta, cuyo mango era de cuero liso y brillante. Fix ató los dos cascos a la motocicleta, hizo un gesto de cabeza hacia nosotros y saludó:

—Buenos días.

Hice las presentaciones, aunque no entré en detalles más allá de nombres y títulos.

—Gracias por venir —le dije a Lily cuando terminé.

Ella negó con la cabeza.

—Estoy todavía en deuda contigo. Era lo menos que podía hacer. Aunque creo que debo advertirte que es posible que no pueda serte de ayuda para lo que requieres.

Se refería a que la obligación de Titania para evitar que Lily me ayudara seguía activa. No obstante, yo había pensado en una manera de solucionar aquello.

—Sé que no me puedes ayudar —dije—. He de decirte que la carga de tu deuda ha pasado de buena fe a otra persona. Tengo que reparar un mal que le he hecho a una chica llamada Molly Carpenter. Para ello, ofrezco a su madre tu deuda hacia mí como pago.

Fix ladró una risa satisfecha.

—¡Ah!

En la boca de Lily se dibujó una sonrisa de placer.

—Bien hecho, mago —murmuró. Luego se volvió hacia Charity y le preguntó—: ¿Acepta la oferta de pago por parte de este mago, señora?

Charity parecía un poco perdida y me miró interrogante. Le hice un gesto de asentimiento.

—Sí —dijo—. La acepto.

—Que así sea —dijo Lily, inclinando la cabeza hacia Charity—. Entonces le debo una, señora. ¿Qué puedo hacer para pagarle?

Charity me miró de nuevo. Asentí y dije:

—Dígaselo.

Charity se volvió hacia la señora del Verano.

—Ayúdenos a recuperar a mi hija Molly —dijo—. Está prisionera de los traedores en la Corte de Invierno.

—Me hará muy feliz hacer todo lo que esté en mi poder para ayudarla —afirmó

Lily.

Charity cerró los ojos.

—Gracias.

—No va a ser toda la ayuda que usted podría desear —dijo Lily con voz grave—. No me atrevo a atacar directamente a siervos de Invierno que actúan en legítima obligación hacia su reina, salvo en defensa propia. Si los atacara, las consecuencias podrían ser graves y las represalias inmediatas.

—Entonces, ¿qué puede hacer? —preguntó Charity.

Lily abrió la boca para responder, pero luego dijo:

—El mago parece tener algo en mente.

—Sí —dije—. Estaba a punto de llegar a eso.

Lily me sonrió y bajó la cabeza, haciéndome un gesto para que continuara.

—Aquí es por donde pasaron a la chica —le dije a Lily—. Por eso debieron atacar a Pell primero, para asegurarse de que el edificio estaba cerrado y bajo llave, para que hubiera un paso inmediato de vuelta si lo necesitaban. Estoy también bastante seguro de que dejó a algunos guardianes rezagados.

Lily frunció el ceño y se acercó al edificio. Lo tocó con los dedos y cerró los ojos. Necesitó una décima parte del tiempo que me hizo falta a mí y no se movió del sitio.

—Es cierto —dijo—. Al menos tres traedores inferiores. Todavía no pueden sentirnos, pero lo harán cuando entre alguien. Y entonces nos atacarán.

—Cuento con ello —dije—, entraré yo primero para que me vean.

Fix enarcó las cejas.

—Y ese será el momento en que te harán pedazos. Se trata de un plan más elaborado de lo que había previsto.

Le brindé una sonrisa.

—No querría que te sintieras excluido, Fix. Quiero que Lily sostenga un velo sobre todos los demás. Una vez que los traedores aparezcan para arrancarme la cara, Lily suelta el velo y el resto de vosotros os los cargáis.

—Sí, ese plan es mucho mejor —dijo Fix arrastrando las palabras y con la mano sobre la empuñadura de su espada—. Y podré hundir mi estoque en los vasallos de Invierno, siempre y cuando no sea un inconveniente para vos, por supuesto, mi señora.

Lily negó con la cabeza.

—No, en absoluto, señor caballero. Y estaré encantada de poner un velo entre usted y sus aliados, lady Charity.

Charity hizo una pausa y dijo:

—Esperad un minuto. No sé si entiendo esta situación del todo. No se les permite ayudar a Harry, pero como Harry ha... ¿qué?, ¿me ha pasado su deuda?

—Los bancos compran y venden hipotecas todo el tiempo —expliqué.

Charity arqueó una ceja.

—¿Y me están ayudando porque Harry me ha cedido la deuda que ustedes tenían contraída con él?

Fix y Lily se miraron impotentes.

—También están sometidos a una obligación que les impide discutir el tema directamente con nadie —expliqué—. Pero ha entendido usted lo básico, Charity.

Esta negó con la cabeza.

—¿No van a meterse en problemas por esto? ¿No va a...? ¿Quién es su jefa?

—Titania —contesté.

Charity parpadeó, estaba claro que había oído antes aquel nombre.

—¿La... la reina de las hadas?

—Una de ellas —confirmé—. Sí.

Sacudió la cabeza.

—Yo no... ya hay suficiente gente en peligro.

—No se preocupe por nosotros, señora —la tranquilizó Fix guiñándole un ojo—. Titania ha establecido las leyes. Las hemos obedecido. No es culpa nuestra si lo que decretó no coincide con lo que quería.

—Traducción —aclaré—. Hecha la ley, hecha la trampa. A ella no le va a gustar, pero lo aceptará.

—Oh, sí —murmuró Thomas por lo bajo—. Esto no va a volver para morder a nadie en el culo más adelante.

—Que te crees tú eso... —le gruñí en latín antes de darme la vuelta y echar a andar hacia la entrada trasera del cine. Agarré firmemente mi bastón y coloqué la punta contra las cadenas que bloqueaban la puerta. Me tomó un momento disminuir el ritmo de mi respiración y centrar mis pensamientos. Aquello no era un ejercicio de potencia bruta. No necesitaría poner apenas energía en romper la cadena si actuaba con precisión y concentración. Abrir una puerta era un ejercicio relativamente simple para mí. Lo que quería hacer era utilizar el mínimo de energía para romper un solo eslabón de la cadena.

Enfoqué todos mis pensamientos en un pequeño punto y murmuré:

—*Forzare*.

El poder recorrió la longitud del bastón, y se produjo un silbido y un chasquido casi tan fuerte como un disparo. La cadena saltó. Bajé mi bastón y me encontré un solo eslabón hecho pedazos y ambos extremos rotos brillando por el calor. Eché al suelo los eslabones calientes con la ayuda de mi bastón, ligeramente sorprendido y satisfecho por el poco esfuerzo relativo que me había hecho falta.

Extendí la mano y probé el pomo de la puerta.

Bloqueado.

—Eh, Murph —dije—. Mira, un zepelín.



La oí suspirar y darse la vuelta. Saqué un par de herramientas de metal del bolsillo de mi abrigo y comencé a trastear en la cerradura con ellas. Mi mano izquierda no era de mucha ayuda, pero al menos me servía para mantener fijas las herramientas mientras la derecha hacía todo el trabajo.

—Eh —dijo Thomas—, ¿cuándo te las has agenciado?

—Butters dice que las terapias físicas que implican destreza manual son buenas para mi mano.

Thomas soltó un bufido.

—Así que aprendiste a abrir cerraduras. Pensé que estabas tocando la guitarra.

—Esto es más simple —dije—. Y no hace aullar a los perros.

—Te hubiera matado si hubieses tocado otra vez *The House of the Rising Sun* —coincidió Thomas—. ¿De dónde has sacado las ganzúas?

Miré por encima del hombro a Murphy y dije:

—Mira al pajarito.

—Un día de estos, Dresden... —me dijo, todavía vuelta de espaldas tercamente.

Puse los pernos alineados y trenzados con una presión suave y constante. La cerradura se abrió y dejé la puerta entreabierta. Me incorporé, guardé las herramientas y tomé de nuevo posesión de mi bastón, preparado para afrontar el siguiente problema. No pasó nada. Escuché tras la puerta durante medio minuto, pero no oí ningún sonido.

—Muy bien —dije—. Allá vamos. Todo el mundo listo para...

Miré por encima del hombro y me encontré el aparcamiento vacío salvo por mí mismo.

—Vaya —dije—. Buen velo, Lily. —Entonces me di la vuelta como si mis nervios no estuvieran vibrando como las cuerdas de una guitarra.

—Ding, ding. Primer asalto —anuncié.

## Capítulo 35

Abrí la puerta de una patada, con el bastón listo para el combate.

—¡Aquí estoy! —grité.

La pálida luz gris del amanecer procedente del lago me permitió ver un pasillo de servicio de esos que tienen marcas y cosas escritas en ellos, suelos con la pintura desconchada y muchas cosas apiladas aquí y allá. Al fondo del pasillo se leía «Solo empleados». Una puerta cubierta con una cortina a mitad del pasillo conducía a lo que debía de ser el mostrador en el pequeño vestíbulo del cine.

Reinaba el silencio. Ni una sola luz brillaba dentro.

—Tenéis que ver esta —le dije al edificio vacío—. Roddy Piper en *Están vivos*, de John Carpenter. La escena de lucha más larga que existe, ¿sabéis?

Silencio.

—No la habéis visto, ¿no? —pregunté a la oscuridad.

Me quedé allí de pie con la esperanza de que los malos me lo pusieran fácil. Si cargaban contra mí, podía agazaparme a un lado y dejar que mis aliados ocultos se encargaran de ellos. En lugar de eso, como los malos hacen a menudo, no cumplieron con mis deseos.

Me empecé a sentir un poco tonto allí de pie. Si avanzaba, el estrecho pasaje impediría la participación de los que detrás de mí esperaban bajo el velo su oportunidad para lanzar una emboscada. Si de verdad hubiera estado solo, el vestíbulo sería la posición de combate más razonable; los traedores no tenían forma de rodearme ni de usar su ventaja numérica, así que tendría que aprovechar una oportunidad como aquella. Hay hadas estúpidas, pero los traedores no están entre ellas. Si no me comportaba como un lobo solitario revelaría la presencia de mi comitiva.

Así que, como un loco solitario con más instintos suicidas que de supervivencia, me interné en el edificio con el bastón preparado y los dientes apretados en una mueca de batalla. El lugar estaba tenuemente iluminado y hacía más frío del que debiera, incluso a aquellas horas de la mañana. Mi respiración se convirtió en vaho delante de mi nariz. El aroma a palomitas del cine había penetrado hasta sus mismas entrañas y era ya tan parte del edificio como el suelo y las paredes. Mi estómago dio un vuelco. Como otras ciertas partes de mi anatomía tenía tendencia a ir por donde no debía, lo que no era bueno para ciertos pequeños detalles como la propia supervivencia.

El resto de mí estaba nervioso. Había visto a la velocidad que se movían aquellas criaturas. Me podría apartar si vinieran desde el otro extremo de la sala, pero solo por los pelos. Tal vez dos o tres pasos por delante llegué a un punto en el que pensé que no me daría tiempo a retirarme y dejar espacio a mis aliados para tender su

emboscada. Al menos durante unos segundos quedaría a mi suerte.

En una pelea, unos pocos segundos son una eternidad.

Saqué mi brazalete escudo, le infundí poder y caminé con la mano izquierda detrás de mí con la intención de protegerme de una posible carga y de paso proyectar una tenue luz azul que me permitiera ver algo a medida que avanzaba.

—¿Sabéis qué parte de la peli es esta? —dije al tiempo que daba unos pasos hacia delante—. Es cuando el viejo granjero con la antorcha y la escopeta no puede reprimirse y entra en la cueva oscura, aunque sabe de buena tinta que hay un monstruo dentro. —Llegué hasta la cortina y la eché a un lado con mi bastón. Varias miradas rápidas me permitieron ver un pequeño y sucio mostrador de ventas que hacía juego con el pequeño y sucio vestíbulo.

Nadie intentó comerme la cara.

—Oh, vamos —dije en voz alta—. Estoy empezando a sentirme un poco insultado. Si seguís con esto, voy a tomar medidas drásticas y acudir a los clichés. Tal vez cruce una puerta de espaldas o algo así.

Mis instintos gritaron y eché a correr enseguida por la puerta de las cortinas para salir de allí antes de que me alcanzara la cosa que venía disparada hacia mí desde el otro extremo. No quería que me matara ninguna bala, proyectil de fuego o martillo volador lanzado por mis refuerzos.

Se oyó un estruendo en el pasillo (algo que emitía un aullido ululante, una pistola de gran calibre, una ruidosa escopeta) y el chasquido de un arco de electricidad. Una cegadora luz blanquiazul centelleó a través de la cortina en el momento en que me lancé a través de ella y vi al traedor que esperaba al otro lado para tenderme una emboscada.

Estaba agazapado encima del mueble de cristal sobre la máquina de palomitas del mostrador y había adoptado la forma de una criatura a la que vagamente se podría considerar parecida a un gato. Su tamaño doblaba el de Míster y su sucio pelaje negro estaba erizado. Los hombros sobresalían casi deformados por el músculo y el hocico era ancho y lleno de unos dientes demasiado grandes incluso para un león. Sus ojos brillaban con una enfermiza y verdosa luminiscencia y centellearon en el aire cuando saltó con las garras extendidas, blandiendo los dientes y emitiendo un aullido de rabia que le partiría el alma a cualquiera.

No tenía tiempo ni espacio para atacar primero. Fue una gran suerte que hubiera preparado de antemano mi escudo. Lo levanté delante del traedor en un ángulo de sesenta grados, provocando un silbido de energía azul.

Debería de haber tenido presente la facilidad con la que el espantapájaros me robó la magia la noche anterior. Aquel traedor de menor categoría debía de poseer una porción de la misma habilidad, ya que cambió el tono de su aullido en el aire, impactó en mi escudo y penetró en él como si la sólida barrera fuese una gruesa capa

de barro.

No había espacio para esquivarlo ni para levantar mi bastón, así que lo solté en el momento que el rostro del traedor emergió de mi escudo y dirigí mi puño contra la nariz del felino. Al hacerlo solté el escudo. Sin escudo, la única fuerza que actuó contra el traedor fue el impacto de mi puño y el metamorfo voló hacia atrás yendo a parar a la vieja caja registradora del mostrador. Estaba hecha de metal. Chispas azules saltaron del traedor cuando su carne impactó en el hierro, acompañadas de un bramido de protesta, humo y un olor acre.

Oí pasos en el pasillo detrás de mí, y luego un trío de disparos de escopeta.

—¡Harry! —gritó Murphy.

—¡Aquí! —grité a mi vez, y no tuve tiempo de decir nada más. El gato de pesadilla saltó de la caja registradora, recuperó el equilibrio y se lanzó de nuevo hacia mí tan ágilmente como un momento antes. Me agaché e intenté lanzarme debajo del traedor, pero mi cuerpo no respondía tan ágilmente como mi mente y las garras del monstruo iban directas a mis ojos.

Solté un brazo y el traedor impactó sobre él con un repentino y duro choque que hizo que me quedara inútil de codo para abajo. Garras y colmillos salieron a la palestra, pero el cuero encantado de mi abrigo aguantó y las garras de la criatura no penetraron en la carne. Salvo por un corte superficial en la muñeca, bajo la manga del guardapolvos, escapé ileso. Caí al suelo y rodé unos metros, estirando el brazo a un lado en un esfuerzo por golpear al traedor contra el suelo y que me soltara. La criatura era engañosamente fuerte. Se aferró con una pata trasera al mostrador, enterrando las garras en la madera. Saltó al suelo con plástica agilidad, se posó en mi pecho y buscó mi garganta.

Tenía un brazo atrapado entre el traedor y mi cuello. El animal no podría atravesar el abrigo; no obstante, era más fuerte de lo que tenía derecho a ser. Yo estaba tendido de espaldas y no tenía nada a lo que agarrarme. Me zarandeó y fui consciente de que solo disponía de un segundo o dos antes de que su fuerza se impusiera, apartara a un lado mi brazo y me abriera la garganta.

Bajé la otra mano y abrí el guardapolvos por delante. El frío hierro de la cota de malla entrechocó contra las pezuñas del traedor con una sibilante furia de chispas y humo. El monstruo soltó otro grito agudo y dio un salto casi vertical.

Justo cuando el traedor llegaba a la cúspide de su salto reflejo, volvieron a sonar disparos. Se agitó, gritó y su cuerpo se contrajo en pleno vuelo, lo que alteró su trayectoria y le hizo aterrizar a mi lado en el piso.

La bota de combate de Murphy le propinó una patada al traedor que lo envió deslizándose por el suelo varios metros, y en cuanto estuvo lo bastante alejado de mí, comenzó de nuevo a dispararle. Le endosó a la criatura al menos media docena de balas. El traedor se arrastraba aullando de dolor; sin embargo, se resistía a perecer,

sumido en mitad de un poderoso frenesí. El cargador de la pistola se vació. Murphy metió otro en el arma y, justo cuando el traedor comenzaba a recuperarse, volvió a dispararle. Lo hacía a toda velocidad, apenas deteniéndose para apuntar y desplazándose hacia un lado a medida que lo hacía.

Thomas cruzó la cortina con una velocidad preternatural y el rostro blanco hueso. Cogió al atontado traedor del pescuezo y lo empotró contra la caja registradora, una y otra vez, hasta que oí su columna romperse. Entonces lo lanzó por encima del mostrador hacia el vestíbulo.

Brilló una luz. Algo que parecía una mariposa esculpida en fuego surcó el aire sobre mi cabeza como un diminuto cometa. Me puse en pie como pude para ver a la centelleante mariposa golpear al traedor en pleno pecho. La cosa volvió a gritar. Tenía las patas traseras inútiles, así que solo agitó las delanteras mientras el fuego penetraba en su carne, le abría un hueco en el pecho y lo consumía por completo en un santiamén.

Me apoyé en el mostrador y luché durante unos segundos por recuperar el aliento, luego eché un vistazo a mi alrededor y vi la cortina hacerse a un lado sin que ninguna mano humana la tocara. Lily la atravesó. En aquel momento, la señora del Verano no parecía dulce o bondadosa. Su adorable rostro mostraba una rabia implacable y contenida, y media docena de las fieras mariposas revoloteaba a su alrededor. Miró al moribundo traedor hasta que el fuego lo consumió sin dejar nada, ni siquiera ectoplasma residual.

Murphy recargó y se acercó a mí, aunque sus ojos seguían buscando señales de peligro.

—Estás sangrando. ¿Estás bien?

Lo comprobé. La sangre de mi herida en la muñeca había bajado a mi palma y dedos. Me remangué para examinarla. El corte era paralelo a mi antebrazo. No era largo, pero sí más profundo de lo que pensaba. No me había abierto las venas de la muñeca por un centímetro.

Me dio un vuelco el estómago y tragué saliva.

—Un corte limpio —dijo Murphy—. No del todo malo.

—Déjame ver —dijo Thomas. Examinó la herida y apuntó—: Podría haber sido peor. Necesitarás un par de puntos, Harry.

—No hay tiempo —dije—. Ayúdame a encontrar algo para vendarla bien.

Thomas echó un vistazo al mostrador.

—¿Pajitas? —sugirió.

Oí un expresivo suspiro. Charity apareció por la puerta de cortinas, abrió un estuche de cuero que tenía en su cinturón y le tendió a Thomas un compacto botiquín. Mi hermano lo cogió, se lo agradeció con un gesto de cabeza y se puso a trabajar en mi mano. La mujer volvió al pasillo con expresión alerta. Fix miró dentro y luego

desapareció al otro lado de la cortina, presumiblemente camino del vestíbulo.

—¿Qué ha pasado? —le pregunté a Murphy.

—Una de esas cosas quería atacarte por la espalda en el pasillo —dijo—. Parecía una especie de babuino mutante. Lo derribamos.

—*Naturaleza roja* —musitó Thomas—. ¿Recuerdas aquella película? Esa en la que el retrovirus se extiende por el zoo y muta a los animales. El babuino y el gato salían en esa película.

—Ajá —mascullé—. Sí.

—No lo entiendo —dijo Murphy—. ¿Por qué todos son monstruos de película?

—Miedo —dijo—. Esas imágenes han sido parte de esta cultura desde hace bastante tiempo. A lo largo del tiempo han generado mucho miedo.

—Vamos —replicó Murphy—. He visto *Naturaleza roja*. No daba tanto miedo.

—Se trata de cantidad más que de calidad —dije—. Incluso si solo te hace saltar una vez en la silla, ya se produce un poco de miedo. Multiplica eso por millones. Los traedores adoptan su forma para poder atrapar una porción de ese miedo con la intención de crear más.

Murphy frunció el ceño y sacudió la cabeza.

—Lo que tú digas.

Una luz apareció en el vestíbulo que daba a la sala de cine. En un parpadeo, Murphy y Thomas tenían sus armas apuntadas hacia ella y mi brazalete escudo emitía chispas azules preparadas para buscar su objetivo.

—Está todo bien —dijo Lily en voz baja.

Fix apareció por la puerta al otro lado del vestíbulo, espada en mano. El fuego brillaba en toda la extensión de la hoja como si la hubiera mojado en queroseno y luego encendido una cerilla. Miró a su alrededor, hosco.

—No está aquí atrás —dijo.

—¿El qué? —pregunté.

—El tercero —dijo Lily—. Tiene que haber un tercer traedor.

—¿Por qué? —pregunté.

—Porque son traedores —respondió Fix—. Deberíamos inspeccionar los baños.

—Solos no —dije—. Murph. Charity.

Murphy asintió y dio la vuelta al mostrador para reunirse con Fix. Charity se adentró en el vestíbulo, detrás de la cortina. Los tres se desplazaban en medio de un cauto silencio y entraron en los aseos. Regresaron un momento después. Fix negó con la cabeza.

—Ya está —dijo Thomas al tiempo que finalizaba el vendaje—. ¿Demasiado apretado?

Flexioné los dedos de mi mano derecha y recuperé mi bastón.

—Está bien. —Escudriñé el lugar—. Queda un sitio donde puede estar.

Todos miramos las puertas dobles que conducían a la sala de cine. Estaban cerradas. Unas luces débiles parpadeaban, apenas perceptibles en el radio de nuestra propia iluminación.

—Si no está roto, no lo arregles —dije al tiempo que rodeaba el mostrador para volver al vestíbulo. Me dirigí a las puertas y traté de transmitir confianza—. Sigamos el mismo plan.

Me detuve en las puertas a esperar que todos se reunieran detrás de mí. Miré hacia atrás para comprobar que estaban preparados, razón por la cual fui el único que vio lo que ocurrió.

La papelera de plástico a un metro de Charity explotó de repente; la parte de arriba salió disparada y vasos de papel y bolsas de palomitas volaron por todas partes. Algo humanoide y no más grande que un niño pequeño saltó de la papelera. Tenía el pelo rojo y llevaba puesto un mono, y sostenía un gran cuchillo de cocina en su mano diminuta. Golpeó a Charity justo encima del coxis, tirándola al suelo, y se dispuso a levantar el cuchillo.

Mis compañeros se vieron sorprendidos solo un segundo o dos; sin embargo, eso para Charity suponía una eternidad. No había tiempo para pensar. Antes de darme cuenta de lo que estaba haciendo, di un par de zancadas al tiempo que me cambiaba de mano el bastón y le di un golpe de golf a la cabeza del traedor. Se produjo un ruido seco y carnosos.

Su cabeza salió volando, rebotó en una columna y rodó hasta detenerse no muy lejos del resto de la criatura. Solo tuve un segundo para mirar el aspecto del muñeco antes de que comenzara a desaparecer.

Thomas parpadeó.

—Ese era Bucky, de *El muñeco asesino*.

—Un poco endeble —dije.

Thomas asintió.

—Debía de ser el pequeño de la camada.

Intercambié una mirada con Murphy.

—Nunca entendí cómo nadie podía encontrar aterradora a esa cosa —comenté. Entonces me puse delante de Charity y le ofrecí una mano para ayudarla a levantarse. Hizo una mueca y la aceptó—. ¿Está bien?

—No me he roto nada —contestó. Arrugó la cara y se puso una mano en la espalda—. Debería haber estirado antes.

—La próxima vez lo pensaré antes —la animé—. Lily, ¿esto era todo?

Los ojos de la señora del Verano parecieron distantes un momento y luego murmuró:

—Sí. Ya no hay más agentes de Invierno en este lugar. Vamos.

Dio un paso al frente y las puertas de la sala de cine se abrieron solas. La

seguimos. Era una sala clásica, no de esas que parecen las gradas de un estadio, sino una de las viejas en las que el suelo solo está levemente inclinado. Había luz en la pantalla aunque el proyector no estaba encendido. Colores espectrales cambiaban de tono, se difuminaban y se fundían como en una aurora boreal. Me asaltó la repentina intuición de que el color y la luz estaban siendo proyectados de alguna manera desde el lado contrario de la pantalla. El aire fue bajando de temperatura a medida que seguíamos a Lily por el pasillo.

Se detuvo frente a la pantalla, la miró un momento y luego se estremeció.

—Dresden —dijo en voz baja—. Este cruce conduce a Arctis Tor.

Mi estómago dio otro vuelco.

—Oh, mierda.

Con el rabillo del ojo vi a Thomas mirarme con una ceja enarcada.

—¿Mierda? —preguntó Murphy—. ¿Por qué? ¿Qué es ese lugar?

Respiré hondo.

—Es el corazón de Invierno. Es como... —Sacudí la cabeza—. Piensa en una mezcla de la Torre de Londres, la Fortaleza de la Soledad, Fort Knox y Alcatraz formando una gran y divertida bola. Es la capital de Mab. Su fortaleza. —Miré a Lily—. Si lo que he leído es correcto, claro. Nunca he estado allí.

—Tus fuentes estaban en lo cierto, Harry —me confirmó Lily. Su postura parecía remota, tensa—. Esto va a limitar severamente la ayuda que pueda ofrecer.

—¿Por qué? —pregunté.

Lily me miró intensamente durante unos segundos.

—Mi poder reaccionará de manera violenta al de Mab. Puedo abrir un paso a Arctis Tor, pero mantenerlo abierto hasta vuestro regreso requerirá de toda mi fuerza. Además, mientras mantenga abierto el paso se corre el riesgo de dejar entrar en Chicago a criaturas de Invierno, lo que significa que Fix debe quedarse aquí para guardar el portal. No puedo dejarlo ir con vosotros con la conciencia tranquila.

Contemplé preocupado los colores que fluctuaban en la pantalla.

—Entonces, una vez dentro, nos quedamos solos.

—Sí.

Guay. Sin el poder de Lily y Fix para contrarrestar al de los seres de Invierno en Arctis Tor nuestras posibilidades de éxito se reducían de manera sensible. Yo esperaba tener que atacar a un trío solitario de hadas escondidas en una cueva o bajo un puente o algo parecido. No pensaba que tendría que irrumpir en la Bastilla.

Mis ojos se toparon durante un momento con los de Charity.

Volví mi atención a las luces danzantes de la pantalla y les dije a los otros:

—Las cosas se han puesto mucho peor. Yo voy a ir. Ninguno de vosotros tiene que venir conmigo. No espero que...

Antes de que acabara de hablar, Charity, Murphy y Thomas se pusieron a mi lado.



Un acceso de calidez, alegría, orgullo y gratitud me recorrió el cuerpo como un relámpago. No importa qué ADN se recombine con el de quién. Cuando todo se va al infierno, las personas que se quedan a tu lado sin dudarlo... ellos son tu familia.

Y mis héroes.

Hice un gesto de cabeza hacia Lily. La señora del Verano cerró los ojos y los colores de la pantalla se volvieron más brillantes, más lúcidos. El frío también aumentó.

—De acuerdo —dije—. Poned todos una mano en mi hombro. —Agarré con más fuerza mi bastón de mago y murmuré—: Segundo asalto.

## Capítulo 36

Cada vez que se abría un camino al Más Allá, era más o menos lo mismo, un desigual corte vertical en el aire que dejaba entrar las vistas, sonidos y aromas del mundo al otro lado. La longitud del corte dependía del tiempo que se quería mantener abierto. En los últimos años había escuchado comentarios de magos de mayor experiencia que sugerían que me quedaba mucho por aprender en la materia.

Cuando Lily abrió el paso a Arctis Tor entendí por qué. La luz y el color cambiaron en la pantalla, su flujo se aceleró y los tonos se volvieron más profundos. Al principio no pasó nada, la pantalla de cine era una simple superficie. Entonces se me erizó el vello de la nuca y un viento frío me azotó el rostro trayendo consigo la seca y estéril esencia del invierno procedente de las altas e inhóspitas montañas. También escuché el alto y solitario grito de una bestia salvaje que no se parecía a nada del mundo real.

Un profundo azul dominaba ahora los colores de la pantalla y un momento después se convirtió en la forma de unas montañas que ascendían hacia la luz de una luna plateada y de una enormidad imposible. Eran unos picos de piedra infames y desolados, envueltos de niebla y cubiertos de hielo y nieve. El viento gemía y soplaba cristales de hielo sobre nuestros rostros y luego se hundía en una calma temporal.

La nieve se despejó lo bastante para concederme mi primera visión de Arctis Tor.

El castillo de Mab era una fortaleza de hielo negro, un enorme y sombrío cubo en lo alto de la falda de la montaña más elevada a la vista. Una única y elegante torre se alzaba sobre el resto de la estructura. Brillos de energía verde y amatista jugueteaban con el hielo de las paredes. Era difícil hacer una suposición cierta sobre el tamaño de aquel lugar. Los muros y empalizadas estaban alineados como carámbanos invertidos.

Me recordaron a las mandíbulas abiertas de un depredador hambriento. Una única puerta, pequeña en comparación con el resto de la fortaleza, permanecía abierta.

Demonios. ¿Cómo diantres se supone que íbamos a entrar ahí? Fue casi un alivio cuando el viento se levantó de nuevo y la nieve cubrió la visión de la fortaleza.

Fue solo entonces cuando me di cuenta de que el paso estaba abierto. Lily había desempeñado la operación con tal suavidad que no fui consciente de la transición a las imágenes reales. En comparación, mis habilidades para abrir pasos al Más Allá eran tan avanzadas como las capacidades pictóricas de un gorila algo dotado.

Miré detrás de mí, hacia Lily. Me dedicó una pequeña sonrisa y me hizo un gesto con una mano. Una de las fieras mariposas que revoloteaban a su alrededor alteró su curso y vino hacia mí.

—Esto es lo que puedo hacer por vosotros —murmuró—. Os guiará por la tempestad y os protegerá del frío hasta que volváis aquí. No te retrases, mago. No sé cuánto tiempo podré mantener abierto el paso para tu regreso.

Asentí.

—Gracias, Lily.

Esta vez su sonrisa era más cálida, similar a la de la chica que fue antes de convertirse en la señora del Verano.

—Buena suerte, Harry.

Fix respiró hondo y luego dio un brinco hacia la base de la pantalla de cine. Se volvió para ofrecerme una mano. La acepté, contemplé un momento las tierras baldías y heladas y di un paso al frente, dentro de lo que era antes la pantalla.

Me vi cubierto de nieve hasta las rodillas y el aullante viento me hizo cerrar los ojos casi por completo. Debería estar muerto de frío, pero fuera cual fuera el encantamiento que utilizaba la brillante mariposa de Lily, parecía efectivo. El aire era casi tan cálido como una pista de esquí el último día de la temporada.

Thomas, Murphy y Charity aparecieron desde una luz trémula en el aire y Fix los siguió un segundo después.

—Eh, Fix —dije. Tuve que levantar la voz para que se me oyera por encima del viento—. Pensé que no venías.

El caballero del Verano sacudió la cabeza.

—No. Pero desde aquí será más fácil detener a lo que venga de este lado —dijo. Nos miró y nos preguntó—: Traéis bastante hierro, ¿verdad?

—Estamos a punto de averiguarlo.

—Dios mío. Vas a enfadar mucho a Mab por traer hierro aquí.

—Iba a enfadarse de todas maneras —le aseguré.

Asintió, luego miró la abertura y frunció el ceño.

—Harry —dijo—. Hay algo que deberías saber antes de entrar.

Enarqué una ceja y escuché.

—Acabamos de enterarnos por boca de nuestros espías que hay una batalla en curso. Los Rojos han encontrado uno de los cuarteles generales de los Venatori Umbrorum.

—¿Quién es? —preguntó Charity.

—Es una organización secreta —le dije—. Como los masones, pero con ametralladoras.

—Los venatori han hecho un llamamiento de ayuda —continuó Fix—. El Consejo ha respondido.

Me mordí el labio inferior.

—¿Sabes dónde?

—Oregón, a un par de horas de Seattle —dijo.

—¿Es muy grave?

—De momento es pronto para saberlo. Pero no es poca cosa. Los Rojos han enturbiado con su brujería varios de los senderos del Consejo hacia el Más Allá.

Muchos de los centinelas se han perdido por el camino.

—Maldita sea —murmuré—. ¿No hay nada que pueda hacer Verano para ayudar? Fix hizo una mueca y meneó la cabeza.

—De la forma que las fuerzas de Mab están dispuestas, no. Si sacamos nuestras fuerzas de Verano para ayudar al Consejo nos debilitaremos. Invierno atacará. —Miró hacia la sombría fortaleza, solo visible cuando la tempestad de nieve lo permitía, y negó con la cabeza—. La mentalidad del Consejo es muy defensiva, Harry. Si siguen sentados y reaccionando ante los enemigos en lugar de hacer que los Rojos reaccionen ante ellos, perderán la guerra.

Gruñí.

—Clausewiz estaría de acuerdo. Sin embargo, no creo que el merlín sepa de Clausewiz. Y el final de esto parece lejano. No nos borres de la ecuación tan rápido.

—Tal vez —dijo, pero su voz carecía de confianza—. Ojalá pudiera hacer más, pero será mejor que os pongáis en marcha. Yo vigilaré el portal mientras tanto.

Le ofrecí mi mano y él la estrechó.

—Ten cuidado —dije.

—Buena caza —respondió.

Miré a mis tres acompañantes.

—¿Listos? —exclamé.

Lo estaban. Seguimos a la mariposa ardiente a través de la nieve. Sin la protección que nos brindaba contra los elementos dudo que lo hubiéramos conseguido. Escribí la nota mental de traer suficiente material para protegerme del frío la próxima vez; solo en el caso de que sobreviviera a aquella locura y estuviera tan chiflado como para regresar a aquel lugar en otra ocasión. Incluso con la protección de la magia de Verano se trataba de un largo paseo por territorio hostil. Había pasado por cosas peores, tanto con Justin DuMorne como con Ebenezer, y hay momentos en los que tener las piernas largas es una ventaja real en un terreno duro. Charity también parecía ir bien, pero Thomas nunca fue un amante de la naturaleza y la altura de Murphy suponía una desventaja para ella que se acrecentaba con el desacostumbrado peso de la armadura y el armamento.

Intercambié una mirada con Charity. Me encargué de echarle una mano a Thomas en las zonas más escarpadas de la subida y ella hizo lo propio con Murphy. Al principio pensé que esta rechazaría la ayuda para no sentirse herida en su orgullo, sin embargo, hizo una mueca y se forzó a aceptar el brazo de Charity.

Los últimos doscientos metros eran completamente a campo abierto, sin árboles ni ondulaciones del terreno que protegieran nuestra aproximación a los muros de la fortaleza. Alcé una mano para detener la marcha al borde del último montículo de piedras que nos protegía de la vista. La mariposa de Lily circundaba errática mi cabeza, los copos de nieve se tornaban vapor cuando los tocaba.

Eché una larga mirada a Arctis Tor desde un pedrusco congelado y luego retrocedí sobre mis pasos.

—No veo a nadie —dije tratando de mantener el tono bajo.

—No tiene sentido —dijo Thomas. Estaba boqueando y temblando ligeramente, a pesar de la magia de Lily—. Creía que esto era el cuartel general de Mab. El lugar parece desierto.

—Tiene todo el sentido del mundo —dije—. Las fuerzas de Invierno están desplegadas para atacar a Verano. No haces semejante cosa en el corazón de tu territorio. Te reúnes en puntos específicos de la frontera con el enemigo. Si tenemos suerte, tal vez estemos ante un asentamiento reducido.

Murphy se asomó entre las piedras para echar un vistazo.

—La puerta está abierta. No veo guardias. —Frunció el ceño—. Hay... hay algo en el campo abierto entre aquí y allí. ¿Lo ves?

Me incorporé cerca de ella y miré. Unas sombras vagas se agitaban en el viento entre nosotros y la fortaleza, formas tan insustanciales como cualquier sombra.

—Oh —dije—. Es un espejismo. Una ilusión que rodea al lugar. Probablemente se trate de un laberinto de setos.

—¿Y eso engaña a la gente? —me preguntó con incertidumbre.

—Engaña a la gente que no tiene un ungüento molón de mago en los ojos —dije. Luego fruncí el ceño y dije—: Espera un minuto. No es que la puerta no esté abierta, es que no está.

—¿Qué? —preguntó Charity. Sacó la cabeza para mirar—. Hay una parte de hielo roto en el terreno alrededor de la puerta. ¿Un rastrillo? Es decir, una reja levadiza.

—Podría ser —convine al tiempo que entornaba los ojos—. Creo que veo algunas piezas más pesadas dentro. Como si alguien hubiera roto el rastrillo y empujado la puerta. —Respiré hondo, sintiendo una histérica risita que luchaba por salir de mi garganta—. Algo sopló y sopló y la casa voló. La casa de Mab.

El viento aulló en las montañas heladas.

—Bueno —dijo Thomas—. Esto no puede ser bueno.

Charity se mordió el labio.

—Molly.

—Pensé que dijiste que Mab era todopoderosa o algo así, Harry —dijo Murphy.

—Lo es —dije frunciendo el ceño.

—¿Entonces quién es el gran lobo feroz?

—Yo... —Meneé la cabeza y me froté la boca con las manos—. Estoy empezando a pensar que no tengo ni idea de qué va esto.

Thomas soltó una breve carcajada con una leve nota de histeria en ella. Le dio la espalda a la fortaleza y se sentó riéndose.

Lo miré con rencor.

—No tiene gracia.

—A mí me lo parece —dijo Thomas—. Me refiero a que a veces eres un poco espeso. ¿Ahora te das cuenta de esto, Harry?

Lo seguí mirando con rencor.

—Para responder a tu pregunta, Murph, no sé quién hizo esto, pero la lista de gente con capacidad para hacerlo es bastante corta. El Consejo de Veteranos tal vez podría, siempre que contara con el respaldo de los centinelas, pero están ocupados y tendrían que luchar en una campaña para llegar tan lejos. Quizás también los vampiros, trabajando juntos, pero no cuadra. No lo sé. Tal vez Mab enfadase a algún dios o algo así.

—Solo hay un Dios —dijo Charity.

Agité una mano en el aire.

—Sin mayúscula, Charity, en deferencia hacia tus creencias. Hay seres que no son el Todopoderoso que poseen un poder mucho mayor que cualquier cosa que camina por el planeta.

—¿Cómo quiénes? —preguntó Murphy.

—Las viejas deidades griegas, romanas y nórdicas. Muchas divinidades amerindias y seres tribales africanos. Unos pocos dioses aborígenes australianos, otros de Polinesia, en el sur de Asia. Un trillón de dioses hindúes... pero todos llevan dormitando desde hace siglos. —Miré con hosquedad la fortaleza de Arctis Tor—. Y no se me ocurre nada que pudiera haber hecho Mab para ganarse su enemistad. Ha evitado hacerlo durante miles de años.

*A menos, por supuesto, pensé para mis adentros, que Maeve y Lily estén en lo cierto y se haya vuelto loca de verdad.*

—Dresden —dijo Charity—. Esto no tiene más ciencia. O entramos o nos vamos. Ahora.

Me mordí el labio y asentí. Entonces saqué de mi bolsillo el pequeño frasco de sangre que me había proporcionado Charity y busqué entre las rocas un espacio lo bastante despejado para trazar un círculo con tiza. Le infundí poder e invoqué uno de mis habituales hechizos de seguimiento, que produjo a su vez una sensación de calor en mis sentidos. Considerando la temperatura que hacía, cualquier cosa que espantara aquel frío seco me venía bien.

Rompí el círculo, liberé el hechizo, e inmediatamente sentí un cosquilleo cálido en mi mejilla izquierda. Me giré para encararlo y me encontré mirando directamente a Arctis Tor. Caminé cincuenta o sesenta metros a un lado, y me enfrenté de nuevo a la calidez, trazando una tosca triangulación.

—Está viva —le dije a Charity—, si no el hechizo no hubiera funcionado. Está dentro. Vamos.

—Espere —dijo Charity. Me miró incómoda—. ¿Puedo decir primero una breve

oración por nosotros?

—No va a hacer daño —dije—. Aceptaré toda la ayuda que se me presente.

Bajó la cabeza y dijo:

—Señor de las huestes, por favor ponte a nuestro lado contra esta oscuridad. —La tranquila energía y la sólida base de la verdadera fe me conmovieron. Charity se santiguó—. Amén.

Murphy repitió el gesto y el amén. Thomas y yo tratamos de parecer teológicamente invisibles. Entonces, sin decir nada más, rodeé el refugio de piedra helada y comencé una carrera rápida y constante. Los otros me siguieron.

Pasé junto a los primeros huesos a cincuenta metros de los muros. Yacían aplastados y retorcidos en la nieve, helados; parecían una macabra estampa de Escher. Los huesos eran vagamente humanos, aunque no podía estar seguro del todo porque estaban pulverizados en algunas zonas y deformados como cera derretida en otras. Aquel solo fue el primero de los muchos hallazgos espeluznantes de aquella jornada. Al seguir adelante, unos huesos frágiles y congelados crujieron bajo mis botas a medida que me acercaba a Arctis Tor, amontonados y numerosos, horribles y retorcidos. Para cuando llegamos a la puerta ya estaba hasta la pantorrilla de huesos helados. Se extendían a ambos lados de un enorme círculo de horribles restos cuyo centro era la puerta. Fueran quienes fueran, muchos de la misma especie habían muerto aquí.

La suposición de Charity sobre el rastrillo había dado en el clavo. Los pedazos estaban desperdigados por allí, entre los huesos. Donde la puerta se arqueaba bajo los muros de la fortaleza había todavía más huesos, tantos que me llegaban hasta la cintura, y placas de esculpido hielo negro procedentes de los restos de la puerta sobresalían en ángulos extraños. Los muros de Arctis Tor habían sido agujereados con lo que no tenía otro remedio que tratarse de algún tipo de ácido. Había grandes gubias desprendidas de los muros aquí y allá, pero considerando la estructura monolítica de la construcción, apenas eran picaduras de mosquito.

Seguí hasta la puerta, abriéndome camino entre los huesos. Una vez allí, percibí el ligero halo de algo familiar. Me acerqué a uno de los cráteres junto al muro y husmeé.

—¿Qué es? —me preguntó Thomas.

—Azufre —dije en voz baja—. Fuego del infierno.

—¿Qué significa eso? —me preguntó.

—No hay forma de saberlo —dije. Era una mentira a medias. Mi intuición me indicaba claramente lo que había pasado aquí. Alguien había lanzado fuego infernal contra los muros de Arctis Tor. Lo que significaba que literalmente las fuerzas del infierno, o sus agentes, tenían un papel en los acontecimientos.

Aquello se ponía muy, muy, muy lejos de mi comprensión.

Me dije que no importaba. Había una joven dentro de ese campo de huesos que moriría si no la sacaba de aquella pesadilla. Si no controlaba mis sentimientos, existía la enorme posibilidad de que advirtiera a sus captores de mi llegada. Así que luché contra el miedo que amenazaba con hacerme vomitar o algo igualmente humillante o fatal.

Preparé mi escudo, me aferré a mi bastón, apreté los dientes y continué mi camino a través de los huesos y hacia la inquietante penumbra del lugar más ridículamente peligroso en el que había estado jamás.



## Capítulo 37

Los muros de hielo negro de Arctis Tor tenían un grosor de veinte metros y cruzar aquella puerta era como internarse en un túnel ferroviario.

Salvo por los huesos.

Cada respiración, cada paso y el roce de cada hueso contra otro se multiplicaban en mil ecos que casi parecían aumentar de volumen en lugar de desaparecer. El montón de huesos ganaba altura y me obligaba a andar sobre ellos como podía. El paso era delicado. Los reflejos luminiscentes de tonos verdes, violetas y ocasionalmente rojos o verdes no lograban iluminar el camino, sino que solo alteraban las sombras de manera sutil, degradando mi percepción de la profundidad. Comencé a sentirme algo mareado.

Si uno de los traedores apareciera desde el otro extremo del túnel y me atacara, las cosas se pondrían feas enseguida, sobre todo teniendo en cuenta lo poco efectiva que había sido mi magia contra ellos y cómo habían disminuido los huesos mi ritmo. Aquello daba algo de miedo. Me era difícil controlarme para no acabar lanzándome hacia delante impulsado por el pavor. Mantuve un ritmo constante y me negué a permitir que el miedo me controlara.

Llevaba un par de años escondiendo mis pensamientos de Lasciel. Maldita fuera mi estampa si le concediera a una banda de monstruos asesinos de las hadas la oportunidad de acercarse a mis emociones.

Miré a mi espalda. Charity estaba teniendo problemas para desenvolverse en la extraña tarea de avanzar entre los huesos a la vez que vestía la armadura y sostenía aquel gran martillo de guerra; sin embargo, lo iba consiguiendo a base de concentración y determinación. Tras ella, a Murphy parecía costarle bastante menos. Thomas se abría camino detrás de ambas, con la gracia de una pantera en un árbol. Salimos al patio. El interior de la fortaleza era desolador, frío y precioso en cuanto a su simple simetría. Las habitaciones y cámaras o no llegaron a construirse nunca o estaban dentro de sus muros y sus entradas escondidas. Unas escaleras conducían a las almenas sobre los muros. El patio era simple, liso, de hielo negro, y en su centro se alzaba una única torre redonda rematada en un parapeto almenado que dominaba los muros y el terreno de debajo.

El patio también albergaba un aura de tranquilidad y calma, como si no fuera un lugar indicado para seres vivos, móviles y cambiantes. El aullido del viento, fuera y sobre nuestras cabezas, no llegaba al suelo. Era tan silencioso como la tumba de un bibliotecario y cada paso sonaba claramente en el hielo. Los ecos rebotaban aquí y allá en el patio, portando de alguna forma un tono de desaprobación y amenaza en ellos.

Los huesos se derramaban como una ola de mar desde la puerta, disminuyendo de

densidad a los pocos metros. Tras la puerta solo había montones dispersos. Thomas se acercó a uno y metió su sable desenvainado. La hoja tocó una calavera demasiado grande para caber en un barril de aceite, demasiado pesada y gruesa para parecer completamente humana.

—¿Qué demonios era esto? —preguntó Thomas en voz baja.

—Un troll, probablemente —dije—. Uno grande, tal vez de cuatro metros de alto. —Miré a mi alrededor. Otra media docena de calaveras yacía en la colección de restos. Otras seis habían caído muy cerca unas de otras, en la base de la torre.

—Dame un segundo. Quiero saber lo que estamos viendo antes de seguir adelante.

Charity parecía a punto de discutir, pero en lugar de hacerlo tomó posición a unos pocos metros, mirando hacia un lado. Thomas y Murphy se dispersaron, cada uno vigilando en una dirección.

Había trozos de hielo negro mezclados con los huesos de los trolls caídos y aquel conjunto bien podría ser un puzle de armaduras y armas. Cada fragmento poseía restos de grabados de oro y plata y diminutas joyas azules. Artesanía de las hadas. Y de la buena.

—Hay trece. Los trolls eran de Mab —murmuré—. Vi a algunos de ellos vestidos así hace un par de años.

—¿Cuánto tiempo llevan muertos? —preguntó Murphy.

Gruñí y me agaché. Extendí mi mano izquierda sobre los huesos y cerré los ojos para centrar mi atención en aguzar mis sentidos, tanto mundanos como mágicos. Muy vagamente, pude sentir la intensa peste de la bestia. Solo había visto a un par de los trolls grandes de cerca, por eso sabía que podía olerse a aquellos feos bastardos a un kilómetro de distancia. Era un olor a podrido, no a carne pasada. Y también olía a azufre.

Sentí también temblores en el aire sobre el lugar: los residuos psíquicos de la muerte violenta del troll. Había una sensación de excitación, rabia y luego un terror extraño y rara vez sentido antes por la criatura, seguido de una sucesión de imágenes congeladas de muerte violenta, confusión, pánico y una agonía ardiente.

Por puro reflejo, mi mano se encogió para apartarse de la fantasmal sensación, y durante un momento los recuerdos de mis quemaduras adquirieron una forma tangible. Siseé como una serpiente y me apreté la mano contra el estómago, deseando que el demasiado real espectro de dolor se marchara.

—¿Harry? —me llamó Murphy.

¿Qué demonios? La impresión dejada por la muerte era tan intensa, tan grave, que me había quedado con parte de los recuerdos del troll. Nunca me había pasado antes. Claro está que nunca había intentado recoger vibraciones en el Más Allá. Tenía sentido que la sustancia del propio mundo espiritual dejara una impresión espiritual

más clara.

—¿Harry? —repitió Murphy con más empeño.

—Estoy bien —dije con los dientes apretados. La impronta había sido más clara que nada que hubiera sentido en el mundo real. De ser en Chicago hubiera pensado que tenía unos pocos segundos de antigüedad. Aquí...

—No sé de cuándo son —dije—. Mis tripas me dicen que de no hace mucho, pero no puedo estar seguro.

—Deben de tener semanas —dijo Thomas—. Los huesos tardan ese tiempo en quedarse tan limpios.

—Todo es relativo —dije—. El tiempo puede pasar a diferentes escalas en el reino de las hadas. Estos huesos podrían haber caído hace mil años, según el reloj local. O hace veinte minutos.

Thomas dijo algo por lo bajo y meneó la cabeza.

—¿Qué los mató, Harry? —preguntó Murphy.

—Fuego. Ardieron hasta morir —dije en voz baja—. Hasta los huesos.

—¿Puedes hacer tú eso? —preguntó Thomas.

Sacudí la cabeza.

—No puedo hacer un fuego tan caliente. En el corazón de Invierno no. —Ni siquiera con fuego infernal, y allí yacían desperdigados los restos de al menos un millar de criaturas. Había asado a un puñado de vampiros, y tal vez a algunas de sus víctimas junto a ellos, pero ni siquiera aquel infierno era comparable en su décima parte a lo que sufrieron los defensores caídos de Arctis Tor.

—¿Entonces quién lo hizo? —preguntó Charity.

No tenía una respuesta para aquello. Me levanté y toqué con la punta de mi bastón una calavera pequeña.

—Los pequeños eran trastos —dije—. Soldados de a pie. —Volteé un fémur de troll con el bastón. Una enorme espada, también de ese mismo hielo negro, yacía destrozada debajo—. Estos trolls eran su guardia personal. —Hice un gesto hacia la puerta—. Tal vez cubrían su retirada de la torre. Algunos de ellos cayeron por el camino. Los otros aguantaron en la base de la torre. Perekieron allí.

Caminé en círculos para comprobar el hechizo de seguimiento y lo triangulé de nuevo.

—Molly está en la torre —murmuré.

—¿Cómo entramos? —preguntó Murphy.

Contemplé la alta pared lisa.

—Eh... —dije.

Charity giró la cabeza y señaló la torre con ella.

—Mire detrás de esos trolls. Si estaban cubriendo una retirada, debían de estar cerca de la entrada.

—Tal vez —dije. Me acerqué a la torre y miré preocupado el hielo negro. Recorrí la superficie con la mano derecha para buscar grietas o una puerta oculta, activando mis sentidos para descubrir cualquier magia que pudiera esconder una puerta. De repente, me dio la impresión de que el hielo negro y los colores palpitantes del interior estaban vivos de alguna manera, que eran conscientes de mi presencia. Y no les gustaba en absoluto. Capté la sensación de un odio ajeno, frío y paciente. Aparte de eso no logré nada que no fuera congelarme los dedos.

—Nada por aquí —dije golpeando con los nudillos el lado de la torre y logrando el rebote sordo del sonido de un objeto muy sólido—. Tal vez los trolls solo querían combatir teniendo algo sólido a sus espaldas. Puede que tenga que rodearlo entero para buscar una...

Sin previo aviso, el hielo de la torre se dividió, apareció un arco de entrada y la pared que lo había escondido cayó hacia dentro. El interior de la torre era todo sombras y luces que cambiaban lentamente y hacían poco para proporcionar algo de iluminación. Dentro no había nada, salvo unas escaleras en espiral que subían sinuosas en el sentido contrario al de las agujas del reloj.

Contemplé la puerta arqueada y luego mis dedos helados.

—La próxima vez llamaré y ya está.

—Vamos —dijo Charity. Se cambió de hombro el martillo, ahora lo llevaba como en un desfile militar, con el agarre paralelo a la columna y la pesada cabeza preparada para descender—. Tenemos que apresurarnos.

Thomas y Murphy se volvieron para unirse a nosotros en la puerta.

Una vaga y confusa sensación de familiaridad dio paso a una furiosa advertencia de mis instintos. Los traedores eran maestros de la sorpresa. Como el traedor Bucky que saltó sobre nosotros cuando abrimos las puertas del cine, sabían posicionarse para atacar a sus enemigos cuando estos concentraran su atención en cualquier clase de distracción.

La puerta que se acababa de abrir de repente era una de esas distracciones.

Los montones de huesos del patio comenzaron a agitarse y los traedores se precipitaron hacia nosotros desde debajo de ellos. No eran ni tres ni cuatro, había docenas.

Aquí en el reino de las hadas los traedores no eran monstruos de película. Su verdadera forma era vagamente humanoide, de paso vacilante, tan negra como las sombras de la medianoche salvo por unos fantasmales ojos blancos. Vi otras figuras a su alrededor. Una se parecía a otro de aquellos monstruos alienígenas, translúcida y vaga. Había un bípedo similar a un lobo y un hombre enorme con la cabeza de un jabalí. Pero el ungüento que me había puesto sobre los ojos revelaba lo que aquellas ilusiones eran realmente y me mostraba a la cosa detrás de la máscara.

Mi magia tenía un promedio de bateo arriesgado contra aquellas criaturas, pero

aún podía hacer otra cosa que no fuera lanzar energía directamente a los enemigos. Fuego infernal acudió a mi llamada, y las runas de mi bastón se iluminaron tan brillantemente como una bengala de magnesio. Su llama iluminó el patio oscurecido por la noche sin dañar ropa ni carne. Mi voluntad y el fuego infernal rugieron a través de mí como un torrente cuando volteé mi bastón formando un círculo sobre mi cabeza.

—¡*Veritas cyclis!* —grité.

Los vientos huracanados tronaron en el silencioso patio como si hubiera arrancado un techo invisible. Se reunieron en mi bastón giratorio, aleteando con la compañía de un rayo del mismo color que las runas ardientes del bastón. Grité y arrojé los vientos, no a los traedores que venían hacia nosotros, sino a los miles de huesos que se extendían entre ellos y yo.

El viento los levantó con un aullido. Un ciclón repentino de huesos rotos y armaduras resquebrajadas giró en un remolino. Los primeros traedores no pudieron evitar sumergirse en la nube y el tornado osificado los destrozó, machacando a todos los que no eran cortados por los bordes y puntas de hueso y fragmentos rotos de hielo. Los traedores de detrás patinaron hasta detenerse, dejando escapar un sorprendentemente fuerte coro de silbidos y de sonidos llenos de rabia.

Thomas gritó y oí unos sonoros pasos. Otro traedor más grande que los anteriores llegó desde el otro lado del muro de la torre. La imagen fantasmal del segador giraba a su alrededor. Un momento más tarde otro igual de grande nos atacó desde la dirección opuesta, este bajo la débil imagen de Manomartillo, una figura de negro casi obscenamente musculada con pesados mazos que sobresalían de los extremos de sus mangas.

—¡A la torre! —grité.

El segador llegó hasta Thomas y levantó un brazo de brillantes garras negras, su verdadera forma superponiéndose a la ilusión de la característica guadaña del segador. Thomas recibió las garras del segador con su sable, pero en vez del sonido de acero contra acero se produjo un destello de luz verde y blanca y el traedor aulló de dolor cuando la hoja separó las garras limpiamente de su apéndice.

Thomas se agachó, girando las caderas y los hombros en un poderoso movimiento uno-dos. La hoja del sable cortó y quemó una equis en el abdomen del traedor. La criatura rugió de dolor y un fuego líquido verde y blanco brotó de la herida. El traedor extendió el otro brazo con tal velocidad que cogió a Thomas por sorpresa. Aunque esquivó la mayor parte de la potencia del golpe, este lo lanzó contra un lateral de la torre.

Oí un disparo detrás de mí, luego otro.

—¡Maldita sea! —gruñó Murphy. Me volví a tiempo para ver su melena revolotear en el aire de un lado a otro justo cuando Manomartillo le lanzó su brazo

acabado en mazo. El golpe se estrelló en el suelo del patio con un impacto tan fuerte como un disparo de rifle. Murphy danzó para acercarse al traedor, dentro del alcance de sus torpes manos. Bajó una hacia ella. Al principio pensé que Murphy estaba apartando la mano, pero luego se agarró al traedor y acompañó el movimiento añadiendo su propio peso y fuerza a la del traedor y reorientó la fuerza del golpe para que el monstruo se aplastara su propio pie. El traedor rugió de dolor y perdió el equilibrio. Murphy lo empujó hacia atrás y este cayó. Saltó sobre él y marchó hacia la entrada de la torre mientras yo tiraba de Thomas para meterlo también dentro.

Oí un grito horrible procedente de las escaleras.

Molly.

Charity soltó un grito similar y subió como un cohete.

—¡No! —exclamé—. ¡Charity, espera!

El camino de entrada se ensombreció cuando un traedor intentó entrar. Murphy, con la espalda apoyada en la pared junto a la puerta, levantó la daga de combate que había cogido de la caja de Charity. En cuanto la nariz de la criatura cruzó la puerta giró en semicírculo y con todo el poder de sus piernas, caderas, espalda y hombros metió la daga hasta la empuñadura en uno de los ojos blancos de la cosa.

El traedor se volvió loco de dolor. Se golpeó contra el umbral de la puerta al tiempo que el fuego salía de la herida y se tambaleó adelante y atrás hasta que Thomas se lo encontró, alzó una bota y le dio una fuerte patada que envió al hada mortalmente herida de vuelta al patio.

—¡Vamos! —gritó. Otro enemigo comenzaba a acercarse y Thomas hizo uso de su espada. Sus mandobles provocaron más heridas hirvientes en el traedor, la sangre saltaba como aceite de una sartén cuando el monstruo tocaba el frío hierro de la hoja. Thomas evitó un golpe de su enemigo y volvió a atacar con una mueca, alejando a la cosa de la puerta.

—¡Vamos! —volvió a gritar—. ¡Yo aguanto la puerta!

Algo parecido a una serpiente se lanzó como un latigazo al tobillo de Thomas y tiró de su pie. Lo agarré para evitar que lo arrastrara.

—¡Murph!

Murphy entró en escena, apuntó su pistola hacia la puerta y descerrajó varios disparos. Un traedor gritó de dolor y de repente la pierna de Thomas volvió a quedar libre. Lo arrastré dentro hasta que logró ponerse de pie.

—Nosotros aguantaremos la puerta —dijo Murphy en tono perentorio—. ¡Traed a la chica!

Molly volvió a gritar.

Las botas de Charity sonaban invisibles en las escaleras encima de mí.

Escupí una maldición y corrí tras ella.

## Capítulo 38

La tenue y mortecina luz de las paredes de las escaleras en espiral se arremolinaba ante mis ojos de manera muy desagradable, añadiendo náuseas y desorientación a mi sensación de movimiento. Debajo de mí oía la risa fuerte y burlona de Thomas mientras luchaba, junto con el ocasional disparo del arma de Murphy. Mi cuerpo dolorido me odiaba por obligarlo a subir las escaleras, especialmente las rodillas. Cualquier persona de mi tamaño era propensa a este tipo de cosas.

Pero no había nada que hacer al respecto, así que ignoré el dolor y continué. La mariposa de fuego de Lily mantenía mi ritmo y me iluminaba.

Tenía las piernas más largas que Charity y la alcancé cuando se acercaba a la parte superior de la escalera. Molly volvió a gritar. Transmitía puro terror, angustia y dolor. Sonaba muy cerca.

—¡Ya voy, nena! —exclamó su madre, jadeando. Estaba en muy buena forma, pero ningún programa de ejercicios incluye correr varias decenas de metros de escaleras de caracol con una armadura completa y un casco, además de un gran martillo y una espada. Sus piernas aminoraron el ritmo y se tambaleó un poco cuando llegó a la cima de la escalera y se encontró en una sala baja y pequeña que conducía a otro arco abierto. La luz fría de la noche de invierno, la de la luna en la nieve, brillaba a través de aquella entrada.

Me las arreglé para engancharla del brazo y detener su avance en el momento que una pesada puerta se cerró con tal fuerza que me castañetearon los dientes. Si no la hubiera detenido, la puerta la habría golpeado como un camión a toda velocidad. Recuperé el equilibrio y, mientras lo hacía, oímos el movimiento de un pesado cerrojo en la puerta. Charity la empujó con una mano sin conseguir moverla. Le dio una patada con sus gruesas botas y ni siquiera logró que vibrara un poco.

La chica volvió a gritar a escasa distancia, aunque la puerta cerrada amortiguaba el sonido. Aquella vez su grito fue más débil, más corto.

—¡Molly! —gritó Charity.

Introduje los dedos extendidos de mi mano izquierda en la puerta y fui inmediatamente consciente de la energía que fluía a través de ella para sellarla y otorgarle una fuerza irracional que la mantenía cerrada. Busqué un punto débil en la magia que agarraba la puerta con firmeza pero no encontré ninguno. El sortilegio aplicado sobre ella era, simplemente, impecable. Se extendía a través de la materia de la puerta de la misma manera que los cristales de hielo que se forman en una ventana, fríos y hermosos. Se trataba de la magia de Invierno, elaborada a partir del corazón de la tierra. No había manera de que yo pudiera desentrañar el arte sutil y complejo de las hadas.

Por otra parte no dejaba de ser magia de hadas. No tenía que ser sutil para contrarrestarla.

—Charity —espeté—. ¡Es obra de las hadas! ¡El martillo!

Me lanzó una mirada de comprensión y asintió con la cabeza.

—Apártese de la puerta.

Me apresuré a echarme hacia atrás, dejando espacio para que pivotara.

—Por favor —susurró Charity al plantar los pies en el suelo y preparar el arma—. Por favor, Padre. Por favor.

Cerró los ojos y respiró hondo, concentrándose en dar el golpe más potente que podía en aquel confinado pasillo. Echó el arma de nuevo hacia atrás, al estilo de un palo de golf, gritó y la arqueó en el aire dando un paso adelante.

Tal vez Charity era mucho más entusiasta de lo que pensaba. Tal vez aquel sortilegio en particular tenía una debilidad especial hacia el hierro frío. Tal vez no tenía nada que ver con la magia y Charity había aprovechado de alguna manera la fuerza a disposición de todas las madres cuando sus crías están en peligro. Demonios, tal vez Dios estaba de su lado.

Fuera lo que fuera, aquella puerta de hielo, firme, malévola y obstinada, se quebró y se hizo añicos como una delicada pieza de cristal a causa del golpe de su martillo. Los pedazos que quedaron eran del tamaño de granos de arena. La torre entera reaccionó a la potencia del golpe; el hielo negro del que estaba hecha pareció gemir y soltar un grito. El suelo literalmente se sacudió y tuve que agacharme para evitar caerme de espaldas escaleras abajo.

Oí a Charity tragarse un grito de dolor. Había roto la puerta ante nosotros, pero los hechizos que la surcaban habían contrarrestado el golpe hacia el martillo, y este también se había roto. Un pedazo de metal le había penetrado en la cadera y se alojaba en uno de los anillos de su cota de malla. Brillaba al rojo vivo y ella se lo quitó frenéticamente. Otras piezas de metralla del martillo habían golpeado las paredes de la torre, quemando el hielo negro y enviando una red de grietas de luz verde y blanca a lo largo de las paredes que nos rodeaban, como una especie de extraña infección.

El hielo negro se derretía por obra del acero al rojo vivo. La torre resonó otra vez como una bestia inmensa y agonizante.

Charity dejó caer el mango del martillo. Pude ver que su brazo derecho le colgaba inerte e inútil, pero aquello no le impidió desenvainar torpemente la espada con la mano izquierda. Me coloqué a su lado con el bastón agarrado con ambas manos y salimos juntos al parapeto de la torre de Arctis Tor.

El parapeto era enorme, de una treintena de metros de ancho, el doble que la torre debajo de nosotros. Era un jardín convencional, un jardín helado.

El hielo que cubría el parapeto formaba de alguna manera árboles y flores



fantasmales. También había asientos de hielo aquí y allá. Una fuente congelada reinaba silenciosa en el centro, un hilo desnudo de agua se deslizaba desde la parte superior de una estatua tan cubierta de capas y capas de hielo que era difícil identificar sus detalles. Réplicas de rosales y sus espinas se repartían por el lugar, helados, fríos y hermosos.

Sobre la rama de un árbol se encaramaba un cardenal cuyo plumaje color rojo sangre era brillante a pesar de que el pájaro estaba inmóvil. Lo examiné un poco más de cerca y reparé en que estaba cubierto por una capa de hielo transparente. Era una escultura congelada, igual que el resto de aquel lugar. No muy lejos de él, entre algunas de las ramas de los árboles, se extendía una tela de araña. Su creadora estaba en el centro, también transformada en una escultura de hielo. Un vistazo rápido a mi alrededor me reveló otros seres encerrados en el hielo, y entonces me di cuenta de que aquel lugar no era un jardín.

Era una prisión.

Junto a la fuente estaba sentada una niña encantadora con un vestido bizantino y la mano entrelazada con la de un joven con un traje similar. No muy lejos de ellos, tres mujeres de los sidhe, la casta de Mab, la nobleza de las hadas, estaban espalda con espalda, con los hombros tocándose y formando un triángulo. Las tres bien podrían ser hermanas y cada uno de ellas tenía sus manos unidas a las de las otras. Las expresiones congeladas en sus rostros parecían decididas y asustadas.

La escultura de hielo de un árbol grueso de aspecto marchito sostenía a un hombre muerto y desnudo crucificado en sus ramas como una obra de arte grotesca. Unos nudos de hielo lo aguantaban allí y eran lo bastante transparentes para permitir ver la carne de sus manos y pies ennegrecidos, cuya oscuridad gangrenosa se extendía hacia arriba surcando las venas de brazos y piernas. El cabello le caía largo y sucio sobre el rostro del mismo modo que su cuerpo caía lánguido sobre sus ataduras, cubierto de capas de hielo cristalino.

Molly estaba sentada en la base de aquel mismo árbol. Su ropa ingeniosamente desgarrada había sido desgarrada de verdad y le colgaba en desgajados harapos. Su cabello color algodón de azúcar le caía en una masa inerte, despeinado y enredado. Se estremecía a causa del frío mientras sus ojos miraban a la nada. Su expresión parecía retorcida, como si estuviera haciendo un esfuerzo, y tenía la boca abierta. Necesité un minuto para darme cuenta de que no había dejado nunca de gritar. Se había dañado la garganta y ya no surgía ningún sonido de ella, pero aquello no le impedía intentarlo.

Charity hizo ademán de lanzarse hacia ella a toda prisa pero la detuve con una advertencia:

—Espere. No vamos a hacerle ningún bien si estamos muertos.

Apretó los dientes, pero me hizo caso y nos quedamos quietos un momento

mientras yo hacía un barrido visual del resto del parapeto. Un movimiento entre las sombras de detrás del árbol del crucificado llamó mi atención y eché mano al mango de mi vara, que sobresalía de mi mochila de nailon. Saqué la herramienta mágica y la preparé con un esfuerzo de voluntad. Un fuego rojo y blanco resplandeció de repente en la punta.

—Allí. Detrás del árbol —dije.

Una voz profunda dejó escapar una risa ronca.

A continuación, el espantapájaros apareció de entre la oscuridad.

Aquella cosa no era un traedor, no cambiaba de forma ni creaba una imagen o una ilusión. No era una máscara sombría sobre una forma amorfa ni ningún sortilegio alteraba su apariencia de tal modo que el ungüento me permitiera ver su verdadero ser. Era una criatura completa, independiente. A menos que fuera un traedor tan viejo y fuerte que pudiera transformarse de verdad en el espantapájaros, no solo en apariencia.

La llama roja brillaba en la cabeza de calabaza tallada. Sus miembros, largas e intrincadas vides tan gruesas como mi muñeca, estaban vestidos con harapos rasgados de color negro que más bien parecían un manto fúnebre que los desechos de un granjero. Sus largos brazos pendían casi hasta el suelo y uno de ellos se extendía hacia Molly. Al final del brazo, las vides se dividían en decenas de esbeltos y flexibles alambres y el espantapájaros los tenía envueltos alrededor de la garganta de la chica y los estaba deslizando entre sus cabellos.

Nos quedamos en silencio el uno frente al otro durante un tiempo. El viento gemía sobre nosotros en alguna parte, no muy por encima del parapeto. Los sonidos de silbidos y gritos de traedores sonaban apocados, como si estuvieran a una gran distancia. Thomas y Murphy continuaban defendiendo la puerta.

Di varios pasos hacia un lado y le brindé al espantapájaros una pequeña sonrisa.

—Hola —dije—, ¿quién demonios eres?

—Aquel que ha servido a la reina del Aire y la Oscuridad desde mucho antes de lo que los de tu clase puedan recordar —respondió—. El que ha destruido a cientos como tú.

—¿Sabes qué, capitán Kudzu? —pregunté—. No estoy aquí para jugar contigo a las adivinanzas. Entrégame a la chica.

El rostro de la extraña criatura se retorció en lo que podría ser una mueca divertida.

—Y si no lo hago, ¿qué sucedería?

No estaba del todo seguro de si la cosa estaba realmente citando a Shakespeare, pero aquello no significaba que yo no pudiera hacerlo.

—Una lucha sangrienta —me lancé a decir con mi mejor dicción shakesperiana—. Porque aun cuando escondierais a la chica, incluso en vuestro corazón, allí

rastrillaría en su busca.

Tal vez el espantapájaros no era un fanático de Shakespeare. La luz escarlata en sus ojos centelleó con rabia.

—Hombrecillo, si te acercas otro centímetro le aplastaré su tierno cuello.

—Una actitud desaconsejable —dije, y levanté mi vara a la altura del monstruo—. Porque ella es la única cosa que te mantiene ahora con vida.

—No te tengo miedo, mago —dijo el espantapájaros. La criatura entornó los ojos y los fijó en mí con una enorme intensidad. Tal vez estaba preparando las defensas que habían arruinado mis hechizos la primera vez que nos encontramos—. Invoca tu fuego, si es que crees que va a sobrevivir al corazón de Invierno. Te servirá de tan poco contra mí como la última vez.

—¿Crees que me presentaría al segundo asalto sin estar preparado para terminar lo que empecé? —le pregunté. Di un par de pasos laterales—. El Consejo está en camino —dije—. Estoy aquí para hacerte una oferta antes de que todo se derrumbe. Entrégame a la chica y dame tu palabra de que no te acercarás más a ella y te dejaré vivir.

El espantapájaros soltó una carcajada burlona.

—Disfrutaré matándote, mortal.

Di unos pocos pasos más y me afiancé en el suelo antes de alzar mi vara y mi bastón. El espantapájaros respondió a aquello agachándose. Sus ojos brillaban más si cabe.

Debía tener cuidado. Si lo asustaba demasiado, mataría a Molly antes de terminar conmigo.

—¿Sabes cuál es tu problema? —le pregunté.

Me miró un segundo sin comprender.

—¿Cuál?

Le mostré mis dientes en una sonrisa lobuna.

—Infravaloras a la gente.

Mientras yo llamaba la atención y atraía la mirada del espantapájaros, Charity había dado la vuelta para colocarse detrás de él, silenciosa como el humo. Alzó su espada y la bajó hacia el apéndice que sostenía a su hija. La hoja de acero siseó, resplandeció y surcó el aire seccionando la extremidad que agarraba a Molly.

El espantapájaros giró la cabeza con un repentino aullido de rabia. El cuerpo de Molly se agitó de puro pánico cuando el miembro cortado continuó apretándole la garganta. Levanté mi bastón y grité:

—¡*Forzare!*

Una fuerza invisible cogió a Molly con toda la suavidad que me fue posible y la hizo revolotear unos centímetros fuera del alcance de la criatura. Cuando la moví, su grueso brazo bajó justo hacia donde había estado la chica un momento antes.

El espantapájaros se giró para agarrar a Molly, pero Charity y su acero resplandeciente se interpusieron en su camino. Sus ojos eran duros y fríos como el hielo negro de Arctis Tor. Miró a la cosa fijamente.

—No vas a volver a tocar a mi hija —espetó.

La criatura rugió de furia y se abalanzó sobre la mujer. Agité en el aire mi vara.

—¡Fuego! —grité.

Una llama en forma de lanza, tan gruesa como mi muñeca, salió despedida de la punta de mi vara y murió a un metro de ella; la energía ardiente del golpe mágico fue tragada por un insondable océano de poder frío, muy frío. Tenía la esperanza de acertar el tiro si el espantapájaros estaba distraído, pero ya había decidido cuál sería el siguiente paso que daría.

Me metí la vara en el cinturón, apunté con el bastón a la tierra bajo los pies de la criatura y grité:

—¡*Forzare!*

Una fuerza invisible se desató y golpeó el hielo negro de debajo del espantapájaros como un rodillo. Levantó a la criatura cuatro metros en el aire dando vueltas. Unos pedazos de hielo mortales volaron en todas direcciones. A medida que la energía del hechizo salía de mí, comencé a tambalearme y casi pierdo el equilibrio. Mi visión se nubló durante un segundo o dos por pura extenuación. Estaba forzando mucho y durante demasiado tiempo, sin siquiera descansar. La magia que había usado agotó mis reservas por completo. El cuerpo humano tiene límites que no pueden ser superados, y yo había alcanzado el mío.

Charity se lanzó hacia delante antes de que el espantapájaros pudiera levantarse. Su espada bajó con una brutalidad elemental, y la sangre del monstruo y su piel de textura de madera chisporrotearon bajo su hoja. Sin embargo, no lo mató.

El espantapájaros recuperó la verticalidad y le lanzó un brazo a Charity. Ella levantó la espada para esquivarlo. El frío hierro mordió la carne de hada provocando otra explosión de llamas brillantes y líquidas. La criatura gritó, un sonido más alto al de cualquier cosa viva que había oído, y dio un manotazo en el brazo derecho inerte de Charity. El impacto arrancó de ella un gruñido de dolor y la envió varios metros en el aire, pero el espantapájaros pagó por ello. Al establecer contacto con la cota de malla de la mujer volvió a quemarse y sus furiosos aullidos se redoblaron.

Levantó un pie para pisar a Molly, para aplastarla como una lata de aluminio, indefensa y derribada en el suelo como estaba.

Era la clase de cosa que alentaba niveles suicidas de caballerosidad en mí. Corrí en pos del espantapájaros, al tiempo que me deshacía de mi vara. Cogí mi bastón con ambas manos, como un saltador de pértiga, y me lancé en el aire buscando con los pies la espalda de la criatura. Golpeé a la cosa con una fuerza considerable, pero estaba muy cansado para ser tan preciso como desearía. El golpe solo desequilibró a

la criatura y yo salí rebotado y caí en la superficie helada del parapeto.

Sin embargo, conseguí ganar algo de tiempo para que Charity se pusiera en pie y cargara con su espada, apartando así la atención del espantapájaros de su hija.

Antes de ponerme en pie, el monstruo me lanzó una especie de patada torpe y desequilibrada. Alcanzó su destino con apenas una pequeña parte de la fuerza que pretendía. Incluso así, fue suficiente para mandarme rodando tres metros y romperme alguna costilla. El dolor me recorrió todo el cuerpo y de repente me sentí incapaz de coger suficiente aire por los pulmones.

El espantapájaros alargó un brazo hacia Charity y unas vides de aspecto viscoso salieron disparadas de los extremos de sus brazos, recorrieron los tres metros que los separaban como un relámpago y atraparon la muñeca de la mano donde tenía la espada. Las vides se tensionaron y el diabólico ser sacudió con violencia a Charity. Ella gritó y la espada se escapó de entre sus dedos. Otras vides se ocuparon de su garganta y la criatura la levantó en el aire con facilidad. Sus heridas se estaban ya cerrando, reconstruyendo. Cogió a Molly en su otra mano y también la levantó, sosteniendo a ambas cara a cara. Había un ansia maliciosa en la mirada de la criatura.

—Mira —le murmuró a Charity, que luchaba de manera infructuosa—. Mírala. Observa cómo muere tu hija.

Los ojos de Charity se abrieron aterrados. Su rostro se tornó escarlata. Molly, entretanto, parecía inerte, con el rostro oscurecido, como si se estuviera ahogando.

—No queda mucho —ronroneó el espantapájaros—. No hay nada que puedas hacer para ayudarla, mujer mortal. Nada que puedas hacer para detenerme.

Era un traedor. Estaba seguro de ello, una criatura a la que se le había concedido talento o poder suficiente para exceder su estatus anterior, para convertirse en la figura corpórea del icono del miedo que los mortales llamaban el espantapájaros. Por eso atormentaba a Molly y a su madre, para alimentarse de su terror.

Miré la escena atontado, mientras mi mente le buscaba algo de lógica a aquello y mis pulmones seguían intentando inhalar una honda bocanada de oxígeno. Busqué en mi interior energía suficiente para hacer algo para ayudar, cualquier cosa.

No me quedaba.

Permanecí allí tendido, demasiado exhausto para sentir miedo, para sentir odio, para sentir rabia. Era lo único que podía hacer para evitar bajar la cabeza y dormirme. Sin voluntad ni emoción que inyectar en mis hechizos, casi sería mejor que fuera una más de las esculturas heladas del jardín-prisión de Mab.

Charity comenzó a patear frenética e inútilmente. El espantapájaros siguió ronroneando y creí ver a la maldita cosa crecer unos centímetros. La mariposa incendiaria de Lily revoloteó alrededor de mi cabeza, oscureciendo mi visión durante un segundo.

Y de repente lo pillé. Una perezosa esperanza surgió dentro de mí.

El traedor extraía su poder del miedo.

Y yo no tenía ninguno. Estaba demasiado cansado para tenerlo.

Por eso le había dado tal paliza al traedor del hotel. Dos minutos antes de enfrentarme a él, reuní todo mi miedo y lo lancé con aquel hechizo de seguimiento. Cuando me enfrenté a la cosa en el pasillo oscuro solo estaba enfadado. Sin poder jugar con mi miedo, el traedor no tenía poder para alterar mi magia y me fue fácil batearlo como a una bola de softball.

Igualmente, cuando decapité al traedor Bucky tampoco sentía ningún miedo. Todo sucedió muy deprisa. Reaccioné por puro reflejo, antes de que cualquier molesto pensamiento o emoción pudiera influir en el asunto. No tuve tiempo de sentir miedo y por eso logré eliminar al monstruo.

Nunca me hubiera dado cuenta de la debilidad en la defensa de los traedores si no hubiera llegado al límite de mis fuerzas; a la única cosa que debía temer era al propio miedo. De repente supe que podía cargarme a aquel idiota si reunía suficiente poder para otro hechizo. Ya lo había hecho dos veces. A la tercera va la vencida.

La mariposa danzó salvaje en el aire delante de mí.

La miré durante un segundo, dándome cuenta poco a poco de lo que pretendía decirme. Y entonces me eché a reír débilmente.

—Lily, manipuladora, tramposa y maravillosa.

Me vi de pie, con los brazos extendidos a los lados y el rostro mirando a la enorme luna plateada. La luz del sol parecía emanar de mi ser y me envolvía en fuegos danzantes que ondeaban su desafío a Invierno. El mismísimo Arctis Tor, la fortaleza de hielo negro, gruñó en señal de protesta por la intensidad de la luz.

Bajé la cabeza y vi a la criatura mirándome con enorme perplejidad. Sus dedos de vid se habían abierto y Molly y Charity yacían moviéndose débilmente a sus pies.

—No puedes hacer eso —dijo el traedor sorprendido—. Tú... No es posible.

Extendí una mano, susurré una palabra y mi vara voló desde el suelo donde la había soltado hasta mi mano. Sus inscripciones talladas cobraron vida cuando se manifestó el enorme calor de miles de julios de potencia, dispuesto a liberarse.

—¿Te gustan los malos de película, verdad? —Alcé la vara al tiempo que el fuego de Verano recorría mi brazo extendido.

—¿Has visto esta? —ronroneé con los labios apretados.

Las inscripciones en la vara centellearon con una luz dorada y escarlata.

—¿Qué tal un poco de fuego, espantapájaros?

## Capítulo 39

El espantapájaros dejó escapar un chillido ensordecedor, como una langosta embutida de esteroides, y se lanzó hacia un lado en un esfuerzo por interponer la fuente de hielo entre él y yo. Ya había visto lo rápido que podía moverse un traedor, así que no me molesté en disparar a lo loco. En lugar de ello, dejé que se distanciara de Molly y Charity hasta que se cubrió detrás de la fuente de hielo y dejó de moverse.

Entonces arranqué dos tercios de la cúpula con un solo fulgor de luz, trueno y fuego.

La llama dorada de Verano martilleó el hielo, lo atravesó y alcanzó al espantapájaros. El viejo traedor estaba con la guardia baja y la lanza de fuego incineró lo que en un ser humano hubiera sido una cadera y un muslo. Graznó un rugido metálico de dolor y rabia, saltó sobre una de las tres estatuas de mármol de las tres hermanas y se vio obligado a agarrarse a los tobillos de una de ellas para no caerse del borde del parapeto.

Pero el espantapájaros no fue la única hada que gritó. Sin avisar, un huracán de sonidos se cernió sobre mí, dolorosamente intenso. Una vez más, Arctis Tor se estremeció, el negro hielo tembló y palpitó. Profundos y casi subsónicos gemidos hicieron eco por toda la fortaleza. Los gritos de los otros traedores ascendieron desde la base de la torre en un frenético coro de rabia salvaje.

El terreno ondulante y el martillo sónico me hicieron caer en un banco de rosales esculpidos en hielo con espinas cuya longitud era tres veces la de sus flores. El hielo no era blando, no se rompió cuando mi peso cayó sobre él. Sentí un agudo dolor en el tobillo, donde una espina me había pinchado bajo mi abrigo. Sin embargo, los hechizos del guardapolvos me protegieron de otros daños. Me puse en pie de nuevo, preparado para volver a disparar.

Pero el espantapájaros había invertido su curso con una agilidad pasmosa. Se dirigía hacia Charity y Molly corriendo con las tres extremidades que le quedaban, como una extraña araña herida pero ágil. Esta vez no me pude permitir apuntar el tiro. Lancé un látigo de fuego entre el espantapájaros y las mujeres Carpenter, pero el monstruo dio un paso lateral y solo logré chamuscar unas pocas ramas de los extremos de su cuerpo de vid. El espantapájaros continuó avanzando hacia Molly. Charity yacía totalmente quieta a su lado, despatarrada en el hielo negro.

Solo hasta que el monstruo estuvo al alcance de su espada. Entonces Charity rodó y se alzó levantando a su vez la espada, cortando en un ángulo que comenzaba en mitad del muslo y terminó justo encima de la rodilla. La cosa rodó a un lado tratando de esquivar la espada. Charity la hundió en ella sin paliativos, demasiado cerca del maldito traedor para dejarme disparar de nuevo. El espantapájaros saltó y se mantuvo en pie sobre sus miembros restantes, buscando el borde del parapeto.

—¡Charity! —grité—. ¡Abajo!

La mujer de Michael se agachó enseguida para salir de mi línea de tiro.

El traedor se echó a temblar, su cuerpo se contorsionó extrañamente y saltó. A medio camino, cambió. Unas alas membranosas se desplegaron en su espalda y se agitaron poderosas hacia abajo, y en un instante el resto del cuerpo de la criatura se transformó en uno de los monstruosos murciélagos del tamaño de un parapente que había visto en el reino de las hadas. Se apartó, batiendo las alas para ganar altitud, y la luna de las hadas brilló con un lunático destello.

Era un blanco perfecto.

Una vez más, invoqué al fuego de Verano que había adquirido por medio de la mariposa. Podía sentir que su intensidad comenzaba a amainar, pero si el traedor se las arreglaba para escapar quizá no dispusiera de otra oportunidad igual. Además, aquella criatura había atormentado a la mujer y a la hija de mi amigo, de hecho casi las había asesinado delante de mis ojos. Ahora iba a responder por ello.

Así que desaté el fuego de nuevo. Esta vez fue tan brillante que las montañas a diez o quince kilómetros de distancia se encendieron con una luz tan cálida que la nieve que soplaba siseó convirtiéndose instantáneamente en vapor ante las llamas. Cuando golpeó al traedor se produjo una cegadora deflagración, una explosión que rugió tan alto que destrozó toda réplica helada de rosal que había en el parapeto.

Lo que cayó ardiendo de los cielos del reino de las hadas no podría ser identificado como nada en particular. Echaba chispas, humo y cenizas, y cuando se empotró contra un peñasco de granito, la fuerza del impacto provocó en la falda de la montaña un alud que enterró al traedor bajo incalculables toneladas de piedra.

Agité mi bastón ante el alud en un primitivo gesto de triunfo.

—¿Quién es el siguiente? —grité.

El patio de abajo quedó durante un momento sumido en un profundo silencio, y aunque estaba demasiado oscuro para distinguirlos con claridad pude ver a los traedores alejándose de la base de la torre, retirándose de la lucha.

—¡Harry! —dijo Charity con voz tensa.

Cuando Charity se agachó para que le disparara al traedor no me di cuenta, pero la mujer se había lanzado como un jugador de béisbol hacia su base. Por culpa del fuego que había estado repartiendo, el hielo negro se había convertido en una fina capa de agua derretida resbaladiza y el impulso estaba conduciendo a Charity con lenta y parsimoniosa delicadeza hacia el borde del parapeto.

Me giré para correr hacia ella y usé una mínima porción de poder cerebral para deducir que si hacía tal cosa estaría imitando el comportamiento que había metido a Charity en aquel lío. Entonces, en lugar de correr me puse a cuatro patas y gateé hacia delante con mi bastón extendido. Sus tobillos ya sobrepasaban el borde cuando logré acercarme lo bastante para cogerla. Se agarró a un extremo de mi bastón de



magos mientras yo sujetaba con fuerza el otro para detener su deslizamiento. Entonces comencé a moverme hacia atrás, muy lenta y cuidadosamente. El hielo negro del parapeto se volvió a endurecer casi enseguida, como si nunca se hubiera resquebrajado, y aquella circunstancia facilitó que tirara con cuidado de Charity y cancelara la matrícula de su curso involuntario de caída libre.

Una vez estuvo a salvo, los dos nos volvimos para mirar a Molly. La chica yacía en calma, todavía respiraba. Giré sobre mi espalda hasta que recuperé el aliento. Charity se levantó y acudió junto a su hija. No la seguí, no era el tipo de momento que a una madre le agradaría compartir.

Vigilé y eché un ojo para ver si había algún peligro. Charity se agachó junto a la joven y la atrajo a sus brazos como a una niña pequeña. Abrazó a Molly y la meció con suavidad, murmurando algo mientras lo hacía. Por un momento pensé que el terror y el trauma se habían llevado a Molly a un lugar muy lejano del que no podría regresar. Pero entonces se agitó, parpadeó, abrió los ojos y comenzó a llorar suavemente entre los brazos de su madre.

Oí un gemido detrás de mí y me giré, todavía agachado y con la vara de nuevo preparada.

La escultura del hombre crucificado volvió a gemir, aunque seguía en la cruz y horrorosamente podrido. Mis hechizos de fuego, amplificadas por el extraordinario poder de Lily, habían derretido los nudos alrededor de su muñeca izquierda y ahora el brazo le colgaba hacia un lado, a merced del aullante viento. Nunca había visto una piel humana tan deteriorada. Sus dedos, muñecas y antebrazos habían sucumbido hace mucho a la congelación, la sangre era veneno que fluía por ellos provocando que la carne se le hinchara grotescamente. A pesar de ello, noté que la piel de todo el brazo estaba cubierta por varias capas diferentes de cicatrices de quemaduras, golpes y cortes causados por instrumentos romos posteriormente sanadas de manera incorrecta. Yo mismo había sufrido lo mío, pero el brazo de aquel pobre bastardo se había llevado más que mi cuerpo entero.

Me acerqué al árbol casi contra mi voluntad. El pelo del hombre le colgaba de la cabeza como musgo, una parte castaño claro, otra gris oscuro y en conjunto débil y blancuzco. Extendí la mano y le aparté el pelo de la cara. Se la habían destrozado. Me dio la impresión de que su expresión le había contorsionado y estirado el rostro de tal forma que le infligía otra clase distinta de daño, si bien no tenía cicatrices como en el brazo. Tenía los ojos abiertos, totalmente blancos y nublados.

Lo reconocí.

—Lloyd Slate —murmuré—. El caballero del Invierno.

La última vez que vi a Slate fue después de la batalla en la colina de la Mesa de Piedra, un lugar que hacía las veces de OK Corral para las Cortes de las Hadas cuando decidían practicar la diplomacia asesinando a cualquiera del otro equipo.

Slate era una amenaza de primer orden para la sociedad. Un drogadicto, un violador, un hombre que no tenía reparos a la hora de satisfacerse a expensas de otros. Al final de la batalla mató a una joven que podría haberse convertido en mi amiga.

Se agitó y soltó un pequeño lamento.

—¿Quién anda ahí?

—Dresden —respondí.

La boca de Slate se abrió y una pequeña risilla maníaca burbujeó debajo de su respuesta.

—Estás aquí. Gracias a Dios, estás aquí. Llevo en este lugar mucho tiempo. —Ladeó la cabeza a un lado dejando expuesta la arteria carótida—. Libérame. Hazlo, rápido.

—¿Liberarte? —pregunté.

—De esto —lloriqueó Slate con la voz rota—. De esta pesadilla. Mátame. Mátame. Mátame. Gracias a Dios, Dresden, mátame.

Las partes más sórdidas de mi alma se hubieran alegrado de concederle aquel placer. Sin embargo, una parte sombría y dura de mi ser quería averiguar si podía hacer algo para que sufriera un poco más. Lo miré fijamente durante un rato, considerando las opciones. Pasados tal vez diez minutos cayó de nuevo inconsciente.

Desde algún lugar a mi derecha ronroneó una voz deliciosa, tan hosca como sedosa.

—No entiendes su verdadero tormento.

Me giré para encarar la fuente helada. Bueno, lo que quedaba de ella. Tal vez una tercera parte de la elevación helada seguía existiendo, pero la estatua de dentro quedó en parte al descubierto. No era una estatua, era un miembro de los sidhe, una alta e inhumanamente adorable mujer cuya apariencia era cercana a la perfección. O lo hubiera sido si se hallara en otras circunstancias. Ahora, parcialmente libre del corsé de hielo, el pelo escarlata le colgaba raído del cráneo. Sus ojos estaban hundidos y brillaban demasiado, como si tuviera fiebre. Una pierna, la cabeza, un hombro y un brazo estaban libres del hielo, que era su único atuendo. En ella reinaba la calma, ostentaba una inquietante serenidad, como si no estuviera incómoda ni siquiera físicamente por su aprisionamiento. Parecía enfrentarse al asunto con una divertida tolerancia, como si unas condiciones tan triviales no fueran merecedoras de su atención. Era una de las más viejas y poderosas sidhe de la Corte de Invierno, Leanansidhe.

Y además era mi madrina.

—Lea —jadeé—. Demonios. ¿Qué te ha pasado?

—Mab —replicó.

—El Halloween pasado me dijo que te habían encarcelado —murmuré—. ¿Te ha encerrado aquí? ¿En esto?

—Obviamente. —Algo extremadamente inquietante brilló en sus ojos—. No entiendes su verdadero tormento.

Miré alternativamente de ella al caballero del Invierno.

—¿Qué?

—Slate —ronroneó, y lo señaló con los ojos. No podía mover la cabeza con el hielo de alrededor—. Hay dolor, por supuesto. Pero cualquiera puede infligir dolor. Los accidentes infligen dolor. El dolor es el orden natural de las cosas, así que no es una herramienta que la reina del Aire y la Oscuridad use como castigo. Su tortura es la amabilidad.

Miré con hosquedad a Slate durante un momento y luego hice una mueca al imaginarlo.

—Lo deja colgado así y luego viene y lo rescata de su sufrimiento.

Mi madrina sonrió, un sonido parecido a un ronroneo felino acompañó su expresión.

—Cura sus heridas y lo aísla del dolor. Cuando le devuelve la vista el primer rostro que ve es el de aquella que lo libera de su agonía. Lo cuida con sus propias manos, le da calor, lo alimenta, le limpia la porquería. Y luego se lo lleva a su casa. Pobre hombre. Sabe que cuando vuelva a despertar colgará ciego del árbol y que no puede hacer otra cosa aparte de esperar su regreso.

Negué con la cabeza.

—¿Crees que va a caer en eso? —dije—. ¿Se va a enamorar de ella?

Lea sonrió.

—Amor —murmuró—. Tal vez sí o tal vez no. Pero necesidad... Oh, sí. Infravaloras las cosas simples, mi ahijado. —Sus ojos centellearon—. Que le den comida y calor. Que lo toquen. Que lo limpien y lo cuiden... que le deseen. La rueda gira una y otra vez de la agonía al éxtasis. La mente mortal se acaba rompiendo. No de repente sino con parsimonia. Del mismo modo que el agua corroe la piedra. —Sus ojos brillantes por la locura se centraron en mí y su tono adquirió una nota de advertencia—. Es una seducción lenta. Una conversión llevada a cabo por medio de pequeños pasos.

La piel de la palma de mi mano izquierda me picó intensamente durante un momento, en la zona del sello de Lasciel.

—Sí —siseó Lea—. Mab, como puedes ver, es paciente. Tiene tiempo. Y cuando los últimos muros de su mente hayan caído y desee con todas sus fuerzas volver al árbol, ella ya lo habrá destruido. Y entonces será descartado. Vivirá tanto como sea capaz de resistir. —Cerró los ojos un momento y añadió—: Es una sabiduría que deberías retener en tu mente, hijo mío.

—Lea —dije—. ¿Qué te ha sucedido? ¿Desde cuándo eres una sidhe helada?

Parte de sus fuerzas parecieron abandonarla y de repente pareció exhausta.

—Me volví demasiado arrogante a causa de mi poder. Pensé que podía superar a lo que se cierne sobre todos nosotros. Una tontería. Milady la reina Mab me mostró que estaba equivocada.

—¿Te ha tenido encerrada en tu propio iceberg más de un año? —Sacudí la cabeza—. Madrina, parece que te has caído de un árbol de locos y te has golpeado con todas sus ramas por el camino.

Sus ojos se abrieron de nuevo, brillantes e inquietantes como mil demonios. Y se echó a reír. Fue un sonido tranquilo y bajo que no sonaba en absoluto como la risa de la mortífera hechicera sidhe a la que conocía desde antes de afeitarme.

—Un árbol de locos —murmuró y sus ojos se cerraron de nuevo—. Sí.

Oí unas fuertes y rotundas pisadas subir por las escaleras y Thomas apareció corriendo por el parapeto con la espada llena de sangre aún en la mano.

—¡Harry!

—Aquí —dije, y levanté una mano en el aire. Miró fugazmente a Charity y Molly y se apresuró a acercarse a mí.

Un pequeño nudo de miedo apareció en mis tripas.

—¿Dónde está Murphy?

—Calma —dijo—. Está abajo guardando la puerta. ¿Se encuentra bien la chica?

Bajé el tono de mi voz.

—Respira, pero me preocupan más los daños mentales. Al menos está llorando, en realidad eso es una buena señal. ¿Qué pasa?

—Tenemos que irnos —dijo Thomas—. Ahora.

—¿Por qué?

—Viene algo.

—Suele pasar —dije—. ¿A qué te refieres?

Apretó los dientes y sacudió la cabeza.

—Desde el año pasado... desde el rey duende... he tenido... intuiciones, por llamarlas de alguna manera. Tal vez solo instintos. Puedo sentir cosas en el aire mejor que antes. Creo que la Caza Salvaje viene hacia nosotros. Creo que muchas más cosas vienen hacia nosotros.

Justo entonces oí una larga, lastimera y de alguna forma hambrienta llamada de cuerno acompañada del aullido distante del viento.

Me asomé al borde de la fuente y miré la noche iluminada por la luna. No distinguí nada con claridad, pero durante un instante percibí en la distancia el reflejo de la luna en uno de los raros metales que las hadas usaban para hacer sus armas y armaduras.

Otro cuerno sonó, un lánguido y enorme sonido de bajo, pero se dio la circunstancia de que provenía de la dirección opuesta a la del otro. En los siguientes segundos, más cuernos se unieron, y tambores, y luego una creciente marea de

monstruosos gritos y chillidos que nos rodeaban por todas direcciones. En las montañas al este de Arctis Tor, uno de los picos nevados se vio de repente devorado por una nube negra que escondía todo lo que había bajo ella. Un rápido vistazo a mi alrededor me mostró otros picos cubiertos por el mismo manto de sombra. Las llamadas de cuerno y los gritos subieron de volumen y aumentaron progresivamente.

—Rayos y centellas —susurré. Miré a mi madrina y dije—: El poder que he usado. Eso es lo que ha provocado esto, ¿verdad?

—Por supuesto —me confirmó Lea.

—¡Mierda! —espetó Thomas, saltando como un gato asustado cuando lo que él pensaba que era una estatua se movió y habló.

—Thomas, esta es mi madrina, Lea —dije—. Lea. Este es...

—Sé quién es —murmuró mi madrina—. Sé lo que es. Sé de quién es. —Sus ojos regresaron a mí—. Invocaste el poder de Verano en Arctis Tor, en el corazón de Invierno. Al hacerlo, los habitantes de Invierno sintieron su agonía. Ahora vienen a matarte o al menos a echarte de su territorio.

Tragué saliva.

—Oh, vaya. ¿Cuántos?

El brillo de locura volvió a sus ojos.

—Todo Invierno, hijo. Todos nosotros.

Mierda.

—¿Charity? —la llamé—. ¡Nos vamos!

Charity asintió y se levantó agarrando a Molly. Al menos la chica era capaz de moverse por sí sola. Si estuviera absorta y ausente del mundo sería un dolor de cabeza hacerla descender de la torre. Por suerte, Molly y su madre bajaron sin problemas por las escaleras.

—Thomas —dije—. Intenta cortar algo de hielo sin hacerle daño.

Thomas se relamió los labios.

—¿Es una buena idea? ¿Acaso no intentó convertirte en un perro?

—En un sabueso —murmuró Lea con sus ojos brillantes moviéndose de un lado a otro arbitrariamente—. Es muy diferente.

—Era amiga de mamá —le dije a Thomas en voz baja.

—También lo era mi padre —dijo Thomas—. Y mira cómo acabó aquello.

—Entonces dame la espada y lo haré yo mismo. No voy a dejarla aquí.

Lea emitió un repentino sonido ahogado.

La miré preocupado. Los ojos casi se le salieron de las órbitas y su rostro se contorsionó en una mueca de aparente dolor. La boca se movió y los gruesos labios se arrugaron y retorcieron. Un gruñido animalesco salía de su garganta cada uno o dos segundos y los dedos de la mano libre formaron una garra. Entonces se relajó de repente y cuando me miró sus ojos eran de nuevo los de mi madrina; una parte

lujuria, otra fría indiferencia felina y otra depredador.

—Hijo —dijo con voz débil—. No debes liberarme.

La miré confuso.

—¿Por qué?

Apretó los dientes.

—Aún no se puede confiar en mí. No es el momento. No sería capaz de cumplir mi promesa hacia tu madre si me liberaras ahora. Debes irte.

—¿Confiar en ti? —pregunté confundido.

—No hay tiempo —dijo con tensión de nuevo en la voz—. No podré evitar durante mucho tiempo que se apropie de... —Se estremeció y bajó la cabeza. La levantó unos segundos después, y la locura había regresado a sus ojos—. Espera —carraspeó—. Lo he reconsiderado. Libérame.

Intercambié una mirada con Thomas y ambos dimos un cauteloso paso atrás.

El rostro de Lea se contrajo y soltó un aullido que agitó los carámbanos de hielo.

—¡Libérame!

—¿Qué demonios está pasando? —me preguntó Thomas.

—Uh —dije—. Te responderé cuando salgamos de aquí.

Thomas asintió y ambos nos apresuramos hacia las escaleras. Miré por encima de mi hombro, una sola vez. La fuente se estaba reconstruyendo de nuevo, el agua se estaba volviendo a congelar. Una fina capa cubría ya a mi madrina. Me estremecí y aparté la vista, que fue a parar al delirante Lloyd Slate. Aceleré aún más la marcha.

Y entonces, justo cuando me iba, solo por un instante, creí ver una cosa. El triángulo de estatuas de las nobles sidhe atrajo un rayo perdido de luna que las finas nubes hacían saltar y oscilar. En mitad de aquella luz incierta vi a una de las estatuas moverse. Giró la cabeza hacia mí cuando me iba y el blanco mármol de sus ojos se convirtió en el verde esmeralda de los ojos de Mab.

No era solo del mismo color.

Eran los ojos de Mab.

La estatua me guiñó uno.

Los sonidos de los enemigos que se aproximaban ganaban en intensidad, recordándome que no tenía tiempo para investigar. Así que a pesar del escalofrío que me recorrió el cuerpo bajé las escaleras a toda prisa junto a Thomas, dejando atrás el parapeto con los prisioneros de Mab y al que tal vez era su amante. Tenía que centrarme en volver al lugar donde estaba Lily de una pieza, así que desde aquel momento aparté todas aquellas cuestiones de mi mente.

Unos momentos después, los cuatro estuvimos andando a paso de tortuga, con nieve hasta las rodillas, mientras yo usaba las últimas reservas del poder que cogí de la mariposa de Lily para evitar que cayéramos en una hipotermia.

Me puse delante y corrí hacia la abertura al tiempo que una sinfonía infernal de

aullidos, cuernos y graznidos se cernía sobre nosotros.

## Capítulo 40

Huíamos de Arctis Tor auspiciados por la gracia de Verano. Los vientos aullaban con fuerza, empujando unas cada vez mayores nubes de niebla, nieve y hielo. Más allá del viento, aún vagamente, pero creciendo poco a poco en claridad e intensidad, se oían los gritos de cosas que acechaban entre la oscuridad y el frío. Se trataba de tambores y cuernos, pero tan salvajes y primitivos que inspiraban un terror ajeno a la lógica del pensamiento y cercano al instinto.

Oí el clamor del cuerno personal del rey duende, imposible de confundir con otro instrumento de su clase.

Intercambié una rápida mirada con Thomas, que me hizo una mueca.

—¡Sigue moviéndote! —exclamó.

—Sí —gruñí.

Inmediatamente detrás de mí, Murphy boqueó.

—¿Qué ha sido eso?

—El rey duende —le contesté—. Un tipo malo de los gordos. Quiere comerme.

—¿Por qué? —me preguntó.

—Bueno, nos conocimos —dije.

—Ahrgh —dijo Murphy. Incluso con la respiración entrecortada, la interjección logró ser seca—. ¿El octubre pasado?

—Sí. Cree que lo insulté.

—Tú no sueles ser un bocazas, Harry. Debió de ser alguien que se parecía a ti. —Hizo una mueca y se agarró su cinturón manteniendo un equilibrio tambaleante. Había una hendidura larga en el duro cuero, donde una garra o una hoja casi habían dado en el blanco. El cinturón cedió y la cota de malla grande que llevaba cayó hacia abajo cubriéndole las piernas y casi haciéndola caer—. Maldita sea.

—Esperad —grité antes de que Murphy se cayera, y todos nos detuvimos. Molly se derrumbó en la nieve.

—No podemos quedarnos aquí —gritó Thomas.

—Charity, Murph, tenemos que viajar ligeros. Soltad las armaduras. —Me quité mi guardapolvos y me estiré como una anguila para quitarme la cota de malla. Entonces se la lancé a Thomas.

—¡Eh! —dijo y soltó un bufido.

—No la dejes en el suelo, Thomas —dije—. Llévala.

—¿Qué? —me preguntó—. ¿Para qué?

—Eres lo bastante fuerte para que no afecte a tu velocidad —dije al tiempo que me ponía de nuevo el abrigo—. Y no vamos a arriesgarnos a dejar demasiado hierro por detrás de nosotros en este territorio.

—¿Por qué?



Vi a Murphy quitarse su equipo y girarse para agarrar a Molly y que Charity pudiera desprenderse también del suyo.

—¿Te gustaría que las visitas dejaran residuos radiactivos cuando se fueran de casa?

—Oh —dijo—. Bien pensado. No queremos que se enfaden con nosotros. —Enrolló la cota de malla y la ató en un tosco hatillo con el cinturón para echársela al hombro.

Aullidos y gritos y cuernos se volvieron más fuertes, aunque ahora venían de nuestros flancos y nuestra espalda. De alguna manera, en la tempestad de nieve, habíamos escapado del nudo formado por las fuerzas que nos rodeaban. Si seguíamos moviéndonos habría oportunidad de salir de esta.

—Este viaje no es lo que nos han querido hacer pensar —le dije—. Nos han utilizado.

—¿Qué? ¿Cómo?

—Luego. Ahora lleva la maldita armadura y no dejes nada atrás. Muévete. —El pequeño aleteo de fuego de Verano que me quedaba comenzaba a extinguirse y durante un segundo el viento se convirtió en unos dientes afilados que se hundían en mis constantes vitales—. ¡Moveos!

Avancé lentamente por la nieve esforzándome por abrir un sendero para los que me seguían. Pasó el tiempo. El viento aullaba. La nieve me golpeaba la cara y el fuego de Verano era ya poco más que unas pocas brasas que no durarían demasiado. Revoloteó y se desvaneció justo en el momento que sentí cerca una ondulación de energía mágica y percibí el aroma de palomitas de maíz estancadas.

La abertura brillaba en el aire a treinta metros de la bajada.

Unas grandes y desgredadas criaturas de pelaje blanco y largas garras emergieron de la nieve detrás de nosotros corriendo sobre ella con la misma ligereza que si fuera una acera normal de cemento.

—¡Thomas! —Señalé la amenaza—. ¡Murph, Charity! Sacad a la chica de aquí. ¡Moveos!

Murphy miró hacia atrás y mostró sorpresa en sus ojos. De inmediato, cogió a Molly por el otro brazo y ayudó a Charity a llevarla. Esta se tambaleó, luego sacó la espada de su cinturón y la clavó en la nieve a mis pies antes de redoblar sus esfuerzos para superar aquellos últimos metros junto a Molly.

Me pasé el bastón a la mano izquierda y tomé el mortal hierro en la derecha. El último resquicio del poder que me prestó Lily se había esfumado y no me quedaba magia ni para encender una vela, y mucho menos para lanzar fuego o usar mi escudo. Aquello iba a ser cuestión de acero, velocidad y pericia, puro físico. Lo que significaba que podría haber muerto enseguida si Charity no hubiera pensado rápido y me hubiera armado con hierro.

Tal como estaban las cosas, mi hermano y yo solo necesitábamos aguantar el avance de las cosas con aspecto de yeti que se acercaban a nosotros y cubrir la huida de las señoras. Ni siquiera teníamos que vencerlos para conseguirlo.

—¿Qué son esas cosas? —me preguntó Thomas.

—Una especie de ogros —le dije—. Dales fuerte y rápido. Asústales con hierro tanto y tan rápido como te sea posible. Si conseguimos que vengan hacia nosotros, sin perder nunca la cautela, podríamos orquestar una retirada mientras luchamos y subimos la ladera.

—Entendido —dijo Thomas. Y entonces, cuando el primero de los ogros de nieve estaba a unos diez metros, mi hermano dio dos pasos y un salto en el aire. Se elevó a casi tres metros de la nieve y cuando descendió, sostenía el sable en ambas manos. El arma de hierro cortó limpiamente el esternón del ogro y abrió en canal al monstruo, con tanta facilidad como si fuera una patata asada. Su sangre de hada se tornó en una llama púrpura y azul profundo y chorreó en una explosión de energía.

Pero Thomas no había acabado. El siguiente ogro le lanzó una roca del tamaño de una pelota de voleibol. Thomas giró sobre sí mismo, la evitó, amagó hacia un lado y luego cortó los muslos del segundo ogro, tirándolo entre aullidos por el suelo.

El tercer ogro le golpeó con un pequeño tronco de árbol que hizo las veces de bate mientras mi hermano era la pelota. Thomas se precipitó hacia mí a toda velocidad. Faltaron pocos centímetros para que me derribara. Los ogros aullaron con una agresividad renovada y cargaron.

No soy un espadachín habilidoso. Obviamente, soy mejor que el noventa y nueve por cien de la gente del planeta, pero de entre aquellos que saben algo del tema no soy de los buenos. Para empeorar las cosas, la mayoría de mi experiencia proviene de la esgrima, lo que supone luchar con un estilo que usa hojas finas y largas, es decir, muchas estocadas, mucho amague. La espada de Charity se sentiría como en casa en el set de *Conan el Bárbaro* y yo solo tenía un entendimiento básico del uso de aquella pesada arma. Como esgrimista tenía dos ventajas. La primera es que soy rápido, sobre todo teniendo en cuenta mi tamaño. Mientras algo no sea sobrenaturalmente veloz, no soy nada fácil de superar. Segundo, tengo unos brazos y unas piernas muy largos y una estocada mía podría alcanzar a su objetivo desde otro país.

Así que jugué mis bazas. Solté un aullido para equipararme a los ogros y cuando el del palo de madera se acercó y lo levantó sobre su cabeza para machacarme le propiné una estocada baja y rápida y le introduje treinta centímetros de hierro frío en los cataplines. Retorcí la hoja y rodé a un lado al tiempo que la retiraba. El palo cayó en la nieve donde estuve un momento atrás. Salía fuego de la región pélvica del monstruo. El ogro gritó y salió corriendo presa del pánico y la agonía, y los que venían detrás aminoraron el paso de tal modo que la carga perdió fuelle. El ogro cayó en la nieve, consumido por el frío del hierro. Todos miraron a su camarada caído.

Eh, no importa qué clase de hada, mortal o criatura maligna seas. Si tienes cataplines y puedes perderlos, una visión semejante puede hacerte reconsiderar rápidamente las consecuencias de tus acciones respecto a tus genitales.

Les enseñé los dientes mientras la sangre de ogro caía por el acero de mi espada prestada. Sin darles la espalda, comencé a dar cautos pasos atrás. Una rígida agonía alrededor de mis costillas me recordó mis heridas. Alcancé a Thomas un segundo después, cuando estaba incorporándose. Se había golpeado con una roca y se le estaba formando un chichón encima del ojo. Estaba todavía demasiado desorientado para ponerse de pie.

—Maldita sea, Thomas —gruñí. Mi mano izquierda no era lo bastante poderosa para agarrarlo y llevarlo colina arriba. Si usaba la derecha, tendría la espada en mi mano débil y no sería capaz de defender a ninguno de los dos—. Levanta.

Los ogros comenzaron a coger impulso para venir de nuevo a por nosotros.

—¡Thomas! —grité levantando la espada, mirando a los ogros al tiempo que mi sombra parpadeó en el suelo de detrás de nosotros.

Esperad. ¿Mi sombra hizo qué?

Dispuse de una fracción de segundo para darme cuenta de que una nueva fuente de luz había formado la sombra, y entonces un proyectil de fuego del tamaño de un M&M pasó como un relámpago sobre mi hombro y estalló en el pecho del ogro más cercano. El fuego de Verano tiró al ogro al suelo antes de que llegara a gritar y comenzó a despegar la carne de sus huesos.

—¡Lo tengo! —exclamó Fix. Lo vi con mi visión periférica, espada en mano. Tenía un hombro bajo el brazo de Thomas y lo levantaba con mayor fuerza de la que hubiera esperado de su tamaño. La carga de los ogros se detuvo por completo. Introduje mi bastón en el cinturón con el que Thomas hizo el hatillo para la cota de malla, me lo llevé con dificultad al hombro y cruzamos la hendidura dimensional sin darles la espalda a los ogros. A pesar de la limitada visibilidad que me concedían las constantes ráfagas de nieve vi que se acercaban al borde, sin embargo, no nos volvieron a amenazar.

—Cuidado con el escalón —me advirtió Fix.

Entonces sentí un movimiento ondulante y nos adentramos en una sauna ecuatorial.

Me encontraba en el estrecho pasillo delante de la pantalla del destartado viejo cine de Pell. Me hice a un lado justo cuando Fix entraba con Thomas.

Lily estaba allí de pie, de cara a la hendidura. Parecía en tensión, preocupada. En cuanto Fix entró, agitó una mano en el aire como si espantara una mosca molesta. Se produjo un sonido y entonces la abertura se plegó sobre sí misma y desapareció.

Cayó el silencio en el cine tenuemente iluminado. Lily se puso de rodillas poniendo antes una mano en el suelo para no caerse, respirando con dificultad,

temblando y con el pelo blanco alborotado. El hielo y la nieve congelada que me cubrían el pelo y las arrugas de la ropa desaparecieron, sustituidos por el habitual residuo ectoplasmático.

—Mmm —observó Thomas ronroneando—. Baboso.

—Fix —dije—. ¿Has oído lo que ha pasado allá atrás?

—Sonaba a que le disteis una patada a una colmena. —Se arrodilló junto a Lily para que la señora se apoyara en él—. ¿La guarnición del castillo acudió a recibiros?

—No —dije—. Al parecer eran todos los habitantes de Invierno.

—¿Qué? —preguntó.

—Yo, eh, lancé un puñado de fuego de Verano en la casa de muñecas de Mab y volé por los aires la mayor parte de su fuente.

La boca de Fix se abrió hasta desencajarse.

—¿Qué has hecho qué?

—El espantapájaros estaba escondido detrás y bueno... —Bajé la espada de Charity y agité una mano en el aire—. Kabum.

Fix me miró como si me hubiese vuelto loco.

—Vertiste fuego de Verano en un manantial de Invierno.

—No duermo bien las noches que he infligido daños en la propiedad —dije con gravedad—. Sea como sea, es lo que hice, y entonces el infierno se desató. Mi madrina me dijo que todo el mundo que era alguien en Invierno querría vengarse y vendría a matarme.

—Dios mío —musitó Fix—. Eso compensaría el daño. ¿Dónde conseguiste fuego de Verano para...? —Su voz se apagó y miró a Lily.

La señora del Verano levantó la vista, su sonrisa cansada era encantadora.

—Yo solo proporcioné una mínima comodidad y guía para pagar mi deuda hacia la señora Charity —murmuró con una pequeña sonrisa en los labios—. No tenía ni idea de que el mago iba a robar ese poder para su propio uso. —Respiró hondo y dijo—: Ayúdame a levantarme. Debemos irnos.

Fix obedeció.

—¿Ir dónde?

—Todas esas fuerzas de Invierno están ahora en el corazón de su propio reino. Lo que significa que no están en las fronteras de Verano esperando para atacar. Lo que significa que Verano dispone ahora de fuerzas que pueden permitirse ayudar al Consejo —dije en voz baja.

—Pero solo han tardado unos minutos en aparecer —apuntó Murphy—. ¿No pueden correr de vuelta y estar allí en otros pocos minutos?

—No, Murph —respondí yo—. Lo planearon así. Esta misión era una trampa bien urdida. —Agité la cabeza hacia Lily—. ¿Verdad?

—Es una manera de describirlo —dijo Lily sin perder la calma—. Yo

personalmente no lo interpretaría así. No tuve nada que ver en la llegada de los traedores; sin embargo, su presencia y la captura de la hija de la señora Charity nos presentó una oportunidad para neutralizar temporalmente la presencia de las fuerzas de Mab en nuestras fronteras.

—Nos —murmuré—. Maeve está trabajando contigo. Por eso se presentó tan rápido en el bar McAnally.

—Incluso así —dijo Lily haciendo un gesto de cabeza que parecía indicar respeto. Fix miró a Lily.

—¿Estás trabajando con Maeve?

—Ella no podía alterar el flujo de tiempo en el corazón de Invierno —dije en voz baja—. Solo una de las reinas de Invierno puede hacer tal cosa.

Fix volvió a mirar a Lily como si yo no hubiera hablado.

—¿Maeve está trabajando contigo?

Lily asintió.

—Como nosotros, teme la reciente locura de Mab. —Se volvió hacia mí—. Te suministré poder suficiente para amenazar el manantial con la esperanza de que atrajeras a una parte de Invierno a sus propias tierras. Una vez sucedido eso, Maeve alteró el paso del tiempo relativo en los reinos mortales.

Arqueé una ceja.

—¿Cuánto tiempo hemos estado fuera?

—Amanece el día siguiente al que partisteis —contestó—. Aunque el paso del tiempo solo se alteró en los últimos momentos de vuestra huida. Maeve no podrá aguantar mucho, pero tu acción nos concederá tiempo suficiente para actuar.

—¿Y si no me hubiera dado cuenta a tiempo? —le pregunté—. ¿Y si no hubiera usado tu fuego?

Me sonrió, un poco triste.

—Estarías muerto, supongo.

La miré enrabiado.

—Y mis amigos también.

—Así es —musitó—. Por favor, compréndelo. La obligación que mi reina ha impuesto sobre mí no me daba demasiadas opciones. No podía explicarte mi plan, ni tampoco podía quedarme simplemente sin hacer nada mientras el Consejo se encontraba en una situación tan desesperada.

—¿Y ahora sí puedes hablarme de ello?

—Ahora estamos hablando de historia pasada —dijo. Inclino la cabeza hacia mí, luego hacia Charity—. Me alegra, señora, que su hija haya regresado junto a usted.

La mujer levantó la vista lo bastante para dedicarle una rápida sonrisa y un movimiento de cabeza agradecido. Entonces volvió a abrazar a su hija.

—Lily —dije.

Arqueó una ceja, esperando.

Lily me había manipulado, me había convertido en un arma contra Mab. No me había mentido, pero había jugado terriblemente con mi vida. Peor, lo había hecho con las vidas de cuatro de mis amigos. En el fondo tenía buenas intenciones, supongo, y se había enfrentado a limitaciones que mis instintos me decían que todavía no apreciaba o entendía del todo. Sin embargo, no había hablado conmigo de frente, abierta y honestamente.

Por otra parte era una reina de las hadas por propio derecho. ¿Qué me había hecho pensar que jugaría con las cartas bocarriba?

Suspiré.

—Gracias por tu ayuda —dije al fin.

Sonrió, aunque el rastro de tristeza seguía allí.

—No he sido más amiga tuya y de los tuyos que tú mía y de los míos, mago. Me alegra haber podido serte de ayuda. —Hizo una referencia, esta vez desde la cintura—. Y ahora debo partir y disponerlo todo para ayudar a tu gente.

Le devolví la reverencia.

—Gracias.

Les dedicó otra reverencia a los otros y Fix la imitó. Entonces se marcharon rápidamente de la sala de cine.

Me caí de culo en el borde del escenario, con los pies temblorosos.

Murphy se unió a mí.

—¿Y ahora qué? —dijo pasado un momento.

Me froté los ojos.

—Supongo que debemos regresar a territorio sagrado. No creo que vayamos a sufrir represalias inmediatas por esto, pero no tiene sentido arriesgarse. Volveremos con Forthill, nos aseguraremos de que todos están bien. Comida. Sueño.

Murphy soltó un gemido casi lujurioso.

—Me gusta ese plan. Me muero de hambre.

Observé a Molly y Charity y sentí un pellizco nervioso en el estómago. Me habían encargado buscar una fuente de magia negra. Y había encontrado a Molly. Había usado su poder para alterar el cerebro de dos personas y por bondadosas que fueran sus intenciones, sabía que su acción la había manchado. Conocía mejor que nadie el peligro en el que estaba metida todavía Molly y lo peligrosa que podía llegar a ser. La había salvado de las hadas malas, claro, pero ahora se enfrentaba a otra amenaza infinitamente más peligrosa.

El Consejo Blanco. Los centinelas. La espada.

Era solo cuestión de tiempo hasta que otra persona se las arreglara para rastrear el origen de la magia negra. Si no la llevaba ante el Consejo, otro centinela lo haría tarde o temprano. Peor aún, si la magia que había usado para controlar las mentes

comenzaba a volverse contra ella, a revertirla, podría convertirse en un auténtico peligro para sí misma y para otros. Podría acabar siendo tan peligrosa y volviéndose tan loca como el chico cuya ejecución sirvió de preludeo a los acontecimientos de aquellos días.

Si la llevaba al Consejo es probable que fuera responsable de su muerte.

Si no lo hacía sería responsable de aquellos a los que hiciera daño.

Deseé no estar tan malditamente cansado, si no se me podrían haber ocurrido otras opciones. Decidí ahuyentar de momento los pensamientos sobre el día siguiente. Estaba entero, vivo y sano, al igual que los que estaban conmigo. Habíamos sacado a la chica de una pieza. Su madre la estaba sosteniendo con tal ferocidad que me hizo preguntarme si al final había tenido éxito en mi misión de reconciliar a madre e hija.

Parecía posible que las heridas de su familia hubieran sanado, y aquello era algo bueno. Sentí en mi interior una auténtica calidez y orgullo por ello. Había ayudado a volver a unir a madre e hija. Podía dar la noche por buena.

Thomas se sentó a mi lado tocándose el chichón en la cabeza y haciendo una mueca.

—Harry —dijo Thomas—. Recuérdame por qué seguimos regodeándonos en esta locura.

Intercambié una sonrisa con Murphy y no dije nada. Los tres observamos a Charity, sentada en el suelo delante de la primera fila de asientos, agarrando a su hija con fuerza contra ella.

Molly se echaba sobre ella con el agradecimiento, la necesidad y el amor de una niña. Hablaba muy bajo, sin abrir nunca los ojos.

—Mamá.

Charity no dijo nada, pero abrazó a su hija con más fuerza si cabe.

—Oh —dijo Thomas—. Vale.

—Exactamente —dije—. Vale.

## Capítulo 41

El padre Forthill nos recibió como siempre solía: con calidez, compasión y comida. Thomas se iba a quedar fuera de la iglesia, pero agarré el frontal de su cota de malla y lo arrastré conmigo al interior sin ceremonia alguna. Se podría haber soltado, por supuesto, así que al no hacerlo tuve claro que en realidad no le importaba demasiado venir. Gruñó y me pegó sin mucha convicción; no obstante, hizo un cauto movimiento de cabeza cuando le presenté a Forthill. Después de aquello, mi hermano entró en el vestíbulo y comenzó su rutina de discreción.

Los Carpenter estaban dormidos como troncos cuando llegamos, pero el ruido hizo que uno de ellos se agitara y el pequeño Harry abrió los ojos, parpadeó somnoliento y luego soltó un chillido de deleite cuando vio a su madre. El sonido despertó a los otros chicos y todos asaltaron a Charity y Molly con gritos de felicidad, abrazos y besos.

Observé la reunión desde una silla al otro lado de la sala y di varias cabezadas hasta que Forthill regresó con comida. No había sillas suficientes para todo el mundo y Charity acabó sentada en el suelo con la espalda pegada a la pared, tragando sándwiches mientras todos sus hijos trataban de permanecer a poca distancia para ser acariciados.

Me atiborré sin prejuicios. El uso de la magia, la excitación y aquella escalada final en mitad del frío habían dejado mi estómago al borde de la implosión.

—Comida de supervivencia —murmuré—. No hay nada mejor.

Murphy, apoyada en la pared a mi lado, asintió.

—Tienes toda la razón. —Se limpió los labios y miró su reloj. Se metió el resto del sándwich en la boca y luego comenzó a reconfigurar su reloj mientras masticaba.

—Hemos estado fuera veinticuatro horas exactas. ¿Hemos hecho una especie de viaje en el tiempo? —preguntó.

—Oh, dios mío, no —dije—. Esa es una de las cosas de la lista de «cosas que no se hacen». Es una de las siete leyes de la magia.

—Tal vez —dijo—. Pero digas lo que digas se nos ha ido un día entero. Eso es viajar en el tiempo.

—La gente realiza ese tipo de viajes en el tiempo muy a menudo —aseguré—. Nos saltamos la cola, sencillamente.

Terminó de reajustar la fecha del reloj e hizo una mueca.

—Lo mismo es.

La miré con el ceño fruncido.

—¿Estás bien?

Miró a los niños y a su madre.

—Las voy a pasar canutas para explicar dónde he estado las últimas veinticuatro



horas. No es que pueda decirle a mi jefe que he estado viajando en el tiempo.

—Sí, no se lo tragaría. Dile que invadiste el reino de las hadas para rescatar a una joven de un castillo infestado de monstruos.

—Por supuesto —dijo—. ¿Por qué no habré pensado en eso?

Gruñí.

—¿Esto te va a causar problemas?

Se encogió de hombros.

—Disciplina interdepartamental, probablemente. No pueden acusarme de nada criminal, así que nada de cárcel.

Parpadeé.

—¿Cárcel?

—Estaba a cargo de todo, ¿recuerdas? —continuó Murphy—. Al venir a ayudarte ya estaba descuidando la investigación. Añade un día adicional y...

—Demonios —suspiré—. No me había dado cuenta.

Se volvió a encoger de hombros.

—¿Cómo de grave va a ser? —pregunté.

Frunció el ceño.

—Depende de muchas cosas. Sobre todo de lo que Greene y Rick tengan que decir y de cómo lo digan. También de lo que declaren otros polis que estuvieron allí. Un par de esos tipos son gilipollas de los gordos. Les alegrará meterme en problemas.

—Como Rudolph —dije.

—Como Rudolph.

Puse mi mejor acento de Brooklyn.

—¿Quieres que le dé una buena tunda?

Me dedicó una rápida y fugaz sonrisa.

—Deja que lo consulte con la almohada.

Asentí.

—Pero en serio. Si hay algo que pueda hacer...

—Mantente al margen un tiempo. No es que te quieran mucho en el departamento. A alguna gente no le agrada que siga contratándote y que no puedan impedírmelo, pero se da la circunstancia de que el noventa por cien de los casos en los que te involucras acaban resueltos...

—¿Mi efectividad es irrelevante? Pensaba que hoy en día para ser poli había que tener una carrera o algo.

Gruñó.

—Me encanta mi trabajo —dijo—. Pero a veces parece que hay que tener un alto coeficiente de estupidez.

Asentí para darle la razón.

—¿Qué van a hacer?

—Esta será mi primera cagada oficial —continuó—. Si la manejo bien, no creo que me despidan.

—¿Pero? —pregunté.

Se apartó el pelo de los ojos.

—Me atiborrarán a consejeros y evaluaciones psicológicas.

Traté de imaginarme a Murph en el diván de un terapeuta.

Casi se me sale el cerebro por las orejas.

—Intentarán todos los trucos posibles para convencerme de que me vaya —continuó—. Y cuando vean que no lo hago, me bajarán de nivel. Perderé mi puesto en Investigaciones Especiales.

Un peso me cayó en el estómago.

—Murph... —comencé.

Trató de sonreír pero no lo logró. Parecía enferma y tensa.

—No es culpa de nadie, Harry. Es la naturaleza de la bestia. Tenía que hacerse, y lo haría de nuevo. Puedo vivir con eso.

Su tono era calmado, relajado, pero estaba demasiado cansada para sonar auténtico. La época de Murphy al mando bien podría haber sido compleja, frustrante y fea, pero le pertenecía. Había luchado por su rango, se había dejado la piel para conseguirlo y sin embargo, al final acabó expulsada de Investigaciones Especiales. Solo que en lugar de aceptar que la mandaran a una Siberia departamental, trabajó incluso más duro para devolvérsela a la gente que la había mandado allí.

—No es justo —gruñí.

—¿El qué? —me preguntó.

—Bah. Un día de estos iré al centro e invocaré una plaga de cucarachas o algo parecido. Solo para ver a esos tipos salir del edificio gritando.

Esta vez su sonrisa se prolongó un poco más.

—Eso no me ayudaría.

—¿Estás de broma? Podríamos sentarnos en la calle a hacer fotos cuando fueran saliendo. Nos moriríamos de risa.

—¿Y eso en qué ayuda?

—La risa es buena para ti —dijo—. Nueve de cada diez comediantes recomiendan la risa en caso de intensa estupidez.

Soltó una carcajada baja y cansada.

—Le consultaré a mi almohada eso también. —Se apartó de la pared al tiempo que se sacaba las llaves del bolsillo—. Tengo una cita con mi asesor de imagen —dijo—. ¿Quieres que te lleve a casa?

Sacudí la cabeza.

—Tengo que hacer algunas cosas primero. Gracias de todas formas.

Asintió y se dio la vuelta para irse. Entonces se detuvo.

—Harry —dijo en voz baja.

—¿Sí?

—Lo que dije en el ascensor.

Tragué saliva.

—¿Sí?

—No pretendía que sonara tan duro. Eres un buen hombre. Estoy orgullosa de cojones de poder llamarte mi amigo, pero me importas demasiado para mentirte o darte esperanzas.

—No es culpa de nadie —dije—. Tenías que ser honesta conmigo. Puedo vivir con ello.

Una esquina de su boca se torció en media sonrisa.

—Para qué están los amigos.

Sentí un cambio en el tono cuando hizo la pregunta, una muy leve interrogación.

Me levanté y le puse la mano en el hombro.

—Soy tu amigo. Eso no va a cambiar, Karrin. Nunca.

Asintió parpadeando varias veces y durante un momento posó su mano sobre la mía. Entonces se volvió para irse. Justo entonces, Thomas sacó la cabeza desde el pasillo.

—Harry, Karrin, ¿os vais?

—Yo sí —dijo ella.

Thomas me miró.

—Ajá. ¿Te importa llevarme?

Agitó las llaves.

—Claro —dijo.

—Gracias. —Me hizo un gesto con la cabeza—. Gracias por otra experiencia de campo, Harry. Algo sosa en realidad. Tal vez la próxima vez debamos llevar café o algo así para evitar bostezar hasta morir.

—Lárgate antes de que te patee ese culo de quejica —dije.

Thomas me respondió con una sonrisa burlona y se marchó con Murphy.

Me comí el resto de mi sándwich, siendo vagamente consciente de que había llegado a uno de esos raros momentos mentales en los que uno se siente demasiado cansado para irse a dormir. Al otro lado de la habitación, Charity y sus hijos se habían quedado dormidos alrededor de su posición en el suelo, apoyados todos en su madre como si fuera una almohada viviente. Charity parecía exhausta, como es natural. Noté arrugas en su rostro en las que no había reparado antes.

Tratar con ella bien podía ser un dolor de cabeza, pero era una tía con agallas. Sus hijos tenían suerte de tener a una madre como ella. Muchas madres dicen que morirían por sus hijos. Charity se había ofrecido a hacer exactamente aquello.

Miré a los chicos un momento, la mayoría rostros demasiado jóvenes relajados en

mitad del sueño. Niños cuyo mundo se había fundado sobre la base de algo tan sólido como el amor de Charity, que serían capaces de hacer casi cualquier cosa. Entre ella y su marido criarían a una generación entera de hombres o mujeres con la misma clase de poder, autosuficiencia y coraje.

Por norma general soy pesimista respecto a la condición humana, pero pensar en la contribución que los chicos Carpenter podrían hacer al mundo era el tipo de cosa que me llenaba de esperanza casi sin darme cuenta.

Claro está que alguien debió de mirar al pequeño Lucifer y pensó en el tremendo potencial que tenía.

En el momento que aquel inquietante pensamiento surcó mi cabeza, Molly se zafó del brazo de su madre, apartó la pierna con suavidad de debajo de la oreja de un hermano pequeño y se salió de la durmiente camada. Se dirigía en silencio hacia la salida cuando levantó la vista y me vio observándola. Se detuvo en mitad de un paso.

—Estás despierto —susurró.

—Estoy demasiado cansado para dormir —dije—. ¿Adónde vas?

Se frotó las manos en la falda rota y evitó mi mirada.

—Yo... después de lo que les he hecho pasar. Pensé que sería mejor si...

—¿Si te ibas? —pregunté.

Se encogió de hombros y no levantó la mirada.

—No va a salir bien, no puedo quedarme en casa.

—¿Por qué no? —pregunté.

Sacudió la cabeza con un gesto de cansancio.

—Porque no. Ya no. —Salió de la habitación pasando por mi lado.

Moví la mano derecha con rapidez para cogerla de la muñeca y el contacto de piel contra piel desencadenó una temblorosa y palpitante aura de poder por mi brazo. El poder de un practicante del arte de la magia. Molly había evitado el contacto directo conmigo hasta aquel momento, aunque nunca llegué a tener razones para pensar que lo estaba haciendo.

Se quedó quieta y me miró fijamente cuando sintió la presencia de un poder similar en mi mano.

—No puedes quedarte por la magia. Eso es lo que quieres decir realmente.

Tragó saliva.

—¿Cómo... cómo lo sabes?

—Soy un mago, pequeña. Concédeme algo de crédito.

Cruzó los brazos bajo sus pechos y encorvó los hombros.

—Debería irme...

Me puse en pie.

—Sí, deberías. Tenemos que hablar.

Se mordió el labio y me miró.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que tienes que tomar algunas duras decisiones, Molly. Posees el poder. Ahora tienes que decidir si quieres usarlo. O si quieres que te use él a ti. —Le hice un gesto con la mano para que me acompañara y salí, lentamente. No íbamos a ninguna parte. Lo que era importante era el paseo. Mantuvo mi paso. Su lenguaje corporal era cerrado y defensivo.

—¿Cuándo comenzó? —le pregunté.

Se mordió el labio. No dijo nada.

Tal vez tendría que poner un poco de mi parte si quería recibir algo de la suya.

—Siempre es así para gente como nosotros. Algo ocurre la primera vez que aparece la magia, como quien no quiere la cosa. En general es algo pequeño y tonto. Mi primera vez. —Sonreí—. Oh, vaya, hacía tiempo que no pensaba en ello. —Me perdí un momento en mis recuerdos—. Fue tal vez dos semanas antes de que Justin me adoptara —dije—. Estaba en el colegio y era pequeño. Todo codos y orejas. Todavía no había pegado el estirón, era primavera y estábamos haciendo unas olimpiadas en el cole, una excursión, ya sabes. Yo competía en salto de longitud. —Sonreí—. Quería ganar. Había perdido todas las demás pruebas ante un par de tipos a los que les gustaba meterse conmigo, así que corrí por el asfalto y salté tanto como fui capaz, sin parar de gritar. —Sacudí la cabeza—. Debí de hacer bastante el ridículo. Sin embargo, al gritar y saltar al mismo tiempo, algo de mi poder salió al exterior y me lanzó tres metros más allá de lo que hubiera sido capaz de conseguir en circunstancias normales. Aterricé mal, claro, me doblé la muñeca. Pero gané un pequeño lazo azul. Todavía lo tengo en casa.

Molly me miró con el leve halo de una sonrisa.

—No puedo imaginarte siendo más bajito que los demás niños.

—Todos somos pequeños alguna vez —dije.

—¿También eras tímido?

—No tanto como debería haberlo sido. Tenía problemas cuando les contestaba con demasiado ímpetu a los chicos mayores. Y a los profesores. Y a cualquiera que tratara de intimidarme, fuera o no por mi propio bien.

Soltó una pequeña sonrisa.

—Eso me lo creo.

—¿Y tú? —pregunté amablemente.

Negó con la cabeza.

—Lo mío también es una tontería. Iba andando un día a casa de vuelta del colegio, hace un par de años, y estaba lloviendo así que corrí dentro al llegar. Era día de recados y pensé que mamá no estaría.

—Ah —dije—. Déjame adivinar. Ibas vestida como la señorita Gótica en vez de con la ropa que tu madre te vio salir.

Se le sonrojaron las mejillas.

—Sí, solo que mi madre no había ido a hacer los recados. La abuela había cogido prestada la furgoneta para llevar a los pequeños a que les cortaran el pelo porque mamá estaba enferma. Yo estaba en la sala de estar y no me había cambiado. Lo único que quería es que me tragara la tierra para que no me viera.

—¿Qué sucedió?

Molly se encogió de hombros.

—Cerré los ojos. Mamá entró. Se sentó en el sofá, puso la tele y no dijo ni una palabra. Abrí los ojos y estaba allí sentada, a un metro de distancia, y no me había visto. Salí de allí con mucha calma y ella no me miró en ningún momento. Bueno, al principio pensé que se había vuelto loca o estaba negándose a aceptar lo que veía o algo parecido. Pero no me había visto de verdad. Así que me metí en mi cuarto, me cambié de ropa y no se enteró de nada.

Levanté las cejas, impresionado.

—Uau. ¿De verdad?

—Sí. —Me miró—. ¿Por qué?

—Tu primera vez e invocaste un velo por puro instinto. Es algo impresionante, pequeña. Tienes un don.

Arrugó la frente.

—¿De verdad?

—Sin duda. Yo soy un mago del Consejo Blanco y no puedo crear un velo fiable.

—¿No puedes? ¿Por qué no?

Me encogí de hombros.

—¿Por qué algunas personas son magníficos cantantes sin dar lecciones de canto y otros no pueden ni entonar dos notas seguidas? Es algo que no tengo. Tú sí... —Sacudí la cabeza—. Es impresionante. Es un talento poco común.

Frunció el ceño al oír aquello y se quedó pensativa.

—Oh.

—Apuesto a que tuviste un dolor de cabeza de mil demonios después de aquello.

Asintió.

—En realidad sí. Como cuando te duele la cabeza al tomarte un helado, solo que durante dos horas. ¿Cómo lo sabías?

—Es una típica respuesta sensorial a una energía mal canalizada —dije—. A todos los que hacemos magia nos pasa tarde o temprano.

—No he leído nada parecido.

—¿Eso hiciste luego? ¿Te diste cuenta de que podías convertirte en la chica invisible y te pusiste a leer libros?

Se quedó callada un momento y pensé que estaba a punto de volver a cerrarse en banda. Pero entonces, en voz baja, dijo:

—Sí, bueno, sabía lo dura que mi madre sería conmigo si era... si mostraba interés en ese tipo de cosas. Así que leí libros. Algunos de la biblioteca y un par que compré en Barnes and Noble.

—Barnes and Noble —suspiré sacudiendo la cabeza—. ¿No acudiste a ninguna de las tiendas de ocultismo locales?

—Entonces no —dijo—. Pero... traté de conocer gente, ¿sabes? Wiccanos, psíquicos y gente así. Entonces conocí a Nelson en una escuela de artes marciales. Había oído que el profesor sabía del tema, aunque no creo que fuera así. Algunos de los amigos de Nelson estaban también metidos en temas de magia, o al menos eso pensaban ellos. Nunca vi a ninguno hacer nada.

Gruñí.

—¿Qué te contó toda esa gente sobre la magia?

—Más bien me podrías preguntar qué no me contaron —dijo—. Todo el mundo tiene un concepto diferente de la magia.

—Ajá —dije—. Sí.

—Y no es que pudiera estar dando vueltas por ahí todo el tiempo, entre el instituto, cuidar de los pequeños y con mi madre vigilando. Así que eso hice. Sobre todo leí libros. Y practiqué, ¿sabes? Intenté cosas pequeñas. Pequeños hechizos como encender velas y cosas así. Casi nada de lo que intenté funcionó.

—La magia no es fácil —dijo—. Ni siquiera para alguien con un poderoso talento natural. Hace falta un montón de práctica, como para todo. —Caminé unos pocos pasos sin decir nada—. Háblame del hechizo que usaste con Rosie y Nelson.

Se quedó quieta sin mirar a ninguna parte, pálida.

—Tuve que hacerlo —dijo.

—Continúa.

Se palpaba la desolación en sus bellas facciones.

—Rosie... ya había tenido un aborto espontáneo porque no paraba de colocarse. Cuando perdió al bebé se empezó a meter cosas fuertes. Heroína. Le supliqué que fuera a rehabilitación, pero ella... supongo que ya estaba perdida. Sin embargo, pensé que podría ayudarla. Con magia. Como tú ayudas a la gente.

Vaya. No dejé que la consternación se me notara en la cara y le hice un gesto para que continuara.

—Y un día de la semana pasada estuve hablando con Sandra Marling. Me contó que habían descubierto que la presencia de una poderosa fuente de miedo puede hacer un *bypass* en todo tipo de barreras psicológicas, en cosas como por ejemplo las adicciones. Que el miedo puede dar una lección fiable y rápida. No tenía mucho tiempo. Tenía que hacerlo para salvar al bebé de Rosie.

Gruñí.

—¿Por qué también a Nelson?

—Estaba... estaba tomando demasiado. Él y Rosie se reforzaban el uno al otro. Y no estaba segura de lo que pasaría, así que probé el hechizo con él antes que con ella.

—¿Lo probaste en Nelson? —pregunté—. ¿Y luego le hiciste lo mismo a Rosie? Asintió.

—Tenía que asustarlos para que se alejaran de las drogas. Les mandé a los dos una pesadilla.

—Rayos y centellas —murmuré—. ¿Una pesadilla?

La voz de Molly se tornó defensiva.

—Tenía que hacer algo. No podía quedarme sentada de brazos cruzados.

—¿Tienes idea del daño que les has causado? —pregunté.

—¿Daño? —dijo aparentemente desconcertada—. Estaban bien.

—No estaban bien —dije con calma—. Además, el mismo hechizo debería haber tenido el mismo resultado en ambos. Actuó de manera diferente en Nelson que en Rosie. —Y entonces até cabos de nuevo y dije—: Ah. Ahora lo entiendo.

Ella no me miró.

—Nelson era el padre —dije.

Se encogió de hombros. Una lágrima le resbaló por la mejilla.

—Es probable que ni siquiera supieran lo que estaban haciendo cuando ocurrió. Los dos estaban solo... —Sacudió la cabeza y guardó silencio.

—Eso explica por qué tu hechizo afectó mucho más a Nelson.

—No lo entiendo. Yo no le hice daño.

—No creo que lo hicieras a propósito. —Agité una mano, con la palma hacia arriba—. La magia proviene de muchos lugares, pero en especial de las emociones. Influyen casi cualquier cosa que haces. Estabas enfadada con Nelson cuando hiciste el hechizo. Lo contaminaste por completo con tu rabia.

—Yo no les hice daño —replicó testaruda—. Les salvé la vida.

—No creo que te des cuenta de las consecuencias —dije.

Se giró hacia mí.

—¡No les hice daño! —exclamó.

El aire se llenó de repente de tensión; una energía vaga y desenfocada se centró en la chica. Había suficiente para desencadenar algo desafortunado y estaba claro que la chica no estaba ni mucho menos en control de su poder. Sacudí la cabeza y agité la mano en un semicírculo en el aire, con las palmas hacia fuera, y simplemente extraje la energía generada por las emociones y la eché al suelo antes de que alguien resultara herido.

Un cosquilleo de una intensidad sorprendente me recorrió el brazo. Su talento no era escaso. Comencé a preparar una reprimenda por su descuido, pero la aborté antes de la primera palabra. En primer lugar, porque ni ella misma sabía lo que había hecho. No es que fuera inocente, pero no tenía toda la culpa. En segundo lugar,



acababa de escapar de una situación de pesadilla en manos de malvados seres de las hadas. Es probable que no hubiera podido controlar sus emociones ni aunque hubiese querido.

Me miró sorprendida cuando la energía que había reunido desapareció. La rabia y el dolor en su semblante y en su expresión se transformaron en incertidumbre.

—No les hice daño —dijo con un hilo de voz—. Los salvé.

—Molly, tienes que ser consciente de los hechos. Sé que estás cansada y asustada, pero eso no cambia nada de lo que les hiciste. Jodiste sus mentes. Usaste la magia para esclavizar su voluntad y el hecho de que pretendieras hacer una buena obra no cambia nada en absoluto. En alguna parte dentro de ellos saben lo que les hiciste, en su subconsciente.

»Tratarán de luchar. De recuperar el control de sus propias decisiones. Y esa pelea va a hacer pedazos sus psiques.

Más lágrimas cayeron de sus ojos.

—Pe... pero...

Continué, manteniendo siempre mi voz estable.

—Rosie estaba mejor. Es posible que se recupere en unos cuantos años. No obstante, es probable que Nelson haya perdido la razón. Puede que no regrese nunca. Y además, al hacerles esto a ellos, tu cabeza se ha trastocado. No tanto como a Rosie o a Nelson, pero también te has hecho daño. A partir de ahora será más difícil para ti controlar tus impulsos y tu magia. Con lo cual es probable que en algún momento pierdas el control y hagas daño a alguien más. Es un círculo vicioso. Lo he visto en otras ocasiones.

Molly sacudió la cabeza una y otra vez.

—No. No, no, no.

—Aquí viene otra verdad —dije—. El Consejo Blanco tiene siete leyes de la magia. Meterse en las cabezas de la gente rompe una. Cuando el Consejo averigüe lo que has hecho te someterán a juicio y te ejecutarán. El juicio, la sentencia y la ejecución se desarrollarán en el espacio de una hora.

Guardó silencio, mirándome, llorando.

—¿Juicio? —susurró.

—Hace un par de días vi cómo ejecutaban a un chico que había roto la misma ley. No pareció recuperarse del estado de *shock*. Sus ojos empañados de lágrimas no miraban a ningún punto concreto.

—Pero... yo no lo sabía.

—No importa —dije.

—Nunca pretendí hacerle daño a nadie.

—No importa.

Rompió a llorar como una histérica y se agarró el estómago con las manos.

—Pero... no es justo.

—¿Y qué lo es? —dije en voz baja—. Tengo otra dura verdad para ti. Soy un centinela del Consejo, Molly. Es mi trabajo llevarte ante ellos.

Se limitaba a mirarme. Parecía rota por el dolor, indefensa, sola. Que Dios me ayudara, se parecía a la niña pequeña que conocí en casa de Michael años atrás. Tuve que recordarme a mí mismo que existía una parte oscura de la chica detrás de aquellos ojos azules. Tanto la rabia ciega como la negación pertenecían a las partes de su mente que se torcieron cuando torció a sus amigos.

Deseé no haber visto destellos de aquel otro lado suyo, no quería seguir la cadena de acontecimientos que derivaba de aquello. Molly había roto las leyes de la magia. Había causado un incalculable daño a otros. Su psique dañada podría derrumbarse en cualquier momento y volverla loca.

Todo aquello significaba que era peligrosa.

Tanto como una bomba de relojería.

A las leyes no les importaba que su intención fuera buena. Se había convertido en la clase de persona para las que se crearon las leyes y su sentencia.

Pero cuando la ley no protege a aquellos que gobierna es necesario que alguien tome las riendas; en este caso, yo. Existía la posibilidad de que pudiera salvarle la vida. No es que fuera muy grande, pero era la mejor oportunidad de la que iba a disponer. Eso asumiendo, claro, que no hubiera perdido la cabeza del todo ya.

Solo conocía un modo seguro de averiguarlo.

Me detuve en el pasillo oscuro y me volví hacia ella.

—Molly, ¿sabes lo que es la visión del alma?

—Es... leí en un libro que es cuando miras a alguien directamente a los ojos. Entonces ves cómo es realmente.

—Algo así —convine—. ¿Lo has hecho alguna vez?

Negó con la cabeza.

—El libro decía que podía ser peligroso.

—Puede serlo —confirmé—. Aunque es probable que no por las razones que piensas. Molly, cuando ves a alguien de esa forma no se esconde la verdad de cómo eres. Lo ves todo, lo bueno y lo malo. Sin grandes detalles, en términos generales, pero te haces una idea de qué clase de persona es. Y dura para siempre. Lo que has visto permanece en tu cabeza, punto final. Cuando tú les miras, ellos te ven a ti del mismo modo.

Asintió.

—¿Por qué lo preguntas?

—Me gustaría verte, si estás dispuesta a permitirlo.

—¿Por qué?

Sonreí un poco, aunque mi reflejo en una de las ventanas que pasamos parecía

triste.

—Porque quiero ayudarte.

Se dio la vuelta como si fuera a salir corriendo, pero se quedó donde estaba. Su falda rota susurró.

—No lo entiendo.

—No voy a hacerte daño, pequeña. Solo necesito que confíes en mí durante un rato.

Asintió, mordiéndose el labio.

—De acuerdo. ¿Qué hago?

Me quedé quieto delante de ella. Molly hizo lo mismo.

—Puede que te sientas algo extraña, pero no va a durar tanto como parece.

—De acuerdo —dijo con aquel tono de niña perdida en la voz.

La miré a los ojos.

Por un segundo pensé que no había pasado nada. Y entonces, de repente, me di cuenta de que la visión del alma estaba en marcha y que me mostraba a Molly de pie frente a mí tal y como era. Al mirar al pasillo detrás de la chica me di cuenta de que las ventanas de la iglesia mostraban media docena de reflejos diferentes.

Uno de ellos era una versión demacrada de Molly, parecía muerta de hambre o consumida por las drogas, y en sus ojos brillaba un desagradable destello de locura. Otra Molly era alegre y reía sin parar, rodeada de niños, algo mayor y con unos sanos kilos de más. Una tercera aparecía frente a mí con una capa gris de centinela, aunque la cicatriz de una quemadura, casi una marca, manchaba la redondez de su mejilla izquierda. Otra Molly era igual a la actual, aunque más segura de sí misma, con un brillo alegre en los ojos. Otro reflejo la mostraba trabajando en un escritorio.

Pero el último...

El último reflejo de Molly no era aquella misma chica. Bueno, por fuera se parecía a Molly; sin embargo, los ojos no mentían. Eran fríos como los de un reptil, vacíos. Iba toda vestida de negro, incluido un collar, y se había teñido el pelo del mismo color para ir a juego. Aunque se parecía a Molly, a un ser humano, no era ni lo uno ni lo otro. Se había convertido en algo enteramente diferente, en algo muy, muy malvado.

Posibilidades. Barajaba diversas posibilidades. Estaba claro que la oscuridad se hallaba muy presente en la chica, pero todavía no la había dominado. En todas las imágenes potenciales Molly era una persona con poder, cierto que de diferentes clases, pero era fuerte en todas ellas. Su destino era acabar poseyendo un poder propio que usaría para el bien o para el mal, dependiendo de las decisiones que adoptara.

Lo que necesitaba era un guía. Alguien que le explicara de qué iba aquello, que le suministrara las herramientas que necesitaría para lidiar con su recién hallado poder y

todo lo que conllevaba. Sí, aquel resto de oscuridad todavía ardía en su interior, pero yo no era precisamente el mejor indicado para criticarla por eso. Sí, tenía potencial para torcerse. A lo bestia.

Igual que todos.

Pensé en Charity y Michael, los padres de Molly, su familia. Su fuerza había sido forjada y fundada en la de ellos. Ambos consideraban el uso de la magia algo cuanto menos sospechoso, y si bien no inherentemente malo, sí peligroso. Su oposición al poder que Molly había manifestado podría volver la fuerza que le habían dado a su hija contra ella misma. Si creía o llegaba a creer que su poder era maligno, aquello podría precipitarla con mayor rapidez al sendero de la izquierda.

Sabía de sobra que Michael y Charity cuidaban bien de su hija.

Sin embargo, no podían ayudarla.

No obstante, una cosa era cierta y me transmitía una gran sensación de seguridad. Molly no se había manchado aún de manera indeleble. Su futuro no estaba escrito todavía.

Merecía la pena luchar por él.

Finalicé la visión y las varias imágenes en las ventanas de detrás de Molly desaparecieron. La chica temblaba como un cervatillo asustado, mirándome con los ojos muy abiertos.

—Dios mío —susurró—. No sabía que...

—Tranquila —le dije—. Siéntate hasta que todo deje de dar vueltas.

La ayudé a sentarse en el suelo con la espalda apoyada en la pared y me coloqué a su lado. Me froté un punto que había comenzado a temblar entre mis cejas.

—¿Qué has visto? —susurró.

—Que básicamente eres una buena persona —le dije—. Que tienes mucho potencial. Y que estás en peligro.

—¿Peligro?

—El poder es como el dinero, pequeña. No es fácil manejarlo bien y una vez que empiezas a conseguirlo, nunca tienes bastante. Creo que estás en peligro porque has hecho un par de malas elecciones. Has usado tu poder de maneras que no deberías. Sigue así y acabarás trabajando para el lado oscuro.

Subió las rodillas hasta el mentón y se abrazó las piernas.

—¿Has... has conseguido lo que necesitabas?

—Sí —dije—. Tienes que tomar un par de decisiones, Molly. Para empezar, si vas a entregarte al Consejo.

Se balanceó nerviosa hacia delante y atrás.

—¿Por qué iba a hacer tal cosa?

—Porque van a encontrarte tarde o temprano. Si eso ocurre, si creen que tratas de evitarlos, te matarán sin pensárselo dos veces. Pero si estás dispuesta a cooperar y

asumir lo que has hecho y alguien intercede por ti, el Consejo podría renunciar a la pena de muerte.

—¿No vas a entregarme a ellos de todas maneras?

—No —dije—. Estamos hablando de elecciones, Molly. Esta es tuya. Respetaré lo que quieras hacer.

Frunció el ceño.

—¿Tendrás problemas con esa gente por esto?

Me encogí de hombros.

—No estoy seguro. Podrían matarme por estar asociado con un mago malvado.

Levantó las cejas.

—¿De verdad?

—No andan precisamente sobrados de tolerancia, perdón y amor espiritual —le dije—. Casi aprietan el gatillo contra mí un par de veces. Son gente peligrosa.

Se estremeció.

—¿Te arriesgarías a eso por mí?

—Sí.

Rumió la idea, hosca.

—¿Y si me entregara?

—Entonces explicaríamos lo que ha pasado, intercedería por ti. Si el Consejo lo acepta me haría responsable de tu entrenamiento y del uso de tu magia.

Parpadeó.

—¿Quieres decir que... sería tu aprendiz?

—Pues sí —dije—. Pero tienes que entender algo. Significa que aceptarías mi liderazgo. Si te digo que hagas algo, lo haces. Sin preguntas, sin retrasos. Lo que puedo enseñarte no es un maldito juego. Es el poder de la vida y la muerte, y no hay espacio para nadie que no trabaje duro para controlarlo. Si vienes al Consejo conmigo, estás aceptando esos términos. ¿Lo pillas?

Tembló de pies a cabeza y asintió.

—Lo siguiente es que decidas qué quieres hacer con tu poder.

—¿Cuáles son mis opciones? —me preguntó.

Me encogí de hombros.

—Tienes potencial para llegar a ser parte del Consejo Blanco en su momento, si es lo que quieres. O puedes buscar algo que vaya acorde con tus talentos. He oído hablar de un par de magos que han hecho una enorme cantidad de dinero gracias a sus habilidades. O, ¡demonios!, tal vez cuando aprendas a controlarlos los puedes dejar de lado, dejar que se desvanezcan. —*Como hizo tu madre.*

—No podría hacer eso último —dijo.

Gruñí.

—Piensa en ello, pequeña. Si te unes ahora a los magos, acabarás en mitad de una

guerra. A los tipos malos no les importará que seas joven o no estés entrenada.

Se mordió el labio.

—Debería hablar con mis padres, ¿verdad?

Soltó aire lentamente.

—Si quieres, deberías hacerlo. Sin embargo, debes darte cuenta de que esta elección es solamente tuya. No puedes tolerar que nadie la tome por ti.

Permaneció callada un largo rato. Entonces, en voz muy baja, me preguntó:

—¿De verdad crees que yo... que yo podría unirme al lado oscuro?

—Sí —afirmé—. Hay un montón de cosas ahí fuera que estarían contentas de ayudarte a conseguirlo. Por eso quiero echarte una mano, para alejarte de ellas hasta que sepas hacerlo tú misma.

—Pero... —Levantó la cara—. No quiero ser mala.

—Nadie quiere —dije—. La mayoría de la gente mala en el mundo real no sabe que lo es. No aparece una señal de neón delante de ti diciéndote que estás a punto de condenarte. Se te cuele dentro cuando no estás mirando.

—Pero los del Consejo... ¿verán eso, verdad? Que no quiero ser como los malos.

—No te puedo garantizar que se lo crean. E incluso si lo hacen, puede que decidan ejecutarte de todas maneras.

Se quedó sentada muy quieta. Escuché su respiración.

—Si voy al Consejo... ¿pueden venir mis padres conmigo?

—No.

Tragó saliva.

—¿Y tú?

—Sí.

Me miró de nuevo a los ojos, esta vez sin temor a que comenzara una sesión de visión del alma. Aquel barco había zarpado. Las mejillas manchadas de lágrimas brillaron y se curvaron en una pequeña sonrisa que no escondía el miedo detrás de ellas.

Coloqué mi mano sobre las suyas.

—Te prometo algo, Molly. No tengo intención de que te hagan daño. Punto. La única manera que tendrán de ponerte una mano encima será por encima de mi cadáver. —Algo que no sería muy difícil para el Consejo, pero no había necesidad de mencionarle aquello a la chica. Ya había pasado bastante miedo por hoy—. Creo que acudir a ellos en mi compañía es la mejor opción que tienes —continué—. Si decides que es eso lo que quieres, nos sentaremos con tus padres para decírselo. La idea no les apasionará, pero no es decisión suya. Es tuya. Tiene que serlo, o no significará nada.

Asintió y cerró los ojos un momento. Pobre chica. Parecía tan joven. Estaba casi seguro de que yo no había sido nunca tan joven.

Entonces respiró hondo, temblorosa, y lo decidió:  
—Quiero ir al Consejo.

## Capítulo 42

Convencí a Molly para que se quedara en la iglesia con su familia hasta que todos hubiéramos descansado y pudiéramos hablar con su madre. Cualquier hombre cuerdo se hubiera subido en un autobús camino de Las Vegas en lugar de esperar a decirle a Charity Carpenter que quería poner a su primogénita delante de un grupo de poderosos magos para que la sometieran a juicio y a una posible ejecución.

Encontré un camastro vacío y me metí dentro. Era pequeño y me sobresalían las piernas, pero no me importó en absoluto. Unas uñas repiquetearon en los azulejos del suelo a un ritmo inestable y sentí el calor de la silenciosa presencia de Ratón cojeando con cuidado hasta llegar junto a mi camastro. Saqué una mano, le rasqué las orejas y la posé sobre la espesa mata de pelo de detrás de sus hombros. Me quedé dormido antes de que le diera tiempo a acomodarse para dormir a mi lado.

Me desperté más tarde en la misma posición en la que me había dormido. Me dolía el cuello y me colgaba una mano del lado de la cama. La sentí acolchada y tonta por la falta de circulación y tuve que esforzarme para notar que seguía posada en la espalda peluda de Ratón. La habitación no estaba iluminada, pero la puerta del pasillo estaba abierta y la luz de la tarde se filtraba a través de ella.

Quería seguir durmiendo, sin embargo, me puse de pie y fui al baño a paso tambaleante. Ratón cojeó a mi lado sin quejarse. Me encargué de la fontanería interna y deseé que hubiera una ducha. Me las apañé con un lavado de gato en el lavabo y volví arrastrando los pies a la habitación de invitados de Forthill.

Todos los camastros estaban ocupados. Nelson dormía en uno, haciéndose notar por el temblor ocasional de alguno de sus miembros. Las órbitas de sus ojos cerrados se movían hacia delante y atrás y sudaba ligeramente. Pesadillas, supuse. Pobre chico. Ojalá hubiera podido ayudarlo, pero siendo realistas no había nada que pudiera hacer por él.

Molly dormía en otro camastro el sueño oscuro y quedo de los realmente cansados. Charity estaba sentada en una silla junto a la cama, con la cabeza apoyada en la pared. Roncaba un poco. Una de sus manos reposaba entre los cabellos de Molly.

Las miré a las dos en silencio durante un rato. Pensé en tachar todo aquello, conjuré en mi mente una imagen en la que cavaba un hoyo, me metía dentro y me enterraba. Eh, a Bugs Bunny le funcionaba.

—Debería haber girado a la izquierda en Albuquerque —le dije a Ratón.

El perro se echó de nuevo en el suelo, de lado, con la pata herida apartada del suelo.

—Sí, tienes razón —dije—. Soy demasiado estúpido para no involucrarme. No tiene sentido posponer lo inevitable.



Así que me levanté, me acerqué a Molly y le sacudí los hombros con suavidad. Charity se despertó cuando lo hice, algo desorientada. A Molly le costó un poco más, pero en cuanto lo hizo respiró hondo y se sentó en la cama, como su madre.

—¿Sí? ¿Están todos bien? —preguntó Charity.

—Por lo que sé, sí —dije—. ¿Dónde están los otros chicos?

—Mi madre se los llevó a casa.

—¿Alguna noticia de Michael?

Sacudió la cabeza.

—Tenemos que hablar de algo muy importante, si me hace el favor.

—¿Y de qué se trata? —me preguntó.

—Es mejor que se despierte. Tal vez sea bueno que se levante y vaya a echarse algo de agua en la cara mientras yo busco algo de café.

—Tenemos que hablar, mamá —dijo Molly en un tono dulce.

Charity me miró un momento y pensé que iba a discutir conmigo sobre el asunto. Entonces sacudió la cabeza.

—Muy bien —aceptó.

Hice lo que había dicho un momento antes. Asalté la pequeña cocina y aparecí no solo con café, sino también con varios bollos y algo de fruta fresca. Dejé unos cuantos pavos en la encimera, debajo del salero, y volví junto a Molly y Charity.

Nos sentamos a desayunar en la oscura habitación.

Le presenté el asunto a Charity del mismo modo que a Molly.

—Magia negra —susurró la mujer cuando terminé. Miró a su hija, con una expresión que arrugaba sus facciones—. Nunca pensé que había llegado tan lejos.

—Lo sé, mamá —replicó Molly apocada.

—¿Es verdad lo que dice?

Molly asintió.

—Oh, nena —suspiró Charity. Tocó el pelo de la chica con una mano—. ¿Cómo no pude anticiparme a esto?

—No se machaque por ello —le aconsejé—. Al menos no ahora. No va a ayudar a nadie.

En su rostro apareció un rastro de rabia.

—Ni tampoco esa tontería del Consejo Blanco. No va a ir, por supuesto.

—No creo que lo entienda —le dije a Charity con tranquilidad—. Va a ir. Puede hacerlo voluntariamente o cuando los centinelas la encuentren. Pero va a ir.

—¿Entonces su intención es la de informarles de lo ocurrido? —preguntó Charity en un tono que denotaba una frialdad creciente.

—No —dije—. Pero esta clase de magia deja una marca. Hay muchas cosas en el Más Allá que pueden sentirla y de hecho alguien ya le ha dado el chivatazo al Consejo de que hay magia negra por ahí. Aunque yo no dijera nada, es solo cuestión

de tiempo hasta que otro centinela investigue el tema.

—Eso no lo sabe a ciencia cierta.

—Sí que lo sé —respondí—. Y no se trata solo de rendir cuentas. Las cosas que ha hecho han dejado una marca en ella, como digo. Si no tiene apoyo y entrenamiento, tales cambios van a convertirse en una bola de nieve.

—Eso usted no lo sabe.

—Sí que lo sé —repetí alzando la voz—. Demonios, Charity, estoy tratando de protegerla.

—¿Arrastrándola a un tribunal ilegal de tiranos egoístas y sedientos de poder para que la ejecuten? ¿Cómo protege eso a mi niña?

—Si acude voluntariamente, conmigo, creo que puedo conseguirle clemencia hasta que tenga la oportunidad de demostrarles que es sincera respecto a su interés en trabajar con ellos.

—¿Lo cree? —dijo Charity—. No. Eso no es suficiente.

Apreté los puños, frustrado.

—Charity, la única cosa de la que estoy seguro es de que si Molly no sale a la luz y uno de esos tiranos egoístas y sedientos de poder acaba por encontrarla será declarada hechicera de manera automática y la ejecutarán. Eso sin mencionar lo que pasará con su cabeza si se queda sola. Es probable que para entonces merezca que la ejecuten.

—Eso no es cierto —espetó Charity—. No va a convertirse en un monstruo. No va a cambiar.

—Dios mío, Charity. ¡Quiero ayudarla!

—No lo está haciendo por eso —esgrimió, levantándose—. Quiere hacer que vaya con usted para salvar su propio pellejo. Tiene miedo de que si la encuentran lo consideren un traidor por no entregarla ahora y lo ejecuten a usted también.

Me puse de pie. El silencio era denso y opresivo en la sala.

—Mamá —dijo Molly con calma, rompiéndolo—. Por favor, dime qué ha hecho Harry en los dos últimos días que te haga pensar que es egoísta o cobarde. ¿Darse la vuelta para enfrentarse a los ogros y que nosotras pudiéramos escapar, por ejemplo? ¿O cuando te cedió las obligaciones que la señora del Verano tenía hacia él con la intención de rescatarme?

Charity guardó silencio durante unos momentos. Entonces su rostro se encendió y dijo:

—Jovencita, eso no es...

Molly la interrumpió con voz queda, calmada, sin mostrar rabia ni falta de respeto pero tampoco debilidad:

—O quizás fue cuando tú estabas dormida y nadie podía haberle impedido llevarme ante el Consejo y en lugar de hacerlo se detuvo a darme una oportunidad. —

Se mordió el labio un segundo—. Me has contado todo lo que ha hecho por mí desde que me cogieron. Ahora se está ofreciendo a morir por mí, mamá. ¿Qué más le puedes pedir?

El rostro de Charity se puso más rojo si cabe y creo que distinguí algo similar a la vergüenza en su expresión. Se sentó de nuevo, inclinó la cabeza y no dijo nada. El silencio se alargó. Le temblaron los hombros.

Molly se deslizó hacia abajo para ponerse de rodillas a los pies de su madre y abrazarla. Charity respondió al abrazo. Las dos se balancearon lentamente adelante y atrás durante un momento y aunque la tenue luz de la habitación me impedía distinguirlo con claridad, estaba seguro de que ambas estaban llorando.

—Tal vez tengas razón —dijo Charity pasado un momento—. No debería haberle acusado de esa manera, señor Dresden. —Enderezó los hombros y levantó la cabeza—. Pero no voy a permitir que vaya.

Molly alzó la cabeza muy lentamente, de frente a Charity, y levantó un poco la barbilla.

—Te quiero mucho, mamá. Sin embargo, esto no es decisión tuya. Soy la única responsable por lo que hice. Afrontaré las consecuencias —declaró.

Charity rehuyó la mirada de su hija con una mezcla de pena y miedo que la hacía parecer vieja por primera vez.

—Molly —susurró.

El padre Forthill había llegado en algún momento de la conversación, aunque ninguno de nosotros lo había visto de pie en la puerta. Su voz era amable y tranquila.

—Tu hija tiene razón, Charity —dijo—. Ya es una adulta, en muchos sentidos. Ha realizado acciones que requieren que acepte la responsabilidad que conllevan.

—Es mi niña —objetó Charity.

—Lo fue —la corrigió Forthill—, si bien solo por un tiempo limitado. Los niños son un regalo precioso, pero solo se pertenecen a sí mismos. Solo nos son prestados por un corto espacio de tiempo. —El sacerdote cruzó los brazos sobre su pecho y se apoyó en el umbral—. Creo que deberías considerar lo que ha pasado, Charity. Dresden es tal vez la única persona que podía ayudaros a ti y a Molly. No creo que sea un accidente que acabara envuelto en esta situación. —Me brindó una pequeña sonrisa—. Después de todo, sus sendas son misteriosas.

Anduve unos pasos y me hincé sobre una rodilla ante Charity.

—No sé nada sobre eso pero, pase lo que pase —dije en voz baja—, le prometo que traeré a su hija sana y salva de vuelta del Consejo. Tendrán que matarme para detenerme.

Charity me miró y vi una docena de emociones recorrer su semblante. Esperanza, miedo, rabia y tristeza entre ellas. Abrió dos veces la boca para hablar, pero se tragó las palabras antes de decirlas.

Al final, susurró:

—¿Tengo su palabra?

—La tiene.

Me miró fijamente un momento. Entonces levantó la vista y le dijo a Forthill:

—Ojalá Michael estuviese aquí.

—Si estuviera, ¿qué crees que diría? —le preguntó Forthill.

Sus ojos volvieron a mí.

—Que tuviera fe. Que confiara en el mago. Que es un buen hombre —dijo, adusta y grave.

El sacerdote asintió.

—Yo también creo que diría eso.

Charity me miró sin verme.

—¿Cuánto tiempo llevará?

—Contactaré con el Consejo hoy mismo. Depende de quién esté disponible, pero este tipo de asuntos tienen una prioridad alta. Será mañana, pasado como mucho.

Inclinó de nuevo la cabeza, y asintió.

—¿No hay nada que podamos hacer? —le dijo a Forthill.

—Molly ha tomado su decisión —dijo el sacerdote—. Y todo lo que sé respecto a los efectos de la magia negra en aquellos que la usan coincide con lo que Dresden te ha dicho. Tu hija está en un peligro real, Charity.

—¿No puede la Iglesia...?

Forthill le sonrió débilmente y negó con la cabeza.

—No existimos muchos que nos sigamos enfrentando a las Tinieblas. De entre aquellos que lo hacemos ninguno de nosotros tiene una verdadera habilidad con la magia. Podríamos ayudarla a apartarse de sus dones pero considerando su edad el efecto sería parecido a un aprisionamiento. —Hizo un gesto de cabeza hacia Molly—. Y sin ánimo de ofender, pequeña, pero con tu temperamento, sin tu completa cooperación, tal cosa solo te empujaría antes a la oscuridad.

—No —dijo Charity—. Tiene que dejar esto a un lado.

Molly se cruzó de brazos y asintió con los labios apretados.

—No.

Charity la miró suplicante.

—Molly, no entiendes lo que puede hacerte.

La chica permaneció callada un momento.

—¿Recuerdas la parábola de los talentos? —dijo luego.

Los ojos de Charity se encendieron.

—No te atrevas a usar las escrituras para justificarte.

Alcé una mano para pedir silencio.

—Esa no me la sé —dije.

Forthill comenzó a relatarla:

—Su señor les dio a tres hombres cierta cantidad de dinero: quince, diez y cinco talentos de plata, respectivamente. El hombre de los quince talentos invirtió el dinero, trabajó duro y devolvió quince talentos a su señor. El hombre de los diez hizo lo mismo. El señor estaba muy contento. Pero el tercero era perezoso. Enterró los cinco talentos en el suelo, y cuando se los devolvió a su señor esperando ser recompensado por mantenerlos a salvo, su señor se mostró enfadado. No le había dado el dinero a aquel hombre perezoso para que lo escondiera. Se lo había dado para que lo usara y mejorara la productividad de sus tierras. La moraleja es que a quien mucho se le da, mucho se le pide.

—Oh —dije—. Stan Lee lo dijo mejor. O al menos con menos palabras.

—¿Disculpa? —dijo Forthill.

—Spiderman. Un gran poder conlleva una gran responsabilidad —dije.

Forthill arrugó los labios y asintió.

—Eso es más corto, supongo. Aunque soy escéptico respecto a cómo se podría introducir en un sermón.

Fruncí el ceño y miré a Charity. Tenía la cabeza agachada y sus manos formaban puños una y otra vez. Entonces un pensamiento me asaltó.

Ella era la que había recibido los cinco talentos. Tuvo el poder y lo enterró en la tierra.

—Mi profesor me dijo algo una vez —me oí decir en voz baja—. Que la lección más difícil en la vida es aprender cuándo no hacer nada. Aprender a dejar escapar algo.

Molly apoyó la cabeza en el regazo de Charity.

—Sabes bien la de cosas malas que existen ahí fuera. Tengo la oportunidad de marcar la diferencia. Quiero ayudar.

Algo dentro de la férrea voluntad de la esposa de Michael se rompió de repente. Levantó a Molly para abrazarla de nuevo y la dejó allí mientras no paraba de temblar.

—Por supuesto que sí. Eres la hija de tu padre. ¿Cómo ibas a querer otra cosa? —susurró.

Molly soltó una risilla ahogada y se pegó más a ella.

—Gracias.

—Rezaré por ti —dijo Charity con calma. Me miró e intentó sonreír—. Y por ti, Harry.

## Capítulo 43

Forthill me condujo a un pequeño despacho destartalado, seguramente el suyo propio. Me señaló el teléfono y cerró la puerta para concederme algo de privacidad antes de que se la pidiera. Me senté al borde del escritorio, saqué mi agenda de contactos del bolsillo del guardapolvos y llamé a los centinelas.

Me sometí a una rutina de palabras clave y santo y seña con la mujer aparentemente joven que contestó al teléfono, después de lo cual, con un fuerte acento inglés, me preguntó:

—¿Cuál es el motivo de su llamada?

—Un informe —dije—. Tengo aquí a una joven que ha roto una de las leyes.

—¿Ha capturado a una hechicera? —preguntó la mujer.

—Se ha entregado, está cooperando. Hay circunstancias atenuantes al respecto. Quiero que tenga una audiencia.

—Una audiencia... —dijo la joven. Oí movimiento de papeles—. Centinela, lo siento pero creo que ya no hacemos audiencias.

—Claro que sí —dije—. Lo que pasa es que no hemos tenido ninguna en diez o doce años. Comuníquese a los mandos y díales que usaremos el mismo lugar de la última vez, mañana al anochecer. Le encargo al centinela Ramírez la seguridad.

—No lo sé —insistió la mujer. Sonaba joven e insegura. Nuestras recientes pérdidas ante la Corte Roja habían acelerado el ascenso de muchos magos jóvenes, los cuales heredaron de los caídos unas responsabilidades endemoniadamente complejas—. No estoy segura de que esto sea apropiado.

—Lo vamos a hacer así —le dije—. Lo único que tiene que hacer es decirles a Morgan y Luccio lo que le he dicho. ¿Entendido?

—Sí, señor —dijo. Sonaba casi agradecida—. Lo comunicaré.

—Gracias —dije, y colgué.

Respiré hondo. Los centinelas estarían pronto enterados y yo estaría entonces metido hasta el cuello en el asunto.

Llamaron a la puerta y Forthill abrió.

—¿Has terminado?

—Sí —dije—. Gracias.

—Por supuesto. ¿Hay algo que pueda hacer?

Sacudí la cabeza.

—Ya ha hecho más que suficiente.

Sonrió un poco.

—Eso es discutible —dijo—. ¿Puedo preguntarte algo?

Asentí.

—El joven —comenzó—. Nelson. ¿Lo están persiguiendo de verdad?

Sacudí la cabeza.

—No lo creo. No hay razón para que sea así. Molly le envió un hechizo que lo forzaba a sentir miedo si quería tomar drogas.

Su rostro denotó preocupación.

—¿Y crees que atrajo una sensación de paranoia?

—Molly no sabía que sus sentimientos hacia él afectarían al hechizo de esa manera tan horrible. Aunque no pretendía hacerlo, desencadenó un mundo de dolor para el chico. —Sacudí la cabeza—. Paranoia, pesadillas, fobias... y para rematar las cosas también padece el mono de las drogas. Podría sufrir daños permanentes.

—Pobre chico —dijo Forthill.

—No sé por dónde empezar para ayudarlo, padre —dije. Me callé un momento y luego añadí—: Es huérfano.

Forthill sonrió y se quitó las gafas. Las limpió con un pañuelo.

—Puede que tú no sepas por dónde empezar. Yo sí. No te preocupes, Dresden. El chico no se quedará solo.

—Gracias —dije.

—No lo hago por ti —dije—, sino por el chico. Y por obediencia a nuestro Señor. Pero de nada.

Guardé la agenda y me puse de pie. El sacerdote se quedó en el umbral con una expresión franca en el rostro.

—Dime —comenzó Forthill. Examinó las gafas para asegurarse de que ya estaban limpias—. ¿Crees que serás capaz de proteger a la chica?

—Eso creo —dije con calma. No tenía muchos amigos en el Consejo, pero los que tenía pertenecían al Consejo de Veteranos, que es un cuerpo ejecutivo, sobre todo en tiempos de guerra. Me apoyarían. La chica no quedaría del todo libre, pero al menos la colocarían en una especie de libertad condicional a tolerancia cero en lugar de ejecutarla.

Forthill me miró con sus brillantes ojos azules, paciente.

—Esta situación te resulta familiar.

Sonreí un poco.

—Extremadamente.

—Comienzo a entender —dijo.

—Cuénteme —dije—. ¿De verdad piensa lo que le dijo a Charity sobre mí? ¿Qué Dios lo arregló para que estuviera allí para Molly?

Me miró al tiempo que se ponía de nuevo las gafas, con sus ojos azules fijos en mí.

—Sí. Sé que no tienes mucho apego a la religión, Dresden, pero a lo largo de los años he llegado a conocerte. Creo que eres un buen hombre. Y Dios reconoce a los suyos.

—¿Y eso que significa? —pregunté.

Sonrió y negó con la cabeza.

—Significa, sobre todo, que las cosas se alían para aquellos que aman al Señor. Lo que dije sobre ti lo decía en serio.

Gruñí amable y negué con la cabeza.

—Harry Dresden. Estoy en una misión para Dios.

—Parece una coincidencia muy poco probable, ¿verdad? Que la única persona que Michael conoce en el Consejo sea la única en posición de ayudar a su hija justo cuando él tiene que ausentarse.

Me encogí de hombros.

—A veces ocurren coincidencias —dije—. Y no creo que Dios me tenga aparcado en boxes para convertirme en uno de sus campeones.

—Tal vez no —dijo Forthill—. Pero creo que estás siendo preparado.

—¿Preparado? —pregunté—. ¿Para qué? ¿Para quién?

El hombre sacudió la cabeza.

—Solo es la corazonada de un viejo, nada más. Las cosas a las que estás enfrentándote ahora están teniendo lugar con el fin de prepararte para algo. Algo más grande.

—Dios —dije—. Espero que no. Ya tengo bastantes problemas para encima tener que buscarme otros más gordos.

Se echó a reír y asintió.

—Tal vez tengas razón.

Me puse serio al pensar en algo.

—Padre. Dígame, ¿por qué demonios el Todopoderoso manda a Michael a una misión cuando su familia está tan necesitada de su protección?

Forthill arqueó una ceja.

—Hijo mío —dijo—. Dios lo sabe todo, siempre. Debido a su propia naturaleza, su omnisciencia le permite saber lo que ha ocurrido, ocurre y ocurrirá. Aunque no veamos sus razones o no estemos de acuerdo en sus perspectivas, estas existen.

—Lo que me está diciendo es que el Todopoderoso sabe lo que hace y tenemos que confiar en Él.

El sacerdote parpadeó.

—Claro. Sí.

—¿Existe alguna razón por la que el Todopoderoso no pueda hacer algo patente y obvio?

Pobre Forthill. Se había estado preparando durante años para un duelo teológico con el sombrío mago Dresden y llegado el día me lo estaba comiendo con patatas.

—Bueno. No. ¿Qué quieres decir?

—Como que tal vez el Todopoderoso no mandó a Michael a la misión cuando



hacía falta aquí para proteger a su hija. Tal vez envió lejos a Michael porque quería que las cosas sucedieran de esta manera. —Solté una corta risilla—. Si me equivoco, sería una enorme coincidencia... —Fruncí el ceño y luego dije—: Hágame un favor. Vaya a por Molly. El procedimiento del Consejo exige que no la deje sola. Tengo que tenerla siempre a mi lado hasta que terminemos.

Se levantó y asintió, conforme pero todavía desconcertado.

—Muy bien.

—Y necesito saber algo, padre. ¿Sabe dónde está Michael ahora mismo?

Forthill negó con la cabeza.

—¿Podría decirle algo de mi parte? —pregunté—. Quiero decir, si de verdad fuera necesario.

Ladeó la cabeza.

—¿Por qué? —me preguntó.

—Porque he tenido una idea —expliqué—. ¿Puede ponerse en contacto con él?

Forthill sonrió.

## Capítulo 44

Las habilidades de mi mecánico bordeaban lo sobrenatural. Me había dejado dicho que el Escarabajo estaba listo para volver a la actividad, y que aunque su aspecto no era bueno, el coche se pondría en marcha cuando pisara los pedales. Tampoco es que necesitara mucho más de él que precisamente eso. Entonces Molly y yo nos dirigimos al almacén junto al lago donde me reuní con el Consejo al comienzo de aquel embrollo.

Cuando apagué el motor, el coche se sacudió y se estremeció antes de morir, con bastante fuerza como para provocar que mis dientes castañetearan. Continuó silbando y cliqueando unos cuantos segundos después.

Molly miró hacia delante, pálida.

—¿Es este el lugar?

Bajo la luz anaranjada del atardecer, el viejo almacén abandonado parecía diferente que al mediodía. Las sombras eran largas y oscuras y enfatizaban los desperfectos y abolladuras del edificio, dándole al lugar una apariencia más sórdida y abandonada de lo que recordaba. Había menos coches allí, lo que también aumentaba aquella sensación.

—Este es el lugar, sí —dije en voz baja—. ¿Estás lista?

Tragó saliva.

—Claro —dijo, pero parecía asustada y muy, muy joven—. ¿Qué viene ahora?

Salí del coche como toda respuesta y Molly me siguió enseguida. Miré a mi alrededor, pero no encontré a nadie a la vista; hasta que el aire resplandeció a siete metros de nosotros y Ramírez salió del velo en el que estaba escondido.

Carlos Ramírez era el mago más joven al que se le había concedido el puesto de comandante regional de los centinelas. Era de estatura normal, su piel brillaba con un saludable bronceado y llevaba la capa gris de los centinelas junto a una de sus — bueno, nuestras, aunque yo no tenía una— espadas plateadas en el costado izquierdo. En el derecho llevaba una pesada arma semiautomática en una cartuchera y su cinturón de estilo militar también contenía varias granadas de mano.

—Buen velo —dije—. Mucho mejor que el del otro día.

—No estuve aquí el otro día —me aseguró con poco disimulado orgullo.

—¿Obra tuya? —pregunté.

—Hago que parezca fácil —dijo sin rastro de modestia—. Es una maldición ser tan talentoso además de tan obscenamente guapo, pero trato de sobrellevarlo lo mejor que puedo.

Me eché a reír y le ofrecí mi mano. La estreché.

—Dresden —dijo.

—Ramírez. —Hice un gesto con la cabeza hacia mi derecha—. Ella es Molly

Carpenter.

Miró a la chica de arriba abajo.

—Señorita —dijo ahorrándose la habitual inclinación de cabeza. Me miró, me indicó una dirección con la mano y anunció—: Están listos, pero camina un poco conmigo. Tengo que hablarte. —Miró a Molly—. En privado.

Arqueé una ceja.

—Molly, vuelvo enseguida.

Se mordió el labio y asintió.

—De acuerdo.

—Señorita —dijo Ramírez con una sonrisa de disculpa—, necesito que se quede justo donde está ahora mismo, ¿de acuerdo?

—Demonios —murmuré—. ¿Crees que es tan peligrosa?

—Creo que estamos llevando un protocolo de seguridad —dijo Ramírez—. Si no quieres que lo cumpla, no deberías habérmelo pedido.

Comencé a preparar una respuesta pero al final no dije nada.

—Bueno, Molly, quédate donde estás de momento. No me apartaré de tu vista.

Asintió y yo me fui con Ramírez. Nos alejamos algunos pasos antes de que hablara.

—¿Esa es la pequeña?

Ramírez no era lo bastante mayor para optar a buenas tarifas del seguro del coche, mucho menos para llamar a alguien pequeña. A pesar de todo, había tenido que crecer terriblemente deprisa. Ya era aprendiz cuando estalló la guerra contra la Corte Roja y había servido al Consejo hasta conseguir el estatus de mago luchando contra varios mortíferos vampiros. Tales cosas hacían crecer a un hombre.

—Ella es —confirmé—. ¿Tuviste ocasión de examinar a las víctimas?

—Sí. —Se puso ceñudo y me observó un momento—. La chica es conocida tuya.

Asentí.

Se volvió para mirarla.

—Mierda.

Lo miré con acritud.

—¿Por qué?

—No creo que hoy vaya a irle bien —dijo Ramírez.

Me dio un vuelco el estómago.

—¿Por qué no?

—Por cómo ha ido la batalla de Oregón —explicó—. Les dimos a los vampiros una buena paliza cuando las fuerzas de Verano atacaron su retaguardia. Morgan estuvo a seis o siete metros del mismísimo rey Rojo.

—¿Lo mató?

—No, pero no es que no lo intentara. Se deshizo de un duque y un par de condes

antes de que el rey escapara.

—Maldita sea —dije impresionado—. Pero ¿qué tiene que ver eso con Molly?

—Tenemos a los Rojos cogidos por las pelotas —dijo Ramírez—. El amanecer estaba llegando en el mundo real y cuando intentaron retirarse al Más Allá las hadas los atacaron como pirañas. Los Rojos tuvieron que buscar un modo de sorprender a algunos de nuestros pesos pesados y lo encontraron. El campo de entrenamiento de Luccio.

Me quedé sin respiración.

—¿Atacaron a Luccio y a los novatos?

—Sí. McCoy, Escucha el Viento y Martha Liberty lideraron una fuerza para liberar el campo.

—Lo consiguieron, ¿verdad? ¿Cómo fue?

Respiró hondo y dijo:

—No han informado todavía. Y eso significa...

—Significa que mis apoyos en el Consejo de Veteranos no estarán aquí para ayudarme.

Ramírez asintió.

—¿Quiénes son sus apoderados?

—No supimos de ti hasta después de que se hubieran ido, así que no le dieron sus poderes a nadie.

Suspiré.

—Entonces el merlín los ostenta por decreto. Y no le gusto demasiado. Votará su condena solo para llevarme la contraria.

—La cosa mejora —dijo—. Antigua Mai sigue en Indonesia, y La Fortier está cubriendo a los venatori en su recolocación. El merlín se ha apoderado también de sus votos... y no creo que el guardián de la puerta vaya a venir.

—Entonces el único cuya opinión cuenta es el merlín —dije.

—Básicamente. —Entonces Ramírez me miró con el ceño fruncido—. No pareces sorprendido.

—No lo estoy —dije—. Si algo puede ir mal, irá mal. Ya lo tengo aceptado.

Ladeó la cabeza.

—Te acabo de decir que la chica será declarada culpable antes siquiera de ser juzgada.

—Sí —dije. Me mordí el labio. Aquello pondría las cosas más difíciles. Había contado con tener al menos un poco de ayuda por parte de Ebenezar y sus camaradas. Conocían mejor que yo los procedimientos del Consejo y cómo manipularlos. También conocían al merlín, que, talentos mágicos aparte, era un as a la hora de manejarse en una reunión del Consejo.

El merlín tenía todas las razones del mundo para ir en mi contra y por tanto de

Molly. Ahora que ostentaba los votos de las personas con cuya ayuda yo había contado, sería literalmente el juez, jurado y ejecutor de la chica.

Bueno, solo juez y jurado, Morgan se encargaría de la ejecución.

Apreté los dientes. Mi plan podría aún funcionar, en teoría, pero había poco que pudiera hacer de aquí en adelante para alterar el desenlace. Miré a Molly. Yo la había traído hasta aquí, así que yo la sacaría.

—Bien —acepté—. Puedo ocuparme de esto.

Ramírez arqueó una ceja.

—Pensé que te lo tomarías peor.

—¿Serviría de algo que me pusiera a echar espuma por la boca?

—No —me dijo—. Podría explicar algunas cosas, pero no ayudaría per se.

—No se puede hacer nada —dije—. A mal tiempo, buena cara. Acepta las cosas que no puedes cambiar.

—En otras palabras, tienes un plan —dijo Ramírez.

Me encogí de hombros y le sonreí; justo entonces un motor se aproximó al viejo almacén.

La mano del centinela fue de manera instintiva a su pistola.

—Tranquilo —intervine—. Los he invitado yo.

Una motocicleta se abrió camino entre el laberinto de callejones y baches de los almacenes y luego se detuvo junto al Escarabajo azul. Fix bajó la pata de cabra y acto seguido él y Lily se apearon del vehículo. Fix me saludó y yo hice un gesto de cabeza para responder.

Ramírez arqueó una ceja y dijo:

—¿Es quien creo que es?

—El caballero del Verano y su señora —confirmé.

—Vaya, mierda —dijo, y me espetó—. ¿Vas a convertir esto en una pelea?

—¡Pardiez! —le reprendí—. ¿Haría yo tal cosa?

Me miró fijamente.

—Y tenías que pedirme a mí que llevara la seguridad —dijo entonces.

—¿Qué puedo decir, tío? Nadie más era tan talentoso y guapo como tú.

—No hay nadie capaz de quedar bien en esta situación por mucho talento que tenga —murmuró. Entonces miró calculador a Lily y Fix—. Bueno, he de admitir que esto va a ser interesante. ¿Me presentas?

—Sí.

Lo hice. Entonces Ramírez nos condujo a todos a través del velo que protegía el almacén de la percepción. Dos centinelas en la puerta nos registraron a todos en busca de armas.

Contaban incluso con una estatua animada de un perro del templo que usaban para detectar encantamientos hostiles, velos y armamento oculto. La construcción de

piedra me ponía un poco nervioso (una vez casi me ataca uno igual por culpa de una falsa alarma), pero esta vez pasó por mi lado sin mostrar ningún interés. Se demoró más en Molly, llegando a emitir un gruñido pétreo, aunque se retiró pasado un momento y volvió a su puesto junto a la puerta.

Hice ademán de entrar pero Ramírez me tocó el brazo. Me detuve. Miró a Molly y sacó una tela negra de su cinturón.

—Tienes que estar de broma.

—Es el protocolo, Harry.

—Es sádico e innecesario.

Sacudió la cabeza.

—No es opcional. Toma. —Bajó la voz de tal modo que solo yo le oyera—. A mí tampoco me gusta. Pero si violas el protocolo ahora, sobre todo en un caso que tiene que ver con magia de control mental, será la única excusa que el merlín necesite para declarar los procedimientos potencialmente comprometidos. Dictaría una sentencia sumaria para la chica y nos pondría a ti y a mí en libertad condicional.

Apreté los dientes, Ramírez tenía razón. Recordé cuando me trajeron ante el Consejo por primera vez. Una cosa de aquella noche, más que cualquier otra, se me clavó en el recuerdo: el aroma de la capucha negra que me pusieron en la cabeza, en la cara. Olía levemente a polvo y antipolillas y no se filtraba ninguna luz por ella. Un rincón aterrado de mi cerebro había notado que mientras la capucha estaba en mi rostro yo no era una persona. Solo una criatura, una estadística, una potencial amenaza. Era mucho más fácil ordenar una pena de muerte cuando uno no tenía que mirar a la cara al condenado.

Cogí la capucha que me daba Ramírez y me volví hacia Molly.

—No tengas miedo —le dije en voz baja—. No voy a ninguna parte.

Me miró fijamente a los ojos, aterrada y tratando de parecer valiente. Tragó saliva y asintió antes de cerrar los ojos.

Eché una mirada resentida al interior del almacén. Entonces coloqué la capucha sobre el pelo rosa y azul de Molly y le cubrí su pálido rostro.

—¿Te vale? —le pregunté a Ramírez.

No era justo que le culpara de aquello, pero el tono de acusación en mi voz fue más fuerte de lo que había pretendido. Él apartó la vista y asintió con rostro avergonzado. Entonces abrió la puerta del almacén.

Cogí a Molly de la mano y la conduje dentro.

## Capítulo 45

Puede que la sangre no manche las capas de los centinelas, pero es imposible limpiarla de un viejo y poroso suelo de cemento. El merlín, Morgan y una docena de centinelas estaban de pie en el mismo sitio que la vez anterior formando un círculo que rodeaba la mancha marrón oscuro que persistía en el punto donde el joven hechicero había sido decapitado.

Morgan tenía un corte fresco bajo una oreja y la muñeca izquierda vendada con esparadrapo. Incluso de esa guisa parecía en calma y preparado, con la punta de la espada de la justicia del Consejo Blanco apoyada en el suelo y las manos sobre la pesada empuñadura. Su expresión al verme era imposible de leer. Estaba acostumbrado a recibir desprecio y la hostilidad por parte de aquel hombre. Demonios, yo sentía lo mismo hacia él.

No obstante, lo había visto en acción. Sabía cómo era su día a día, entendía mejor sus motivaciones que en el pasado y ya no podía disgustarme como persona. Lo respetaba. Es innegable que le bajaría los pantalones en la televisión nacional si pudiera, pero era incapaz de despreciarlo gratuitamente, ya no.

Saludé con la cabeza al hombre que podría recibir la orden de asesinar de Molly en los próximos minutos. No fue un saludo amigable, sino en la línea del que uno le brinda a su oponente en un combate de esgrima.

Me lo devolvió de idéntica manera y de algún modo sentí que Morgan fue consciente de que yo no iba a dejar que se le hiciera daño a la chica sin pelear con uñas y dientes para evitarlo. Los dedos de su mano derecha tamborilearon en el mango de la espada. No pretendía transmitir amenaza, sino una declaración de intenciones. Si peleaba contra la justicia del Consejo Blanco, peleaba contra él.

Ambos sabíamos cómo acabaría un combate semejante.

Yo no sobreviviría.

Ambos sabíamos también que, en las circunstancias adecuadas, yo seguiría adelante de igual forma.

Junto a Morgan, el merlín me observaba con una expresión especulativa tallada en sus facciones. Sabía que no tenía intención de dejarme ir de rositas si la audiencia no iba bien para Molly. En el pasado, el merlín me hubiera sonreído con desprecio, me hubiera provocado y escupido en el ojo para sacar lo peor de mí. En aquel momento, estaba seguro de que yo tramaba algo, casi vi los mecanismos girando en su cabeza cuando entré sosteniendo la mano de Molly y guiando sus pasos ciegos, seguido de cerca de Fix y Lily.

Morgan le hizo un gesto de cabeza a Ramírez y este cerró las puertas y el círculo alrededor del edificio; una barrera que prevendría intrusiones mágicas mientras los centinelas guardaban las puramente físicas. Sin embargo, justo cuando Ramírez

extendió la cadena para cerrar las puertas, estas se abrieron revelando la figura alta y ominosa del guardián de la puerta. Iba vestido con su capa negra formal y una capucha púrpura que, salvo por el brillo en sus ojos, le ensombrecía las facciones. Permaneció un momento quieto en el umbral, me dio la impresión de que mirando al merlín.

Si era así, el merlín no se achantó. El viejo mago inclinó la cabeza al modo de una reverencia real en señal de respeto y para dar la bienvenida al guardián de la puerta e hizo un gesto para que el hombre se uniera a él. En lugar de hacerlo, el guardián de la puerta caminó hasta un punto en el círculo, a mitad de camino entre el merlín y yo mismo, y se quedó allí de pie apoyado en un ajado y esbelto bastón.

El merlín le escudriñó durante un momento y acto seguido se dirigió a la sala, en latín:

—Centinelas, cerrad el círculo. Centinela Dresden, da un paso al frente y preséntanos a tus invitados, por favor.

Le apreté la mano a Molly para transmitirle confianza y luego se la solté y di un paso al frente.

—Lo primero —dije mirando a la docena de centinelas presentes, además de a unos cuantos miembros no combatientes del Consejo que andaban por la zona o pertenecían al Consejo de Veteranos—. ¿Hay alguien aquí que no entienda inglés?

El merlín se cruzó de brazos, con una ligera sonrisa dibujada en sus labios.

—Las reuniones del Consejo se hacen en latín.

El viejo bastardo sabía que mi latín no era muy bueno. Lo entendía bastante bien, pero al hablarlo tendía a transponer las palabras de maneras extrañas con el consecuente surrealismo lingüístico. Si defendía a Molly en latín, sonaría como un idiota y el merlín lo sabía. Aunque técnicamente tenía todo el poder que necesitaba para ahogar mi defensa, debía rendir cuentas al resto del Consejo, así que tenía que hacer todo lo que pudiera para justificar sus acciones. Había planeado ningunearme con el latín desde el momento que supo que tendría lugar aquel cónclave.

Pero yo también sé planear cosas.

—Es cierto que el latín es nuestro tradicional medio lingüístico —repliqué con una gran sonrisa para el merlín—. Sin embargo, nuestros invitados, Lily, la señora del Verano, y Fix, el actual caballero del Verano, no lo hablan. Lamentaría no mostrar ninguna consideración ante tan prestigiosos visitantes y enviados de nuestros aliados de Verano.

*Chúpate esa, capullo, pensé. Veamos si ninguneas al aliado que acaba de sacar al Consejo de un estanque de cocodrilos.*

El merlín entornó los ojos y consideró sus opciones un momento antes de sacudir la cabeza, incapaz de encontrar una manera de contraatacar el movimiento.

—Muy bien —dijo en inglés, aunque a regañadientes—. El Consejo da la



bienvenida a la presencia de la señora del Verano y su caballero a este cónclave y les extiende su hospitalidad y protección mientras estén en nuestras dependencias.

Lily inclinó la cabeza a modo de agradecimiento.

—Gracias, honorable merlín.

Él inclinó a su vez la cabeza.

—De nada, alteza. No suele ser nuestra costumbre involucrar a personas del exterior en nuestros asuntos internos confidenciales. —Me lanzó una mirada significativa—. Pero teniendo en cuenta los recientes acontecimientos entre nuestras gentes, sería poco agradecido excluirles.

—Lo sería, ¿verdad? —convine.

Los ojos del merlín se detuvieron un momento en los míos; sin embargo, su expresión volvió pronto a la neutralidad.

—Centinela Dresden. Como comandante regional de los centinelas tiene la autoridad para convocar un cónclave sobre asuntos concernientes a sus deberes y su zona de mando. Cuando lo crea conveniente, ¿podría iluminarnos respecto al propósito de este cónclave?

—Dos razones —dije—. La primera es para permitirle a la señora del Verano dirigirse al Consejo. —Giré la cabeza y le hice un gesto a Lily, que dio un paso al frente al tiempo que yo daba uno hacia atrás para colocarme junto a Fix.

—Honorable merlín —comenzó, en un tono serio y formal—. Mi reina Titania me ha pedido que transmita sus elogios hacia ti y los tuyos, y hacia dos en particular cuyo coraje se ha ganado la admiración de la Corte de Verano.

Fruncí el ceño.

—¿Qué es esto? —le susurré a Fix.

—Calla —dijo—. Presta atención. Llegará a lo importante.

—Lo único que me hacía falta es que dejara constancia de lo que hicimos.

—Ten paciencia —susurró Fix—. Lo hará.

Lily me miró por encima del hombro y guiñó un ojo. Me eché a temblar. Me recordó demasiado a la estatua en lo alto de la torre de Arctis Tor que me guiñó el ojo de Mab.

Lily se volvió hacia Morgan y dijo:

—Centinela Morgan. Tu valiente defensa de los venatori y sus partidarios y tu asalto al rey Rojo fueron hazañas como ella no ha visto igual. Mi reina extiende sus elogios y felicitaciones a ti, centinela, y al Consejo al que sirves. Además, no va a dejar sin destacar o premiar tales actos de valentía y dedicación y por lo tanto me ha encargado que te entregue este regalo.

Lily sostuvo una pequeña e intrincada hoja de roble de plata pura. Caminó hacia él y clavó la hoja en su capa, justo encima del corazón.

—Te nombro amigo y escudero de la Corte de Verano, centinela Morgan. Si te

encuentras en peligro cerca del reino de los sidhes, una, una sola vez, tocarás este dispositivo y llamarás en voz alta a Titania para que te preste su ayuda.

Morgan puso una cara extraña, como si hubiera intentado poner varias expresiones a la vez y se hubiera quedado a la mitad en todas. Abrió la boca, la cerró y luego se conformó con hacer una profunda reverencia.

—Se lo agradezco, alteza —contestó.

—¿Qué demonios es esto? —le susurré a Fix.

El tipo pequeño sonrió.

—La Orden del Roble Plateado no es poca cosa. Calla.

Lily sonrió, apoyó su esbelta mano en la hoja de roble para bendecirla y regresó junto a mí.

—Centinela Dresden —dijo—. Tu propia contribución a la batalla es igual de admirable. Mi reina me ha pedido que...

—¿Su contribución? —la interrumpió el merlín.

Miré a Lily.

—Dresden no estaba presente en la batalla —protestó el merlín.

—Es cierto que no lo estaba —convino Lily, girándose al tiempo que hablaba para dirigirse a todos los magos que había allí—. Hace dos noches, a última hora, el centinela Dresden planeó y lideró un pequeño ataque a la mismísima fortaleza de Arctis Tor.

Un suspiro colectivo recorrió la sala y fue seguido de un nebuloso zumbido de murmullos y susurros. La cara de póquer del merlín era demasiado buena para poder catalogar su reacción, pero las cejas de Morgan se alzaron automáticamente.

—El centinela Dresden y su equipo atravesaron las defensas de la fortaleza y lanzaron un ataque de fuego contra el manantial helado en el corazón de Arctis Tor. Sus acciones alteraron la disposición de las fuerzas de Invierno en nuestras fronteras, obligándolas a retirarse hacia la fortaleza para rechazar a los atacantes. Una vez allí, el flujo de tiempo en la región menguó, creando la oportunidad de que nuestras propias fuerzas acudieran en vuestra ayuda.

—¿De qué está hablando? —le susurré a Fix—. Yo no sabía que iba a ir allí hasta que llegué y lo único que quedaba contra lo que combatir eran los traedores.

—Ajá —murmuró Fix—. Y sin embargo, ninguna palabra que ha dicho es falsa.

Gruñí.

—En resumen, honorable merlín —continuó Lily—, y honorables miembros del Consejo, si Dresden no hubiera atacado la guarida de la mismísima Mab, la fortaleza más inexpugnable de Invierno, si Dresden no hubiera irrumpido en las puertas de Arctis Tor, la batalla se hubiera perdido con toda seguridad. Todas las almas que regresaron sanas y salvas a casa deben su vida a Harry Dresden y su coraje.

Cayó un manto de silencio.

Miró alrededor del círculo y dejó que el silencio enfatizara sus anteriores palabras mejor que cualquier discurso.

—Es por esta razón —dijo pasado un momento— por la que mi reina le confiere al centinela Dresden el estatus de amigo y escudero de la Corte de Verano. —Se volvió hacia mí y me clavó otra hoja de plata sobre el corazón y puso su mano sobre ella. Me miró y sonrió—. Tú también puedes pedirle a la reina su ayuda, una sola vez. Bien hecho, Harry.

Se puso de puntillas y me dio un beso en la mejilla. Se giró de nuevo hacia el merlín.

—Mi reina desea que sepáis, honorable merlín, que, aunque feliz por haber contado con la ayuda del Consejo contra la amenaza de la Corte Roja, las fuerzas de Invierno han regresado a sus posiciones originales y de nuevo las fuerzas de Verano deben vigilar sus fronteras. Hasta que la situación cambie, te advierte que Verano solo podrá ofrecer a sus aliados una asistencia limitada.

El merlín me miraba tan fijamente que por un momento pensé que no había oído la advertencia de Lily. Entonces parpadeó y agitó un poco la cabeza.

—Por supuesto, alteza —dijo—. Por favor, lleve hasta Su Majestad la gratitud del Consejo Blanco y asegúrele que incluso en estos tiempos desesperados, su amistad no será olvidada.

Ella inclinó la cabeza de nuevo.

—Eso haré. Y de este modo mis deberes se ven cumplidos. —Se retiró a su posición original, junto a Fix.

—¿Por qué me da la sensación de que el hecho de que Titania me dé una medalla no puede ser tan simple como parece? —murmuré por lo bajo.

—Porque no puedes distinguir un halcón de un serrucho con el viento del sur —murmuró Lily como respuesta, parafraseando a Hamlet—. No obstante, hoy te aporta un beneficio. —Me sonrió—. Por supuesto, no esperarías que una reina del Verano hiciera simplemente lo que le pediste y nada más, ¿verdad?

Dije algo entre dientes, mientras que el merlín se giraba a su vez para decirle algo por lo bajo a Morgan. Una ronda general de susurros se alzó cuando los magos aprovecharon la oportunidad para intercambiar rumores y teorías.

Busqué la mano fría y temblorosa de Molly y se la apreté.

—¿Qué ha pasado? —me preguntó la chica.

—Lily ha hablado de mí como de un héroe —dije—. Todo el mundo parece sorprendido.

—¿No me puedo quitar esto todavía? —me preguntó Molly.

—Aún no —le dije.

—Harry —dijo Ramírez, acercándose a mí—, se supone que no puede hablar.

—Sí, sí —murmuré, y bajé la voz para hablar con Molly—. Tranquila, pequeña.

Procura no preocuparte. Vamos bien.

Lo que no dejaba de ser cierto. Me las había arreglado para no parecer un idiota ignorante y la improvisada ceremonia de entrega de medallas por parte de Lily había establecido tácitamente mis credenciales luchadoras como algo comparable a las del soldado más capaz del Consejo. No quería decir que Molly estuviera a salvo, pero me daría una base sólida para presentar el caso. Mi credibilidad lo era todo y con aquella maniobra había hecho todo lo posible para establecer mi presencia ante el Consejo.

El merlín llevaba mucho tiempo jugando a esto y sabía exactamente lo que yo tramaba. No parecía contento. Llamó al secretario del Consejo, una vieja araña seca llamada Peabody, y conferenció con él a susurros.

—Orden —pidió el merlín pasado un momento, y los ánimos de la sala se calmaron enseguida—. Centinela Dresden —dijo el merlín—. ¿Podemos continuar con su explicación sobre la necesidad de este cónclave?

Regresé al círculo de la mano de Molly, hasta que estuvimos de pie sobre la mancha de sangre donde había sido ejecutado el chico. Quedaba un rastro psíquico de la muerte, una tensión fría y temblorosa en el aire, un eco de rabia, miedo y muerte. Molly se estremeció cuando sus pies pisaron el cemento manchado. Ella también debió de sentirlo.

Percibí un repentino destello, una imagen horrible del futuro en la que el cuerpo de Molly yacía sobre una alfombra escarlata a pocos centímetros de una bolsa de tela negra. La visión fue tan brillante y detallada que casi sustituyó la realidad ante mí.

Molly se estremeció de nuevo y susurró, tan suavemente que nadie excepto yo pudo oírlo:

—Tengo miedo.

Le apreté la mano y respondí a la pregunta del merlín según prescribía el protocolo.

—He traído ante el Consejo a una prisionera que ha roto la cuarta ley. La he traído aquí para buscar justicia, merlín.

El merlín me hizo un gesto con la cabeza, su expresión seria y distante.

—¿Esa mujer que está a su lado es la prisionera?

—Sí, es esta chica —contesté, sin poner énfasis en la corrección—. Viene a enfrentarse al Consejo abiertamente, por propia voluntad y admitiendo explícitamente sus errores.

—¿Y qué errores son esos? —preguntó el merlín—. ¿Qué ha hecho?

Miré a Morgan.

—Rompió la cuarta ley de la magia al provocar en dos adictos el miedo a tomar drogas con la intención de protegerlos a ellos y a su hijo nonato del daño de sus adicciones.

Morgan me observó atento mientras relaté los hechos. Creo que vi una leve

reacción en sus ojos.

El merlín permaneció en silencio otro medio minuto y luego arqueó lentamente una ceja.

—Violó la libre voluntad de otro ser humano.

—Lo hizo, pero desde la ignorancia, merlín. No conocía las leyes ni los efectos de sus acciones. Su intención era solo la de preservar y proteger tres vidas.

—Como bien sabe, la ignorancia de la ley no supone una excusa, centinela Dresden, y no tiene peso sobre este juicio. —El merlín miró a Peabody y luego de nuevo a mí—. Supongo que ha examinado a las víctimas.

—Lo he hecho, merlín.

—¿Y ha confirmado su estado con otro centinela?

Ramírez dio un paso al frente.

—Yo lo he hecho, merlín. El trauma psíquico era serio, pero es mi creencia que ambos se recuperarán.

El merlín miró al centinela.

—¿Es esa su opinión, centinela Ramírez? Basada, sin duda, en su amplia experiencia.

Los ojos de Ramírez brillaron con rabia ante el tono del merlín.

—Es la opinión del justamente nombrado comandante regional del oeste de los Estados Unidos —contestó—. Creo que el merlín debería recordar que él mismo me nombró personalmente, si es que no ha caído en una breve nebulosa de senilidad.

—Centinela —ladró Morgan, y su tono era de absoluta autoridad—, vas a disculparte ante el merlín y a moderar el tono. De inmediato.

Los ojos de Ramírez escupían fuego. Miró de soslayo a Fix y a Lily y luego dedicó una mirada culpable a Morgan.

—Por supuesto, capitán. —Se puso derecho y le brindó una reverencia profunda y educada—. Le pido perdón, merlín. Los últimos días han sido muy difíciles. Para todos.

El merlín dejó un momento la disculpa flotando en el aire. Entonces su rígida expresión se suavizó un poco y vi en los ojos del hombre el destello de un cansancio que le calaba hasta los huesos.

—Por supuesto —dijo en voz baja al tiempo que inclinaba la cabeza—. La elección de mis palabras fue menos educada de lo que debería haber sido, centinela Ramírez. Por favor, no crea que infravaloro su actuación.

Menuda vieja víbora. Estaba quedando como una persona razonable y comprensiva ante los miembros más jóvenes del Consejo. O tal vez se estaba disculpando de verdad con Ramírez, que era el chico de portada no oficial de la joven generación de magos. Lo más probable es que estuviera haciendo las dos cosas. Aquel era más el estilo del merlín.

Me devolvió su atención.

—Continuemos. Centinela Dresden, ¿ha practicado la visión del alma con la prisionera?

—Lo he hecho —dije.

—¿Está convencido de su culpa?

Tragué saliva.

—Lo estoy —aseguré—. Pero estoy también convencido de que sus acciones no representan la malicia que define a un hechicero.

—Gracias por su opinión, centinela Dresden. —Su voz se tornó graciosamente libre de arrepentimiento—. Sin duda ofrecida a partir de su extensa experiencia.

—Disculpe, merlín. No obstante, en lo que respecta a una situación en la que el Consejo somete a un farisaico y arrogante juicio a un joven mago que cometió un solo fallo, creo que tengo más experiencia que nadie de esta sala.

La cabeza del merlín se echó hacia atrás como si lo hubiera abofeteado. No era tan sutil y proporcionado como él a la hora de insultar, pero si él iba a tomar ese camino no veía motivos para no contraatacar. Continué antes de que pudiera hablar, dando un paso al frente y dirigiéndome a toda la sala cuando hablé.

—Magos. Amigos. Hermanos y hermanas de armas. Sabéis por qué está pasando esto. Sabéis lo escasos que se han vuelto nuestros recursos. En los últimos tres años, el Consejo ha juzgado y condenado a más hechiceros que en los veinte anteriores. Niños que han crecido en una sociedad que no cree en la magia heredan de repente poderes que les era imposible imaginar y desde luego no pueden controlar. No tienen apoyo. Ni entrenamiento. Nadie que les advierta de las consecuencias de los peligros de sus acciones.

Extendí la mano y le quité la maldita capucha negra a Molly de la cabeza y de repente la chica se encontró allí de pie a plena luz. Las lágrimas le habían corrido el maquillaje hasta formar manchas oscuras en su rostro. Tenía los ojos rojos del llanto, la expresión aterrada y lejana. Se estremeció y bajó la mirada al suelo manchado de sangre.

—Esta es Molly —le dije a la sala—. Tiene diecisiete años. Su mejor amiga había perdido ya un bebé por culpa de las drogas a las que era adicta. Sabía que iba a volver a pasar, así que para proteger la vida de ese bebé, para proteger a sus amigos de la adicción, Molly tomó una decisión. Usó su poder para intervenir.

Me puse delante de Morgan.

—Tomó la decisión equivocada. Nadie niega tal cosa. Ella se lo admite a sí misma. Pero miradla. No es un monstruo. Entiende que lo que hizo estaba mal. Entiende que necesita ayuda. Se está sometiendo libremente al juicio de este Consejo. Quiere aprender a controlar su poder para usarlo de manera responsable. Vino aquí con la esperanza de encontrar ayuda y guía.

Morgan no me miró. Estaba mirando a Molly. Sus dedos no paraban de tamborilear en la empuñadura de su espada.

—He visto su alma. No es demasiado tarde para ayudarla. Creo que le debemos la oportunidad de redimirse —continuó. Miré al guardián de la puerta—. Por el amor de Dios, magos, si queremos sobrevivir a esta guerra necesitaremos todo el talento que podamos conseguir. La muerte de Molly sería un desperdicio inútil.

Respiré y me giré para enfrentarme al merlín.

—Ya se ha derramado suficiente sangre en este suelo. Le suplico que considere la clemencia. Póngala bajo el destino de Damocles si debe hacerlo, pero le suplico que le perdone la vida. Me encargaré personalmente de su entrenamiento y aceptaré las consecuencias de cualquier acción que realice bajo mi tutoría.

Cayó el silencio.

Esperé a que el merlín hablara. Molly comenzó a temblar con más fuerza y unos sonidos lastimeros salieron de su garganta.

El merlín entornó los ojos y al ver esa sencilla expresión supe que acababa de cometer un terrible error al querer tomar las riendas. Primero le había sorprendido con un insulto y luego solté mi discurso de manera efectiva a los magos presentes. Podía ver en sus caras la incertidumbre y la simpatía. Más de un mago miró las manchas de sangre a mis pies y sufrió un escalofrío mientras les hablaba. Más de uno miró el rostro de Molly e hizo una mueca simpatizando con su miedo.

Había vencido al merlín. Y él lo sabía.

Y lo detestaba.

Había olvidado tener en cuenta su orgullo, su ego, su propia imagen. Era el mago más poderoso del planeta, el líder del Consejo Blanco, y no estaba acostumbrado a que lo insultaran y manipularan, en especial delante de unos extraños. Yo, un mero cachorro de mago, le había clavado el aguijón y su orgullo herido desprendía una rabia visceral. La tenía bajo control, pero no por ello era menos terrible o peligrosa.

—Centinela Dresden —dijo en un tono mortalmente calmado—, su compasión le honra, pero, como usted mismo ha apuntado, nuestros recursos son limitados en estos momentos. El Consejo no puede encomendarle a un comandante regional la carga de la peligrosa rehabilitación de una hechicera. Los deberes de la guerra y la contención de la creciente aparición de magia negra deben tener su total atención.

Oh, Dios.

—Las leyes de la magia están claras. La prisionera admite su culpa. No quedo indiferente ante su alegato, pero estamos en medio de una guerra por nuestra propia supervivencia.

Ohdiosohdiosohdios...

—Por lo tanto no supone un placer para mí pronunciar el destino de esta prisionera. El veredicto del Consejo de Veteranos es que la prisionera es una

hechicera culpable de romper la cuarta ley. —Levantó la barbilla y dijo, con mucha calma—: La sentencia es la muerte. Se llevará a cabo de inmediato.



## Capítulo 46

—Morgan —dijo el merlín con calma.

Morgan miró a Molly y luego al merlín. Respiró hondo y levantó la espada verticalmente delante de sí.

Miré como loco alrededor de la sala. Ramírez, como el resto de los magos presentes, estaba conmocionado por la sorpresa. Me miró con una expresión que no decía nada y lo decía todo, y encogió muy ligeramente los hombros. Lily parecía estar muy lejos, compungida. Fix no mostraba expresión alguna, pero tenía los dientes y los músculos apretados y un gesto sombrío en su semblante.

—¿Harry? —susurró Molly temblando de tal manera que apenas podía hablar—. ¿Harry?

Me volví hacia el merlín. Sus ojos eran duros, su rostro tan impenetrable como la roca. Morgan parecía estar a punto de vomitar, lo que no le impedía avanzar hacia Molly espada en mano y a un ritmo continuo aunque lento, como una ensoñación.

—Harry —lloriqueó Molly.

Se lo había prometido a Charity.

Cogí mi bastón con ambas manos y di un paso al frente para colocarme entre Morgan y la chica.

—Morgan —dije—. Rayos y centellas, hombre. No hagas esto, por favor. Es una niña. Deberíamos estar ayudándola.

Mis palabras aminoraron el paso del hombre, que se quedó quieto durante un terrible instante. Entonces cerró los ojos y tragó saliva con el rostro congestionado por las náuseas. Los volvió a abrir y suspiró.

—Hazte a un lado, Dresden. Por favor —susurró.

Busqué a mi alrededor a alguien que pudiera ayudarme a detener aquella locura. Sentí una repentina presión en la columna y miré por encima del hombro.

Mis ojos se toparon con el guardián de la puerta.

Me giré hacia Morgan y alcé las manos.

—¡Moción de orden! —grité—. ¡Moción de orden! El Consejo de Veteranos no ha tomado todavía una decisión.

Morgan se detuvo, ladeó la cabeza y me miró con el ceño fruncido. Bajó la espada y miró al merlín.

—El Consejo de Veteranos ha decidido sobre el asunto —espetó el merlín.

—No —dije—. El Consejo de Veteranos debe decidir las penas capitales en voto abierto. —Señalé con el dedo al guardián de la puerta—. Él no ha votado.

—Poseo seis de los siete votos. Decida lo que decida el guardián de la puerta el resultado no cambiará —dijo el merlín entre sus dientes apretados.

—Verdad —admití—. Pero eso no cambia el hecho de que tenga que emitir su

maldito voto.

—¿Por qué hace esto? —preguntó el merlín—. El asunto ha terminado. Solo está atormentando a la prisionera con esta cháchara innecesaria.

—Tiene que votar —repetí obstinado y me crucé de brazos.

El merlín me miraba con dureza y podía sentir la presión de su rabia en mí, como el extremo de un bate de béisbol golpeando una y otra vez mi pecho.

—Tiene razón, honorable merlín —dijo Morgan en voz muy, muy baja.

El merlín arrugó los ojos. Entonces giró la cabeza hacia el guardián de la puerta.

—Como desee. Representaremos esta farsa hasta su conclusión. Guardián de la puerta, ¿cómo declara a la acusada?

Y el guardián de la puerta... no dijo nada.

Se quedó allí de pie, con el rostro casi invisible bajo la capucha.

—¡Guardián de la puerta! —exclamó el merlín—. ¿Cómo la declara?

—Tengo la necesidad de deliberar —respondió el guardián de la puerta—. Suplico la indulgencia del Consejo mientras pondero el asunto.

—Ridículo —dijo el merlín.

El guardián de la puerta ladeó la cabeza.

—La muerte es algo bastante definitivo, honorable merlín. Debo considerarlo con cuidado antes de enviar a un alma a semejante final, sea cual sea su nivel de culpabilidad.

—Eso es una tontería. La naturaleza de su voto no supondrá ninguna diferencia.

—Cierto —respondió el guardián de la puerta amablemente, con un vago aire de reprimenda en el tono—. Mas eso no cambia mi obligación moral de tomar tal decisión con cuidado.

El merlín respiró hondo y se forzó a calmar la voz.

—Supongo que unos momentos para pensar no son algo irrazonable —cedió.

—Gracias —dijo el guardián con gravedad.

Pasaron cinco minutos como cinco mil años. Molly se apoyaba en mí, tan asustada que no podía ni mantenerse en pie.

—Suficiente —dijo finalmente el merlín—. Esta barrabasada ha de terminar.

—En ese punto —dijo el guardián de la puerta— estamos de acuerdo. —Y entonces dio un paso al frente dentro del círculo marcado en el suelo y lo difuminó con la bota para romperlo. Agitó una mano enguantada y la cerradura de la puerta se abrió y cayó al suelo, seguida poco después por las cadenas que la sujetaban.

—¿Qué significa esto? —exigió saber el merlín.

El guardián de la puerta le ignoró y abrió la puerta. Uno de los centinelas que hacían guardia fuera estaba de pie delante de ella, con un brazo levantado como si fuera a llamar con los nudillos. Miró al guardián.

—Está abierta, señor —le dijo al centinela alguien a su espalda.

—Apártate de ahí, idiota —ladró la voz de Ebenezar—. Déjalos entrar. ¡Date prisa, hombre! ¡Están justo detrás de nosotros!

Fuera se oyó un espeluznante aullido y la repentina detonación de un trueno que hizo temblar el suelo de cemento. Unos jóvenes con holgadas capas marrones comenzaron a entrar a toda prisa, casi todos ellos de la edad de Molly o algo más jóvenes. Venían liderados por una mujer también joven, mayor que ellos, con el pelo corto y rizado y unas mejillas que lucían hoyuelos incluso cuando no se estaba riendo; Luccio, la comandante de los centinelas, en el cuerpo en el que un nigromante la había atrapado. Los chicos debían de ser sus alumnos.

Iba seguida de otros pocos niños y de una mujer alta y corpulenta de piel oscura y pelo corto y gris que ayudaba a un larguirucho joven con la pierna herida. Martha Liberty ayudó al joven a sentarse en el suelo y ladró una orden. Pedía un botiquín. Un hombre mayor con trenzas en el pelo y rasgos de indio americano apareció después liderando a los pocos jóvenes magos que tenía delante.

Indio Joe, también conocido como Escucha el Viento, se aseguró de que todos estaban ya dentro y luego se giró y gritó:

—¡Voy a cerrar la entrada!

Se oyeron más aullidos y un ruido metálico parecido a una campanada. Algo golpeó la pared del almacén con tal fuerza que cayó polvo de las vigas. Acto seguido, se oyó un sonido de viento que terminó abruptamente en un espeso silencio. Escucha el Viento se dejó caer contra la puerta, jadeante. Entonces se incorporó y se hizo a un lado cuando entró Ebenezar McCoy.

Mi viejo mentor llevaba su habitual mono de trabajo y una camiseta. Su calva coronilla brillaba por el sudor y parecía cansado, pero, a pesar de la belicosa disposición de su mandíbula, estaba sonriendo. El aire a su alrededor crepitaba con intensidad, un manto de poder le rodeaba como una sutil brisa. Ebenezar echó la mano hacia atrás para mantener la puerta abierta.

Michael apareció en el umbral.

Llevaba su capa blanca, la cota de malla y la coraza, y blandía en sus manos la espada *Amoracchius*, manchada de fluidos oscuros. Echó un vistazo a su alrededor con una firme sonrisa en su rostro.

—¡Papá! —chilló Molly, y se lanzó hacia él.

Michael parpadeó y se las arregló para apartar la espada del medio antes de que su hija llegara hasta él y le abrazara con tal fuerza que casi lo derriba. La rodeó con un brazo, sonriente.

—¡Uf! Cuidado, chica, este viejo necesita todavía sus costillas.

—¿Quién demonios es? —preguntó Ramírez, mirando ceñudo a Michael. Parecía no saber si enfadarse o estar desconcertado porque un extraño con espada y armadura acabara de entrar y estuviera ahora en el corazón del edificio de cuya seguridad era

responsable.

—Es un jodido héroe, eso es lo que es —le dijo Ebenezar—. Si no hubiera llegado cuando lo hizo, ninguno de nosotros hubiera salido de allí con vida. —Le ofreció su mano a Michael—. Solo le conozco por su reputación, señor caballero. No obstante, he de decir que estoy muy contento de conocerle en persona. Gracias.

Michael sonrió e hizo malabares con su espada y su hija para tener una mano libre que tenderle a Ebenezar.

—Soy solo un siervo —dijo—. Cualquier agradecimiento se le debe a Él, no a mí.

—Sí —dijo Ebenezar—. Y gracias a Dios que vino, señor caballero.

—Asegurad el edificio —dijo el merlín con la voz queda. Dio unos pasos hacia delante para ver qué estaba pasando y se detuvo a mi lado. Michael asintió e hizo un gesto a Ramírez y a otro centinela para que los tres salieran a asegurarse de que no venían los tipos malos.

—La votación no ha terminado —dije en voz muy baja—. Lo que significa que ellos tres también tendrán que votar.

—Obviamente —murmuró el merlín con aire neutral.

—Ese era Michael. Caballero de la Cruz.

—¿Y la espada? —preguntó el merlín ausente.

—*Amoracchius* —dije.

El merlín alzó una ceja y asintió, sin mirarme ni siquiera un instante.

—Parece que acaba de salvar a... ¿cuarenta de nuestros jóvenes?

—Eso parece —dijo el merlín.

—Parece que lo menos que podemos hacer es salvar a uno de los suyos.

El merlín entornó los ojos y no dijo nada.

—Mírelo de este modo —dije con calma—. No pierde nada. Si se equivoca respecto a Molly, una vez que la entrene el Consejo, ganará a otro mago para sus filas. Y tiene bastante talento, por cierto.

—¿Y si tengo razón? —me preguntó.

—Si tiene razón —dije—, la chica muere de todas maneras.

El merlín me miró.

—Cierto —dijo—. Y usted con ella.

## Capítulo 47

Pasado un rato y tras una mucho menos intensa ronda de preguntas y respuestas, Molly fue declarada oficialmente mi aprendiz; se le otorgaba clemencia bajo el destino de Damocles. El destino de Damocles era el equivalente a la libertad condicional para los magos. Si Molly abusaba de su magia o se acercaba lo más mínimo a violar cualquiera de las leyes de la magia, sería ejecutada de inmediato. Y yo también.

Yo había vivido ya con esa amenaza. Podía volver a hacerlo.

Ya había oscurecido cuando el cónclave finalizó y todo el mundo comenzó a desfilar. Al haber sido yo el mago que lo convocó, era mi trabajo asegurarme de la seguridad de su partida y de los detalles de última hora.

Desde proporcionar comida y suministros médicos a las llegadas inesperadas hasta coordinar con Ramírez nuestros movimientos para asegurarnos de que nuestras idas y venidas no eran observadas. No tuve ocasión de hablar con nadie sobre asuntos personales, sin embargo, sabía que la lucha estaba lejos de haber terminado. Tanto los magos, a estas alturas endurecidos ya por el combate, como los talentos del Consejo de Veteranos hacían falta en otro lugar. Se marcharon sin apenas detenerse a comer y beber.

Una vez la tarea hubo terminado, dejé el almacén y me eché sobre la pared para que el aire fresco del verano me envolviera.

Había salvado a la chica de los malos. Y lo mejor de todo, también de los buenos. Iba a tener que chuparme muchas horas extra por ello, pero de momento estaba contento de que hubiera acabado.

Me la había jugado mucho al intentar volver la voluntad colectiva del Consejo contra el merlín. No debería haberlo hecho así. El merlín era un político. Si me hubiera mostrado dispuesto a ceder un poco, es probable que hubiera acabado por llegar a algún tipo de acuerdo conmigo. Un acuerdo humillante y nada ventajoso para mí, pero seguro que algo se le hubiera ocurrido.

En lugar de eso, me había ganado el apoyo moral del Consejo allí presente aquella noche y lo había blandido como una espada contra él, sesgando sus opciones y tratando de obligarle a aceptar mi voluntad. Había ejercido el poder sobre él de un modo que nadie nunca se había atrevido. Había dado un golpe a su autoridad, me había declarado un enemigo de la administración. El merlín no podía ignorar de ninguna manera aquel desafío por parte de un niño moralmente sospechoso como yo. Su obligación era derribarme. Si quería evitar tal cosa, tendría que permanecer con los ojos bien abiertos y el ingenio aguzado para continuar haciendo lo posible por protegerme de él.

En resumen, tendría que convertirme en un político.

No obstante, en lugar de quejarme por ello me eché a reír. Después de todo lo ocurrido, podía haber sido mucho, mucho peor. Molly volvería a casa sana y salva. Los traedores asesinos habían sido despachados. Los vampiros habían sufrido su primera derrota significativa desde el estallido de la guerra fría.

Tras los acontecimientos de aquel día, el siguiente no me asustaba y confiaba en que se desarrollara sin incidentes mientras descansaba, comía y finiquitaba los últimos detalles de aquel dichoso asunto.

Molly y Michael me esperaban fuera. Cuando él cubrió la retirada de Luccio por las regiones cercanas del Más Allá había regresado a Chicago sin tener que pagar la gasolina; sin embargo, su camioneta seguía en Mitad de la Nada, Oregón. Tendrían que hacer que se la mandaran u organizar un largo viaje junto a un compañero. Sea como fuere, aquella noche necesitaba que lo llevaran a casa y me tocó a mí.

El suelo del Escarabajo casi rozó la grava cuando los tres nos subimos y me alejé del almacén conduciendo con cuidado. Molly parloteó un par de minutos sobre una amalgama confusa de temas y luego se sumió en un repentino silencio.

Michael miró por encima del hombro.

—Se ha dormido —me informó en voz baja.

—Ha tenido un día muy ajetreado —dije.

Suspiró.

—Cuéntame lo que ha pasado.

Se lo conté todo, salvo las partes de Lasciel, y tampoco mencioné el talento mágico perdido de Charity. Durante un segundo creí escuchar una risa fantasmal y divertida procedente de un lugar cercano. Optimista, la aparté de mi imaginación fatigada.

Michael sacudió la cabeza.

—¿Cómo sabías que iba a regresar?

—Oh, no lo sabía —dije—. Imaginé que te habían enviado a tu última misión con el fin de que hicieras algo por tu pequeña, así que le pedí a Forthill que te dijera que regresaras pronto y que si estabas con algún miembro del Consejo lo trajeras contigo. ¿Te llegó ese mensaje?

Asintió.

—En el campamento de Luccio en Colorado. Habíamos rechazado un ataque de los vampiros y nos estábamos preparando para movernos. Si no hubiera recibido el mensaje, los hubiera seguido en su camino hacia el Más Allá.

—¿Qué ocurrió?

—Nos atacaron unos demonios —dijo Michael—. Bastantes, a decir verdad.

—¿De qué tipo?

—Oh. Garras. Tentáculos. Ya sabes, lo de siempre.

Gruñí.

—No. Me refiero a que si eran intrusos.

—Ahora que lo dices Ebenezar mencionó algo sobre intrusos, sí. Al parecer su magia encontraba dificultades para lidiar con ellos.

Sacudí la cabeza.

—Me alegro de que los ayudaras.

—Dadas las circunstancias, yo también. —Frunció los labios, pensativo—. Dabas por sentado que Él me envió a asistir al Consejo Blanco para que luego mostraran clemencia por mi hija.

Me encogí de hombros.

—O era eso o que el destinado a cuidar de ella fuera yo, lo cual significaba que no era imposible que lo consiguiera. Así que decidí confiar en el merlín.

Michael parpadeó y me miró fijamente.

—Si no malinterpreto lo que dices, me acabas de decir que diste un salto de fe.

—No, di tu salto de fe, por proximidad. —Sacudí la cabeza—. Mira, Michael. He tratado de apartarme del camino de Dios todo lo que he podido. No espero que Él me mande una partida de rescate cuando esté metido en problemas.

—Harry, sé que no eres un hombre que vaya a la iglesia, pero has de saber que Dios ayuda a la gente que no es perfecta.

—Claro —dije, y no pude esconder la sorna en mi voz—. Por eso, el mundo es un lugar tan feliz y ordenado.

Michael suspiró.

—Harry, Dios nos protege del daño, y en parte esa es la tarea que yo y mis hermanos de armas tenemos encomendada. Sin embargo, se involucra mucho menos en protegernos de las consecuencias de nuestras decisiones.

—Conozco la teoría —dije—. Dios solo interviene cuando aparece una maldad sobrenatural, ¿verdad?

—En realidad eso es simplificarlo demasiado y...

—Ahórramelo —dije—. Demonios, Michael, el año pasado uno de esos bastardos denarios estuvo aquí. Quintus Cassius. ¿Lo recuerdas? Cuando yacía en el suelo aguardando a que el tipo tratara de sacarme las tripas pensé que sería un buen momento para que apareciera alguien como tú. Ya sabes, se trataba de un caballero Denario... y pensé para mis adentros, eh, sería un gran momento para que uno de los caballeros de la Cruz se presentara, ¿no? —Sacudí la cabeza—. No funciona de esa manera.

—¿Adónde quieres llegar? —preguntó.

—El cielo no me está guardando, Michael. Pero tú eres diferente a mí. Me imaginé que Dios cuidaría de ti y los tuyos, al menos por cortesía profesional. Ya había visto cómo arreglaba cosas para ti en el pasado. Así que mis acciones no fueron una cuestión de fe sino una sencilla deducción a partir de las posibilidades.

Negó con la cabeza, sin estar de acuerdo conmigo pero sin querer tampoco insistir.

—¿Y Charity?

—Está bien —le aseguré—. Los chicos también. Deberían estar ya de vuelta en casa.

—¿Y Charity y Molly?

—Reconciliadas. Bueno, al menos se tratan bien y se abrazan.

Sus cejas se dispararon hacia arriba y luego la boca se le curvó en una ancha sonrisa.

—Gloria a Dios. No estaba seguro de que tal cosa volviera a pasar.

Me afilé las uñas en la camisa.

—A veces me sorprende a mí mismo.

Michael me sonrió, luego miró hacia el asiento trasero y frunció el ceño.

—Mi Molly. Magia. ¿No es algo que se hereda?

—En general —dije—. Pero no tiene porqué serlo. Alguna gente nace con ello. No entendemos realmente cómo ni por qué.

Sacudió la cabeza.

—¿Cómo pude no darme cuenta de lo que le estaba pasando?

—No lo sé. Pero si lo averiguas, asegúrate de contárselo a Charity. Ella me hizo la misma pregunta.

—Supongo que somos ciegos ante lo que está más cerca de nosotros —dijo.

—La naturaleza humana —convine.

—¿Molly está en peligro? —me preguntó buscando franqueza.

Fruncí el ceño y pensé en ello.

—Un poco. Tiene poder. Y ha abusado de él. Va a estar tentada de volver a hacerlo cuando se tope con problemas que parezcan imposibles de resolver. No solo eso, aprender a controlar su fuerza también puede ser complicado en sí mismo. Pero es inteligente y tiene agallas. Si su profesor no comete ningún error estúpido, creo que estará bien.

—Sin embargo, si no va todo bien —dijo Michael—, si abusa de nuevo de su poder...

—La clemencia queda revocada. La ejecutarán.

—Y a ti —dijo Michael con suavidad.

Me encogí de hombros.

—Siempre he vivido con esa carga sobre los hombros. Por lo que respecta al Consejo, soy responsable de ella hasta que se convierta en una maga con pleno dominio de sus poderes o deje sus talentos a un lado.

—Ningún hombre ha recibido jamás tanto amor —dijo en voz baja—. Nada de lo que diga sería suficiente. Es mi hija, Harry. Gracias.



Sentí que se me encendían las mejillas.

—Sí, sí. Mira, no le des mucha importancia. Esto no va a ser agradable para nadie.

Soltó una breve carcajada.

—Y su aprendizaje, ¿en qué consistirá?

—Lecciones. Todos los días al principio, hasta que esté seguro de que controla su poder. Tendremos que practicar lejos de cualquier cosa inflamable. Árboles, casas, mascotas, esa clase de cosas.

—¿Cuánto tiempo tendrás que trabajar con ella?

—Hasta que terminemos —dije, agitando una mano vaga—. No lo sé todavía. Nunca he estado a este lado del aprendizaje.

Asintió dando por buena la respuesta.

—Muy bien. —Guardamos silencio unos momentos. Entonces dijo—: ¿Recuerdas la discusión profesional que quería tener contigo?

—Sí, dispara.

—*Fidelacchius* —dijo Michael—. Me preguntaba si habías encontrado candidatos para ser su nuevo dueño.

—No —dije hosco—. ¿Crees que debería buscar uno?

—Es difícil de decir. Pero con solo dos de nosotros en acción, Sanya y yo estamos trabajando horas extra.

Me rasqué el mentón.

—Shiro me dijo que reconocería al portador. No ha sido así. Al menos de momento.

—Me preocupa que este asunto requiera de algo más que simple paciencia —suspiró Michael—. He consultado los registros. No es la primera vez que alguien del Consejo Blanco ha sido exhortado a ser custodio de una de las espadas.

Arqueé las cejas y lo miré.

—¿En serio?

—Asintió.

—¿Yo y quién?

—Merlín.

Gruñí.

—¿Estás seguro? Porque el merlín es un capullo. Hasta tú pensarías lo mismo, créeme.

—No, Harry —dijo Michael en un tono paciente—. No el merlín del Consejo. Merlín. El original.

Me quedé allí con la boca abierta durante un minuto.

—Uau. —Sacudí la cabeza—. ¿Crees que tal vez debería buscar una roca grande o algo? ¿Clavar la espada en ella y dejarla en el césped de la Casa Blanca?

Michael se santiguó.

—Cielos, no. Tengo un... —Arrugó la nariz—. Un instinto.

—¿Igual que cuando te mandan a una misión de Dios?

—No. Me refiero a la clásica corazonada. Creo que tal vez deberías investigar la historia de cómo se decidió al poseedor de *Amoracchius* en aquella ocasión.

La espada descansaba ahora en una vaina atada al pecho de Michael, a salvo, con la punta entre las botas del caballero.

—Uau. Quieres decir... esa espada de ahí. Tu espada es... —No acabé la frase.

—Es probable —dijo, asintiendo—. Aunque los registros de la Iglesia están fragmentados, nos las hemos arreglado para averiguar que las otras dos espadas han sido sustituidas a lo largo de los años. Esta no.

—Eso resulta interesante —murmuré—. Es interesante porque... vaya, sí, es muy interesante.

Michael me sonrió y asintió.

—Es un misterio intrigante, ¿verdad?

—¿Sabes qué? —dije—. Me van los misterios. —Me mordí el labio un minuto y dije—: Espero que no tengas prisa. Te habrás dado cuenta de que el Consejo está teniendo un año ocupado. Tendré tiempo tarde o temprano, pero por ahora...

Me encogí de hombros.

—Lo sé. —Permaneció callado un instante, antes de volver a hablar—: No creo que tenga la espada conmigo mucho tiempo más. —Su voz sonó muy suave.

Cuando los caballeros de la Espada se retiraban, lo hacían con los pies por delante y dentro de una caja.

—¿Michael? —pregunté—. ¿Te mandaron un... un informe de la oficina? —Evité decir «igual que a Shiro».

—No. Instinto —dijo, y me sonrió—. Aunque supongo que puede tratarse del comienzo de mi crisis de la mediana edad. No tengo pensado cambiar la manera en la que vivo mi vida y desde luego no tengo intención de una jubilación anticipada.

—Bien —dije, aunque me sonó más sombrío de lo que pretendía.

—¿Te importa si te hago una pregunta personal? —dijo Michael.

—Estoy demasiado ocupado para responder preguntas retóricas.

Sonrió durante un segundo y asintió. Luego arrugó los labios y se tomó su tiempo para elegir las palabras.

—Harry, me has estado evitando durante un tiempo. Y pareces... bueno, de alguna manera más austero de lo que te he visto antes.

—No te estaba evitando, no exactamente —dije.

Me miró con ojos calmados y firmes.

—De acuerdo —admití—. Sí. Pero he estado evitando a casi todo el mundo. No te lo tomes como algo personal.

—¿Es por algo que he hecho? ¿O tal vez alguien de mi familia?

—Basta de retórica. Sabes que no es eso.

Asintió.

—Entonces tal vez es algo que has hecho tú. Tal vez algo de lo que deberías hablar con un amigo.

El sello del ángel caído en mi palma izquierda palpitó. Comencé a decir que no, pero me detuve. Conduje otro par de manzanas. Debería decírselo. De verdad. Michael era mi amigo. Merecía mi confianza y mi respeto. Merecía saberlo.

Pero no podía.

Entonces mi boca comenzó a moverse y descubrí que lo que más me importunaba no tenía nada que ver con monedas o ángeles caídos.

—El Halloween pasado maté a dos personas —comencé.

Respiró honda y lentamente y asintió, a la escucha.

—Uno de ellos fue Cassius. Una vez que lo tuve a mi merced obligué a Ratón a romperle el cuello. Otro era un nigromante llamado habitacadáveres. Le disparé en la nuca. —Tragué saliva—. Los asesiné. Nunca había matado, tío... así no. A sangre fría. —Conduje un poco más—. Tengo pesadillas.

Le oí suspirar.

—He estado metido en esto desde antes que tú. Sé algo de lo que sientes ahora. —Su voz sonaba apática. Dolorida.

No le respondí.

—Sientes que nada va a volver a ir bien de nuevo —dijo—. Lo recuerdas todo perfectamente y ese recuerdo no te deja en paz. Es como si fueras andando con una piedra molesta en los zapatos. Te sientes manchado.

Estúpidas farolas que se empañan solas... Parpadeé mucho y permanecí en calma. De todas maneras el conducto de mi garganta era ahora demasiado estrecho para dejarme hablar.

—Sé cómo es esto —continuó—. No hay manera de hacerlo desaparecer. Pero mejora con el tiempo y la distancia. —Me estudió durante un momento—. Si tuvieras que hacerlo de nuevo, ¿lo harías?

—Les daría el doble de fuerte —dije de inmediato.

—Entonces lo que hiciste fue una necesidad, Harry. Puede que sea doloroso. Puede que te persiga. Pero al final, mientras hicieras lo que creías correcto, podrás vivir contigo mismo.

—¿Sí? —pregunté mordiéndome el labio inferior.

—Lo prometo —dijo.

Lo miré de soslayo.

—¿No crees... no piensas mal de mí sabiendo que soy un asesino?

—No estoy en posición de juzgar lo que has hecho. Lamento que se perdieran

esas vidas, que sus poseedores no encontraran la redención. Me preocupa el dolor que te inflige el recordarlo. Pero ni por un instante pienso que eligieras quitar una vida humana a menos que no tuvieras otro remedio.

—¿En serio?

—Confío en ti —dijo Michael en un tono calmado—. Jamás hubiera dejado a mi familia bajo tu protección si no fuera así. Eres un buen hombre, Harry.

Solté el aire contenido y mis hombros se relajaron.

—Bueno. —Y entonces, antes de que mi cerebro se interpusiera, añadí—: Cogí uno de los Denarios Negros, Michael. Lasciel.

Mi corazón se saltó varios latidos cuando hice aquella confesión.

Esperé sorpresa, horror, enfado, tal vez algo de desprecio.

En lugar de todo aquello, Michael se limitó a asentir.

—Lo sé.

Parpadeé.

—¿Qué?

—Lo sé —repitió.

—Lo sabes. ¿Lo sabías?

—Sí. Estaba tirando la basura cuando pasó el coche de Nicodemus. Lo vi todo. Vi como protegías a mi hijo menor.

Me mordí el labio.

—Y... bueno, ¿no vas a azotarme y arrastrarme a la suite privada del manicomio de los denarios perdidos, verdad?

—No seas ridículo —dijo Michael—. Recuerda que los caballeros de la Cruz no fueron fundados para destruir a los denarios. Se nos fundó para salvarlos de los caídos. Es por lo tanto mi deber ayudarte en todo lo que pueda. Puedo ayudarte a deshacerte de la moneda si es eso lo que quieres. Sin embargo, es mejor si eliges hacerlo tú mismo.

—En realidad no necesito deshacerme de ella —dije—. No la he sacado. La enterré. Nunca la he usado.

Michael parecía sorprendido.

—¿No? Eso son buenas noticias. Aunque imagino que la sombra del caído sigue intentando persuadirte para que lo hagas, ¿verdad?

Esta vez la carcajada mental fue algo más clara. Pensé con todas mis fuerzas en la palabra «cállate» y la envié en dirección a Lasciel.

—Lo intenta —dije.

—Recuerda que Lasciel es una estafadora —dijo en voz baja—. Tiene miles de años de práctica. Conoce a la gente. Sabe decirte mentiras que quieres creer que son verdad. Pero existe para un solo propósito, el de corromper las voluntades y creencias de la raza humana. Nunca olvides eso.

Me estremecí.

—Sí.

—¿Puedo preguntarte qué te ha dicho? —Hizo una pausa y entrecerró los ojos—. No, espera. Déjame suponer. Se aparece ante ti como una atractiva joven. Te ofrece conocimiento, ¿verdad? Los beneficios de su experiencia.

—Sí. —Hice una pausa y añadí—. Y fuego infernal. Cuando hace falta, me asiste para que mis hechizos tengan más fuerza. Intento no usarlo demasiado.

Michael sacudió la cabeza.

—No la llaman Lasciel la Tentadora por nada. Te conoce. Sabe qué ofrecerte y cómo ofrecértelo.

—Tienes mucha razón. —Hice otra pausa, luego añadí—: A veces me asusta.

—Tienes que deshacerte de la moneda —dijo con amable urgencia.

—Me encantaría —dije—. ¿Cómo?

—Renuncia a la moneda por tu propia voluntad. Y aparta a un lado tu poder. Si lo haces, la sombra de Lasciel se empequeñecerá con él y se marchitará.

—¿Qué quieres decir con que aparte a un lado mi poder?

—Deja a un lado tu magia —dijo—. Renuncia a ella. Para siempre.

—Y una mierda.

Hizo una mueca y apartó la vista.

El resto del trayecto hasta su casa se desarrolló en silencio. Cuando llegamos, le dije a Michael:

—Las cosas de Molly están en mi casa. Me gustaría llevarla para que las recoja. Tengo que hablar con ella, esta noche, mientras todo está fresco. La traeré de vuelta en un par de horas como máximo.

Michael miró con preocupación a su hija dormida, pero asintió.

—Muy bien. —Salió y cerró la puerta, acto seguido se apoyó sobre la ventanilla y dijo—: ¿Puedo pedirte dos cosas?

—Dispara.

Lanzó una mirada hacia su casa y dijo:

—¿Has considerado la posibilidad de que la misión más reciente a la que me envió el Señor no tuviera el fin de proteger a mi hija? ¿Qué no era Su intención usarte a ti para protegerla?

—¿Adónde quieres llegar?

—Solo a que es enteramente posible, Harry Dresden, que todo este asunto, de principio a fin, haya sido orquestado para protegerte a ti, que cuando fui a ayudar a Luccio y sus alumnos no liberé a Molly, sino que evité que te enfrentaras al Consejo. Que su situación como nueva aprendiz tuya tiene menos que ver con protegerla a ella que con protegerte a ti.

—¿Eh? —repliqué confundido.

Miró a su hija.

—Los niños tienen su propia clase de poder. Cuando les estás enseñando, protegiéndolos, eres más de lo que pensabas que podrías llegar a ser. Más comprensivo, más paciente, más capaz, más sabio. Tal vez esta niña adoptada por tu poder haga eso mismo por ti. Quizás sea lo que está destinada a hacer.

—Si el Señor estuviera tan interesado en ayudarme, ¿cómo es que no mandó a nadie para salvarme de Cassius, uno de los matones personales de Nick? A mí me parece una situación propicia para un rescate. —Michael se encogió de hombros y abrió la boca para hablar—. Y no me digas nada de sendas misteriosas. —Cerró la boca y sonrió—. Es algo muy confuso —admití.

—¿El qué?

—La vida. Te veré en un par de horas. —Me ofreció su mano. La estreché.

—No conozco otra manera de acabar con la influencia de Lasciel, pero eso no significa que no exista alguna. Si vas a cambiar de opinión respecto a la moneda, Harry, si quieres deshacerte de ella, te prometo que estaré allí para ayudarte.

—Gracias —dije, y lo decía en serio.

Su expresión se tornó sobria entonces.

—Y si caes en la tentación. Si te unes al caído o eres atrapado por su voluntad... —Tocó la empuñadura de su espada y su rostro se volvió de granito sólido por mor de la determinación que le confería el Viejo Testamento. Aquello dejaba el fanatismo de Morgan a la altura del betún—. Si cambias, también estaré allí. —El miedo me golpeó como una ola helada. Mierda.

Tragué saliva, y mis manos temblaron en el volante del Escarabajo. No había rastro de amenaza en la voz o el rostro de Michael. Simplemente estaba enunciando un hecho.

La marca en la palma de mi mano ardía y por primera vez pensé seriamente que tal vez confiaba demasiado en mi habilidad para tratar con Lasciel. ¿Y si Michael tenía razón? ¿Y si la cagaba y acababa como aquel pobre bastardo de Rasmussen, un asesino en serie potenciado por un demonio?

—Si eso ocurre —dije, y mi voz era un susurro seco—, te quiero allí.

Vi en sus ojos que aquella idea le gustaba tan poco como a mí; no obstante, era incapaz de hacer otra cosa que no fuera ser totalmente honesto conmigo. Era mi amigo y estaba preocupado. Si se veía obligado a hacerme daño, lo destrozaría.

Tal vez aquellas palabras eran su propia manera inconsciente de rogarme que me deshiciera de la moneda. No podía hacerse a un lado y no hacer nada cuando las cosas iban mal, incluso si aquello significaba que tenía que matar a un amigo.

Yo respetaba aquello y lo entendía, ya que yo tampoco podía hacerlo. No podía echarme a un lado, abandonar mi magia y renunciar a mi responsabilidad de usarla para hacer el bien.

Aunque me acabara matando.

La vida puede ser algo confuso. A veces parece que mientras más viejo me hago, más confuso estoy. Voy hacia atrás como los cangrejos. Creía que era al revés, que debería volverme más sabio. En lugar de eso me sigo topando con mi relativa insignificancia en el gran plan del universo. Es confusa la vida, sí.

Pero gana por goleada a la alternativa.

Regresé a mi casa. Dejé dormir a la chica hasta que llegamos y entonces le toqué el hombro con una mano. Se despertó enseguida, parpadeando confusa y cansada.

—¿Dónde estamos? —preguntó.

—En mi casa —dije—. Tenemos que hablar.

Parpadeó varias veces más y luego asintió.

—¿Por qué?

—Porque debes comprender algo. Vamos.

Salimos del coche. La llevé a los escalones que conducían a la entrada de mi casa y dije:

—Ponte a mi lado. —Lo hizo. Tomé su mano izquierda y le dije—: Extiende los dedos y cierra los ojos. Ahora concéntrate. Veamos qué eres capaz de sentir.

Arrugó la cara.

—Hum —dijo, balanceándose adelante y atrás inquieta—. ¿Hay... presión? Oh, tal vez un zumbido. Como postes de electricidad.

—Te estás acercando —dije, y le solté la muñeca—. Lo que sientes son algunas de las energías que he usado para proteger mi apartamento. Si tratas de entrar sin anularlas, te llevarías una descarga eléctrica tan fuerte que dejaría poco más de ti que una mancha de tizne en el suelo.

Me miró parpadeando, luego dio un respingo y apartó la mano bruscamente.

—Te daré un amuleto para que puedas pasar hasta que esté seguro de que eres capaz de desactivar los conjuros y volverlos a activar. Pero esta noche no trates de abrir la puerta. Ni para entrar ni para salir. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —dijo.

Entramos. Mi servicio de limpieza había venido. Molly había dejado una mochila con ropa y otras cosas tirada en uno de los sofás de mi apartamento. Ahora la bolsa estaba cerrada y parecía sospechosamente poco abultada. Estoy seguro de que el servicio de limpieza había doblado y organizado la mochila de tal manera que todo cupiera sin apretujones.

Molly echó un vistazo a su alrededor, sorprendida.

—¿Cómo entra tu doncella?

—No sé a lo que te refieres —dije, porque no se puede hablar de los criados de las hadas sin que se vayan para no volver. Señalé el sillón junto a su mochila y dije—: Siéntate.

Lo hizo, aunque noté que el tono perentorio no la inquietó.

Me senté en una silla frente al sofá. Al tiempo que lo hacía, Míster salió del dormitorio y enseguida se enrolló en una de las piernas de Molly, ronroneando y saludando.

—De acuerdo, pequeña —dije—. Hemos sobrevivido. Mis planes para cubrir esta contingencia eran limitados.

Me miró confusa.

—¿Qué?

—No creía que fuera a sacar esto adelante. ¿Entrar en una capital de las hadas? ¿Imponerme al Consejo de Veteranos? ¿Todos aquellos monstruos de película? ¿Tu madre? Demonios, me sorprende que haya sobrevivido a todo eso y encima te haya salvado.

—Pe... pero... —Fruunció el ceño—. Nunca pareció que... quiero decir, parecía que lo tenías todo bajo control. Parecías muy seguro de lo que iba a ocurrir.

—La regla número uno del negocio de la magia —dije—. No dejes que noten que estás sudando. La gente espera de nosotros que lo sepamos todo. A veces es una gran ventaja. No la cagues dando la impresión de que estás tan confuso como el resto de la gente. Es malo para tu imagen.

Me sonrió un poco.

—Ya veo —dijo. Bajó la mano para acariciar a Míster y murmuró—: Debo de tener un aspecto terrible.

—Ha sido un día duro —dije—. Mira. Tenemos que hablar sobre dónde vas a vivir. Tengo entendido que has decidido romper lo tuyo con Nelson. Lo pillé cuando le pagamos la fianza.

Asintió.

—Bien. Es inapropiado que te quedes con él entonces. Eso sin contar con que va a necesitar tiempo para recuperarse.

—No puedo quedarme en casa —dijo en voz baja—. Después de todo lo que ha pasado... y mi madre nunca entenderá el asunto de la magia. Cree que todo lo referente a ella es malo. Si estoy allí, voy a confundir y asustar a los pequeños jawas. Mamá y yo discutiremos todo el tiempo.

Gruñí.

—Tienes que quedarte en otro sitio. Lo decidiremos lo antes posible.

—De acuerdo —dije.

—Lo siguiente que has de saber es que de momento no tienes ninguna margen de error —dije—. En pocas palabras: no se te permite ninguno. No puedes decir «ups». La primera vez que la cagues y te sumerjas un poco más en los malos hábitos nos matas a los dos. Voy a ser duro contigo algunas veces, Molly. Tengo que serlo. Es por mi supervivencia y la tuya. ¿Lo pillas?



—Sí —dijo.

Gruñí, me levanté y entré en mi diminuto dormitorio. Rebusqué en el armario y encontré una vieja túnica marrón de aprendiz que uno de los nuevos centinelas había dejado en mi casa tras una de las reuniones locales. La saqué y se la di a Molly.

—Guarda esto donde tengas acceso a ella. Me acompañarás en las reuniones del Consejo, es tu atuendo formal. —Fruncí el ceño y me froté la cabeza—. Dios, necesito una aspirina. ¿Tienes hambre?

Molly negó con la cabeza.

—Pero estoy hecha un desastre. ¿Te importa si me lavo un poco?

La miré y suspiré.

—No. Hazlo y te quitas eso de la cabeza. —Me levanté y fui a la cocina al tiempo que murmuraba un pequeño hechizo y varias velas se encendían a mi paso, incluida una cerca de la chica. Molly cogió la túnica, la vela y la mochila y desapareció dentro de mi habitación.

Miré la fresquera. Las hadas solían traer algo de comida para proveer la fresquera y la despensa cuando venían a limpiar, pero sus ideas de lo que constituía una dieta sana eran a veces extrañas. Una vez abrí la despensa y solo encontré cajas y cajas de cereales azucarados. Estuve a punto de contraer diabetes y Thomas, que nunca llegó a estar seguro de dónde provenía la comida, declaró que me había convertido en un adicto a ellos.

En general no eran tan extremistas, aunque mis criados solían hacer demasiado hincapié en las pizzas congeladas y, con un fervor casi religioso, mantenían la fresquera bien provista de hielo para que no se estropearan. Cuando calculaba que les tocaba venir dejaba a veces una pizza casi intacta para ellos y continuaba así con mi desvergonzada política de soborno para conservar los favores de la gente pequeña.

Estaba demasiado cansado para ponerme a cocinar, y de todas maneras no iba a cogerle el sabor a nada, así que metí varias salchichas entre dos piezas de pan junto a un par de hojas de lechuga, y lo engullí.

Saqué algo de hielo y lo metí en una jarra que acto seguido llené de agua. Cogí un vaso y vertí en él agua helada. Entonces yo, mi vaso y mi jarra nos acercamos relajadamente a la chimenea. Solté la jarra en la repisa, encendí el fuego con un hechizo de ignición que no me supuso esfuerzo alguno y esperé lo inevitable mientras daba sorbos al agua fría y miraba al fuego. Míster me hacía compañía desde lo alto de una estantería de libros.

Molly tardó un rato en terminar, si bien menos de lo que yo esperaba. Al final, la puerta del dormitorio se abrió y la chica apareció en ella.

Se había duchado. Su pelo color algodón de azúcar le caía lacio por los hombros. Se había quitado el maquillaje, pero había puntos rosas sobre sus mejillas que poco tenían que ver con la cosmética. Los varios *piercings* a la vista brillaron con un tono

naranja causado por el fuego de la chimenea. Estaba descalza. Y llevaba la túnica marrón. Arqueé una ceja y esperé.

Se sonrojó más si cabe y entonces caminó hacia mí con lentitud, hasta que estuvo a pocos centímetros de donde me sentaba.

No le ofrecí nada a lo que aferrarse. Ninguna expresión. Ni una palabra. Solo silencio.

—Tú me viste —susurró—. Y yo te vi a ti.

—Así funciona —confirmé con voz tranquila y neutral. Ella se estremeció.

—Vi la clase de hombre que eres. Amable. Gentil. —Sus ojos se encontraron con los míos—. Solitario. Y... —Se ruborizó un tono más—. Y hambriento. Nadie te ha tocado en mucho tiempo.

Levantó una mano y la puso en mi pecho. Sus dedos eran muy cálidos y una ondulante sensación puramente biológica pasó por mi tonto cerebro y me recorrió como una ola de placer... y necesidad. Miré la mano pálida de Molly. Su palma surcó mi pecho sin tocarme apenas, un lento y concentrado círculo. Me sentí disgustado conmigo mismo por mi reacción. Demonios, conocía a aquella chica desde antes de que tuviera que preocuparse de usar productos de higiene femenina.

Me las arreglé para evitar que mi ejército de hormonas comenzara a gemir y jadear, pero mi voz se volvió dos tonos más ronca.

—También es cierto.

Me miró de nuevo, con los ojos muy abiertos, lo bastante profundos y azules como para que me ahogara en ellos.

—Me has salvado la vida —continuó, y sentí como su voz temblaba—. Me vas a enseñar todo lo que sabes. Yo... —Se relamió los labios y movió los hombros. La túnica marrón se deslizó por ellos hasta el suelo.

El tatuaje que empezaba en su cuello le bajaba hasta su pezón perforado. Tenía otras tachuelas y aros en lugares donde yo albergaba sospechas de su presencia aunque hasta aquel momento no las había confirmado. Se estremeció y respiró más deprisa. La luz de la chimenea jugueteaba con sus contornos.

Las había visto mejores que ella. No obstante, aquellas otras utilizaron su apariencia para conseguir algo de mí y la diferencia se basaba sobre todo en términos de presentación. Molly no contaba con mucha experiencia mostrándose a un hombre o sacando partido a su coquetería. Debería haber adoptado una postura diferente: arqueado la espalda, contoneado las caderas u ostentado una expresión de sensual interés para incitarme a ir tras ella. Si lo hubiera hecho así, sería la viva imagen de la diosa patrona de la juventud corrupta.

No obstante, lo que tenía ante mí era a una chica insegura, asustada y demasiado ingenua —o quizás honesta— para parecer otra cosa que una niña sincera, confiada y aterrada. Era real, frágil y preciosa. Mis emociones se unieron a mis glándulas y se

agruparon, gritando que lo que necesitaba era aceptación y que lo más amable que podía hacer por ella era darle un abrazo y decirle que todo iba a ir bien... y que si después pasaba algo, ¿quién me iba a culpar?

Yo mismo. Así que la miré sin cambiar de expresión.

—Quiero aprender de ti —dijo—. Quiero hacer todo lo que pueda para ayudarte. Para agradecerte. Quiero que me enseñes cosas.

—¿Qué cosas? —pregunté en un tono tranquilo y mesurado.

Se volvió a relamer los labios.

—Todo. Enséñame todo.

—¿Estás segura? —le pregunté.

Asintió, con los ojos de par en par, las pupilas tan dilatadas que solo un leve anillo azul permanecía alrededor de ellas.

—Enséñame —susurró.

Toqué su rostro con los dedos de mi mano derecha.

—Arrodíllate —le dije—. Cierra los ojos.

Eso hizo, temblando. Su respiración aumentó de ritmo, estaba excitada.

Sin embargo, aquello terminó cuando cogí la jarra de agua helada de la repisa y se la eché por la cabeza.

Soltó un chillido y se cayó hacia atrás. Le hicieron falta al menos diez segundos para recuperarse del *shock* del frío, y para entonces estaba jadeando y temblando con los ojos abiertos de par en par por la sorpresa y la confusión. Y además con una especie de profundo e intenso dolor en su semblante.

Me puse de rodillas para colocarme frente a ella.

—Lección una. Esto no va a suceder, Molly —dije con la misma voz calmada y amable—. Que te entre en la cabeza ahora mismo. Nunca va a suceder.

Le tembló el labio inferior y bajó la cabeza con los hombros temblorosos.

Me propiné a mí mismo una bofetada mental y cogí una manta del sofá y se la puse encima de los hombros.

—Ponte junto al fuego y caliéntate.

Tardó un momento en recomponerse, pero lo hizo. Encorvó los hombros bajo la manta, temblorosa y humillada.

—Sabías... —dijo con voz temblorosa— que haría esto.

—Estaba bastante seguro —convine.

—Por la visión del alma —aventuró.

—En realidad no tiene nada que ver con eso —respondí—. Supuse que debía de existir una razón por la que no me pidieras ayuda cuando descubriste tus poderes. Imaginé que llevabas interesada en mí un tiempo. Que no querías que tu estrella de rock favorita te viera aporreando una guitarra de tal modo que lo primero que pensara es que eras una incompetente.

Se estremeció y se sonrojó más.

—No. No es así...

Claro que era así. Pero ya le había dado bastante caña.

—Si tú lo dices... —respondí—. Molly, puede que tu madre y tú os llevéis como el perro y el gato, pero sois más parecidas de lo que piensas.

—Eso no es cierto.

—Está algo trillado pero es cierto, muchas mujeres buscan a hombres que les recuerdan a sus padres. Tu padre lucha contra monstruos. Yo lucho contra monstruos. Tu padre rescató a tu madre de un dragón. Yo te rescaté de Arctis Tor. ¿Te das cuenta del patrón?

Abrió la boca y luego miró al fuego, hosca; no estaba enfadada, sino más bien pensativa.

—Además, vienes de estar muy asustada. No tienes dónde quedarte. Y soy el tipo que está tratando de ayudarte. —Sacudí la cabeza—. Pero incluso si no hubiera magia involucrada, tampoco pasaría. He hecho algunas cosas de las que no estoy orgulloso. No voy a aprovecharme de tu confianza.

»Lo que vamos a tener no es una relación entre iguales. Yo enseño, tú aprendes. Yo te digo que hagas algo, tú lo haces si sabes lo que te conviene.

Un toque de resentimiento puramente adolescente brillaba en sus ojos.

—Ni lo pienses —continué—. Molly, perforarte el cuerpo, teñirte y tatuarte porque quieres romper las reglas es una cosa. Con lo que estamos lidiando ahora es algo completamente distinto. Un tinte mal puesto te afecta solo a ti. Si la cagas con la magia, alguien, o muchos alguienes, resultarán heridos. Así que harás lo que yo te diga cuando yo lo diga y lo harás porque no quieres matar a nadie. Ni morir tú. Ese fue nuestro trato, estuviste de acuerdo con él.

No dijo nada. La rabia se había borrado de su cara, pero aquel rastro de rebelde resentimiento seguía allí.

Arrugué los ojos, apreté los puños y siseé una única palabra. La chimenea estalló en un repentino y fiero ciclón. Molly se apartó de un respingo, con un brazo levantado para protegerse los ojos.

Cuando lo bajó yo estaba a un palmo de su cara.

—No soy tus padres, pequeña —dije—. Y no tienes tiempo para seguir jugando a la adolescente rebelde. Este es el trato. Harás lo que digo o no sobrevivirás. —Me acerqué más y la miré de la forma que reservo para los demonios que me atacan o la gente que hace encuestas en los centros comerciales—. Molly, ¿albergas alguna duda, ni una sola, de que puedo obligarte a hacerlo si me da la jodida gana?

Tragó saliva. El desafío en sus ojos se destrozó de repente como un diamante golpeado en el punto exacto. Se echó a temblar debajo de la manta.

—No, señor —dijo con una voz diminuta.

Asentí. Se quedó sentada, temblorosa y asustada. Aquel había sido el objetivo del ejercicio: hacerle perder el equilibrio mientras estaba tambaleante tras los recientes sucesos, que captara la noción de lo que le esperaba. Era absolutamente necesario que entendiera cómo iban a desarrollarse las cosas hasta que tuviera el poder bajo control. Cualquier otra cosa que no fuera una cooperación voluntaria la mataría.

No obstante, era difícil recordarlo si la miraba fijamente y la veía temblar con los ojos clavados en el fuego, que convertía sus lágrimas en reflejos dorados que le resbalaban por las mejillas. Le rompía a uno el corazón, de verdad. Era tan jodidamente joven.

Así que me agaché y le di el abrazo que necesitaba.

—No pasa nada si tienes miedo, pequeña. Pero no te preocupes. Todo va a salir bien.

Se apoyó contra mí, temblorosa. Se lo permití durante un momento y luego me levanté.

—Vístete y recoge tus cosas —ordené.

—¿Por qué? —me preguntó.

Arqueeé una ceja. Se ruborizó, cogió la túnica y entró a toda prisa en el dormitorio. Yo ya tenía mi guardapolvos puesto y estaba listo para partir cuando salió. La conduje hasta el coche y nos fuimos.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Eso espero. Vas a tardar mucho tiempo en aprender si no las haces.

Sonrió un poco.

—¿Adónde vamos?

—A tus nuevos aposentos —dije.

Me miró con acritud, pero se volvió a acomodar en su asiento.

—Oh.

Aparcamos junto a la casa de los Carpenter, llena de luces a pesar de la hora.

—Oh, no —murmuró Molly—. Dime que estás de broma.

—Vas a volver a casa.

—Pero...

Continué como si no hubiera hablado:

—No solo eso, sino que vas a hacer todo lo que esté en tu mano para ser la hija más amorosa, considerada y respetuosa del mundo mundial. Sobre todo con tu madre.

Me miró con la mandíbula colgando.

—Oh —añadí—. Y vas a volver al instituto hasta que lo termines.

Me miró fijamente durante un largo rato, luego parpadeó y dijo:

—He muerto. Y esto es el infierno.

Gruñí.

—Si no puedes controlarte lo bastante como para acabar una educación básica y

llevarte bien con una casa llena de gente que te quiere entonces está claro que no podrás controlarte lo bastante para usar lo que tengo que enseñarte.

—Pero... pero...

—Considera tu regreso a casa como una lección extendida sobre respeto y autocontrol —dije alegremente—. Les preguntaré a tus padres cómo va todo al menos una vez a la semana. Te daré clases todos los días hasta que vuelvas al instituto y luego te daré cosas que leer y deberes para el...

—¿Deberes? —casi aulló.

—No interrumpas. Los deberes solo serán los días entre semana. Daremos clase los viernes y sábados por la noche.

—Viernes y sábados... —Repitió entre un suspiro y un lloriqueo—. En el infierno. Estoy en el infierno.

—Esto mejora. Entiendo que eres sexualmente activa, ¿verdad?

Se quedó con la boca abierta.

—Vamos, Molly. Esto es importante. ¿Le das al ñacañaca?

Su rostro se tornó rosado y lo escondió entre las manos.

—Yo... yo... bueno. Soy virgen.

Enarqué una ceja.

Me miró, se ruborizó, y añadió:

—Técnicamente.

—Técnicamente —repetí.

—Eh... he... explorado. Casi todas las bases.

—Ya veo —dije—. Bueno, Magallanes, nada de bases o de ir a donde ningún hombre haya ido contigo; no hasta que te asientes. El sexo complica las cosas y para ti eso podría ser malo.

—Pero...

—Y tampoco, eh... exploraciones solitarias.

Me miró, parpadeó y me preguntó sin expresión alguna:

—¿Por qué?

—Te quedarás ciega —aseguré, y caminé hasta el porche.

—Estás de broma —dijo al tiempo que se apresuraba en alcanzarme—. Eso es broma, ¿verdad? ¿Harry?

La llevé hasta su casa sin contestarle. Molly portaba una mirada desesperanzada en el rostro, como si envidiara a un criminal condenado que al menos podía esperar que el gobernador llamara en el último minuto. Sin embargo, cuando la puerta se abrió y el deleite familiar la invadió con un rugido parecido al romper de una ola, sonrió desde los ojos hasta los dedos de los pies.

Charlé educadamente con la familia durante un rato, hasta que Ratón vino cojeando hacia mí, sonriendo y meneando la cola. Había algo en su hocico que

sospechaba que era miel o quizás salsa barbacoa, sin duda suministrada por un joven cómplice. Le puse la correa y me marché camino de mi coche.

Antes de llegar, Charity me alcanzó. Enarqué una ceja y esperé a que dejara de menearse nerviosa y hablara por fin.

—¿Se lo dijiste? ¿Le dijiste lo que una vez fui?

—Por supuesto que no —dije.

Dio un respingo de alivio.

—Oh.

—De nada —dije.

Me miró ceñuda.

—Si le haces daño a mi pequeña, iré a ese cuchitril que llamas oficina y te tiraré por la ventana. ¿Lo entiendes?

—Muerte por defenestración. Lo pillo.

Su ceño se resquebrajó por varios sitios y luego meneó la cabeza, una sola vez. Me abrazó tan fuerte que me dolieron las costillas y regresó a la casa sin decir palabra.

Ratón observó la escena jadeando y sonriendo feliz.

Volví a casa y dormí un poco.

Al día siguiente trabajé en el laboratorio tomando notas de todo lo que había ocurrido para que no se me olvidara nada. Bob estaba junto a mí en la mesa, ayudando con los detalles.

—Oh —dijo—. Encontré un error en el diseño de Pequeño Chicago.

Tragué saliva.

—Oh, vaya. ¿Es grave?

—Mucho. Nos saltamos una conexión en el flujo de poder. La energía guardada iba toda al mismo punto.

Arrugué la cara.

—Eso es... como un acceso de electricidad pasando por un interruptor, ¿no? O una caja de fusibles.

—Exacto —dijo Bob—. Salvo por el pequeño detalle de que tú eras el fusible. Tanta energía en un solo punto podría haberte arrancado la cabeza de los hombros.

—Pero no lo hizo —dijo.

—Pero no lo hizo —convino Bob.

—¿Cómo es posible?

—No lo es —dijo—. Alguien lo arregló.

—¿Qué? ¿Estás seguro?

—No se arregló solo —dijo Bob—. Cuando lo comprobé hace unos cuantos días la zona errónea estaba a plena vista, aunque no me diera cuenta en aquel momento. Al mirar de nuevo anoche la encontré diferente. Alguien la ha cambiado.

—¿En mi laboratorio? ¿Debajo de mi casa? ¿A pesar de todos mis conjuros de protección? Es imposible.

—No lo es —dijo Bob—. Solo muy, muy, muy, muy, muy, muy difícil. Y poco probable. Tendría que saber que tienes un laboratorio aquí abajo. Y tendría que ser capaz de pasar a través de las protecciones.

—Además de poseer un conocimiento detallado del diseño para poder trastocarlo de esa manera —dije—. Sin mencionar el hecho de que tendría que saber que existe, y nadie lo sabe.

—Muy, muy poco probable —convino Bob.

—Maldita sea.

—Eh, creía que te encantaban los misterios, Harry.

Sacudí la cabeza y estaba empezando a decirle dónde podría meterse su misterio cuando alguien llamó a la puerta.

Murphy me sonrió desde el otro lado del umbral.

—Eh. —Levantó mi escopeta—. Thomas me dijo que te trajera esto. Me pidió que te dijera que de ahora en adelante se conseguirá él mismo sus propios juguetes.

Me la tendió y la cogí.

—Ni siquiera se ha molestado en limpiarla.

Sonrió.

—De verdad, Dresden, a veces eres una nenaza.

—Es porque soy un tío sensible. ¿Quieres entrar?

Me sonrió de nuevo, pero sacudió la cabeza.

—No tengo tiempo. Tengo que ver a mi primer loquero en media hora.

—Ah —dije—. ¿Cómo está yendo todo?

—Oh, hay mucha investigación y evaluación por hacer —explicó—. Oficialmente, por supuesto.

—Por supuesto —repetí.

—Pero extraoficialmente... —Se encogió de hombros—. Voy a perder Investigaciones Especiales. Me van a descender a detective sargento.

Hice una mueca.

—¿Quién se encargará del trabajo?

—Lo más probable es que Stallings. Es el siguiente con más experiencia, tiene mejor historial que la mayoría del departamento y es respetado. —Apartó la vista de mí—. Voy a perder también la antigüedad. Toda. Así que me van a poner de compañero al detective más experimentado.

—¿Quién es? —pregunté.

—Rawlins —dijo, moviendo la boca hasta formar una sonrisa—. Lo hizo tan bien en esta que le han ascendido a Investigaciones Especiales.

—Las buenas obras no quedan sin castigo —dijo.



—¿No es cierto? —suspiró Murphy.

—¿No te gusta la idea? Parece un buen tipo.

—Lo es, lo es —afirmó Murphy arrugando la nariz—. Pero conoció a mi padre.

—¡Oh! —exclamé—. Y es posible que tengas problemas con eso.

—Remotamente —dijo—. ¿Qué me dices de ti? ¿Estás bien?

La miré a los ojos unos segundos y luego aparté la vista.

—Yo... eh... estaré bien.

Asintió, y acto seguido dio un paso adelante y me abrazó. Mis brazos la rodearon sin que yo les dijera que lo hicieran. No era un abrazo tenso y cargado de significado. Era mi amiga. Estaba exhausta y preocupada y sufriendo, y lo que más valoraba había sido mancillado y manchado. Sin embargo, estaba preocupada por mí. Me estaba dando un abrazo. Al hacerlo, pretendía decirme que todo iría bien.

Me sentí muy bien durante un rato. Nos separamos al mismo tiempo sin que resultara extraño. Me sonrió con un poco de amargura y miró su reloj.

—Tengo que irme.

—Vale —dije—. Gracias, Murph.

Se marchó. Un rato después sonó el teléfono. Respondí.

—¿Fue todo bien con la chica? —me preguntó Thomas.

—Bastante bien —admití—. ¿Estás bien?

—Sí —respondió.

—¿Necesitas algo? —Como por ejemplo hablar de que se estaba alimentando de nuevo de gente y ganando dinero al mismo tiempo.

—Nada de particular —me dijo. Estaba seguro de que había oído la pregunta no formulada, porque su tono de voz portaba una frialdad inamovible que me instaba a no forzar nada. Thomas era mi hermano. Podía esperar.

—¿Qué pasa con Murphy? —me preguntó.

Le conté lo del trabajo.

Guardó silencio un segundo, molesto, y repitió:

—Pero ¿qué pasa con Murphy?

Arrugué la cara y me hundí cabizbajo en el sofá.

—No pasa nada con ella. No está interesada.

—¿Cómo lo sabes? —me preguntó.

—Me lo dijo.

—Te lo dijo.

—Me lo dijo.

Suspiró.

—Y la creíste.

—Bueno —dije—. Sí.

—Tuve una charla con ella cuando me llevó a casa —dijo.

—¿Una charla?

—Una charla. Quería averiguar algo.

—¿Qué querías averiguar? —pregunté.

—Algo.

—¿Qué?

—Que los dos sois unos idiotas estirados —dijo en tono molesto, y me colgó.

Miré el teléfono con odio durante un minuto, murmuré un par de palabras sobre lo que pensaba de mi medio hermano y luego saqué mi guitarra y me esforcé por tocar algo parecido a música durante un rato. A veces me resultaba fácil pensar mientras tocaba, el tiempo pasaba deprisa. Toqué y reflexioné hasta que alguien llamó a la puerta. Dejé la guitarra a un lado y fui a ver quién era.

Ebenazar estaba al otro lado. Hizo un gesto con la cabeza y me saludó con cautela cuando abrí la puerta.

—¿Te parece bien este calor? —me preguntó el viejo mago.

—Casi —dije—. Entra.

Lo hizo, y pillé un par de cervezas y le ofrecí una.

—¿Qué hay?

—Dímelo tú —dijo.

Entonces le relaté los acontecimientos de los últimos días, sobre todo mis tratos con Lily, Fix, Maeve y Mab. Ebenazar escuchó en silencio.

—Vaya lío —dijo cuando terminé.

—Ya te digo. —Le di un sorbo a mi cerveza—. ¿Sabes lo que pienso?

Se terminó la cerveza y sacudió la cabeza.

—Creo que han jugado con nosotros.

—¿La señora del Verano?

Negué con la cabeza.

—Creo que a Lily la arrastraron a esto tanto como a nosotros.

Arrugó la frente y se frotó la cabeza con la palma.

—¿Cómo es eso?

—Es la parte que no entiendo —dije—. Creo que alguien le tendió una trampa a Molly para que se convirtiera en un faro para los traedores. Y estoy jodidamente seguro de que no fue un accidente que se la llevaran a un Arctis Tor con las defensas tan bajas. Alguien me quería allí, en Arctis Tor.

Ebenazar frunció los labios.

—¿Quién?

—Creo que una de las reinas nos utilizó para tomar ventaja respecto a alguna de las otras. Pero que me cuelguen si te sé decir cómo.

—¿Crees que Mab está loca de verdad?

—Creo que es difícil saber la diferencia —dije amargo—. Lily lo cree. Pero Lily

no era famosa por su intelecto antes de convertirse en la señora del Verano. —Sacudí la cabeza—. Si Mab está chiflada de verdad, vamos a acabar mal.

El viejo asintió.

—¿Y desde cuando puedes hacer una tortilla sin romper los huevos? Creo que alguien estaba usando a Mab con algún fin. Como todos los que han sido embaucados durante este tiempo.

—¿Embaucados?

Asentí.

—Sí. Comenzando por Victor Sells hace unos años. Luego esos tarados del FBI con los cinturones de lobo. Creo que hay un tipo que quiere hacer cosas sin...

—O una tipa —sugirió Ebenezer.

—Sin mancharse las manos —concluí—. Piensa en todas esas cosas correteando por ahí con más poder del que deberían tener o mejor conectadas de lo que deberían. La sombra, los lupinos zoomorfos, la Pesadilla, la anterior señora del Verano... y eso solo para empezar. La Corte Roja es mucho más peligrosa de lo que nadie hubiera pensado que sería.

Ebenezer se quedó pensativo y asintió.

—Creo que quienquiera que esté detrás manejando los hilos trató de usar a Mab y consiguió más de lo que esperaba. Creo que de eso iba el ataque a Arctis Tor. Tal vez trataron de derrocarla antes de que se volviera contra ellos.

—Y lo haría sin dudarlo.

—Por supuesto que lo haría. Es Mab. Mantendría el trato que hicieran, pero no es del tipo de persona que acepte que le den órdenes.

—Adelante, chico —dijo Ebenezer amable—. Tienes hechos. ¿Adónde te llevan?

Bajé mi voz hasta un mero susurro.

—Un nuevo poder anda suelto por ahí. Algo grande, inteligente, fuerte y escurridizo. Algo con mucha fuerza y que sabe lo que hace con la magia. —Me relamí los labios—. Une eso a las pruebas de varios acontecimientos recientes con poderes extraños. Los cinturones de lobo que les dieron a esos pobres bastardos del FBI. La magia negra que le enseñaron a don nadies como la Sombra y Pesadilla. Vampiros entrenándose en la hechicería. El fuego infernal que usaron en Arctis Tor. Y, por supuesto, el traidor con un alto cargo en el Consejo Blanco. Todos esos hechos juntos no apuntan solo a una persona. Indican la existencia de una organización. —Miré al viejo fijamente—. Y tienen a magos entre los suyos. Es probable que a varios.

Ebenezer gruñó.

—Maldita sea.

—¿Maldita sea?

—Tenía la esperanza de estar volviéndome senil. Llegué a esa misma conclusión. —Asentí—. Chico, ni una palabra de esto. A nadie. Estoy seguro de que esta

información vale tanto como tu vida. —Sacudió la cabeza—. Déjame pensar quién más debería saberlo.

—Rashid —dije con voz firme—. Cuéntaselo al guardián de la puerta.

Ebenezar frunció el ceño, aunque lo que parecía era cansado.

—Es probable que ya lo sepa. Ya lo sabía al principio. Tal vez te encaminó en una dirección determinada para que llegaras a tus propias conclusiones. Suponiendo que no te usara para atizarle a un nido de avispas y ver que sucedía.

Lo que no era un pensamiento muy agradable. Si Ebenezar tenía razón, podía contarme como uno de los peones en juego por cortesía del guardián de la puerta.

—¿No quieres decírselo? —pregunté.

—Rashid es difícil de entender —dijo Ebenezar—. Hace tres o cuatro años no me lo hubiera pensado dos veces, pero con todo lo que ha pasado... desde que Simon murió... —Se encogió de hombros—. Es mejor tener cautela. No podemos volver a meter al genio en la lámpara una vez que ha salido.

—O tal vez es lo peor que podríamos hacer —dije—. Tal vez es con los que estos... gilipollas del Consejo Negro cuentan.

Me miró con intensidad.

—¿Por qué los llamas así?

—¿Consejo Negro? —Me encogí de hombros—. ¿Por qué no? Es mejor que la Legión del Mal.

Me miró otro momento y luego se encogió de hombros.

—Los tiempos están cambiando, Hoss. Eso está claro. —Apuró su cerveza—. Siempre pasa. Sé que vas a hacer lo que crees que debes hacer. Sin embargo, tengo que pedirte que seas muy cauteloso, Hoss. Todavía no sabemos qué aspecto tienen nuestros enemigos. Lo que significa que tendremos que escoger a nuestros aliados con sumo cuidado.

—¿Lo que quiere decir que no vamos a molestar al Consejo Blanco y a los centinelas con este asunto? —pregunté en tono seco.

Gruñó afirmativamente.

—No olvides el otro cabo suelto.

Fruncí el ceño y pensé en ello.

—Eh —dije—. Tienes razón. ¿Quién conducía el coche que se echó encima del mío?

—Exacto —dijo.

—Más misterios.

—Pensaba que eras un investigador profesional, Hoss —se burló—. Todo este asunto debería resultarte divertido.

—Sí, diversión, diversión. No paro de divertirme.

Sonrió.

—Uf. No es una buena noticia que Invierno no esté a nuestro lado contra los Rojos, pero podía haber sido peor. Y hemos aprendido una valiosa lección.

Gruñí.

—El traidor del Consejo. Alguien tuvo que decirles a los Rojos dónde estaba escondido el campamento de Luccio.

—Sí —dijo, y se echó hacia delante—. Y aparte de Luccio solo cuatro personas lo sabían.

Enarqué las cejas.

—¿Morgan?

—Ese es uno —convino—. Indio Joe, el merlín y Antigua Mai eran los otros.

Silbé lentamente.

—Pesos pesados. Pero saca a Morgan de la lista. Él no lo hizo.

Ebenazar levantó las cejas.

—¿No?

Sacudí la cabeza.

—El tipo es un capullo —dije—, pero es legal. No debemos contarle nada, pero no es un traidor.

Ebenazar se quedó pensando un momento y luego asintió lentamente.

—Muy bien entonces. Apuesto por Indio Joe.

—¿Entonces ahora qué? —le pregunté.

—Observarlos —dijo—. Esperar. Que no se sepa lo que sabemos. No tendremos más de una ocasión para pillarlos con la guardia baja. Cuando nos movamos, tendrá que dolerles.

Miré pensativo mi botella vacía.

—Esperamos. Escondidos entre los arbustos. Sin llamar la atención. Lo pillo.

—Hoss —dijo mi viejo profesor con calma—. Lo que hiciste por esa chica...

—Sí —dije agitando la mano en el aire—. Una estupidez. El merlín va a estar muy mosqueado conmigo. Es probable que insista en que vaya a misiones de tiro, con la esperanza de que alguien me elimine y le quite la espina que tiene clavada conmigo.

—Cierto —dijo Ebenazar—. Pero lo que quería decir es que lo que hiciste fue jodidamente valiente. Según he oído, estabas dispuesto a enfrentarte al que fuera si hubieras tenido que hacerlo.

—No hubiera durado mucho.

—No, pero eso no es lo importante. —Se puso derecho, algo mecánicamente, y dijo—: Estoy orgulloso de ti, chico.

Algo dentro de mí se derritió.

—Ya sabes —dije—. Siempre me has dicho que no estuviste en mi juicio. Que el Consejo te cargó conmigo porque te lo perdiste. Creo que no es verdad.

Gruñó.

—Fue en latín, entonces yo no lo entendía. Y además tenía esa capucha en la cabeza, de tal modo que no veía a nadie. Pero alguien tuvo que defenderme, como yo hice con Molly.

—Puede ser. —Encogió un hombro—. Me estoy haciendo viejo, Hoss. Se me olvidan algunas cosas.

—Ah —dije—. ¿Sabes? Me he perdido tres o cuatro comidas últimamente. Conozco un pequeño local que tiene el mejor espagueti de la ciudad.

Ebenazar se quedó helado donde estaba, como un hombre que va caminando por el hielo y de repente oye algo romperse.

—Oh —dijo con cautela.

—Tienen también ese pan para acompañar. Y está al lado del campus, así que hay camareras muy monas.

—Suena prometedor —dijo Ebenazar—. Me entra hambre solo de escucharlo.

—Claro —dije—. Deja que me ponga los zapatos. Si nos damos prisa llegaremos antes de que nos quiten mesa para la cena.

Nos miramos un largo momento, y mi viejo profesor inclinó la cabeza. Aquel gesto conllevaba muchas cosas. Disculpa. Gratitud. Felicidad. Perdón. Afecto. Orgullo.

—¿Quieres que conduzca yo? —preguntó.

Yo también incliné la cabeza.

—Eso me gustaría mucho, señor.